MARIE J. CISA

Recuerdos de Azahar



Recuerdos de Azahar

MARIE J. CISA

Copyright © 2025 by Marie J. Cisa

©2025 Recuerdos de Azahar

Safe creative. Código de registro: 2505021637306

Todos los derechos reservados

Corrección: Sandra García @correccionessandrag

Diseño de cubierta: H. Kramer

Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, incluidos la reprografía el tratamiento informático, así como el alquiler, préstamo público o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con una persona, viva o muerta, es coincidencia.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Epílogo

PRÓLOGO

Argentina, 1996

Ada Morelli se lamentó de las decisiones que había tomado en la última media hora. Se había equivocado en dos desvíos, había tenido que dar un rodeo inútil y, en el culmen de su buen prisma, había optado por no echar gasolina al depósito del coche de alquiler. La letra E de color rojo no paraba de parpadear, cada vez más amenazante. Terminó de arruinar su mañana cuando miró su reloj.

—Lo que me faltaba. Llego tarde.

Se mordió el labio inferior y trató de serenarse. Todo había ido como la seda hasta el momento en el que ella se puso al volante.

—Nada nuevo bajo el sol —dijo para tratar de animarse.

Si Ada destacaba en algo, era por saber ver el lado positivo de todo. Desde muy pequeña había aprendido a que la mayor parte de las cosas se pueden remediar; que existían infinitas posibilidades de llegar hasta un objetivo y no solo una, y que fracasar no era otra cosa que la ratificación de que ese camino era el incorrecto.

—Soy extranjera —susurró mientras repartía su atención entre el mapa que tenía desplegado en el salpicadero y la carretera—. Es excusa de sobra para retrasarme.

Esta última idea echó cimientos en su cabeza. Había aterrizado en Buenos Aires hacía tres horas y allí había alquilado un coche para dirigirse a San Genaro para entrevistar a una italiana que había emigrado a Argentina después de la Segunda Guerra Mundial. Todo

gracias a un ambicioso reportaje por cortesía de Corriere della Sera, que había dado el visto bueno a su propuesta.

Sin embargo, todo eso era inútil si ella se dedicaba a llegar tarde.



Franco miró el reloj que colgaba de la pared de la salita antes de dar una respuesta a su madre.

—No te preocupes. En cuanto llegue te aviso —dijo a media voz. Su madre, una anciana con un abundante pelo cano recogido en una coleta, asintió.

—¿Seguro que es hoy? Puede que nos hayamos equivocado con la fecha.

Franco agachó el rostro y suspiró.

—Lo he mirado tres veces, mamá. La periodista nos dijo que vendría hoy.

—Está bien —respondió la anciana, aunque lo de la fecha errónea seguía dando vueltas en su cabeza.

Ella vivía en una hermosa casa a las afueras de San Genaro, en cuyo alrededor se extendía un manto de cultivo verdoso y fértil que le evocaba a su infancia en Italia, aquellos años que recordaba con todo lujo de detalles y que al mismo tiempo le parecían los de otra persona. ¿Le pertenecían o eran fruto de una mente anciana y cansada? No tenía manera de averiguarlo.

Por fin, su hijo Franco hizo un aspaviento y miró por la ventana. Un coche se acercaba.

—Ahí la tenemos. Seguramente sea la periodista.

—Llega media hora tarde —refunfuñó su madre.

Franco la miró con una sonrisa de complicidad.

—Sé amable, ¿de acuerdo? La pobre viene de muy lejos. Puede que incluso se haya perdido.

—Si tu padre estuviera aquí, ya se habría negado a hacer la entrevista. Tenía un reloj dentro de la cabeza, ¿lo recuerdas?

Franco asintió con la nostalgia en la mirada.

—¡Las cinco en punto son las cinco en punto! —imitó la voz de su padre.

—¡Ni un minuto más ni un minuto menos! —dijeron al unísono.

—¿Cuántas veces le habré escuchado decir esa frase? —preguntó su madre—. ¿Recuerdas cuando se la dijo al oficinista del ayuntamiento? Su cita era para las once y diez y cuando el reloj marcó esa hora, se plantó delante de él, se sentó y le dijo: ¡Ni un minuto más ni un minuto menos!

Franco soltó una carcajada.

—Por eso te pido que seas comprensiva con la periodista.

—No te preocupes —dijo la anciana con un leve gesto de molestia—. Recíbela tú, ¿quieres? Yo iré a sentarme en mi butaca. Supongo que podrá entrevistarme allí, ¿no? Por cierto, ¿y tu hermana?

Franco señaló con la cabeza hacia arriba.

—Había traído una bolsa de ropa para guardarla en su antigua habitación. Ya sabes que en su casa tiene problemas de espacio.

En ese instante, Violeta, la hermana de Franco, llegó hasta ellos.

—He visto el coche. ¿Esa es la periodista?

—Seguramente —afirmó su madre—. La esperaré en la salita.

—Descuida —dijo Violeta.

Apenas un minuto después, sonó el timbre. Los dos hermanos acudieron a abrir la puerta.

—¡Hola! Soy Ada Morelli, la reportera del Corriere Della Sera. Hablamos por teléfono hace una semana —se presentó la joven con un marcado acento italiano y una forzada sonrisa con la que trataba de ocultar la más de media hora de retraso.

—Claro. Yo soy Violeta y él es mi hermano Franco. Nuestra madre te está esperando. ¿Cómo ha ido el viaje?

Ada infló sus carrillos y movió la cabeza de un lado a otro.

—Todo ha ido bien hasta que me ha tocado conducir. No soy muy buena siguiendo los mapas.

Ambos hermanos sonrieron.

—No te preocupes —dijo Violeta.

—Les agradezco la comprensión. Su madre es una persona importante y estaba preocupada de haber perdido la oportunidad de

entrevistarla.

—¡Es un honor para nosotros! —agradeció Franco—. Estamos muy orgullosos de ella y de todo lo que han conseguido.

Llegaron a la puerta de la sala y se detuvieron en el umbral. Ada vio entonces a una anciana sentada junto a una mesita. Tenía las manos sobre las rodillas y por su aspecto, resultaba evidente que estaba nerviosa.

—Te presento a Ada Morelli, mamá. Ella es la periodista que nos llamó hace un par de días —dijo Franco. Su madre alzó el rostro. En apenas un segundo abrió los ojos de manera exagerada y su piel palideció como la leche—. ¿Mamá?

Pero esta se había quedado como una estatua, mirando fijamente a la recién llegada.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —preguntó Violeta.

—Creo que me estoy mareando —musitó la anciana antes de caer sobre el respaldo del sillón.

Rápidamente los hijos fueron a auxiliarla, mientras que Ada se quedó en el umbral, sin saber qué hacer.

—Oh, mamá. Dios mío, mamá —dijo Violeta mientras le agitaba los hombros—. ¡Luis! ¡Ven enseguida, Luis!

La joven periodista seguía sin reaccionar. La anciana había sufrido un desfallecimiento, pero su mirada perdida seguía fija sobre ella.

Luis Alberto, el marido de Violeta, que se encontraba con sus hijos en el jardín, entró corriendo en la salita.

—¿Qué sucede?

—¡Se ha desvanecido! —explicó Violeta.

—¡Debemos llevarla al hospital! ¡Deprisa!



Ada Morelli daba vueltas por la habitación del hotel. Los hijos habían llevado a la anciana al hospital más cercano y ella había optado por hospedarse en un hotel de San Genaro a la espera de acontecimientos. Confiaba en que no fuera un asunto de gravedad.

Llamó al jefe de redacción del Corriere Della Sera y le explicó la situación. Estaba convencida de que la anciana no había sufrido un ataque de gravedad, pero no sabría nada hasta que sus hijos se comunicaran con ella.

—En ese caso, ¿por qué no continúa la ruta y deja a esa mujer para más adelante?

Ada descartó esa posibilidad de inmediato.

—Argentina no es Italia. Las distancias aquí son enormes. Me faltaría tiempo y sobrepasaría el presupuesto. Esperaré un poco.

—Como quieras. Esa anciana es Vania Rinaldi, ¿verdad?

—Así es. Fue de las primeras en fabricar el limoncello en Argentina. Liquore di Constanza es la marca. Emigró después de la guerra. Sus hijos me han asegurado que me informarán de su estado.

—Esperemos que sea cierto. ¿Y tiene algo más para contar?

Ada asintió como si su jefe de redacción pudiera verla.

—Por lo que tengo entendido, su marido luchó en la guerra. Una bonita historia de supervivencia y superación. Al parecer él también tuvo su importancia en la fabricación del limoncello. Seguramente antes de la guerra se dedicara a ello.

—Guerra, amor, un final feliz… Tienes razón. Es una historia magnífica. Esperemos que la anciana se encuentre bien.

Ese era también el deseo de Ada. Como periodista le resultaba complicado mantenerse a la espera sin hacer preguntas. Su oficio consistía prácticamente en todo lo contrario. Por ello, las horas se le hicieron eternas hasta que Franco contactó con ella, ya entrada la noche.

—¡Hola! ¿Cómo está su madre?

—Está bien, está bien, gracias a Dios. Ha sido solo un susto; un simple desvanecimiento. Disculpe por nuestra reacción, pero nuestra madre siempre ha estado sana como un roble, por eso nos hemos asustado. Lo importante es que los médicos nos han asegurado que se encuentra en perfecto estado, que ha sido algo puntual. La edad, ya sabes.

—No tienen que disculparse de nada. Todo ha quedado en un susto y eso es lo importante —dijo Ada intentando encontrar la

manera de preguntarle acerca de la entrevista. Sin embargo, fue Franco el que se adelantó.

—Le agradezco mucho sus palabras. Por cierto, mi madre ha insistido mucho en volverla a ver en cuanto se recupere del todo. El médico nos ha asegurado que un par de días son más que suficientes para superar este bache. ¿Le viene bien por entonces? Nos sabe mal después de su largo viaje.

—Sí, por supuesto.

—¡Genial! Pues lo más seguro es que le avise pasado mañana. ¡Muchas gracias!

Al colgar, Ada sonrió.

CAPÍTULO I

NÁPOLES, MAYO DE 1938

No soplaba una brisa ni se escuchaba el canto de los pájaros. La triste melodía de aquella tarde eran los crujidos de los guijarros y las piedras que pisaban los hombres que portaban el ataúd de Tiziano Rinaldi, seguidos por el sol radiante de principios de verano.

El cura, ataviado con una sotana negra y un crucifijo de plata que regaba destellos, caminaba tras el féretro, secándose el sudor continuamente y farfullando frases que poco tenían de cristiano. El sol, en su punto más alto, ofrecía pocos lugares bajo los que guarecerse y un ambiente plomizo caía sobre los hombros de quienes osaban desafiarlo.

Tras el religioso, en un segundo plano, como quienes se entrometen en asuntos ajenos, caminaban la viuda y las tres hijas de Tiziano. Cuatro estampas negras de lento caminar, preludio de una veintena de ancianas que se asimilaban a un velo oscuro de duelo y que avanzaban rezando el rosario en un tono lastimero y evocador al mismo tiempo.

Lucrecia, la mayor de las hijas, se giró hacia ellas y las miró de mala manera, retándolas con sus ojos ambarinos. Después volvió la vista al ataúd, confluyendo sus sentimientos como el oleaje provocado por una tempestad.

—¿Cuándo se van a marchar? —murmuró, pese a conocer la respuesta.

Su madre, Matilde, la cogió de la mano, en un gesto que podía confundirse tanto de cariñoso o de reproche. Puede que fuera de ambas cosas a la vez.

—No es el momento —sentenció.

Pese a que sus sentimientos estaban a flor de piel, Lucrecia no pudo enfrentarse a los ojos vidriosos de su madre. Guardó silencio y actuó como si no hubiera ocurrido nada.

Faltaba poco para que todo aquello terminase.

Los olmos de la entrada del cementerio recibieron al cortejo con una sombra agradable, mientras un hombre, manchado de tierra de

pies a cabeza, fumaba un cigarrillo tranquilamente apoyado en un muro. Unos pocos pasos más fueron suficientes para vislumbrar la tumba recién excavada.

La imagen del montón de tierra impresionó a Francesca, cuyos dieciséis años eran todavía pocos para asimilar el dolor ocasionado por la muerte. Enseguida miró hacia el hombre que habían dejado atrás y que seguramente había cavado el agujero hacía muy poco tiempo: lo había hecho para su padre. Esa conexión le hizo estremecerse e incluso sentir rechazo hacia aquel desconocido.

Los hombres bajaron el ataúd con cuidado hasta posarlo en el suelo y retrocedieron para dar espacio a la viuda y las hijas. Ellos eran compañeros de trabajo de Tiziano, lo más parecido a una familia que los Rinaldi tenían por entonces.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo… Amén.

Así comenzó el funeral, que no se alargó más de media hora. El discurso del sacerdote solo era interrumpido por los sollozos de las hijas, a las que la muerte de su padre les había hecho comprender rápidamente la dureza de la vida.

Cuando el cura dio por su labor terminada, saludó fríamente a la familia del fallecido y le hizo un gesto al monaguillo para que lo siguiera al mismo tiempo que le increpaba para que abriera de una vez la sombrilla. El resto de los dolientes se fue paulatinamente, mientras Matilde insistía en que quería quedarse un rato a solas con sus hijas. La más insistente de las ancianas, Costanza, cedió finalmente a la voluntad de la viuda y se alejó.

—Quiero que se despidan de su padre —susurró.

Las cuatro se quedaron solas, en silencio. La tierra removida, más húmeda y oscura que el resto, se mostraba como los despojos últimos de una batalla que acababa de librarse.

Vania estaba aferrada a la falda de su madre, que repartía sus brazos entre ella y Francesca, que lloraba amargamente con la cabeza apoyada en su hombro. Lucrecia, en cambio, se mantenía alejada y con el rostro sesgado con una mueca de rabia y pena. Quería comprender la muerte de su padre, asimilarla y acallar el sufrimiento, pero era inútil.

Matilde cogió aire profundamente. Era consciente de que la muerte de su marido podía ser tan solo el principio de una época difícil. El futuro de sus hijas y el suyo propio estaba en entredicho. Durante meses, mientras la salud de Tiziano fue mermando día tras día, intentó disponerlo todo para salir adelante, pero el final se precipitó y la enfermedad no tuvo piedad de él.

—Ahora tenemos que ser fuertes —dijo.

Vania y Francesca la abrazaron con todas sus fuerzas, mientras que Lucrecia terminó por derrumbarse.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Matilde contestó que no era momento de ocuparse de ello, en un intento de no trasladar la preocupación a sus hijas, aunque no lo consiguió.

—No podremos pagar el alquiler, mamá —insistió Lucrecia.

Su madre le dedicó una sonrisa tensa y le hizo un gesto para que comprendiera que no era el momento de discutir.

Un rato después, las cuatro tomaron el camino de regreso a casa. Su modesto hogar se encontraba a las afueras de Nápoles. Hacía cinco años que se habían instalado allí, después de que Tiziano decidiera dar un giro radical a sus vidas, apostándolo todo para conseguir el mejor futuro para sus hijas.

Tiziano Rinaldi había trabajado gran parte de su vida para la familia Costa, terratenientes de Sorrento y unas de las familias más influyentes de la región de Campania. Pese a que bajo los Costa ganaba el dinero suficiente para mantener a su familia, el contexto político del país le hizo avanzar hacia posiciones más radicales, de igual manera que un pez buscaría el agua para respirar. Nunca le entusiasmó Mussolini ni el fascismo, por lo que cuando este llegó al poder, comenzó a tratar con socialistas y pequeños grupos que se oponían al poderoso líder italiano.

Aunque no lo hacía con el objetivo último de convertirse en un revolucionario ni nada parecido. Las doctrinas socialistas le permitían vislumbrar un futuro más próspero y seguro para sus hijas, y eso se convirtió en su principal motivación.

No tardó mucho en hablarle a su esposa de aquellas nuevas ideas, aunque siempre con cuidado de que nadie más en la

residencia de los Costa los oyese. Cualquier atisbo de rebeldía o de pensamiento contrario al régimen era duramente castigado por las autoridades y las repercusiones podían llegar fácilmente hasta sus hijas. Debía ser precavido por el bien de todos.

Por tanto, a Matilde era a la única que le confesaba abiertamente sus ideas y reflexiones, en una especie de proselitismo cuidadoso con el que procuraba convencer a la mujer que amaba.

Sin embargo, para Matilde no era más que palabrería barata. Promesas de pan escuchadas por un estómago hambriento a las que no quería prestar más atención. Tan solo cuando Tiziano comenzó a barajar la posibilidad de trasladarse a Nápoles y comenzar de cero, Matilde se tomó en serio sus discursos.

—No podemos actuar tan a la ligera, Tiziano. Tenemos tres hijas. ¿Qué se nos ha perdido en Nápoles?

—No quiero que nuestras hijas tengan como única opción casarse o trabajar en la casa de alguien —explicaba Tiziano cinco años antes de su muerte, todavía sano y dispuesto a enfrentarse al destino.

—Pero los Costa siempre han sido buenos con nosotros. No estaría bien marcharnos sin más —decía Matilde. Para ella no tenía ningún sentido correr riesgos.

—Nuestras hijas tendrán más opciones en Nápoles —insistió dando gala de su tozudez. Matilde sabía que si su marido había tomado la decisión poco o nada podría hacer para convencerlo de lo contrario—. Donato encontrará a otros que trabajen para él.

Dos meses después, la familia de Tiziano se trasladaba a Nápoles, empleando sus pocos ahorros y dejando atrás una vida tranquila. Si había sido error o acierto, no iban a tardar mucho en averiguarlo.

Rentaron el segundo piso de un pequeño edificio de las afueras de Nápoles donde Matilde cuidaba a sus tres hijas y remendaba algunos trapos por unas pocas liras. En cuanto a Tiziano, encontró trabajo rápidamente en una fábrica de tejas, por lo que la situación económica fue estable desde el primer momento.

—Ha sido la decisión correcta —decía con una sonrisa.

Matilde se mostraba más prudente.

—Un golpe de suerte diría yo.

—¡Qué exagerada! ¿Acaso no vivimos mejor que en la finca de los Costa?

Su mujer miró a su alrededor, al pequeño piso donde vivían. Las ventanas permitían que la claridad entrase a cualquier hora del día, bañando los antiguos muebles, el suelo gastado y el papel de las paredes, armonizándolo todo con tonos anaranjados, como si vivieran en un constante atardecer. No estaba tan mal, aunque a ella le gustaba más la amplitud de la sierra, el olor del rocío sobre la tierra húmeda y silencio de los mediodías, momento en el que la naturaleza misma parecía tomarse un descanso. En la finca de los Costa tenía todo eso; Nápoles era diferente. Una ciudad con ritmo propio donde la vida discurría más rápido.

—Ya no dependemos de la voluntad de ningún terrateniente burgués —insistió Tiziano. Matilde trataba de asimilar que su marido se refiriera a Donato Costa como *terrateniente burgués*. Ella nunca vio la vida desde ese prisma, tan teórico, tan frío.

Si bien no tenía motivos para quejarse de la vida en Nápoles, al año siguiente comenzó a preocuparse por su hija Lucrecia. Esta pasaba mucho tiempo con su padre, al que escuchaba casi con devoción, convirtiéndose en un eco de sus pensamientos. Además, Tiziano consiguió despertar su interés por la lectura, la política y, sobre todo, desarrolló en ella una necesidad innata de preocuparse por los que la rodeaban.

—Unidos siempre seremos más fuerte, Lucrecia. No lo olvides.

La joven asimiló rápidamente las ideas de su padre y las convirtió en los cristales mediante los cuales observaba el mundo.

—No te olvides que es una cría —advertía Matilde a su marido.

—Y también muy inteligente —replicaba Tiziano, orgulloso de que sus pensamientos se propagaran por sus hijas. Lo había intentado también con Francesca, pero esta no mostraba interés alguno en la política y en cuanto a Vania, la menor de las hijas, Matilde le había prohibido a su marido que le sermoneara con sus ideas.

—Es muy pequeña para esas cosas.

Fue por esto por lo que Vania estuvo más desapegada con su padre en un primer momento, quedando siempre bajo las sombras

tanto de Lucrecia como de Francesca, la cual destacaba por su gracia y simpatía.

No había vecino en la calle que no conociera a Francesca. Esta saludaba siempre con una sonrisa, se paraba a hablar con todos y los hacía reír con sus ocurrencias. Además, en ella había una belleza que destacaba sobre el resto de las jóvenes, razón por la que algunos muchachos esperaban que la mediana de los Rinaldi los saludara.

En general, el ambiente en aquella zona de Nápoles era distendido y familiar. La mayoría de los vecinos se conocían y ayudaban. Parecían tener claro que la vida ya era suficientemente complicada y eso se palpaba en la calle. La familiaridad, las puertas abiertas, las ancianas que observaban a los niños jugar, todo parecía estar regido por unas normas inamovibles y efectivas que se cumplían sin cuestionar. Lo bueno se compartía y lo malo trataba de evitarse. Precisamente, fue una de sus vecinas, Constanza, la primera que le advirtió del fervor político de Lucrecia.

—Lucrecia se está convirtiendo en toda una mujercita, por no mencionar a Francesca. ¡Su sonrisa rejuvenece mi alma! —le dijo Constanza cuando ella y Matilde regresaban del mercado. El reloj no marcaba todavía las once y el ambiente estaba fresco entre las callejuelas de Nápoles.

—¿Qué puedo decir yo? Dios me las cuide. Crecen muy deprisa. Seguro que ya mismo tienen algún pretendiente —señaló Matilde con orgullo. Sin embargo, no era algo que le preocupase. Ella sabía que sus hijas, por el momento, no estaban interesadas en tales asuntos.

—Bien sabe Dios lo mucho que pagaría por volver a tener su edad —expuso Constanza con una sonrisa—. Precisamente, hace un par de días estuve hablando con Lucrecia.

Matilde percibió el cambio de tono en la anciana y se alertó.

—Es una joven muy inteligente.

Constanza asintió sin perder la sonrisa.

—Eso no lo niego, pero en estos tiempos es recomendable ser más discreto. ¿Me comprendes, Matilde? —dijo la anciana mirándola fijamente.

—Perfectamente.

—No me malinterpretes. Simplemente me preocupo por ella y por tu familia. Nápoles está llena de ratas.

Matilde dejó escapar una leve carcajada. Sabía muy bien a qué tipo de ratas se refería Costanza. *Ratas* era el nombre que le daban a los informantes y trabajadores secretos del régimen de Mussolini.

No obstante, apenas llegó Tiziano a casa le contó su conversación con Constanza. Pese a todo, Lucrecia era joven y su inconsciencia podía meterlos en problemas.

—No temas. Yo hablaré con ella —sentenció Tiziano con una calma y una seguridad que sacó de quicio a su esposa. Sin embargo, Matilde se contuvo.

Pero nada impediría que la relación entre Tiziano y su hija mayor se intensificara en los años siguientes, lo que contribuyó con gran peso a forjar la personalidad de Lucrecia. En cambio, Vania y Francesca, más pequeñas, permanecieron al margen de todo y se convirtieron en el contrapeso ideal para Matilde. Pese a que sus dos hijas pequeñas eran muy parecidas en lo físico, pues apenas las separaba un año, Francesca tenía ese *algo* especial que llamaba la atención.

Así, a los dos años de haberse instalado en Nápoles, podía decirse que la familia Rinaldi alcanzó su mejor momento.

La fábrica en la que trabajaba Tiziano funcionaba a pleno rendimiento y gracias a su carisma y buenas ideas fue ascendido a jefe del departamento de pintura, doblando su salario y ganando cada vez más influencia entre los operarios de la fábrica, lo que su vez estimulaba su vena más intelectual y comprometida con la clase obrera. La familia Costa era ya un recuerdo lejano para ellos.

El destino parecía sonreírles, aunque si hubieran podido contemplar sus propias vidas desde la perspectiva del futuro, habrían sabido que, más bien, la vida las estaba preparando para un amargo futuro.

Pero antes de eso, todavía bendecidos con la felicidad, la familia Rinaldi brindaba en el decimotercer cumpleaños de Francesca, la mediana de las hijas. Aunque todavía tenía el aspecto de una niña,

existía también en ella los retazos de la mujer en la que se convertiría dentro de unos años.

—¿Nosotras también? —preguntó Vania sujetando un pequeño vaso con licor de limón. Era la primera vez que le permitían probarlo siquiera y estaba nerviosa por ello.

Tiziano asintió mientras tosía y se tapaba la boca con un pañuelo.

—Es una ocasión especial —dijo recuperando el aliento—. ¿Acaso no han probado ya el licor de Constanza? Probemos ahora este. Me lo ha regalado un viejo amigo.

Tiziano tosió de nuevo.

Matilde miró con preocupación a su marido, pero no dijo nada. No era el momento.

—¡Por Francesca! —gritó Tiziano.

—¡Por Francesca!

Los cinco vasos chocaron sobre la mesa, derramándose algunas gotas de licor de limón sobre el mantel.

Vania dibujó el amargor en el rostro e incluso se le escaparon algunas lágrimas.

—¡Está un poco fuerte! —exclamó.

—Por no decir otra cosa —añadió Francesca con una mueca de disgusto.

—¿Quién era ese viejo amigo? ¿Acaso intentaba envenenarte?

—Renato me trajo el otro día la botella —dijo Tiziano mientras prendía un cigarrillo. Matilde lo miró con sorpresa.

—¿Renato? No me habías dicho nada. ¿Cuándo fue eso?

Las tres hijas se sorprendieron con la agitación de su madre. Renato Pugliese era un calabrés que trabajaba como intermediario para Donato Costa.

—El lunes creo. No te dije nada porque no le di más importancia —explicó Tiziano.

—¿Te visitó en la fábrica? —insistió Lucrecia.

—Así es. Donato sabía que nos habíamos trasladado a Nápoles. No le costó mucho dar conmigo.

Lucrecia chasqueó los labios.

—Burgués —susurró con desprecio.

—¡Lucrecia! —le reprendió su madre. Su padre también la miró con reproche, lo que desconcertó un poco a la joven. Sin embargo, Tiziano sabía que era todavía joven e impulsiva—. ¿Renato solo vino hasta Nápoles para traerte una botella de licor de limón?

La atención de Matilde volvió a focalizarse en su marido.

—No lo creo, pero no hay que darle más vueltas. Simplemente me trasladó saludos de parte de Donato y me regaló la botella de su nueva cosecha —explicó Tiziano señalando a la botella.

Matilde la cogió y leyó la etiqueta en la que aparecía el nombre de Donato Costa.

—No sabía que ahora produjera licor de limón.

—Pues el de Constanza está mucho más bueno —dijo Francesca. Su padre se rio, porque la joven tenía razón.

—Por suerte, el señor Costa no puede escucharte. Como decía, hasta ahora vendía sus cosechas de limones a otros productores. Todo el país desea los limones de Sorrento —informó Tiziano.

Su mujer asintió tras dar un pequeño trago.

—Te aseguro que nadie deseará este mejunje —dijo Matilde.

—Solo tiene que ajustar un poco la receta —indicó Tiziano.

Bebieron un poco más del amargo licor, pero cada trago resultaba más desagradable que el anterior.

—¿Le gustará a mi hermana? —ironizó Tiziano.

—¿Cómo está la tita Virgilia? —preguntó Francesca. Su padre le dedicó una sonrisa.

—Renato me dijo que continúa tan estricta y recta como siempre. Creo que, si los Costa desaparecieran de la faz de la tierra, ella seguía sirviendo en la finca… ¡a sus fantasmas!

La ocurrencia de Tiziano provocó una cascada de carcajadas a sus hijas.

—Deberíamos visitarla en cuanto tengamos ocasión. Ella nos guarda mucho cariño —dijo Matilde.

Tiziano sufrió un nuevo ataque de tos.

—Lo he pensado. En cuanto disminuya la carga de trabajo en la fábrica iremos hasta Sorrento y pasaremos un día con ella. ¿Les parece bien?

Vania y Francesca exclamaron de alegría. Pese a que les gustaba vivir en Nápoles, el recuerdo de la vida en el campo seguía resonando en sus jóvenes memorias. Todavía recordaban a Guido y Bianca, los hijos de Donato, así como a Enzo, el primo huérfano que fue acogido por la familia Costa. Este último sacó una sonrisa a Francesca.

Lucrecia, en cambio, no expresó sentimiento alguno. Era más seria que sus hermanas y, en aquellos momentos, más perspicaz.

Se había percatado de que algo no iba del todo bien. Cada vez que su padre sufría un acceso de tos, su madre clavaba sus ojos en él como si se fuese a hacer pedazos en cualquier momento.

Aquello había pasado desapercibido para ella hasta ese momento, aunque, al igual que su madre, ninguna comentó nada. El silencio y el temor fue apoderándose de ellas mientras Tiziano mostraba cada vez más dificultad para caminar o hacer cualquier nimia tarea. Él lo achacaba al cansancio, a la humedad de los cigarrillos que fumaba; no le daba más importancia.

Pero estos recuerdos se desvanecieron de la cabeza de Matilde en cuanto vislumbraron el edificio donde vivían. Una traicionera sensación le hizo creer por un segundo que iba a encontrarse a su marido sentado en el butacón, leyendo tranquilamente con un cigarrillo en sus labios.

De repente, como si el cortejo fúnebre se hubiera reiniciado en ese preciso momento, los vecinos salieron a recibirlas para darles el pésame una vez más. La imagen de Tiziano sentado en el butacón fue desvaneciéndose hasta que la tierra húmeda que había cubierto el ataúd de su marido ocupó todos sus pensamientos.

Cogió aire con todas sus fuerzas y, casi sin darse cuenta, se vio rodeada por vecinas que estrechaban sus manos y clamaban al cielo en su nombre. Sus hijas, igualmente emocionadas, agradecían la atención que les dedicaban. El dolor y el cansancio hacía que para ellas aquello fuera como una pesadilla de la que no podían despertar.

De repente, se acercó a Lucrecia un hombre joven y delgado que lucía un fino bigote sobre sus labios y vestía un ajado traje negro con la tela desgastada. Matilde lo conocía. Se trataba de Mauro

Baricchio, el representante de los operarios de la fábrica donde trabajaba Tiziano. Lo había visto antes en el funeral, pero Mauro consideró que no era el momento de acercarse hasta la familia de su difunto camarada y amigo. Además de la fábrica, Mauro y Tiziano asistían a reuniones clandestinas de grupos socialistas.

—Estamos consternados, señora —dijo Mauro inclinando la cabeza hacia el suelo.

Matilde inclinó la cabeza, haciéndose fuerte en su silenciosa figura.

—Muchos de nuestros compañeros han tenido el mismo final que Tiziano. Nos preguntamos cuál será el siguiente y el porqué de tantas muertes en la fábrica, pero nadie sabe nada.

La viuda continuaba en silencio. No tenía nada que añadir a las palabras de Mauro. El propio Tiziano le había advertido tiempo atrás que varios compañeros habían enfermado desde su llegada a la fábrica. Ella no le dio especial importancia y se lo tomó como un cúmulo de desgracias, simples casualidades del destino que cayeron como fruta madura. Pero mientras observaba el rostro de Mauro, poco después de haber enterrado a su marido, supuso que quizás esas muertes no habían sido fortuitas.

—Él… enfermó —dijo con un largo suspiro.

—Lo sabemos. Incluso podría decirse que nos hemos acostumbrado a que nuestros compañeros enfermen.

Matilde lo observó inexpresiva, sin comprender qué respuesta esperaba Mauro de sus palabras. De reojo, se percató de que Lucrecia no les quitaba ojo y seguramente había escuchado la conversación.

—Una desgracia —añadió Matilde haciendo un ademán como si quisiera poner fin a la conversación.

Mauro se dio por aludido y con las manos temblorosas, sacó de uno de los bolsillos del traje un sobre y se lo entregó a Matilde.

—No es mucho. Pero esperamos que les ayude en estos momentos.

Matilde asintió en silencio, pero enseguida fue reclamada por otra mujer. Antes de alejarse, Mauro le hizo un leve gesto a Lucrecia, que

asintió casi de manera imperceptible. Por suerte, Constanza se entrometió entre la multitud y se llevó a las pequeñas hacia la casa.

—¡Qué descansen! —gritó Constanza mientras hacía aspavientos con las manos. Matilde aprovechó la oportunidad y se dirigió hacia la puerta del edificio junto con sus hijas.

Sin decir nada, la anciana abrió la puerta y la cerró inmediatamente tras ella. Matilde se lo agradeció poniéndole la mano sobre los hombros.

—A casa —señaló Constanza—. Ahora les subiré algo de comer.

Matilde apretó los labios para contener el llanto, pero finalmente no pudo contenerse cuando la anciana la cogió entre sus brazos.

—Ahora debes ser fuerte —le susurró Constanza al oído con la entereza de una madre que ve sufrir a su hija.

—¿Qué será de nosotras? —dijo Matilde asegurándose de que sus hijas no le escucharan. Vania, Francesca y Lucrecia estaban sentadas en las escaleras, agotadas, con la mirada perdida.

—No es el momento, Matilde. Ve con tus hijas. Te necesitan. Despreocúpate de los demás.

Matilde se recompuso al cabo de unos minutos. Ella y sus hijas subieron hasta su apartamento. Sin que lo comentaran entre ellas, el pensamiento que rondaba por sus cabezas era el mismo: ¿qué pasaría cuando entraran? ¿Cómo podrían enfrentarse a la soledad de su hogar?

Francesca fue la última en entrar y cerró la puerta tras ella. Vania rompió a llorar cuando vio el ajado butacón en el que su padre solía pasar largas horas leyendo o con la mirada fija en la chimenea que había justo enfrente. Aquella explosión de recuerdos fue demasiado para ella, que buscó desesperada el consuelo de su madre. Francesca se derrumbó también, dejándose caer hasta que quedó sentada en el suelo.

Tardaron un buen rato en calmarse. Cada rincón de la casa les recordaba a Tiziano e incluso el olor de su colonia parecía haberse hecho más patente.

No pasó mucho tiempo cuando Francesca y Vania se quedaron dormidas, totalmente agotadas, junto a su madre. Lucrecia observaba a las tres desde la puerta de la habitación. A diferencia de

ellas, Lucrecia era incapaz de pegar ojo. Sin hacer ruido, fue hasta el salón y se detuvo frente al butacón de su padre. ¿Cuántas horas había estado allí con él, hablando de política, del socialismo y del futuro? Todo aquello se había desvanecido sin más.

A su cabeza vino la conversación que mantuvo Mauro con su madre, esa en la que mencionó la muerte de otros compañeros de la fábrica. ¿A qué se refería con ello? ¿Por qué su padre no le dijo nada a ella?

Con una sonrisa melancólica y los ojos vidriosos por el llanto, Lucrecia llegó hasta detrás del butacón, justo donde la cortina descansaba a escasos centímetros del suelo. Allí, oculto a los ojos de los invitados, se encontraba una caja de madera en la que su padre solía guardar sus libros, muchos de los cuales estaban prohibidos por las autoridades y que podían acarrearle penas de cárcel.

Lucrecia cogió la caja y después, sin darse cuenta, se dejó caer. Con sumo cuidado la abrió. En su interior había varios libros, los cuales no tenían ni portada ni nombre que revelase de qué libro se trataba. Su padre le había hablado de ellos. Eran editados de manera clandestina de esa manera para evitar que fuesen reconocidos en el caso de que los descubriesen e incluso algunos estaban encuadernados al revés para ocasionar más confusión.

El ruido de unos pasos que se acercaban le hizo levantar la cabeza y desplazar la caja hacia un lado.

—¿No tienes sueño? —preguntó su madre.

Lucrecia negó en silencio.

—Quería ver sus libros —susurró. Matilde cogió aire y se acercó hasta su hija.

—¿Te los quedarás?

—Sí.

Su madre le dedicó una sonrisa.

—Es lo que tu padre querría. Además, tú mejor que nadie sabes lo discreta que debes ser con ellos.

Las primeras lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Lucrecia. No se tomó a mal la advertencia de su madre.

—¿Qué va a ser de nosotras?

Su madre se enorgulleció por la madurez que mostraba su hija y al mismo tiempo esperó a que se le quitara el nudo que tenía en la garganta. El mal estado de salud de su marido le había hecho reflexionar las últimas semanas. Pese al sufrimiento por el final que se avecinaba, Matilde no podía limitarse a guardar duelo. Debía pensar en sus hijas y afrontar el futuro pensando en lo que era mejor para ellas. Eso se traducía en que la estancia en Nápoles estaba en entredicho.

—Lo veremos en estos días, pero, Lucrecia, te pido que seas comprensiva. Tus hermanas y yo te necesitamos —dijo mientras sujetaba sus manos. A Matilde no le hizo falta decir nada más para que su hija comprendiese el mensaje.

Al cabo de unos pocos días el dolor se hizo más liviano y las paredes de la casa dejaron de atenazar los corazones de las cuatro. El futuro asomaba por ese resquicio de esperanza que surgió en ellas cuando empezaron a aceptar que sus vidas habían cambiado para siempre.

En cuanto a Matilde, una vez consideró que el duelo no podía postergar más la vida de sus hijas, lo dispuso todo para seguir adelante. Habló con el casero para avisarle de que esa misma semana se marcharían del apartamento. Este se mostró considerado y les ofreció quedarse el tiempo que les hiciera falta, pero Matilde lo rechazó. Aquel apartamento, Nápoles y hasta la misma calle en la que vivían estaban impregnados de recuerdos de Tiziano.

Constanza, su vecina, fue la primera en enterarse de la noticia. Matilde se lo había contado mientras tomaban un café en casa de la anciana.

—Confiaba en que se quedaran —dijo Constanza.

—Sé que eso era lo que le hubiera gustado a mi marido; que nos quedáramos en la ciudad y que nuestras hijas estudiasen, pero tengo que ser realista.

La anciana apoyó la mano en su rodilla.

—Me encantaría poder ayudarlas.

—Lo sé, Constanza. Jamás podré agradecerte todo lo que has hecho por nosotras.

—¿Has hablado con tu cuñada? —preguntó Constanza.

Matilde hizo un gesto ambiguo.

—La última vez que le escribí fue para avisarle de la muerte de su hermano. Ella me contestó y me dijo que en Sorrento encontraría las puertas abiertas. Donato Costa nos tiene en gran estima.

—¿Regresan con esa familia?

Matilde asintió.

—Es lo mejor. La hermana de Tiziano trabaja con ellos. Es toda la familia que tenemos.

La anciana asintió levemente.

—Sí, alguna vez me has hablado de esa mujer. Virgilia, si no recuerdo mal.

—Virgilia Rinaldi. Quiere mucho a las niñas y es buena persona, aunque a su manera. Es una mujer especial.

Constanza dibujó una media sonrisa en sus labios que Matilde interpretó al instante. No hacía falta decir nada más.

—¿Tus hijas lo saben? —continuó la anciana como si nada.

—Lucrecia es demasiado inteligente. Creo que lo intuyó desde el primer momento. En cambio, Vania y Francesca son más pequeñas y les está resultando más difícil asimilar lo que está ocurriendo. Al menos guardan buenos recuerdos de Sorrento y eso facilita las cosas. Tenían muy buena relación con los hijos de Donato.

La anciana la miró con dulzura antes de levantarse con dificultad y dirigirse a un pequeño armario del que extrajo una botella de cristal con un líquido amarillento en su interior.

—Sé que lo echarás de menos —dijo Constanza entregándole la botella de licor que solía preparar para principios de mayo. Una costumbre con la que agasajaba a sus vecinos.

Las lágrimas regresaron a los ojos de Matilde. A su marido le encantaba el licor de Constanza y se mostraba eufórico cuando la anciana le avisaba de que ya había comprado los limones.

—Lo llevaré conmigo.

—Así te acordarás de mí.

Matilde se incorporó y abrazó a la anciana con todas sus fuerzas.

—Jamás te olvidaré, Constanza.

Pese a que todavía tardarían unos días en marcharse de Nápoles, aquel abrazo simbolizaba el fin de una época, un cambio de rumbo

obligado cuyas repercusiones estaban todavía por llegar.

Esa misma noche Matilde escribió la carta donde confirmaba su decisión de regresar a Sorrento con sus hijas. La receptora de la misma era Virgilia, la hermana de Tiziano. En unas pocas líneas le avisó de que en los próximos días partirían con la intención de que Donato Costa les permitiera volver a trabajar en sus tierras.

CAPÍTULO 2

Virgilia Rinaldi salió con sumo cuidado de la habitación. Con una última mirada a través de la penumbra del interior de la estancia se aseguró de que todo iba bien. La claridad atravesaba con esfuerzo las cortinas, tiñendo el lugar de un gris uniforme y silencioso.

—Avíseme en cuanto lleguen.

La voz lastimera de Donato Costa llegó a los oídos de Virgilia, que asintió en silencio. Todavía emocionada, respiró hondo y se secó las pocas lágrimas que desfilaban por su rostro.

—No cierre la puerta.

Como si de un fantasma se tratara, Virgilia soltó el pomo y se alejó de la habitación. La muerte de su hermano había sido un duro golpe, un estremecimiento que había llegado desde Nápoles a Sorrento, hasta la mismísima finca de los Costa.

Sus pasos solitarios sonaban vacíos por el pasillo, donde una brisa tibia enturbiaba el ambiente, extensión de la canícula de aquellos días.

Con las manos temblorosas, Virgilia se pasó un pañuelo por la frente, por su nariz aguileña y por las dos finas pinceladas oscuras que eran sus labios. Su delgadez, acompasada con su agitación y nervios permanentes, hacía de su rostro un tapiz estirado, coronado por una melena rizada y unos ojos marrones que eran muy parecidos a los de su hermano, aunque más saltones y exaltados, incrédulos en cierta manera. Su imagen encajaba a la perfección con

la de una mujer huraña, mal encarada en ocasiones, aunque de buen fondo.

Con caminar apresurado se dirigió al porche delantero de la casa, protegido por una parra de uvas que convertía a aquel lugar en un sitio fresco donde pasar un rato en un mediodía de verano. Se sentó en una silla y se descolgó el rosario que llevaba al cuello. Pasó las cuentas entre sus dedos y cerró los ojos tomando una pose solemne.

Las primeras lágrimas cayeron por su rostro como dos perlas transparentes mientras sus manos se agitaron más todavía. No había podido asistir al funeral de su hermano y eso, en alguien tan creyente como Virgilia, era una herida que le era imposible cerrar. Matilde la había avisado días antes de su fallecimiento, cuando nada se podía hacer por él más que esperar. Sin embargo, ella se atuvo a su responsabilidad y se quedó en Sorrento, donde su presencia era más que necesaria tras la enfermedad de Donato.

No tardó en recibir otra carta de Matilde en la que le daba la noticia de la muerte de su hermano, lo que la sumió en una breve depresión hasta que la pena que experimentaba se transformó en una amarga preocupación por sus sobrinas y lo que sería de ellas. Por ello, le escribió a Matilde afirmándole que tenían las puertas abiertas y que podían regresar cuando quisieran a la residencia de los Costa.

Finalmente, Matilde le confirmó que regresarían a Sorrento en cuanto dejaran zanjados sus asuntos en Nápoles. Fue entonces cuando Virgilia le contó a Donato la muerte de su hermano y la situación en la que se encontraban Matilde y sus sobrinas. No obtuvo la respuesta que deseaba, aunque Donato no se negó a que se trasladaran temporalmente a su finca, situación que dejó a Virgilia muy preocupada.

—¿Mi padre ha vuelto a dormirse? —La voz sonó tras Virgilia, que se giró lentamente mientras se secaba las lágrimas.

—La medicación le da sueño —respondió.

Guido, el hijo pequeño de Donato, apenas con dieciocho años, torció el gesto. Le costaba asimilar la enfermedad de su padre y su rostro era la constante expresión de esa amarga realidad.

Consideraba que él era demasiado joven para hacerse cargo de sus negocios, además de tratarse de una imposición que detestaba, lo que le hacía sentirse egoísta y despreciable al mismo tiempo.

Se quitó la gorra, se pasó los dedos por su cabello dorado y señaló hacia la entrada de la finca.

—¿Llegarán hoy? —preguntó. Virgilia le había comentado que Matilde y sus hijas venían a Sorrento con la intención de comenzar de cero tras el fallecimiento de Tiziano. El hijo de Donato se mostró solícito a ayudarlas, pero no concretaron nada. Los dos sabían que la decisión final pasaba por Donato.

—Es lo más probable —respondió Virgilia.

—Mi padre me lo comentó esta mañana. ¿Has podido hablar más con él?

Virgilia movió la cabeza de un lado a otro.

—Será mejor esperar a que llegue Matilde.

Guido no contestó y durante unos minutos estuvieron observando en silencio la entrada de la finca. Más allá, en el horizonte se dibujaba el azul del cielo bañado por el mar, reluciente este con un millón de destellos. Aquellas vistas evocadoras eran capaces de alumbrar el alma de Virgilia. Desde la altura de las montañas de Sorrento, el mundo parecía extenderse bajo ellos con una belleza infinita.

De repente, la llegada de un coche alertó a Virgilia, aunque Guido no se inmutó.

—Es mi primo. Ha ido a Amalfi esta mañana temprano.

—¿A Amalfi? ¿Para qué? —preguntó Virgilia frunciendo el ceño.

Guido indicó con la cabeza hacia el lado derecho de la propiedad, donde largas esteras de paja cubrían los cientos de limoneros que se extendían por la finca. Los limones se recolectarían a partir de octubre, dependiendo del calor que hiciera ese verano y de la frecuencia de las primeras lluvias del otoño.

—El señor Piccariello me dijo que en Amalfi se vendía un abono muy bueno para la tierra y a buen precio. Me indicó de qué establecimiento se trataba. Lo regenta un pariente suyo.

—¿El señor Piccariello? —indagó Virgilia, sorprendida por la inocencia de Guido. Pese a que había pasado varios años en Nápoles

estudiando, obligado por su padre, daba la sensación de que no había aprendido nada en absoluto.

—Es un buen hombre. Siempre está dispuesto a ayudarnos.

Virgilia se pasó la lengua por sus finos labios y guardó el rosario en su bolsillo. Llevaba más de cuatro décadas sirviendo a los Costa, lo cual era más que suficiente para conocer el entorno en el que se movía la familia y la envidia que habían provocado a lo largo de los años. Sumado a la poca experiencia de Guido que confiaba en cualquiera que le ofreciera algún negocio.

Sin ir más lejos, el señor Piccariello se aprovechaba de la disposición de los jóvenes para conseguir mercancía totalmente gratis o a un precio irrisorio. Virgilia les había advertido en numerosas ocasiones, pero Guido y Enzo hacían oídos sordos. Obviamente, Donato desconocía esto último. Virgilia procuraba mantenerlo tranquilo. Estaba segura de que, si llegaban a sus oídos los continuos despropósitos de Guido, su corazón no lo resistiría.

—¿Qué les ha encargado? —preguntó con hastío.

Las mejillas de Guido enrojecieron, como si presintiera el error que habían cometido una vez más.

—Nos dijo que le trajésemos unos veinte sacos de abono. Enzo iba a ir a Amalfi de todas formas, así que…

—Se lo han traído —interrumpió Virgilia.

En ese momento, Enzo detuvo el coche frente a la casa e hizo rápidamente un recuento de los sacos.

—Estos de aquí son para el señor Piccariello —gritó Enzo como si hubiera esperado el momento oportuno para unirse a la conversación. Virgilia sonrió irónica y Guido se sintió más avergonzado todavía.

La mujer los observó mientras discutían acerca de qué hacer con los sacos de abono que le correspondían al señor Piccariello. Sin embargo, pronto el rostro de Virgilia volvió a oscurecerse. ¿Qué sucedería cuando llegase Matilde con las niñas? Tenía una idea dándole vueltas por la cabeza, pero, en último término, no dependía de ella. Pese a la delicada salud de Donato, todavía era amo y señor de aquellas tierras.

Los jóvenes se marcharon y los pensamientos de Virgilia se reprodujeron fértiles en el silencio. La preocupación volvió a extenderse por su pecho. Ella le había prometido a Matilde que Donato les recibiría con las puertas abiertas y las acogería por la amistad que mantuvo con Tiziano, pero eso no implicaba que aceptase contratarlas y más teniendo en cuenta el paupérrimo estado económico en el que se encontraban.

Donato Costa había sido un hombre inteligente y había sabido recoger la herencia de sus padres para duplicarla, convirtiéndolos en una de las familias más poderosas de la región de Campania. Una plantación eficiente y bien trabajada, negocios rentables tanto en Nápoles como en Salerno y una relación de estrecha colaboración tanto con la Camorra en sus primeros años como con los fascistas tras la irrupción de Mussolini lo habían erigido en una posición predominante. Era tal la astucia de Donato que en algunos círculos era conocido como *Il Ragno*.

Sin embargo, sus días de gloria no se prolongaron mucho y, sin previo aviso, todo comenzó a derrumbarse. Su mujer falleció, dejándolo solo al cargo de sus dos hijos, Guido y Bianca, al que se sumaría poco después su sobrino Enzo. La propia Virgilia y Matilde se encargaron de rellenar ese vacío, pero las cosas no hicieron más que complicarse. La personalidad entusiasta de Donato se marchitó, convirtiéndose en un resentido, convirtiéndole en hombre mezquino y desconfiado. Sus desavenencias con un delegado del gobierno de Mussolini provocaron que perdiera gran parte de sus inversiones al norte de Sorrento, lo que mermó enormemente su capacidad económica, teniendo que hacer frente a inmensas deudas.

Pese a que continuó centrado en sus negocios, Donato se convenció de que su tiempo había pasado y confió en que llegado el momento su hijo se hiciera con el control de estos. Sin embargo, el pequeño Guido no mostraba interés alguno en las labores de su padre. En cuanto a Bianca, la hija mayor, Donato nunca la tuvo en cuenta pues consideraba que una mujer no estaba capacitada para esas labores, librándola de toda responsabilidad.

Pero mientras el heredero crecía, el poder de los Costa fue reduciéndose a medida que sus rivales hacían leña del árbol caído. El

último varapalo que sufrieron fue la marcha de Tiziano, su hombre de confianza, amigo y gestor de la finca. Habían trabajado juntos desde hacía más de treinta años y su marcha dejaba a un Donato desganado y sin motivación alguna.

Guido se marchó al poco tiempo a Nápoles para formarse y así hacerse cargo de los negocios de su padre, aunque a su regreso Donato descubrió que se había interesado más por el arte y la pintura que por los negocios. Fue el propio Renato Pugliese el que advirtió la deriva de Guido. Asolado por las preocupaciones, insomne y en un estado de estrés constante, acabó por enfermar y relegar, muy a su pesar, toda la gestión a su hijo.

Pese a que Guido había aprendido de su padre a marchas forzadas, este no tenía su don de gentes ni su inteligencia. Se apoyaba en su primo Enzo, que fue el principal apoyo de su padre mientras él estudió en Nápoles, que demostraba ser un joven más resolutivo y que gozaba con más confianza por parte de Donato.

Pero todo se fue a pique cuando Donato enfermó de gravedad, pasaba la mayor parte del día tumbado en su cama. La diabetes lo consumía y afectaba especialmente su vista. Resentido por la enfermedad y devenir de los acontecimientos, se tornó rencoroso hacia todos los que le habían fallado o traicionado en algún momento, como si consciente de su final quisiera hacer justicia consigo mismo. Se fue convirtiendo en un extraño para los que le rodeaban, alguien cuyos pensamientos eran imposibles de descifrar.

Pese a todo, Virgilia esperaba que la noticia de la muerte de Tiziano fuera suficiente para ablandar su corazón. Donato siempre había destacado por su bondad, pero la pérdida de su esposa, la soledad y la enfermedad habían agriado su carácter y lo habían vuelto un hombre imprevisible.

Abstraída, no vio como cuatro personas aparecieron en la entrada de la finca y se detuvieron, como si esperaran permiso para continuar. Toda su atención estaba puesta en cómo reaccionaría Donato.

Al cabo de unos segundos, Virgilia levantó la mirada y se fijó en las cuatro figuras que había a lo lejos.

—¡Matilde! —gritó mientras se incorporaba.

Enseguida salió corriendo hacia allí. Por fin, después de varios años, volvían a estar juntas, unidas por la desgracia de la muerte de Tiziano.

Virgilia se agachó levemente y sus sobrinas se echaron a sus brazos. Matilde guardó la distancia y comenzó a llorar. Aquel lugar tampoco estaba desprovisto de recuerdos para ella.

—No saben cuántas ganas tenía de verlas. ¿Están bien? —preguntó Virgilia mientras sujetaba el rostro de Vania. La pequeña de los Rinaldi asintió con una sonrisa apretada en sus labios.

Justo después, Virgilia se centró en Francesca.

—Te has convertido en un ángel.

Lucrecia era la siguiente. Su tía se quedó mirándola durante unos segundos.

—Tienes la mirada de tu padre —dijo mientras le sujetaba las manos. Su sobrina sonrió orgullosa.

Entonces Virgilia se incorporó y miró fijamente a Matilde. Sin decir nada, se acercó a ella y la abrazó con todas sus fuerzas. Matilde acabó de derrumbarse.

—Fue rápido. Muy rápido —susurró.

—Ya está descansando, que es lo importante.

Vania, Francesca y Lucrecia miraban extrañadas a su tía, a la que nunca habían visto llorar de esa manera. Virgilia advirtió las miradas desconcertadas de sus sobrinas.

—Venga. Será mejor que entremos. Les prepararé algo para que se refresquen —dijo agarrando una de las pocas bolsas que traían consigo.

Sin embargo, antes de que Virgilia pudiera dar un solo paso, Matilde le sujetó de la mano.

—¿Estás segura de esto, Virgilia? Lo último que queremos es causar problemas.

Virgilia sabía que Matilde había percibido el ambiente diferente que se respiraba en la finca de los Costa. Cuando Tiziano y ella se marcharon, la finca era un hervidero de trabajadores y de autos que traían y llevaban mercancía.

Matilde esperaba encontrarse con ese mismo lugar y, en cambio, lo que sus ojos veían era una finca desangelada, en silencio, como si

el tiempo se detuviera entre sus árboles. Apenas unos segundos le fueron suficientes para saber que allí ocurría algo.

—Están en su casa, Matilde —dijo Virgilia dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la residencia.

Apenas entraron, Virgilia las condujo hasta la cocina, donde tomaron asiento alrededor de una enorme mesa. Las recién llegadas miraban con una mezcla de extrañeza y curiosidad. Pero eran Lucrecia y Matilde, ambas con más recuerdos de su etapa anterior en la residencia de los Costa, las que parecían encontrarse ante un acertijo incapaz de resolver.

—Prepararé un poco de jugo. Guardamos las naranjas en una cámara, en el sótano. Ahí la temperatura es bastante inferior —explicó Virgilia mientras se dirigía a una puerta que se encontraba a un lado de la cocina.

Las cuatro observaron a Virgilia mientras esta bajaba las escaleras y desaparecía en la penumbra del sótano. Lucrecia se giró hacia su madre: sus ojos hablaban por sí solos.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó con su desbordante rebeldía.

—Ya lo hemos hablado, Lucrecia.

—A mí gusta vivir aquí —dijo Vania con una vocecilla inocente.

—¡Cállate! —exclamó Lucrecia—. En Nápoles podíamos tenerlo todo; aquí solo tendremos las migajas de…

Pero el discurso de Lucrecia se vio interrumpido por la llegada a la cocina de dos jóvenes que les resultaron vagamente familiares. Ambos discutían enérgicamente hasta que se quedaron en silencio cuando se encontraron a las cuatro mujeres en la cocina. Eran Guido y Enzo.

—Oh, disculpen —dijo Guido. Ambos habían estado descargando los sacos y venían con sus respectivas camisas en la mano, con los torsos desnudos y relucientes por el sudor.

—No sabíamos… —se excusó Enzo. De manera torpe, se vistieron lo más rápido que pudieron, no sin antes golpearse con la pared y con una de las estanterías de la cocina, tirando al suelo algunos vasos.

—¡Maldita sea, Enzo! ¿Siempre tienes que ser tan patoso? —exclamó Guido mientras se abrochaba los botones de la camisa. Vania, Francesca y Lucrecia se tapaban la boca con las manos para ocultar sus sonrisas.

—¡Pero si los has tirado tú!

El sonido de una puerta cerrándose bruscamente pilló por sorpresa a todos.

—¿Se puede saber qué despropósito es este? —dijo Virgilia clavando su mirada en los dos jóvenes.

—No sabíamos que teníamos visita —se justificó Guido. Virgilia, refunfuñando, dejó las naranjas sobre la encimera.

—¡Encima con menos memoria que una mosca! ¿No les dije que Matilde y sus hijas venían de camino? —replicó mientras iba en busca de la escoba.

Los dos miraron hacia la mesa. Sus caras de desconcierto lo decían todo.

—¿Matilde? —dijo Guido. Después desvió su mirada hacia las tres jóvenes. ¿Realmente eran ellas? Enzo compartía su sorpresa. La última vez que se vieron Lucrecia contaba doce o trece años, mientras que sus hermanas no llegaban a los diez. Por entonces eran niñas y no las jóvenes que en ese momento tenían ante sus ojos. Sin embargo, fue Francesca la que más llamó la atención de ambos.

Matilde, vestida de riguroso negro, se incorporó y fue hasta ellos. Incluso ella les resultaba una mujer completamente diferente. El sufrimiento había marchitado su rostro, envuelto por un paño negro que le ocultaba una melena donde comenzaban a predominar las canas. Por último, unas ojeras profundas y oscuras terminaban de modelar su aspecto, tan diferente a la hermosa mujer que ambos habían conocido años atrás.

—Estamos consternados por la muerte de su marido, señora —dijo Enzo estrechándole la mano y agachando el rostro con solemnidad.

—Una desgracia —corroboró Guido retirándose la gorra y llevándola hasta el pecho—. Virgilia nos dio la noticia. Nos dijo que estaba enfermo, pero no esperábamos este desenlace.

Matilde miró a su cuñada, quien observaba la escena con una tensión inaudita. ¿Acaso le estaban ocultando algo?

—Les agradezco sus palabras —dijo Matilde—. ¿Y su padre? Nos encantaría saludarlo.

Guido frunció el ceño, confuso.

—Creo que está dormido, señora.

Matilde no comprendió la respuesta ni el gesto condescendiente de Guido. Eran las doce y media del mediodía. ¿Qué hacía todavía dormido un hombre como Donato Costa? Si algo recordaba de él, era su insomnio y sus paseos nocturnos por la finca.

—Esperaremos el tiempo que sea necesario. Supongo que sabe por lo que estamos aquí —al decir esto, Matilde hizo un gesto sutil hacia sus hijas, sin que ellas lo advirtieran. Estaba claro que no querían que estuvieran presentes en la conversación que iba a tener lugar.

Virgilia, siempre alerta, lo cazó al vuelo.

—Enzo, querido, ¿por qué no les muestras la finca a estas señoritas?

A Vania y Francesca les pareció una idea estupenda. En cambio, Lucrecia retó con la mirada al muchacho, que no supo cómo reaccionar.

—Es una idea fantástica —añadió Matilde justo antes de girarse hacia su hija mayor—. Lucrecia, por favor, ve con ellas. Tú mejor que nadie puedes refrescarles la memoria.

Enzo se dirigió hacia la puerta, seguido de Vania y Francesca. Las dos jóvenes salieron al jardín mientras Lucrecia terminaba por decidirse.

—Si es lo que quieres… —aceptó Lucrecia levantándose bruscamente. Matilde era consciente del esfuerzo que estaba realizando su hija, agradeciéndoselo con una sonrisa.

Nadie dijo nada hasta que Enzo cerró la puerta y se quedaron a solas en la cocina. Matilde estaba con los ojos cerrados y respiraba pausadamente, como si necesitara un descanso después de un esfuerzo excesivo.

—¿Qué le sucede al señor Costa? —preguntó.

Guido miró a Virgilia.

—Mi padre está enfermo de diabetes. Le ha afectado a la vista y se pasa la mayor parte en su habitación.

Matilde se pasó las manos por el rostro. Era lo último que esperaba oír.

—Entonces nuestra estancia en Sorrento será breve —se aventuró Matilde.

—No he querido decir eso, señora —dijo Guido—. Trabajaron muchos años para mi padre, le sirvieron bien y lo mínimo que podemos hacer es ayudarles en estos momentos.

Virgilia intervino, sobrecogida.

—No te dije nada porque te hubieras negado a venir.

Pero el sonido de unos pasos interrumpió la conversación. En la puerta de la cocina se encontraba Donato Costa. Estaba extremadamente delgado y envejecido, tanto que Matilde no lo hubiera reconocido de haberlo visto en cualquier otra parte. Los últimos cinco años se habían cebado con él de manera cruel. En su rostro arrugado destacaban sus ojos, oscuros y pequeños, como si acecharan en todo momento.

—Señor Costa —saludó Matilde incorporándose de un salto.

El anciano levantó la mano y después se la llevó al pecho. Virgilia estaba expectante.

—Mi más sentido pésame por la muerte de su marido —dijo Donato con una voz ronca y profunda.

—Se lo agradezco —asintió Matilde.

—Quiero que sepa que en estos cinco años no ha desaparecido el aprecio a su familia. La pérdida de Tiziano es un dolor que me acompañará hasta el fin de mis días. Es en estos momentos cuando las cosas que son realmente importantes salen a la luz. En ese sentido, la muerte es reveladora.

—Me alegro de volver a verlo, pese a que sea en estas circunstancias —dijo Matilde.

—Comparto sus palabras, señora.

Matilde lo observaba mientras Donato se acercaba lentamente hacia la mesa, arrastrando el bastón de un lado a otro, seguramente para asegurarse de que no tropezaba con nada. Guido retiró una de las sillas.

—Ya ve que el tiempo tampoco me ha tratado bien. Dios sabrá si llegaré a Navidad.

Virgilia se acercó a él.

—Oh, hay una clara mejora, señor. No permita que lo venza el desánimo.

—Créame que será la enfermedad y no el desánimo lo que me acabará venciendo —afirmó él con una amarga sonrisa.

Matilde reconoció en Donato la manera de hablar de su marido durante sus últimas semanas de vida. Ambos afrontaban la muerte con una naturalidad que provocaba escalofríos.

—Estás mejor de lo que dices, papá —dijo Guido—. El tratamiento del doctor Lombardi te está haciendo bien.

Sin embargo, Donato se tomó a mal las palabras de su hijo, reaccionando con tal brusquedad que todos se estremecieron.

—Y pese a todo quieren convencerme de lo contrario. ¡Pero no! ¡Me muero! —exclamó su padre dando un golpe sobre la mesa—. Hoy, mañana o la semana que viene, ¿qué importará eso? ¿Acaso eres médico? —Mientras recuperaba el aliento se pasó un pañuelo por los labios—. La polivalencia de mi hijo no deja de sorprenderme.

Guido no dijo nada, aunque Matilde dedujo que debía estar acostumbrado a los desplantes de su padre. En cuanto a Virgilia, los nervios hacían temblar su cuerpo. El tiempo pareció detenerse.

—Disculpe por este bochornoso espectáculo, Matilde —se excusó Donato al cabo de unos segundos.

—Está en su casa —respondió ella.

El anciano sonrió con ironía.

—Lo fue antes. Ahora no soy más que un fantasma que mora en ella hasta que el tiempo en este mundo se acabe. ¡Ni una palabra, Guido! ¡Basta de indulgencias!

Sin saber qué decir, la respuesta de Matilde fue agachar el rostro. Guido, con el gesto claramente contrariado, ayudó a su padre a acercarse a la mesa. Donato parecía saber qué estaba pasando por la cabeza de cada uno de los presentes mientras que la suya continuaba siendo todo un misterio.

—¿Quiere algo de beber? —preguntó Virgilia. Donato rechazó la invitación con un gesto de la mano, aunque se arrepintió nada más

hacerlo.

—Un vaso de agua. Tengo la garganta seca. Otra consecuencia de mi enfermedad, querida. Tengo sed las veinticuatro horas del día.

Virgilia se incorporó con presteza y le sirvió el vaso de agua en unos pocos segundos. Nadie dijo nada mientras este se mojaba los labios.

—En su día, cuando Tiziano me comentó que se trasladaban a Nápoles, se lo desaconsejé. En mi modesta opinión tenía un buen trabajo y un sueldo que le permitía mantener a su familia, pero usted mejor que nadie sabe lo tozudo que era su marido. No se lo tome a mal, pero esas ideas y panfletos lo cambiaron. —Donato cogió aire y lo expulsó lentamente—. Permítame decirle que su marido corrió un riesgo innecesario. En los tiempos que estamos, por culpa de esas… lecturas, habría sido declarado como enemigo del *Duce*.

—No tiene que preocuparse por eso. Mi marido era discreto en ese asunto y jamás tuvimos problemas. Simplemente enfermó, al igual que muchos de sus camaradas de la fábrica.

—Esas fábricas… Siempre he dicho que todo ese humo que echan es veneno, el peor de todos. No es natural. Lo llaman progreso, pero yo no estoy tan seguro.

A Virgilia se le escapó un sollozo que fue recibido de mala manera por Donato, que paró su mirada sobre ella unos segundos para después volver a centrarse en Matilde.

—Pero lo importante es que ahora, debido a las circunstancias, nuestros caminos vuelven a juntarse. ¿Cómo están sus hijas? Debí preguntar antes por ellas.

Matilde se mostró cautelosa.

—Hace meses que vivimos en duelo a causa de la enfermedad. El desenlace estaba escrito, aunque supongo que eso no lo hace más fácil de llevar. No puedo pedirles más.

Donato asintió.

—La muerte es lo único absoluto, lo irremediable, el verdadero modelador de nuestras vidas. La muerte es el final, pero, al mismo tiempo, es el principio de algo nuevo.

Matilde se vio de nuevo sin palabras.

—¿Qué será de mis sobrinas? —preguntó Virgilia con un sollozo. La atención de los tres recayó en ella durante unos segundos.

—No las dejaremos solas —dijo Guido. Su padre lo miró inexpresivo.

—Como le dije a Virgilia, estoy dispuesto a ayudarlas, aunque me temo que mis intenciones no van acorde a la realidad que vivimos en estos momentos.

Matilde quiso intervenir, pero Donato se lo impidió.

—Déjeme hablar, pues dentro de unos minutos careceré de las fuerzas para hacerlo. Estoy enfermo, pero soy consciente de todo lo que ocurre en mi casa. Sé que los Costa no somos ni la sombra de lo que un día fuimos. El silencio que se respira aquí habla por sí solo.

Guido apretó sus labios, con el orgullo herido. Donato continuó, aunque esta vez se centró en su hijo. Su mirada no se posaba en nada en concreto, como si lo observara todo desde la lejanía, fruto de su ceguera.

—Los negocios y la fortuna van de la mano y, en estos momentos, no nos son favorables. Sería una imprudencia por mi parte no advertírselo.

Virgilia miró a Guido, que intervino como si se sintiera en la necesidad de matizar las palabras de su padre.

—Podríamos cederles una parte de las tierras, padre.

Donato lo miró de reojo. Su aparente debilidad no escondía su frustración. Era un hombre derrotado.

—Eso no serviría de nada —sentenció—. Espera a mi muerte para vender las migajas, Guido, si es que aún no nos las han arrebatado de las manos.

Su hijo tensó el rostro y cruzó los brazos. Las palabras de su padre eran puñales para Guido. Estar en el mismo espacio que Donato resultaba insoportable.

—No he venido hasta Sorrento en busca de limosna, señor Costa —dijo Matilde con el orgullo herido. No era el recibimiento que esperaba y no comprendía por qué Virgilia no le había advertido.

—Lo único que le estoy diciendo es que nuestra situación no es la mejor. En cuanto a mi negativa por cederle un pedazo de tierra, no me malinterprete. Necesitaría una suma importante y uno o dos

años de duro trabajo para obtener beneficios, si es que llegan a producirse. Me imagino que no es lo que usted desea.

Matilde movió la cabeza de un lado a otro. Estaba desconcertada por lo mucho que habían cambiado las cosas en la residencia de los Costa en los últimos cinco años. No obstante, Donato tenía razón. Ella necesitaba un trabajo, no una inversión a largo plazo.

—Tal vez… —dijo Virgilia, pero Donato la interrumpió.

—Ya hablaremos en estos días. Sé que son momentos difíciles, Matilde. Encontraremos una solución. Estoy seguro, pero, por el momento, consideren esta su casa.

CAPÍTULO 3

Donato Costa no tardó en regresar a su habitación, exhausto tras la conversación que habían mantenido acerca del futuro de Matilde y sus hijas. Era consciente de que con su postura se enfrentaba a los demás, pero no le importaba. Hacía bastante tiempo que su vida era una confrontación constante, una lucha contra el destino y hasta contra él mismo.

—Cederles las tierras. Menuda estupidez —murmuraba mientras se dirigía a su habitación acompañado por Virgilia. Esta, que había sido la responsable del regreso de Matilde, no decía nada. Su fe y la recóndita bondad que Donato debía albergar en su interior eran suficientes para ella: encontrarían la manera. Matilde y sus sobrinas se quedarían en Sorrento.

Cuando Guido y Matilde se quedaron a solas en la cocina, ella esperaba algún tipo de explicación por parte del hijo de los Costa, pero este estaba tan alterado que acabó despidiéndose, dejándola a solas.

Fue un momento complicado para Matilde, pues dudaba de haber hecho lo correcto al dejar Nápoles y volver a Sorrento. Conteniendo el llanto, trató de ponerse en la piel de su difunto marido y pensar qué hubiera hecho él en su lugar. ¿Era posible regresar? Matilde había podido ahorrar poco en los últimos meses, por lo que las opciones eran muy reducidas. De hecho, marcharse de Sorrento ya les suponía un esfuerzo considerable.

Estaba perdida en sus pensamientos cuando Virgilia regresó a la cocina. Nada más entrar miró fijamente a su cuñada.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó Matilde. Era el momento de liberar toda la rabia contenida durante la presencia de Donato.

Virgilia tragó saliva. Sus ojos estaban enrojecidos por la tensión.

—Pensé que lo mejor para ustedes era que regresaran a Sorrento.

Matilde golpeó la mesa con las manos.

—¡Pues aquí nos tienes! ¿Estás contenta?

—Encontraremos la manera, Matilde. Conozco muy bien a los Costa, tanto al padre como al hijo.

—¿Tan mal están las cosas por aquí?

Virgilia encogió los hombros.

—Guido no es como su padre. Lo intenta, pero nunca tuvo dotes de mando ni le interesan los negocios. Estuvo en Nápoles hace poco, estudiando, preparándose para este momento, pero no aprendió nada en absoluto. Gracias a Dios tiene a Enzo. Es un joven competente.

Escuchar eso aumentó la preocupación de Matilde. Sin embargo, se esforzó por mantener la calma y hacer caso, en última instancia, al consejo de Donato. Él había dicho que encontrarían la solución y a eso debía aferrarse. Un hombre como él no hablaba gratuitamente.

Por ello, se acercó a su cuñada y la abrazó para calmarla.

—Discúlpame, Virgilia. No debería haberte hablado así.

—No tienes nada de lo que disculparte —dijo dominada por un ligero temblor.

No obstante, Matilde sabía lo susceptible que era su cuñada y trató de quitarle importancia al asunto. Eso es lo que hubiera hecho Tiziano.

—Bueno, llévame hasta nuestra habitación. La prepararé para cuando regresen las niñas.

Virgilia sonrió tímidamente.

Mientras tanto, Vania, Francesca y Lucrecia paseaban a la sombra de las esteras de paja que cubrían los limoneros, refrescadas por la brisa y el sutil aroma que embriagaba el ambiente. Entre las ramas,

como si el fondo de un tapiz se tratara, se vislumbraba el azul claro del mar. Francesca, siempre dispuesta a soñar, se imaginó recorriendo un largo túnel cuyo final, abrazándose con el mar, la llevaba hasta un mundo nuevo. Sus ojos, relucientes, era la expresión más veraz de aquellos pensamientos.

Vania lanzaba una pregunta tras otra a Enzo, que caminaba junto a ellas, con una vara en la mano, refrescándoles la memoria y tratando de responder a las incesantes preguntas de la pequeña de los Costa, la cual mostraba un entusiasmo atípico.

Sin duda, Lucrecia era la que se mostraba más reservada y distante. Aunque Enzo no era un extraño para ella, sí que optaba por mantener cierta distancia. El joven había cambiado mucho en los últimos cinco años, ya que lo recordaba timorato y de pocas palabras.

—Hemos trabajado mucho en los cultivos. Antes todo esto no eran más que arbustos —explicaba Enzo—. Donato solía cobrar a los pastores que querían traer aquí a sus ovejas para alimentarlas con el pasto, pero optó por aumentar la plantación del limonar. *Ovale di Sorrento*.

Francesca sonrió cuando mencionó a las ovejas. Enzo le guiñó un ojo.

—Lo acabas de recordar, ¿a que sí? —preguntó el joven.

La mediana de las Rinaldi asintió entusiasmada.

—Imposible olvidar cuando corrí todo este camino gritando porque me perseguía una oveja y luego tú lograste espantarla.

Los dos jóvenes se miraron y comprendieron que el tiempo no había pasado para ellos, pues ese recuerdo se convirtió en muchos que vivieron entre esos árboles, cuando aún eran unos niños.

—Papá trajo licor de limón para mi cumpleaños —dijo Vania de repente, llamando la atención de todos y cambiando el tema de conversación—. ¿Lo hacen aquí?

Enzo arqueó la cabeza hacia un lado.

—Cedemos una parte de la cosecha y con la otra intentamos hacer un buen licor.

Para Lucrecia no pasó inadvertido eso de *intentamos*. El licor que Renato Pugliese le había regalado a su padre años atrás era

prácticamente imbebible. Por eso precisamente lo recordaban tan bien. Nada comparado con el que hacía la señora Constanza.

—No recordaba que fuera tan bonito —susurró Francesca, obnubilada con el paisaje. Ella prefería el verdor y la naturaleza de Sorrento en vez de las asfixiantes calles de Nápoles. Vania, entusiasmada, señaló hacia una curiosa formación rocosa que destacaba sobre los árboles y matorrales de finca.

—¿Qué es eso? Parece un castillo.

Enzo se detuvo y utilizó las manos para dar sombra a sus ojos mientras Francesca y Lucrecia miraban hacia el lugar en cuestión. La última dibujó una sonrisa fugaz en sus labios.

—Es la Tumba de las Sirenas —respondió el joven.

El peculiar nombre llamó la atención de Lucrecia, que había permanecido en silencio hasta entonces. Ella intuía por qué su madre se las había ingeniado para que no estuvieran presentes. No podía soportar que la tratara igual que a sus hermanas pequeñas. Sin embargo, esa sensación molesta se desvaneció cuando Enzo se refirió a aquellas piedras.

—La recuerdo. Papá nos contó la historia cuando éramos pequeñas. ¿No la recuerdan? —preguntó dirigiéndose a sus hermanas, las cuales negaron al unísono. La hermana mayor sonrió con ternura—. Papá decía que aquí yacen las últimas sirenas del mar Tirreno. Dicen que ellas cautivaron con su voz a quienes fundaron la ciudad, pero que cuando cumplieron su cometido se convirtieron en roca, aunque aún se puede escuchar sus voces en las noches de tormenta. —La voz de Lucrecia fue ahogándose a medida que rememoraba a su padre. Sus hermanas lo percibieron y sus labios se arquearon, preludio del llanto.

Enzo se enterneció al ver el dolor de las hermanas. Él había perdido a sus padres cuando contaba poco más de cuatro años, momento que se instaló en la casa de los Costa. La pérdida, por tanto, era algo a lo que estaba acostumbrado. La serenidad y las sonrisas que habían demostrado hasta ese momento disimularon el torbellino de recuerdos en el que estaban sumidas, pero no lo habían hecho desaparecer, algo que Enzo reconoció nada más verlas.

—Eso quiere decir que bajo nuestros pies hay algunos cuerpos de sirenas. Da un poco de miedo —dijo Enzo con la intención de sacarles una sonrisa.

Vania y Francesca dejaron escapar una carcajada, aunque Lucrecia se mostró más comedida y enseguida su atención dejó de lado la Tumba de las Sirenas. Aquel lugar le estaba despertando recuerdos a una velocidad pasmosa.

—¿Dónde está la casa? —preguntó—. En la que vivíamos antes de mudarnos a Nápoles.

Enzo se secó el sudor y giró sobre sí mismo.

—Al otro lado de ese cerro.

Pese a que las hermanas habían crecido allí, la disposición de los cultivos y el trabajo de la tierra habían cambiado bastante el paisaje. Era como si aquel lugar se negara a ceder al recuerdo de las jóvenes y quisiera mostrarse como un lugar indómito.

—¡Vayamos a verla! —propuso Francesca corriendo hacia esa dirección. El ímpetu de la hermana mediana fue seguida por las demás, mientras que Enzo se quedó en sitio, con la mano levantada, como si no les hubiera dado tiempo de advertirles de algo al respecto.

Las hermanas corrieron ilusionadas para reencontrarse con el que había sido su hogar cinco años antes. Fue tal el estallido de alegría, dejándose llevar por la luz esperanzadora de hacer realidad sus más bellos recuerdos, lo que las hizo despreciar el paso del tiempo.

Sin embargo, apenas llegaron a la cima del cerro, las tres se detuvieron. Enzo tardó unos pocos segundos en llegar hasta ellas, consciente de la desilusión que estarían experimentando.

—La casa quedó abandonada después de que se marcharan. Donato no quiso que nadie viviera allí. Si hubiera estado habitada se habría conservado mejor.

—Era nuestro hogar —dijo Francesca con desánimo, como si se trataran de palabras muertas que el viento había de llevarse consigo.

—Y puede que lo sea de nuevo —afirmó Enzo esperanzado. Sus palabras sacaron una sonrisa a Francesca.

Sin decir nada, Lucrecia y Vania se encaminaron hacia la casa. Enzo salió a caminar tras ellas, pero se detuvo al percatarse de que Francesca no se había movido. Fue ahí, viendo su silueta recortada el cielo y su melena bailando al sol de la brisa, cuando Enzo se percató de la belleza de la joven. Llamaba la atención como la primera flor de la primavera.

—¿Qué sucede? —preguntó Enzo. Francesca permanecía con la mirada sobre su antiguo hogar.

—No lo recordaba así —musitó. El muchacho se acercó a ella.

—Volverá a estar tal y como lo recuerdas. Te lo prometo —dijo Enzo. Francesca le dedicó una sonrisa y, sin decir nada, siguió los pasos de sus hermanas. Él se limitó a acompañarla, también en silencio.

Al llegar se fijaron en que la madera de las puertas y ventanas estaba en un pésimo estado; gran parte estaba carcomida o casi deshecha.

Con precaución, Enzo empujó la puerta, cuyas bisagras estaban oxidadas y sujetas casi de manera milagrosa a la madera hinchada y semipodrida.

—Hace mucho tiempo que no entraba aquí, pero la estructura parece estar en buen estado —dijo el muchacho a la vez que indicaba a las jóvenes que pasaran al interior. Algunos pájaros salieron revoloteando por las ventanas.

Dentro reinaba una claridad densa que tomaba forma por el polvo que se levantaba tras sus pasos. Pero, pese a todo, las tres hermanas reconocieron el que había sido su hogar y hasta experimentaron una agradable calidez en su interior. Resquicios de un pasado que creían perdido para siempre.

Vania se aferró al brazo de Enzo, temerosa de un insecto que pasó caminando delante de ellas a toda velocidad, dejando diminutas marcas sobre la gruesa capa de polvo.

—Tranquila, pequeña —dijo este, apartándolo con el pie.

Mientras tanto, Lucrecia y Francesca se aventuraban por el desangelado pasillo. Todo estaba cubierto de polvo y tierra e incluso en algunos resquicios habían brotado plantas silvestres.

—Es una pena que esté así —se lamentó Lucrecia—. Supongo que costará una fortuna arreglarlo todo.

—Si la estructura está bien, merecerá la pena. La madera es barata por aquí y tanto Guido como yo podemos ayudarlas —explicó Enzo, todavía con Vania pegada a él. Francesca les dedicó una mirada fugaz, un gesto rápido cuyo origen era todo un misterio para ella.

Salieron de la casa y continuaron caminando hasta que el calor les hizo desistir y regresar a la casa. Entraron por la puerta de la cocina, donde encontraron a Virgilia exprimiendo naranjas.

—Su madre está en la habitación. Está al final del pasillo. No hagan ruido —informó Virgilia con un tono serio que no se parecía en nada al que había empleado cuando llegaron a la finca de los Costa. Sin embargo, sabía que su tía era así.

Las tres hermanas caminaron en esa dirección en absoluto silencio. Tenían la sensación de estar recorriendo un misterioso castillo.

Encontraron a Matilde terminando de vestir las tres camas que había en la habitación.

—Oh, ya están aquí. ¿Cómo ha ido el paseo? —preguntó.

Francesca no pudo contenerse.

—¡Hemos visto la Tumba de las Sirenas!

Matilde frunció el ceño. Se fijó también en que Lucrecia la interrogaba con la mirada, aunque no era el momento de hablar acerca de la conversación de la cocina. Pensándolo bien, tampoco tenía nada concreto de lo que informar.

—¡Las sirenas! las que con su voz atraían a los marineros —insistió la más pequeña.

Fue entonces cuando Matilde supo de qué estaba hablando su hija y sus ojos se tornaron vidriosos. De alguna manera, eran la clase de recuerdos que mantenía viva la memoria de Tiziano.

CAPÍTULO 4

Matilde caminaba con paso decidido, obviando los fuertes sentimientos que brotaban en su interior, despreciándolos, manteniendo a raya las lágrimas y luciendo una sonrisa que estiraba su piel. Vania y Francesca iban tomadas de sus brazos, alegres y despreocupadas, como si de dos niñas pequeñas se tratasen. En cambio, Lucrecia caminaba un poco más adelante, mirando a un lado y a otro.

—¿Falta mucho? —preguntó Matilde.

Un poco más allá, Enzo y Guido negaron con la cabeza, en un gesto idéntico que revelaba las muchas horas que pasaban juntos.

—Puede llegarse más rápido si subimos por el cerro, pero supongo que habrá que retomar el viejo camino que lo bordea —dijo Enzo señalando un sendero de piedra que estaba completamente cubierto por los arbustos. Hacía mucho tiempo que nadie lo utilizaba.

Matilde lo observó con nostalgia. Ese camino dejado de la mano de Dios era el que conducía a su casa. El pellizco que experimentó en su interior fue más intenso.

—Esperaremos que Donato tome una decisión antes de hacer nada —apuntó Matilde.

—No creo que mi padre ponga inconveniente —expresó Guido—. Después de que ustedes se fueron, no quiso que nadie la habitara.

Matilde no pasó por alto sus palabras.

—¿Y eso por qué? Si no recuerdo mal, la casa estaba en buen estado. Podrían haberla alquilado.

Guido encogió los hombros.

—Ya sabe cómo es mi padre…

Un misterio, pensó Matilde. No lo había vuelto a ver desde el día anterior, cuando conversaron en la cocina. Después pensó que saldría para saludar a sus hijas, pero no fue así. Para Lucrecia, Francesca y Vania el señor Costa seguía siendo un lejano recuerdo.

Era temprano y el sol todavía luchaba por erigirse, alargando las sombras de los limoneros y haciendo correr brisas de aire fresco que arrastraban un intenso olor a limón. Por el momento, el verano aguardaba para mostrar su peor cara.

Poco a poco, ascendieron por el cerro hasta que, por fin, la antigua casa de los Rinaldi quedó delante de los ojos de Matilde. Durante unos segundos se quedó en absoluto silencio, viendo cómo un lejano recuerdo cobraba vida de nuevo. Lucrecia, sabiendo lo importante que era ese momento para su madre, se acercó a ella y le pasó el brazo por encima de los hombros. Francesca se fijó en el detalle de su hermana mayor y estrechó con fuerza la mano de su madre, que se lo agradeció con una tierna sonrisa.

Sin decir nada, las cuatro, acompañadas de Enzo y Guido, caminaron hasta la casa. Vania, quizás más ajena a la trascendencia del momento y sin soltar el brazo de su madre, la llevó por cada una de las habitaciones mientras le contaba todo lo que iba recordando. Pese a que los ojos de Matilde se pusieron vidriosos en un primer momento, la felicidad de Vania y los buenos recuerdos de aquel lugar fueron suficientes para que su ánimo mejorase.

Lucrecia y Guido dieron un rodeo por el exterior, mientras él iba haciendo un boceto aproximado en una pequeña libreta. El día anterior Enzo le había contado el deseo de las hijas por instalarse en la que fue su casa años atrás y que, pese a su aparente mal estado, podía arreglarse con un poco de trabajo. A Guido le pareció una idea fantástica y, a última hora de la tarde, tras comentarlo con Matilde, fue a comunicárselo a su padre. Este no dio su bendición de primeras, pero tampoco descartó la idea, lo que ya era bastante. Le

pidió que apuntara todo lo necesario para reformar la casa y saber si merecía la pena o no.

—Es una decisión muy importante para tomarla a la ligera —concluyó Donato. Sin embargo, para Guido se convirtió en un reto personal; en una oportunidad más de ganarse el favor de su padre y cumplir su palabra con Matilde.

En cuanto a Enzo, este se fijó en el camino abandonado que bordeaba el cerro, había que acondicionarlo para que fuera más transitable.

—¿Es cierto lo que dijiste? —La pregunta pilló a Enzo por sorpresa, pues pensaba que se encontraba solo. Francesca estaba detrás de él, sentada sobre una roca.

La naturalidad de la joven le sacó una sonrisa. Los rayos de sol que atravesaban las ramas de un árbol cercano incidían sobre ella, dotándola de un reflejo casi místico.

—Espero que sí. ¿Acerca de qué?

Francesca sonrió.

—Ayer dijiste que era viable arreglar nuestra antigua casa.

Enzo, con las manos en la cintura, miró hacia el lugar. Matilde y Vania pasaron frente a una de las ventanas.

—Y lo mantengo. Habrá que sustituir parte de la madera y algunas cosas más, pero nada que no pueda hacerse.

La sonrisa de la joven fue un regalo para Enzo. En los últimos cinco años la había olvidado creyendo que la vida mantendría sus caminos alejados. Habían sido grandes amigos cuando eran niños. Pasaban mucho tiempo juntos y se comprendían con tan solo una mirada. Pero ¿qué había quedado de aquello? Él sentía que seguía siendo el mismo, mientras que Francesca, a sus ojos, se había convertido en una persona totalmente diferente.

—¿Dónde vives tú? —preguntó Francesca de repente. La naturalidad con la que formuló la pregunta lo desconcertó.

—En una pequeña casa independiente que hay junto a la principal. Es pared con pared.

—¿Por qué no vives con ellos? —cuestionó la joven—. Antes vivías bajo el mismo techo de los Costa, ¿no?

Enzo encogió los hombros.

—Así es, pero cuando cumplí diecisiete años, Donato me ofreció instalarme en una casa independiente. Él dice que todo hombre debe tener un lugar para formar una familia.

La sonrisa de Francesca cambió ligeramente y sus labios se movieron de tal manera que pareció que había preferido guardarse las palabras que vinieron a su boca. Fue un gesto tan evidente que Enzo se turbó. No se sentía con la suficiente confianza como para preguntarle qué le pasaba.

Quiso la casualidad que, en ese preciso momento, Guido y Lucrecia aparecieran junto a la vivienda, dándole a Enzo el pretexto para salir de aquel atolladero.

—¡Eh, Guido! ¿Cómo lo ves?

Este levantó la mirada de la libreta y le respondió con un gesto ambiguo que preocupó a Francesca, que también deseaba dejar atrás lo que acaba de suceder entre ambos.

—Bah, no te preocupes. Lo que pasa es que Guido tiene alma de artista. Es demasiado perfeccionista —dijo Enzo recuperando su tono despreocupado.

Francesca soltó una carcajada y Enzo, sin ser consciente de ello, se quedó mirándola. En ese instante, una pregunta vino a su cabeza: ¿Francesca tendría algún pretendiente?

Sin embargo, esos pensamientos desaparecieron en cuanto Lucrecia y Guido se acercaron.

—Quitando puertas y ventanas, por fuera no está tan mal —dijo Guido.

Matilde y Vania llegaron también en ese momento. La pequeña de las hijas soltó a su madre y se situó justo al lado de Enzo, que la recibió con un gesto de respetuoso cariño. Francesca seguía sentada sobre la piedra y con su atención fija sobre la casa.

—Salvo algunas tejas, el techo también está en buen estado. De no ser así, el interior de la casa sería insalvable —continuó Guido utilizando su lápiz como puntero—. Con un par de semanas de trabajo sería más que suficiente, aunque lo mejor sería comenzar cuanto antes, antes de que comience la época de cosecha.

—Tienes razón, Guido. Ahora es cuando tenemos más tiempo.

Matilde y Guido se miraron. La decisión estaba en las manos de Donato, el cual aseguró a su hijo que tomaría la decisión una vez conociese con exactitud el estado de la casa, lo cual ocurrió apenas un rato después, cuando Guido le mostró sus anotaciones.

—¿Eran necesarios tantos dibujitos? —preguntó Donato, señalando con desgana los bocetos de la casa que había realizado su hijo.

—Era para que te hicieras una idea —respondió Guido.

—Se trata de una casa, Guido. Hasta el vagabundo más desdichado de Italia sabe lo que es una casa. ¿Esto es todo lo que aprendiste durante tus años en Nápoles?

Su hijo apretó los labios sin decir nada. Enzo, que se encontraba también en la habitación, trató de hablar en favor de Guido.

—Es más fácil hacernos una idea teniendo los dibujos como referencia.

Donato movió sus ojos hasta Enzo.

—¿Tú cómo lo ves?

Eso no pasó desapercibido para Guido. Una vez más, su padre pedía primero la opinión de Enzo en vez de la suya.

—Guido y yo calculamos que con pocas semanas de trabajo ya podrían instalarse allí. Virgilia está dispuesta a adelantar el dinero de los materiales. La casa quedará en perfecto estado.

Donato asintió y dejó el cuaderno sobre su regazo. Después se frotó los ojos con los dedos y suspiró con pesadez. Era consciente de que todos esperaban su decisión. Sin embargo, esta debía esperar a la llegada de una persona. Pese a lo que pudiera parecer, él no se había limitado a estar postrado en la cama, esperando acontecimientos. Quizás, por última vez, hizo honor a su antiguo apodo, *il ragno.*



Virgilia y Matilde paseaban por las cercanías de la residencia, esperando que los jóvenes les comunicaran la decisión de Donato.

—¿De verdad Guido estaba dispuesto a cedernos un pedazo de tierra? —preguntó Matilde.

Virgilia asintió.

—Es un buen muchacho. Que no sepa hacerse cargo de los negocios de su padre no va en contra de lo primero.

—Por supuesto que no.

—Sería un marido estupendo para Lucrecia —dijo Virgilia como si nada, pillando a Matilde por sorpresa.

—No es momento de hablar de matrimonios, Virgilia. Además, no creo que Donato Costa aceptase que su hijo se casara con una de mis hijas. Pese a su mal momento, son de otra clase social.

—Solo te digo que debes pensar en esas cosas, pues también se trata del futuro de tus hijas. Quizás Vania y Francesca puedan esperar un poco, pero Lucrecia ya tiene edad de convertirse en esposa.

Matilde respiró hondo para contenerse. Virgilia tenía la increíble habilidad de sacar de quicio a cualquiera en un instante, como un veneno intenso y efímero que actuaba en cuestión de segundos.

—Ya tendremos tiempo de hablar de eso. Por el momento, no creo que Lucrecia esté pensando en casarse. Ya sabes cómo es.

Las figuras de las dos cuñadas eran vistas desde el porche por Vania, Francesca y Lucrecia. Las tres comían pipas de girasol mientras esperaban que alguien les dijese qué iba a ser de ellas. ¿Se quedarían en Sorrento? ¿Vivirían en su antigua casa? ¿Regresarían a Nápoles?

—¿Ustedes recordaban así a la tita? —preguntó Lucrecia. Sus hermanas se giraron hacia ella.

—Siempre está muy alterada —respondió Vania.

Francesca y Lucrecia dejaron escapar una carcajada.

—Tienes razón —dijo Francesca.

—Puede que lo hayan olvidado, pero la tita Virgilia fue siempre así, aunque quizás la muerte de papá le haya afectado un poco —comentó Lucrecia.

Francesca miró con melancolía hacia el cerro tras el cual se encontraba la que había sido su casa. ¿Cómo era posible que después de tanto tiempo lo sintiera como su hogar? Todavía

recordaba cómo eran las cosas antes de que se marcharan a Nápoles. Por ese mismo camino, ella solía correr con su hermana Vania, buscando mariposas o yendo en busca de flores con las que rellenar el jarrón de cristal que su madre ponía encima de la mesa. Curiosamente, ese jarrón llegó roto, como si pretendiera avisarlas del infortunio.

Centrada en ese viaje por sus recuerdos, dejó de escuchar la conversación que mantenían Lucrecia y Vania. Por donde en ese momento se extendían cientos de limoneros, antes reinaba un pasto verde, que solía ser el alimento de algunos de los rebaños de oveja de la zona. Ella solía subirse a las ramas de un olivo cercano —ya talado e inexistente— mientras los animales se mostraban ante sus ojos como peces blanquecinos nadando en un océano verde. Más allá, casi siempre ayudando al pastor, Enzo controlaba que las ovejas no pasaran a la zona de los cultivos.

—¿Alguna rezagada? —gritaba el joven. Francesca, utilizando sus manos a modo de visera, oteaba el horizonte como si se tratara del capitán de un navío.

—¡Allí! ¡A la izquierda! ¡Hay dos ovejas que están a punto de llegar a las pimenteras!

Rápidamente, vara en mano, Enzo corría hacia esa dirección para salvar los pimientos. Mientras las ahuyentaba, siempre gritando y exagerando mucho sus gestos, Francesca se reía a carcajadas.

Revivió aquellos momentos y una sonrisa invadió su rostro.

—¡Francesca! ¿Se puede saber de qué te ríes?

Las palabras de Lucrecia trajeron a Francesca de vuelta a la realidad.

—¿Cómo dices? —preguntó desorientada.

—Siempre estás en las nubes —dijo Vania.

Francesca le dedicó una sonrisa mientras intentaba recordar cuál era el tema de conversación. Por sus gestos, Lucrecia adivinó su pensamiento.

—Hablamos de la tía Virgilia.

—Yo creo que está sufriendo por nosotras. No quiere que nos marchemos —expresó Francesca.

Lucrecia se echó hacia delante, como si fuera a confesarles un secreto.

—Pase lo que pase con la casa, han de tener claro que necesitamos encontrar dónde trabajar.

Vania abrió los ojos de par en par.

—¡Yo trabajaré con Enzo! ¡Le ayudaré en la finca!

Francesca le golpeó en el codo.

—Estamos hablando de cosas serias. ¿Qué vas a hacer tú en la finca?

—¡Muchas cosas! —replicó Vania.

En apenas unos segundos, las dos hermanas se vieron envueltas en una trifulca. Lucrecia intentó refrenarlas, pero era inútil. No se callaron hasta que Matilde y Virgilia se acercaron.

—¿Qué es este escándalo? —dijo Matilde señalándolas con el dedo. Virgilia las miraba como si hubieran cometido el peor de los pecados.

—En una casa ajena… ¡Qué vergüenza! —exclamó.

Matilde miró a su hija mayor en busca de una explicación de lo sucedido, pero esta se limitó a encoger los hombros dejando claro que no tenía la menor idea.

—Estábamos tan tranquilas y de repente, no sé, se han vuelto locas —explicó Lucrecia.

—¡Yo no estoy loca! —dijo Vania entre dientes, casi más como una amenaza que como un reproche.

Francesca permanecía sentada con los brazos cruzados y la mirada fija en la mesa, consciente de que se había dejado llevar de nuevo por su hermana. No podía soportar que Vania fuera capaz de sacarla de quicio de esa manera. Pero lo más increíble de todo era que ni siquiera sabía por qué estaban discutiendo.

—¡Silencio! Ni una palabra más —ordenó Matilde.

En ese momento, Enzo apareció en la puerta de la casa. El rostro de Vania se iluminó.

—Donato quiere hablar con usted, Matilde —informó muy seriamente—. Ella asintió y repasó con la mirada a sus hijas.

—¿Puedo acompañarla? —preguntó Virgilia, lo cual indicaba el respeto que imponía el señor Costa aun sin estar presente.

—No veo por qué no —dijo Enzo haciéndoles un gesto para que entrasen.

Matilde, con suma tranquilidad, miró a sus hijas.

—Enseguida vuelvo. ¿Sabrán comportarse?

—Sí —contestó Francesca. Vania permanecía en silencio.

—¿Vania? No has contestado.

—Te lo prometo.

Matilde les dedicó una sonrisa y fue tras los pasos de Enzo. Virgilia iba tras ellas, susurrando alguna oración que a Matilde le evocaba al siseo de una serpiente.

—Está en su despacho —informó Enzo.

—¿En su despacho? —preguntó Virgilia. Hacía mucho tiempo que Donato no se desplazaba hasta allí. Prácticamente no lo hacía a no ser que se viera obligado a recibir a alguien especial o cuya presencia en la finca fuera inusual. La diabetes le había afectado la vista y caminar se había convertido en una odisea.

Pero a Enzo no le dio tiempo a contestar, pues apenas se encontraban ya a unos pocos pasos de la puerta.

En el interior del despacho se encontraban Donato, Guido y un señor que Matilde identificó, si la memoria no le fallaba, como Renato Pugliese, uno de los principales intermediaros del señor Costa. Tiziano solía contarle que el calabrés, pues así le conocían quiénes hacían negocios con él, era capaz de conseguir cualquier cosa, claro está, a un módico precio.

—Mi más sentido pésame, señora —dijo Renato sujetando la mano de Matilde y haciendo un gesto solemne con la cabeza—. Tiziano era un amigo muy preciado para mí. Dios lo tenga en su gloria.

—Agradezco sus palabras, Renato. Él también me hablaba muy bien de usted —contestó Matilde.

Renato se puso la mano en el pecho y agradeció sus palabras. Era un hombre elegante, pulcro y atento a los detalles. Su traje a rayas no mostraba ni una sola arruga, mientras que sus zapatos relucían como si tuvieran luz propia. Un fino bigote irrumpía en su rostro exhaustivamente afeitado, ensalzando la sonrisa permanente

que mostraba. Su aspecto radiante, de quien sabe atajar la vida, destacaba sobre los demás.

Donato, que se encontraba sentado tras el escritorio, invitó a los demás a tomar asiento. Solo Enzo y Virgilia permanecieron de pie.

—Me complace que este reencuentro haya sido tan agradable para todos. Sin duda, es la mejor manera de comenzar.

Matilde no comprendió del todo lo que Donato había querido decir. Su mirada no estaba centrada en nadie en particular, lo que indicaba creciente ceguera.

—En primer lugar, Enzo, mi hijo y yo hemos estado hablando acerca de la posibilidad de reformar su antigua casa. Ambos me han asegurado que unas pocas semanas son suficientes, así que no veo motivos para no continuar.

Enzo y Guido asintieron al unísono. Sin embargo, Matilde percibió que la presencia de Renato no estaba relacionada con la reforma de la casa, lo que absorbió toda su atención.

—Eso es una excelente noticia —exclamó Virgilia.

Donato asintió con una media sonrisa.

—No voy a oponerme, Matilde —dijo Donato—. Necesitan un techo y estoy dispuesto a cedérselo sin pedirle nada a cambio. No es caridad, no se equivoque. Tendrá que invertir tiempo y dinero. Pero no sería de buen cristiano cobrarle una lira siquiera; no en su situación.

Matilde juntó sus manos como si fuera a rezar.

—Muchas gracias, señor Costa.

Pero Donato no había terminado. Cogió aire y dio un trago al vaso de agua que había sobre el escritorio. Enseguida, Virgilia lo rellenó con una jarra que había también sobre la mesa.

—Pero sé que esa no es su única preocupación, Matilde y, por eso, está aquí el señor Pugliese, al que avisé apenas terminé de hablar con usted el pasado día.

Virgilia y Matilde mostraron su sorpresa.

—Así es y espero, Matilde, que no se tome a mal mi intromisión. Estoy aquí por petición explícita del señor Costa y con la mejor de las intenciones.

—No se preocupe —contestó la viuda un poco desconcertada. Aquel hombre era como una versión más joven de Donato. Todos sus gestos parecían estar medidos al milímetro, aunque con aspecto más benévolo.

El calabrés se puso de pie y se abrochó el botón de la chaqueta. Después, con suma delicadeza, sacó varios documentos de una cartera de cuero y se los pasó a Donato, que, tras un breve vistazo, entregó a Matilde.

—¿Contrato de arrendamiento? —leyó—. ¿Qué es esto?

—Es un documento oficial en que se establece el alquiler de un local en la ciudad de Sorrento a su persona, Matilde —explicó Renato.

—¿Un local? —No comprendía nada. ¿Cuándo habían mencionado ningún local?

Renato intervino.

—Por su expresión intuyo que se encuentra un poco perdida, ¿no es cierto? Disculpe, pensé que ya estaría al tanto.

Sin embargo, Donato levantó la mano para indicar que iba a tomar la palabra.

—Ya le comenté que nuestra situación no es la mejor, Matilde. Sé que lo último que necesitamos son nuevos empleados —declaró Donato—. Pero también le dije que encontraríamos una solución. Pese a la mala racha, aún disponemos de propiedades en Sorrento y una de ellas se trata de un local. Antes la tenía rentada a una familia que tenía una tienda de venta de alimentos, pero padre e hijo murieron en la guerra de África y la viuda regresó con su familia a Sicilia. Esto ocurrió hace un par de semanas. Por entonces, le encargué a Renato que me buscase alguien de confianza para rentar de nuevo el local.

Guido miró con cierto rencor a Renato. Él ni siquiera tenía noticia de la existencia ese local. Estaba claro que su padre no había delegado por completo en él. En ese aspecto, y aunque no fueran conscientes de ello, Renato y Enzo eran una competencia para él.

En cuanto a Matilde, no dijo nada, tan solo se limitó a observar de nuevo el documento de alquiler. ¿Una tienda? No era lo que había pensado, pero podía funcionar. Podían salir adelante.

—No sé qué decir, señor Costa.

—Piénselo tranquilamente. No me tiene que dar una respuesta en estos momentos. En cuanto a la mercancía, Renato trataba con la familia, por lo que puede ayudarle a encontrar todo lo que necesite. Por no mencionar que, de aceptar, utilizaremos su tienda para vender nuestro licor de limón. Será beneficioso para usted y para nosotros.

Renato asintió para reafirmar las palabras de Donato.

—Si me permite, es una excelente opción, señora. La guerra en España ha provocado que algunas tiendas se vieran obligadas a cerrar, como en este caso, por lo que hay demanda. Los únicos riesgos con los que debe correr con los gastos del primer lote de productos. No sé de qué cantidad se tratará, pero estoy seguro de que es perfectamente asumible. Después, los ingresos serán suficientes para afrontar el pago de las futuras mercancías.

Matilde apretó sus labios. Era consciente de que no disponía de esa cantidad de dinero, por ínfima que fuera.

—No sé cómo puedo agradecerles todo esto, pero apenas cuento con fondos para…

No obstante, Virgilia la interrumpió.

—Yo me haré cargo del coste de la mercancía.

Matilde clavó sus ojos en su cuñada.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que Donato no se lo hubiera ofrecido si no fuera una buena oportunidad. Encargue la mercancía, Renato. Hay que abrir esa tienda antes de que se nos adelanten. Dispongo de ahorros suficientes para hacer frente a ese primer lote.

Renato miró a Donato como si necesitara su permiso.

—Vía libre —sentenció.

—Partiré ahora mismo para disponerlo todo —dijo Renato ajustándose el sombrero—. Lo más seguro es que la mercancía esté aquí la otra semana. Por cierto, no se preocupe por los permisos y todo el papeleo; corre de mi cuenta, en recuerdo de Tiziano. Ah, y Virgilia, el mismo día que llegue la mercancía, le entregaré una carta de pago con la cantidad a abonar. Descuide, Matilde, me encargaré de conseguir algún tipo de descuento.

Sin apenas darse cuenta, la vida de Matilde había cambiado por completo. De repente, había recuperado su antiguo hogar y disponía de una tienda con la que ganarse la vida. Esto le hizo derramar unas lágrimas de sincera emoción.

Donato, ligeramente conmovido, se levantó y se acercó hasta ella.

—Las buenas personas siempre encuentran un resquicio al que aferrarse, Matilde. No le garantizo que todo vaya a ir bien, pero al menos tiene una oportunidad, lo cual no es poco.

Matilde se secó las lágrimas.

—Lo sé, Donato. De nuevo, de parte mia y de mis hijas, muchas gracias.

CAPÍTULO 5

Los primeros días de julio vinieron acompañados de un calor intenso y seco, despiadado, que hizo recordar a las jóvenes a los veranos anteriores en Nápoles, cuando las paredes y el suelo emanaban calor a todas horas y propagándose hasta altas horas de la madrugada.

Por ello, Enzo y Guido comenzaban a trabajar en la reforma de la casa a primera hora, acompañando al amanecer y disfrutando del efímero fresco de la mañana.

—El techo está terminado —informó Enzo tras colocar la última teja. Guido sujetaba la escalera con un cigarrillo en sus labios.

—¿Estás seguro? Las prisas no son buenas, primo.

Enzo se aseguró poniéndose de puntillas sobre el peldaño de la escalera donde se apoyaba.

—Seguro del todo.

Francesca, que se encontraba en el interior y había escuchado la conversación de los jóvenes, fue hasta ellos.

—¿Está terminado? —preguntó.

Enzo bajó un par de peldaños antes de saltar con agilidad.

—¡Es hora de ponerse con las paredes! ¿Dónde está la cal? —dijo mientras se sacudía las manos. Guido señaló bajo el árbol más cercano, donde estaban apilados los materiales de la reforma, los cuales habían sido cortesía de Renato Pugliese.

—Todavía es temprano. Creo que podremos terminarlas hoy también —comentó Guido.

Francesca sonrió mientras contemplaba como su antiguo hogar iba cobrando vida poco a poco. Ya habían sustituido ventanas y puertas, arreglado el techo y los desperfectos más relevantes del exterior. En cuanto al interior, habían reparado y encerado el suelo, arreglado el tiro de la chimenea y limpiado todo a fondo.

—Están haciendo un gran trabajo —dijo la joven—. ¿Quieren algo de beber? Empieza a hacer calor.

—Estamos bien. No te preocupes —contestó Enzo mientras se limpiaba las manos con un trapo. No obstante, Francesca insistió y sin esperar una nueva respuesta fue a la residencia en busca de agua fresca.

Mientras se alejaba por el antiguo camino, Enzo la observó e incluso se quedó mirando hacia allá después de que la joven hubiera desaparecido de su vista. Guido se percató de la fijación de su primo y chasqueó los labios.

—¿Te preocupa que se pierda, primo? —preguntó Guido.

Enzo se giró bruscamente hacia él.

—¿De qué estás hablando?

—Antes era muy amiguita tuya, ¿no? No le quitas los ojos de encima.

—¡Eso no es cierto! Solo me estaba fijando en cómo ha quedado el sendero —se justificó Enzo un poco azorado. Guido soltó una carcajada.

—¿Por qué lo niegas? Yo también tengo ojos, ¿sabes? Francesca es la más guapa de las tres hermanas y la más simpática. Estos últimos años le han sentado bien —dijo Guido.

—Me parece que eres tú quien no le quita los ojos de encima —espetó

—Oh, vamos, hemos crecido juntos y prácticamente tenemos la misma edad, ¿no es así? —continuó Guido.

—En eso tienes razón.

Guido sonrió.

—No hay muchas mujeres por aquí, primo. A no ser que tu corazón esté reservado para Virgilia. ¡Sería una boda preciosa!

Enzo rompió a reír.

Francesca, ajena a los comentarios de los muchachos, llegó a la residencia de Donato y fue directamente a la cocina. Una vez allí, bajó hasta el sótano, cogió una botella de agua fresca y un puñado de aceitunas. Sabía que ellos preferían un trago de vino, pero ella no se veía en disposición de servírselo a no ser que su tía o su madre se lo ordenaran explícitamente.

Mientras lo preparaba todo en una cesta, escuchó un ruido proveniente de la cocina. Pensó que se trataría de Virgilia. Su tía se comportaba como un celoso fantasma guardián respecto a la residencia del señor Costa. Cada cosa que tocaban o movían de sitio era una afrenta para ella, la cual acudía de inmediato para establecer su exhaustivo orden. Por ello, se echó la cesta al hombro y subió la escalera pensando en qué le diría a su tía, pero se llevó una sorpresa cuando descubrió que la que se encontraba en la cocina era en realidad su hermana Lucrecia.

Su frente reluciente, perlada de sudor, le hizo saber que acababa de llegar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Francesca—. Pensaba que estabas con mamá en la tienda.

Lucrecia asintió con un mohín en los labios.

—Estaba. Tú lo has dicho, pero Vania está insoportable. Lo quiere hacer todo: atender a los clientes, reponer el género, barrer… ¡Me pone de los nervios!

Francesca sonrió.

—Ya sabes que a veces se emociona demasiado. Dentro de unos cuantos días se le habrá pasado y habrá que reñirla para que haga algo.

—Lo sé, Francesca, pero no la soporto. Hemos empezado a discutir y mamá me ha pedido que viniera a echarte una mano —dijo Lucrecia mientras se pasaba las manos por el rostro. Se había prometido ayudar a su madre, en cualquier cosa, pero comenzaba a estar cansada de quedar siempre a un lado. Más que nunca, echaba de menos a su padre, las conversaciones eternas que mantenían y la sensación de que el futuro estaba en sus manos.

—Iba a llevarles algo de beber a Enzo y Guido. Dime, ¿hay muchos clientes? —preguntó Francesca.

—Hoy ha estado bien. Con el calor la gente sale muy temprano a comprar. Además, el género que nos consigue el señor Pugliese es de buena calidad, lo que ayuda bastante. Eso sí, las botellas de licor de limón que nos dio Guido no se venden. El licor de los Costa no tiene muy buena fama. No se lo digas a nadie, pero en ocasiones mamá regala alguna botella. Es la única manera de quitárnoslas de encima.

Francesca asintió con un gesto condescendiente. La tienda había abierto sus puertas a los pocos días de la reunión que mantuvieron en el despacho del señor Costa. Renato Pugliese fue ágil a la hora de conseguir la mercancía y toda la documentación necesaria. Matilde sabía que su hija Lucrecia era la más formada e inteligente de las tres, por lo que le pidió que se encargara de llevar las cuentas y el control de la mercancía. Sin embargo, Vania, emocionada por la novedad y superada por su entusiasmo, quería ser útil también para su madre y la acompañaba en todo momento en la tienda.

—En fin… ¿Cómo va la reforma? —preguntó Lucrecia—. Ayer no me pasé por allí. Mamá dice que te hemos dejado con esa responsabilidad.

—No creo que tardemos mucho en instalarnos allí. Enzo me ha dicho que el señor Costa tiene muebles antiguos guardados en una habitación y que le ha dado el visto bueno para que nos los llevemos.

Lucrecia cogió un par de aceitunas.

—Pues coméntaselo a Vania para que ayude, así mamá y yo podemos estar tranquilas en la tienda. ¿Me harás ese favor?

—Lo intentaré, pero cuando le da por algo es complicado convencerla.

Lucrecia asintió de manera exagerada.

—Que se lo digan al pobre Enzo. También lo tiene entre ceja y ceja.

Francesca no le dio más importancia. Vania tenía un año menos que ella, pero su comportamiento era muy diferente al de sus hermanas, aunque, a veces, mostraba una seriedad que se correspondería con la de un adulto. Su personalidad era una moneda de dos caras. Había momentos en los que se mostraba grácil y

agradable, pero en otros, que eran la gran mayoría, se mostraba callada y con la mirada atenta, analizando cuanto sucedía a su alrededor.

—Voy a llevar esto. Quédate aquí si quieres. Regresaré enseguida.

—¿Tampoco me vas a dejar ayudarte? —preguntó Lucrecia con ironía.

—No hay mucho más que hacer por ahora.

Lucrecia pensó que estaría bien tener un poco de tiempo para ella y no insistió. Fue hasta la habitación que compartía con su madre y sus hermanas y sacó de debajo de la cama la caja en la que su padre guardaba los libros. Allí mismo, en una estantería, estaba la botella de licor de limón que la señora Constanza le había regalado a su madre, como una reliquia del pasado. Por la ventana entraba una brisa agradable, por lo que decidió sentarse junto a ella y leer algunas de sus anotaciones o cartas intercambiadas con sus camaradas. Hacerlo era como viajar al pasado, regresar a ese tiempo en que Tiziano no estaba enfermo y la vida en Nápoles les sonreía.

La primera que sacó pertenecía a Mauro Baricchio, el compañero de su padre. Había hablado con él en un par de ocasiones y apreciaba mucho sus ideas.

Se mantuvo ocupada un buen rato hasta que un grito de su tía Virgilia la hizo incorporarse de un salto. Rápidamente tiró los papeles al suelo y fue en busca de ella.

—¡Lucrecia! Gracias a Dios. ¡Ve a buscar a Guido! El señor Costa necesita atención médica. ¡Apura!

A Lucrecia solo tuvo un par de segundos para mirar más allá de la puerta entreabierta de la habitación, donde Donato yacía en la cama con una expresión de dolor que le deformaba el rostro.

Después salió corriendo hacia la casa, gritando y agitando sus brazos en cuanto la vio en el horizonte.

CAPÍTULO 6

Donato fue llevado de urgencia hasta el hospital de Nápoles, donde permaneció ingresado varias semanas antes de regresar a su residencia de Sorrento. Sufría de diabetes y esta le había afectado a la circulación, provocándole necrosis en ambos pies. Los médicos lo intentaron todo, pero, finalmente, optaron por amputar para salvarle la vida.

Pese a que la salud de Donato mejoró considerablemente, verse sin sus pies lo hizo sentirse un inútil, aumentando su frustración e incrementando su rencor hacia Guido, pues habían sido él quien había autorizado la intervención.

—Mi propio hijo me ha convertido en un tullido —refunfuñaba mientras su doctor privado, Aldo Lombardi, realizaba las curas correspondientes en sus extremidades amputadas.

Ya en Sorrento, el doctor lo visitaba a diario para cerciorarse de que la recuperación era correcta. Aldo era un médico retirado que ganaba un buen sueldo trabajando para los grandes propietarios de la región de Campania. Era un hombre reservado y cauto, cuyas gafas y bigote cano transmitían una imagen de conocimiento y razón.

—Su hijo hizo lo que tenía que hacer, señor Costa, si me permite el comentario —dijo Aldo mientras limpiaba cuidadosamente la cicatriz.

—¿Quién quiere vivir así? —se lamentó.

Aldo conocía de sobra la actitud funesta e irritante de su paciente. Llevaba tratándolo desde hacía años y sus palabras no lo medraban en absoluto. Donato sabía que era un duro escollo discutir con él. El doctor era calmado y se tomaba su tiempo para encontrar la respuesta correcta.

—¿Cuál es el pecado de un hijo que trata de salvar la vida de su padre?

Donato suspiró.

—No me venga con discursos. ¡Míreme! Me han convertido en un lastre.

El doctor seguía centrado en su tarea y Donato continuó su discurso.

—No sabe de lo que hablo. Su hijo es todo un orgullo. Sargento de nuestro glorioso ejército, valiente y con dignidad. Pero Guido… Me ha traído más sinsabores que alegrías. Nos llevará a la ruina y me hará reptar por ella como una babosa.

—He terminado —expresó Aldo mientras retiraba las vendas antiguas y guardaba sus instrumentos.

—Gracias, doctor —dijo Donato.

Aldo agachó la cabeza y se dirigió hacia la puerta, aunque se detuvo antes de abrirla.

—Hirieron a mi hijo en España. Lanzaron una granada y no pudo escapar a tiempo. Murió a los pocos días a causa de las heridas, señor Costa. Gracias a unos colegas pude acceder al informe. Le amputaron las dos piernas y el brazo derecho, pero no pudieron hacer nada por salvarlo. Créame cuando le digo que lo envidio.

Sin decir nada más, Aldo Lombardi salió de la habitación.

Fuera esperaban Virgilia y Matilde. Esta había decidido prestar su atención al señor Costa mientras Lucrecia y Francesca se hacían cargo de la tienda. Era lo que correspondía hacer en ese momento.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Virgilia todavía con el rosario entrelazado en sus dedos.

—La cicatrización es buena. Le vendría bien salir de esa habitación y tomar el aire. Pueden pasearlo a última hora de la tarde, cuando la temperatura es más agradable. ¿Ya tienen la silla de ruedas?

Virgilia asintió con gravedad.

—La tenemos desde hace días, pero Donato se niega a utilizarla.

Aldo sonrió levemente, aunque su rostro no expresaba alegría alguna.

—Estoy seguro de que pronto accederá.

La predicción del señor Lombardi fue correcta, pues esa misma tarde, Donato aceptó sentarse en la silla de ruedas y pasear por los alrededores de la casa. Aunque no lo expresó abiertamente, en su interior agradeció la brisa, la sensación de libertad y las vistas que colmaban sus ojos.

Que aceptara pasear fue un acontecimiento en la residencia. Guido era quien empujaba la silla y Enzo caminaba junto a ellos por petición expresa de Donato. Desde el porche de la casa, Virgilia y Matilde con sus hijas contemplaban la peculiar escena.

—Los limones tienen buen aspecto —señaló Donato.

—Mientras estuvo en el hospital lloviznó varios días —dijo Enzo.

—Será una buena cosecha.

Guido intervino.

—Eso parece.

—¿Tienen apalabrada la venta de la cosecha? —preguntó Donato.

Enzo y Guido se miraron en silencio. Pese a que Donato se jactaba de conocer todo lo que pasaba en su finca, la convalecencia de esas semanas le había alejado de las últimas decisiones de su hijo.

—Renato se llevará la mayoría al norte. Los alemanes pagan bien. Esa es nuestra prioridad —dijo Guido—. Conseguiremos una buena suma.

—¿Y qué porcentaje se destinará al licor?

—Aún no lo hemos decidido —respondió Guido al cabo de unos segundos, lo que puso a su padre en alerta.

La última decisión de Donato antes de que la enfermedad le obligase a delegar en su hijo, fue invertir para crear su propio licor de limón. La idea era que el brebaje se popularizase por la región de Campania antes de dar el salto a venderlo por todo el país, pero, por el momento, los resultados eran más que decepcionantes.

—¿Por qué? —preguntó Donato secamente.

—Todavía tenemos varias partidas de licor del año pasado, padre. Las previsiones de venta no se han cumplido —dijo Guido procurando que no le temblara la voz. En las últimas ocasiones en las que su padre le preguntó por la venta del licor, él le dijo que todo iba bien. Sin embargo, la verdad había salido a la luz y Donato fue consciente del engaño.

—¿Por qué quedan varias partidas, Enzo? —preguntó Donato.

Los jóvenes se miraron, pero como tardaron de nuevo en responder, Donato se exasperó y exigió que lo llevaran de inmediato a su habitación sin atender a razones. Sus gritos hicieron saber a las mujeres el motivo del enfado del anciano.

—Después de tantos reveses en los negocios, Donato se centró en los limones y en el licor —contó Virgilia.

Todas observaron el silencio cómo los dos jóvenes llevaban a Donato hacia su habitación. Sin embargo, Matilde comenzó a rumiar un pensamiento, una idea que le había surgido en las últimas semanas y que estaba relacionada con Donato, el licor y hasta con el futuro de los Costa.

Por ello, sin decir nada, se levantó y fue hasta la cocina. Al cabo de un minuto regresó con una botella de licor de los Costa y varios vasos. Sirvió la medida de dos dedos e invitó a todas a beber. No entendían cuál era su intención, pero ella insistió.

El gesto desagradable fue el mismo en todas.

—Está demasiado amargo. Se puede beber, pero no es un trago agradable —dijo Matilde, cuyo plan comenzaba a ganar peso en su cabeza. Incluso le sorprendió que no se le hubiera ocurrido antes.

—La receta es de una mujer de Piano di Sorrento. El licor gozaba allí de cierta popularidad y Donato compró la receta pensando en que podría comercializarlo con éxito —explicó Virgilia—. Todos sabían quién era el señor Costa y por ello le pidieron una cantidad grotesca de dinero. Me extrañó mucho que aceptara.

Matilde escuchó apenada el relato de su cuñada. Los últimos años de Donato, especialmente después que ellos se marcharan a Nápoles, habían sido un declive constante. Sin embargo, puede que la suerte hubiera llegado a la residencia de los Costa; una

afortunada casualidad que solo Matilde había advertido por el momento.

—El señor Pugliese le llevó una botella a Tiziano cuando estábamos en Nápoles —dijo Matilde arrastrando el vaso por encima de la mesa.

—El señor Costa pensó que mi hermano podía ayudarle a vender el licor en Nápoles, pero no fue así —aclaró Virgilia.

Después de tanto tiempo, al fin supo Matilde el motivo de la visita de Renato, lo que le sacó una leve sonrisa. No obstante, algo en su interior le decía que ese no fue el verdadero motivo por el cual Renato visitó a su marido. No tenía sentido que un hombre como el calabrés, con contactos por toda Italia, recurriese a su marido para procurar la venta de un licor.

Mientras reflexionaba, su hija Francesca observaba la botella con atención, fijándose en el árbol que coronaba la etiqueta.

—Lo diseñó Guido —dijo Virgilia señalando hacia el grabado que decoraba la etiqueta como si respondiera a los pensamientos de su sobrina.

—Lo suponía —apuntó Francesca, que había reconocido los trazos del joven. Lucrecia se inclinó un poco hacia delante para acercarse a la botella.

—¿Dónde lo fabrica? —preguntó Lucrecia desplazando el foco de la conversación. Virgilia hizo un gesto ambiguo ante la pregunta y la madre de la joven agradeció en silencio su curiosidad.

—¿Qué sucede? —inquirió. Sin embargo, la llegada de Enzo puso fin a la conversación, ya que todas guardaron silencio y lo miraron condescendientes. Además, hizo también que Matilde se centrase en hacer realidad sus planes.

—Donato quiere que le prepares la cena, Virgilia. Dice que está cansado y quiere dormir cuanto antes —dijo el joven.

Virgilia asintió y se levantó rauda, dispuesta a cumplir los deseos de su patrón. Enzo estuvo a punto de entrar con ella, pero entonces se fijó en los varios vasos de licor de limón que había sobre la mesa.

—¿Acaso están de celebración? —preguntó con una espléndida sonrisa mientras ocultaba el temor de que aquel brindis estuviera relacionado con el futuro más inmediato de Francesca. No

encontraba sentido a ese pensamiento, pero aun así le afectó de alguna manera.

—Solo probábamos el licor de limón de los Costa —comentó Matilde quitándole importancia al asunto. La idea que se estaba gestando en su cabeza no estaba lo suficientemente madura como para compartirla con nadie más. No obstante, Matilde sí que estaba interesada en conocer lo máximo posible acerca del licor—. ¿Quieres un poco?

La duda se reflejó en el rostro de Enzo.

—¿Por qué no? —contestó—. Con dieciocho años uno ya es adulto, ¿no?

Rápidamente, Vania le arrebató la botella a su hermana y le sirvió a Enzo un poco de licor. Este se lo agradeció con una sonrisa y bailó el vaso antes de llevárselo a los labios. Francesca, molesta, se echó sobre el respaldo.

—Está fuerte —dijo con una media sonrisa, forzando el gesto.

Matilde movió la cabeza de arriba abajo.

—¿Está más tranquilo el señor Costa? —preguntó.

—Ya saben que no está llevando nada bien su nueva condición. Perder los dos pies para él ha sido un golpe muy duro. No lo ve como una oportunidad para seguir adelante. Cualquier chispa le hace estallar de ira. El pobre Guido es quien paga siempre los platos rotos. La tiene tomada con él.

—¿Y eso por qué? —preguntó Francesca.

—Porque son como el agua y el aceite —dijo Enzo antes de dar otro pequeño trago—. ¡AJJJ!

Francesca y Vania se rieron.

—¿Dónde está Guido ahora? —cuestionó Lucrecia.

—Creo que ha ido a pasear un poco. Necesita despejarse. Como he dicho, cuando las cosas no salen según lo previsto, Donato lo culpa a él.

Matilde se mostró consternada y se excusó diciendo que iba a ir en busca de Guido para conversar con él.

—Comprendo su preocupación, señora, pero nosotros lo solucionaremos. No es necesario que se moleste. Estamos acostumbrados a la manera de ser de mi tío.

Sin embargo, Matilde dejó claro que no era ninguna molestia y que era lo mínimo que podía hacer por Guido después de lo bondadoso que se había mostrado. Imposible de hacerla cambiar de opinión, Enzo le indicó la zona de la finca por donde podría estar su primo.

Sin más demora, Matilde fue en su búsqueda. El sol del atardecer caía sobre el horizonte, tiñéndolo todo de un color naranja oscuro que se combinaba con las largas sombras de los árboles. Del norte soplaba una brisa fresca que eliminaba los últimos retazos de calor diurno. Poco a poco, el verano iba perdiendo fuerza.

Después de pocos minutos dejó atrás la residencia de los Costa y llegó hasta la Tumba de las Sirenas, desde donde podía verse el azul casi infinito del mar. Esa zona de ahí, más escarpada, estaba menos protegida el viento y este soplaba con decisión, lo que provocaba un sonido similar al canto de las sirenas. La tierra blanda y polvorienta dejaba paso a la roca desnuda sobre la que creían algunas plantas silvestres.

Por fin, cuando Matilde llegó al punto más alto, pudo ver a Guido sentado sobre un pequeño risco que sobresalía y desde el cual podía vislumbrarse la ladera de la montaña y hasta la propia ciudad de Sorrento, cuyos edificios se alzaban con maestría sobre los acantilados.

La viuda de Tiziano comenzó a bajar lentamente, inclinándose para mantener el equilibrio. A los pocos pasos, Guido la escuchó y se giró hacia ella.

—¡Matilde! ¿Sucede algo? —exclamó Guido.

—Tranquilo. Solo quería hablar contigo. Enzo me dijo que te encontraría por aquí.

El joven frunció el ceño. Matilde supo, por sus ojos enrojecidos, que debía haber estado llorando. Quizás por eso se marchó rápidamente, como si se tratara de un niño avergonzado que quería esconder sus lágrimas.

—Pues aquí me tiene —dijo el joven. Matilde le dedicó una sonrisa.

—Tu padre parecía enfadado.

—¿Y cuándo no lo está? Es muy difícil tratar con él —indicó Guido sacando un cigarrillo de manera apresurada. Sus manos parecían temblar.

—Está enfadado contigo por lo del licor, ¿verdad? Enzo me lo ha comentado.

Guido asintió, aunque no parecía haberle hecho mucha gracia que Enzo tuviera esa confianza con ella.

—Intento hacerlo lo mejor posible. No soy como mi padre; soy perfectamente consciente de ello. Él quiere que el licor salga adelante mientras yo intento salvaguardar lo poco que nos va quedando. Es como intentar mantener en pie un edificio que se derrumba.

Matilde reflexionó acerca de las palabras de Guido. Había cosas que se le escapaban.

—¿Por qué tu padre insiste en la producción de ese licor?

El joven encogió los hombros.

—Afirma una y otra vez que el licor tiene mucho potencial, que podría incluso venderse en el extranjero —dijo Guido con el cigarrillo en los labios y los ojos entornados—. No sé si confiar en él o aceptar que está perdiendo la cabeza. El problema es que, en términos legales, es necesaria su firma para realizar cualquier operación.

Matilde se compadeció de Guido, que durante los siguientes segundos se limitó a fumar en silencio.

—¿Cómo va la tienda? —preguntó el joven buscando dejar sus problemas de lado por unos segundos.

—No podemos quejarnos. Poco a poco vamos teniendo más clientes, pero aún tenemos mucho que aprender. Por suerte, mis hijas me ayudan en todo momento. He tenido mucha suerte con ellas.

—Una buena noticia al menos —dijo Guido acompañando sus palabras con un suspiro.

—No sé cuál será tu opinión, Guido, pero, sea cual sea, ten claro que la respetaré, ¿de acuerdo?

El muchacho asintió sin ser capaz de prever las intenciones de Matilde.

—Ustedes nos han ayudado y prácticamente han arreglado la que será nuestra casa sin percibir una lira por ello. Se lo agradezco enormemente.

—Es todo un placer —añadió Guido—. Ya saben que son como familia.

—Lo sé, pero comprendan que me sienta en deuda con ustedes. Por el momento apenas dispongo de dinero, pues he de solventar mi deuda con Virgilia, que pagó el primer lote de mercancías, pero aun así quiero ayudarles.

Los ojos del joven relucieron de curiosidad.

—¿Cómo?

—En Nápoles tenía una vecina que hacía este mismo licor. No pretendía ganar dinero, tan solo lo repartía entre vecinos, familiares y amigos. El caso es que era famoso por su sabor.

Guido la miró con renovado interés.

—¿Qué insinúa?

—En mi habitación tengo una botella. Me la entregó días antes de marcharnos de Nápoles. Quiero que la pruebes.

—No quiero faltarle el respeto, señora, pero ¿qué cambiará eso?

Matilde se lamentó en silencio de la falta de perspectiva del joven.

—Puedo conseguir la receta.

CAPÍTULO 7

Francesca se despertó asustada. La luz del sol entraba con decisión por la ventana de su habitación, atravesando la cortina. Pese a que se incorporó de un salto, a los pocos segundos recordó que era domingo, el único día de la semana en la que la tienda estaba cerrada. Sin embargo, el susto había sido demasiado intenso como para seguir durmiendo, por lo que se puso unas babuchas de tela que su madre le había comprado en Sorrento y bajó las escaleras con cuidado de no despertar a sus hermanas.

Hacía semanas que por fin se habían instalado en su hogar, en la casa que vivieron antes de trasladarse a Nápoles. La residencia de Donato Costa, pese a que era lo más parecido a un palacio que ellas habían visto en su vida, era un lugar frío, desangelado, donde hablar más alto de lo normal traía como premio una regañina de Virgilia. De hecho, Francesca sonrió irónica al recordar a su tía.

Esta había cambiado mucho y su faceta doliente y apesadumbrada quedó en el olvido. Volvió a ser la mujer irritante, histérica y terca que recordaban; la Virgilia que iba masculando rezos durante todo el día y que siempre encontraba una excusa para regañar a alguien. Por suerte, pensó Francesca, Virgilia no se trasladó con ellas y permaneció en la residencia principal. Pese a lo anterior, le guardaban cariño. Había que quererla con sus defectos y saberla manejar, algo que ella hacía a la perfección.

A medida que la confianza de las tres hermanas iba en aumento, estas dejaban de pedir permiso a la hora de coger algo de la

alacena, limpiar alguna estancia de la residencia o hacer la colada. Para Virgilia eran intromisiones inaceptables, poco menos que herejías que mancillaban el templo por el que tanto se había sacrificado durante gran parte de su vida. De inmediato trataba de imponer el cómo debía tenderse la ropa, cómo había que limpiar el suelo, qué trapos podían utilizarse y cuáles no. En definitiva, las atosigaba de tal manera que sus hermanas optaban por dejar lo que estuvieran haciendo. No obstante, Francesca se mostraba como una discípula que escucha ciegamente las palabras de su maestro.

—¿Así está bien, tía? —preguntaba mientras tendía la ropa. Virgilia asentía con el ceño fruncido.

—Procura que quede más estirada —le decía. Siempre encontraba una tara. Las palabras *bien hecho* no existían para ella—. No quiero perder toda la tarde planchando.

—Yo te ayudaré.

La sonrisa tensa de Virgilia ocultaba su desasosiego. Vania y Lucrecia habían desechado cualquier iniciativa y tan solo se limitaban a obedecer cuando las llamaba, pero Francesca era diferente a sus hermanas. Su impertérrita sonrisa, la gracia de sus gestos, su naturalidad… Virgilia la comparaba con un gorrioncillo que volaba todas las mañanas hasta la cocina para alimentarse de las migajas que habían caído al suelo tras el desayuno. Las primeras veces Virgilia lo ahuyentaba a escobazos, pero con el tiempo, esperaba que el pajarillo hiciese acto de presencia. Con su sobrina pasaba lo mismo.

—Buenos días.

El saludo de Matilde trajo de nuevo a la realidad a Francesca.

—Hola, mamá.

Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla. Después se fijó en que su madre la miraba de una manera extraña.

—¿Qué sucede? —preguntó Francesca. Nada grave, pensó, pues Lucrecia y Vania seguían dormidas.

—Dímelo tú —dijo Matilde con una mueca y, al mismo tiempo, como si esperara algo de ella. Su tono de voz era despreocupado y eso confundía más todavía a su hija.

Entonces Francesca se fijó en que, por primera vez desde la muerte de su padre, su madre no llevaba un pañuelo oscuro en la cabeza. Su melena oscura y salpicada de canas caía sobre sus hombros. Ahora que se fijaba, su madre parecía veinte años más joven.

—Estás… ¡guapísima! —exclamó Francesca.

Matilde respiró profundamente. Seis meses después de la muerte de su marido, había decidido poner fin al luto. No soportaba verse reflejada como una figura negra y lastimera. Ella no era así y Tiziano tampoco era muy apegado a las tradiciones.

—Las cosas deben hacerse en vida —solía repetir cuando la enfermedad iba ganando la batalla—. Una vez muertos, gusanos y polvo.

Sin embargo, la tradición pesaba en los hombros de Matilde y esta temía la reacción de sus hijas. En lo referente a Virgilia, era posible que esta sufriera una apoplejía en cuanto la viera. La tradición corría por la sangre de su cuñada.

—Las cosas deben hacerse en vida —afirmó Francesca, como si hubiera adivinado el pensamiento de su madre—. Estás mucho mejor así.

Matilde la abrazó con todas sus fuerzas.

—Sabía que te gustaría —dijo Matilde contemplando el rostro dulce de su hija—. ¿Por qué te has levantado tan temprano?

—Había olvidado que era domingo.

—He preparado un poco de café. Todavía estará caliente.

Francesca asintió sin mucha convicción.

—Quizás luego.

—Como quieras.

—¿Hace buen día? —preguntó Francesca acercándose a la puerta que estaba entreabierta.

—Maravilloso. La mejor época del año —dijo Matilde volviendo a sentarse.

Francesca atravesó el umbral y fue recibida por dulces rayos de sol que le proporcionaron un calor agradable. Cerró los ojos. El olor de la hierba, el aroma de los limoneros y la suave brisa de septiembre la envolvieron.

Abrió los ojos cuando escuchó el sonido de un caballo acercándose, lentamente. La tierra crujía bajo los cascos, produciendo un sonido ronco que Francesca relacionó, sin saber por qué, a su infancia. Una conexión que no lograba justificar del todo.

—Buenos días, Guido.

El hijo de Donato era el jinete. Pese a los problemas económicos en los que se hallaban sumido los Costa, Guido optó por invertir en el animal, parte del adelanto que les habían entregado. Afirmaba que así podría moverse más fácilmente por la finca y controlar el trabajo durante la cosecha, la cual tendría lugar en las próximas semanas. Sin embargo, esa solo fue una de las muchas razones que dio para justificar la compra, como si tratara de convencerse él mismo. Enzo le advirtió de que era un gasto innecesario e incluso se negó a que su primo adquiriera otro equino para él, tachándolo de despilfarro. Fue la primera vez que Francesca los vio discutir. Virgilia y Matilde tuvieron que intervenir para que la cosa no fuera a más.

—A sus pies, señorita —dijo Guido exagerando sus gestos, buscando la sonrisa de la joven. En cambio, Francesca guardó distancia con el animal.

Se trataba de un macho joven, de apenas dos años, de pelaje oscuro como la noche y ojos que parecían dos esferas de ébano. Se había desbocado varias veces e incluso había roto la cerca del corral de las gallinas con sus coces, por eso a Francesca le daba mala espina. Guido parecía no darse cuenta lo impredecible que era.

—Parece más manso —mintió Francesca.

—Solo tiene que acostumbrarse a su nueva vida —dijo Guido acariciando el cuello del animal—. ¿Quieres subir? Puedo pasearte por la finca.

Francesca abrió sus ojos exageradamente, en un gesto que podía confundirse tanto de asombro como de rechazo.

—Te lo agradezco, pero todavía estoy un poco adormilada.

Por nada del mundo iba a subirse a esa bestia. Le transmitía una sensación muy extraña, como si estuviera maldito o algo así.

Al cabo de unos segundos, Matilde salió de la casa tras escuchar la respiración de Nero. Enzo bromeaba diciendo que el caballo debería llamarse Nerón en vez de Nero, haciendo referencia al

enloquecido emperador que incendió a propósito la ciudad de Roma. A Guido, en cambio, no le hacía mucha gracia.

—Buenos días, señora —dijo Guido. Por su expresión era evidente que se había fijado en el cambio de aspecto de Matilde.

—Hola, Guido —saludó Matilde utilizando las manos como visera —. Precisamente quería hablar contigo. Hay café si quieres.

El joven asintió y se bajó del caballo con un gesto torpe. Ató las riendas del animal en el árbol más cercano y fue hasta la casa de las Rinaldi.

—No se moleste, pero estoy cubierto de polvo. Hablemos aquí mejor —dijo Guido. A Matilde no le importó y al cabo de unos segundos salió con una taza de café que le entregó al joven.

—Bueno —continuó Guido—, creo que sé lo que va a decirme.

Matilde cruzó los brazos dándole la iniciativa al hijo menor de los Costa. Había tratado lo suficiente con él como para saber que la mejor manera de convencerlo era, simplemente, dejarle que tomara la iniciativa. Francesca los observaba apoyada en la pared.

—El licor de limón, ¿verdad? Ya sabe qué decisión tomé al respecto. No creo que sea el momento de correr más riesgos. Además, ya hablé con Renato y le dejé claro que venderíamos todos los limones a los alemanes.

Matilde ocultó su decepción. Guido había probado el licor de Constanza, un elixir comparado con el que ellos producían. Matilde viajó a Nápoles y consiguió la receta de la mano de la propia Constanza, que se la dijo sin tapujos e incluso se ofreció a viajar a Sorrento para enseñarles a fabricarlo exactamente como ella. Matilde afirmó que no era necesario y le agradeció enormemente su generosidad. Sin embargo, a su regreso a Sorrento, Guido había tomado la decisión de poner fin a la producción del licor. Donato, nuevamente decepcionado con su hijo, firmó un documento en el que le cedía la dirección total de la finca. Él solo intervendría en asuntos de compra y venta de propiedades, el resto le importaba bien poco.

—Sé que Renato te ha dado su opinión. Deberías escucharlo, Guido. Te aprecia y quiere lo mejor para ti —dijo Matilde.

Guido chasqueó sus labios. Renato Pugliese había accedido a financiar la producción del brebaje a cambio de un porcentaje de los beneficios. Todo eso después de probar el licor de Constanza, pero Guido no lo aceptó. Lo último que quería el joven era fracasar otra vez y darle más razones a su padre para despreciarlo. Todos parecían haberse olvidado, pero cuando él era niño, Donato recorría la finca a caballo. Por eso compró a Nero, pues pensó que a su padre le haría ilusión.

—Centrarnos en vender es lo mejor, Matilde. Tenemos deudas que saldar.

La viuda observó irónica al corcel negro que pastaba junto al árbol, Gianni Piccariello, un embaucador según Virgilia, lo había convencido para que lo comprara. La preocupación de Matilde residía que Guido no parecía actuar bajo ningún plan ni ningún objetivo. Su voluntad por saldar las deudas era razonable, pero inviable con gastarse una fortuna en un caballo días más tarde. Vender toda la cosecha de limones a los alemanes era una buena opción, pero destinar parte de la producción en fabricar un licor que podía proporcionarle más beneficios era más rentable todavía. Contaba con el apoyo de Renato Pugliese, lo cual era ya señal de la viabilidad de la inversión. Cuando los Costa fabricaron el licor por primera vez, Renato se mantuvo al margen.

—Entonces eso es todo, Guido. Solo quería asegurarme.

El joven apuró el café y devolvió la taza a Matilde.

—Me alegro de que haya quedado claro. Nos veremos a la hora del almuerzo.

Antes de que se alejase, Matilde dio un paso al frente. Tenía algo más que decir.

—Por cierto, creo que voy a aceptar la propuesta de Renato de hacer nosotros el licor. El hecho de disponer de la tienda es ya una oportunidad para darle salida. Espero que no te importe.

Guido sonrió.

—Para nada, señora. Le deseo toda la suerte del mundo.

—Ya te comenté que necesitaríamos un pequeño almacén para macerar el limón y embotellar el licor.

El joven asintió. Recordaba la conversación.

—Iban a construirlo junto a su casa, ¿no es así?

—Exacto. Renato se encargará de todo.

—Es un buen hombre —dijo Guido antes de alejarse alicaído, como preso de una gran contradicción que drenaba sus energías. Sin embargo, una vez subió al caballo, miró de nuevo hacia la casa, aunque Matilde supo que sus ojos estaban puestos en Francesca. Tras un par de segundos, se marchó.

Francesca, que también había visto la última mirada que le dedicó Guido, se acercó a su madre sin darle importancia a este último detalle. Estaba acostumbrada a que los chicos la miraran; vivía con ello.

—Así que es cierto. Vas a seguir adelante con el licor de los Costa.

Matilde se giró hacia su hija.

—No, Francesca. No vamos a continuar con el licor de los Costa. —Sonrió—. Vamos a hacer el nuestro propio.

El rostro de la joven se iluminó.

—He pensado en llamarlo Liquore di Constanza.

—¡Es un nombre fantástico! —exclamó Francesca. De repente, sintió como los meses de sufrimiento y dolor quedaban definitivamente atrás. El recuerdo de su padre transmitía nostalgia y pena, pero no la angustia de los primeros meses. Ese dicho que afirmaba que la vida continuaba se hacía realidad por aquellos días.

Madre e hija regresaron a la casa. Lucrecia se había despertado y buscaba un poco de pan por la cocina. Había escuchado el final de la conversación que su madre había mantenido con Guido.

—Estoy convencida de que saldrá bien —dijo la mayor de las hermanas.

Las tres se fundieron en un abrazo y comenzaron a hablar de cómo serían las botellas, lo mucho que iban a vender y cómo podía cambiar sus vidas. Fantaseaban sobre el futuro, lo cual era sinónimo de esperanza. Mientras tanto, desde lo alto de la escalera, sentada en el suelo y oculta tras la esquina, Vania escuchaba la exaltación de su madre con sus hermanas. Cuando lo creyó conveniente, bajó las escaleras y se unió a ellas.

Virgilia tardó varios días en asimilar que su cuñada había abandonado el luto por la muerte su hermano. Lo consideró una afrenta gravísima e incluso comentó el tema con Donato, pues para ella, en lo más alto de su jerarquía vital estaba Dios y justo debajo, el señor Costa.

—¿Guardan los gusanos luto cuando devoran nuestros restos? —Fue la respuesta de Donato, cuyas preocupaciones estaban muy alejadas de las de Virgilia.

En definitiva, se respiraba un ambiente distinto en la finca. Era como si una tierra sembrada con semillas estuviese a punto de germinar. ¿El qué? Ninguno lo sabía, pero sentía cierto entusiasmo. La inversión de Renato y Matilde en licor se veía prometedora y en la tienda se incrementaron las ventas después de que otra tienda cerrara.

—No le deseo mal a nadie, pero la suerte está contigo, Matilde —dijo Renato desde la puerta de la tienda, donde se apilaban algunas cajas de frutas, piezas de jabón y grandes latas de conserva. Todo apoyado sobre un mantel rojo que añadía un toque distinto y alegre al local.

Matilde se sorprendió cuando vio al calabrés. Siempre correcto, impoluto y con una sonrisa permanente en sus finos labios. La solapa del sombrero ocultaba la intención de sus ojos oscuros.

—No es bueno para nadie que se cierren los negocios —comentó Matilde con solemnidad—. Son familias, niños que pasarán hambre. Eso nunca es bueno.

Lucrecia estaba tras el mostrador, comprobando que el inventario estuviese correcto. Estaba seria, concentrada en los papeles, sobre los que caía parte de su cabello ambarino. Mientras tanto, Vania regresaba de llevar una caja de frutas a una anciana que vivía no muy lejos de allí. Algunas gotas de sudor resbalaban por su frente.

—Ya he terminado con la señora De Luca.

—¿Te ha vuelto a dar regaliz? —preguntó Matilde.

—Solo un poco —contestó Vania pasando junto a Renato y buscando el frescor del interior de la tienda. Lucrecia la miró de reojo y volvió a centrarse en los papeles.

—¿Qué decías, Renato? —preguntó Matilde dirigiéndose hacia la puerta. El calabrés estaba mirando hacia el interior, aunque la claridad le impidió saber dónde. ¿Acaso estaba observando a Lucrecia?

—Lo único que decía es que al menos tienes fortuna en tiempos de desgracia —respondió el calabrés centrándose de nuevo en ella —. La guerra se está prolongando. A esos españoles les encanta guerrear.

Matilde suspiró. La Guerra Civil Española había llamado la atención de medio mundo y muchos pensaban que su resultado sería trascendental para el futuro de Europa.

—Esperemos que acabe pronto —dijo Matilde.

Renato hizo un gesto condescendiente y después se ajustó el sombrero. Otras de las características del calabrés era que siempre estaba en constante movimiento.

—Tengo entendido que la cosecha empezará pronto. ¿Guido te ha comentado algo? —indagó con una mezcla de interés y preocupación.

Ella asintió.

—Guido dice que los limones estarán para la primera semana de octubre.

—Esperemos —concluyó Renato.

Se dirigió a su coche y puso rumbo a la finca de los Costa. Una serpenteante carretera que ascendía lentamente por la montaña. Sin guardarraíles ni señal alguna, se trataba de un trayecto que exigía toda su habilidad para evitar sustos. Por fin, cuando llegó pudo relajarse, brotando en su pecho una de sus muchas preocupaciones.

La gestión de Guido iba de mal en peor y la posibilidad de que los Costa se vieran sumidos en la bancarrota era tan probable como que cayera una tormenta de granizo. De hecho, Renato miró con preocupación a las nubes oscuras que se arremolinaban en el horizonte. Curiosamente, el granizo podía suponer la bancarrota de la familia. Esas piedrecitas de hielo, proyectiles lanzados desde el cielo, podían arruinar la cosecha de limones.

Nada más bajar, vio a Enzo talando uno de los limoneros del borde la plantación. Al árbol le quedaba poco para troncharse. En

cuanto Renato se acercó, percibió también un fuerte olor a gasolina.

—No se te ocurra encender un cigarrillo —bromeó Enzo señalando a los otros árboles que rodeaban al que estaba talando.

Renato puso cara de circunstancia. Sabía qué significaba todo aquello.

—Estaba infestado, ¿no es así?

—Lo he visto de casualidad. Normalmente estos bichos atacan en verano o incluso antes, pero no por estas fechas —dijo Enzo mientras lanzaba el hacha con esfuerzo—. He rociado los que le rodean con gasolina para evitar males mayores.

Renato respiró aliviado de que Enzo estuviera en la residencia de los Costa.

—¿Y Guido?

—Está comprobando la plantación. Estamos demasiado cerca de la cosecha.

El calabrés se acercó a uno de los árboles empapado de gasolina y puso en sus manos uno de los limones. El tamaño era perfecto. Un leve rugido de tormenta sonó a lo lejos, amenazante.

—¿Tormenta en octubre?

Enzo asintió. Sin decir nada más, Renato fue en busca de Guido. Aunque le preocupaba la situación económica de los Costa, él también sufriría graves pérdidas si el negocio con los alemanes salía infructuoso.

El joven separó el hacha del tronco y el árbol se derrumbó lentamente hacia el camino que llevaba hasta la residencia de los Costa. Justo en ese momento, el sonido de unos pasos gráciles le hicieron saber que Francesca había terminado de reconocer los limoneros del lado norte de la finca.

—¿Has visto algo? —preguntó Enzo.

Francesca dijo que no y se sentó junto al tronco recién talado, observando las fibras cortadas y despedazadas.

—Esperemos que este haya sido el primero. Cuando lleguen Vania y Lucrecia les diré que nos ayuden. Ocho ojos ven más que cuatro. Estaremos atentas.

Enzo dejó escapar una sonrisa. Empezaba a acostumbrarse a la presencia de Francesca. La mediana de los Rinaldi no iba tanto a la

tienda y prefería quedarse en la finca, donde aseguraba que tenía tarea suficiente manteniendo la casa y ayudando a Virgilia o a los chicos. Matilde lo veía con buenos ojos, aunque le preocupaba un poco que Francesca pasara tanto tiempo a solas con Virgilia debido a la personalidad opresiva de esta. No obstante, la joven sabía tratar a su tía.

—¿Qué vas a hacer ahora?

El chico señaló al árbol talado.

—Lo apilaré al otro lado del camino y lo quemaré todo. Después… —Las palabras murieron en los labios de Enzo como si este no supiera bien qué decir. Desde hacía varias semanas la imagen de Francesca no se le iba de la cabeza. Pensaba en ella constantemente, pero cuando estaba con ella se sentía lejano, como si no fuera él mismo; como si su verdadero ser se escondiera en alguna parte recóndita de su interior.

—¿Después qué? —preguntó Francesca mientras pasaba su mano por la superficie interna del tronco.

—Pues la verdad no lo sé.

Francesca lo observó durante unos segundos y después volvió a fijarse en el tronco. También sus sentimientos respecto a Enzo eran confusos. Era consciente que una de las razones por las que prefería quedarse en la finca era él. Era lo normal, ¿no? Algunas chicas con su edad ya se habían comprometido e incluso se habían casado. ¿Estaba haciendo algo malo por tener esos pensamientos respecto a Enzo? No lo tenía del todo claro.

—Iré a por un poco de matojos para encender el fuego —dijo Enzo con un atisbo de duda. Francesca señaló a sus espaldas.

—Yo iré para casa. Tengo que preparar salsa de tomate. A Vania se le ha metido en la cabeza cenar pasta. Ya sabes cómo es —expresó Francesca mientras se incorporaba.

Enzo se inclinó hacia ella para ayudarla y, en aquel gesto involuntario, sus manos se estrecharon por primera vez.

Ninguno de los dos sabría decir cuánto tiempo estuvieron sus manos juntas, piel con piel, sintiendo el calor del otro. Para Francesca fue como si una energía extraña y frenética se propagara

por todo su cuerpo para estallar en la parte superior de su estómago.

—Gracias —dijo Francesca.

Sus manos se soltaron muy lentamente.

Sin embargo, antes de que Enzo pudiera contestar, el trote ligero de Nero llamó la atención de los dos. El animal cabalgaba a toda velocidad, sin aparente rumbo: se había desbocado.

—¡Guido! —gritó Enzo cubriendo a Francesca con su cuerpo. Pese a que Nero todavía estaba a cierta distancia, no se fiaba ni un pelo del animal—. ¡Vete a casa!

Virgilia, desde una de las ventanas de la residencia, vio todo y comenzó a chillar histérica.

El caballo se acercó peligrosamente hacia la residencia y después giró de manera brusca, levantando la tierra y dirigiéndose en esta ocasión hacia la puerta principal de la finca, no muy lejos de donde se encontraban Enzo y Francesca.

—¡Vete a casa! ¡Atraviesa la plantación! —insistió Enzo, que justo después corrió hacia la puerta para evitar que el caballo se escapara y provocara alguna desgracia.

Francesca, lejos de obedecerle, fue tras él mientras observaba con horror como Nero se dirigía directamente hacia ellos. Solo al lado de Enzo se sentía segura.

En cuanto Enzo la vio la agarró del brazo y la empujó al otro lado de la puerta, que cerró justo a tiempo antes de que Nero, al ver bloqueado su camino de huida, girara de nuevo en dirección a la plantación. Enzo había tenido que tirarse al suelo para evitar que el caballo lo embistiera.

—¿Estás bien? —preguntó Francesca desde el otro lado de la puerta.

—¿Por qué no me has hecho caso? Un par de segundos más tarde y habría ocurrido una desgracia —dijo Enzo.

—Quería ayudarte. —Estaba sorprendida por el tono que había utilizado Enzo. La última vez que lo vio hablar así fue cuando discutió con Guido, precisamente, a causa de la compra del caballo.

El joven suspiro y la observó de reojo.

—Quédate ahí hasta que nos hagamos con él.

En ese momento, Guido y Renato aparecieron en el otro lado de la finca. El segundo se había quitado el sombrero y la chaqueta y asía una cuerda que giraba continuamente en el aire.

—¿Están bien? —gritó Guido. Nero galopaba a toda velocidad por la plantación. El sonido de las ramas rotas llegaba hasta allí.

—¿Qué le ha pasado? —dijo Enzo mientras se alejaba de la puerta—. Casi nos pasa por lo alto.

El rostro de Guido palideció cuando vio a Francesca al otro lado de la puerta.

CAPÍTULO 8

Pasó mucho tiempo para que se dejara de hablar de cómo Renato Pugliese, el elegante calabrés, se las ingenió para atrapar a Nero con una lazada y volverlo manso como un corderito. Francesca, que fue testigo de ello desde la puerta de la finca de los Costa, relataba una y otra vez el momento en el que Renato se pudo subir a los lomos de Nero, lleno de tierra y polvo, despeinado, con un aspecto salvaje y decidido. Parecía un hombre totalmente distinto.

El motivo de todo lo sucedido fue que el animal se había encabritado de pronto, arrojando a Guido al suelo. En el fondo tuvo suerte y solo se llevó algunas contusiones. Eso sí, cuando Renato le devolvió el caballo, le dijo una frase que se quedó marcada en el corazón de Guido.

—Es peor un mal jinete que un mal caballo —dijo Renato poniéndoles las riendas en las manos sin esconder su malestar. La desgracia se había evitado por poco.

Para Guido aquello iba con segundas. Acababa de tener una fuerte discusión con Renato acerca de cuándo recoger los limones. El calabrés le instaba a hacerlo cuanto antes, al día siguiente mismo, con tal de no correr riesgos con las tormentas. No obstante, Guido argumentó que la lluvia vendría bien para engordar el fruto, lo que se traduciría en más beneficios para ambos. Fue al terminar esta discusión cuando Nero se desbocó, como si hubiera esperado el momento oportuno para ello. Horas después una tormenta de

granizo descargó con fuerza sobre Sorrento y la cosecha se vio afectada, acuciándose la desgracia de Guido y la de los Costa.

A los pocos días, Guido contrató a los pocos jornaleros que podía permitirse y comenzaron a recoger la cosecha. Francesca, Vania y Lucrecia arrimaron el hombro y ayudaron en cuanto pudieron. Cuando por fin recogieron todos los frutos, Renato anunció muy a su pesar que el granizo les había hecho perder un treinta por ciento de los limones, mientras aseguraba que el precio seguramente se vería afectado. Intentaría mediar para que el precio se mantuviese a lo acordado en un primer momento, pero no se le veía muy convencido.

La sensación de derrota se propagó por toda la finca, como si la actitud de Guido fuese contagiosa. La única que seguía mostrándose ajena a los acontecimientos era Virgilia. El hecho de que su cuñada hubiera roto el duelo por su hermano era señal inequívoca para ella de que tenía que preocuparse por el futuro más inmediato de sus sobrinas. Lucrecia, con dieciocho años, ya tenía edad para casarse y ella era la única que parecía darse cuenta de ello.

Eso le provocaba una angustia permanente y, en ocasiones, posaba su mirada sobre Lucrecia, lastimera, pensando en qué sería de ella si no le conseguía un marido dentro de poco, aunque no valoraba muchas opciones. Había pensado en preguntarle a Donato la posibilidad de que Guido y Lucrecia se comprometieran, pero la relación padre e hijo no pasaba por su mejor momento.

—¿Mi hijo? ¿Casarse? —exclamó Donato cuando Virgilia le sugirió el tema.

Al no conseguir nada ni con el señor Costa ni con Matilde, Virgilia optó por hablar directamente con Lucrecia, que entró en cólera por el mero hecho de que su tía pensara en ella de esa manera. Francesca y Vania, que se encontraban en el almacén que se había construido para la producción del licor, corrieron alertadas por los gritos de su hermana.

—¡Jamás! ¿Me has escuchado? Nadie me va a decir qué hacer —gritaba Lucrecia. Virgilia, que no esperaba esa reacción por parte de su sobrina, sollozaba.

—¿Qué sucede? —preguntó Francesca.

Lucrecia respiró con fuerza, como una bestia acorralada.

—Solo es una discusión sin importancia —sentenció.

Virgilia asintió antes de marcharse entre lágrimas. Las dos hermanas pequeñas se quedaron perplejas mientras observaban a su hermana, que se giró hacia ellas y las cogió de la mano.

—Que nadie les diga lo que pueden hacer o lo que no, ¿entendido?

Vania y Francesca movieron la cabeza de arriba abajo, aunque no comprendían la profundidad de las palabras de su hermana.

Más tarde, cuando su madre llegó de la tienda, Virgilia no tardó en relatarle lo ocurrido, expresándose con su natural dramatismo. Matilde, que sabía las formas exageradas de su cuñada, fue a buscar a Lucrecia. Las tres hermanas estaban sentadas frente a la chimenea. La mayor leía tranquilamente mientras Francesca atizaba el fuego y Vania dormitaba en un sillón. Era una tarde fresca de invierno.

—¿Qué ha pasado con la tita? —preguntó Matilde con pesadez. Estaba agotada.

Lucrecia fue directa.

—Quiere casarme con Guido.

Vania se espabiló dando un respingo mientras que Francesca continuó atizando la leña que crepitaba bajo las llamas. Sus ojos, convertidos en ascuas candentes, daban forma a un sueño que esperaba que no tardase en hacerse de realidad. A diferencia de su hermana, a ella no le importaría casarse.

—Solo se preocupa por ti —dijo Matilde. A ella no le disgustaba la idea, pero no estaba dispuesta a obligar a su hija ni a forzar la situación. Además, por lo poco que había visto, Guido solo tenía ojos para Francesca.

Su hija mediana tenía ese don, ese poder que emanaba y llamaba la atención de todos los que hubiera a su alrededor. Incluso en ese momento, con el reflejo de las llamas segándole el rostro, lucía espléndida.

—Pues no es necesario. No necesito que esté pendiente de mí las veinticuatro horas del día. Este sitio es… ¿cómo explicarlo? Es como si me faltase el aire, mamá. Estoy harta de vivir aquí.

Su madre se acercó a ella e intentó calmarla, provocando que Lucrecia dejara escapar algunas lágrimas. La entereza con la que había llevado la muerte de su padre en los primeros momentos le estaba pasando factura. Virgilia las amaba y sin su ayuda no habría salido adelante, pero su pensamiento cerrado era en ocasiones un torbellino que se llevaba por delante cuanto pillara, sin importarle las consecuencias. Si la tradición o la costumbre así lo establecían, ella y todos a su alrededor debían acatarlo.

Tía y sobrina se reconciliaron días más tarde y lo sucedido quedó en el olvido.

Sin embargo, sin nadie advertirlo, ni siquiera ella misma, Virgilia se convirtió en la precursora de algunos cambios que iban a afectar a todos. El destino la convirtió en la primera ruedecilla que comenzaba a girar de un complejo artilugio.

La discusión con su sobrina provocó que Matilde encargara a Lucrecia la gestión de la tienda al completo. Consideró que le vendría bien tener la cabeza ocupada y, sobre todo, salir de la finca. Lucrecia era inteligente y en cierta manera ambiciosa. Necesitaba conocer, descubrir y conversar para saciar su curiosidad. La tienda podía proporcionarle algo de eso.

Además, había otro motivo por el que Matilde quería que su hija mayor estuviese haciéndose cargo de la tienda. Ella quería centrarse en el licor de limón. Habían puesto a macerar las primeras cáscaras hacía semanas, por lo que era el momento de continuar con la siguiente tanda. Si todo iba bien, a finales de diciembre tendrían las primeras cuarenta o cincuenta botellas. Renato había insistido en que las primeras se vendieran exclusivamente en la tienda mientras que él regalaba otras pocas con la finalidad de que la marca comenzara a conocerse. Se le veía entusiasmado y eso motivaba a Matilde.

—He hablado con un cristalero de Amalfi. Él nos conseguirá las botellas —indicó Renato mientras observaba los barriles que se amontonaba en el almacén.

Matilde y Vania, pelaban la cáscara de un montón de limones y las echaban a un cubo.

—Espero que salga tan rico como a Constanza. Lo hemos hecho todo igual.

—Seguro que sí —dijo Renato con un largo suspiro.

Era la primera vez que pisaba la finca desde el accidente con el caballo de Guido. Según contaba, había estado en el norte de Italia para cerrar la venta de los limones. Las ganancias de Guido habían sido suficientes para cubrir los gastos, pero de cara al año próximo, la situación podía complicarse mucho.

—Me duelen las manos, mamá —se quejó Vania.

Su madre la miró condescendiente y le dijo que se fuera a descansar un rato. Matilde veía el rostro de Renato desbordado por la preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó Matilde cuando se quedaron a solas.

—Las cosas no pintan bien ahí fuera. El ambiente está crispado.

Matilde frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—La guerra en España se está prolongando demasiado, aunque todo el mundo dice que los republicanos están derrotados. Es cuestión de tiempo que los sublevados se hagan con el país.

Ella siguió pelando los limones.

—Eso es bueno, ¿no? Se acabará la guerra.

Renato sacó lentamente un cigarrillo y lo colocó en sus labios.

—No creo que sea la última guerra que veamos. Eso es lo que me preocupa.

El humo envolvió la figura de Renato y Matilde sintió un escalofrío. ¿Cuántas veces le había mencionado Lucrecia su deseo de alistarse a las Brigadas Internacionales? En último término no la veía capaz, pero, aun así, le provocaba una gran preocupación.



VANIA SALIÓ CORRIENDO del almacén ocultando una sonrisa pícara. Le había resultado bastante sencillo librarse de pelar esos malditos limones. Estaría un buen rato fuera y, para cuando regresara, su madre seguro que ya habría terminado con todos. Sin embargo, tras

unos pocos pasos, no supo a dónde ir. Su casa quedaba descartada, ya que se encontraba demasiado cerca del almacén y de su madre, que podría llamarla para que regresara en cualquier momento. No, tenía que irse más lejos.

Sin destino claro, siguió caminando. Algunas nubes taparon el sol de la tarde y todo se volvió gris. Empezaba a refrescar. A modo de juego, decidió salirse del sendero y subir por el cerro que separaba su casa del resto de la finca. Desde allí podía ver la residencia de los Costa, la plantación de limones que rodeaba parte del cerro como el agua a los acantilados y la Tumba de las Sirenas, que desde allí le recordaba a la aleta de un pescado.

Los cientos de limoneros, ya sin frutos, oscilaban con la brisa de igual manera, como si hubieran ensayado cada uno de sus movimientos. En la residencia principal destacaba una luz amarillenta por las ventanas, por donde también vio una pasar una figura oscura que reconoció como su tía Virgilia. ¿Se preocuparía también por encontrarle un esposo adecuado? Ella no sería como Lucrecia; no se opondría. Si su hermana mayor seguía comportándose de esa manera se podría casar, con suerte, con alguno de sus libros. ¿Casarse con un libro? La peculiar ocurrencia derivó en una carcajada.

Más allá, cerca de la puerta de la finca, vio a Enzo labrando la tierra con una azada. Ya tenía lugar al que dirigirse. Con cierta velocidad, bajó el cerro y caminó alegremente hacia él.

—¡Hola! —dijo Vania cuando todavía le faltaba unos metros hasta llegar a él.

—Hola, pequeña —contestó Enzo.

A Vania, eso de *pequeña* no le gustó en absoluto. Si ella era *pequeña*, Francesca, que solo tenía un año más que ella, también debía ser *pequeña*.

—¿Qué estás haciendo?

Enzo señaló al suelo.

—Con las lluvias crecen las malas hierbas. Si no acabamos con ellas pronto, se extenderán por toda la finca.

A Vania le resultó interesante la explicación de Enzo. De repente, se fijó en que había otra azada descansando sobre una piedra,

apenas unos metros más allá.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó la joven. Enzo le dedicó una sonrisa mientras clavaba su azada en la tierra.

—No te preocupes. No quiero que te hagas daño. Tu hermana Francesca me estaba ayudando, pero ha ido a por un poco de agua. Volverá enseguida.

Vania se limitó a sonreír, sin decir nada. Francesca ya venía de camino.

***

Donato observaba desde hacía un rato el calendario. Faltaban pocos días para Navidad, una fecha que años atrás era todo un acontecimiento en la residencia de los Costa, pero que, en ese momento, se aproximaba como una calamidad. La diabetes no le daba tregua y su aspecto comenzaba a ser desagradable. Su rostro estaba salpicado de cortes que se había hecho al afeitarse y que no llegaban a cicatrizar, lo que, sumado a su extrema delgadez, le daba un aspecto demoníaco, con los ojos ensombrecidos por unas oscuras ojeras. No, la Navidad no se celebraría aquel año, al menos en su casa.

—Fue mala suerte, papá —dijo Guido. Donato lo miró de reojo.

Su hijo había confiado todo a la venta de los limones. Creía fervorosamente que, si eso salía bien, las cosas comenzarían a cambiar, pero no fue así. La cosecha se echó a perder por una granizada, pese a que tanto Renato como él mismo le recomendaron cosechar el fruto cuanto antes.

—Ya… la mala suerte es así. No avisa, simplemente llega y lo desbarata todo, ¿verdad?

Guido captó el tono irónico de su padre y quiso salir a la defensiva.

—Las pérdidas hubieran sido mayores si hubiéramos seguido adelante con el licor.

Donato respiró hondo y se acordó de su hija Bianca, que por entonces estudiaba en Roma. Era desalentador que una hija rechazara acompañar a su padre durante sus últimos meses de vida. Tampoco podía culparla solo a ella. Desde la muerte de su esposa se había convertido en otra persona.

—Si hubieras continuado con el licor ahora tendríamos una oportunidad obtener beneficios —dijo lentamente, cansado, arrastrando sus palabras.

Guido se mostró dubitativo. Quería satisfacer a su padre, pero era incapaz de reconocer sus propios errores. Tampoco aprendía de ellos.

—Puedo hablar con Renato y Matilde. Estoy seguro de que…

Donato golpeó la pared con todas sus fuerzas y miró fijamente a su hijo.

—¿Es que no tienes orgullo? ¿Acaso no te importa arrastrarte? Sé que te lo ofrecieron una y otra vez. Renato habló contigo, lo mismo que Matilde. No puedo dejar de sorprenderme de que una mujer viera la oportunidad y mi hijo no. ¡Fue hasta Nápoles y consiguió la receta! Si yo hubiera estado en tu lugar, habría ido yo mismo a Nápoles; habría hablado con la anciana y si hubiera sido necesario la habría traído hasta aquí. Pero no. Tú solo decidiste vender los limones y esperar hasta la próxima cosecha.

Guido se estremeció y tensó su mandíbula para contener el llanto. Lo último que quería era llorar delante de su padre. Darle más motivos para que se avergonzara de él.

—Enzo pensaba lo mismo que yo. —Era mentira, pero aun así necesitaba sentirse respaldado, aunque fuera por sus propias palabras.

—No me trates como un imbécil, Guido. Lo único que ha hecho Enzo a lo largo de los años es cubrirte las espaldas. Si no fuera por tu primo no sé qué habría sido de nosotros. Pero no siempre será así. Un día formará una familia y se marchará. Entonces esta finca te consumirá como una llama.

Alguien tocó cuidadosamente la puerta. Se trataba de Virgilia.

—Puedes marcharte —dijo Donato a su hijo, que se despidió con un leve movimiento de cabeza y las primeras lágrimas cayendo por sus mejillas.

CAPÍTULO 9

ENERO DE 1939

Guido caminaba solo entre los limoneros de la plantación. Las esteras de paja que los cubrían se habían rajado con la última tormenta, pero todavía faltaban unos cuantos meses antes de que el calor les obligara a repararlos. Por el momento, era mejor gastar lo menos posible.

Pensó en Enzo. Su primo debía estar de regreso. Le había pedido que fuera hasta Priora, un pequeño pueblo no muy lejos de allí, para vender a Nero. Con el dinero podrían hacer frente a algunos gastos, además de ahorrarse el mantenimiento del animal, que no era precisamente barato. Estaba convencido de que las cosas comenzarían a ir bien, que los Costa levantarían la cabeza después de tantos años y que su padre se sentiría orgulloso de él, pero nada de eso había sucedido. La oscuridad era cada vez más densa.

Abstraído, sus pasos lo llevaron hasta la Tumba de las Sirenas, desde donde observó las vistas de las montañas y el mar. Soplaba fuerte el viento de poniente y las colas blanquecinas pregonaban de un mar agitado. Tardó un par de minutos en fijarse que Francesca estaba sentada a escasa distancia de él, tapada con un largo mantón de color verde.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Guido. Ella le dedicó una sonrisa.

—Me gusta ver el mar. A veces incluso pueden escucharse las olas.

Guido frunció el ceño y guardó silencio. Era cierto que se escuchaba un rumor lejano, pero no estaba seguro de que se tratase de las olas. La costa estaba a unos cuantos kilómetros de distancia.

—¿Y tú? —Ahora fue Francesca la que preguntó.

—Quería comprobar que los árboles estaban bien.

Francesca asintió en silencio. La joven parecía tensa, como si la presencia de Guido le hubiera alterado. No obstante, Guido lo interpretó de otra manera. Hacía tiempo que la miraba con otros ojos, como la mujer atractiva en la que se había convertido. Ella también le devolvía la mirada a veces, por lo que supuso que la

causa de la agitación de la joven no era otra que la tensión que existía entre ellos.

—Las ventas del licor van bien, ¿no? —dijo Guido.

—Se han vendido muy rápido. Mi madre solo ha dejado una en la tienda para darle de probar a los clientes. Dice que lo más seguro es que vendamos la siguiente partida.

Guido relamió sus heridas en silencio, aunque se sintió mejor al fijarse en el estilizado perfil de la joven. Francesca parecía haber sido moldeada por un dios cuidadoso en su trabajo. Sus ojos grandes y oscuros, su cabello negro y ondeado junto a su fino rostro y sus labios carnosos eran capaces de enloquecer a cualquier hombre. De hecho, la tienda se llenaba de muchachos cuando Francesca despachaba. La naturalidad de sus gestos y la manera en las que los trataba hacía que todos estuvieran convencidos de que la joven se mostraba receptiva a algo más. Su simpatía desbordaba a cuantos se acercaran.

—El almacén pronto les quedará pequeño.

—Quién lo iba a decir —exclamó Francesca, que se giró hacia donde se encontraba su casa, como si pretendiera reafirmar sus palabras.

Guido no supo cómo continuar la conversación y optó por guardar silencio. Cada vez estaba más convencido de que Francesca sentía algo por él. No había otra explicación que justificara la actitud reservada de la joven o sus miradas fugaces.

De repente, el sonido de unos pasos llegó hasta ambos y Enzo apareció por el otro lado. Su cabello negro y su rostro dorado por el sol, mostraba una sonrisa contenida y tensa al mismo tiempo.

—¡No has tardado nada! —dijo Guido señalando el reloj de su pulsera.

—Los comerciantes tenían la cartera floja.

Francesca sonrió, aunque permaneció en su sitio, bajo el mantón verde.

—¿Cuánto has conseguido? —preguntó Guido con avidez.

—Novecientas liras. Hemos tenido suerte después de todo.

—Y que lo digas —expresó Guido—. ¿Has tardado en dar conmigo?

Enzo comprendió que Guido pensaba que su presencia ahí se justificaba porque lo estaba buscando. No se le pasaba por la cabeza ninguna otra idea que lo relacionara a Francesca.

—Me pareció verte nada más entrar —contestó Enzo.

—¡Menuda vista! Yo me he encontrado con Francesca de casualidad —se excusó Guido remarcando las últimas palabras y provocando que ella lo mirara ceñuda—. Quería asegurarme de que los limoneros se encuentran en buen estado.

—Y ¿Todo bien? —preguntó Enzo.

—Eso parece —contestó su primo.

Durante un breve espacio de tiempo, apenas unos segundos, Guido y Enzo permanecieron de pie, como si esperaran la reacción del otro respecto a Francesca. Finalmente, fue Guido el que se sentó diciendo que necesitaba descansar un poco. Enzo, como si aquella decisión hubiera sido indiferente para él, se marchó a su casa mientras la joven lo observaba de reojo.



Los nervios de Virgilia eran conocidos de sobra por todos, pero desde hacía pocas semanas estaba más alterada que de costumbre. Lo achacaba todo a las noticias que escuchaba por la radio, las cuales pregonaban que una nueva contienda sacudiría el viejo continente a no mucho tardar. Sin embargo, aunque estas tuvieran su parte de responsabilidad en su carácter, lo cierto era que su preocupación incidía más por los cambios que se estaban produciendo en su entorno, un lugar que, según ella, debía permanecer inamovible por el resto de los siglos.

Por un lado, Donato requería cada vez más cuidados, lo que obligaba a Virgilia a descuidar otras labores. Francesca se hizo cargo de ellas en un primer momento, pero al poco, Matilde prefirió quedarse en casa mientras sus hijas se ocupaban de la tienda. No podía costearles la escuela, por lo que consideró que aquella era la mejor manera para que aprendieran un oficio.

—Su cuñada es muy buena persona, pero es complicado tratar con ella —le dijo Donato a Matilde una vez se quedaron a solas. Esta sonrió levemente.

—Podría decirse que es una mujer muy intensa.

—Supongo que no es una descripción errónea —contestó antes de dar un sorbo al vaso de agua—. ¿Cómo va el negocio? Renato me comentó que mejor de lo esperado.

Matilde sonrió incómoda. Los ojos de Donato brillaban de una manera especial, como los de un general derrotado rememorando los días victoriosos, lejanos y olvidados por todos.

—Quedan pocos establecimientos en Sorrento, por lo que la competencia es prácticamente inexistente. Cada vez es más complicado conseguir mercancía y muchas tiendas o comerciantes se han vistos obligados a echar el cierre. Una desgracia.

—La suerte es una moneda de doble cara. El año pasado te tocó la cruz. Ahora no te martirices si te toca la cara —sentenció el anciano—. ¿Y el licor?

Matilde agradeció las palabras de Donato mientras le rellenaba el vaso de agua. Había perdido la cuenta de cuántos se había bebido a lo largo del día. La diabetes le había convertido en un pozo sin fondo pese a que Aldo Lombardi le había exigido moderación.

—Hemos conseguido un buen sabor en las primeras partidas.

Donato depositó su mirada más allá de la ventana, donde las escarpadas montañas de Sorrento parecían que querían alzarse del suelo. Permaneció así algunos segundos, como si las palabras de Matilde le hubieran trastornado.

—¿Sabes por qué Enzo vive con nosotros? —preguntó Donato. Matilde negó con la cabeza, aunque recordaba la historia que se contaba cuando llegó a la finca—. Mi hermana y mi cuñado murieron en un derrumbe y solo les quedábamos como familia yo y un tío por parte de su padre, pero se fue a América. Se instaló en Argentina y le ofreció irse con él, pero Enzo prefirió venirse conmigo.

Matilde se sentó en la silla que había junto a la cama.

—Recuerdo que Enzo lo comentó alguna vez antes de marcharnos a Nápoles.

El anciano asintió.

—Tiene la posibilidad de comenzar una nueva vida lejos de aquí, de la decadencia que me rodea, pero, aun así, ha optado por quedarse. Puede ver que mi deferencia hacia él está más que justificada.

—Yo no soy nadie para juzgarlo.

Donato sonrió.

—Discúlpeme. Cuando tienes la certeza de que pronto vas a marcharte de este mundo, todo se convierte en un juicio constante.

Matilde aguardó a que el anciano bebiera de nuevo. Desde hacía algún tiempo sermoneaba tanto a Virgilia como a ella con su pasado, explicándoles los motivos por los cuales había una u otra decisión a lo largo de su vida. Donato transmitía una imagen tierna cuando se enfrentaba a su pasado. En ocasiones, sus palabras sonaban a despedida.

A continuación, Donato giró el rostro y se centró de nuevo en la ventana. Lo hizo con tal brusquedad que Matilde supo que la conversación había llegado a su fin.



Vania y Francesca regresaban a casa después de cerrar la tienda. No eran más de las cinco de la tarde, pero las rachas de aire frío las hacía estremecerse y acelerar el paso para llegar lo antes posible al calor del hogar.

—Hoy hemos vendido muy poco —comentó Francesca mientras ascendían por un tortuoso camino. Este era empinado y serpenteaba entre los cerros y matorrales, aunque resultaba más corto que la carretera que ascendía hasta allí.

—Mucho ruido y pocas nueces —dijo Vania sin levantar su atención del suelo que pisaba, arrastrando consigo algunas piedras. Parecía enfadada.

Francesca la observó de reojo, mientras caminaban. Desde hacía algunas semanas percibía que el trato de su hermana con ella era distante. Además, se había fijado en que era raro verla sonreír.

—Mañana venderemos más.

Vania no contestó. Las piedras acompañaban sus pasos.

Continuaron en silencio hasta que la residencia de los Costa se mostró ante ellas como un mar verde rodeando la casa. En ese punto se podía ver a lo lejos, la Tumba de las Sirenas. Los recuerdos de Francesca florecieron al ver aquellas rocas alzarse contra el frío viento de enero. Era allí, ocultos, casi alejados del mundo, donde había comenzado a verse con Enzo. Aquella piedra escarpada era testigo de la relación que había surgido entre ambos.

Francesca ya había tratado con chicos en alguna ocasión, aunque sin ella pretenderlo. Era algo que había descubierto hacía muy poco tiempo. Pese a su parecido físico a su hermana pequeña, muchos jóvenes acudían a la tienda con la única intención de entablar conversación con ella. Cuando su madre estaba allí los ahuyentaba tan solo con su mirada, pero esa tarde, en la que solo estaban ellas, algunos se quedaron hasta que las dos hermanas echaron el cierre.

Pero el silencio de Vania trascendía mucho más allá. Desde siempre advirtió como Francesca llamaba la atención allí a donde iba. En todas las celebraciones, en los almuerzos, en reuniones vecinales, no importaba. Los jóvenes iban en su busca como las moscas a la miel y eso era algo que Vania no podía entender. Precisamente porque eran muy parecidas, solo las diferenciaba un lunar que Vania tenía sobre el labio. Además, ella sabía que había dejado de ser una niña por los sentimientos que brotaban en su interior. A veces, sin que su hermana se diera cuenta, imitaba sus gestos, su manera de hablar e incluso las estúpidas canciones que tarareaba mientras organizaba los frascos de la tienda. Incluso al mirarse al espejo, veía más a Francesca que a ella misma. ¿Por qué entonces ella parecía invisible? Lo sucedido aquella tarde en la tienda había supuesto una humillación más.

Cuando llegaron a la residencia encontraron a Enzo y otros trabajadores apilando leña sobre un camión. La poda de los limoneros les permitía obtener unas liras con las que afrontar parte de los gastos.

En cuanto Enzo las vio llegar, sonrió ampliamente y centró su mirada en Francesca. Pero la lejanía hizo creer a Vania que los aspavientos de Enzo iban dirigidos hacia ella y se sonrojó. Los

nervios se apoderaron de ella cuando el joven caminó hasta su encuentro. La fijación que había sentido por él a su llegada a la residencia de los Costa se había transformado en algo más intenso, casi posesivo, como si una voz le dijera constantemente que Enzo, tarde o temprano, sería suyo.

Por ello, se sobrecogió cuando el joven le acarició la cabeza y pasó a su lado para hablar con Francesca.

—¿Cómo les ha ido hoy? —se lo preguntó a las dos, pero Enzo solo tenía ojos para su hermana.

—Nada bien —contestó Vania acelerando el paso.

—¿Qué te pasa, Vania? —se preocupó Francesca.

—¡Nada! —exclamó un poco alterada.

Mientras recorrían el sendero hasta la casa se encontraron con Guido, que cargaba una carretilla repleta de leña y, sin detenerse, las saludó con un ademán. De nuevo, Vania se fijó en cómo él miraba a su hermana y se enfureció más todavía.

Aquella noche, mientras las cuatro cenaban, Matilde se percató del gesto serio de su hija pequeña. Pese a que le dolía reconocerlo, de las tres era la que más desconocida le resultaba. Vania era la más callada de sus hijas y sus ojos oscuros parecían estar siempre cavilando, pensando en algo que su madre no sabía identificar. Acto seguido, Matilde miró a Francesca, que arrojaba a la sopa pequeños trozos de pan. Vania y ella eran parecidas, pero, al mismo tiempo, las separaba un abismo. Cuando estaba a solas tanto con Lucrecia como con Francesca la conversación terminaba fluyendo, pero con Vania era distinto. Ella parecía estar cómoda en el silencio.

—¿Crees que es posible, mamá? —preguntó Lucrecia. No obstante, Matilde, perdida en sus reflexiones, no la había escuchado.

—¿Cómo dices?

Matilde mostró su desconcierto. No tenía la menor idea de lo que le había dicho su hija.

—¿Dónde tienes la cabeza? —bromeó esta, aunque tornándose muy seria justo antes de tomar la palabra—. Te decía que quiero ampliar la caja de libros que nos dejó papá. Ese hombre de la fábrica, Mauro Baricchio, me comentó que podría hacerme llegar nuevas obras de manera segura.

La reacción de Matilde fue inmediata. Un golpe en la mesa hizo temblar los vasos y repiquetear los cubiertos sobre los platos. Francesca y Vania se sobresaltaron. No era común que su madre reaccionara de esa manera.

—¿Es que te has vuelto loca, Lucrecia? Después de todo lo que hemos pasado tras la muerte de tu padre, ¿es que quieres tirarlo todo por la borda?

Lucrecia, lejos de amedrentarse, se mostró impertérrita, con cierto atisbo de desafío en su mirada.

—¿Por qué dices eso?

—Me cuesta creer que no lo sepas con lo inteligente que eres. Mira a tu alrededor. Tenemos una casa, un negocio, algo por lo que luchar —exclamó Matilde. Su hija la miraba con los ojos muy abiertos y el rostro enrojecido.

—No se puede hablar contigo —gritó Lucrecia levantándose de la mesa—. Debería haberme alistado en las Brigadas Internacionales. Al menos estaría lejos de aquí.

Matilde se mantuvo sentada, con los labios apretados, mientras observaba cómo Lucrecia se dirigía a su habitación. Lo único que pensaba en ese momento era en que nadie hubiera escuchado las últimas palabras de su hija.

~

HORAS MÁS TARDE, en plena madrugada, comenzó una brisa traviesa, que sacudía de manera caprichosa la rama de los árboles, como si jugara con ellas. En la mayoría de las noches de invierno aquel viento soez se levantaba sin previo aviso, arrebatando cualquier atisbo de calor de la superficie. En ocasiones soplaba desde poniente, arrastrando consigo el olor del mar y una humedad que provocaba dolor de huesos en los mayores.

El sonido apagado del viento, por tanto, colmaba el silencio de la noche. Con sumo cuidado, Francesca se bajó de la cama y arrastró sus pies hasta llegar a la puerta de la casa. Sabía que era el momento más delicado y por ello contuvo el aliento. Despacio, corrió

el cerrojo, intentando que el burdo metal no chirriara. Un ligero golpe en la ventana la hizo mirar hacia atrás aterrorizada, pensando que aquel ruido casi imperceptible había sido suficiente para que sus hermanas y su madre se despertaran. No obstante, el viento enmudecía cualquier otro sonido.

Abrió la puerta solo lo necesario para que su cuerpo pasara y la cerró rápidamente. Su pelo se agitó y el frío le caló rápidamente, pero no le importaba. Salvo que se despertaran y descubrieran que no estaba en su cama, la oscuridad de la noche la amparaba.

No muy lejos de allí, Enzo caminaba despacio mientras miraba celosamente a un lado y a otro. Tenía ganas de fumar un cigarrillo, pero eso revelaría su posición en caso de que alguien que no tuviera que estar despierto lo estuviese. Por el momento, era una figura casi invisible caminando entre los limoneros.

Dejó atrás los cultivos y avanzó hacia la Tumba de las Sirenas. Se detuvo y comprobó la manera exacta la dirección del viento y dejando la bolsa que llevaba consigo en el lado opuesto de la roca, justo donde esta la protegía del viento. Allí sacó una pequeña manta y la extendió. Después se sentó y tras una nueva mirada a su alrededor, encendió un cigarrillo.

A los pocos segundos, el sonido de unas pisadas y el crujir de la hierba lo alertaron. Enseguida, la figura de Francesca surgió de la oscuridad. Su sonrisa brillaba como si tuviera luz propia. Él se incorporó de inmediato y sujetó sus manos.

—¿Tienes frío? He traído una manta —dijo él. Ella cabeceó y buscó rápidamente la protección de la roca.

—Es solo este viento. ¿Ha ido todo bien? ¿Todo tranquilo? —preguntó Francesca. Enzo asintió con el cigarrillo en sus labios. En sus ojos relucía un punto rojizo.

—Todos duermen. ¿Por allí igual?

Él se refería a su madre y a sus hermanas. Francesca le confirmó que no se habían enterado de su marcha. Hacía varios días que se veían a escondidas, corriendo un riesgo enorme que, pese a todo, estaban dispuestos a asumir. La complicidad entre ellos había surgido desde el primer día o más bien había resucitado después de cinco años sin verse. Para ellos, estar juntos era algo tan natural y

necesario como respirar, no necesitaba ningún tipo de justificación. Así, a medida que transcurrieron los días, ambos descubrieron que la relación infantil y fraternal que mantuvieron antes de que los Rinaldi se marcharan a Nápoles era insuficiente para ellos. Podían sentir en su interior el tibio calor de la llama que se había prendido. Los ojos de Enzo buscaban constantemente a Francesca y los de ella a él. El saber que su relación permanecía en secreto añadía un toque mágico y emocionante. Sus gestos, sus sonrisas e incluso sus palabras eran mensajes cifrados que solo el otro podía entender.

—He traído unas aceitunas y un poco de queso —comentó Enzo —. No sé si tendrás hambre. No quería despertar a Virgilia.

—Puede que más tarde —dijo ella dejando descansar la cabeza sobre su hombro. Para Enzo, aquel gesto fue suficiente. La estrechó con su brazo y apoyó la espalda contra la roca. Estuvieron así un buen rato, en silencio, contemplando las luces lejanas que llegaban de Sorrento y otras poblaciones de la costa. En mitad de la negrura más absoluta, en el mar, destacaban pequeños puntitos que pertenecían a distintas embarcaciones—. Parecen estrellas caídas del cielo. —Enzo sonrió.

—¿Estrellas caídas del cielo? No sé si eso es bonito o tenebroso.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. ¿No te suena un poco al fin del mundo?

Francesca soltó una carcajada.

—¡Qué tonto eres! Además, ¿qué podrían ser sino estrellas? —preguntó ella alzando su rostro para que sus ojos se encontraran con los de él.

—¿Quién sabe? ¿Luciérnagas marinas?

Francesca se rio de nuevo.

—¿Luciérnagas marinas? ¿De verdad eso te parece más bonito que las estrellas caídas del cielo? ¿De qué tamaño tendrían que ser esos bichos para que pudiéramos verlos desde aquí? ¿Eso no te da miedo?

El viento quiso sumarse, soplando con fuerza, ululando entre las rocas, como sirenas invisibles. Al escuchar ese sonido onírico y extraño, Francesca buscó más todavía el cuerpo de Enzo. Una fuente de calor que en ese momento le pareció infinita.

—Solo es el viento —afirmó el muchacho para tranquilizarla.

Sin embargo, Francesca miró con recelo la estructura oscura y amenazante de la Tumba de las Sirenas, que en ese momento era tan oscura como la misma noche. De repente, un pensamiento desalentador vino a su cabeza, como si ese miedo irracional lo hubiera arrastrado consigo. Ni siquiera era nada específico, sino una amenaza que les acechaba desde la oscuridad que les rodeaba. Se acordó de su hermana Vania.

—Tarde o temprano lo descubrirán. Alguien se dará cuenta —expuso Francesca.

Enzo suspiró. Ella tenía razón. Verse a escondidas por las noches significaba recorrer un camino muy corto. Él lo tenía más fácil, pues a fin de cuentas vivía en una casa apartada y no estaba obligado a rendir cuentas ante nadie, pero Francesca corría un riesgo enorme. Tan solo con que se despertara una de sus hermanas y viera su cama vacía era suficiente. No les había contado nada de su relación con Enzo ni de las citas a escondidas, por lo que tampoco podía esperar que la encubriesen. Años atrás se lo hubiera contado, pero en cierta manera se habían distanciado. Las tres formaban parte de un mismo tronco, pero con el paso del tiempo se habían convertido en ramas que se alzaban hacia el cielo de distinta forma.

Francesca pensó en sus hermanas. Lucrecia era a la que más le había afectado la muerte de Tiziano. Constantemente se la veía pensativa, en busca de algo que ni ella misma sabía identificar. Era inteligente, perspicaz pero incapaz de llenar el vacío que había dejado la muerte de su padre. En cuanto a su hermana pequeña, el silencio la había ido envolviendo hasta tener la sensación de que era una persona totalmente diferente. ¿Acaso era la manera en la que Vania se había enfrentado a los cambios que habían sesgado su vida para siempre? ¿Había descuidado la atención a sus hermanas?

Estos pensamientos la hicieron sentirse egoísta. Un largo suspiro expresó su preocupación.

—¿Todo va bien? —preguntó Enzo.

Ella asintió. El aroma de su cabello que le recordaba a las flores de azahar ascendió hasta Enzo. Este hundió su nariz en su pelo para sentir más cerca aquel olor que tanto le gustaba.

—El tiempo pasa muy deprisa. A veces demasiado —respondió Francesca mirando el mar.

—Sé lo que dices. De vez en cuando tengo la sensación de que llegué a esta finca hace tan solo un par de días. Incluso pienso que todavía soy un crío.

—En mis primeros recuerdos ya estabas tú. Era muy pequeña cuando llegaste.

Enzo tenía la nostalgia en su mirada.

—Recuerdo poco de la vida con mis padres, tan solo algunas imágenes borrosas. A veces no sé si son reales o fruto de un sueño.

Francesca se incorporó para poder mirarlo directamente.

—Me sorprende que nunca te haya preguntado, pero ¿no tienes más familia?

El muchacho le dedicó una sonrisa, aunque se tomó unos segundos para responder.

—No tuve la suerte de tener hermanos. Tenía algunas primas por parte de padre, pero todas eran muy mayores y de escasos recursos. Además, está mi tío Enrique, pero este emigró a Sudamérica poco después de la muerte de mis padres. Algunas veces nos hemos escrito y me ha dicho que embarcara y viviera con él. Todavía tengo sus cartas donde me repite hasta la saciedad que Argentina está llena de oportunidades para un joven como yo.

De repente brotó un miedo desconocido para Francesca: la imagen de ver a Enzo alejándose, poniendo un océano de por medio, la sobrecogía. Un ligero temblor sacudió sus labios.

—¿Nunca has pensado en marcharte? —El tono que Francesca empleó en decir la pregunta fue extraño.

La mirada del joven, posada en la infinita oscuridad del mar, le dio la respuesta a Francesca.

—Puede que lo haya pensado en más de una ocasión. Ya sabes cómo están las cosas por aquí. El futuro es cuanto menos desconcertante, ¿no?

La reflexión de Enzo no admitía discusión.

—¿Tú te irías?

La pregunta pilló desprevenida a Francesca.

—¿A Argentina? Ni siquiera sé dónde está ese sitio. Quiero decir, sé que muy lejos, pero, no sé, no podría dejar aquí a mi madre y a mis hermanas.

Enzo sonrió con ternura.

—Tú tienes motivos para quedarte —susurró el joven. Los ojos de ambos volvieron a encontrarse y, por un instante ínfimo, sus labios se rozaron.

—¿No te quedarías por mí?

No hubo más palabras. Un largo beso, tímido al principio, fue la respuesta de Enzo.

CAPÍTULO 10

Virgilia terminó de rezar y se encaramó al respaldo de la silla más cercana para incorporarse. Las piernas se le entumecían después de unos minutos arrodillada, señal inequívoca de que los años no pasaban en balde. Ya de pie, se sacudió algunas motas de polvo de la falda y respiró hondo antes de regresar a la tarea.

Al salir de su habitación se topó con Matilde, que parecía estar buscándola con urgencia.

—¿Qué sucede? —preguntó Virgilia.

—Donato se ha desmayado.

Sin decir nada, Virgilia se apresuró hacia la habitación de Donato. Cuando llegó lo vio tumbado en su cama, con los ojos cerrados y un brillo sudoroso resaltando su tez pálida. Renato, el calabrés, lo abanicaba mientras intentaba hacerlo reaccionar con leves golpecitos en su mejilla.

—¿Qué le ha pasado? —exclamó.

—Nada en especial. Tenía más sed de lo normal. Ya envié a alguien para que traiga al doctor Lombardi —dijo Renato.

Los ojos de Donato bullían bajo sus párpados y de su boca entreabierta escapaba un aliento débil.

Virgilia se acercó a él como si se tratara de una esposa en la agonía de su marido. Intentó darle varios remedios, pero no funcionaron. Después le refrescó la frente y la nuca y este pareció reaccionar.

—Otra vez… —dijo sin apenas mover sus labios.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Virgilia mientras Renato y Matilde compartían una mirada de preocupación.

—Preparado para partir —afirmó Donato—. ¿Por qué Dios no me lleva? ¿Por qué me tortura de esta manera?

Donato, en contra de su voluntad, se recuperó de aquella crisis. Sin embargo, el diagnóstico del doctor Lombardi puso a todos en aviso: sería un milagro que el hombre presenciara el próximo otoño.

Guido se tomó la noticia con resignación. Escribió una carta a su hermana avisándole del estado de su padre. Bianca le contestó que le era imposible trasladarse hasta Sorrento, pero que comenzaría a disponerlo todo para pasar varias semanas con ellos. Su hermano se preguntó qué demonios estaría haciendo en Roma para no poder visitar a su padre moribundo. En parte, Lucrecia le recordaba a su hermana Bianca.

Pero la verdadera preocupación de Guido era que deseaba demostrarle a su padre que realmente podía hacerse cargo de sus negocios y convertirse en un hombre de provecho. Por tanto, esta cuestión se volvía compleja, con una cuenta atrás cuyo final podía llegar en cualquier momento.

Esto no pasó inadvertido para Virgilia, que se lamentaba igualmente del sufrimiento del muchacho y trataba de ponerle remedio siempre atravesando sus preceptos morales y religiosos.

—Tu padre sería muy feliz si formaras tu propia familia.

Guido nunca había escuchado a Virgilia con tanta atención como en aquellos días, aunque las mismas le provocaban una intensa irritación que ocultaba con su silencio. Desde hacía semanas Enzo y Francesca habían comunicado su noviazgo al resto.

Pese a que él les dio la enhorabuena, la ira bullía en su interior. ¿Por qué Francesca actuaba de esa manera? ¿Acaso no existía algo entre ellos, esa tensión que él percibía cuando estaban juntos?

Aquellos pensamientos, aislados de todo raciocinio y alimentados con la frustración, mutaron con el paso del tiempo. No pasó mucho hasta que Guido se convenció de que Francesca estaba interesada en él, pero que tuvo que decantarse por Enzo al creer que ella no estaba en su misma clase social. Por entonces, Guido comenzó a

sentir una especie de lástima por Enzo, lo que permitió que la relación entre ambos no se enfriara del todo.

—Así que mi primo se va a emparentar con las Rinaldi —decía Guido con sorna.

—No seas tonto. Solo nos estamos conociendo. Ni ella ni yo hemos hablado de matrimonio.

Guido dejó escapar una sonrisa sarcástica.

—Al final vas a heredar el *Liquore di Constanza*.

Para Enzo aquello no eran más que bromas sin importancia. No captaba el fondo de rencor que escondían las palabras de su primo ni se fijaba el brillo celoso de su mirada. Pero pese a las buenas intenciones de este, estaban ahí, mostrando su verdadero parecer.

Por otro lado, la nueva situación hizo que Virgilia intentara de nuevo que su sobrina Lucrecia viese en Guido una posible opción de futuro, un marido a corto o medio plazo, pero la joven se negó categóricamente, lo que la desanimó bastante. No dejaba de sorprenderle la tozudez de su sobrina, pues casándose con Guido ayudaría a su familia a posicionarse. La otra opción era Francesca, pero Virgilia no se veía en la posición de entrometerse en su relación con Enzo. Por último, estaba Vania, la más pequeña, pero la veía demasiado inmadura. Desanimada, Virgilia vio como las probabilidades de casar a alguna de sus sobrinas con Guido se esfumaba.

—Has vuelto a hablar con Lucrecia, ¿verdad? —preguntó Matilde a su cuñada días más tarde, mientras sus hijas estaban en la tienda.

—Ya tiene una edad, Matilde. Me preocupo por ella. Solo es eso. Ya sabes que, si no se casa pronto, la gente comenzará a hablar.

Matilde cogió aire antes de contestar. Era fundamental no perder la calma.

—Me parece que no conoces suficiente a tu sobrina. Además, es posible que ya tenga un pretendiente.

Virgilia abrió sus ojos de par en par. ¿Había escuchado bien?

—¿De quién se trata? —preguntó con avidez.

—Me guardaré esa información por el momento. Tampoco tengo evidencias de que se así, solo son sospechas.

Pero Virgilia estaba demasiado nerviosa.

—Sé lo de los muchachos que van a la tienda. No te fíes de esos golfos.

—Descuida —dijo Matilde con una sonrisa.

En realidad, ella sabía que Lucrecia apenas había tratado con esos jóvenes más de lo necesario. No, el hombre que estaba interesado en su hija mayor era Renato Pugliese, quien se había convertido en su socio en la producción y venta del licor, cada vez pasaba más tiempo en la tienda. En cuanto a sus visitas a Donato, estas habían aumentado de una o dos al mes a varias cada semana. Nunca parecía tener prisa por marcharse y siempre estaba dispuesto a satisfacerla en cuanto le fuera posible. Para Matilde esto era una señal clara de que el calabrés estaba interesado en su hija mayor, con la que congeniaba más en cuestiones de carácter y cultura. De hecho, no era extraño que él y Lucrecia conversaran —siempre con precaución— de los problemas del país, de política o de la victoria de Franco en la Guerra Civil Española. Matilde había observado atentamente a Renato y, precisamente por el supuesto interés en su hija, se había esforzado en conocerlo mejor.

El calabrés tenía alrededor de cuarenta años, aunque su elegancia y sus modales lo hacían lucir más joven. Sus continuos viajes a lo largo del país y de Europa lo habían convertido en un hombre culto, conocedor de varios idiomas —alemán y francés además del italiano— y con conocidos por doquier. Era un gran conversador y, más importante todavía, sabía escuchar, lo cual no era muy común. Por ello, Matilde no se tomó a mal el interés de Renato por Lucrecia. En realidad, pese a la diferencia de edad, lo veía como un hombre serio, correcto y elegante. Sin embargo, debido al carácter de su hija, tenía claro que no iba a sacarle el tema hasta que ella misma lo mencionara. Tenía la prueba de lo que había sucedido en las ocasiones en las que Virgilia le habló de un posible enlace con Guido. Era mejor esperar.

Poco a poco se instauró una costumbre en la residencia de los Costa, especialmente después del anunciado noviazgo entre Enzo y Francesca. Los domingos almorzaban todos juntos en la casa de Donato y pasaban la tarde jugando a las cartas. Además, en algún que otro domingo contaban con invitados que rompían la monotonía

que se había instalado. Una vez acudió el doctor Aldo Lombardi, el cual había enterrado a su mujer a principios de año. No superó la muerte de su hijo, aunque el doctor encajaba la tremenda desgracia con una entereza que resultaba encomiable. En otras ocasiones era el calabrés quien acudía al almuerzo. Sus visitas solían propiciar un ambiente más distendido, pues siempre tenía historias que contar, aunque las noticias que llegaban del resto de Europa no eran muy halagüeñas.

—La guerra en España ha sido un preludio. Toda Europa se prepara para la guerra —contó Renato un caluroso domingo de julio. Lucrecia clavó sus ojos en él.

—El poderío de la Unión Soviética evitará un conflicto a gran escala —exclamó la joven. Se produjo un silencio incómodo. Solo Renato se veía capaz de rebatir a Lucrecia.

—Me temo que no —dijo antes de encender un cigarrillo y echar el humo lentamente a través de sus labios—. Eso no frenará a Hitler.

—Tan solo tienen que recordar lo que sucedió hace veinte años —replicó la muchacha.

—Dios te oiga, Lucrecia —añadió Virgilia, siempre metiendo a Dios por medio. Era su pretexto para tratar cualquier tema.

—Igualmente, hemos de pensar en nuestro propio país. Si hay una guerra en Europa, los alemanes y no los rusos serán nuestros aliados —dijo el calabrés.

Los ojos de Lucrecia se tornaron vidriosos cuando fue consciente de esa realidad. La resignación invadió su rostro y por unos instantes parecía que iba a implosionar como un furioso volcán. Sin embargo, una mirada de su madre fue suficiente para que se calmara. Virgilia intervino para rebajar la tensión, cosa extraña en ella.

—Es el día del señor. Hablemos de otra cosa —pidió mientras servía un poco de vino en las copas de Matilde y Guido. Fue a rellenar también la de Enzo, pero este la tapó con la mano. Francesca estaba sentada a su lado y sonrió al ver las muecas que hacía su tía. Vania era la única ausencia, pues nada más había terminado de comer habían dicho que le dolía el estómago y se había marchado.

—Eso me recuerda que tengo una buena noticia. He conseguido que varios establecimientos de Bari vendan el *Liquore di Constanza* —dijo Renato.

Levantaron sus copas para brindar por la excelente noticia. Tan solo Guido se mostraba sombrío, aunque eso repercutía también en ellos de manera positiva. Debido a que las ventas del licor aumentaban de manera constante, Renato había acordado con Guido la compra de una pequeña parte de la cosecha, la cual ya se había incrementado en varias ocasiones debido a la creciente demanda. Sin embargo, ese éxito era para Guido la muestra de una oportunidad perdida. Tanto Renato como Matilde le aconsejaron que formara parte del negocio, pero él se negó y empezaba a ser consciente de las repercusiones de su decisión.

—¿En Bari? —preguntó Enzo—. ¡Eso es increíble!

—Lo importante es que la receta de Constanza está funcionando —dijo Matilde—. Dios sabe cuánto le debemos a esa mujer.

Mientras la conversación seguía fluyendo, Guido se agitó en su asiento. Su padre no estaba tan mal de salud, por lo que parecía que el pronóstico de Aldo Lombardi era erróneo. Eso le dio ánimos y lo espoleó para tratar de dar un golpe de efecto: quería demostrar de una vez de lo que era capaz.

Con esa idea ocupando sus pensamientos la gran parte del tiempo, se podía decir que Guido comenzaba a obsesionarse. Hasta Enzo se percató de un cambio en la actitud de su primo. Tenía la sensación de que Guido trataba de rehacerse a sí mismo, dejando atrás el joven enamorado del arte, sensible y transformándose en versión más joven de Donato. Esta metamorfosis forzada afectó su personalidad, convirtiéndolo poco a poco en un desconocido para todos.

Días después, Enzo paseaba con Francesca. Vania, por orden de su madre, caminaba con ellos, aunque hacía rato que no abría la boca. Pese a que su noviazgo había sido tomado como una buena noticia, ni Matilde ni Virgilia iban a permitir que la joven pareja pasara tiempo a solas.

—Esta mañana ha venido un notario. Donato ha insistido en dejarlo todo arreglado para cuando llegue el momento —dijo Enzo.

—Mi madre no me ha dicho nada. ¿Vuelve a estar peor de salud? —A medida que formulaba la pregunta, Francesca pensó por primera vez en qué ocurriría con ellas después de la muerte de Donato. En teoría nada las ataba ni les aseguraba que Guido les permitiese seguir viviendo en la finca. Pensar en ello le ensombreció el rostro.

—Sigue igual. Tiene días buenos y días no tan buenos. Aunque supongo que si ha querido dejar sus asuntos en orden es porque es consciente de que el final está cerca.

Francesca asintió en silencio mientras seguía dándole vueltas a esa idea: el final del Donato Costa. ¿Qué sería de ellas después de su muerte? De nuevo, su futuro y el de su familia estaba colgando de un hilo. Además, hasta su relación podía estar en peligro. Por primera vez vio nubes grises en torno a su relación con Enzo. Él ya le había mencionado en un par de ocasiones su deseo de marcharse a Argentina. ¿Acaso pensaba que ella lo acompañaría?

Cuando regresó con su madre, angustiada por las dudas, abordó la cuestión de qué sería de ellas tras la muerte de Donato. Ni siquiera le importó que su tía Virgilia estuviese sentada junto a su madre. Las dos se encontraban pelando habas en la cocina. Con habilidad rompían la vaina y dejaban caer las semillas a un barrilete de madera que tenían a sus pies.

Ambas se quedaron perplejas cuando escucharon esas palabras. Sin embargo, Matilde agradeció en silencio que fuera consciente de los problemas que las acechaban. Con un gesto invitó a su hija a que tomase asiento.

—Para tu tranquilidad te diré que ya está todo arreglado —dijo Matilde con una sonrisa que de inmediato contagió a su hija.

—¿De verdad? —preguntó Francesca.

Matilde y Virgilia asintieron con una sonrisa.

—¡Pues claro! Gracias a Dios podemos pagar el alquiler tanto por la casa como por el local de Sorrento. Es cierto que no nos queda mucho para otros gastos, pero saldremos adelante. Mientras sea así, no tendremos problemas —explicó Matilde.

—Guido es un trozo de pan —añadió Virgilia—. Además, siempre está esa otra opción.

Matilde la miró de reojo.

—No empieces con eso. Lucrecia fue tajante al respecto.

Francesca frunció el ceño.

—¿De qué hablan?

Virgilia miró a su sobrina.

—Al señorito Costa le hace falta una mujer, una esposa que le permita centrarse. ¿No sería precioso que algunas de mis sobrinas fuera la esposa de Guido Costa? Ojalá Lucrecia cambie de opinión. Sería una noticia fantástica, Matilde, no me lo niegues.

—No le insistas más a Lucrecia.

—Podrían instalarse aquí. Viviríamos juntas para siempre —dijo Virgilia siendo presa de su fantasía.

Mientras las dos mujeres discutían al respecto, Francesca se quedó allí, barajando una idea desesperada, un último recurso que podía ayudar a su familia si la situación se complicaba.



Enzo estaba recostado bajo un árbol, pues recién había almorzado y curiosamente no tenía nada que hacer. Aquel día, Guido se había marchado temprano a Nápoles para visitar a un amigo y no le había dicho a qué hora regresaría. ¿Qué le estaba pasando a Guido últimamente? Su primo había cambiado mucho en los últimos meses y Enzo se preguntaba si él también habría cambiado. La posibilidad de que ambos se hubieran convertido en un extraño para el otro le resultaba desalentadora. ¿Acaso tenía algo que ver su relación con Francesca? En alguna ocasión habían hablado de ella. Francesca era la más guapa de las tres hermanas, pero no creía que Guido sintiese algo por ella.

Llevaba varios minutos tan concentrado en sus pensamientos que no se fijó que Vania estaba cerca.

—Creía que estaba solo —dijo Enzo mientras se arrascaba la cabeza.

Vania le dedicó una sonrisa. La joven tenía un puñado de pequeñas piedras en su mano izquierda y las iba lanzando aleatoriamente.

—¿A qué juegas? —preguntó Enzo.

—A nada. Es que me aburro en mi casa y también de siempre estar paseando con mi hermana y contigo —explicó Vania mientras lanzaba una piedrecita a una flor. Acertó de lleno y varios pétalos cayeron al suelo.

—Lo lamento.

—No pasa nada. No es tu culpa.

Vania mantuvo la mueca de una sonrisa en sus labios. Cogió otra piedrecita con sus dedos y apuntó a la maltrecha flor. Otro impacto certero acabó por deshojar los pétalos que le quedaban.

El sonido de unas ruedas los interrumpió y Enzo agradeció que así fuera. Vania tenía la extraña capacidad de ponerlo nervioso, incluso de incomodarlo. Se giró rápidamente hacia la entrada de la finca y observó como un vehículo avanzaba dejando tras de sí una nube de polvo. Enzo frunció el ceño. Nunca había visto ese coche.

Por ello, ignoró a Vania y se encaminó hacia la entrada. La joven lo siguió sin decir nada.

A Enzo le dio un vuelco el corazón cuando vio a Guido bajarse. ¿Habría sido capaz de gastarse una fortuna en él? Últimamente hacía cosas que carecían de sentido. Pero salió de dudas en cuanto vio a otro joven. Tampoco lo conocía, pero por cómo iba vestido resultaba evidente que pertenecía a una familia muy bien posicionada. Él debía ser el propietario del auto.

—¡Enzo, ven aquí! —gritó Guido mientras hacía aspavientos con los brazos. Enzo caminó despacio hasta llegar al lado de los dos jóvenes—. ¿Te acuerdas de mi amigo Pietro Fontana? Te he hablado de él muchas veces. Pietro, este es mi primo Enzo —los presentó entusiasmado, como si la presencia de ese joven fuera todo un acontecimiento.

Enzo y Pietro estrecharon sus manos. El recién llegado, era un chico que Guido había conocido durante su estancia en Nápoles, años atrás, cuando su padre lo envió para que estudiara. Forjaron una gran amistad que quedó un poco en el olvido cuando Guido regresó a Sorrento y se vio metido de lleno en la gestión de los negocios de su familia. El qué hacía allí ese joven era algo que Enzo no comprendía y que, conociendo a su primo, le daba mala espina.

Pietro Fontana era un joven apuesto, de rostro dulce y mirada intensa, como si la parte superior de su rostro expresara la madurez de la que su parte inferior carecía. Su pelo caía a ambos lados de su frente, con una marcada línea en el centro que le aportaba un toque más jovial y travieso.

—Un placer —dijo Pietro estrechando con decisión la mano de Enzo. Ambos parecían la contradicción del otro, como si estuvieran delante de un extraño espejo. Vania, curiosa ante el recién llegado, se acercó.

—Pietro va a quedarse unos días con nosotros. Una especie de vacaciones —explicó Guido mientras abría la parte trasera del coche y sacaba una maleta. Su amigo sonrió y enseguida se fijó en la joven que había poco más allá—. Es Vania, la hermana pequeña de Francesca y Lucrecia.

Pietro asintió y se presentó con una sonrisa. Guido, en el camino, lo había puesto al día de lo acontecido en la finca los últimos meses.

—Una chica preciosa —dijo Pietro para sorpresa de Vania, que se ruborizó ante el halago.

Guido y su amigo se dirigieron hacia la residencia y Vania fue corriendo hacia su casa para dar la noticia a sus hermanas, emocionada por el hecho de que aquel joven no la hubiera tratado como una niña pequeña. Mientras se alejaba, se dio la vuelta y contempló el gesto serio de Enzo.

—Creo que eso no le ha gustado —dijo Vania para sí misma, pensando que Enzo estaba molesto por las palabras de Pietro—. Está celoso.

CAPÍTULO II

AGOSTO DE 1939

Hasta la llegada de Pietro Fontana, en la finca de los Costa se había alcanzado un equilibrio. Las cosas funcionaban de una manera y todos se habían acostumbrado. Sin embargo, todo lo que había sucedido hasta la fecha no había sido más que una larga preparación, una lluvia de ingredientes por parte del destino.

Lo primero que hizo Pietro a su llegada a la finca fue mostrarle su respeto a Donato. Este estaba postrado en su cama, pero aun así aceptó recibir al amigo de su hijo. Guido estaba preocupado por los modales de su padre, no obstante, este guardó las formas y le invitó a quedarse todo el tiempo que quisiera.

Sin embargo, rato después, Donato mandó a Virgilia a llamar a su hijo. Pese a su debilidad, Guido había reconocido en su mirada un gesto de desconfianza hacia Pietro.

—¿Lo conociste en Nápoles? —preguntó Donato apenas su hijo puso sus pies en la habitación.

—Así es. Es uno de mis mejores amigos, aunque no nos hayamos visto últimamente.

El anciano asintió en silencio, indicándole que continuara.

—Su padre es un empresario muy importante de Nápoles. Puede que lo conozcas. Se llama…

—Luigi Fontana —interrumpió Donato—. Los vejestorios nos conocemos. Mi pregunta es si tú sabes quién es.

Guido arqueó las cejas.

—Solo sé lo que Pietro me ha contado. ¿Por qué? Se dedica a la exportación y creo que tiene negocios en América.

Donato suspiró con pesadez. Tenía la boca seca, pero intentaba luchar contra la sed irrefrenable que lo dominaba.

—¿Ha venido por algo en concreto?

—Quería pasar unos días fuera de Nápoles. Pronto comenzará a trabajar para su padre. Siempre le ha gustado Sorrento —dijo Guido con una sonrisa inocente.

Muy serio, Donato clavó sus ojos en su hijo.

—No hagas nada de lo que tenga que arrepentirme.



En cuanto a las hermanas, la reacción de las tres abarcaba un amplio espectro. Nada más verlo, Lucrecia pensó que se trataba del hijo acomodado de algún terrateniente y lo aborreció casi al instante. Francesca, en cambio, trató más con él, pues Pietro se mostró solícito a conversar con la joven desde el primer momento que la vio. Para ella no era más que un joven simpático, que le gustaba ser el centro de atención, lo que intentaba siempre con chascarrillos que provocaban carcajadas a Vania e incluso a su madre.

Pero, como cabía esperar, fue Enzo el que más trató con Pietro. Los tres jóvenes formaban un trío peculiar, de personalidades radicalmente distintas. Los primeros días Pietro les echó una mano, aunque no tuvo que pasar mucho para que se limitara a pasear por la finca como si se tratara del dueño de las tierras. En cierta manera, eso era comprensible para Enzo, pues Pietro no estaba en la obligación de mancharse las manos. Las rencillas surgieron cuando Guido comenzó a imitar la actitud de su amigo.

—¿Puedes ocuparte de reparar las lonas? Pietro quiere conocer Sorrento.

—No hay problema, primo.

Esa fue la respuesta de Enzo. Las palabras que ocultaban su malestar creciente.

—Pietro tiene que ir hasta Amalfi. Iré con él. ¿Te encargas?

—No hay problema, primo.

Esta fue la tendencia hasta que Guido consideró que no era necesario avisar a Enzo por su ausencia. Este, resignado, se limitó a solicitar la ayuda de Amancio, un muchacho que no vivía muy lejos de allí y cuya familia estaba pasando por un mal momento. El padre de la familia había muerto y de los dos hijos, uno había emigrado a Sudamérica y hacía años que no tenían noticia de él y el otro, Amancio, había sobrevivido de manera milagrosa a una meningitis cuando apenas rozaba el año de edad. El doctor Lombardi lo trató y

se dejó la piel para salvar al pequeño sin cobrar una sola lira por ello. La lucha se prolongó durante semanas, pero, finalmente, la enfermedad comenzó a remitir.

—Es un niño muy fuerte —le dijo a Santina, la madre del bebé. El rostro de la mujer era la más viva expresión de la esperanza y el agradecimiento. El doctor Lombardi estuvo a punto de comentarle las posibles repercusiones de la enfermedad; la inflamación de la meninge habría afectado con total seguridad el cerebro. No obstante, optó por dejar que, durante unos días, Santina se regocijara con su hijo.

A causa de la prolongada inflamación, Amancio tuvo problemas desde el primer momento. No aprendió a andar hasta los cinco años, sufría convulsiones y le resultaba muy complicado asimilar conceptos. Era capaz de comprender frases simples y entendía las reglas más básicas, pero cualquier novedad o hecho inesperado lo alteraba. Por ello su madre lo protegía con tremendo celo, lo que en parte influyó en su ensimismamiento y dificultad para comunicarse.

Sin embargo, en los trabajos manuales y arduos como cavar, arrancar matojos o abrir los conductos de las acequias, su labor era como la de cualquier otro. Había que hablarle despacio y no gritarle, pues eso provocaba que el joven se asustara y se marchase corriendo. A veces, el ladrido de un perro le ocasionaba ese ímpetu por huir. Por suerte, había memorizado el camino hasta su casa y llegaba allí sin mayores problemas.

En varias ocasiones, Enzo tuvo que ir en su busca y encontraba a Amancio encaramado a su madre, que trataba de calmarlo entre lágrimas. Enzo, consciente de la delicadeza del momento, se sentaba junto a ellos y comenzaba a hablar con él hasta que el muchacho se calmaba y regresaban al trabajo. La madre del muchacho, Santina, llegó a adquirir plena confianza en Enzo después de comprobar cómo trataba a su hijo.

Amancio no se separaba de Enzo y le obedecía con presteza. Tan solo necesitaba que él le mostrase cómo se hacía y el chico lo imitaba como un autómata.

—¿Ese es el hijo de Santina? —le preguntó Guido cuando se percató de la presencia del joven en la finca, días después de que

comenzara a trabajar. En ese tiempo, Guido y Pietro solían pasar las noches fuera.

—Necesitan el dinero y yo unas manos que me ayuden —contestó Enzo. Guido no se percató del doble significado de sus palabras.

—Pero es subnormal. Dicen que su madre tiene que sujetársela cada vez que tiene que mear.

Pietro soltó una carcajada tras las palabras de Guido y los dos se marcharon. Enzo se quedó quieto, observando cómo Amancio retiraba las hojas y la porquería acumuladas de los canales de riego.

No obstante, Guido se acordaba en ocasiones de Enzo y procuraba que tanto Pietro como él hiciesen buenas migas. En varias ocasiones pasaron largas veladas en la casita de Enzo. Guido solía descorchar una botella de licor de limón —*Liquore di Constanza*— mientras charlaban. Fue allí, tras un par de tragos, cuando Pietro se refirió por primera vez a las hijas de Matilde, lo que a Enzo, le revolvió el estómago.

—Están bien acompañados. Tres jóvenes muy bonitas —dijo Pietro antes de apurar el vaso. Guido observó a Enzo y rompió a reír.

—Francesca es la novia de mi primo.

Pietro alzó las manos.

—Disculpa si te he ofendido… Aunque tienes buen gusto.

Enzo le dedicó una sonrisa solo interrumpida por el cigarrillo que descansaba en sus labios. La opinión al respecto de su comentario prefería guardársela.

—Desde luego. Enzo se ha llevado a la joya de la familia —dijo Guido, al que el alcohol comenzaba a soltarle la lengua. Lucía una sonrisa permanente y un brillo en los ojos que hacía tiempo que Enzo no observaba. Había pasado mucho tiempo desde que ambos compartieran una botella de vino y se quedaran hablando hasta altas horas de la madrugada—. Sí… Francesca es una preciosidad.

La mirada de Guido osciló en ninguna parte durante unos segundos, provocando todavía más malestar en Enzo. Aún seguía pensando en ella.

Aprovechando el momento, Pietro sacó de sus bolsillos un paquete de *Lucky Strike* y lo arrojó sobre la mesa.

—Tabaco americano. Sírvanse. Esos yanquis saben hacer las cosas.

Guido se abalanzó sobre los cigarrillos, aunque a Enzo no pareció importarle.

—Deben haberte costado una fortuna —comentó Enzo, aliviado por poder cambiar el tema de conversación.

—Gracias a Dios el dinero no es problema —dijo Pietro con una sonrisa orgullosa—. Coge uno. No se parece en nada a lo que fumamos por aquí.

Enzo, con una sonrisa tensa, estiró el brazo y sacó un cigarrillo de la cajetilla. Pietro le acercó el mechero encendido.

—Tienes razón.

—Está bueno, ¿verdad? Eh, Guido, fuma tranquilo. Tengo cigarrillos de sobra. ¡Vamos, hombre! —exclamó Pietro—. Tengo que decir que este licor está exquisito. ¿De verdad lo hace esa mujer? ¿La viuda?

—Matilde —aclaró Enzo—. La madre de las muchachas. Ella consiguió la receta.

Guido asintió con vehemencia.

—Comenzaron a venderlo en una pequeña tienda de Sorrento, pero ya ha llegado hasta Bari. ¿Qué te parece? Un negocio redondo y que no supe ver —dijo Guido con ese tono lejano con el que antes se había referido a Francesca. Enzo tenía la sensación de que estaba expresando todo el arrepentimiento y la frustración de los últimos meses. Pietro era como un catalizador para sus sentimientos.

Pietro dio otro trago, aunque mantuvo el licor en su boca para saborearlo.

—Desde luego tiene potencial. ¿Saben si está interesada en ampliar el negocio? Seguro que mi padre se le ocurre la manera de que haya una botella de estas en toda la región de Campania.

Guido miró con fascinación a Pietro, mientras que Enzo fumaba sin decir nada, inexpresivo. No le gustaba nada ese tal Pietro ni que quisiera hacer negocios con Matilde.



Matilde se encontraba en la tienda pese a ser domingo. Una vez al mes le gustaba hacer una limpieza a fondo, por lo que iba hasta allí temprano para después estar de regreso en la finca para el almuerzo.

Con la tienda cerrada podía retirar las cajas, barrer y fregar el suelo hasta dejarlo reluciente. Incluso, si le daba tiempo, se entretenía limpiando con un trapo cada una de las latas de conserva que descansaban sobre las estanterías. Era un trabajo laborioso, pero, al mismo tiempo, agradecido. Aquella tienda les había permitido salir adelante y lo mínimo que podía hacer era cuidarla lo máximo posible.

—Una tienda limpia vende más que una sucia —solía decir, aunque lo cierto era que, poco a poco, habían ido cerrando otras de las tiendas que había por la zona, lo que las dejaba como única opción para muchos vecinos.

Las tensiones políticas y el propio gobierno de Mussolini complicaban las gestiones y el conseguir mercancía de calidad. El mercado negro florecía y eso terminaba de asfixiar a los pequeños negocios como el de Matilde. De hecho, tenía mucho que agradecer a Renato Pugliese, que siempre encontraba la manera de abastecer sus estanterías.

—Está cerrado —dijo Matilde cuando el sonido de unos pasos se detuvo en el umbral. Ella estaba subida a un pequeño taburete y limpiaba con ahínco la lámpara que colgaba del techo.

—¿También para tu socio?

La voz de Renato la pilló por sorpresa. ¿Qué hacía el calabrés por allí un domingo? Entonces Matilde cayó en la cuenta de que algunos domingos Lucrecia bajaba y aprovechaba que la tienda estaba cerrada para hacer inventario y de paso ayudarla. Por eso debía haber venido Renato. La confirmación para sus sospechas sería que su hija mayor apareciese también por la tienda. Todavía no tenía del todo claro si daría el visto bueno al matrimonio.

—Disculpa, Renato. No te esperaba por aquí.

—Hoy almorzaré en la finca. No sabía que estabas aquí. Simplemente estaba paseando y he encontrado las puertas abiertas de casualidad —dijo con una sonrisa.

Desde lo alto del taburete, Matilde seguía limpiando los estantes. Sin embargo, cuando se giró para mirar a Renato, vio que este estaba más serio de lo normal. Parecía preocupado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Matilde.

—Guido ha llevado a un amigo a la finca, ¿no es así? Un tal Pietro Fontana —explicó Renato.

A Matilde le sorprendió que estuviera al tanto, aunque, por otra parte, era bastante común que Renato estuviese informado de cuanto sucedía. Era como si tuviera ojos y oídos por todas partes.

—Es un chico remilgado de Nápoles. Por lo visto su padre es un pez gordo de la región de Campania. ¿Por qué? ¿Buscas nuevos clientes?

Renato suspiró.

—Guido quiere formar parte de *Liquore di Constanza*. Un porcentaje del treinta por ciento a cambio de un buen precio.

Matilde frunció el ceño y lo miró con gravedad.

—¿Guido? ¿Qué cantidad ofrece?

—Una cantidad que no cuadra con la situación financiera de los Costa. Por eso te he preguntado por ese joven.

—¿Piensas que Pietro está detrás?

Renato cruzó el umbral, se quitó el sombrero y se sentó sobre una de las sillas que había junto a la puerta y donde las ancianas solían ubicarse para descansar o para cotillear entre sí.

—No puede ser de otra manera. Yo gestiono la venta de la cosecha de los Costa, por lo que sé perfectamente el dinero que entra. La cosecha de invierno quedó por debajo de las expectativas, lo que significa que las deudas los siguen atosigando. En cuanto a nuestras compras, son demasiado insignificantes. No. No es posible que Guido haya conseguido reunir ese dinero por sí solo. Tuvo la oportunidad y la perdió.

—Pero le pagamos el alquiler por el almacén y por este local.

—Sigue sin ser suficiente —sentenció Renato.

—Lo mismo Guido se ha asociado con ese muchacho. En todo caso deberíamos sentarnos a hablar con él y ver cuáles son sus intenciones.

—Has pasado el tiempo suficiente en la finca de los Costa para ver cómo es la gestión de Guido. Es buen chico, pero en ocasiones parece que actúa sin juicio alguno. Por mi parte, hablaría de esto directamente con Donato, pero sé que está débil y que debe descansar. Otra opción es Enzo, pero no tiene autoridad alguna.

Matilde bajó del taburete. Renato se levantó raudo y le ofreció la mano para ayudarla.

—¿Qué te preocupa exactamente?

—Nadie presta dinero sin más, Matilde. Desconozco qué le habrá prometido Guido a ese joven a cambio del dinero. Me preocupa que no pueda afrontar esa deuda y las repercusiones que podría tener sobre todos nosotros.

—¿Sobre todos nosotros? ¿Acaso es ese tal Pietro…?

Las palabras de Matilde se extinguieron dulcemente en sus labios mientras comprendía su propio razonamiento. Su rostro palideció y por unos segundos dudó de si tomar asiento o continuar de pie.

—¿Estás seguro? —dijo al fin.

—Yo diría que es bastante probable. El padre de Pietro es un viejo conocido, aunque hace tiempo que no hago negocios con él. Donato también lo conoce, por ello me sorprende que no haya intervenido. Intentaré hablar con él esta tarde.

—Tal vez no sepa nada. Guido opta cada vez más por mantenerlo al margen —señaló Matilde.

Renato apoyó las manos en sus rodillas y mirando al suelo dijo:

—No podemos decirle que no a Guido. No con el almacén y su propia casa en su finca. Hasta esta tienda le pertenece. Tu vida, Matilde, pese a que no te guste oírlo, depende ahora de Guido Costa.

Matilde torció el gesto y sus ojos relucieron por la ira.

—El licor todavía no da los suficientes beneficios —dijo ella.

—Lo sé, pero no tenemos más remedio. Igualmente, no voy a permitir que Guido se endeude. Espero que lo comprendas. Debemos mirar por él y, en último término, por Donato.

Ella asintió. El dinero le importaba poco. Por el momento, su estabilidad y la de sus hijas dependía de Guido. En ese instante comprendió el rechazo de Lucrecia por los terratenientes, por

aquellos que se limitaban a poner la mano para recoger el beneficio de otros. Habían trabajado muy duro el último año para que todo pudiera desvanecerse con la voluble personalidad de Guido.

CAPÍTULO 12

A primera hora de la mañana, cuando el sol del verano no era más que una luz difusa en el horizonte, Enzo salía a comprobar los limoneros para asegurarse de que todos se encontraran en buenas condiciones y libre de plagas. Hacía ya varias semanas que a Guido se le había olvidado qué era madrugar.

En cuanto a Amancio, este llegaba un poco más tarde. Enzo solía esperarlo en la puerta de la propiedad.

Desde la llegada de Pietro, el cual llevaba muchos más que un par de días en la finca, los dos solían irse todas las noches a los clubs de Amalfi o Nápoles, según a este se le antojara. Para cuando regresaban, estaban demasiado borrachos como para hacer nada y se acostaban, durmiendo hasta el mediodía. Por tanto, las labores de la finca habían recaído casi de manera exclusiva en Enzo y Amancio, quien se desenvolvía cada vez mejor. No había dinero para contratar a más trabajadores, por lo que el chico se convirtió en un apoyo fundamental.

A medida que pasaba el tiempo, Enzo había aprendido a tratar con él, a decirle las cosas de una manera concreta para que pudiera comprenderlas. Lucrecia y Francesca también lo cuidaban. Amancio les hacía sentir una ternura y una compasión que no habían sentido antes y el joven respondía con sinceras sonrisas al cariño que recibía.

Pero, por lo general, el chico solo se relacionaba con Enzo y era con él con la única persona con la que se sentía lo suficientemente

seguro como para expresarse. Incapaz de mantener una conversación, sus palabras eran poco más que gemidos y sonidos guturales que tenía que complementar con gestos para que Enzo lo comprendiera. Aun así, Enzo se acostumbró y aprendieron a comunicarse.

—Tenemos que comprobar que no haya este algodón blanco en los limoneros. Son parásitos. Avísame si los ves —dijo Enzo mientras le mostraba una rama infectada. Amancio asintió, con las manos juntas y apretadas en su pecho, como solía llevarlas la mayoría del tiempo—. Ve por allí —Enzo señaló a la hilera de árboles más cercana.

El chico asintió y caminó hacia el primer árbol.

—Es lo que nos faltaba —dijo Enzo ante la posibilidad de que una plaga asolase la plantación. Suspiró hastiado.

Para Enzo, todo se estaba desmoronando y la llegada de Pietro no había hecho otra cosa que complicarlo más. Su primera impresión acerca del joven no había sido errónea. Se había convertido en una mala influencia para Guido. Su verborrea le había llenado la cabeza de ideas estúpidas.

Al cabo de unos minutos, Amancio regresó y le hizo saber con una serie de gestos que no había encontrado ese algodoncillo en los otros árboles. Enzo le puso la mano en el hombro. Después se acercó a la rama infectada y la cortó para asegurarse de que aquello no iba a más.

Esa misma tarde le dio la noticia a Guido, aunque este apenas le dio importancia.

—Dile al obispo que se encargue.

Pietro y él llamaban *obispo* a Amancio por la posición en la que solía llevar las manos, siempre pegadas al pecho.

Enzo no soportaba que hablaran del chico de esa manera, pero tampoco tenía ganas de discutir con su primo. Suficientes problemas tenían ya.

Por este motivo a Enzo se le veía más serio que de costumbre, aunque solo Francesca se percató de su malhumor, haciéndoselo saber en uno de sus paseos vespertinos. En un principio Vania los había acompañado, pero esta apenas les prestaba atención y se

descolgaba o se adelantaba según se le antojase. Parecía como si la despreocupación y rebeldía de Guido se hubiera propagado en ella. Tan solo se acercaba a Enzo, le hacía alguna pregunta trivial y después continuaba su marcha.

—Estás muy callado —comentó Francesca mientras sus pies los acercaban a la Tumba de las Sirenas. Vania descansaba sobre la roca. Sabía que se pararían allí.

—Es por Guido —dijo Enzo—. Últimamente está muy cambiado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Francesca y Enzo sonrió con ironía. Su primo y Pietro se mostraban muy diferentes cuando alguna de las hermanas se encontraba presente. Explicarle que realmente no eran lo que aparentaban, no era su estilo.

Francesca pensó que Enzo podía sentirse celoso de la relación que tenían Guido y Pietro. Después de todo, los dos primos habían sido uña y carne muchos años y la llegada de un tercero podía provocar asperezas. En ese momento, mientras miraba al suelo, Francesca se preguntó si la llegada de ellas a la finca les habría afectado de la misma manera, aunque enseguida su pensamiento se hizo más certero. ¿Ella era el motivo por el cual la relación entre Enzo y Guido se había enfriado? No quería ni pensarlo, pero tenía la sensación de que así era. Estaba enamorada de Enzo, pero percibía también el interés de Guido.

—Se ve que se aprecian mucho. —Fueron las palabras de Francesca, esquivas a su razonamiento.

—El problema es Guido. Tiene a Pietro en un pedestal y eso me preocupa. Prácticamente se ha convertido en otra persona.

La mano de Francesca encontró la de Enzo, que sonrió al sentir el tacto de su piel.

—¿Qué te preocupa exactamente? Dímelo. No soporto verte así.

Él le dedicó una sonrisa y pensó que, si Vania no estuviera acechándoles desde la roca, la habría besado con todas sus fuerzas. Estuvo a punto de contarle que se rumoreaba que el padre de Pietro había sido un hombre importante de la Camorra napolitana, un pez gordo que había sabido moverse para escapar de la persecución de Mussolini. Pietro era su único hijo y la razón de que el joven

estuviera en la finca, en la cual llevaba más de dos semanas, podía ser muy distinta a unas simples vacaciones.

Los rumores eran comunes en los mercados, en las plazas, la información volaba entre susurros. Enzo había oído que había sucedido algo en Nápoles, un accidente en el que se vieron implicadas personas de renombre. Apenas dos días después de escuchar lo rumores, Pietro Fontana llegó a la residencia de los Costa. ¿Qué había sucedido en Nápoles? ¿Estaba involucrado Pietro o su padre? No lo sabía, pero confiaba en poder averiguarlo en las próximas semanas, pues lo consideraba demasiado casual. A la hora de hacer preguntas había que ser cauto.

—Pietro quiere que Guido y él emprendan negocios juntos. Los he escuchado hablar al respecto en un par de ocasiones, aunque Guido no me ha comentado nada.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó Francesca.

Enzo se giró hacia ella y la miró muy serio antes de dedicarle una sonrisa.

—Ya sabemos cómo es Guido con los negocios —contestó con un tono despreocupado y falso al mismo tiempo.



Virgilia secó con delicadeza las gotas de sudor que perlaban la frente de Donato.

—Agua. Tengo la garganta seca —pidió estirando la mano. Temblaba tanto que sus dedos se mecían como brotes tiernos.

—Yo te la daré —dijo Virgilia acercándole el vaso hasta sus labios e inclinándolo lo suficiente. Apuró hasta la última gota e hizo un gesto para que le sirviera más.

Matilde, que también se encontraba en la habitación, intervino.

—Recuerda que el doctor Lombardi ha insistido en que debes hidratarte con moderación.

La mirada gris y derrotada de Donato se posó en ella.

—Medio vaso, aunque sea.

Sin decir nada, Virgilia rellenó medio vaso y se lo llevó de nuevo a los labios ante la mirada de reproche de su cuñada. Una vez terminó de beber, cerró los ojos y cayó dormido.

Matilde corrió las cortinas para que la claridad no le molestase y después salió de la habitación. Virgilia la siguió una vez se aseguró de que Donato dormía plácidamente.

—Debemos seguir las indicaciones del doctor, Virgilia —dijo Matilde en cuanto esta llegó a la cocina. Su cuñada juntó sus manos como si rezara.

—Le queda poco. El doctor ya no puede hacer por él.

Matilde suspiró. Sabía que Virgilia tenía razón. En las últimas semanas, Donato había empeorado. Ya no se trataba de un hombre enfermo y malencarado. No tenía fuerzas para alzar la voz ni tampoco era capaz de mantener una conversación. No hacía falta que Virgilia le abriera los ojos. Por desgracia, Matilde había vivido la agonía de Tiziano. Quizás por ello, aquello le resultaba tan doloroso y la incitaba a rebelarse; a no aceptar otra derrota frente a la muerte. Pero había más, otra razón por la que Matilde deseaba que Donato se recuperase. Guido había insistido para formar parte del negocio del licor y a Renato y a ella se quedaban sin excusas para retrasar ese momento. El único que podía refrenar a Guido era Donato, pero ya se encontraba demasiado débil.

—Guido me ha entregado una propuesta. Se trata del borrador en un contrato en el que aporta los fondos suficientes para establecer una destilería en un terreno cercano y adquirir vehículos para que se encarguen del transporte —dijo Renato mientras le entregaba los documentos a Matilde.

—Eso tiene que costar una fortuna —exclamó.

—Ya no hay dudas de dónde proviene el dinero. Pietro Fontana está detrás. El propio Guido me lo ha confirmado. Tengo mis dudas, Matilde. Hay rumores al otro lado de la frontera. Se dice que el ejército alemán está movilizándose.

Los dos se encontraban en la casa de Matilde. El sol del mediodía comenzaba a inclinarse sobre el horizonte. Al mirar por la ventana y contemplar el paisaje, la guerra le pareció algo lejano y casi imposible.

—¿El ejército alemán? —preguntó Matilde con un ligero tono de incredulidad.

—Será cuestión de semanas o de días —afirmó el calabrés. La viuda de Tiziano cogió aire y se centró de nuevo en el borrador del contrato.

—Aquí dice que los beneficios pueden quintuplicarse tras la primera partida —dijo ignorando el tema de la guerra.

—También dice que Guido poseerá el cincuenta y un por ciento de la sociedad, pero eso ahora mismo es lo que menos me preocupa.

—La guerra…

—Si hay una guerra —interrumpió Renato—, estas previsiones y todo lo que acordemos ahora no servirá de nada.

Matilde cerró los ojos y estrujó levemente los documentos que tenía en sus manos. No solo iban a perder el control de *Liquore di Constanza*, sino que su futuro dependía de los caprichos del destino. Con los ojos cargados de lágrimas preguntó:

—¿Podemos negarnos?

Renato movió ligeramente la cabeza de un lado a otro.



La noticia de la incorporación de Guido como socio no sorprendió a Enzo. Conocía muy bien a su primo y estaba al tanto de lo impulsivo que podía ser.

—Emplearemos casi toda la cosecha. *Liquore di Constanza* va a venderse por todo el país, primito.

Enzo valoró en silencio sus palabras.

—¿Te comprarás los limones a ti mismo? —preguntó.

Guido arqueó las cejas.

—¿De qué estás hablando? Sería sacarme el dinero de un bolsillo para metérmelo en otro. Eso no tiene ningún sentido.

Se equivocaba y Enzo lo sabía.

—¿Y los gastos de la finca? Habrá que contratar trabajadores para la cosecha, talar los árboles enfermos y plantar nuevos,

transportar los limones. ¿Has pensado en todo eso?

El tono que empleó Enzo no le gustó nada a Guido.

—¿Acaso no se encargan el subnormal y tú de todo eso?

Amancio, sentado a la sombra de uno de los limoneros, ignoró las palabras de Guido. Este continuó:

—Cuando me negué a formar parte del negocio del licor, todos me criticaron. Ahora que decido llevar el *Licor di Constanza* al próximo nivel, también me criticas. Puede que seas tú el que no sabe de lo que habla.

El ronroneo de un motor interrumpió la conversación. Pietro Fontana acababa de llegar con un coche que no habían visto hasta la fecha. Enseguida, Guido se giró y dio la espalda a su primo.

—¡Mira lo que tengo para ti! —gritó Pietro.

—¿Es para mí? —dijo Guido.

—Oh, vas a ser un gran empresario. Necesitas moverte con elegancia.

La carrocería del automóvil, de color crema, a juego con la cara exterior de los neumáticos, relucía bajo el sol.

—¡Vamos a dar una vuelta! —exclamó Pietro lanzándole las llaves.

—¡No puedo creérmelo!

En silencio, como si se tratara de un limonero más de la plantación, Enzo observó cómo su primo y Pietro se marchaban a toda velocidad. El coche levantó una nube de polvo que los hizo desaparecer como si se tratara de un truco de magia.

Capítulo 13

SEPTIEMBRE DE 1939

Una inesperada tormenta de verano había sorprendido a todos. El día, que amaneció despejado, se nubló a media mañana y ya antes del almuerzo la lluvia se hizo copiosa. Sin embargo, por la tarde el cielo volvió a despejarse y el último sol alumbró con resplandores anaranjados mientras hacía brillar las infinitas gotas de agua que quedaban por doquier.

Deseando contemplar ese espectáculo, Francesca salió de casa y se encaminó hacia la Tumba de las Sirenas. Desde allí, un millón de perlas doradas parecían extenderse sobre la hierba. La belleza que contemplaba encontró eco en sus sentimientos. Enzo había vuelto a mencionar su idea de embarcarse a Sudamérica. Se lo había contado después de saber que los alemanes habían declarado la guerra a Polonia.

En parte lo entendía. Si Italia entraba en la guerra, había bastantes probabilidades de que tanto Guido como él tuvieran que alistarse. Sin embargo, Francesca tenía la sensación de que cuando mencionaba su futuro al otro lado del océano no contaba con ella, lo que la hacía sentirse confusa respecto a la relación que mantenían. Era cierto que eran jóvenes, aunque ya había muchachas que con su edad estaban casadas e incluso esperaban hijos. Eso le hacía valorar la posibilidad de que Enzo no estuviera del todo seguro o de que quizás no la quisiera como esposa. El temor a preguntarle directamente convertía todas estas dudas en un ácido que la corroía por dentro. Estar a solas con él e ignorar aquel tormento le resultaba cada vez más difícil.

Perdida en sus pensamientos, no escuchó el débil crujir de la hierba ni el sonido de unos pasos que se acercaban.

—Es bonito, ¿verdad?

Francesca se sobresaltó.

—Oh, Guido. Me has dado un susto de muerte.

—Perdona —respondió él con una sonrisa traviesa. En su mano derecha sujetaba una libreta cerrada con un cordel y un lápiz entre

sus páginas. Francesca la había visto antes.

—¿Estás inspirado? —preguntó Francesca señalando la libreta. Guido encogió los hombros.

—Es un momento especial. Las gotas de lluvia, el sol del atardecer, las nubes del horizonte… No sé, me ha llamado la atención.

Francesca sonrió con ternura. Enzo carecía de ese lado sensible que a ella tanto le gustaba.

—Enséñame qué has dibujado.

Él, con evidente timidez, abrió la libreta y le mostró el último boceto. Nada más verlo, Francesca reconoció la finca: el terreno encrespado que se alzaba sobre los limoneros, la roca desnuda de la Tumba de las Sirenas, las montañas. Pero lo que más le llamó la atención fue una figura, una persona que se adentraba en aquel mundo mitad real mitad imaginario. Una sensación de melancolía se apoderó de ella.

—Eres tú —dijo Guido—. Te vi pasear cuando salí de casa y te dibujé.

—¿De verdad? —susurró Francesca fijándose en los trazos que la conformaban.

—Te seguí a cierta distancia. Tropecé varias veces.

Francesca soltó una carcajada.

—Es un dibujo muy bonito.

—Si quieres te lo regalo.

—¡Me encantaría!

Guido sujetó la libreta y arrancó la hoja con cuidado.

—Aquí tienes.

Francesca sonrió.

—Tienes que firmarlo, ¿no? Los artistas firman sus cuadros.

Guido rio nervioso. Apoyó la hoja en la libreta y estampó su firma al pie del dibujo.

—Ahora sí —dijo Francesca.

En ese momento, una nube se interpuso entre el sol y ellos, tiñéndolo todo de gris. Casi a la vez llegó a sus oídos el rugido sordo de un trueno. Ambos dejaron de sonreír y sus pensamientos desembocaron en la misma cuestión.

—¿Qué crees que pasará con la guerra? —preguntó Francesca.

—Dicen que Inglaterra y Francia le declararán la guerra a Alemania.

Una racha de viento los espoleó.

—¿Y nuestro país?

Guido encogió los hombros.

—El *Duce* sabrá lo que hay que hacer.

~

Pocas veces podía ver al calabrés expresar su preocupación en el rostro, pero aquel día, dieciocho de septiembre de 1939, su tez tensa y pálida le hacía parecerse a un fantasma. Había acudido a la finca de los Costa para informar de la nueva situación —la guerra— y cómo esta afectaba ya a los negocios del señor Costa.

Como ya era normal, Guido, Matilde, Lucrecia, Enzo y él se encerraron en el despacho de Donato. Pietro quiso estar presente también, pero una mirada del calabrés fue suficiente para que el joven no insistiera.

—El presidente de Polonia ha abandonado el país. Ayer, la Unión Soviética invadió el este de Polonia. Lo más seguro es que se lo repartan con Alemania.

El desconcierto los invadió. El calabrés estaba de pie, apoyado sobre la mesa, cabizbajo y con grandes ojeras.

—No es posible —dijo Lucrecia.

—Ya lo ves, Lucrecia. Eso no estaba en tus libros, ¿verdad?

La joven agachó el rostro, avergonzada. Matilde se sorprendió.

—Francia e Inglaterra también están en la guerra y estoy seguro de que la entrada de Italia es cuestión de tiempo. Sin embargo, nada de esto está en nuestra mano. Para lo que quería que nos reuniésemos es para que sepan que el comercio europeo está prácticamente parado. Además, pronto la economía del país se resentirá y habrá problemas de suministro, requisamiento de combustible y reclutamiento forzoso. Entramos en una economía de guerra.

—¿Qué significa eso? —preguntó Guido tragando saliva.

—Que nadie pagará una lira por el *Liquore di Constanza*.

Las palabras del calabrés cayeron como una plancha de plomo.

—Nuestra única opción es detener la producción y abaratar el precio para desprendernos de las partidas que dispongamos. Son malos tiempos para los negocios.

Un temblor sacudió el cuerpo de Guido.

—Tiene que haber otra opción.

Matilde se cubrió el rostro con las manos.

—¿Qué pasará con la tienda?

—Procuraré conseguir toda la mercancía que pueda, pero será a un precio casi prohibitivo —avisó Renato.

—¿Y la plantación? Algo podremos hacer con ella.

El calabrés asintió.

—Es lo único que les queda. Suiza es nuestra mejor opción, pero en estos momentos la mayoría de los intermediarios están ofreciendo sus productos a Suiza como única vía evitar el desastre. Los precios se desploman, pero no hay más países en estos momentos. El *Duce* está del lado de Hitler.

—Entonces sigamos con el licor. Aún más barato podemos venderlo —insistió Guido.

—Los costes superarán los beneficios. Sería tirar piedras contra nuestro propio tejado —dijo Renato—. El resumen de todo esto es el siguiente: o actuamos ahora o esperamos acontecimientos. Si la guerra acaba pronto, la situación cambiará de nuevo.



Pietro Fontana estaba un poco molesto por no ser invitado a participar en la reunión. ¿No había financiado él la inversión de Guido? Detestaba profundamente al calabrés, aunque reconocía que era un hombre útil en los tiempos que corrían. Tenía muchos contactos y quién sabe qué sucedería con la guerra. No, sin duda no era el momento de buscarse nuevos enemigos.

Sin nada que hacer, salió al porche de la casa y se encendió un cigarrillo, uno de esos *Lucky Strike* que su padre importaba desde los Estados Unidos. Expulsó el humo en nube grisácea que, al desvanecerse, le permitió ver a Francesca, que retiraba las hojas secas del parterre. Su figura grácil llamaba la atención.

—¿Quieres un cigarrillo? —le preguntó. Francesca no fumaba mucho, pero no iba a renunciar a un *Lucky*.

—Gracias.

—Ven. Siéntate conmigo. Tómate un descanso.

Francesca obedeció de manera inocente, sin recaer en los ojos de deseo de Pietro. Este sabía que era la novia de Enzo y que a Guido también le gustaba bastante, pero estaba dispuesto arriesgarse con tal de pasar un rato entre sus piernas. En ese momento, a solas, iba a descubrir si realmente tenía alguna posibilidad.

—Pensaba que estabas en el despacho con los demás —comentó Francesca ignorando el gesto molesto de Pietro.

—Bah, no soy muy democrático que digamos. Suelo actuar por cuenta propia —fanfarroneó Pietro.

—Eso está bien.

Francesca apretó sus labios y expulsó el humo. Pietro se recreaba en silencio.

—Seguro que están hablando de la guerra, pero intuyo que todo estará solucionado en cuestión de meses. En mi opinión no hay que preocuparse demasiado.

—¿De verdad? —Era la primera vez que Francesca escuchaba a alguien con un discurso tan positivo.

—Te lo garantizo. ¿Quieres apostar algo?

Ella se ruborizó, aunque procuró actuar como si nada.

—¿Qué ofreces?

—Dímelo tú. No quiero faltar el respeto a Enzo —dijo Pietro levantando las manos como si pidiera clemencia. Francesca se fijó en el grueso anillo de oro que lucía en el dedo índice de su mano derecha.

Las palabras que acudieron fugaces a los labios de la joven no fueron más allá. Se sorprendió de lo que estuvo a punto de decir.

Pietro, como un buitre que reconoce el olor a carroña desde kilómetros de distancia, afiló sus garras.

—No te preocupes.

—Son novios, ¿no? ¿O quizás te ha pedido la mano?

Francesca dio una calada con ansiedad. ¿Por qué tenía la sensación de que debía responder que sí, que Enzo estaba dispuesto a casarse con ella?

—No vayas tan deprisa —respondió.

—¡Oh! No te lo tomes a mal, pero si yo fuera él ya lo habría hecho.

De repente, ella se sintió incómoda, quería marcharse.

—Cada uno marca su tiempo. Somos jóvenes todavía.

—Sí, bueno. Puede que después de pasar tanto tiempo con ese retrasado se le esté pegando algo.

Francesca no pudo contener la carcajada.

—Yo quiero casarme en la catedral de Nápoles. ¿Has estado alguna vez? Es magnífica.

—La he visto, pero no he entrado.

—¿De verdad? Pídele a Enzo que te lleve un día.

La sonrisa desapareció de los labios de Francesca. Jamás habían salido juntos de la finca.

—Mi madre no nos permite estar a solas —dijo con vergüenza.

—Y hace bien.

Esta vez, Francesca se puso roja como un tomate.

—Por eso no me explico por qué Enzo no te convierte en su esposa de una vez.

Apresurada, Francesca estrujó el cigarrillo en el cenicero.

—Tengo que seguir trabajando —Se incorporó bruscamente.

—Dile que si no te lo pide él, te lo pediré yo —exclamó con una risotada.

Francesca asintió con una sonrisa y se alejó. Su cabeza no dejaba de pensar y analizarlas palabras de Pietro y llegó a la conclusión de que este la deseaba. Había camuflado sus palabras, pero se lo había dicho. ¿Por qué Enzo nunca se lo había insinuado? ¿Por qué Enzo no le decía nada ni mostraba interés en avanzar en su relación?

Mientras se alejaba, Pietro observó la cintura estrecha de la joven, el bamboleo de su falda y la tímida curvatura del vestido sobre su cintura. No le había sido necesario mentir. Realmente no se explicaba por qué Enzo no daba el paso. Francesca era un ángel con un cuerpo para perderse durante incontables noches. Lamentablemente, se había percatado de que él no le llamaba la atención.

«Ojalá Guido tenga su oportunidad. Ese Enzo es un imbécil», pensó.

CAPÍTULO 14

OCTUBRE DE 1939

Vania se observó al espejo. Estaba desnuda y el sol de la mañana incidía sobre su cuerpo de manera caprichosa, remarcando sus curvas o convirtiéndolas en trazos imposibles. Tenía diecisiete años, pero su busto se había desarrollado rápidamente como el capullo de una flor en los primeros días de la primavera. Además, el cambio de su cuerpo iba acompañado a un cambio en su percepción del mundo. De repente, había dejado de ser la hermana pequeña, casi invisible para todos. Pietro, Guido y hasta Enzo le dedicaban miradas hasta el momento desconocidas para ella, que tardó en descifrar.

Sin embargo, por fin lo había comprendido. Desnuda ante el espejo, estaba viendo aquello que era capaz de llamar el interés de los hombres. Era algo nuevo, emocionante y que le hacía sentirse tremendamente poderosa. Saber que un hombre la deseaba le hacía sentir en un interior un calor placentero que lejos de extinguirse se prolongaba en sus pensamientos como una nebulosa misteriosa. En el centro de aquella atracción se encontraba Enzo.

Lentamente, se vistió con una falda larga y salió con un propósito claro. Sus hermanas estaban despachando en la tienda. Su madre y su tía Virgilia estaban atareadas en la casa, pues Donato requería cada vez mayores cuidados. Había escuchado que Bianca, la hermana de Guido, iba a regresar de Roma en cualquier momento. El hecho de que fuera prima de Enzo le permitía verla con buenos ojos. No era una amenaza.

—Solo Francesca se interpone —susurró, aunque convencida de que ella tenía el suficiente poder para cambiarlo. Además, la relación entre Enzo y su hermana se había enfriado. Se les notaba en sus caras, en la manera que tenían de mirarse y hasta en las escuetas conversaciones que mantenían. Vania los había acompañado cuando paseaban y podía confirmar ese distanciamiento mejor que nadie.

Apenas dejó atrás su casa la recibió una brisa nerviosa y fría que atizó su melena. Se dirigió hasta el cerro y ascendió lentamente hasta llegar a la cima y contemplar toda la extensión de la finca. Sus

ojos oscuros buscaron con avidez. Tras unos minutos consiguió distinguir la silueta de Enzo. Seguramente Amancio estaría con él, pero no le importaba, ya que pensaba que tenía menos cerebro que un mosquito y apenas se daba cuenta de nada.

Enzo estaba cortando las cuerdas que sujetaban las esteras que cubrían los árboles en los meses de más calor para evitar que estas se enredaran en las ramas. Amancio, iba recogiendo los trozos de cordaje que caían al suelo y los tiraba a un cesto.

—Después veremos si nos pueden ser útiles.

Pese a la gran inversión de Guido en el licor, gran parte de las botellas seguían almacenadas, esperando a ser repartidas por las regiones de Campania, Puglia, Basilicata, Calabria y Sicilia. Aunque Renato advirtió de que la guerra echaría al traste el negocio, Pietro había conseguido darle salida a la partida a un precio bastante razonable.

—En los malos tiempos es cuando la gente necesita ahogar sus penas —dijo.

Al calabrés no le quedó más remedio que dar el visto bueno, aunque no comprendía como Pietro había conseguido que pagaran ese precio por el licor. Sin embargo, lo importante era que en todo el sur de Italia se vendería el *Liquore di Constanza*. Pero hasta ese momento, la economía de los Costa pasaba por su peor momento.

—Hola.

La llegada de Vania no sorprendió del todo a Enzo, que siguió enfrascado en las cuerdas. Amancio la saludó moviendo sus manos, pero la joven ni siquiera lo miró. Todo lo que hizo quedarse allí, como una mosca en torno a la miel.

Al cabo de un rato, Enzo se tomó un descanso y se sentó sobre un tocón. Amancio lo imitó mientras Vania seguía en pie delante de ellos, expectante. La falda ondeaba entre sus piernas, dejando al descubierto sus tobillos de manera caprichosa.

La conversación entre Enzo y Vania fue poco menos que forzada. Él respondía lacónico sus preguntas mientras con una pequeña navaja pelaba una naranja y le ofrecía gajos a Amancio.

Molesta por la escasa atención, buscó asiento a su lado. Justo antes de posarse sobre el tocón, se subió la falda mostrando sus

rodillas y la parte inferior de sus muslos, provocando que los ojos de Enzo le dedicaran una mirada fugaz. Ella sonrió en silencio.

—Pietro dice que nos pagarán bien por el licor —dijo en un intento de llamar la atención de Enzo.

—Eso dice —contestó el muchacho antes de meterse un gajo en la boca.

Vania ocultó su frustración y recurrió de nuevo a sus piernas, relucientes bajo el sol. Una nueva mirada de Enzo corroboró su teoría.

—¿Te preocupa la guerra? —preguntó.

—Como a todos supongo.

—Dicen que Polonia está a punto de rendirse. Lo he escuchado en la radio.

Enzo se incorporó, guardó la navaja y se sacudió las manos.

—Tenemos que seguir trabajando.



Francesca estaba más seria de lo normal. Vivía uno de esos momentos en los que las dudas estaban presentes allá donde posaba su atención. Cada cavilación provocaba un pensamiento opuesto, como si un resorte los activara llegado el momento idóneo. Su relación con Enzo ya no era la misma. Pese a que creía estar enamorada de él, una parte de ella comenzaba a aborrecer su carácter resignado, siempre a expensas de otros. Esas ideas surgieron en ella después de la breve conversación que mantuvo con Pietro, en la que este le preguntó acerca de un posible matrimonio. A esto se sumó el hecho de que Lucrecia la sermoneara con sus ideas políticas de la misma manera que hizo Tiziano con ella. Aunque su hermana no mencionó a Enzo en ningún momento, la cabeza de Francesca destiló su propia visión al respecto.

El carácter apesadumbrado de Enzo contrastaba cada vez más con el ánimo exaltado que mostraba Guido, cuyo cambio había sido notorio desde la llegada de Pietro. No fue hasta ese momento en el

que Francesca se dio cuenta de que había conocido a un Guido totalmente diferente.

El nuevo Guido la saludaba siempre con una sonrisa, le relataba sus planes de futuro respecto a la finca —planes en los que ella siempre estaba presente— e incluso se atrevía a predecir su futuro enlace con Enzo. Cada vez se sorprendía más de que todos, a excepción de Enzo, se pronunciaran. Lo único que él mencionaba al respecto era Argentina. Era como si deseara marcharse de su lado.

Pese a ello, Enzo y Francesca continuaban viéndose, aunque no ya con tanta frecuencia ni con el mismo entusiasmo de antes. La apatía se había apoderado de los dos y el silencio se había convertido en costumbre cuando paseaban por la finca.

—Guido me ha dicho que se ha vendido casi toda la partida de licor —dijo ella. En esa ocasión, era Amancio quien los acompañaba. El joven caminaba con las manos juntas y se entretenía pateando las piedras que se iba encontrando.

—Sí, eso dice —respondió Enzo.

Francesca lo miró intentando descifrar el tono de sus palabras.

—¿A qué te refieres? Está asociado con mi madre y con el señor Pugliese. Guido no les mentiría. Tenemos suerte de que Pietro esté aquí. Ya sabes cómo está la situación con la guerra. Es un golpe de suerte.

—¿De qué golpe de suerte hablas? —preguntó Enzo.

—De Pietro. En cierta manera me recuerda al señor Pugliese.

Enzo arqueó sus labios en lo que parecía ser una sonrisa burlona. Amancio vio una mariposa y trató de alcanzarla en vano.

—Tienen dos brazos y dos piernas si es a eso a lo que te refieres.

Francesca no lo soportó más y se detuvo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿A mí? Solo estoy respondiendo a tus preguntas.

Los ojos de ella centellearon de rabia. Enzo se sorprendió. Nunca la había visto así y por ello no supo cómo reaccionar.

La indecisión de Enzo fue suficiente para que Francesca se alejara sin más, bufando como una bestia acorralada. Él no fue tras ella.

~

No mucho después, Guido y Pietro brindaban con copas de champán el éxito rotundo de la venta de licor. Se encontraban en un exclusivo club de Amalfi, un sitio reservado para ricachones o agraciados del régimen en el que el lujo desbordaba cada esquina. Los manjares más exquisitos salían la de la cocina e impregnaban el interior de un aroma sugerente, que en las altas horas de la madrugada se agriaba con el olor del alcohol derramado y el tabaco.

—En estos momentos el licor está siendo repartido por todo el sur del país —dijo Pietro levantando la copa—. Además, ¿quién está preocupado ahora por la guerra? En cuestión de días se firmará la paz y todo volverá a la normalidad. *La guerra de broma* la llaman en los periódicos.

La sonrisa de Guido deslumbraba con luz propia. Él, el hijo de Donato que había sido incapaz de gestionar los negocios de su convaleciente padre, había dado un golpe en la mesa y salvado la situación de la familia. Todo el licor vendido y millones de liras en camino que se repartirían entre los bolsillos de Renato, Matilde y él mismo. Tan solo tenía que devolver a Pietro la mitad del dinero que le habría prestado, lo que todavía le permitiría disponer de una buena cantidad.

—¿Qué habría hecho sin ti? —cuestionó Guido antes de acabar con el contenido de la copa de un solo trago.

—Oh, Guido, no seas tan considerado. Solo te he dado un empujón, nada más —dijo Pietro socarrón—. En cuanto a esa belleza, Francesca, dime, ¿necesitas otro empujón?

Guido soltó una carcajada y golpeó amistosamente el hombro de Pietro. Otros amigos, que también los acompañaban, se interesaron por esa tal Francesca.

—Es un bombón. Una auténtica belleza —recalcó Pietro agitando sus manos, modelando el cuerpo de la joven en el aire mientras el cigarro de sus dedos proyectaba un hilillo de humo—. Tiene otra hermana pequeña que se le parece un poco. ¿No es cierto? Pero no se pueden comparar. El sol no ilumina a todas las flores por igual.

Roberto, otro joven amigo de Pietro con el que Guido había intimado, intervino:

—¿Está soltera esa hermana?

Guido y Pietro se rieron a carcajadas. Vania ya se había mostrado sugerente frente a ellos en alguna ocasión y eso les había hecho llegar a una conclusión respecto a la actitud de Vania.

—Esa está deseando catar algún varón —dijo Pietro—. Yo me mantengo al margen por respeto a Donato, pero estoy seguro de que este centurión podría divertirse con ella. Pero no se confundan, no tienen donde caerse muertas.

—Pensaba que la madre tenía dinero. ¿No está metida también en lo del licor? —preguntó uno de los amigos.

—Bah, pero siempre han sido unas pobretonas y lo más seguro es que lo sigan siendo, ¿no es así? Estoy seguro de que intentarán echarle el lazo a cualquiera que se ponga cariñoso con ellas.

Las carcajadas irrumpieron con más fuerza. Guido fue el último en sumarse a ellas.

—Si yo fuera tú me lanzaría al cuello de esa preciosidad, Guido —dijo Pietro dándole con el codo.

—¡Claro que sí! —lo animó Roberto—. Y si no te decides, la llevaré a dar un paseo en mi coche.

—¡De eso nada! —exclamó Guido—. Si alguien tiene que divertirse con ella, seré yo.

Todos aclamaron sus palabras.

—Pero déjale las cosas claras antes o se te pegará como una mosca a la miel —dijo Pietro. Guido levantó su copa para brindar con él pese a que no estaba del todo de acuerdo. Él estaba dispuesto a casarse con ella incluso, poco le importaba que no tuviera más que un par de liras en el bolsillo. Sin embargo, prefería mantener eso en secreto—. Dejando de lado a esa preciosidad, la hermana mayor también resulta interesante —añadió. Su lengua comenzaba a trabarse.

—¿Lucrecia? —preguntó Guido extrañado.

—Esa misma. Es cierto que tiene el cerebro frito con la política, pero es rebelde y eso me gusta. ¿A quién no le gustaría domar a una comunista? Ya saben a lo que me refiero.

Más risas acompañadas de posturas obscenas se propagaron alrededor del grupo.

—¿Acaso no es eso luchar por la patria? —dijo Roberto—. El *Duce* te lo agradecerá.

De nuevo todos irrumpieron en carcajadas. Apenas podía oírse el cuarteto de cuerda que actuaba en ese momento en el local. Ni siquiera los clientes más cercanos a Pietro y el resto podría disfrutar de una conversación, pues los jóvenes armaban tal escándalo que resultaba imposible oírse. Sin embargo, nadie los reprendía por ello. Los camareros les servían y obedecían sus órdenes sin rechistar.

Esa misma noche, Guido condujo solo hasta la finca. Pietro se había encamado con una joven. Decía que era una vieja amiga suya que no le cobraba mucho por pasar la noche con él. Pietro le había insistido en un par de ocasiones para que lo acompañara a esos lugares donde podría divertirse con toda clase de chicas.

—Incluso negras, Guido. A esas les puedes hacer lo que quieras. Las tienen bien enseñadas —le repetía su amigo.

No obstante, por muy borracho que estuviera, Guido siempre se había negado ir a esos sitios. En parte porque seguía siendo ese chico soñador que amaba el arte, que se detenía ante los frescos de las iglesias y los observaba como si algo mágico estuviera a punto de trascender de ellos.

Estos pensamientos llevaron toda su atención mientras de manera autómata lidiaba con las retorcidas curvas de la carretera que llevaba hasta la finca. Era un camino oscuro en el que los árboles parecía surgir de repente bajo la luz de los focos, como gigantes que quisieran abalanzarse sobre el coche.

Guido sabía que era tarde, pero ignoraba que el sol estaba a punto despuntar por el horizonte. Cuando por fin llegó a la finca, se detuvo frente a la puerta y apoyó la cabeza sobre el volante. Se prometió que tan solo se tomaría unos segundos antes incorporarse y marcharse a su habitación. Pero finalmente se durmió.

CAPÍTULO 15

Como cada día, Enzo fue el primero en salir por la finca. El frescor de la mañana tenía algo revitalizante para él. La esperanza crecía en él cuando el resto del mundo parecía dormir. Todo estaba por hacer; todo era posible.

Sin embargo, apenas atravesó el umbral cuando se sobresaltó al ver a Guido desparramado sobre el volante del auto. De inmediato salió corriendo hacia él. Pensó que quizás había sufrido un accidente sin fijarse siquiera en que el coche se encontraba en perfecto estado. Abrió la puerta y el cuerpo inerte de Guido perdió el apoyo, deslizándose hacia los brazos de su primo. Durante unos segundos creyó sentir su piel fría y tembló de miedo. Por suerte, Guido no tardó mucho en despertarse mientras hacían aspavientos con sus brazos.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Guido de mala manera. Los rayos de sol incidían sobre sus ojos, obligándolo a entornarlos. Estaban enrojecidos por la falta de sueño y todo su cuerpo apestaba a alcohol.

—Estabas tirado sobre el volante —explicó Enzo.

—Vengo desde Amalfi. Estaba cansado —dijo Guido encaminándose hacia la puerta de la casa.

Enzo lo miró con desagrado. Era como una versión degenerada de su primo.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme?

Guido se detuvo y se giró hacia Enzo.

—¿Qué otra cosa tengo que decirte? ¿Por qué no te vas a trabajar de una vez? Seguro que tienes muchas cosas que hacer… como siempre.

—Tienes que pagar a Amancio. No tengo más dinero que darle.

Guido soltó una carcajada.

—¿A ese inútil?

Enzo apretó sus puños en un intento de contenerse. Nunca habían estado en posiciones tan antagónicas. Él habría culpado a Pietro, pero sabía que desde antes la relación entre ellos había cambiado.

Al no contestar Enzo, Guido se alejó.

—Ya han salido los camiones con las botellas. Dentro de una semana tendré suficiente dinero para pagarle a tu amigo un babero nuevo.

—Será mejor que te vayas a dormir —le advirtió Enzo con la tensión desbordando su rostro.

—Sí, eso es lo que voy a hacer. He conseguido millones de libras, ¿qué has hecho tú? Me merezco un descanso —dijo antes de entrar en la casa.

Guido estaba eufórico, pues el futuro se dibujaba ante sus ojos como un mundo maravilloso en el que la venta del licor iba a poner fin a todos sus problemas. Ni la guerra ni la muerte de su padre podía hacer sombra a su ánimo esa mañana. Hasta Renato Pugliese había tenido que ceder ante el acuerdo que Pietro había conseguido. El recuerdo de su rostro, a medio camino entre la incomprensión y la ira, le resultaba gratificante. Estaba cansado del calabrés y el halo de perfección que le rodeaba. Por una vez, lo había visto claudicar y morderse la lengua.

Por su parte, Renato estaba nervioso, sus sospechas no se tradujeron en pesquisas que le hicieron desconfiar de la palabra de Pietro. Los documentos mercantiles eran legales, en ese aspecto todo estaba en orden. Lo que escapaba a su razonamiento era el hecho de que Pietro hubiera conseguido vender la partida de licor a un precio tan elevado. Europa estaba en guerra y los discursos del *Duce* pregonaban que pronto Italia se uniría al conflicto. Cuando eso ocurriera, Renato sabía que la economía del país se resentiría en

grado sumo y surgirían problemas en todos los niveles de la sociedad. Si Mussolini no conseguía una victoria rápida, el conflicto se prolongaba y los hijos de los italianos comenzaban a morir en el extranjero, todo acabaría por estallar. Por esto, precisamente, no entendía quién estaba dispuesto a pagar tanto.

—Es su dinero el que ha financiado a Guido. Lo mínimo que querrá es recuperarlo —solía decirle Renato a Matilde.

—Eso justifica su deseo porque este negocio salga bien. Parte de su dinero está en juego, ¿no es así? —comentó Matilde.

Renato asintió lentamente. Sin embargo, su instinto le decía que algo se le escapaba.



La noticia de que los camiones ya habían comenzado a repartir las botellas de licor fue recibida con gran agrado por Matilde. El calabrés llegó esa misma tarde a la residencia de los Costa y brindaron junto a Guido.

—Disculpad a Pietro. Debe estar con alguna amiga —dijo Guido con una sonrisa pícara. Matilde bebió para disimular su rubor y Renato asintió. Los tres se encontraban en el salón principal. Por primera vez en mucho tiempo, se respiraba un ambiente afable en la residencia de los Costa.

—Celebrando la victoria —informó el calabrés. Sin embargo, una de sus muchas cualidades era disfrazar sus pensamientos con palabras o actitudes que indicaban exactamente lo contrario a lo que pasaba por su cabeza. Una herramienta fundamental a la hora de hacer negocios. En ese momento, tras su radiante sonrisa se escondía la preocupación por la ausencia de Pietro. No había tratado mucho con él, pero sí lo suficiente como para saber que se trataba de un joven arrogante y excéntrico, incluso puede que algo fanfarrón, por lo que estaba seguro de que estaría con ellos, alardeando del éxito de la venta. Eso le hacía pensar que su ausencia podía deberse a un suceso grave. Tal vez a algo relacionado con la venta del licor. No obstante, no podía hacer otra

cosa que esperar. Sin pruebas que lo respaldaran no le quedaba más remedio que esperar acontecimientos.

—Esto debe animarnos a seguir. Tal vez podamos comprar más limones para la próxima partida —dijo Matilde.

—No olviden la guerra —musitó el calabrés.

Guido apuró la copa y se encendió un cigarrillo. Era *Lucky Strike.* Para el calabrés aquel detalle no pasó desapercibido. Se trataba de tabaco americano. No era tan fácil de conseguir ni mucho menos barato.

—Hoy no es el día para hablar de negocios, Matilde. Hoy toca celebrar —dijo volcando la botella de vino sobre su copa.

Se apreciaba que estaba achispado o que quizás mantenía ese estado de la noche anterior. Enzo le había comentado a Virgilia cómo se había encontrado a su primo y esta se lo había dicho a su vez a Matilde.

Justo en ese momento, Francesca y Lucrecia irrumpieron en el salón. Como cada tarde iban en busca de su madre para informarla de cómo había ido el día en la tienda y entregarle el dinero de la caja. Los ojos de Guido relucieron a Francesca. La tenue sonrisa de sus labios realzaba la belleza delicada de su rostro.

—¡Es fantástico que estén aquí! ¿Qué quieren tomar?

Lucrecia rechazó el trago y se excusó diciendo que estaba cansada. Antes de eso, Matilde se fijó en que llevaba un libro en su mano izquierda, un libro que ella no había visto antes. Durante mucho tiempo, Matilde se preocupó de que su hija mayor tratara de contactar con socialistas clandestinos de la zona. Al igual que su padre, tenía un sentido especial para detectarlos. Los primeros meses no le dio ninguna razón para preocuparse, pero con el tiempo observó que su comportamiento con ciertas personas era sospechoso. Además, supo que Mauro, el compañero de Tiziano, se carteaba con ella. Pese a que ella le había advertido que no lo hiciera más, ella no atendía a razones. Según Matilde, los socialistas, pese a que pensaran en lo mejor para el pueblo, eran obstinados y estaban dispuestos a jugarse la vida por nimiedades, como podía ser un libro o una extensa carta con los amargados y confusos pensamientos de alguno de sus cabecillas.

Todos esos pensamientos cruzaron por su cabeza como un expreso cuando vio el libro que Lucrecia sujetaba. No se trataría de una novela ni nada por el estilo. No. Se trataría de uno de los malditos libros en los que se repetían las mismas ideas una y otra vez, hasta la saciedad.

—¿Mamá?

La voz de Francesca la sacó de su trance. Lucrecia ya se había marchado.

—Sí, dime.

Francesca le dedicó una sonrisa.

—Aquí está la lista de lo que hemos vendido. Habría que pedir azúcar y harina. Se han puesto de acuerdo la señora Renata y Caterina para elaborar bizcochos.

Matilde centró su mirada en la lista.

—¡Qué bueno!

Sin esperar la aprobación de nadie más, Guido sirvió una copa de vino a Francesca.

—Muchas gracias.

Él le dedicó una sonrisa bobalicona, fruto de varias copas que llevaba encima.

—Hoy es un gran día, pero nada comparado lo que nos depara el futuro. ¿Mi padre está al tanto? ¿Lo sabe?

—No creo que sepa nada. Virgilia y yo tratamos de mantenerlo lo más tranquilo posible —respondió Matilde—. Sé cuidadoso con él, Guido.

Vació su copa de nuevo. Estaba pletórico.

—Yo mismo le daré la noticia. Dos partidas más como esta y habré saldado todas las deudas de los Costa. ¿Quién lo iba a decir? ¡Nadie! El tiempo me ha dado la razón, pero nadie más.

Renato miró a Guido preocupado y con suma discreción le hizo un gesto para que dejara de beber. Ante la negativa del muchacho, el calabrés le habló de un posible negocio que le gustaría comentarle a solas. Fue entonces cuando Guido aceptó salir a pasear con él por la finca. En silencio, Renato estaba horrorizado de lo sencillo que era engatusar al joven. Antes de marcharse, Guido se despidió de

Francesca con un gesto extravagante que le sacó una carcajada a la joven.

—Al fin las cosas le van bien —dijo Francesca cuando se quedó a solas con su madre.

—Eso parece. En cuanto a nosotras, no ganaremos mucho, pero sí lo suficiente para afrontar el futuro de otra manera. Con el dinero del licor podremos soportar los meses de guerra. Renato ya me ha advertido de lo difícil que le resulta conseguir mercancía a un precio razonable —comentó Matilde. Francesca asintió y mojó sus labios con el vino. Un sabor amargo estrujó su lengua y le sacó una mueca de desagrado. A Matilde le resultó divertido.

—En un par de años te sabrá bien, aunque si no es así mucho mejor. Mi padre solía decir que la felicidad ocasionada por el vino hay que pagarla después con dolores de cabeza.

Francesca intentó dar un nuevo trago, pero su garganta se cerró de manera involuntaria, provocándole un ataque de tos e intensificando el amargor del vino en su lengua.

—El licor de limón está más bueno.

—Hay gustos para todos. Dime, hace unos cuantos días que no te veo pasear con Enzo. ¿Va todo bien entre ustedes?

La pregunta de Matilde pilló inadvertida a Francesca, que se azoró y se puso roja como un tomate.

—Todo bien —respondió agachando el rostro y escondiendo un suspiro.

—¿Todo bien? Tu cara no dice lo mismo.

El conflicto que hacía tiempo se libraba en la mente de Francesca se hizo patente en su gesto y las palabras entrecortadas que salían de su boca. De alguna manera trataba de justificarse ante su madre, pero sin dar rienda suelta a todo lo que pasaba por su cabeza.

—Es un buen amigo. —Con esas palabras terminó su dubitativa explicación. Su última palabra coincidió con la llegada de Virgilia. Esta apenas se separaba de Donato y su rostro había adquirido la preocupación constante por el enfermo.

—¿Saben si ha llegado alguna carta de Bianca? —preguntó con un tono brusco mientras estrujaba sus manos huesudas. Francesca agradeció en silencio la interrupción.

—Que yo sepa no hemos recibido nada. ¿Por qué? ¿Sucede algo? —cuestionó Matilde mientras se incorporaba. Virgilia la miró seria y después negó sutilmente con la cabeza.

—La última vez que me escribió me dijo que iba a pasar una temporada en Sorrento. Pero fue hace unas semanas y me preocupa que las cosas por Roma estén complicándose. Ella quería… El doctor Lombardi…

Dejó escapar un sollozo ahogado.

—¿El doctor Lombardi está con Donato?

Virgilia asintió.

—No le da mucho tiempo.

CAPÍTULO 16

NOVIEMBRE DE 1939

El calabrés llegó a la residencia de los Costa una lluviosa y fría mañana de noviembre. Una borrasca descargaba su furia sobre Sorrento desde hacía varios días y los arroyos y torrentes descendían embravecidos, como si buscaran con ansia el mar. Por ello, las carreteras estaban cortadas en varios puntos, tanto por encontrarse anegadas como por derrumbamientos.

Con este panorama, la llegada de Renato pilló a todos por sorpresa. Apenas le recibieron fueron en busca de toallas y lo llevaron al salón para que se calentara con la chimenea. Que hubiera sido capaz de llegar hasta allí era una heroicidad.

—Iré a buscar ropa de Guido —dijo Virgilia.

—Disculpen por llegar de esta manera. Tuve que dejar el coche a varios kilómetros.

Guido, que también estaba presente, sintió un escalofrío. Primero porque se le vino a la cabeza el día que el calabrés domó a Nero después de que este se desbocara. Segundo porque Renato Pugliese debía tener una razón de peso para jugarse la vida en una mañana tormentosa como aquella. Incluso la tienda de Matilde llevaba varios días cerrada.

—Prepara un poco de café, Lucrecia. Tiene que entrar en calor —advirtió Matilde.

—Mejor coñac o vino —dijo el calabrés con una mueca divertida mientras sacudía una toalla sobre su cabeza—. ¿Cómo está Donato?

—Dormita la mayor parte del tiempo y las pocas veces que habla no dice nada con sentido —respondió Matilde.

Guido permanecía en el salón, observando la escena de pie. Intuía cuál debía ser el motivo de la visita del calabrés. Pietro llevaba varias semanas desaparecido, concretamente desde que estuvieron celebrando la partida de los camiones en Amalfi. En un principio no le dio importancia, pero la cosa cambió cuando pasaron los días y no tuvo noticias de él. Tampoco tenía noticia del suculento pago que debían recibir a cambio del licor.

Lucrecia apareció con una copa de vino tinto y unos segundos después lo hizo Virgilia con un traje de lana que pertenecía a Guido. El calabrés hizo buena cuenta del vino, pero insistió en dejar para más tarde lo de cambiarse de ropa.

—Me gustaría hablar con ustedes dos —informó señalando a Guido y a Matilde. El joven asintió con la tez blanca como la leche.

Virgilia y Lucrecia captaron el tono serio y profundo del calabrés y los dejaron a solas. No hubo un ruido más terrorífico para Guido que cuando se escuchó la puerta cerrarse. Su cuerpo se había acostumbrado a las salidas con Pietro y en ocasiones tenía que dar un trago para calmar la ansiedad que bullía en su pecho. En ese instante, miró con angustia el vaso de vino que Renato tenía en sus manos.

—Han pasado tres semanas desde que salieron los camiones, Guido ¿Por qué no tenemos noticias de Pietro?—preguntó Renato.

Matilde miró al joven reafirmando las palabras del calabrés, pero se mantuvo en silencio. Tanto su casa como la tienda eran propiedad de Donato y, dentro de poco, lo serían de Guido. Ella tenía que moverse en un delicado equilibrio. Renato lo sabía y por ello trataba de respetar su posición.

—Sé tan poco como ustedes —comentó Guido—. Puede que con la guerra las cosas vayan más lentas. Tú lo dijiste.

Renato dio un trago y se acercó lentamente al joven. Matilde, temiendo que aquello fuera a más, trató de cortarle el paso, aunque lo único que consiguió fue añadir más tensión.

—Hace semanas que no veo a Pietro. No sé nada de él —insistió Guido.

—Está en Nápoles —afirmó Renato.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Guido sobresaltado. Renato se acercó más y con una mirada severa resolvió su duda.

—Porque días después de que los camiones salieran del almacén con el licor fueron asaltados. Uno tras otro. ¿Qué transportaban además del licor?

La cara de sorpresa de Guido hablaba por sí sola.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿No sabes de qué te estoy hablando? —exclamó el calabrés al tiempo que lo encaraba. Su actitud resultaba inédita.

—¿Qué está pasando? —preguntó Matilde mientras sus manos se interponían entre uno y otro.

—Esos camiones transportaban algo más que licor, Matilde. Quizás alguien habló más de la cuenta, no lo sé, pero la información llegó a oídos de quien no debía.

—Pero Pietro…

—¡Pietro te utilizó para hacer negocio! ¡Mejor dicho, nos utilizó! Por ello te respaldó económicamente y por eso encontró un comprador.

Matilde cogió aire.

—No entiendo nada.

—Nadie compró el licor, sino el espacio sobrante en las cajas para transportar lo que fuese. El problema es que esa mercancía, Dios sabrá lo que era, no ha llegado a su comprador y este pretende que se le devuelva el dinero que adelantó, además de los intereses. ¿Tienes ese dinero, Guido?

El joven movió sutilmente la cabeza de un lado a otro, como si así su respuesta no tuviera tanta repercusión. Ese dinero lo había despilfarrado en noches de juerga junto a Pietro y en solventar parte de la deuda que tenían los Costa. En ese instante se agradeció de, al menos, haber hecho algo bien.

Ante la respuesta de Guido, Renato se giró y apuró el vino del vaso. Por un momento pareció que iba a estrellarlo contra el suelo.

—¿Por qué no sabemos nada de eso? —preguntó Matilde angustiada.

—Porque el hombre que reclama lo que es suyo conoce a Donato Costa y, por ende, a mí. Él es consciente de que Donato nunca se inmiscuyó en ese tipo de negocios y prefiere arreglar las cosas de una manera más diplomática, siempre y cuando accedamos a devolverle el dinero. Paciencia o bondad, hablamos de un bien limitado; podemos considerarnos afortunados. Ese hombre, cuyo nombre prefiero mantener en el anonimato, hizo sus pesquisas hasta que llegó a mí. El respeto que tiene por tu padre es lo que nos ha dado una oportunidad para arreglar las cosas.

Guido era incapaz de articular palabra. Estaba temblando.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —preguntó Matilde.

—Casi la mitad de lo que íbamos a percibir.



A Francesca nunca le gustó noviembre. Lo consideraba un mes frío, desangelado, una especie de tierra de nadie donde el tiempo se detiene, los días se acortan y los árboles lucen sus ramas desnudas, como siniestras manos que pretendieran robar un pedazo de cielo.

Por si fuera poco, era la primera vez desde que regresaron a la finca de los Costa en la que añoró con nostalgia los años en Nápoles. Todo, de repente, se había complicado, como si una manzana podrida hubiera terminado de corromper todo el cesto. La guerra, aunque parecía haberse detenido como si ambos bandos tuvieran suficiente, latía silenciosa. Una amenaza lejana y adormecida que nadie sabía cuándo podía volver a resonar.

En cierta manera, esa sensación de desamparo e incertidumbre se había instaurado a su alrededor.

La relación entre Enzo y Guido era casi inexistente. Habían vuelto a trabajar en la plantación junto a Amancio, especialmente después de aquella mañana tormentosa cuando Renato llevó las malas noticias.

El calabrés había prometido encontrar una salida para la siguiente cosecha y se aplicaba a ello con tesón. Sin embargo, sin comunicárselo a nadie, topaba continuamente contra un muro. El gobierno de Mussolini no le daba facilidades para comerciar con otros países y, por si fuera poco, el Mediterráneo se había convertido en un mar peligroso, cada vez con más buques de guerra surcando sus aguas. Si Italia entraba en la guerra, lo cual iba a suceder tarde o temprano, la cosecha se quedaría en Sorrento y los limones podridos anunciarían la ruina definitiva de los Costa.

En cuanto a la tienda, las repercusiones anunciadas por el señor Pugliese se habían iniciado. El precio de la mayoría de los productos se incrementó. Matilde se vio obligada a ampliar el horario y subir el

precio con tal de obtener un mínimo beneficio. Por tanto, las ventas iban a menos, como una marea en retroceso. El cierre de otras tiendas les permitió mantener un nivel de ventas razonable, pero aun así la situación comenzaba a ser preocupante.

Sin ir más lejos, a Francesca le sorprendió lo exigente que se volvió su madre y su intransigencia respecto a los clientes que solían demorarse con el pago. Eran tiempos difíciles para todos, pero su madre parecía haberse hecho indiferente a los problemas de las vecinas que compartían las tardes con ella o que le compraban a diario. El ambiente distendido y familiar del lugar se agrió. Francesca descubrió que, en tiempos de necesidad, la gente cambiaba o más bien, se veía obligada a cambiar.

Pero lo que más le había llamado la atención era que el *Liquore di Constanza* había dejado de fabricarse. Cuando le pidieron explicaciones a su madre, esta les dijo que era debido a la guerra y los escasos beneficios de la última partida. Eso las confundió mucho, especialmente a Francesca, pues Guido le había dicho en más de una ocasión que iban a ganar millones de liras con el licor. ¿Qué había pasado? Las pocas veces que insistió a su madre esta siempre le decía lo mismo: pocos beneficios y demasiado esfuerzo. La verdad de lo ocurrido con los camiones que transportaban las botellas de *Liquore di Constanza* quedó entre Guido, Renato y Matilde.

—Renato dice que un futuro podremos volver a intentarlo —solía decir Matilde.

Por ello, Francesca se sentía como un pez al que acaban de arrojar a un mar extraño. Su desapego respecto a Enzo también le afectaba. Ambos habían pasado de un enamoramiento precoz a una relación fría en la que ninguno se situaba y donde constantemente experimentaban rencor hacia el otro. No solo no se veían, sino que se evitaban.

Los días que no despachaba en la tienda, Francesca solía ir hasta la residencia para ayudar a su madre y su tía en cuanto necesitasen. Donato requería una atención casi continua y a ellas les venían bien unas manos extras que pudieran hacerse cargo de las tareas de la casa.

—Eres todo un cielo, querida —le decía su tía Virgilia cuando comprobaba el esmero y la dedicación con la que planchaba la ropa. Justo como ella le habían indicado que debía hacerlo. Era la única de sus sobrinas que realmente la escuchaba.

Sin embargo, esta buena relación entre tía y sobrina pronto dejó a la joven a merced de la férrea tradición que gobernaba hasta el aspecto más mínimo de la vida de Virgilia. Este se aseguraba de que Francesca rezase, se vistiera de manera recatada y aprendiese cuanto le fuera necesario para convertirse en una buena esposa. Para Virgilia era una manera tanto de ayudarla a ella como a su cuñada Matilde. El éxito de que Virgilia encontrara un terreno fértil en su sobrina fue por el contexto en que se estaban desarrollando las cosas.

La relación de Francesca con Enzo se asimilaba a las brasas de una hoguera tras una noche tormentosa y, en cuanto a su familia, el fracaso de la venta del licor y las caídas de las ventas auguraban un futuro difícil. El colofón era la guerra, aunque las semanas de relativa calma invitaban a pensar en un desenlace precoz. Todo esto ahogaba su alma y borraba la sonrisa de su rostro. Ya casi cumpliría los dieciocho y se sentía mayor, más alerta y consciente de cómo funcionaba el mundo. De repente, había comprendido la tosca actitud de su hermana Lucrecia y repudiaba el carácter egoísta y desinteresado de Vania. ¿Acaso ella había sido así?

El resultado fue que todo esto la alejó, no de su familia, sino de todo en general. Francesca se convirtió en un barquito en mitad de un océano embravecido y Virgilia quiso convertirse en el faro que anuncia la presencia de un puerto seguro.

Francesca acató las directrices de su tía e incluso se refugió en ellas. De esa manera aprendía y caminaba hacia un destino incierto, pero reconfortante. Virgilia le aseguró que si aprendía a ser una buena esposa encontraría un hombre que cuidaría de ella y de sus hijos. Le dio un propósito en un mundo que se derrumbaba a su alrededor.

—Lo más importante en este mundo es la familia, querida.

—¿Y por qué no tienes a un hombre a tu lado? —preguntó un día Francesca. Virgilia se rio a carcajadas.

—Llegué a trabajar a los diez años a esta finca, nunca he salido de aquí, no conozco nada más. Y si te preguntas por qué nunca me fijé en alguien que trabaje aquí. —Virgilia suspiró—. Tengo espejo, querida sobrina. Nunca nadie siquiera intentó cortejarme.

Francesca se sintió avergonzada y un poco culpable por haber hecho la pregunta.

—Lo siento —susurró Virgilia movió la mano y le quitó importancia.

—No te preocupes por mí. Yo soy feliz así. Las personas mientras antes aceptemos nuestro destino, más felices somos. Por eso les digo a ustedes que son unas bellezas, que no desaprovechen todo lo que Dios les ha dado.

Francesca sonrió y entendió a su tía. Debía enfocarse en lo que ella quería y en las oportunidades que la vida le presentaba. Le gustaba la idea de tener un futuro esperándola. Eso la hacía sentirse mejor. Hasta lo más insignificante del día a día cobraba un nuevo sentido.

No pasó mucho tiempo para que Virgilia comenzara a lamentarse delante de Francesca de que su hermana Lucrecia ni siquiera se hubiera planteado en conocer a Guido. Fue un sutil y agudo movimiento de ajedrez por su parte. Sus ojos nunca descansaban y sus oídos escuchaban el susurro más ligero.

—Ya lo conoces. Es un buen muchacho. Estoy seguro de que si tuviera a su lado a una mujer como Dios manda, las cosas le irían mejor —repetía Virgilia siempre atenta a la reacción de Francesca—. Todo hombre necesita a su lado a una mujer, a una buena mujer. Eso les templa. El buen acero solo se consigue a golpes, querida.

De esta manera, Guido apareció en el horizonte. Era cierto que a Francesca le había empezado a llamar la atención, especialmente después de que su relación con Enzo se enfriara. Pero ¿esos pensamientos, esas ideas extrañas en torno a una posible relación con Guido, eran moralmente correctos? Era cierto que con Enzo nunca había ido más allá de un par de besos, pero ¿ellos pensarían lo mismo?

CAPÍTULO 17

Guido salió cuidadosamente de la habitación donde descansaba su padre. Su pronóstico era grave y su vida pendía de un hilo. El doctor Lombardi hizo todo lo que estuvo en su mano hasta reconocer que, finalmente, la vida de Donato estaba en manos de Dios.

Pese a la enfermedad y al hecho de hacerse responsable de la finca, una parte de Guido no terminó de aceptar que se trataban de los últimos días de su padre. Eso le hizo sentir un miedo profundo y desconcertante. Se sentía al borde de un precipicio infinito. Era cierto que hacía tiempo que él tomaba las decisiones —acertadas o no, eso no importaba—, pero siempre lo hacía con la tranquilidad de que su padre, pese a lo enfermo que estuviese, podía enmendar la situación. No habían sido pocas las ocasiones en las que Donato había recurrido a Renato Pugliese o había enviado una carta a la persona idónea para solucionar los problemas ocasionados por Guido. Pese a las constantes críticas a la gestión de su hijo, *Il Ragna* actuaba en silencio y con precisión para protegerlo.

Pero ese tiempo había quedado atrás. *Liquore di Constanza* había cerrado de manera prematura dejando una cuantiosa deuda. A su vez, los antiguos compradores de limones de los Costa se habían buscado otros proveedores después de que Guido apostara todo por el licor y los rechazara o simplemente esperaban acontecimientos para continuar con el negocio. La guerra era como un fantasma que sobrevolaba sobre ellos. De cara a la próxima cosecha podían encontrarse con los almacenes repletos y una deuda monstruosa.

Todo esto lo plasmó en una carta que a la mañana siguiente envió a Roma. Su hermana Bianca tenía que conocer la realidad de la situación y actuar en consecuencia. A continuación, intentó localizar a su amigo Pietro. Pasó varios días en Nápoles con el fin de encontrarlo, pero lo único que descubrió fue que Constanza, la anciana que le había dado la receta del licor a Matilde, había fallecido a principios de noviembre. Considerándose portador de la desgracia, regresó a Sorrento y le dio la noticia a las Rinaldi. Las jóvenes se apenaron un poco, aunque a Matilde sí se la vio más afectada. Los remordimientos torturaron a Guido, que no podía soportar el peso de la mirada de Matilde. Él no quería que las cosas salieran así. Encontrar una solución se había convertido en una necesidad para él, tanto como el respirar.

—Tu amigo nos ha metido en un buen lío —le dijo Renato el día que estuvieron reunidos—. Pero al menos me consuela que él no esté mucho mejor. Seguramente hayan puesto precio a su cabeza. No te acerques a él, ¿entendido? Pietro Fontana ha dejado de existir.

El calabrés remarcó esas últimas palabras señalándole con el dedo, imponiendo su autoridad. Era lo mismo que había sucedido con Nero. *Es peor un mal jinete que un mal caballo*. Era como si el destino se empeñase en humillarlo.

Pero Guido no estaba dispuesto a dejarlo pasar y por ello buscó a su amigo por Nápoles. Pese a la situación económica, el joven consideró oportuno hospedarse en un buen hotel y no privarse en cuanto a comida y bebida. Más que arrogancia era a lo que se había acostumbrado desde que tenía uso de razón. Además, se trataban de cantidades ridículas en comparación con las grandes letras de pago a las que tenían que hacer frente. Después de todo era un Costa. Además, también aprovechó el viaje para contemplar la belleza de Nápoles. Paseó por *Spaccanapoli*, la famosa calle que dividía la ciudad; se enamoró una vez más del claustro columnado de la Basílica de Santa Clara y se perdió por las callejuelas de la ciudad, como si toda su preocupación fuera la de saciar sus sentidos.

Actuaciones como esta habrían provocado reproches por parte de Enzo, pero últimamente su primo optaba por ignorarlo. Desde que la relación con Francesca estaba en un punto muerto, se había vuelto

más reservado. Ocupaba casi todo su tiempo en la finca, donde siempre encontraba en lo que ocuparse. Pasaba la mayor parte del día con Amancio, al que le pagaba con unas pocas liras y un plato de comida. Apenas había trabajo, pero Enzo era consciente de lo importante que se había convertido para el muchacho. Tras toda una infancia bajo la protección de su madre, por primera vez Amancio experimentaba un atisbo de libertad, una sensación que él no sabía identificar ni nombrar pero que le era extrañamente placentera. Y eso se lo debía a Enzo. De hecho, con el paso de los meses había mejorado su pronunciación, su coordinación y su capacidad para comprender razonamientos más simples. Esto había ocasionado que Amancio desarrollara una dependencia muy intensa hacia Enzo.

Cada mañana, muy temprano, Amancio salía de su casa y caminaba hasta la residencia de los Costa. Enzo solía esperarlo en la puerta, mientras fumaba un cigarrillo y organizaba las tareas del día en silencio. Aquello se convirtió en Amancio en una ley cuasi divina. El que este no se encontrara allí rompía todos sus esquemas, reaccionando de cualquier manera. No obstante, Enzo era consciente y procuraba no faltar a su cita.

Sin embargo, eso no sucedió una mañana de principios de diciembre. Cuando Amancio llegó a la entrada de la finca se alertó al no ver a Enzo por ninguna parte. Cada vez más nervioso, comenzó a ir de un lado a otro. Tuvo suerte de que esa mañana Francesca lo viera por la ventana y se alertara. Rápidamente la joven salió a su encuentro y lo calmó. Por fortuna, ella había pasado tanto tiempo junto a Enzo que se había ganado su confianza. De haberse tratado de sus hermanas o incluso su madre, lo habrían tenido mucho más difícil.

Después de calmarlo y averiguar qué le sucedía, Francesca lo cogió del brazo y juntos caminaron entre los limoneros. A medida que avanzaban, ella fue señalándole hacia los pocos pájaros que revoloteaban por el cielo y él sonreía mirando a uno y a otro.

—Son bonitos, ¿verdad? Ya verás cuando llegue la primavera. Habrá muchos más.

El joven asintió para indicar que había comprendido el mensaje, aunque su principal preocupación seguía siendo encontrar a Enzo.

—*Jenzo. Jenzo.* —El chico no pronunciaba bien. Aun así, Francesca lo comprendió y se prestó a ayudarle.

—Debe estar aquí. Vayamos a su casa. ¡Vamos! —dijo ella ofreciéndole la mano. Amancio dudó durante unos segundos, pero después cogió la mano de Francesca con fuerza —como lo haría un niño asustado— y juntos caminaron hasta la pequeña casa donde vivía Enzo.

—Se habrá quedado dormido. ¡Es una marmota! —bromeó Francesca con el fin de sacarle una sonrisa a Amancio. El joven continuaba ceñudo y con la mirada fija en el suelo. Quizás no la había comprendido.

—*Jenzo. Aquí.*

Fue todo lo que dijo.

Apenas se encontraban a unos metros, Guido abrió la puerta de la casa de manera brusca y esta resonó en el silencio de la mañana. El estruendo asustó a Amancio. Enzo salió segundos después, aunque contuvo su reacción al fijarse en Amancio y Francesca. Guido también se percató de ellos y acabó por marcharse sin decir nada. Estaba fuera de sí.

—*¡Jenzo!*

Amancio soltó la mano de Francesca y corrió hacia Enzo, deteniéndose justo al lado, de modo que a este no le quedó más remedio que centrarse en él. Francesca los observó, pero por algún motivo, no fue con ellos y se giró para ir tras Guido.

—¡Guido! —gritó Francesca, incapaz de alcanzarlo. Este no se detuvo hasta que se percató de que era ella quien lo estaba llamando. Enzo los observó mientras trataba de consolar a Amancio y ellos desaparecieron más allá de los árboles.

—No es el momento, Francesca —contestó Guido reanudando la marcha. La joven, con cierta desesperación, se aferró a su mano para evitar que se alejara. Aquel gesto fue suficiente para desconcertar a Guido—. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Por qué estaban discutiendo?

Guido la miró de arriba abajo.

—Que te lo explique Enzo. ¿Acaso no es tu novio? Estoy cansado de dar tantas explicaciones.

Quiso alejarse de nuevo, pero la mano de Francesca se lo impidió.

—Tu primo y yo, ahora solo somos amigos. Nada más —dijo Francesca mirándolo fijamente, percatándose de cómo sus palabras cambiaban el gesto de Guido. Era como si de repente, tras una eternidad avanzando por un túnel oscuro, vislumbrara algo de claridad. Una tímida sonrisa se apoderó de sus labios.

—Pensaba que… —suspiró—. No es asunto mío.

—¿Por qué han discutido? —insistió.

Guido encogió los hombros.

—Por lo de siempre. Cuando todo iba bien no había problemas. Pero desde que el negocio del licor salió mal, Enzo me trata de una manera que no puedo tolerar.

Francesca hizo un gesto de comprensión. Por primera vez vio a Guido como una víctima de las circunstancias, un desgraciado que no hallaba fortuna allá a donde fuera. ¿De verdad él era el único responsable de la situación en la que se encontraban los Costa? Afirmar eso era muy injusto, según Francesca. Ese sentimiento de pena fraguó en el interior de la joven, mezclándose a su vez con el repetitivo discurso de Virgilia, en el que le aseguraba que a Guido las cosas le irían mucho mejor si tuviera una buena esposa a su lado. ¿Sería cierto o se trataría de otro de los enquistados planteamientos de su tía?

—Eso no es justo. Tú siempre has intentado hacer las cosas bien. Eres ambicioso y eso es bueno. Pronto se solucionará todo. Estoy segura.

Guido agradeció sus palabras.

—No es fácil. Sé que estamos en problemas, pero ya estoy pensando en cómo solucionarlo. No voy a permitir que nos arrebaten ni un solo pedazo de tierra. Se lo prometí a mi padre y pienso cumplir mi palabra.

La decisión del joven encandiló a Francesca durante unos segundos. Consideraba admirable su actitud pese a tener a todos en su contra. Tenía ambición.

—Cuenta con mi ayuda, Guido —dijo Francesca estrechándole la mano de nuevo.

Guido experimentó un calor súbito en la base de su estómago. Desde que se instalaron en la finca había considerado a Francesca una belleza e incluso sentía que la joven tenía algún tipo de influencia sobre él. No podía decir que la amaba porque no era cierto, pero en cuanto a la atracción física, no tenía comparación. Las mujeres que había conocido en los locales que había visitado con Pietro eran atractivas, pero en su opinión Francesca tenía algo más, un punto que la hacía diferente. Su sonrisa, su mirada, podría estar observándola durante toda su vida. No le importaba que Pietro la considerara una joven de segunda clase; para él era incalculable.

—Te lo agradezco. De verdad —dijo Guido con una sonrisa.

—No tienes nada que agradecerme. Vamos, cuéntame qué tienes en mente.

Así, Guido y Francesca comenzaron a pasear alrededor de la residencia de los Costa, como antes solían hacerlo Enzo y ella. Por esa misma razón, la estampa de los dos charlando amistosamente llamó la atención de Virgilia que sonrió satisfecha. Lucrecia no había querido concertar un matrimonio con Guido, pero tal vez Francesca sí lo hiciera. Estaba convencida de que tarde o temprano los Costa superarían el bache y volverían a ser una de las familias más poderosas de la región de Campania. Cuando eso ocurriera, el futuro tanto de Francesca como el de su madre y sus hermanas estaría asegurado. ¿Quién podría oponerse a un hecho que conllevaría un beneficio para todos?

CAPÍTULO 18

El chófer detuvo el coche a un lado de la carretera. Confuso se rascó la cabeza con una mano mientras con la otra extraía un plano de la guantera. La joven que estaba sentada en el asiento trasero bufó de impaciencia. Hacía como una hora que trataban de llegar a la residencia de los Costa sin éxito. Al menos, era un día agradable de mediados de diciembre, de esos en los que la luz del sol es tibia y agradable. No faltaba mucho para Navidad y la guerra no había ido más allá.

—Disculpe, señorita —dijo el chófer mientras trataba de averiguar dónde se encontraba. Las carreteras que recorrían las sierras de Sorrento eran como serpientes grises que se retorcían sobre la roca y los prados. Subidas y bajadas, giros inesperados o tramos de tierras ocupados de manera temporal por algún rebaño de orejas. El conductor estaba acostumbrado a Roma, en donde se desenvolvía a la perfección sin importarles las calles estrechas o las amplias avenidas. Pero aquel rincón del país, al sur de Nápoles, le resultaba indescifrable. Se lamentaba continuamente de haber aceptado el encargo. Detestaba el sur. Las liras que había cobrado habían dejado de merecerle la pena hacía un rato.

—Ya le he dicho que ese mapa no sirve para nada. Tome la carretera que tiene justo enfrente. Soy de aquí. Sabré guiarlo.

—Tan solo deme un segundo.

—¿Cuántos más necesita para prestarme atención?

La joven en cuestión no era otra que Bianca Costa, la hija mayor de Donato. Hacía más de tres años que no regresaba a Sorrento. Guido había ocupado el lugar de su padre en los negocios y al parecer las cosas no le estaban yendo del todo bien. Aun así, ella hizo oídos sordos y optó por continuar su vida en Roma, pues sus intereses estaban bastante alejados a los de su familia.

Bianca Costa era una joven de carácter fuerte y mirada de hierro, cabello lacio, de color miel y tez blanca. En su rostro serio y ceñudo su sonrisa destacaba, pues sus dientes perfectos y ojos vivaces hacían de su rostro algo único. Pero, sin duda, su fuerte residía en su dominio de la conversación. Bianca era una oradora sublime, capaz de apabullar con sus palabras o aguardar el momento idóneo mientras escuchaba con atención. Discutir con ella no estaba al alcance de cualquiera, pues apenas con un par de frases podía poner fin a cualquier discusión. Esto lo remataba con su pasión por la política y, en general, por el conjunto de la sociedad. Cursaba Humanidades en la universidad de Roma, pero no por ello se había dejado arrastrar por las ideas socialistas como único medio de oposición al *Duce*. Donde realmente Bianca destacaba era en su capacidad para imponer su juicio en la realidad que le rodeaba. No se dejaba llevar por la mayoría, aunque era lo suficientemente inteligente como para no expresarlo a la ligera. Había heredado la astucia de su padre y sabía moverse hábilmente sin renunciar a sus propias convicciones. Ahora ella regresaba a su hogar para despedirse de su moribundo padre al mismo tiempo que trataría de salvar el honor de su familia.

Llegados a este punto, recordó con amargor la última carta que había recibido de Guido. Su estancia en Roma le hacía sentirse confusa respecto a cómo había asimilado su hermano los distintos acontecimientos. Sabía que él nunca fue el hijo que Donato esperaba, pero aun así confiaba en que la enfermedad de su padre lo hiciera reaccionar. Por ello, se tomó con preocupación aquella misiva desesperada en la que Guido le relataba la complicada situación en la que se encontraban. Fue a partir de ahí cuando Bianca se puso manos a la obra para regresar a Sorrento lo antes

posible. Aunque la guerra también la había empujado a regresar a su hogar.

—Pero la carretera está cortada, señorita —decía el conductor con cierta desesperación. Los dos ignoraban el maltrecho estado de los caminos después de la tormenta de noviembre. Por esas carreteras circulaban pocos vehículos y por ello había zonas en las que circular era prácticamente imposible.

No fue hasta una hora más tarde cuando encontraron la manera de llegar hasta la residencia de los Costa y todo gracias a un pastor que les indicó qué camino debían seguir. Un sendero que dejó cubierta de barro la carrocería del coche.

Malhumorado, el conductor dejó a Bianca en la puerta de la finca mientras farfullaba y se preguntaba si sería capaz salir de ese laberinto de carreteras retorcidas.

Cuando Bianca se quedó a solas se detuvo durante unos segundos observando el camino de grava que avanzaba a través de la finca hasta la casa de su padre. Era como una larga alfombra blanca que la invitaba a entrar ¿Cuándo había sido la última vez que había puesto sus pies allí? No era capaz de recordarlo. Cuando se marchó a Roma fue consciente de que había bastantes probabilidades de que no regresara y ese pensamiento se convirtió en una certeza hasta que tuvo noticias de la mala salud de su padre y que Hitler decidió enfrentarse a media Europa. La carta de Guido, por tanto, se convirtió en una especie de invitación.

Tomó su maleta y se encaminó hacia la casa. Al igual que a las Rinaldi, le sorprendió la quietud del lugar, el silencio solo roto por la mecida de los árboles, el canto lejano de los pájaros y el suave crujir de la grava bajo sus pies.

A poca distancia de la casa, le sorprendió una joven que abrió la puerta y se quedó mirándola de manera extraña. Le resultaba vagamente familiar, aunque no le gustó que la miraran como una intrusa en su propia casa.

—¿Francesca? ¿Eres tú?

El regreso de Matilde y sus hijas a la finca de su padre había sido una de las pocas buenas noticias que le habían llegado de Sorrento en los últimos años.

Sin embargo, la joven hizo un mohín con los labios y frunció el ceño.

—Soy Vania —exclamó, como si el error de Bianca equivaliera a un insulto.

Bianca notó sus ojos desafiantes sobre ella y sintió un arrebato de ira que pudo controlar, al menos en un primer momento. Si no recordaba mal, esa joven era la hija pequeña de Matilde y Tiziano. El parecido con su hermana era notorio, al menos la última vez que las vio.

—Está bien saberlo, bonita. Yo soy Bianca Costa. ¿No me recuerdas?

Vania la observó seria durante unos segundos antes de esbozar una sonrisa y acudir corriendo a ayudarla con la maleta. Ambas se saludaron con forzada cortesía —pues las dos percibían cierto rechazo en la otra— y entraron en la casa.

Matilde y Virgilia fueron las siguientes en encontrarse con ella. La saludaron con un cariñoso abrazo y tras un breve intercambio de palabras, Bianca pidió ver a su padre. No le gustaba andarse por las ramas y esa actitud podía ser considerada en ocasiones como brusquedad.

—Estás en tu casa, Bianca, pero antes me gustaría que supieses que tu padre está muy desmejorado —dijo Virgilia aferrándose a sus manos, esperando que la joven se derrumbara en cualquier momento. No obstante, Bianca no se inmutó.

—Te agradezco el aviso, Virgilia. No perdamos más tiempo. Quiero verlo.

Sin decir nada más, Bianca se encaminó hacia la habitación de sus padres. Esos segundos fueron suficientes en Matilde para ver una fuerza de la que Guido carecía.

—Iré a avisar a tu hermano —indicó Virgilia, alejándose por el pasillo como un fantasma.

—Me alegra mucho verte, Bianca —dijo Matilde. La joven le dedicó una sincera sonrisa. Pese a que habían transcurrido unos cuantos años desde la última vez que se vieron, existía entre ellas un cálido afecto.

—Y a mí, señora.

—Oh, no me trates de señora.

—Como quieras. Mi padre…

—No le queda mucho. Discúlpame si te ofendes, pero en estos casos, la muerte es el final más dulce —dijo Matilde. Bianca asintió dejando claro que había comprendido el mensaje. Su padre agonizaba. Aquello no era sino una despedida.

Abrió la puerta despacio, como si temiera que la claridad del pasillo desintegrara su cuerpo. El aire de la habitación estaba cargado y tenía un regusto ácido que le hizo encoger la nariz en un primer momento.

—¿Papá?

El bulto oscuro que había sobre la cama se movió ligeramente. Dos pequeños ojos brillaron en la oscuridad. La vida se apagaba en ellos. Bianca se acercó lentamente, descubriendo con cada paso el cuerpo raquítico y cetrino de su padre. Le sobrecogió tanto que hubo de apretar los labios para contener el llanto. No quería que su padre la viera así; no se lo merecía.

—¿Bianca? —dijo Donato arrastrando pesadamente cada una de las letras. La enfermedad prácticamente le había cegado.

—Soy yo, papá. Estoy aquí.

Donato sonrió con una mueca que ocupaba la mayor parte de su rostro. Sus manos se estiraron hasta ella. Quería sentir lo que sus ojos no podían ver.

—No sabía que se tardaba tanto desde Roma a Sorrento —ironizó. Bianca dejó escapar una sonrisa antes de que las primeras lágrimas cayeran por sus mejillas.

—Debí venir antes. Lo sé. Espero que me perdones.

Donato cogió aire.

—No tengo nada que perdonarte. Estoy muy feliz de tenerte aquí. Mi niña…

Los labios de Bianca temblaron de emoción. Hasta ella misma estaba sorprendida de sus lágrimas. Desde la lejanía la enfermedad de su padre era más llevadera, pero estando junto a él era hiriente como un puñal.

—Voy a quedarme aquí. Cuidaré de ti cada día.

Él asintió levemente y después dejó caer su cabeza hacia un lado. Su mirada se perdió en el infinito.

—Guido…

—No te preocupes por nada. Limítate a descansar.

—Ayuda a Guido… Ayúdanos…

Al cabo de unos minutos, Bianca salió de la habitación de su padre. Los remordimientos por no haber regresado a Sorrento antes se expandieron por todo su ser. Sin embargo, apenas dejó atrás la puerta, la lástima se convirtió en decisión y en ganas de enmendar la situación. Saludó con cariño a su primo Enzo y al joven que lo acompañaba.

—Se llama Amancio. Es un trabajador nato —señaló Enzo poniendo la mano sobre el hombro del joven.

—Eso es justo lo que necesitamos —dijo Bianca, que le dedicó una tierna sonrisa al muchacho. No le había hecho falta decir nada para que todos sospecharan que la finca de los Costa estaba bajo su control o iba a estarlo dentro de poco. No se trataba de una imposición. Aquello era recibido como el orden natural. Se comprendía.

No mucho después apareció Virgilia acompañada de Guido y Francesca. Bianca saludó a la joven y después estrechó en un fuerte abrazo a su hermano.

—No nos veíamos hace mucho —dijo Bianca.

—El tiempo pasa muy deprisa —afirmó Guido. Su hermana se fijó en su delgadez y en las ojeras grisáceas que se habían instalado bajo sus ojos. Parecía cansado y consumido.

—Ya lo veo.

Tras una breve conversación, Bianca le pidió a Guido que se reunieran en el despacho de su padre. Era evidente que Guido no se sentía del todo cómodo con la disposición de su hermana, que de inmediato se había hecho con las riendas de la situación. Cuando los dos hermanos se marcharon, Francesca lanzó una mirada a Enzo. Algo en él le despertaba un sentimiento confuso, de confrontación, como si dos opuestos se encontraran dispuestos a enfrentarse.

—¿Qué sucede? —preguntó ella. Enzo encogió los hombros.

—Nada.

Molesta, la joven se dio la vuelta y salió de la residencia de los Costa. En noviembre la relación entre ambos se había extinguido oficialmente y en las primeras semanas de diciembre, Guido y Francesca se mostraron mucho más unidos. Sin embargo, las noticias que llegaban de la guerra y la propia preocupación por el devenir hicieron que aquella novedad no tuviera toda la repercusión que cabía esperar.

Cuando los dos hermanos entraron al despacho. Bianca cerró la puerta y miró con preocupación a Guido. Después olió el particular aroma del despacho de su padre y sintió un arrebato de nostalgia. Había vuelto a casa: lo asimiló justo en ese momento; hasta entonces parecía haberse encontrado en un ensueño. Animada por la peculiar sensación, decidió continuar. Guido estaba de pie en mitad de la instancia, como un niño travieso que esperara recibir una regañina. ¿En eso se había convertido su hermano?

Sin darse cuenta, Bianca se sentó en la silla de su padre, desde donde tantas veces lo había visto concentrado, dirigiendo su trabajo con astucia. *Il Ragno*. ¿Cómo podía un hombre de su talla acabar su vida de esa manera, consumiéndose sobre un lecho? Con los pies amputados, prácticamente ciego y suplicando por un vaso de agua. Una parte de ella creía que él tendría un as bajo la manga para sacarlo en el momento preciso, pero no era así. Ninguna carta ni nada podía salvarlo.

—Lamento mucho mostrarme tan impetuosa, pero quiero conocer de primera mano cómo está la situación. En la carta me decías que en pocos meses seremos incapaces de hacer frente al pago de las letras. ¿Cómo hemos podido llegar a eso? Aparte de estas tierras, papá tenía alquileres y más propiedades.

Seremos, podemos… En ese instante, Guido se percató de que la autoridad de su hermana crecía a costa de la suya. Ni siquiera había transcurrido una hora de su llegada y ya le estaba pidiendo explicaciones. Él mismo le había pedido ayuda, pero aun así sentía un vértigo enorme.

—La mayor parte de las rentas se han convertido en gastos. No es un buen momento para los negocios y los precios han caído. Renato Pugliese puede darte más detalles. Papá le dejó al mando de

esa parte del negocio. En cuanto a mí, lo único que he gestionado ha sido la plantación.

—¿El calabrés? —preguntó Bianca. Conocía a ese hombre desde que tenía memoria y la lealtad a su padre era absoluta. Además, pese a que no estaba segura del todo, la parte gestionada por el calabrés no podía compararse con la plantación. Esta era el verdadero motor de los Costa.

—Papá lo mantuvo en secreto. Supongo que no confiaba en mí —dijo Guido con una sonrisa que expresaba parte de su frustración. Para Bianca era un gesto evidente de impotencia.

—Ya sabes cómo era… es papá. Quizás no quería agobiarte. Pero, Guido, en cuanto a la plantación. ¿Qué ha ocurrido? Nuestros limones son muy deseados por todo el país.

—Supongo que no hemos tenido suerte —contestó Guido mientras valoraba la dosis de sinceridad que debían destilar sus palabras. Bianca sabía muy poco de su amigo Pietro Fontana y estaba convencido de que era mejor mantenerlo en secreto. Al menos por el momento. Ese era un problema que prefería postergar todo lo que pudiera.

Su hermana estaba sacando los escasos papeles que había en los cajones del escritorio y los extendió sobre la mesa. En ellos había anotaciones, listas de cifras que parecían carecer de todo sentido y pequeños dibujos que conformaban un elaborado marco en casi todas las hojas. Bianca estaba cada vez más nerviosa. Aquello parecía los deberes de un niño despistado y no los ejercicios de contabilidad de una plantación de gran superficie. ¿Eso era todo lo que había hecho su hermano?

—¿Cuántas cosechas tenemos al año?

Tenemos.

—Dos. Una a principio del otoño y otra a mediados de primavera.

—¿Y lo conseguido con las ventas no son suficiente para afrontar los gastos? —preguntó Bianca escudriñando a su hermano con la mirada.

—Al parecer no —contestó Guido de manera lacónica.

Bianca trató de mostrarse serena. Abrió el bolso y sacó un paquete de cigarrillos. Guido aceptó la invitación y durante unos

segundos ambos hermanos se limitaron a fumar en silencio mientras el denso humo se extendía por el despacho.

—Dime qué está pasando.

La frase de Bianca sonó categórica, imperial, sin posibilidad de discusión. Guido luchó para no expresar su sorpresa. No esperaba que la llegada de su hermana lo forzara a esa dosis de sinceridad.

Guido dio una fuerte calada y después comenzó a hablar. Lo hizo muy despacio, aunque los nervios lo hicieron tartamudear en un par de ocasiones. Bianca recordó que su padre le había dicho una vez que un hombre que tartamudea es incapaz de controlarse a sí mismo; era justo lo que tenía enfrente de sus ojos. Su hermano le relató cómo había gestionado la finca, lo mucho que habían trabajado Enzo y él para sacar la cosecha hacia delante y cómo la llegada de Matilde le dio la oportunidad de formar parte del *Liquore di Constanza*. Una vez más, a la desesperada, había recurrido a su primo Enzo, aunque este ni siquiera estaba presente.

—Sin embargo, la inversión fue una decisión pésima. Las ventas quedaron muy por debajo de lo esperado y las deudas se incrementaron. La guerra tampoco nos puso las cosas fáciles. Eso puede confirmártelo el calabrés.

Bianca escuchó todo con atención, sin expresar las dudas y las incoherencias que había encontrado en el relato de su hermano. En silencio, este confiaba que tanto Renato como Matilde no dijeran nada acerca de la participación de Pietro Fontana. Precisamente, en ese instante Bianca concluyó que debía conversar con el resto de los implicados para conocer la verdad.



Lucrecia regresó a la finca un poco más tarde de lo normal. Después de cerrar la tienda, había estado esperando a un joven que conocía por el nombre de *Voce*. Este era el encargado de pasar los panfletos entre los miembros de los grupúsculos de socialistas, así como de intercambiar mensajes.

Así, en cuanto *Voce* le entregó una hoja plegada hasta quedar convertida en poco más grande que un dado, Lucrecia la guardó bajo el pliegue de su manga. Después tomó el camino a casa. Cuando puso sus pies en la finca de los Costa, el sol se escondía tras las montañas y todo quedó teñido de naranja oscuro. Suspiró aliviada de haber llegado antes de que se hiciera de noche por completo, pues de ser así su madre la cosería a preguntas. Sin embargo, para su sorpresa, el tema de la política no le preocupaba tanto como el hecho de un posible pretendiente. El porqué de ese interés de su madre era un misterio para ella, aunque tampoco iba a perder tiempo preguntándoselo.

Al llegar a la finca fue directamente a su casa, pero para su sorpresa tan solo encontró allí a su hermana Vania.

—Creo que Francesca está con Guido —dijo con una sonrisa que Lucrecia encontró incoherente. Tampoco le dedicó más tiempo. Hacía tiempo que su hermana más pequeña se había convertido en una desconocida.

—Mamá estará cuidando del señor Costa, ¿no es así?

Vania encogió los hombros.

—A lo mejor está con Bianca.

Lucrecia frunció el ceño.

—¿Bianca? ¿Quién es Bianca?

—La hermana de Guido. ¿No la recuerdas?

Su hermana tardó varios segundos en reaccionar. Sabía quién era Bianca y la recordaba, pero hasta ese momento no barajó la posibilidad de que ella regresara a Sorrento.

—Ha llegado esta mañana. Viene un poco subida de la ciudad. Una temporada en Roma y se creen superiores. ¿Puedes creerlo?

Lucrecia no le prestó más atención a Vania y la despachó con una sonrisa. Después, movida por la curiosidad, fue hasta la residencia de los Costa. El destino quiso que la primera persona a la que se encontrara fuera a Bianca. La joven estaba en el porche, sentada en la mesa junto con varias carpetas repletas de documentos que se desparramaban sobre la mesa como una mancha de aceite.

—¿Lucrecia? —dijo la joven soltando los papeles de sus manos e incorporándose de un salto. La hija de Matilde se sorprendió por la reacción de la joven.

—¡Cuánto tiempo!

Las dos jóvenes se estrecharon en un tímido abrazo.

—No sabía que habías regresado —expresó Lucrecia mientras a su cabeza venían los recuerdos de los años que compartió con Bianca antes de que se trasladaran a Nápoles. Ambas habían tenido una afinidad especial, más por cuestión de edad que una amistad en sí.

—Me hubiera gustado regresar antes, pero tenía asuntos que cerrar en Roma. La vida en la capital se parece muy poco a Sorrento.

—Me lo imagino —contestó Lucrecia—. Incluso Nápoles me parece una locura comparado con la tranquilidad que se respira aquí. Por cierto, ¿cómo van las cosas por allí a causa de la guerra?

Su pregunta sorprendió a Bianca, aunque, por otra parte, lo agradeció. Todas las conversaciones que había mantenido a lo largo del día se habían centrado exclusivamente en su padre o en el futuro de su propia familia.

—En estos momentos la euforia desborda cada rincón de Roma. Las victorias de Hitler han hecho creer a muchos que el *Duce* los llevará a la victoria de igual manera.

Lucrecia afinó la mirada.

—¿Y no es así? —preguntó.

Los labios de Bianca esbozaron una mueca divertida.

—Amo este país, pero me considero más bien realista. ¿No lo ves así?

Lucrecia le devolvió el gesto. Ambas sabían a qué juego estaban jugando. Ningún socialista exponía abiertamente sus ideas sin asegurarse de que la persona que tenía enfrente era de fiar.

—No creo que la guerra sea la solución a nada —respondió Lucrecia.

—¿De verdad? ¿Ni siquiera como defensa a una agresión?

—No estoy diciendo que Polonia no tuviera derecho a defenderse. Por supuesto que sí. Las vidas a sacrificar siempre son

pocas cuando se trata de derrotar a las hordas fascistas.

Bianca sonrió con un gesto evidente de triunfo. Lucrecia sola había puesto su pensamiento sobre la mesa. Ella misma se dio cuenta y agachó el rostro avergonzada. Pese a la amistad que la había unido a Bianca, años atrás, en ese momento las separaba un abismo.

—Supongo que la muerte es mejor a acabar sometidas por los fascistas —dijo Bianca para tranquilidad de Lucrecia.

—Sí. Tienes razón.

—Pero hay incongruencias, ¿no es así? Después de todo soy la hija de un burgués, de un terrateniente. Teóricamente no estoy en el bando correcto, ¿no?

Lucrecia estaba desconcertada. Era como si Bianca se adelantara a su razonamiento y le rebatiera sus ideas antes siquiera de que las planteara.

—No he insinuado tal cosa.

—Pero sé que lo has pensado —respondió la hija de Donato con una sonrisa traviesa—. Capitalista, burguesa, fascista… sé que me has definido con alguna de esas palabras, sino con todas a la vez.

—Te prometo que no.

Bianca soltó una carcajada.

—Oh, Lucrecia, lamento mucho haberte hecho pasar este mal trago. De verdad, no era mi intención.

La hija de Matilde estaba más confusa todavía, pero pensó que reírse sería una buena respuesta. Si lo hubiera sabido se hubiera quedado en la casa con su hermana Vania. Sin embargo, una parte de ella estaba fascinada con la inteligencia y la lucidez de Bianca. Era como un oasis en el desierto gris de su vida en Sorrento. Su madre estaba demasiado ocupada con Donato, Francesca pululaba como una flor en los primeros días de primavera y su hermana Vania era, simplemente, indescifrable. Hasta ese preciso momento no había advertido lo sola que se había sentido desde su llegada a Sorrento.

—No te recordaba tan bromista.

—Puede que los años en Roma me hayan cambiado. La gente, las ideas. ¡En Roma todo bulle! Es como una olla hirviendo. Te

encantaría. ¿Te gustó Nápoles?

Lucrecia repasó fugazmente su experiencia en Nápoles. Allí todo se reducía a su padre y a las infinitas horas de charlas, lectura y reflexión. Pero ¿Bianca se refería a eso? ¿Se acordaba de los intereses políticos de su padre? ¿Aquellos que podían ocasionar varias noches de arresto o incluso la condena a muerte?

—En ciertas cosas me gusta más que Sorrento.

—¿Fumas? Oh, soy tan desconsiderada. Sentémonos a hablar.

Sin darse cuenta, Lucrecia se encontró sentada frente a Bianca. Pese a que no fumaba, en sus dedos sujetaba un cigarrillo al que no dio más de una calada y que se consumía lentamente entre sus dedos.

—Salvando las distancias, en realidad, tu vida y la mía son bastante parecidas. Ambas crecimos aquí y nos trasladamos a una ciudad. Por cierto, me entristecí mucho al saber de la muerte de tu padre, pero, de la misma manera, me alegré cuando supe que regresaban a Sorrento. Ustedes son parte de la familia.

Lucrecia asintió con una sonrisa sincera.

—El sentimiento de mi madre, de mis hermanas y el mío propio es el mismo —tras decir esto, Lucrecia advirtió que el cigarrillo se había consumido en sus dedos y se apresuró a apagarlo en el cenicero. Aquel gesto inocente hizo que el papel plegado que escondía bajo su manga, aquel que le había entregado *Voce*, saltara como un guijarro y rebotara sobre la mesa. Nada más verlo, los ojos de Bianca se abrieron sobremanera.

—¡No sé cómo! —exclamó Lucrecia llevando su otra mano para coger el papel. Sin embargo, la hija de Donato fue más rápida. El rostro de Lucrecia palideció. Sin decir nada y sin pedir permiso, Bianca comenzó a desdoblar el papel.

—Me lo ha dado un joven. Ni siquiera sé cómo se llama —se excusó Lucrecia. Estaba tan nerviosa que sentía los latidos resonando en su cabeza.

Lucrecia sentía como el mundo se derrumbaba sobre ella hasta que el sonido de unos pasos provocó que Bianca guardara el papel rápidamente. Matilde y Virgilia hicieron acto de presencia.

—¡Vaya! Las dos primogénitas de la casa —dijo Virgilia ocultando el hecho de las dos jóvenes amenazaban por completo sus creencias en cuanto a matrimonio y sentido de la responsabilidad. Seguía estando convencida de que una boda podía solucionar muchos de los problemas de los Costa. Las tradiciones, el orden que había regido la vida desde hacía cientos de años no podía estar equivocado.

Matilde puso las manos sobre los hombros de su hija.

—Pensaba que estabas en casa. ¿Ha ido el señor Pugliese por la tienda?

Presa de los nervios, Lucrecia pasó por alto la insistencia de su madre respecto al calabrés.

—No. Ha sido un día bastante tranquilo a decir verdad.

—Mañana irá mejor —respondió Matilde. Su hija asintió sin mucha convicción.

—¡Es cierto! —exclamó Bianca—. Regentan una tienda en uno de nuestros locales en Sorrento. Oh, son tantas las novedades que me faltan los segundos para detenerme en todas ellas. ¿Cómo les va? ¿Les ha afectado mucho la guerra?

Matilde encogió los hombros en un gesto sincero.

—Debemos amoldarnos a los tiempos que corren. Lamentarse no vale para nada.

—Tienes razón. Esa actitud es la que debemos tener en estos días de incertidumbre.

CAPÍTULO 19

ENERO DE 1940

Guido condujo con cuidado por el intrincado sendero de tierra, aunque denominarlo sendero era demasiado generoso. Parecía que una serpiente gigantesca se hubiera arrastrado por allí, retirando la vegetación y dejando un enorme surco de barro, piedras y socavones.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras luchaba con el volante y la palanca de cambios. El motor rugía con furia por el esfuerzo.

Hacía varios días había recibido una carta de un tal Andrade, alguien que no conocía. Creyó que se trataría de algunos de los acreedores de su padre, sin embargo, cuando leyó las pocas líneas de la misiva, su corazón se detuvo. Era una carta de su amigo Pietro Fontana. Lo citaba en un recóndito paraje al norte de Amalfi. Tenía que ir solo.

Dudó de qué hacer, pero sí cumplió en eso de no comunicárselo a nadie más. Pietro Fontana era vilipendiado en la finca de los Costa. Lo sucedido con los camiones había supuesto el fin del *Liquore di Constanza* y una deuda que Renato y Matilde pagaban a sabiendas de que Guido no podía. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo vio? ¿No fue en ese club de Amalfi poco después de que comenzara la guerra?

Finalmente, siguiendo su intuición —la cual sabía que muchas veces le había traído problemas—, montó en el coche y sin decir nada a nadie, partió.

—No puede estar muy lejos.

Había dejado atrás una superficie arbolada y se había introducido en un valle cercado por pequeñas montañas. Al final, como una pulcra mancha sobre el verdor, se veía una pequeña casa. El corazón de Guido se aceleró. El calabrés le había pedido que se olvidara de su amigo Pietro. Si todo aquello se trataba de una trampa, de una manera de vengarse de los Costa por lo sucedido con los camiones, entonces podía considerarse hombre muerto.

Al cabo de un minuto detuvo el coche frente a otro que cortaba el camino. En su interior se vislumbran las siluetas de dos hombres, que no tardaron ni un segundo en bajarse. Uno de ellos, el que se bajó por la puerta del otro lado, apoyó con suma tranquilidad una escopeta sobre el techo del coche y apuntó directamente a Guido. Este estaba tan nervioso que no se fijó en que el otro se había acercado hasta él con una pistola en la mano y le sonreía de manera amenazante.

—¿Eres Guido Costa? —preguntó golpeando el coche con la pistola. Guido asintió mientras sus manos temblaban sobre el volante.

—¿Qué estás haciendo aquí? —continuó el hombre.

—Pietro Fontana. Me dijo que se encontraba aquí.

El hombre, cuyos ojos relucían bajo la oscuridad de la solapa del sombrero, borró la sonrisa de sus labios.

—Pietro Fontana no pudo escribirte —dijo alzando la pistola. Guido comenzó a sudar hasta que recordó cuál era el remitente de la carta.

—Fue Andrade —afirmó con desesperación.

Sin retirar la mirada de él, el hombre hizo con la mano un gesto para que el otro, el de la escopeta, retirara el coche del camino.

—Bájate. ¿Llevas armas?

—No. Por el amor de Dios.

El hombre cacheó a Guido.

—Puedes continuar.

Guido arrancó y aceleró para llegar de una vez a la casa. Allí debía estar Pietro, pues de otra manera habrían acabado con él. Los rumores eran ciertos: la Camorra, esos hombres de honor… Pietro Fontana era uno de ellos. Eso era lo que Renato le había insinuado. Aunque, en el fondo, ya lo intuía; no era estúpido, pese a que todos pensaran que lo era.

Varios hombres armados custodiaban el exterior de la casa, pero entre ellos había un rostro que Guido reconoció. Pietro estaba apoyado en una barandilla, con una sonrisa burlona y un cigarrillo en sus dedos. Cuando Guido lo vio se sintió extraño.

—¡Sabía que vendrías! —exclamó Pietro alzando sus brazos. Guido bajó del coche y lo saludo con un gesto tímido. Estaba amedrentado por la presencia de aquellos hombres que esperaban a un mínimo aspaviento por su parte para acabar con él.

—Me ha costado decidirme.

—Pero lo importante es que has tomado la decisión correcta. Ven. ¿Quieres algo de beber?

Guido rechazó la invitación, pero aun así le trajeron una botella de vino.

—Hace mucho que no nos vemos —dijo Guido. Era su manera de pedirle explicaciones por lo sucedido con el licor.

Con gran dramatismo, Pietro se llevó las manos al pecho.

—¡La mala fortuna!

—Renato nos contó que los camiones fueron asaltados. Que se transportaba algo en los huecos de las botellas de licor. —Tras esto, Guido bebió el vino de un solo trago. Pietro no parecía muy preocupado. Cogió otro cigarrillo y le ofreció el paquete.

—Los rumores vuelan, ¿no es así? Vaya, vaya, parece que el calabrés tiene buenos informantes. Dime, ¿le crees?

Guido se percató de que su amigo lo miraba de una manera extraña. Los ojos intensos de Pietro transformaban su sonrisa en un gesto de alerta que le ponía muy nervioso. Estaba claro que tras su amabilidad se escondía una sutil amenaza. Lo estaba poniendo a prueba.

—No sé qué creer, Pietro. Lo único que sé es que el hombre que pagó por el licor nos ha exigido que le devolvamos el dinero. El calabrés dijo que no teníamos opción y que gracias a mi padre la cosa no ha ido a peor.

Pietro sonrió de nuevo. Guido estaba cada vez más nervioso.

—Las cosas no salieron como planeábamos. Eso es cierto. Ah, esto no tiene sentido. Te mereces saber la verdad. Es lo mínimo después de acogerme y ocasionarte esos problemas. Pero lo primero, es lo primero. —Pietro levantó la mano y uno de los hombres, entró en la casa. Pocos segundos después, ese mismo hombre salió con una bolsa de cuero que entregó a Pietro—. Esto es para ti.

La bolsa, entreabierta, terminó en las manos de Guido. Estaba repleta de dinero.

—¿Qué es esto?

—Por las molestias. Hay dinero suficiente para pagar el dinero que le deben a ese hombre, ¿no es cierto?

Guido tenía los ojos extremadamente abiertos.

—No puedo…

—¿El qué? ¿Aceptarlo? No seas idiota, este dinero es tuyo y si te niegas, uno de estos hombres llevará la bolsa a la residencia de los Costa. —El tono de Pietro era tan serio que sorprendió a Guido.

Por un momento, Guido se imaginó la reacción de todos cuando les comunicara que él se había encargado de la deuda. Podría contarles que había cerrado algún tipo de negocio. Era un sueño placentero y, sobre todo, estaba al alcance de su mano.



Días después, Guido y Francesca paseaban por un pueblo no muy lejos de la finca de los Costa. Habían ido con Matilde y Vania. Estas iban a una modista para que le arreglara varias prendas a la joven. Mientras las atendía, Matilde les dio vía libre. No le hacía gracia, pero no se sentía en la posición de confrontarse con Guido. El joven era atento, educado y, además, se había hecho cargo de toda la deuda de *Liquore di Constanza*. El cómo no lo sabía y no quería preguntar.

Mientras caminaban, Francesca observó fascinada los picos nevados de las montañas. No era más que una cobertura blanca en la punta, pero aun así le llamaba la atención.

—Una vez mi padre nos llevó a los Alpes. Allí la nieve se extendía hasta donde alcanzaba la vista —dijo Guido.

—Seguro que era precioso.

—Cuando termine la guerra iremos. También podemos pasar varios días en Milán. Dicen que es preciosa —dijo Guido con entusiasmo.

Francesca asintió con una sonrisa y pensó en que, a diferencia de Enzo, Guido sí la incluía en su futuro. Raro era el día que no le decía un *iremos* o *podremos* o algo por el estilo. Hasta el momento no eran más que buenos amigos, pero Francesca era consciente de que Guido se convertiría en su pretendiente dentro de poco. En ese sentido se le veía con más iniciativa que a Enzo.

—Todo el mundo dice que va la guerra va a terminar pronto. ¿Será verdad?

—¡Por supuesto! Solo hay que leer las noticias. Miles de soldados aguardando en sus trincheras mientras juegan a las cartas y beben vino. ¿Esta es la guerra moderna? ¡Que me envíen al frente!

Francesca sonrió ante las ocurrencias de Guido. Enzo era más parco de palabra. ¿Por qué siempre tenía que compararlos? Era algo innato, como el respirar. Una lucha constante y silenciosa que tenía lugar en su cabeza.

Rato después se reunieron con Matilde y Vania y merendaron en una pequeña cafetería. Habían echado una tarde fantástica. Los cuatro podían sentir esa especie de armonía que se había instaurado en sus vidas. Sin embargo, Matilde lo comprendió como que Francesca y Guido tenían interés mutuo. A no mucho tardar tendría que decidir si quería al hijo de los Costa como yerno. Tenía tantas razones para negarse como para aceptar, aunque las segundas pesaban más.

Regresaron a la residencia con la última luz del atardecer. Cuando bajaron del coche sus respiraciones eran tímidas nubes de vaho que escapaba de sus labios. Hacía frío. Por ello, Matilde se alertó cuando vio abierta la puerta principal de la casa. Sin decir nada, apresurada, se adelantó.

En ese mismo instante, otro coche acababa de llegar a la finca y se acercaba lentamente hacia la casa. Era el doctor Lombardi. Lo acompañaba un hombre de avanzada edad, vestido con un traje negro y un alzacuellos.

—¡Señor Lombardi! —exclamó Guido mirando con pavor al dúo que acababa de llegar. El sacerdote lo saludó con un gesto solemne, sin detenerse, dirigiéndose hacia la puerta de la casa.

—Hemos venido lo más rápido que hemos podido —contestó el doctor.

Todos se dirigieron al interior rápidamente. En el salón principal, Bianca y Enzo se abrazaban con los ojos enrojecidos y las lágrimas cayéndoles por las mejillas. Guido comenzó a respirar de manera acelerada.

—¡Papá! —gritó.

En la puerta de la habitación de Donato estaba Virgilia. Tenía un rosario en sus manos y rezaba con fervor. Cuando se percató de que Guido se acercaba, detuvo sus plegarias y se abalanzó sobre él.

—Oh, Guido. Ya está descansando. Se ha ido.

Guido estaba en *shock*.

—¡Papá! —gritó de nuevo. Francesca fue hasta él y le sujetó las manos—. ¡Déjame!

Guido las apartó de su camino y entró en la habitación de su padre. Allí ya se encontraban Aldo Lombardi y el sacerdote. Este esperaba su turno paciente, sujetando una biblia en sus manos y mirando fijamente el cuerpo sin vida de Donato Costa.

El doctor sujetaba el brazo inerte del difunto mientras con la otra mano buscaba su pulso en el cuello. Después de unos segundos, dejó caer suavemente la mano sobre la cama y se giró hacia Guido.

—Aunque hubiese estado aquí, no hubiera podido salvarlo.

Guido no lo escuchó. Su atención estaba fija en el cadáver de su padre. Su expresión parecía relajada. Su mirada vacua observaba el techo, pese a que el doctor Lombardi le había bajado los párpados. Estaba muerto.

—Papá… —musitó.

El sacerdote dio un paso al frente.

—Su alma descansa con Dios.

Justo después el sacerdote comenzó a rezar. Virgilia se situó a su lado y lo imitó. El resto acudió también a la habitación para despedirse de Donato. Sin embargo, Guido no podía estar allí. Se espoleó bruscamente y salió de la habitación. Todos los observaron hasta que Bianca fue tras él.

—Hermano. Por favor, no quiero que estés solo —dijo Bianca. Guido salió al jardín y miró a su alrededor como si sus ojos buscaran

un destino al que dirigirse. Finalmente se adentró entre los limoneros—. ¡Guido!

Pero su hermano no contestó y siguió caminando, cada vez más rápido, hasta que Bianca lo perdió de vista.

—¡Guido!

Sus pasos lo llevaron al punto más alejado de la plantación, un rincón apartado de la vista de los demás y que las últimas lluvias había transformado en una especie recoveco. Una vez allí, se dejó caer de rodillas y rompió a llorar.



El funeral de Donato Costa tuvo lugar varios días más tarde. Se celebró en el cementerio de Sorrento y fueron muchos los que acudieron, incluso altos cargos del gobierno de Mussolini quisieron estar presentes en la despedida de un hombre como él. Cientos de personas que presentaron su respeto a Bianca y a Guido. Pocos sabían que el dolor era compartido con las Rinaldi, pero aun así Matilde y sus hijas optaron por mantenerse en un segundo plano. Allí había personalidades de renombre que las hacía sentirse unas desarrapadas. Enzo, como si hubiera sido más que un sirviente, permaneció alejado de todos. Amancio y su madre, Santina, fueron su única compañía.

Renato los acompañó cuando regresaron a casa. Pese a que estaban todos en el salón principal y que la muerte de Donato venía anunciándose desde hacía mucho, reinaba un silencio extraño. Todos cavilaban y miraban al infinito. Las conversaciones se limitaban a unas pocas palabras y los rezos de Virgilia eran lo único que alteraba aquel silencio doliente. En cierta manera, todos sabían que la muerte de Donato era un hecho trascendental. El anciano hacía tiempo que había dejado de participar en el día a día, pero su sola presencia podía compararse a la de un rey postrado y mientras el rey viviera, el reino seguía estando unido.

Al menos eso era lo que pensaba Matilde. Agradecía enormemente que Bianca hubiera decidido por el momento

quedarse en Sorrento. Le aterraba la sola idea de que Guido se quedase solo a la cabeza de todo. Ella era un resquicio al que aferrarse.

Esa misma noche, cuando ya estaban en su casa, Lucrecia buscó intencionadamente a su madre. Sus pensamientos no estaban tan alejados.

—¿Qué será de nosotras? —le preguntó cuando se aseguró de que sus hermanas no se entrometerían en la conversación. Matilde la observó durante unos segundos. De alguna manera le consoló que ella fuera consciente de la situación en la que se encontraban. Su casa, la tienda, todo pertenecía a los Costa; dependían de ellos.

—Me temo que tendremos que hablar con Bianca y Guido. Ellos mandan ahora.

Lucrecia también estaba aliviada con la presencia de Bianca. Se habían hecho muy amigas y estaba segura de que ella no permitiría que quedaran en la calle. Además, Francesca estaba muy apegada a Guido, lo que sin duda jugaba a su favor. Quizás, ese último detalle, era el punto crucial en la cuestión, aunque Lucrecia detestaba el mero hecho de pensar de esa manera.

—Por suerte, las cosas parece que van mejor desde que Bianca está aquí —dijo Matilde.

—La gestión de Guido era un desastre.

—No debe ser fácil gestionar tantas cosas. No hay que juzgar —añadió Matilde. Lucrecia, que estaba al día gracias a Bianca, no tenía ganas de discutir y se limitó a asentir—. Ahora quien me preocupa es Francesca.

La confesión de su madre la pilló por sorpresa.

—¿A qué te refieres?

Matilde respiró profundamente.

—Ya sabes que tu hermana y Guido están muy apegados, de la misma manera que antes estaba con Enzo. Los hombres son celosos, Lucrecia; no importa que sean familia. Si hay una mujer de por medio, las cosas pueden complicarse en cualquier momento.

Sinceramente, Lucrecia no comprendía qué quería decir su madre.

—Si Francesca ha elegido a Guido debería hacerse oficial. Es la mejor manera para que no surjan problemas con Enzo. No quiero que nadie pague los platos rotos.

—Ahora que lo pienso, Enzo ha cambiado mucho. Es una persona totalmente distinta —dijo Lucrecia acercándose a su madre—. Pero no creo que esos dos hayan dejado de tener sentimientos mutuos.

Matilde esbozó una media sonrisa. Era el turno de la experiencia.

—Yo sé que la tensión se palpa en el ambiente cuando están juntos. Pero tu tía Virgilia me dice que Francesca le ha confesado que le agrada Guido.

—¿Mi tía Virgilia? ¿Cuántas veces ha intentado que yo aceptara un matrimonio con Guido? ¿Acaso no crees que es una artimaña para que logre su cometido, ahora con Francesca?

—Sé que sus formas no han sido las mejores, pero su intención es buena. Quiere lo mejor para nosotras. No tenemos que culparla de cómo funcionan las cosas en este mundo.

Lucrecia sonrió irónica y con las manos en la cintura comenzó a pasear por la habitación.

—¿Qué estás insinuando?

Matilde agachó el rostro. No le era fácil poner en sus labios la idea que pasaba por su cabeza, la misma que Virgilia le había comentado tantas veces respecto a Lucrecia, pero que esta había rechazado con fiereza. No le hizo falta decir nada. Su hija lo comprendió cuando la miró fijamente a los ojos. Meses atrás la ira se habría apoderado de ella y se habría enfrentado a su madre, pero en ese momento comprendía que lo que su madre le había insinuado era una muestra más de cómo funcionaba el mundo. Las ideas, el bien y el mal y lo correcto dejan paso a lo real.

—Hacer oficial la relación de tu hermana con Guido —dijo Matilde con un hilo de voz. Una parte de ella era consciente de que se estaban aprovechando de los sentimientos de su hija para asegurarse un porvenir. Pese a la paupérrima situación económica de los Costa, estos seguían gozando de prestigio. Pertenecían a la aristocracia de Campania. ¿Es que acaso podía haber mejor marido para Francesca?

—Estás diciendo que quieres que se comprometa con Guido —exclamó Lucrecia chasqueando los labios—. No comprendo por qué no me hablas claro. De un modo u otro no deja de ser una transacción. El precio por quedarnos aquí es Francesca.

Matilde miró intensamente a su hija.

—¡Eso no es cierto! ¿Te obligué a que aceptaras a Guido como esposo? Siempre he mirado por ustedes. Nadie la está obligando a nada. Además, tu hermana siente algo por Guido. Solo hay que verlos.

—Igual que antes estaba enamorada de Enzo. Francesca es un poco volátil en ese sentido. Según mi parecer, solo está molesta por las actitudes de Enzo, se le va a pasar la rabieta y se dará cuenta de que a quien quiere es a él.

Las palabras de Lucrecia desconcertaron a Matilde. Por un segundo, había olvidado la fugaz relación que su hija había mantenido con el primo de Guido. Sin embargo, prefirió dejarlo correr y zanjar la conversación cuanto antes. Lucrecia leía mucho y era una oradora excelente; discutir con ella era una temeridad.

—No quiero que te dejes llevar por tus ideales, no será que no quieres que tu hermana se case con un terrateniente —dijo Matilde seria. Lucrecia sonrió irónica, pensando en que su madre no se daba cuenta de nada—. Lo importante es que Guido está dispuesto a dar el paso. Ya ha tanteado el terreno con Virgilia.

—¿Por qué con ella?

—Tiene más confianza con ella. A decir verdad, agradezco su prudencia. Lo tomo como una señal de respeto tanto a mí como a tu difunto padre.

Lucrecia despreció el aspecto sentimental de la conversación.

—Entonces no hay nada que decidir. Que Guido pida la mano de mi hermana es cuestión de tiempo, ¿no es así?

Matilde asintió. Llegado ese momento, verían qué les depararía el destino.

CAPÍTULO 20

Francesca sonrió deslumbrada mientras Guido sujetaba una pequeña caja tapizada en terciopelo, abierta y con un collar de brillantes en su interior. Había soñado con momentos así, como esas historias de amor de las que había oído hablar. ¿Cuándo y dónde? Eso no importaba en absoluto. Ella se había convertido en la protagonista.

—Pero, Guido, esto…

—¿No te gusta? —preguntó él con asombro.

A Francesca le costó razonar con claridad. La sorpresa, la responsabilidad y los remordimientos confrontaban en su interior como colosos dispuestos a destruirse. Sabía que la situación de los Costa era delicada, pues tras la muerte de Donato habían surgido multitud de acreedores afirmando que Donato Costa se había comprometido a hacer frente a sus deudas; Bianca y Guido recibieron multitud de cartas donde se exigía a los herederos de Donato que abordaran la totalidad de las deudas. Por suerte para ellos, Renato Pugliese se comprometió personalmente a descubrir cuáles de esos acreedores decían la verdad y cuáles no.

—Francesca —exclamó Guido—. ¿Qué sucede?

La joven regresó a la realidad. Guido estaba frente a ella con aquel collar reluciente bajo el destemplado sol del atardecer. Juntos habían caminado más allá de la finca. Se trataba de un viñedo que permitía recorrer la parte alta con unas vistas de ensueño al golfo de Nápoles.

—Es precioso, Guido. Debe haberte costado una fortuna.

Guido hizo un gesto de modestia.

—Oh, no tanto. Para ti todo es poco.

Una sonrisa bobalicona se dibujó en los labios de Francesca. Pese a que se sentía feliz, ¿qué le impedía disfrutar plenamente de aquel momento? Sus sentimientos chocaban de bruces con un muro infranqueable y, al mismo tiempo, desconocido. ¿Eran sus sentimientos por Enzo que no cambiaban?

Con delicadeza, Francesca cogió el collar y lo extendió en la palma de la mano. Fugaz, Guido se lo arrebató acariciándole con la yema de sus dedos. Después lo extendió ante sus ojos. Las piedras preciosas brillaron con un relucir travieso.

—¿Puedo?

Francesca asintió, recogió su melena y se la echó a un lado. Guido la rodeó hasta quedar tras ella y extendió el collar sobre su cuello. Las vistas que se le ofrecían al joven en ese momento le hicieron brotar un intenso calor en su interior. Sus dedos rozaron el cuello de Francesca y esta se sintió algo incómoda.

Apenas Guido enzarzó en collar, ella se dio la vuelta y sin decir nada, lo besó en los labios. Pocas veces había sido tan atrevida. Sus labios habían buscado los de Guido esperando encontrar algo muy concreto, una energía mágica, una sensación que la hiciera ascender y sentirse la mujer más afortunada del mundo. Pero no fue así.

Vania sonrió. Había esperado ese momento durante meses, incluso había rezado por ello. Ahora ya estaba segura de que tenía vía libre para conquistar a Enzo. Guido y Francesca todavía se estaban besando cuando ella consideró que ya había visto suficiente.

En cuanto puso sus pies de nuevo en la finca de los Costa, Vania fue en busca de Enzo. Este seguía muy taciturno y reservado. Quizás todavía sentía algo por su hermana, pero ella tenía en su poder la información necesaria para que este dejara de una vez de pensar en Francesca. Tan solo tenía que demostrarle que estaba fuera de su alcance.

Lo encontró apilando leña en el cobertizo que había junto a la residencia de los Costa. Ya era tarde, por lo que Enzo ya había acompañado a Amancio a su casa. «Mejor», pensó Vania. Ese niño

se había convertido en su sombra, como si se tratara de un perro. La ponía nerviosa la manera en que miraba.

—Hola —dijo Vania con una sonrisa. Enzo la miró de reojo mientras descargaba troncos de la carretilla. Este le devolvió el saludo con un ademán.

—Pensaba que ya estabas en casa.

—Quería reponer la leña. Las noches están siendo muy frías.

Vania lo observó mientras sus férreas manos cargaban con la madera. Bajo la chaqueta se dibujaba su torso trabajado. Lo deseaba tanto que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él.

—Y que lo digas. De hecho, ya está refrescando bastante. No sé cómo Guido y mi hermana pueden estar dando paseos por ahí.

Enzo se lamentó en silencio, aunque su gesto expresó la sorpresa por las palabras de Vania. Esta lo advirtió y supo que había dado en el clavo. Había observado mucho a Enzo y lo conocía más de lo que él podía suponer.

—Aunque, a decir verdad, están bastante acalorados. No se lo digas a mi madre, pero acabo de ver cómo se besaban —relató Vania con una sonrisilla traviesa. Esta vez, Enzo no pudo contenerse y clavó sus ojos en ella.

—¿Cómo dices? —exclamó Enzo con un brillo de rabia en sus ojos. Su reacción fue tan repentina que hasta Vania retrocedió asustada.

—Están en la finca de al lado —dijo señalando hacia el lugar en cuestión, como si quisiera dejar claro quiénes eran los culpables y librarse de todo reproche.

—¿Y qué hacías tú allí? —preguntó Enzo mientras volvía a centrarse en su tarea. Vania palideció y durante unos segundos buscó una respuesta convincente en su interior. Finalmente decidió que era mejor dejarlo a solas. Tenía que darle tiempo para que digiriera la noticia.

Cuando Enzo se aseguró de que Vania se había ido, arrojó con todas sus fuerzas uno de los leños, que voló hacia los limoneros, estrellándose contra las ramas. Sonó como una tormenta moribunda antes de desvanecerse; algunas ramas cayeron al suelo. Una única cuestión pasaba por la cabeza de Enzo, como un gramófono que no

cesaba de sonar una y otra vez con la misma canción. ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Cómo lo que estaba ocurriendo en la finca le había afectado para dejar escapar a Francesca?

Suspirando, cargó los últimos leños y después se dispuso a caminar entre los limoneros, con la oscuridad apoderándose del cielo. No se había marcado ningún destino, pero sabía perfectamente a dónde se dirigía. Con un ligero temblor en sus labios, encendió un cigarrillo y aguardó unas cuantas caladas para calmarse. Sin darse cuenta, sus pasos le llevaron hasta la Tumba de las Sirenas. El ensangrentado cielo del atardecer se mostraba entre la oscuridad de las nubes. Casi parecía que se estaba resquebrajando. De alguna manera, Enzo se sintió identificado con ese paisaje.

Junto al enorme saliente de roca, el viento soplaba con fuerza. Los recuerdos fluían por su cabeza como un río embravecido. Justo allí era donde Francesca y él solían verse a escondidas, antes de que Matilde no les permitiera estar a solas ni un segundo. ¿Cómo podía pensar que tiempo después iban a convertirse en dos desconocidos?

Las ideas que se le ocurrían no acababan de convencerlo. Fumó de nuevo con ansia, ya amparado por la oscuridad de la noche. El que Vania le hubiera contado que los había visto besándose no hacía más que hacerlo todo más doloroso. ¿Eran celos? ¿Estaba celoso de su primo?

~

Las noticias que portaba Renato esa fría mañana no eran las mejores. Bianca y Lucrecia estaban expectantes.

—¿Estás seguro? —preguntó Bianca. Todos los ojos se centraron en él, que asintió como si lo que acabara de decir fuera un asunto trivial.

—En cuanto llegue la primavera se reanudarán las hostilidades. Alemania está preparada para enfrentarse a Francia e Inglaterra. Allí concentrarán todas sus fuerzas. En el este no tienen rival —finalizó Renato.

Lucrecia sonrió incómoda. No comprendía como alemanes y soviéticos podían haber llegado a un acuerdo. Intentaba encontrar una explicación para poder justificarlo, pero era inútil. La vida parecía estar enfocada en demostrarle que sus teorías y preceptos eran tan frágiles como un puñado de barro.

Bianca cerró los ojos y a continuación los frotó con sus dedos. Estaba cansada y la cabeza le dolía horrores.

—¿En qué nos afecta? Te ruego que seas claro.

El calabrés asintió condescendiente.

—Será muy complicado encontrar un comprador para la próxima cosecha. La postura de nuestro gobierno tampoco juega a nuestro favor… aunque quizás sí a favor del país. El tiempo lo dirá.

En ese momento sonaron varios golpes sordos al otro lado de la puerta. Segundos después, Guido entró en el despacho. Vestía un traje gris impoluto con un sombrero a juego. Una cadenilla de oro relucía entre las solapas como si se tratara de una sonrisa maléfica.

—Guido… —dijo Renato.

Hacía varios días que Guido se había trasladado a Nápoles para cerrar unos negocios de los que no quiso dar más información, pese a la insistencia de Renato. Ante su negativa, este había intentado averiguar de qué se trataba, pero sus contactos en la ciudad dijeron que no tenían constancia de que Guido hubiera puestos sus pies en ella. El calabrés no tardó en comunicárselo a Bianca, lo que añadió otra preocupación más a la pesada mochila que cargaba por entonces.

—¡Qué sorpresa, hermano!

Guido esbozó una sonrisa traviesa y después lanzó una mirada de desafío a su alrededor.

—¿Cómo han ido esos negocios? —preguntó Renato, incapaz de contenerse. El aspecto de Guido era inmejorable y hasta en cierta manera exuberante, lo que no sabía dilucidar si era bueno o malo. El joven se giró hacia él y sin quitarse el sombrero, le contestó:

—Bastante bien, señor Pugliese. Es más, aprovecho que están todos aquí para comunicarles que he saldado las deudas de la familia.

La reacción que Guido aguardaba no se produjo. En vez de eso, todos se quedaron como petrificados y en silencio, mirándose mientras intentaban comprender qué estaba ocurriendo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Renato. No era común verlo tan confundido.

—Que he arreglado los asuntos de la familia. No te preocupes, lo repetiré las veces que sean necesarias. Los Costa no deben ni una sola lira.

Bianca se incorporó.

—Explícate, Guido.

El joven sonrió con cierto orgullo.

—Las deudas de los Costa son parte del pasado. Por eso viajé hasta Nápoles. Vivimos tiempos convulsos, es cierto, pero también son tiempos de oportunidad para quienes saben aprovecharlos.

Renato no daba crédito. Guido nunca había hablado con tanta soberbia, ni tampoco había sido capaz de ganar un puñado de liras por sí solo. Mientras lo observaba, el joven extrajo del bolsillo de su chaqueta un sobre y lo puso encima de la mesa.

—Estos son los documentos en los que se refleja la solvencia económica de los Costa. También incluye una licencia comercial que nos da prioridad a la hora de proveer al glorioso ejército italiano en el caso de que el país entre en guerra. Hay rumores y es probable que esto ocurra más temprano que tarde.

Bianca sacó los documentos del sobre y los observó con incredulidad. Después fue pasándoselos uno a uno a Renato. La licencia comercial era lo que más le llamaba la atención. Él llevaba meses tratando de conseguir una de esas licencias. Italia iba a entrar en la guerra, era tan solo cuestión de tiempo. Con ese documento las cosechas serían adquiridas por el ejército italiano.

—Se debían millones de liras, Guido —susurró Renato.

—Y ahora no se debe nada —insistió Guido con un tono de desafío y una sonrisa que dejaba sus dientes blancos al descubierto.

El calabrés respiró hondo. Los documentos eran oficiales y no veía ningún fallo en ellos. Eso significaba que lo que Guido les acababa de decir era cierto.

—¿Cómo has conseguido tanto dinero en tan poco tiempo? —insistió Renato. Vino a su cabeza Pietro Fontana y sintió un escalofrío. Bianca también miró a su hermano con cierta expectación.

No obstante, Guido se mantenía tranquilo. Se sirvió un poco de licor y se sentó en uno de los butacones.

—Simplemente he recurrido al nombre de mi padre. El nombre de Donato Costa todavía abre muchas puertas. El resto suerte, supongo.

—Yo no creo en la suerte —dijo Renato.

Guido sonrió.

—Lo que usted crea me importa poco, señor Pugliese. El caso es que la demanda de transporte ha provocado que el intercambio de mercancías aumente exponencialmente su precio. Afortunadamente, he podido adquirir toda una flota de camiones y ponerlos en funcionamiento en estos días. Eso no ha pasado inadvertido para el gobierno de la región. Estamos en un punto clave del país y quieren asegurarse de que las mercancías se mueven sin mayores problemas. El gobierno ha establecido prioridades y yo he dado con una de ellas en el momento idóneo.

El calabrés asintió con una sonrisa forzada. Bianca intervino, ajena a la rivalidad que existía entre ambos.

—Entonces, ¿estamos exentos de deudas?

Guido asintió satisfecho.

—Por completo, hermana. En cuanto a los camiones, las rutas están activas las veinticuatro horas del día. No tendrán que pasar muchos meses para que los Costa volvamos a ocupar la posición que nos merecemos.

Bianca asintió con una sonrisa de oreja a oreja. Una parte de ella estaba sorprendida por la desbordante seguridad con la que hablaba su hermano. Era como un reflejo lejano de su padre y eso le afectó más de lo que pensó en un primer momento.

La noticia no tardó en extenderse por la finca y al cabo de dos días, celebraron una suculenta cena para brindar por el éxito de Guido. Fue una velada agradable. Por primera vez en mucho tiempo, la felicidad y la buena dicha parecían regresar a la finca. Atrás

quedaba la muerte de Donato y hasta la propia guerra. Solo dos personas estuvieron más taciturnas de lo que cabía esperar. Una de ellas era Enzo, que se excusó apenas terminó de cenar; el otro era Renato Pugliese. Su presencia en la cena se redujo a escasas conversaciones y cierta mirada nostálgica que no pasó inadvertida para Matilde. Desde su llegada a la finca de los Costa había tenido al calabrés como referencia e incluso llegó a pensar que este estaba interesado en su hija Lucrecia. Quiso preguntarle personalmente si se encontraba bien, pero no tuvo oportunidad ya que este se marchó de manera apresurada. Para Guido aquella cena simbolizó su triunfo sobre todos los que habían dudado de él.

Tal y como cabía esperar, la situación en la residencia de los Costa cambió drásticamente. La irrupción de Guido y el hecho de que acabara de un plumazo con gran parte de los problemas provocó un cambio en la balanza de poder. Por lo que a Bianca no le quedó más remedio que echarse a un lado. Durante meses había reprendido a su hermano por su mal actuar en los últimos años, pero después de que este se presentara como un ángel salvador, no podía reprocharle nada. Además, existía en ella un poco de culpa por cómo lo había tratado. Por si no fuera poco, su relación con Francesca apuntaba a que más pronto que tarde contraería matrimonio y formaría su propia familia. Desde luego no era el mismo Guido que ella se había encontrado a su regreso a la finca. Este había madurado.

Esto, al mismo tiempo, concedió a Virgilia una sensación de triunfo. Se sentía una pieza fundamental en la recuperación de los Costa, como si sus conversaciones con Francesca hubieran repercutido directamente en la madurez de Guido y, a su vez, en el éxito de este en los negocios. Esto dio rienda suelta a su verborrea, a sus consejos y a su repetitivo discurso de que el orden establecido y la tradición era lo único que servía para enderezar la vida de los más jóvenes.

—Todo hombre necesita una mujer. A la vista está —solía decir cuando Matilde se encontraba con ella; no dejaba pasar la menor oportunidad de demostrar que estaba en lo cierto y aunque Matilde parecía satisfecha, había algo en su carácter que le parecía anómalo,

como un relucir extraño que no le gustaba del todo. Sin embargo, justificaba ese pensamiento como la desconfianza propia de las madres, más que como una amenaza real.

Además, Guido le comentó en varias ocasiones la posibilidad de retomar el *Liquore di Constanza*, lo que la ilusionó hasta el extremo. De inmediato, Matilde le dijo de avisar a Renato para retomar el negocio, sin embargo, la rivalidad entre ambos era intensa a la vez que secreta, por lo que el auge de Guido trajo consigo el alejamiento del calabrés. No soportaba la arrogancia de Guido, aunque lo que más le dolía era no ser capaz de mostrarle a Bianca una alternativa, otra manera de regir los negocios de los Costa sin que todo el peso recayera en su hermano. Estaba convencido de que Guido no era trigo limpio y que sus exitosos negocios estaban relacionados con Pietro Fontana, del que había oído rumores de que había pasado una temporada oculto en una casa acerca de Amalfi. Por cosas como esa, era que prefería mantenerse al margen.

~

Fue a principios de marzo cuando el noviazgo entre Francesca y Guido se hizo oficial. Durante varias semanas Guido mantuvo conversaciones con Virgilia acerca de la mejor manera de afrontar a Matilde, pues era esta a la que le correspondía aceptar o no el compromiso.

—El señorito Costa le pedirá la mano de un momento a otro —le dijo Virgilia a su cuñada con una mirada traviesa que aguardaba su reacción.

—Lo sé. Por mi parte, siempre que Francesca dé el visto bueno, no habrá problemas. ¿Sigue hablando contigo?

Virgilia encogió los hombros.

—Es un joven muy prudente. Aunque también hay que tener en cuenta que, tras la muerte de su padre, soy la persona con quién más tiempo ha pasado. Le transmito confianza.

Las palabras de su cuñada la hicieron reflexionar. Quizás podía aprovechar esa confianza para acabar con ese último hálito de

desconfianza que rondaba la figura de Guido.

—Aun así, me gustaría que esperaran un poco antes de comprometerse —comentó Matilde sin apenas darle importancia a sus preguntas. Virgilia frunció el ceño.

—¿Ocurre algo?

—Cosas de madre. Como he dicho, no me opongo. Tan solo quiero que las cosas vayan con calma. Las prisas no son buenas.

Por el rostro de Virgilia resultaba evidente que la petición de su cuñada le había pillado por sorpresa. Estaba tan desconcertada que ni siquiera fue capaz de rebatirle. Por suerte, a Guido le pareció correcto y fue él mismo hasta Matilde para decirle que no actuaría por cuenta propia en lo que concernía al futuro de Francesca.

Días después, madre e hija mantuvieron una conversación a solas. Francesca percibió que había una diferencia abismal respecto a su fugaz noviazgo con Enzo. Por entonces no sucedía nada, todo permanecía más o menos igual. En cambio, con Guido, parecía haberse puesto en marcha una gigantesca maquinaria. Matilde, mirándola fijamente a los ojos, le preguntó si deseaba, en un futuro no muy lejano, comprometerse con Guido y si era consciente de lo que eso significaba.

—Por supuesto que lo sé, mamá. Por favor, no pienses que soy una niña que todavía cree en los cuentos de princesas —dijo Francesca sacando a relucir su orgullo. Sin embargo, Matilde se fijó en que su rostro había un atisbo de vergüenza, de pudor. En el fondo no dejaba de ser su niña, por mucho que ella insistiera en que se había convertido en una mujer—. De todas formas, nuestra única intención en estos momentos es hacer oficial nuestra relación.

Le dedicó una sonrisa tierna y acarició su cabello.

—Lo sé, Francesca, y te digo de corazón que me quedo tranquila con tu decisión.

Francesca sonrió y bajó el rostro durante unos segundos. Fue como si necesitara ese breve espacio de tiempo para armarse de valor. No estaba siendo del todo sincera y esa mentira había escapado de su control, adueñándose incluso de su vida. Cuando terminó de hablar con su madre y fue en busca de Guido, de camino a la residencia de los Costa, vio, a lo lejos, a Enzo y Amancio. A

pasar junto a ellos les dedicó una sonrisa y después apretó el paso. A medida que se alejaba creyó que Enzo iba a detenerla o a llamarla en cualquier momento. Casi deseaba sentir su mano en su brazo, o encontrarse frente a él. ¿Qué le estaba ocurriendo? Si todo iba bien se comprometería con Guido en pocas semanas, ¿por qué seguía pensando en Enzo de esa manera?

Después del sí de la madre, organizaron una cena para celebrar el amor de la joven pareja. Enzo acudió y les dio la enhorabuena con una sonrisa en los labios. Hacía tiempo que había aprendido a ocultar sus sentimientos o más bien a ignorarlos. Además, pese a lo que cabía esperar, la tensión que pudiera existir entre Francesca y él permaneció en un segundo plano. Más allá de la noticia de la relación, todo giró en torno a la sorpresiva presencia de Pietro Fontana, el cual había estado casi seis meses sin aparecer por la residencia de los Costa. Su llegada fue seguida de un cierto estupor. Matilde lo observaba colérica. A partes iguales se lamentaba y se alegraba de que Renato no estuviera presente.

Justo cuando acabaron de cenar, Enzo se excusó y se retiró a su casita. A medida que se alejaba, Francesca le dedicó una mirada fugaz en la que solo pudo distinguir su silueta mezclándose con la oscuridad. Una sensación fría se extendió por su pecho y la sonrisa que había lucido durante gran parte de la velada se convirtió en una mueca amarga.

—¿Estás bien? —preguntó Guido mostrándose atento. Ella asintió en silencio y volvió a sonreír.

No obstante, Vania, que no le había quitado los ojos de encima a su hermana, se había percatado de esa última mirada, casi desesperada, a Enzo. A su Enzo, pues consideraba que solo le pertenecía a ella y a nadie más. Era tal su obsesión que no soportaba que Amancio pasase tanto tiempo con él.

Virgilia retiró rápidamente los platos ayudada por Lucrecia y Bianca, que también buscaron una excusa para levantarse de la mesa y poder conversar tranquilamente acerca de lo que estaba sucediendo en el resto de Europa. Casi por mera casualidad, Pietro y Matilde se encontraron frente a frente. Ella lo miraba con fijación.

—¿Quiere decirme algo, señora Rinaldi? —preguntó el joven con una sonrisa burlona. Su pelo engominado brillaba bajo la tenue luz del porche. Guido se incorporó e invitó a Francesca a pasear un poco.

—Creo que he cenado demasiado —dijo Guido. Francesca se mostró confusa, pero pensó que también le vendría bien un poco de aire fresco.

—Ve con ellos, Vania —pidió Matilde.

La pequeña de las Rinaldi hizo un mohín con los labios, pero la mirada de su madre fue suficiente para que obedeciera sin rechistar.

—Creo que eres tú el que tiene que dar explicaciones —dijo Matilde en cuanto se quedaron a solas con Pietro. Este sonrió.

—Guido recibió el dinero, ¿no es cierto?

—*Liquore di Constanza* tuvo que cerrar —arremetió Matilde con dureza.

—Lo lamento, señora, de verdad, pero a veces las cosas no transcurren como deseamos. Puede preguntarle a los polacos.

La ira se adueñó del rostro de Matilde, que tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse. Virgilia regresó con una botella de vino y un plato de queso como postre.

—¿Dónde se ha metido la feliz pareja? —preguntó haciendo gala de su excelente humor.

—Dando un paseo. No tardarán —dijo Matilde.

La mano de Pietro se alzó para coger un trozo de queso, que masticó mientras observaba.

—Como le decía, señora Rinaldi, fue cuestión de mala suerte. —Matilde no quería iniciar una discusión delante Virgilia. Pietro lo sabía. Era astuto en ese sentido—. Todo esto de la guerra implica que la gente esté muy nerviosa, que se cometan errores y que paguen inocentes, como ha sido el caso de *Liquore di Constanza*. Sin embargo, tal y como le dije a Guido, estoy dispuesto a invertir en el licor para retomar la producción.

Matilde apoyó las manos en la mesa y se incorporó lentamente.

—Discúlpenme. Tengo el estómago un poco revuelto.

CAPÍTULO 21

MAYO DE 1940

Solo Pietro y Guido estaban al tanto de cómo se había conseguido acabar con las deudas de la familia.

Pietro era astuto y había comprobado por su propia mano lo sencillo que resultaba manejar a Guido. Esto, junto a la desesperada situación económica en la que se encontraban los Costa, le dio la oportunidad de ofrecerle importantes sumas de dinero a cambio de utilizar su nombre y el de su familia para sus negocios al margen de la ley.

Para todos, Guido había emprendido con éxito una empresa de transporte de mercancías, que operaba tanto por tierra como por mar. Su área de acción era el sur y el centro de Italia. Sin embargo, la realidad era muy distinta. Gracias al dinero que Pietro le prestaba, Guido adquiría mercancías de escasa demanda a un precio irrisorio. Días más tarde, Pietro le facilitaba el contacto de un comprador interesado, casualmente, en esa mercancía y Guido acababa cerrando la venta por un precio muy superior al que la había comprado. Estaba tan orgulloso y fascinado por lo bien que le iban las cosas que ni siquiera advertía que Pietro siempre encontraba la excusa para que la mercancía se almacenara en algún lugar lejano, a suficiente distancia como para que Guido desechara la opción de comprobar exactamente lo que había comprado. Era en ese momento cuando los hombres de Pietro escondían en los camiones los artículos de contrabando: desde tabaco, pasaportes, permisos de paso, partes de invalidez. Artículos que en tiempos de guerra alcanzaban el precio del oro. Por entonces, Alemania se había lanzado encima de Luxemburgo, Bélgica y los Países Bajos, y franceses e ingleses continuaban sin mostrar iniciativa alguna en el conflicto. Esto animaba cada vez más al *Duce* a intervenir en el conflicto.

Pese a ello, el paso de los meses y el hecho de que Italia se mantuviera al margen provocó que la guerra fuese vista en la finca de los Costa como un monstruo lejano del que se encontraban a

salvo. En los alrededores de Sorrento algunos muchachos se habían alistado a un cuerpo expedicionario que iba a unirse a las tropas alemanas en la invasión de Francia. La superioridad de los alemanes era tal que aquellos jóvenes lo veían más como una estupenda manera de pasar el verano y llenarse los bolsillos con las pagas y el saqueo.

Sin embargo, los prósperos negocios de Guido sí tuvieron repercusión en la finca de los Costa. Por primera vez en mucho tiempo, pudieron contratar a un grupo de trabajadores fijos para que se encargaran de la cosecha, librando a Enzo y Amancio de esa tarea. De hecho, la presencia de este último se convirtió en un tema de disputa entre los primos.

Todo comenzó cuando Guido comprobaba la cantidad de limones cosechados, que se apilaban en cientos de cajas que los mozos cargaban a los camiones. Eso sí, una pequeña partida se quedaba en la finca, pues Guido quería reiniciar la fabricación del licor y su embotellamiento para su posterior venta. En esta ocasión, no se lo comentó ni a Matilde ni a Renato, pues lo consideraba una iniciativa privada. Era su particular venganza hacia el hombre que tantas veces lo había menospreciado. En cuanto a Matilde, le tenía aprecio, pero consideraba que no le debía nada al permitirle que vivieran en la finca. Esos pensamientos, antes extraños en él, fueron introducidos poco a poco por Pietro. Su influencia mermaba paulatinamente la personalidad de Guido, tan moldeable como un trozo de arcilla fresca.

—Ya no lo necesitamos —dijo Guido haciendo un ademán hacia Amancio. Este vestía un traje elegante y mantenía ambas manos en el bolsillo. Enzo, cubierto de polvo, suspiró.

—¿De qué estás hablando?

—De ese inútil; del obispo. Ya podemos permitirnos trabajadores de verdad. Llévalo con su madre.

Enzo miró a Amancio, el cual estaba sentado sobre una de las cajas, con sus manos juntas y un ligero movimiento que hacía bailar su cuerpo.

—Yo correré con sus gastos —afirmó Enzo dándole la espalda a su primo. Fue tan evidente su gesto de desprecio que Guido

enrojeció de ira.

Quería a Amancio fuera de la finca. Era una cuestión personal. Él se había convertido en el cabeza de familia de los Costa, por lo que todos debían acatar sus órdenes; tal y como hacían cuando su padre estaba con vida. ¿Acaso no había cumplido con todo lo que esperaban de él?

—Creo que no me has entendido. No lo quiero por aquí. Dicen que tener un atontado como este atrae la mala fortuna. ¿Lo he dejado claro?

—Pues parece que no te ha ido mal en los últimos meses —dijo Enzo sin darse la vuelta.

Guido pateó una piedra próxima a él y encaró a Enzo.

—¿Hace falta que te recuerde quién manda aquí? No quiero verlo más.

Enzo no se inmutó. Sabía que no merecía la pena. Hacía mucho tiempo que su primo se había convertido en una persona totalmente diferente. Eso le había hecho replantearse el futuro en numerosas ocasiones. Cada vez tenía más claro que tarde o temprano acabaría al otro lado del océano.

—Pues hazlo tú —dijo Enzo.

Guido, sorprendido por la respuesta, miró a Amancio un poco descolocado. El joven le devolvió la mirada, pero sus ojos tenían una expresión extraña. Guido era incapaz de saber si Amancio era consciente de lo que habían estado hablando hacía apenas unos segundos.

Ofuscado, se marchó sin decir nada. Solo tenía una cosa segura, Amancio iba a marcharse de la finca, quisiese Enzo o no.



UN MES DESPUÉS, Matilde y sus hijas escuchaban la radio en absoluto silencio. Las noticias que llegaban desde el otro lado de los Alpes eran conmovedoras. Las tropas alemanas avanzaban sin apenas resistencia, mientras que los aliados procuraban escapar del desastre total.

—¿Francia está derrotada? —preguntó Vania.

Matilde miró a Lucrecia antes de contestar. ¿Así de fácil se habían derrumbado los franceses? Parecía una broma macabra.

—Tendremos que esperar. Parece que hay confusión por lo que está sucediendo en Francia —dijo Matilde con una falsa seguridad.

Vania pareció quedarse satisfecha con la respuesta. Lucrecia, en cambio, estaba inmersa en sus pensamientos, incapaces de transformarse en algo coherente. Francesca se percató y dedujo que la respuesta de su madre estaba bastante alejada de la realidad.

Al poco, Bianca llamó a la puerta y entró en la casa de Matilde. Estaba pálida y sudorosa por el esfuerzo.

—¿Han escuchado el último parte? —preguntó mientras procuraba recuperar el aliento. Lucrecia se incorporó.

—Los alemanes están cerca de París —exclamó la joven. Sin embargo, para sorpresa de las tres, Bianca lo negó moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Italia le ha declarado la guerra a Francia e Inglaterra —dijo atropelladamente.

Matilde dejó escapar un débil gemido y rompió a llorar. Sus manos temblaban en torno a su rostro.

—¿Estamos en guerra? —preguntó Lucrecia para cerciorarse de lo que acababa de oír.

—Vengan a casa. Lo mejor es que permanezcamos unidas en este momento.

Así, las cuatro se dirigieron aprisa a la residencia de los Costa. Guido y Pietro se encontraban allí también. Como el resto, estaban preocupados. Guido se acercó enseguida a Francesca y besó sus manos como si pretendiera borrar su preocupación de esa manera. La joven le dedicó una media sonrisa. No estaban todos.

—Era cuestión de tiempo —dijo Pietro con una exagerada seguridad. Matilde lo miró con desgana. Su arrogancia le resultaba insoportable—. Aunque, viendo cómo va el curso de la guerra, no creo que Francia suponga ningún problema. En cuanto a Inglaterra, nos pilla demasiado lejos.

Bianca dejó escapar una risotada antes de contestar a Pietro. Con un tono duro le explicó que los ingleses estaban mucho más

cerca, al otro lado del Mediterráneo, en la costa africana. Este se vio arrollado por la locuacidad de la joven y Guido se vio obligado a defenderlo.

Enseguida se montó una discusión acerca de lo que podría ocurrir en los próximos meses, como si el futuro del conflicto se decidiera en la mismísima finca de los Costa. Francesca no participó y se mantuvo callada en todo momento. Que Italia hubiera entrado en la guerra le había causado una honda preocupación, un mal presagio que cobraba vida en su interior. De repente, como un sentimiento que hubiera llegado desde algún lugar lejano, se acordó de Enzo con nostalgia. ¿Dónde estaba? ¿Acaso no había oído lo de la guerra? Movida por un impulso incontrolable, se incorporó y salió rauda del salón. Nadie lo advirtió.

Cuando llegó al porche repasó rápidamente las plantaciones de limoneros en busca de Enzo y tras no dar con él, se dirigió a su casa. Debido a la urgencia de la situación, ni siquiera llamó a la puerta, si no que la abrió sin más. Allí dentro, ajenos a cuanto sucedía en el mundo, se encontraban Amancio y Enzo. Nada más ver a Francesca en la puerta, este se dirigió a ella.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven. Durante varios segundos ambos se miraron en silencio, como si volvieran a encontrarse después de mucho tiempo. ¿Por qué se habían alejado?, pensó Francesca, lo que la hizo sentirse terriblemente culpable.

—Será mejor que salgamos —dijo ella señalando a Amancio. Enzo expresó su preocupación. Lo primero que pasó por su cabeza fue que Guido se había vuelto a meter en problemas. Todo ese dinero, la aparente facilidad con la que había puesto fin a las deudas de los Costa, la presencia de Pietro. Tenía un mal presentimiento.

—¿Guido está bien? —preguntó Enzo. Ella asintió sorprendida por la preocupación de este.

—Estamos en guerra —dijo de repente—. Lo acaban de anunciar en la radio.

Enzo abrió los ojos sobremanera y tensó su rostro.

—¿Nos han atacado?

Francesca movió la cabeza de un lado a otro.

—No que yo sepa.

Amancio apareció en el umbral de la puerta y le dedicó una sonrisa a Enzo. No le gustaba perderlo de vista.

—Gracias por avisarme. —Enzo alzó su mano y deteniéndola a escasos centímetros del hombro de Francesca. No la tocó, pero aun así ella percibió la calidez de su piel. Un hormigueo recorrió su espalda.

—No hay de qué.

Enzo se despidió con una media sonrisa, pero apenas dio un par de pasos cuando su primo Guido lo voceó desde el porche.

—¿Por qué sigue aquí? —gritó señalando a Amancio. Su primo encogió los hombros.

—Lo he invitado a tomar café —comentó Enzo con una sonrisa. Francesca tuvo que contenerse para no reírse. Guido estaba colérico y avanzó hacia él. No obstante, aminoró el paso a medida que se acercaba.

—Esto no va a quedar así.

Enzo no dijo nada, lo que desesperó más todavía a Guido.

—Ese imbécil tiene los días contados en esta finca —gritó mientras su primo lo observaba con preocupación.

Lo último que Enzo deseaba era inmiscuir a Amancio en sus problemas con Guido. El muchacho no se merecía terminar sus días en la finca de los Costa de esa manera, pero Enzo comprendió que era lo mejor para él. Le repateaba que Guido pensara que finalmente le había obedecido, pero no le quedaba opción. Guido no era el mismo que antes y razonar con él se había convertido en un imposible.

Justo después, este estrechó la mano de Francesca y regresaron a la casa. Él marchaba con un paso orgulloso o al menos así lo pretendía.

De momento, la opción de esperar un tiempo antes de que Francesca y Guido se comprometieran pasó a un segundo plano. A los pocos días, Guido fue en busca de Matilde y le expresó su deseo de pedir la mano de su hija lo antes posible.

—Estamos en guerra, Matilde. No sé qué ocurrirá en los próximos meses. Puede que tengamos que alistarnos. Me temo que el tiempo juega en nuestra contra —dijo Guido. Matilde asintió con

condescendencia sin saber que por entonces Pietro ya se estaba moviendo para que tanto Guido como él quedaran excluidos de servir en el ejército.

—Tienes razón, Guido. Cuenta con mi bendición.

Ambos se abrazaron y así sellaron el futuro de Francesca.

No tuvieron que esperar mucho. A primeros de julio, Guido le comunicó a Matilde que ya lo tenía todo preparado y que era cuestión de días. A ella le resultaba complicado contener la emoción de saber que su hija iba a prometerse dentro de poco. Por la conversación que había mantenido con Guido sabía que sus intenciones de casarse eran inmediatas.

Así, cada vez que se encontraba con su hija en algún momento del día, clavaba su mirada en sus manos, donde esperaba ver el anillo que simbolizaría su compromiso con Guido.

Al fin, la espera llegó a su fin.

Francesca fue corriendo a buscar a su madre, presentándose ante ella con el anillo que llevaba en el dedo anular de su mano derecha. No le hizo falta decir nada. Madre e hija se abrazaron.

—Tu padre estaría muy feliz. Es una pena que los dos consuegros no vayan a acompañarnos en este día.

—Lo sé, mamá —respondió ella con una sonrisa, que no mostraba de manera sincera los pensamientos que bullían en su interior. En parte, porque todavía estaba un poco sorprendida por lo que acababa de suceder.

Guido se había arrodillado frente a ella y le había preguntado si quería ser su esposa. En sus ojos vio el reflejo del Guido que encontraron cuando regresaron a Sorrento. Casi al mismo tiempo, de manera fugaz, creyó ver a Enzo en el horizonte, caminando por la plantación. Antes de responder a la pregunta de Guido, ella misma se preguntó si Enzo los habría visto y qué habría pensado al respecto.

En cuanto respondió que sí y la noticia corrió por la finca de los Costa, la realidad se convirtió en un sinfín de abrazos, felicitaciones y preguntas acerca del futuro enlace. Francesca respondía casi de manera autómata, aunque sin dejar de sonreír. Enzo fue el único que no estuvo presente cuando toda la familia brindó por la noticia. La

relación entre los dos primos nunca había sido tan tensa. Una vez más, Amancio fue el punto focal de sus disputas.

Enzo había hablado con el muchacho y le había explicado en numerosas ocasiones que debía dejar de acudir a la finca. Sin embargo, para Amancio, aquello era mucho más que un trabajo. Enzo le había dado la oportunidad de sentirse útil, de conversar, de sentir que sobre sus hombros cargaba con una responsabilidad, aunque fuese la tarea que Enzo le hubiese encomendado en ese momento. Pese a sus limitaciones, Enzo se había convertido en un modelo para Amancio y lo imitaba en todo lo que le fuera posible. Incluso intentó fumar como él, no podía dar una o dos caladas sin vomitar y finalmente acabó desistiendo. Por ello, Amancio no comprendió a Enzo cuando este le dijo que no debía regresar a la finca.

—Es el momento de descansar —le dijo Enzo intentando que Amancio comprendiera el mensaje.

—Yo mañana aquí, *Jenzo*.

Más que desesperarse, Enzo sentía compasión por el muchacho.

—No, Amancio. El jefe, Guido, quiere que descanses un poco. Has trabajado muy duro, ¿comprendes?

Amancio afinó la mirada, como si desconfiara.

—Él no jefe. *Jenzo* jefe.

Sin embargo, por mucho que insistiera Enzo, Amancio seguía presentándose cada mañana en la finca, apenas los primeros rayos de sol sobresalían por el horizonte. Desesperado, pues Guido cada vez insistía más en que Amancio desapareciera de su vista, tuvo que hablar con Santina y pedirle que tratara de convencerlo para que se tomara un descanso. Enzo se aferró a este pretexto para evitar dar más explicaciones de las necesarias. La actitud de su primo lo avergonzaba.

Precisamente, para Guido expulsar a Amancio de su finca se había convertido en una obsesión, aunque ni siquiera Pietro llegaba a comprender los motivos de su insistencia. El muchacho era un buen trabajador y nunca había dado problema alguno.

—¡No quiero a ese imbécil deambulando por aquí! —decía Guido sin admitir discusión alguna.

En el fondo, todo oscilaba en torno a la figura de Enzo. No soportaba que la simple negativa de su primo y la lealtad de Amancio por este, fuera suficiente para que no se cumpliera su voluntad de no verlo más en la finca. Lo consideraba algo bochornoso e inaceptable. Pero, además, Guido había estado mucho tiempo trabajando de la mano con Enzo para mantener la finca y no le hacía gracia que lo hubieran sustituido por alguien como Amancio. Lo consideraba una falta de respeto. Por estas razones, que no compartía más allá de su conciencia, quería que el muchacho desapareciese de su vista.

No obstante, ante el escollo en el que se había convertido su primo, Guido contrató días antes a un hombre para que no permitiera entrar a Amancio a la finca. Pietro le sugirió la idea ante sus dificultades para desprenderse del chico que llegaba cada mañana a la puerta. Esperaban que, con eso, Enzo pillara el mensaje y aceptara que Guido era la máxima autoridad.

Sin embargo, un día Enzo fue a la puerta, como solía hacer todas las mañanas para convencer al joven de que debía regresar a casa, y se encontró a Amancio llorando en mitad de la carretera y a un desconocido insultándolo y diciéndole que se marchara. Enzo no sabía lo que estaba ocurriendo, pero enseguida intuyó que Guido debía estar detrás. Comenzaron a discutir y a los pocos segundos lo echó a puñetazos.

En cuanto a Amancio, que Enzo lo defendiera de esa manera no hizo más que aumentar su apego hacia él. La finca o el trabajo le importaba realmente poco. Lo que deseaba era permanecer junto a una de las pocas personas que lo había tratado con cariño.

—*Jenzo fuejte* —exclamaba el muchacho. Enzo no pudo evitar reírse, aunque una parte de él estaba preocupada de la obsesión de Guido. Esta lo había llevado a poner a un desconocido en la puerta para que le prohibiera la entrada. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar?

Caminaron hacia la casa de Enzo y en el porche, estaba Guido colérico, miró hacia la puerta de la finca para fijarse si el hombre que había contratado permanecía allí, pero, al ver que no había nadie, su frustración fue mayor todavía. Enseguida fue en busca de

su primo y tuvieron una fuerte discusión. Matilde y sus hijas tuvieron que intervenir para que aquello no fuera a más. Francesca también estaba y con toda seguridad fue la que peor lo pasó. Intuía que ese enfrentamiento entre ambos iba más allá de Amancio.

Por fin, Bianca consiguió alejarse con Guido y llevarlo hasta el despacho. No recordaba cuándo había sido la última vez que lo había visto tan alterado.

—¿Se puede saber qué te ocurre con Enzo? Están todo el día como el perro y el gato —le recriminó Bianca.

—Se cree el dueño de esto. Ya le he dicho que no quiero a ese desgraciado en la finca.

—¿Por qué te molesta Amancio? Lo único que hace es ayudarnos.

—¡Fuera, Bianca! ¡Lo quiero fuera de aquí! —gritaba con el flequillo despeinado bamboleando sobre su frente—. Nuestro padre daba órdenes y nadie le discutía.

Esto ahondó la brecha entre los dos primos o más bien, entre Enzo y el resto. Cada vez estaban más convencidos de que el muchacho acabaría por irse a Argentina con su tío. Francesca le pidió a su hermana Lucrecia que mediara entre ellos, pues no soportaba verlos de esa manera, pero Guido no entró en razón a la vez que Enzo aseguraba que estaba haciendo todo lo posible porque Amancio dejara de acudir a la finca.

—La madre se marcha a trabajar a Nápoles todas las mañanas. Amancio se queda solo y nada ni nadie le impide venir. No le hace mal a nadie. No sé qué demonios le pasa a Guido por la cabeza —le dijo Enzo a Matilde cuando ella intentó mediar entre ambos.

—El caso es, Enzo, que sería mejor para todos que no viniera más. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad?

El joven contuvo su frustración.

—Hablaré de nuevo con él, pero no es fácil.

Matilde sonrió.

—Yo intentaré que Guido se muestre más paciente.

Enzo cumplió su palabra e intentó convencerlo para que no regresara a la finca. Se sorprendió de que durante días el muchacho no apareciera y eso también lo entristeció, pues ambos habían

creado un vínculo muy importante. Sin embargo, Amancio acabó regresando.

—Yo quiero trabajar —expresó Amancio cuando apareció luego de una semana.

En realidad, el muchacho había hecho justo lo que Enzo le había pedido. Se había tomado unos cuantos días de descanso. Esas habían sido sus vacaciones.

Pese a los numerosos intentos de Enzo, la relación con su primo no mejoró por aquellos días y este se alejó para evitar discusiones. Por ello, mientras preparaban la futura boda, Francesca se lamentaba en silencio de que Enzo no estuviera allí. Además, no era capaz de explicar por qué ansiaba su presencia. Después de lo que ocurrió entre ellos, esos meses de relación juvenil a los que no había que prestarles más atención, estaba claro que él se mantendría al margen. Le costaba aceptar que elegir a Guido significaba marcar distancias con Enzo. Estos pensamientos pasaban por su cabeza cuando todos los demás brindaban por su compromiso.

—Qué gran alegría se hubiera llevado el señor Costa. Gloria a su alma —dijo Virgilia con su asombrosa habilidad teñir todo con solemnidad.

—Eso lo sabemos todos —afirmó Bianca—. Esperemos que la guerra termine pronto y podamos celebrarlo como se merece.

—La guerra no va a llegar aquí —exclamó Guido apurando la copa de champán que tenía en sus manos—. A finales de agosto es una buena fecha, ¿verdad?

—Las mujeres entienden más de esos asuntos —añadió Pietro.

—O a principios de septiembre. Es mejor esperar a que pasen los días más calurosos —dijo Matilde.

Francesca no participaba en la conversación. Lo observaba todo como si en realidad ella no estuviera allí, como si se tratara de una lámpara o algo por el estilo. Cuando comenzaron a sonar las primeras fechas para la boda sintió un vértigo extraño. No eran nervios, sino algo que no sabía definir, pero que consideraba negativo y que en cualquier otro momento de su vida le hubiera hecho salir corriendo o buscar los brazos de su madre.

El tema de la conversación giró en torno a la boda durante un buen rato. La guerra había quedado en un segundo plano y todos parecían satisfechos por ello. Sin embargo, Lucrecia cayó en la cuenta de que Enzo no estaba presente. Después de comentarlo brevemente con Bianca, esta le dio el visto bueno y fue en su busca. Al cabo de unos minutos, regresó con él. Era la primera vez que Enzo y Guido coincidían después de la última discusión.

—Mira quién tenemos aquí —dijo Guido—. Bueno, primo, te gustará saber que Francesca y yo vamos a casarnos.

Enzo se mostró inexpresivo y tardó varios segundos en contestar.

—Qué buena noticia —susurró.

—¿Esa es la manera de felicitar a tu primo? —exclamó Pietro.

Enzo lo miró y después se acercó a Guido. Ambos se estrecharon la mano sin intercambiar palabra. A continuación, Enzo se detuvo frente a Francesca.

—Les deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias —respondió ella agachando el rostro con un gesto de timidez. Guido percibió una energía extraña en ambos e intervino para acabar con esa mala sensación de su interior.

Tras eso, Enzo se excusó diciendo que tenía que acompañar a Amancio a su casa. Las palabras salieron de manera natural, fruto de la incomodidad del momento y de la necesidad de alejarse de allí cuanto antes. Ni siquiera pensó si su primo se molestaba o no.

Efectivamente, para Guido aquello fue una nueva provocación, un desafío constante a su autoridad que no podía tolerar. Pero, en realidad, su frustración surgía en el hecho de que era incapaz de afrontarlo por sí mismo. A su primo podía gritarle una y otra vez, pero cuando miraba a Amancio se veía incapaz y lo que era peor, le horrorizaba que los demás advirtieran su debilidad. ¿Acaso no le quedaba más remedio que claudicar ante la voluntad de su primo? ¡Jamás!

El nuevo desplante de Enzo había sido suficiente para convencerlo de que debía actuar en lo referente a Amancio. No lo quería en su finca y así lo había expresado en numerosas ocasiones. Sus decisiones no podían quedar supeditadas a Enzo; era intolerable.

CAPÍTULO 22

Habían transcurrido varios días desde que el compromiso entre Francesca y Guido se hiciera oficial. Sin embargo, la exaltación del primer momento y los primeros preparativos habían quedado en un segundo plano. Las tropas italianas habían invadido el sur de Francia y varios contingentes se preparaban en el país para partir a la guerra. Pese al jolgorio que se vivió en las calles de algunas ciudades después de la declaración de guerra por parte de Italia, no eran pocos los que temían lo que pudiera suceder en los meses siguientes. Toda exaltación patriótica y gloriosa del *Duce* que desembocara en un conflicto significaba que muy pronto las mujeres llorarían a sus hijos, a sus nietos, a sus hermanos, a sus maridos… La guerra, en el fondo, no era más que muerte.

Pero en aquellos momentos, en Sorrento, la guerra seguía siendo un ente lejano. Sin ir más lejos, para Enzo su preocupación descansaba allí mismo, en la residencia de los Costa y Francesca se erigía como el colofón de todas sus reflexiones. Estaba convencido de que la relación entre ella y su primo era una farsa; aquello del matrimonio le parecía poco menos que una broma. Creía conocerla lo suficiente como para intuir que más tarde o temprano se acabaría cansando de él. ¿Acaso no sentía algo extraño cuando coincidían? Eran como dos imanes que luchaban por juntarse.

En ocasiones tenía el impulso de ir en su busca y contarle lo arrepentido que estaba de cómo habían sucedido las cosas entre

ellos. Incluso podía sentir tensos los músculos de sus piernas, como si le incitaran a salir corriendo.

Pero ya era tarde. Francesca estaba comprometida con Guido y su estadía en la finca estaba cada vez más en entredicho. Había vuelto a conversar con Amancio acerca de su presencia en la finca e incluso había ido en busca de Santina para pedirle que intentara mantener a su hijo en casa. Ella, agradecida por todo lo que Enzo había hecho por su hijo, le prometió que haría todo lo posible por que así fuera. No obstante, Enzo era consciente de que la mujer tenía pocas opciones para controlar a Amancio a lo largo del día.

—Se lo explicaré cien veces si es necesario, Enzo —decía Santina.

—Quiero que sepa que no he tenido nada que ver en todo esto.

—Lo sé, Enzo.

Pero Amancio, una vez más, no comprendió o no quiso comprender. En cuanto su madre se marchaba a Nápoles, por la mañana temprano, él se dirigía a la finca de los Costa. Ante esto y la cada vez situación más tensa, Enzo optó por montar guardia en la puerta para esperar a Amancio y llevarlo de vuelta a su casa. Era mejor eso que dejar que cualquier hombre contratado por Enzo le pusiera la mano encima.

Aquellas esperas se convirtieron en una costumbre para Enzo. Salía de su casa aterido y enseguida buscaba calentarse con el humo del cigarrillo que prendía en sus labios mientras caminaba hacia la puerta de la finca. Era tan temprano que sabía que Guido dormía y desconocía por completo lo que sucedía.

Mientras esperaba a Amancio, junto a la puerta con el cigarrillo en los labios, se lamentó de no haberse marchado a Argentina cuando tuvo la oportunidad. Allí podría haber comenzado de cero, lejos de Francesca, de Guido y de la guerra, pero esta lo había cambiado todo. Salir del país resultaba muy difícil, sino imposible y menos para un hombre en edad militar. Como mínimo, debía esperar a que acabara la guerra y, sobre todo, al resultado de esta para tener claro sus opciones.

El sol superó el horizonte y este calentó levemente su piel con suaves pinceladas. Por un instante, sus preocupaciones parecieron disiparse con el relente de la mañana. No obstante, enseguida su

mente se ensombreció con el recuerdo de Francesca. De repente, la tibieza de los rayos de sol desapareció y un escalofrío recorrió su espalda. Respiró hondo para acabar con la angustia que presionaba su pecho. Le estaba afectando. No eran imaginaciones suyas ni vahídos provocados por el tedio de aquellos días. La boda entre ellos se había convertido en una espina en el interior de su ser, de la misma manera que la ceniza causada por un incendio fertiliza la tierra.

Sin darse cuenta, tiró la colilla del cigarrillo. Amancio y él se habían sincronizado de la misma manera que el amanecer y el despertar del sol en el horizonte. Rara era la mañana en la que el muchacho no aparecía cuando Enzo apuraba las últimas caladas como si ambos formaran parte de una coreografía perfectamente ensayada. Esto vino a su cabeza al ver las últimas volutas de humo que se levantaban en el piso, transformándose de inmediato en una sensación agorera y extraña.

Al cabo de unos segundos, un coche pasó frente a la puerta a gran velocidad, levantando tras de sí una nube de polvo y escupiendo guijarros bajo el rodar de las ruedas. Enzo se puso en pie y corrió hacia la carretera. Las ruedas derraparon sobre la tierra y Enzo levantó las manos para indicarle que debía ir con más cuidado. A través del vidrio trasero vio cómo esa persona miraba hacia atrás. En ese instante tuvo la absurda sensación de que lo había visto antes.

—Vaya chiflado —dijo para sí mismo.

Sorprendido, Enzo regresó a la puerta de la finca. Sus ojos volvieron a posarse sobre la colilla. Fue entonces cuando supo que estaba ocurriendo algo.

Rápidamente comenzó a correr hacia la casa de Amancio movido por un presentimiento que cada segundo se transformaba en una agonía insoportable. Las ideas que pasaban por su cabeza le parecían demasiado horribles para ser ciertas. Tenía que estar equivocado; debía estarlo.

Estuvo cerca de tropezar varias veces, pero aun así continuó avanzando con el corazón en un puño por lo que podía encontrarse

una vez el camino se mostrara ante él. Amancio no vivía tan lejos, aunque tenía la sensación de que llevaba una eternidad corriendo.

Por fin, tomó la última curva que llevaría hacia el lugar donde se encontraba la casa del joven. Se fijó en que sobre la tierra apelmazada y ligeramente húmeda había marcas de neumáticos recientes. Eran de ese coche que había visto.

De repente, Enzo sintió como las fuerzas escapaban de sus piernas, el pecho se le encogía y era incapaz de respirar. Amancio estaba tirado en mitad de la carretera.

—¡No! ¡No! —gritó Enzo mientras luchaba por continuar. Los últimos metros de su marcha se convirtieron en un arrastrar penoso hasta el cuerpo del joven.

—¡Amancio! ¡Dios mío, Amancio! —exclamó cuando llegó a su altura. El muchacho estaba bocarriba, con la mirada perdida en el cielo y sus piernas dobladas de una manera imposible.

—*Jenzo* —susurró con gran esfuerzo.

—Estoy aquí. Estoy aquí —dijo mientras le sujetaba la mano. No obstante, acabó por soltarla con delicadeza sobre el suelo al percatarse del gesto de dolor del joven.

—*Jenzo*.

Era todo lo que Amancio decía. Su cuerpo temblaba y su gesto de dolor deformaba su rostro. Las lágrimas bajaban por su mejilla dejando un surco en el polvo que le cubría la piel.

—Avisaré al doctor Lombardi. Aguanta un poco.

El muchacho sonrió.

—*Jenzo* conmigo. *Jenzo* conmigo —dijo moviéndose ligeramente hacia Enzo. Este lo comprendió y trató de tranquilizarlo.

—No me moveré de aquí, ¿vale? Me quedaré contigo hasta que venga la ayuda —indicó Enzo mirando a su alrededor, a la solitaria carretera. Las primeras lágrimas brotaron de sus ojos—. ¿Sabes que el doctor Lombardi tiene un caballo? Seguro que viene montado en él. ¿Crees que nos dejará dar una vuelta?

Amancio dibujó una sonrisa en sus labios y sus ojos se centraron en Enzo. Parecía que todo lo que tenía que hacer para superar aquel momento era fijarse en ellos. Poco a poco, el muchacho fue calmándose mecido por las ocurrencias de Enzo hasta que,

finalmente, el último aliento escapó de sus labios, su cuerpo se relajó y su mirada volvió a buscar el cielo. Fue entonces cuando Enzo rompió a llorar como nunca lo había hecho. Tan solo el viento de la mañana y el canto de los pájaros acompañaban su lamento.



Esa misma mañana, aunque rato después, Guido caminaba de manera apresurada por el antiguo despacho de su padre. Aquel lugar se había convertido en su refugio, en el centro neurálgico dentro de la finca. Sentado en un sillón, con una copa de whisky en las manos, Pietro observaba el trasiego de su amigo.

—¿Quieres estarte quieto? Te vas a marear.

Pero Guido actuó como si no lo hubiera escuchado. Mientras iba de un lado a otro no perdía la vista de la ventana y de la finca a través de ella. Eran cerca de las doce del mediodía y Enzo no se encontraba en ninguna parte. No obstante, tampoco habían tenido noticias del exterior, por lo que debía mostrarse cauto.

—Ese estúpido ya debe haber recibido su escarmiento. Se lo pedí a un hombre de confianza. Tú ya lo conoces —insistió Pietro.

—¿Al mismo que le encargaste que no le dejara entrar en la finca? —le reprochó Guido.

—Eh, no fue culpa suya. Él sabía que Enzo era tu primo y que no podía emplearse a fondo. De no haber sido así le habría metido un tiro entre ceja y ceja a ambos.

Guido miró a su amigo de reojo, al mismo tiempo que se lamentaba de haberse dejado llevar por él. ¿Cómo podía haber llegado a ese punto? Le aterrorizaba pensar qué le diría su padre de haberse encontrado todavía con vida. «¿Es que no tienes dos dedos de frente, imbécil?». «Al menos ese desgraciado sabe lo que es trabajar». El corazón le latía desbocado y podía sentir sus réplicas en las sienes. ¿Dónde demonios estaría Enzo? Necesitaba verlo, pero, al mismo tiempo, le horrorizaba la idea de su llegada. Hasta ese momento no había pensado en esa parte del plan. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza cuál sería la reacción del resto. ¿Y si

sospechaban de él? En ese momento sentía una presión alrededor de su garganta.

La puerta del despacho se abrió de repente y Guido se giró hacia ella sobresaltado. Tan solo respiró cuando vio a Francesca al otro lado grácil y bella como siempre. Parecía que los problemas y las desgracias del mundo no eran capaz de marchitarla, como si brillara con luz propia.

—No quería interrumpir —dijo ella un poco desconcertada. Sus grandes ojos oscilaban entre Guido y Pietro.

—Tranquila. Es solo que… estamos hablando de negocios. ¿Ocurre algo?

La brusquedad de Guido la hizo sentirse incómoda. Tampoco la ayudaba la manera en la que la observaba Pietro. Francesca avanzó un par de pasos con timidez, como si fuera una extraña.

—He estado hablando con mi madre. Creemos que a mediados de septiembre…

Pero Guido había dejado de prestarle atención y se había desplazado junto a la ventana, dándole la espalda a Francesca.

—Sigue hablando. No tengo que mirarte para escucharte —señaló Guido. Pietro soltó una breve carcajada.

Francesca se quedó como una estatua en mitad del despacho, en absoluto silencio. Su indignación aumentaba a medida que su mutismo no hacía reaccionar a su prometido. Era la primera vez que Guido la hacía sentir de esa manera.

Prolongando su silencio, en un arrebato de orgullo, se marchó del despacho dejando la puerta abierta. Una parte de ella creía que Guido saldría corriendo tras de sí, abochornado por su comportamiento, por eso se detuvo en el pasillo. Una sombra se acercó al umbral y Francesca respiró aliviada. Guido se disculparía y todo quedaría como una anécdota. Sabía que él se alteraba con facilidad y que le resultaba complicado gestionar los nervios. La sonrisa reapareció en su rostro hasta que vio que era Pietro quien estaba junto a la puerta, la cual cerró dedicándole no más que una mirada burlona.

Francesca respiró hondo y se alejó. Salió de la casa de los Costa y durante un rato vagó sin rumbo por la finca. Sus sentimientos

hacia Guido en ese momento no se correspondían a los de una feliz prometida.

—¿Has visto a Enzo? —La voz de su hermana pequeña la pilló por sorpresa. Francesca se sobresaltó como si sus pensamientos estuvieran al alcance de cualquiera.

—¡Vania! No, no lo he visto. Estará con Amancio en cualquier lado —respondió Francesca intentando no ser demasiado brusca.

—Ni Amancio ni él están en la finca. Lo he buscado por todas partes.

Francesca frunció el ceño. Podía contar con los dedos de una mano las veces que Enzo y Amancio habían salido de la finca. No obstante, después de su desencuentro con Guido, no le prestó mayor atención.



Horas después, cuando todos se hallaban almorzando, Enzo llegó a la finca. Su aspecto hizo que todos se alertaran de inmediato. Tenía la ropa manchada de sangre y el rostro desencajado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Virgilia. Sin embargo, el joven miraba fijamente a Guido.

—¡Enzo! ¡Habla! —exclamó Francesca ante su silencio.

—Han atropellado a Amancio. Ha muerto.

Sus palabras causaron una conmoción. Un millón de preguntas recayeron sobre Enzo, que permanecía impasible con su mirada puesta en Guido. Nadie más que el propio Guido parecía percatarse de este detalle.

—¿Cómo ha podido pasar?

—¿Cuándo ha sido?

Virgilia sacó el rosario y comenzó a rezar de inmediato, como si una terrible cuenta atrás le apremiara.

Lentamente, Enzo les contó lo que había visto cuando estaba esperando al muchacho en la puerta de la finca. A medida que hablaba, sus labios titubeaban y el llanto se aferraba a su garganta.

No pasaron muchos minutos hasta que aquello se convirtiera en un mar de lágrimas.

—Pobre desgraciado. Haré lo que esté en mi mano para descubrir quién está detrás —dijo Pietro. Enzo lo ignoró por completo.

—¿Tú qué harás, Guido? —susurró Enzo—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Creo que estás afectado por su muerte, primo. Nuestras diferencias no deben estar presentes en este momento.

Los labios de Enzo se curvaron en una media sonrisa que no expresaba alegría alguna. Estuvo a punto de culparlo de su muerte, de decirle que había encargado que alguien se deshiciera de Amancio para saciar su estúpido orgullo.

¿Cuántas veces le había pedido a Amancio que se quedara en casa? Bien sabía Dios que había hecho cuanto estaba en su mano, pero no había servido. Ganas le daba de gritárselo a Guido.

No podía hacer nada. Tomarla con Guido no era la solución. Además, sabía que su tiempo en la residencia de los Costa había llegado a su fin y por respeto a Matilde, y especialmente a Francesca, no quería importunarles con reproches que no iban a comprender. Había sido Guido. Estaba convencido, pero el saber que pronto se marcharía de allí le daba la fuerza necesaria para contenerse.

El funeral de Amancio se celebró al día siguiente. Durante el mismo, Enzo no se separó de Santina, la madre del muchacho, que aun así tuvo la entereza de agradecerle todo lo que había hecho por su hijo. Durante la ceremonia, ambos permanecieron juntos frente al féretro de Amancio, del que no se separaron hasta que las últimas paladas de tierra lo cubrieron.

Cuando terminó la ceremonia todos regresaron a la finca de los Costa a excepción de Enzo, que como si de un fantasma se tratara, se escabulló rápidamente y lo perdieron de vista. No le dieron importancia porque pensaron que debía haberse quedado con Santina, razón también por la que no lo esperaron. Sin embargo, Francesca no las tenía todas consigo y fue ella la que retrasó a los demás intentando dar con él.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Guido—. No te preocupes, Francesca. Sabrá encontrar el camino a casa. Necesitará despejarse un poco. Le conozco bien.

Para ella las palabras de Guido escondían un doble sentido, quizás una alusión oculta a los problemas que sufría Enzo. No obstante, asintió sin más. Mientras regresaban a la residencia, Francesca reflexionó acerca de lo vivido horas antes en Sorrento. Había intentado hablar con él en varias ocasiones, pero Enzo se mostró esquivo. Ella tenía la sensación de que no quería intercambiar ni una sola palabra con ella, lo que la dejó confusa y dolida al mismo tiempo. En cuanto a Guido, este seguía sin disculparse por el desencuentro que tuvieron en el despacho. Todo esto le hacía preguntarse qué había hecho mal.

Por ello, ya avanzada la tarde y sin que Enzo hubiera regresado, Francesca se mostró inquieta y más callada de lo normal. Su hermana Lucrecia se fijó en su rostro serio y taciturno, y pese a que lo achacó al triste final de Amancio, no dudó en interesarse por ella.

—No era más que un niño —fue la respuesta de Francesca al interés de su hermana, ocultando el verdadero origen de su inquietud. Nadie podía saber cuáles eran sus verdaderos tormentos.

—Lo sé. Maldito el desgraciado que lo haya hecho. Pero estos caminos son solitarios y más a la hora en la que sucedió todo. Espero que alguien haya visto algo.

Francesca asintió en silencio mientras su atención al completo se centraba en Enzo. ¿Dónde estaba?

Cuando Enzo regresó, ya con el manto de la noche, Francesca estaba en su casa. Supo de su llegada por su madre, que se había quedado conversando con Virgilia y el propio Enzo. De hecho, Matilde llegó a casa poco antes de la medianoche. Francesca se había prometido esperarla despierta, pero cuando ella entró en casa estaba en un duermevela que lo permitió saber si aquello era real o parte de un sueño. Por suerte, el sonido de la puerta al cerrarse le espabiló.

—¿Mamá? ¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Francesca mientras se incorporaba. Matilde alzó las manos para pedirle que se calmara.

—Enzo ha llegado hace no mucho.

—¿Está bien? —exclamó Francesca. Matilde no supo interpretar la reacción de su hija, aunque respondió sin más.

—Sí, está bien. Un poco bebido, pero está bien. Es normal que intentara desahogarse. Precisamente ha estado hablando conmigo y con la tía Virgilia. Por eso he tardado tanto en llegar. —Matilde cogió aire y suspiró—. Se va, Francesca.

La joven sintió como algo en su pecho se quebró, un dolor inesperado que no supo digerir y que le hizo revolverse como una bestia herida.

—¿Se va? ¿A dónde se va? ¿A Argentina? Es casi imposible salir del país.

Matilde movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Se ha alistado voluntario. Justo después del funeral. Pensábamos que estaba acompañando a la pobre Santina, pero no fue así. No debimos dejarlo solo. El dolor nos hace cometer estupideces y creo que Enzo no es consciente de dónde se ha metido. El caso es que desde esta misma tarde está a expensas de que le llamen a filas.

Francesca procuró dominarse y entender a qué se debía la agitación que experimentaba en ese momento. Era Guido con quien estaba prometida. ¿Por qué este parecía estar cada vez más lejos?

—Pero han hablado con él, ¿verdad? Le han dicho que recapacite —dijo Francesca con desesperación.

Su madre ladeó la cabeza.

—Su tiempo aquí se ha acabado.

—¿Quién dice eso?

—Él, Francesca; es el propio Enzo el que lo dice y, créeme, tiene razón. Guido y él no se entienden y no creo que la situación vaya a mejorar con el paso del tiempo. Enzo tiene que buscar su camino. Me hubiera gustado más que se hubiera embarcado hacia América o a cualquier otro sitio, pero las circunstancias son las que son. La guerra es una salida. Es un chico avispado y capaz. Le irá bien.

El motivo por el que Matilde tomaba por buena la decisión de Enzo, la cual le parecía un suicidio en toda regla, era porque había visto la indecisión en los ojos de su hija. El simple hecho de que Francesca se estuviera replanteando su matrimonio con Guido le hacía sentir escalofríos. En su opinión, su hija había tenido la decisión en sus manos y había sido libre a la hora de tomarla. ¡Había dado su palabra! Si Enzo le hacía dudar de aquello en lo que se había comprometido, lo mejor para todos era que el muchacho se marchase.

Francesca no dijo nada más. Rato después, cuando sabía que nadie podía escucharla, comenzó a llorar.

Capítulo 23

SEPTIEMBRE DE 1940

Lucrecia y Bianca caminaban juntas hasta llegar a una pequeña plaza que ofrecía unas vistas privilegiadas del golfo de Nápoles. En el cielo, a baja altura, se veían los destellos blancos del vuelo de las gaviotas, que seguramente estarían esperando la llegada de algún pesquero. A lo lejos, como una montaña gris, se vislumbraba un enorme buque de guerra flanqueado por otros de menor tamaño. Navegaban en dirección sur.

—El *Duce* mueve ficha —comentó Bianca con solemnidad.

—Luchamos contra los británicos en África —dijo Lucrecia—. Por el norte los franceses ya se han rendido.

—¿Luchamos? No me metas en el mismo saco. Bien sabe Dios que combatiría a los fascistas aquí, en París o donde hiciera falta —indicó Bianca antes de mirar a su alrededor. Por suerte, no había nadie más allí aparte de una anciana a unos pocos metros, pero parecía importarle poco de lo que charlaran las dos jóvenes.

—Yo también.

Las dos miraron en silencio el enorme buque surcar las aguas. Su lento avanzar, tan apacible, le daba un aspecto inofensivo, contrario a su realidad.

—¿Qué se nos ha perdido a los italianos en África? —preguntó Bianca. Lucrecia no contestó. Tampoco sabía qué decir. ¿Acaso ella podía dar respuesta a por qué los soviéticos habían firmado un pacto de no agresión con los alemanes?

Todavía recordaba las palabras del calabrés al respecto. Todo no se aprende en los libros. En ese instante pensó qué habría sido de ese hombre. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo vio?

—¿Crees que los británicos podrán resistir? Están asediados. Dicen que los alemanes bombardean continuamente el país —explicó Lucrecia. Bianca encogió los hombros.

—Quién sabe. De todas formas, pienso que en estos momentos debemos preocuparnos más por nosotros mismos. ¿Has hablado con

alguno? —Sus últimas palabras se convirtieron en poco menos que un susurro.

Ante la pregunta, Lucrecia miró a su alrededor y negó con la cabeza.

—Supongo que estarán esperando acontecimientos —continuó Bianca.

Había oído rumores de que en las áreas rurales del país se estaba organizando una brigada clandestina, una especie de quinta columna que quería aprovechar la guerra para debilitar el gobierno de Mussolini con actos de sabotaje y el asesinato de las principales personalidades del gobierno fascista. No le parecía una idea descabellada, pero consideraba que en tiempos de guerra debía primar la responsabilidad. Descabezar a un gobierno en mitad de un conflicto podía resultar contraproducente.

—El momento idóneo más bien —indicó Lucrecia. Ella, en cambio, pensaba totalmente diferente a Bianca.

Para ella el poder debía residir en el pueblo y este debía hacerse con el control del país a la menor oportunidad. Ya habían discutido ampliamente acerca de las posibilidades de utilizar la guerra para implantar una revolución, de la misma manera que hicieron los rusos en 1917. No obstante, ambas sabían que aquella plaza no era el lugar idóneo para iniciar un debate político. Las autoridades italianas estaban más recelosas que nunca y ya se habían llevado a cabo arrestos de sospechosos. La guerra le había dado pretexto al gobierno del *Duce* para acusar de traidores, espías o comunistas a cualquier persona, fuera cierto o no.

—Pragmatismo, Lucrecia. Lo demás es palabrería inútil.

—Te morirás de vieja esperando el momento idóneo —le recriminó Lucrecia. Bianca le dio un ligero golpe con el codo. Una sonrisa brotó de sus labios.

Poco después, las jóvenes se marcharon de la plaza y tomaron el camino a la casa de los Costa. Les llevaría una media hora si caminaban apresuradas, lo que resultaba bastante complicado cuando comenzaban a ascender las cuestas que conducían hasta la finca.

Cuando dejaron atrás los arrabales de Sorrento y se internaron por los caminos de tierra y las carreteras mal asfaltadas se sintieron aliviadas. Allí la se imponía la naturaleza, el verdor de los árboles y el canto de los pájaros. Tan solo se encontraban algunas casas salpicadas, algunas de ellas abandonadas y otras en un estado ruinoso. Fue entonces cuando ambas retomaron sus conversaciones con la tranquilidad de saber que nadie las escucharía a traición.

Al cabo de un rato pasaron por el lugar exacto donde atropellaron a Amancio. Su madre había instalado una cruz de piedra al borde del camino. La hierba a su alrededor estaba cortada a conciencia y sobre la cruz descansaba un ramo de flores frescas.

—Santina las pone todas las mañanas. A la misma hora que sucedió —dijo Lucrecia—. La vi un día. La pobre parece una mártir vestida entera de negro. Solo Dios sabrá lo mucho que está sufriendo.

Bianca hizo un gesto condescendiente.

—Dicen que no hay nada comparable con la pérdida de un hijo. Tiene que ser horrible.

Ambas se detuvieron frente a la cruz como si se dispusieran a rezar por el alma del muchacho. Conmovidas, se acercaron y acariciaron levemente la superficie rugosa de la piedra. Fue entonces cuando vieron que tras ella crecía un brote verde y vigoroso. Un pequeño, pero esbelto tronco con pequeñas ramitas que salían de él cargados de diminutas hojas.

—Mi madre me dijo que lo plantó Enzo antes de marcharse. Un limonero —dijo Lucrecia. Entre ellas se extendió el silencio. La suave brisa y el canto de los pájaros lo rellenaban.

—¿Crees que iría en ese barco? —preguntó al fin Lucrecia.

—No lo sé. Dijo que nos escribiría, pero todavía no hemos recibido ninguna carta. Espero que esté bien. Es lo único que pido. Él se portó muy bien con nosotras y durante algún tiempo se echó la finca a los hombros. No sé cómo han podido llegar a este punto.

Lucrecia suspiró.

—¿Crees que es por mi hermana? A fin de cuentas, Enzo y ella…

—No lo sé. Pero si Enzo se ha ido a la guerra por una bravuconada, no creo que sea lo más inteligente. Que esté bien. Es

todo lo que pido.



Francesca agachó la mirada como si fuera a encontrar en el suelo la respuesta que tanto buscaba. Guido, con las manos en los bolsillos y una sonrisa que revelaba su impaciencia, esperaba una respuesta. No se imaginaba eso cuando pidió la mano de Francesca.

—¿Y bien?

—No sabría decirte —contestó ella. Francesca estaba sentada, con las manos cruzadas y apoyadas sobre su regazo. Era la imagen de una mujer vulnerable que busca protegerse, no la de una feliz prometida.

Guido respiró profundamente. Sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo puso en sus labios con un atisbo de ansiedad. Hacía una semana le había propuesto celebrar la boda en noviembre, el mes que Francesca más detestaba, aunque eso él no lo sabía. Para ella no era más que un páramo frío, preludio de la oscuridad. Jamás se casaría en noviembre.

—Es bastante probable que la guerra vuelva a detenerse en invierno. Es el mejor momento. Muchos soldados regresarán a casa y habrá un ambiente más festivo dentro de lo que cabe. Recuerda que por mi parte vendrán muchos invitados. Hemos de ser considerados con ellos y lo seremos si celebramos la boda en noviembre. No entiendo cuál es el problema.

Francesca no dijo nada. Enzo sí sabía lo mucho que ella detestaba el mes de noviembre. Tal vez debería habérselo comentado en alguna ocasión a Guido. Después de todo, él no tenía culpa, no lo sabía.

—Prefiero aguardar a la próxima primavera —dijo al fin, como si las palabras hubieran estado clavadas en su garganta. Guido apretó sus labios.

—¿Te refieres al año que viene? —preguntó con desesperación.

Ella asintió levemente. Guido apagó el cigarrillo en el cenicero más cercano, golpeándolo bruscamente.

—Está bien, querida. Ni septiembre ni noviembre. Quieres en primavera, ¿no? ¿Marzo? ¿Abril? Tienes que ser más concisa.

—Me gustaría abril. ¿A ti te parece bien?

Guido asintió. No le quedaba más remedio. Poco le importaba el mes en el que se celebrara la boda.

—Tu felicidad es la mía —dijo él con una sonrisa. Al mismo tiempo, se acercó hasta ella y descansó las manos sobre sus hombros. Desde su posición, el recatado escote de Francesca le hizo estremecerse. El deseo que sentía por ella transcendía sus sentidos. La boda, la guerra, el dinero, todo podía irse al infierno con tal de poseerla de una vez.

Dejándose llevar por la turbación que experimentaba en ese momento, las manos de Guido apretaron ligeramente los hombros de Francesca y sus dedos se estiraron como si pretendieran descender por su pecho por sí solos. Ella respiró hondo. El calor del cuerpo de Guido emanaba hacia ella. Cerró los ojos y quiso dejarse llevar, pero nada más hacerlo sintió desagrado por el tacto de aquellas manos. Era como si cada célula de su cuerpo las rechazara.

—Guido… —susurró ella en un intento de ser sutil, de rechazarlo con cuidado para que no se molestara.

—Nadie nos verá.

Francesca miró hacia la puerta cerrada del despacho, gritando en silencio porque alguien la abriera en ese momento o sonaran pasos al otro lado. Sin embargo, ante el silencio, Guido insistió. Francesca estaba turbada. Lo último que esperaba era que las manos de su prometido sobre sus hombros tuvieran ese efecto en ella. Aquel gesto del que pronto iba a convertirse en su marido le resultaba extraño, casi como si se tratara de las de un desconocido. Ya le había ocurrido en anteriores ocasiones y aunque siempre creyó encontrar una excusa, ese momento, en el despacho, no vio más allá del desagrado que sentía.

—No podemos.

Él se agachó y le besó la mejilla con dulzura. Sin darse cuenta, ella se giró y buscó sus labios. Aquel gesto apasionado por parte de Francesca no era otra cosa que un intento desesperado de librarse de esas manos. Lo besaría un par de veces y luego se retiraría. Tenía

la excusa perfecta para detener aquello, al menos mientras no estuvieran casados. Lo que ocurriría una vez lo estuvieran era parte del futuro.

Así, Guido creía que la pasión de ambos estaba a punto de desbordarse. Sin embargo, las plegarias de Francesca se hicieron realidad. Unos pasos se acercaban desde el otro lado de la puerta. Guido se separó de ella de un salto y Francesca se acomodó el pelo. Era Matilde.

—¿Han tomado una decisión? —dijo desde el umbral, mirando hacia el interior a través de la puerta entreabierta.

Guido asintió con vehemencia, procurando ocultar su excitación.

—La boda se celebrará en abril. Francesca prefiere la primavera.

Matilde sonrió.

—Me parece una fecha estupenda.

CAPÍTULO 24

ARGENTINA, 1996

Ada se levantó aquel día con un propósito: no llegar tarde a la entrevista. De hecho, durante los dos días que esperó hasta que esta tuviera lugar, recorrió a pie el camino desde su hotel hasta la residencia de la anciana, aunque procuró no acercarse demasiado. Sin embargo, en una de las veces tuvo la sensación de que Franco la vio desde una de las ventanas. No le llamó pidiéndole explicaciones ni nada por el estilo, por lo que supuso que quizás no la había reconocido. De todas maneras, decidió no tentar más a la suerte. Solo tenía que ser paciente.

Pero, finalmente, había llegado el día. Franco la citó a las once de la mañana. A las nueve, Ada estaba desayunando y a las diez menos cinco, una hora antes, estaban en los alrededores de la casa, paseando de un lado a otro. Exactamente cinco minutos antes de la hora acordada tocó el timbre.

En el interior, Franco miró su reloj.

—¡Hoy llega temprano! ¿No dicen que siempre hay que llegar a los sitios con cinco minutos de cortesía? Lo ha clavado.

Su hermana Violeta fue a abrir y él se giró hacia su madre.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente —respondió mientras se incorporaba—. La esperaré en el porche.

—Te acompaño.

—No es necesario, Franco. Estoy bien. Lo que ocurrió el otro día fue una excepción.

Franco no insistió. Percibía a su madre nerviosa e incluso desafiante. Sin embargo, no pudo dedicarle más tiempo a sus pensamientos ya que Violeta apareció en el salón con Ada, la periodista.

—¡He llegado a mi hora! —dijo esta con una sonrisa—. Ya me ha dicho Violeta que todo quedó en un susto.

—Así es. Te agradezco tu preocupación —dijo Franco a la vez que señalaba hacia la puerta que conducía hasta el porche—. Mi madre te espera fuera.

Ada asintió y respiró hondo. Franco, que se percató del gesto, tuvo la sensación de que la periodista se estaba preparando para un momento trascendental, como si fuera a patear un penalti decisivo. Esta reflexión lo acompañó durante los escasos segundos que transcurrieron antes de que Ada y su madre se encontraran.

En esta ocasión, la anciana estaba de pie, con sus manos entrelazadas. De inmediato sus ojos se posaron en Ada.

—Segunda toma. ¡Acción! —bromeó Franco.

Su madre le dedicó una mirada de reproche antes de estrechar la mano de la periodista.

—¿Todo bien, mamá? —preguntó Violeta.

—Les aseguro que me encuentro perfectamente. No se preocupen. Ahora déjennos a solas para que esta joven pueda hacer su trabajo, ¿les parece? Les avisaré si necesitamos algo. Ah, ¿le han ofrecido algo de beber?

—Estoy bien —dijo Ada rechazando la invitación.

—Ya lo han oído. Terminemos de una vez —manifestó la anciana haciendo un gesto con la mano a sus hijos para que se marcharan.

Los dos hijos no pusieron inconveniente y regresaron a la casa, aunque su madre sabía que no se alejarían mucho y que la observarían desde la ventana más cercana.

—Tiene unos hijos muy atentos —comentó Ada para romper el hielo. La anciana se giró hacia ella e hizo una mueca con los labios, una doblez que no llegaba a ser una sonrisa.

—Tome asiento, por favor —pidió ignorando las palabras de la periodista—. ¿Así que viene de Italia? —dijo la anciana en su lengua natal.

Ada le obedeció y sonrió irónica. Era evidente que esa mujer estaba acostumbrada a mandar y, sobre todo, a que la obedecieran.

—Sí, señora. Veo que no ha olvidado el italiano —respondió Ada, en el mismo idioma.

La anciana entornó los ojos.

—Ese acento… Eres del sur, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota? —dijo Ada—. Me he criado entre Sorrento y Nápoles. Si no me equivoco, usted vivió allí.

Ella movió la cabeza de arriba abajo.

—¿Qué más sabes de mí?

—Si le soy sincera, menos de lo que me gustaría.

De nuevo, otra sonrisa tensa estiró los labios de la anciana, gesto que sus hijos, desde la ventana más cercana, no supieron interpretar.

—¿De qué estarán hablando? —preguntó Franco. A Violeta le pareció una pregunta absurda.

—Pues de la historia de mamá. ¿De qué si no?

Sin embargo, su hermano no estaba muy convencido. Su madre no parecía estar rememorando su pasado, alegrándose o emocionándose a causa de sus recuerdos; más bien parecía que estuviera en mitad de una importante negociación.

—Yo también viví en Sorrento bastantes años y, al igual que tú, también viví en Nápoles —explicó la anciana—. No somos tan distintas después de todo.

—Pues la verdad es que no. Es curioso las coincidencias que pueden encontrarse al otro lado del océano. Por cierto, permítame que saque una hoja donde tenía anotadas algunas preguntas. La memoria no es mi punto fuerte —dijo Ada.

—Tranquila.

—Ah, aquí está —exclamó Ada mientras sacaba un papel plegado del bolsillo. Al levantar el rostro, la mujer se fijó en un pequeño lunar que la periodista tenía sobre su boca. De inmediato, sus labios comenzaron a temblar como si llevaran la cuenta de algo.

—Su licor fue un éxito desde el primer momento. ¿Puedo preguntarle de dónde viene su receta o si se trata de un secreto familiar? A los lectores les encantan esos detalles.

La anciana sonrió y se mantuvo así durante unos segundos.

—Yo diría que es un secreto familiar que ha perdurado hasta hoy.

—¿Así que un secreto familiar? —indagó Ada tomando algunas notas—. Me imagino que sus hijos continuarán con ese secreto o tradición, ¿verdad?

—Para ellos no existe ningún secreto, especialmente desde que falleció mi marido. Sería demasiado arriesgado.

Ada hizo un gesto condescendiente.

—Aunque haya sido hace tiempo, lamento la pérdida. La historia de ambos es increíble y, si me lo permitiera, me gustaría conocerla. Su marido era también de Sorrento, ¿no es así?

La anciana se puso seria.

—No, no era de Sorrento, aunque vivió allí durante muchos años. Ya sabes que luchó en la guerra, ¿no es cierto?

La joven periodista asintió.

—Así es. En el frente ruso. Debió ser una experiencia traumática. Hubo muchas bajas.

—Veo que ha hecho los deberes antes de venir. Sin duda, eso demuestra que es una buena periodista. ¿Puedo hacerte yo una pregunta?

Ada estaba sorprendida por el giro de la conversación. Desde que Franco le dio el visto bueno a la entrevista había creído que no tendría más de unos minutos para llevarla a cabo.

—Usted dirá, señora.

Vania se tomó de manera divertida el desparpajo de la joven.

—¿Por qué quisiste ser periodista? ¿Te viene de familia?

Ada hizo un gesto ambiguo.

—Bueno, siempre fui muy curiosa. Además, me apasionan las grandes historias, los miles de detalles que le dan vida y que pueden cambiar las maneras en que entendemos las cosas —explicó Ada.

—La vida está repleta de pequeños detalles. ¿Ves ese árbol? —dijo la anciana señalando hacia un gran algarrobo que se erigía en el

jardín—. Un día no fue más que una semilla, algo insignificante, un pequeño detalle que pasaría desapercibido, ¿no lo ves así?

Ada asintió.

—Tiene razón. Eso es precisamente a lo que me refiero.

—Aún no me has contestado —insistió, refiriéndose a si la profesión de periodista le venía de familia. En ese instante, Ada la miró fijamente.

—Mi padre es periodista y mi madre, que se pasa la mayor parte del día leyendo, solía corregirle los textos. Aunque, en realidad, fue mi tía la que me metió en la cabeza la idea de buscar la verdad y compartirla con los demás. Ella era, ¿cómo decirlo?, muy política.

La anciana disimuló su estremecimiento con una sonrisa. Sufrimiento y gozo se repartían a partes iguales.

—Comprendo. —Cogió aire antes de continuar—. ¿A tu madre le gusta leer? ¿O acaso ha fallecido?

Ada negó en silencio.

—Afortunadamente no. Ya tiene sus años, claro está, pero se mantiene en buena forma —dijo la periodista, que durante unos segundos se quedó mirando fijamente a la anciana. Esta asentía con una sonrisa y sus ojos relucían más de lo normal.

—Bueno, no tengo impedimento en seguir contestando sus preguntas, pero la protagonista de esta entrevista es usted. Así que, si le parece, continuamos. Cuando vino a Argentina, ¿lo hizo sola o acompañada de su familia?

La anciana mantuvo la mirada en el infinito unos instantes.

—Vine sola, fue algo temerario, pero era lo que había que hacer.

—Entiendo. Entonces, ¿su familia se quedó en Sorrento?

Ella asintió.

—Así es. Mi madre y mis dos hermanas se quedaron en Italia, aunque una de ellas se vino con su marido años después y la otra falleció al poco tiempo de que yo me marchara. En cuanto a mi padre, falleció cuando yo era muy joven. Enfermó de los pulmones, al igual que muchos de sus compañeros del lugar donde trabajaba. Era una fábrica de cerámicos y ahora sabemos que lo que lo mató fue el asbesto, si mal no recuerdo, un producto muy tóxico que manipulaban sin protección. Otros tiempos, como suele decirse.

Ada asintió a la par que realizaba anotaciones en su libreta.

—¿Cómo se llamaban sus hermanas?

—Lucrecia y Francesca.

—¿Y cuál es la que murió luego de su viaje a Argentina?

—Francesca.

Ada, se detuvo un instante y buscó sus rostro, la mujer le mantuvo la mirada, tras ese silencio incómodo, decidió continuar.

—¿A su marido lo conoció aquí en Argentina?

La anciana asintió muy despacio, como si se replanteara su propia respuesta.

—Meses después de llegar a Buenos Aires.

—¿Podría decirse que fue una bonita historia de amor? —preguntó Ada con cierto atrevimiento. La joven era de esa clase de personas que tenía desparpajo a la hora de decir las cosas, como si sus palabras estuvieran embestidas con una gracia intrínseca que camuflaban su verdadero sentido—. Sería el ingrediente perfecto.

—Bueno, le responderé diciendo que el amor es complicado. Pocas veces los sentimientos van acorde a la realidad de nuestras vidas. Muy pocos tienen la suerte de compartir su vida con quien realmente aman, por lo que podríamos decir que, en realidad, el amor es injusto y cruel.

Ada se sorprendió de la respuesta.

—¿Por qué lo dice? No se ofenda, pero parece la reflexión de una persona que no ha sido afortunada en ese sentido.

Ella sonrió.

—A veces no te queda más remedio, Ada. La vida y las circunstancias te unen a una persona. Puedes darte con un canto en los dientes si con el tiempo aprendes a querer a esa persona, pero, si no es así, siempre tendrás esa necesidad.

—¿Eso quiere decir que no cree en el amor?

—El amor, Ada, es como una semilla. Si la riegas y la cuidas brotará una bella flor que rara vez se marchitará. Pero si no es así, crecerá un zarzal lleno de espinas repleto de rencor y resentimiento. Ambas plantas nacieron del amor. La primera conformar a buenas personas y familias sanas, pero la segunda lo corrompe todo.

Ada había dejado de tomar notas.

—Habla como si hubiera conocido ambas.

—Y tú estás muy interesada en otras cosas. Si no recuerdo mal tu artículo iba a tratar sobre mi negocio y mi llegada a Argentina después de la guerra. ¿Sigue siendo ese tu objetivo?

—Por supuesto —dijo Ada poniendo de nuevo la punta del bolígrafo sobre el papel—. ¿Para qué si no iba a estar aquí?

CAPÍTULO 25

OCTUBRE 1940

Enzo se secó el sudor con la manga de la chaqueta y después arrojó la pala al suelo. Estaba exhausto.

—Eh, ¿has terminado tu zanja? —le preguntó Mattia Bruno, compañero de pelotón. Se trataba de un milanés algo bocazas, mal encarado al que todos conocían como Matta.

—Hoy he cavado zanjas para toda la maldita división —dijo Enzo sentándose al borde de la misma y descorchando su cantimplora. Por fortuna no hacía mucho calor y el agua se encontraba a una temperatura idónea.

Matta arrojó su pala aún más lejos, cerca de donde otro grupo de soldados cavaban con hastío. Hubo un intercambio de miradas, pero la cosa quedó ahí.

—Al parecer la guerra la ganará la zanja más bonita —dijo—. ¿Qué estamos haciendo aquí? Se supone que estamos de instrucción, pero no hacemos más que correr, cavar y limpiar fusiles. Poca acción.

Enzo asintió para darle la razón. Una cosa buena de Matta era que tras toda su palabrería se solía encontrar la verdad.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? Maldita sea. En Milán me dijeron que me alistara, que enseguida iba a estar repartiendo balazos a los enemigos del *Duce*. Parecía que me estaban esperando para que comenzase la fiesta, pero ya ves.

—Me alisté en Sorrento. A mediados de julio me llamaron. Pasé tres semanas en Roma, en un campamento a las afueras y después me destinaron aquí. Cada día somos más —comentó Enzo señalando a su alrededor. Mencionar a Sorrento le había hecho recordar todo lo que sucedió, aunque se esforzó por no indagar en sus recuerdos.

—Santa paciencia debes tener. Lo único bueno de todo esto es que no nos enviarán a África.

Matta tenía razón. El campamento de instrucción se encontraba al norte del país, entre Florencia y Bolonia. Se trataba de una inmensa arboleda repleta de casetones junto a una llanura de tierra

removida donde se llevaba a cabo la instrucción de los soldados. Ejercicios físicos, pruebas de equipo y, en ciertas ocasiones, prácticas de tiro. Aun así, muchos de los jóvenes que se habían alistado carecían de experiencia. El único consuelo que tenían era que, por el momento, no parecía haber ningún destino para ellos. Parte del ejército italiano luchaba en África mientras otro contingente considerable se estaba concentrando en Albania.

Por la noche, tras formar y desfilar por el campamento después de la cena, como era costumbre, disponían de varias horas libres. Los que podían permitírselo iban a las tabernas de los pueblos de alrededor, aunque la gran mayoría se quedaban en los casetones. Enzo solía quedarse en el campamento. Era en esos momentos, cuando reflexionaba acerca de sus últimos días en la finca de los Costa. Matilde y Virgilia le insistieron para que recapacitase. Pietro había conseguido la documentación necesaria para que Guido y él estuvieran exentos de servir en el ejército.

—Seguro que te puede conseguir esos papeles —le decía Matilde.

No obstante, Enzo sabía que era poco probable que eso ocurriera. Estaba convencido de que ambos estaban detrás de la muerte de Amancio. Solicitarles ayuda para que lo libraran de la guerra habría significado depender de ellos, poner su vida en sus manos y eso era algo a lo que no estaba dispuesto. Además, ¿qué futuro le esperaba en la finca? ¿Estar al servicio de Guido hasta que este decidiera deshacerse de él? Todo esto no se lo expuso a Virgilia. Simplemente le dio la razón en que lo de la guerra quizás no era la mejor salida, pero que debía pensar en él y en su futuro. Todos decían que gracias a los alemanes la guerra iba a ser un paseo triunfal. Las fuerzas combinadas de Hitler y del *Duce* no encontrarían rival. Sonaba demasiado bonito, por el momento, las predicciones se habían cumplido. Francia estaba derrotada e Inglaterra se defendía como gato panza arriba para evitar el desastre. El futuro más inmediato era prometedor.

Pero había otra cuestión. Un pensamiento del que huía constantemente como si jugara al escondite con su propio cerebro. Hacía ya algunas noches que había redactado el principio de una

carta. En realidad, no eran más que unas pocas líneas repletas de manchurrones y faltas de ortografía. Escribir no era lo suyo.

—Te he visto un par de noches. ¿Se puede saber qué tienes que contar? ¿Acaso tu amada es una apasionada de las zanjas? —exclamó Matta desde su camastro, que estaba justo encima del de Enzo.

—Métete en tus asuntos, milanés.

—Bien dicho —dijo Darío Conti, otro de los jóvenes con quien Enzo había congeniado. Este dormía en la litera contigua a la de ellos y, debajo de él, Tito Valentini, un gigantón cuyos ronquidos se asemejaban a una erupción del Vesubio. Estos dos eran de un pueblo cercano a Venecia.

—¿Por qué no te la machacas un rato y nos dejas tranquilos? —dijo Matta provocando una oleada de carcajadas que se extendió por todo el casetón.

—Enséñame una teta, bastardo —replicó Darío. Tras esto, los dos jóvenes comenzaron una divertida discusión.

El desparpajo de Matta y sus ocurrencias hicieron las delicias de todos los presentes. Hasta Enzo, melancólico por sus pensamientos, soltó alguna que otra carcajada.

Sin embargo, cuando la situación se calmó, Enzo volvió a darle vueltas a la carta. Había pensado en escribirle a Francesca desde que supo que iba a pasar una larga temporada en ese campamento. El problema residía en que no tenía claro qué quería decirle ni por qué. Se iba a casar con Guido. Esa carta solo podía traerle problemas. Como cada noche, estuvo a punto de hacer una bola con la hoja, pero, en el último momento, optó por guardarla. Si la conservaba, sentía que una parte de su pasado seguía estando en sus manos. Era un clavo ardiendo al que se aferraba con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO 26

Renato Pugliese estaba nervioso, lo cual no era extraño. Esconder sus sentimientos era algo que hacía con suma facilidad y que le había permitido codearse con políticos, empresarios o quien hiciera falta. Pero lo curioso de aquella ocasión era que esos nervios que antes ocultaba con maestría se habían apoderado de su rostro, su carácter y hasta sus gestos.

Llevaba un buen rato paseando por las calles de Sorrento, sin importarle la ligera lluvia que caía ese fresco día de principios de noviembre. En la víspera, Italia había comenzado la invasión de Grecia, lo que había cogido a muchos por sorpresa. El *Duce* iba en serio en eso de recuperar el antiguo esplendor del imperio Romano, aunque en opinión de Renato solo Dios sabía cómo iba a acabar todo aquello.

Pero la guerra no le importaba en ese momento. Casi le parecía un asunto trivial en comparación con el asunto que le rondaba por la cabeza. Muchos hombres temían el momento de la llamada a filas, ese instante en el que sus vidas se interrumpían y las ponían al servicio del Estado, el *Duce* en su caso. Por ese lado, Renato estaba tranquilo. Antes que él, muchos jóvenes se verían obligados a luchar en el frente y si Dios no lo impedía, le llegaba a él la hora, se encomendaría a la virgen y partiría a la batalla. No por Italia ni tampoco por el *Duce*, sino porque era lo que le había tocado vivir. Resignarse no tenía sentido, en su opinión. Pero eso era lo que menos le importaba en ese momento.

¿Por qué no giraba en el próximo cruce hacia la derecha e iba la tienda de Matilde? No era tan sencillo o quizás sí. Tantos años negociando, tratando con todo tipo de personas y era incapaz de afrontar la situación.

La respuesta se la dieron sus propios pasos, que continuaron recto. ¿Qué estaba haciendo?

Desde que Guido se convirtiera en un empresario de éxito y acabara con las deudas de los Costa, su presencia por la finca se había reducido poco a poco hasta desaparecer por completo. Seguía manteniendo un leve contacto con Matilde para las cuestiones de la tienda, pero la guerra había afectado al comercio más de lo que él había calculado y el precio de muchas mercancías se había incrementado de manera exponencial. Al menos tenía el consuelo de que a los Costa les iban bien las cosas, sea lo que fuera que estuviera haciendo Guido.

Chasqueó los labios. Una ligera brisa le hizo ajustarse el sombrero. En pocos minutos volvería a estar en el cruce que le permitiría llegar a la tienda. No podía retrasarlo más. Si seguía paseando por las mismas calles de esa manera los vecinos se alertarían. ¡Un espía!, dirían. Así de sencillo era acabar en el calabozo o torturado por los secuaces del *Duce*.

Llegó el cruce y, por fin, giró a la derecha. El toldo de la tienda de Matilde lucía empapado y goteando en sus esquinas. Si había calculado bien, sería ella la que se encontraría atendiendo.

Detuvo sus pasos frente a la puerta y miró hacia el interior. Allí, apoyada en el mostrador, Matilde mataba el tiempo haciendo pequeños dibujitos sobre una libreta. Meses atrás, antes de la guerra, el calabrés se la había encontrado limpiando, ordenando las mercancías y cambiándola de sitio, pero el desánimo es un mal que corroe lento y del que nadie puede librarse.

—Buenos días, Matilde —dijo Renato. Ella alzó el rostro sorprendida.

—¡Señor Pugliese! ¡Me alegra volver a verlo!

Renato sonrió.

—¿Tanto tiempo ha pasado para que no me tutee?

—Oh, perdóname, es la costumbre. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, aunque vivimos tiempos complicados. Me sabe mal no poder encontrarle mercancías a buen precio. ¿Lo están llevando bien?

Matilde ladeó la cabeza.

—Hacemos lo que podemos. Compramos a gente de la zona, pero aun así es complicado. No hay mucho movimiento.

—El gobierno ha establecido un férreo control de las mercancías. Lo destina prácticamente todo al esfuerzo de guerra. Además, este se incrementará notablemente en los próximos meses, a medida que avance la ofensiva.

—Se refiere a lo de Grecia, ¿verdad? —dijo Matilde ocultándose levemente los labios. Un gesto de discreción que no pasó inadvertido para el calabrés.

—No solo a las tropas destinadas en Grecia, sino a todo en general. El país está movilizándose para una guerra a gran escala.

El gesto de preocupación que apareció en el rostro de Matilde provocó ternura en Renato.

—Dios mío, ¿cómo acabará esto?

Renato encogió los hombros. No tenía todas las respuestas.

—Por cierto, ¿saben algo de Enzo?

Matilde movió la cabeza de un lado a otro.

—No lo sabemos. Se alistó justo después de la muerte de Amancio y partió a las pocas semanas. Prometió escribir, pero, por el momento, no sabemos nada de él. —Ella miró fijamente al calabrés —. ¿Tú sabes dónde está?

Renato miró a un lado y a otro antes de contestar.

—Es posible. En estos momentos es peligroso hacer demasiadas preguntas, pero creo que he dado con él.

Matilde sonrió emocionada. Cómo le hubiera gustado que Renato y su hija Lucrecia hubieran congeniado. La diferencia de edad no le importaba. Era un hombre atento, con recursos, elegante y, sobre todo, con una educación exquisita. Francesca iba a casarse con Guido la próxima primavera, Lucrecia podía hacerlo con Renato. Tan solo debía preocuparse de Vania, aunque estaba segura de que tarde o temprano ella encontraría un marido. ¿Podría revertir la situación si hablaba con Lucrecia? Era complicado.

—Tienes que comprender, Matilde, que esto es confidencial. Revelar información militar puede ser considerado espionaje. No importa que se trate únicamente de un soldado, como es en este caso Enzo.

—Descuida. Si tú me lo pides, no saldrá de aquí —dijo Matilde mirando al calabrés fijamente a los ojos. Por un momento, este se turbó y su rostro se puso de color granate—. ¿Renato? ¿Sucede algo?

Para una persona como él, acostumbrado a moverse tras una máscara inmutable, ser consciente de sus propias debilidades, era internarse en territorio desconocido. Quería decir algo, cualquier cosa, pero las palabras no llegaban a su boca. Ese *si tú me lo pides* que le había dicho Matilde lo había sacudido por completo.

Ella y solo ella era el motivo por el que se había apegado tanto a los Costa. Pese a que la conocía desde hacía años, cuando Tiziano aún estaba vivo, no fue hasta que regresó a la finca y vio su fuerza y determinación que se quedó encandilado de Matilde. Por ella pasó incontables horas buscando la mejor mercancía para la tienda, invirtió en *Liquore di Constanza* y estuvo junto a ella hasta que la personalidad inestable de Guido lo hizo alejarse para que sus hijas y ellas no se vieran perjudicadas.

Por supuesto, había oído los rumores por parte de Virgilia, de que Matilde pensaba que él estaba interesado en Lucrecia. Aprovechó el contexto para permanecer cerca de Matilde; más adelante no supo cómo mostrarle sus verdaderos sentimientos hasta que las circunstancias lo alejaron de Sorrento. Pero fue en esa lejanía cuando se convenció de que al menos tenía que intentarlo. Matilde no se le había ido de la cabeza en todo ese tiempo y él consideró que eso debía significar algo. Virgilia le había comentado en un par de ocasiones que necesitaba conocer a una mujer y formar una familia, que era la ley natural. Él, en cambio, tenía su propia opinión. A sus cuarenta y tres años se veía muy mayor para ser padre. Lo único que deseaba era encontrar a una mujer buena con la que compartir el resto de su vida.

—Está en el norte —dijo por fin, sintiéndose aliviado por ser capaz de decir algo. Matilde afinó la mirada y se acercó hacia él. El

tenue perfume de ella llegó hasta Renato.

—¿En el norte? —susurró.

—En un campo de adiestramiento. Por el momento es todo lo que sé. La invasión a Grecia ha pillado a muchos por sorpresa, así que predecir a dónde lo destinarán sería más una apuesta que una idea aproximada.

Matilde apretó los labios.

—Ojalá no entre en batalla. Quiero que regrese sano y salvo.

—Esperemos que así sea.

Llegados a este punto, la conversación parecía avanzar a través de un terreno pantanoso. Renato, que no deseaba marcharse, sacaba un tema tras otro mientras que Matilde, tras sus respuestas, procuraba descifrar el comportamiento peculiar que mostraba su antiguo socio. Lo veía turbado y algo extraño. En un primer momento pensó que traía malas noticias y que no encontraba la manera de transmitírselas, pero después de un rato aquella teoría perdió peso.

Transcurridos unos minutos, Matilde comenzó a recoger la escasa mercancía para cerrar la tienda.

—Suficiente por hoy. Hay que saber retirarse a tiempo —bromeó. Renato le dedicó una sonrisa. Le ayudó a meter las cajas y una vez estuvo todo recogido volvió a instalarse un extraño silencio entre ambos. Tan solo el goteo constante de la lluvia, que se había recrudecido en los últimos minutos, se interponía.

—¿Va a regresar a tu casa bajo este aguacero? —preguntó él. Matilde observó la lluvia desde la puerta de la tienda. Irse en aquel momento no tenía sentido. Estaría empapada antes de salir de Sorrento.

—Esperar un poco será lo más inteligente.

Una sonrisa brotó de los labios de Renato. Alzó su brazo derecho como si fuera a señalar hacia algún punto, aunque no dijo nada. Matilde miró hacia el lugar en cuestión, confundida.

—¿Qué sucede?

Nunca le costó tanto a Renato pronunciar una palabra.

—Hay una taberna no muy lejos de aquí. Le invitaré a una copa de vino. Es lo que pega en un día como hoy.

La oferta la pilló por sorpresa. Sus ojos, fijos en él, así lo expresaron.

—¿Nosotros? —preguntó sin saber por qué. Renato asintió con un nudo en la garganta, esperando su respuesta.

Desde la muerte de su marido, Matilde ni siquiera concibió la idea de compartir su tiempo con otro hombre. Le debía respeto a Tiziano, aunque este hubiera fallecido años atrás. El *no* ya iba directo hacia sus labios cuando cambio de opinión.

—No lo veo mal. Otra cosa no podemos hacer mientras llueva de esta manera.

Renato sonrió y ambos caminaron apresurados hacia la taberna, como chiquillos huyendo de la lluvia.

CAPÍTULO 27

ENERO DE 1941

Matilde terminó de barrer el suelo de la tienda. Las estanterías, el mostrador, todo estaba completamente vacío. Sus hijas, que la habían acompañado para sacar las pocas mercancías que quedaban, se miraron sin saber qué hacer.

—¿Podemos ayudarte en algo más? —preguntó Francesca. Su madre respondió con un aspaviento. Tenía los ojos cargados, pero se negaba a llorar delante de ellas.

—Ya pueden marcharse —dijo Matilde.

—Mamá, por favor. —Era el turno de Lucrecia, que sujetaba la libreta en el que habían realizado la cuenta de los últimos meses. La mayoría de las páginas estaban sin estrenar o con muy pocas anotaciones y la gran mayoría eran garabatos fruto del aburrimiento.

—Les agradezco de corazón, pero quiero estar sola. Lo necesito. Por favor, regresen a casa. No tardaré mucho.

Vania fue la primera en darse la vuelta y salir de la tienda. Sin embargo, Lucrecia no iba a rendirse tan fácilmente y se acercó a su madre.

—No ha sido culpa tuya, mamá. Ha sido la guerra. La maldita guerra está acabando con todo.

Matilde miró agradecida a su hija.

—Lo sé, cariño, pero aun así me duele que termine de esta manera.

—Cuando termine abriremos de nuevo —exclamó Francesca con una sonrisa esperanzadora.

No obstante, no hubo manera de convencer a Matilde. Pese a que no había nada más que hacer ahí, ella se quedó sola y sus hijas regresaron a la finca. Fue entonces, al encontrarse a solas en la tienda, cuando reflexionó acerca de lo que podía suponer echar el cierre. ¿Qué sería de ella y de sus hijas? Francesca iba a casarse en pocos meses y Guido la mantendría, pero ¿las demás? La angustia le presionaba el pecho.

Caminó hasta el centro de la tienda y miró a su alrededor. No le hacía falta concentrarse mucho para recordar las estanterías repletas, los embutidos colgados de la pared y el trasiego de clientes. Añoraba las tardes de tertulias con las ancianas o las discusiones acerca de si una receta llevaba o no tal ingrediente. Todo aquello había desaparecido hacía tiempo como si la tienda hubiera enfermado por entonces y se hubiera arrastrado hasta su final en una penosa agonía. Varios muchachos que sus madres enviaban a comprar habían sido llamados a las filas; varias de las ancianas habían fallecido y otros se habían ido ante la falta de trabajo. Sorrento se asfixiaba, Italia se asfixiaba.

A principio de mes, el gobierno del *Duce* había impuesto un duro racionamiento de alimentos. En las ciudades era donde más se sufría ya que fuera de ellas, en las zonas rurales, todavía existía un precario intercambio que permitía sobrellevar la situación con algo de dignidad. Aunque por suerte, la realidad en la finca de los Costa era bien diferente. Allí disponían todavía de buenos alimentos: pan, aceite de oliva, carne, conservas, pescado… Guido se las ingeniaba para conseguirlo todo, pese a que los precios estaban desorbitados.

Viendo las penurias que muchos pasaban por entonces, Matilde experimentaba incluso un resentimiento del que raramente podía escapar. Si le era posible compartía un poco de comida con los vecinos más necesitados, aunque Pietro, ya le había advertido de que no era una buena idea.

—Si la situación se descontrola y se producen revueltas, esos desagradecidos vendrán hasta aquí para tomarlo todo por la fuerza —le dijo.

Pese a que le repugnaba la idea, sabía que tenía razón. Sin embargo, lo que más le preocupaba era que la boda estuviera fijada para la primavera. Si la situación era ya complicada, Matilde no quería pensar cómo estaría dentro de un par de meses.

El único consuelo que tenía, era que Francesca había estado acertada al no querer celebrar la boda en noviembre. Todavía se le ponían los pelos de punta cuando recordaba el sonido de las bombas caer sobre Nápoles, el sonido de los aviones británicos, que como aves asesinas se abalanzaban sobre la ciudad para soltar su carga

mortal. Enseguida se formaron grandes columnas de humo, que se alzaban como los brazos de un gigante grisáceo que suplicara por su vida. Los disparos de los barcos atracados en el puerto retumbaban sobre las explosiones. Desde la finca de los Costa, concretamente desde la Tumba de las Sirenas, creían incluso oír los gritos desesperados de una población que veía la muerte caer sobre ellos, sobre sus hijos.

Desde entonces cualquier sonido anómalo era motivo de preocupación. El ronroneo de un motor podía provocar el pánico y que todos corrieran a refugiarse hasta que advertían que era una falsa alarma.

—¡Matilde!

Esta se giró rápidamente hacia la puerta. Allí estaba Renato. Él era la razón por la que había insistido a sus hijas para que la dejaran a solas. Desde que se tomaran esa copa de vino aquel día lluvioso había brotado un sincero afecto entre ambos, especialmente desde que este le dejó claro que nunca tuvo un interés real en su hija sino en ella. Al principio se vio sobrepasada por las circunstancias. Consideraba que tras la muerte de Tiziano pensar en otro hombre era un imposible, una afrenta tanto a la memoria de su marido como a sus hijas. Sin embargo, el exquisito respeto de Renato, su mesura y su sinceridad derritieron poco a poco su corazón. Entre ellos no surgió un amor apasionado y predispuesto a enfrentarse al resto del mundo, sino más bien un cariño comprensivo, un refugio en tiempos en los que el mundo parecía deshacerse y una compañía que ambos anhelaban desde hacía tiempo.

Matilde era consciente de que sus hijas se distanciarían de ella con el paso de los años. Lo veía normal y hasta necesario, era el ciclo de la vida, pero a lo que no estaba dispuesta era a pasarse el resto de sus días rezando junto a Virgilia hasta que Dios tuviera a bien recogerla. Mucho menos después de haberse encontrado con Renato.

—Ya estoy lista. Dame solo un segundo —pidió Matilde creyendo que él la esperaba para pasear por Sorrento y tomar una copa de vino en una de las pocas tabernas que permanecía abierta.

Para evitar problemas con Virgilia y con Guido, habían tomado la decisión de que Renato no regresara a la finca. Era lo mejor para todos.

—¡Tenemos que irnos! —exclamó Renato. Ella se alarmó ante su urgencia.

—Pero ¿qué sucede?

Justo en ese momento se escucharon sirenas lejanas, un lamento arrastrado por el viento que hizo a Matilde abrir los ojos de terror. Nápoles volvía estar bajo ataque.

Cerró la puerta rápidamente y salieron corriendo mientras los vecinos iban cerrando puertas y ventanas a su paso como si ellos fueran pregoneros de la desgracia.

—¡Mis hijas! ¡Se han ido hace poco hacia la finca! —gritó Matilde. Renato la cogió la mano y tiró de ella con decisión.

—Mi coche no está muy lejos. Las recogeremos y las dejaré allí.

Sin tiempo para más, comenzaron a correr, pero apenas habían dado un par de pasos cuando un estruendo les sobrecogió. Segundos después, un intenso ronroneo que provenía del cielo les hizo castañear los dientes. Había comenzado el bombardeo.

—¡Mis hijas! —gritaba Matilde mientras el calabrés la guiaba hacia el auto. Confiaba en que este no llamara la atención de los pilotos de la RAF, la temida fuerza aérea británica que los atacaba en ese momento.

Subieron al coche y Renato pisó el acelerador para ir cuanto antes en busca de las hijas de Matilde. Esta miraba angustiada por la ventana. Por suerte, los aviones ingleses se estaban cebando con Nápoles; Sorrento era insignificante para ellos, al menos de momento.

—¿Dónde están? —gritó de nuevo.

—Tranquilízate. Puede que se hayan escondido. Los aviones están bombardeando más allá y…

Ambos palidecieron. Tras tomar una curva se encontraron con una columna de humo negro que se alzaba no muy lejos de allí. Uno de los aviones británicos había sido alcanzado por la escasa artillería antiaérea de la ciudad. El piloto había intentado controlar el aparato, pero finalmente había acabado estrellándose a unos pocos

kilómetros de su ciudad objetivo. Pero no fue el hecho en sí lo que congeló los corazones de Renato y Matilde. Junto a las llamas salvajes, los restos de metal y el denso humo, había dos jóvenes que llevaban en volandas a otra.

—¡Son ellas! ¡Dios mío!

A medida que se acercaron descubrieron que Lucrecia y Vania eran las que llevaban en sus brazos a Francesca.

~

Aldo Lombardi tardó varias horas en llegar a la finca de los Costa. El principal motivo que demoró su llegada fue el bombardeo de la ciudad, pues el veterano doctor no dudó en desplazarse a Nápoles en cuanto escuchó caer las primeras bombas. Como él, el resto de los médicos de la zona acudieron en auxilio de las víctimas.

—¿Dónde está? —preguntó el médico al entrar en la casa, cubierto de polvo y con numerosas manchas de sangre reseca. Cuando le dijeron que la joven se encontraba en la antigua habitación de Donato suspiró, pues había un armario repleto de medicinas y utensilios médicos adquiridos por el propio Donato en un intento de hacer más llevadera su enfermedad—. Déjenme trabajar. Matilde y Virgilia solamente. Los demás fuera de aquí.

Guido estalló de ira ante las maneras de Lombardi, pero entendía que no era el momento de discutir. El médico cerró la puerta tras de sí y dejó a los que estaban fuera sumidos en una espera interminable. Las más afectadas eran Lucrecia, que aguardaba sentada en el suelo. Su ropa todavía estaba ennegrecida por el humo de la explosión.

—No entiendo cómo ha podido pasar esto —exclamó Guido. Estaba furioso.

—El doctor Lombardi sabrá cuidar de ella —dijo Renato mientras se sacaba el sudor de la frente.

—Ahora eres médico —replicó Guido por lo bajini, como si pretendiera que no se oyera del todo sus palabras. Renato lo miró fijamente. Pese a lo bien que le fueran los negocios, aunque se

hubiera transformado en un hombre completamente nuevo, en el cabeza de familia de los Costa, se seguía percibiendo la cobardía en su mirada.

El avión británico se estrelló a escasos metros de donde se encontraban las jóvenes, se dirigía a Nápoles. Las tres corrían despavoridas por los acontecimientos e ibán tan asustadas que no se fijaron en el malogrado aparato que se interponía en su trayectoria. Para cuando lo advirtieron, la explosión las impulsó hacia atrás, aunque la hierba amortiguó el golpe. Sin embargo, un trozo de neumático salió disparado y golpeó a Francesca en la cabeza, perdiendo el conocimiento al instante. Hasta que no llegaron a la residencia de los Costa y se fijaron en los movimientos acompasados de su pecho creían que había fallecido. Una brecha en la cabeza y un reguero de sangre añadieron más drama a la situación.

—Poco antes de que llegara el doctor ha reaccionado —dijo Lucrecia, a la que Bianca trataba de consolar estrechándola entre sus brazos.

—Se pondrá bien. Ya lo verán.

Guido observó de reojo a su hermana mientras caminaba nervioso de un lado a otro. Desde que los ingleses bombardearon Nápoles por primera vez, allá por noviembre, le insistió a Francesca para que saliera de la finca lo menos posible.

La puerta de la habitación no se abrió hasta cuarenta minutos después. Lo primero que vieron los que se encontraban en el otro lado fue el rostro desencajado de Virgilia y sus huesudas manos aferradas a su rosario. No podía ser verdad. No de esa manera.

—¡Ha despertado! ¡Gracias a Dios! —balbuceó Virgilia con el rostro reluciente por las lágrimas. Guido avanzó hacia ella y la apartó bruscamente.

—Vieja estúpida —dijo al pasar a su lado—. ¡Francesca!

Con cierta cautela todos fueron entrando en la habitación. Esta era lo suficientemente amplia como para que no hubiera problemas de espacio. Por la ventana abierta entraba una brisa que arrastraba un olor a quemado que se mezclaba con el ambiente dulzón del interior. Francesca, con un aparatoso vendaje que le cubría la parte superior de la cabeza, estaba sentada en la cama.

Guido se acercó hasta ella y se arrodilló besándole la mano. Matilde dio un paso atrás. Renato buscó su mirada y supo de inmediato que algo no iba bien.

—Oh, cielo mío. ¿Cómo estás? —preguntó Guido.

Francesca sonrió.

—Me duele un poco la cabeza, pero estoy bien.

—Ha tenido mucha suerte —dijo el doctor Lombardi—. Primero, porque fuera un trozo de neumático y no de metal el que la golpeara y segundo, porque no le dio de lleno. Dios elige cuando llamarnos y desde luego hoy no era el momento de Francesca.

—¿Se curará, doctor? —preguntó Vania.

El anciano asintió mientras guardaba sus enseres con presteza.

—La explosión y el golpe le hicieron perder el conocimiento. En cuanto a la brecha, es apenas más grande que una uña del dedo índice, pero son heridas muy aparatosas. En un par de días habrá cicatrizado.

La alegría se extendió por toda la habitación.

—Lo que sí me gustaría es que descansara un poco. Esté tranquila, pero procure no quedarse dormida. No es recomendable después de recibir un golpe en la cabeza.

—Descuide, doctor. La pondremos entre algodones si hace falta —dijo Matilde.

—En ese caso, he de marcharme de inmediato. —Aldo se giró hacia el calabrés—. Renato, ¿será usted tan amable de llevarme de vuelta a Nápoles? Me necesitan allí.

—Cuando quiera, doctor —respondió.

—Muchas gracias por su servicio, señor Pugliese —dijo Guido tendiéndole la mano. Más que un agradecimiento, el calabrés sabía que era una despedida; una manera sutil de dejarle claro que no era necesario que regresara a la finca.

Él lo entendió perfectamente y se despidió del resto. De nuevo, vio en los ojos de Matilde una preocupación latente, pero debido a las circunstancias tuvo que marcharse sin conocer qué la atormentaba.

CAPÍTULO 28

Matta corría como un loco buscando a Enzo. En sus manos llevaba una nota informativa que anunciaba que hubo un nuevo bombardeo de Nápoles por parte de los británicos y quería entregársela cuanto antes a su compañero.

—¿Dónde demonios se ha metido? —dijo mientras miraba a su alrededor. Era cerca del mediodía y la actividad en el campo de adiestramiento era frenético. Miles de soldados vestidos con el mismo uniforme y moviéndose de un lado a otro. Las órdenes de los cabos y los sargentos se escuchaban por todas partes.

Su pelotón debería estar en la práctica de tiro, pero en las últimas semanas la falta de munición en el frente provocó que las reservas destinadas a las prácticas fueran designadas a los soldados italianos que se las veían con griegos, británicos y albaneses. 1941 estaba comenzando de manera funesta para el *Duce,* que le empezaban a faltar dedos en las manos para contar los reveses de su glorioso ejército.

En África, los británicos habían echado a los italianos de Egipto y estos no hacían más que replegarse para evitar caer prisioneros. En cuanto a la invasión griega, los alemanes se vieron obligados a intervenir para evitar otro desastre italiano. Incluso se decía que pronto Hitler enviaría sus tropas a África para evitar que los italianos tuvieran que regresar nadando a Italia y el sur de Europa quedara amenazado. Era por eso que se esperaba una reacción por parte del *Duce* para salvaguardar el honor del ejército italiano.

Mientras tanto, en aquel campamento seguían agrupándose cada vez más soldados.

—¡Maldita sea, Enzo! He perdido toda la mañana buscándote —exclamó Matta cuando al fin lo encontró—. Esos cerdos ingleses han vuelto a bombardear Nápoles.

Enzo leyó con un gesto serio en el rostro. Matta sabía que Sorrento estaba prácticamente al lado de Nápoles.

—Aquí dice que los blancos fueron los depósitos de combustible y el puerto. ¿Se sabe algo más?

—Nada por el momento —contestó Matta—. Los rumores dicen que hay cientos de heridos, aunque en esta ocasión nuestros camaradas disponían de unas cuantas torretas antiaéreas.

Enterarse de lo sucedido dejó a Enzo sumido en un silencio el resto del día. Hasta la fecha no se había puesto en contacto con nadie. Había intentado escribir una carta a Francesca, pero después de muchos intentos lo había dejado. Sin embargo, el bombardeo le daba una excusa para hacerlo, para preocuparse por todos y por ella especialmente.

Esa misma noche retomó sus anotaciones. Primero pensó a quién debería ir dirigida, quizás el paso más importante de todos. A Guido lo descartaba, pues sabía que este ni siquiera avisaría a los demás. Virgilia tampoco le convencía y Matilde, aunque le tenía aprecio y sabía que se trataba de una buena mujer, tampoco le animaba a escribir. No. Francesca debía ser la destinataria y teniendo esto decidido, la escribió como si le hablara directamente a ella. Después de tantos meses de ausencia no sabía si ya se había casado con su primo, si todo seguía igual o si el bombardeo les habría afectado. De igual manera, procuró no revelar sus sentimientos. Lo último que quería era causarle problemas.

Una vez terminó, releyó la carta en un par de ocasiones y acabó por meterla en un sobre. A primera hora la dejó en el puesto de correos.

—¿Cuándo llegará la carta?

—¿A dónde la envías? —respondió el oficinista mientras atendía a sus tareas.

—A Sorrento.

El oficinista hizo un gesto ambiguo.

—Si no es urgente llegará en un mes, quizás más. En estas fechas estamos saturados. ¡Siguiente!



Lo sucedido a Francesca afectó el día a día en la residencia de los Costa. Les gustase o no la guerra se abalanzaba sobre ellos y Guido consideró que debía prepararse. Mandó recubrir la parte baja de la residencia con sacos terreros y ordenó acondicionar el sótano a modo de refugio. A la menor señal de peligro todos debían acudir allí.

Los primeros meses del año se vivieron con tensión y miedo. Pese a la intensa propaganda del gobierno, por todas partes se hablaba de que los británicos habían capturado a varias compañías italianas en África. Algunos hablaban de hasta treinta mil soldados italianos hechos prisioneros. Esto se tradujo en que muchos creyeran que los británicos iban a dar el salto a Sicilia a la menor oportunidad.

—Los alemanes lo evitarán —decía Pietro, cuyos comentarios acerca de la guerra oscilaban a favor del bando que mejor lo tuviese. Hasta el momento los alemanes no habían tenido rival y él pensaba fervorosamente que seguiría siendo así durante mucho tiempo.

Por tanto, el mundo se redujo a la finca de los Costa. Con la tienda cerrada, Matilde tenía pocas excusas para desplazarse hasta Sorrento, aunque siempre encontraba la manera de escabullirse y reunirse allí con Renato. Pero transcurrieron varias semanas tras el accidente de Francesca hasta que pudieron verse de nuevo.

—Parece que hubieran transcurrido siglos desde la última vez —dijo Matilde. El calabrés y ella paseaban por los arrabales de Sorrento en un día frío y gris de fines de febrero.

—Al menos las cosas están más tranquilas por aquí —dijo Renato analizándola con la mirada. No había olvidado su gesto serio cuando el doctor Lombardi terminó de atenderla después del incidente con el avión derribado. Su intuición le decía que ocurría algo y optó por no retrasarlo más—. ¿Qué pasa?

En cuanto Renato lanzó la pregunta, Matilde agachó el rostro y se tapó la boca con las manos, como si hubiera salido a la luz el peor de los secretos. Sin embargo, y pese a sus reservas, tenía la necesidad de hablarlo con alguien y la única persona con la que podía hacerlo era él.

—No es nada grave. Al menos no es nada que implique la salud de Francesca. Ya escuchaste al doctor Lombardi. Fue muy afortunada de que todo se redujera a la pérdida del conocimiento y a una pequeña brecha.

—Entonces, ¿dime qué te preocupa? —insistió Renato.

Matilde cogió aire y miró a su alrededor. La hierba se movía al son del viento.

—Francesca reaccionó antes de que el doctor Lombardi llegara, pero se encontraba muy mareada y débil. Por suerte, cuando abrió los ojos por primera vez, yo era la única que estaba lo suficientemente cerca de ella para escuchar lo que susurraron sus labios. Insisto, puede que no estuviera plenamente consciente todavía. De hecho, prefiero pensar que fue así.

El calabrés frunció el ceño.

—¿Qué dijo?

—Llamó a Enzo: «*Enzo, ¿dónde estás? Enzo, vuelve*». Eso fue lo que dijo, pero solo yo lo oí. Al cabo de unos segundos creo que se percató de dónde se encontraba y volvió a cerrar los ojos.

Renato asintió levemente, pues comprendía la preocupación de Matilde. En aquel momento trágico y vulnerable para Francesca, ella no llamó a su prometido, sino que susurró el nombre de Enzo.

—Creo que sigue enamorada de él —continuó Matilde.

—Pero va a casarse con Guido, ¿no es así?

Matilde miró fijamente Renato.

—Ha vuelto a postergar la fecha de la boda.

Hacía una semana que Guido y Francesca se sentaron a hablar de los preparativos para el gran día, que según lo acordado iba a celebrarse en abril. Él era consciente de que en la situación en la que se encontraban, tendría que ser una ceremonia más comedida e íntima, pero no le importaba. Su deseo por Francesca primaba sobre cualquier otra cosa.

—Lo primero que deberíamos tener claro son los invitados, cielo. Hay muchas familias que han perdido a hijos, a padres y a hermanos. Debemos ser considerados —dijo Guido. Francesca asintió y su prometido continuó.

—Bien. Virgilia me ha asegurado que podemos celebrarlo aquí mismo, en la finca. La ceremonia se celebrará en Sorrento y…

Guido estuvo hablando un buen rato, pero Francesca no lo escuchaba. Se limitaba a asentir o a sonreír según intuyera que convenía una cosa o la otra. Finalmente, Guido se percató de la actitud de su prometida.

—Francesca, ¿me estás escuchando?

La joven levantó sus ojos hasta él.

—Disculpa.

—¿Qué te pasa? —dijo él cogiéndole las manos con dulzura.

Ella esbozó una sonrisa extraña. Sus labios parecían retorcerse más que mostrar alegría.

—Sé que ya lo hablamos en su día, pero no quiero casarme así. No quiero mirar al cielo con temor de ver un caza británico dirigiéndose hacia nosotros. No quiero que los invitados huyan para salvar su vida. Lo siento, pero no lo quiero.

Las palabras de Francesca sorprendieron a Guido, que soltó sus manos y retrocedió como si se hubiera dado de bruces con un fantasma.

—¿De qué estás hablando? —exclamó al cabo de unos segundos. Estaba indignado.

—Es la opción más razonable. Quiero casarme contigo, Guido, pero no de esta manera.

Guido respiró con brusquedad. Había algo en Francesca, en sus palabras y en sus gestos que no le gustaba ni un pelo. Era diferente a cuando se negó a casarse en noviembre y postergó la boda a la próxima primavera. Ahora que se acercaba la fecha había vuelto a hacer lo mismo, pero de diferente manera. No sabía explicarlo, pero lo sentía.

—Hablaremos dentro de un par de días. No quiero que te precipites.

—Por mi parte escucharás lo mismo.

Guido se marchó sin decir nada más. Francesca permaneció sentada un buen rato más, reflexionando acerca de lo que acababa de suceder y la trascendencia cuando todos supieran que había decidido posponer la boda. Era consciente de las muchas explicaciones que tendría que dar, especialmente a su madre y a su tía Virgilia, aunque era la primera la que más le preocupaba. Hacía tiempo que se había percatado de que su madre no le quitaba ojo de encima, además de preguntarle constantemente acerca de su relación con Guido: «¿Estás nerviosa por la boda? ¡Pronto serás la señora Costa! ¿Estás emocionada?». Y más cosas que entraban en la normalidad, pero que le resultaba extraño proviniendo de su madre.

¿Sospecharía algo? Era poco probable. Nadie salvo ella sabía que Enzo le había enviado una carta e igualmente nadie más sabía que ella le había respondido al día siguiente de recibirla. Era esa la verdadera razón por la que había decidido posponer la boda una vez más.

Todavía se ponía nerviosa cuando recordaba el momento en que encontró el sobre, apilado entre otras cartas en la mesita del recibidor. Por aquellos días llegaban numerosas misivas a la residencia de los Costa. El gobierno italiano era consciente del descontento que se estaba propagando por el país y quería garantizar el apoyo de las familias más acaudaladas. Estas, a su vez, escribían a familias conocidas en un intento de saber cuál era el ánimo general. Ese día, Virgilia debió recoger el correo, pero, por alguna razón, no dejó las cartas en el despacho de Guido. Fue entonces que, por pura casualidad, Francesca, encontró la carta de Enzo y se la llevó sin que nadie más lo supiese. Le temblaban las manos, emocionada y temerosa del hallazgo que acababa de realizar. En la carta, Enzo se preocupaba por todos después de saber del bombardeo británico a la ciudad de Nápoles. También la felicitaba por su matrimonio con Guido, en el caso de que todavía no se hubiera producido, le deseaba lo mejor. Pese al tono correcto de la carta, Francesca no pasó por alto que estaba dirigida a ella. La emoción y la alegría que sintió no podía compararse con nada. Aquello no solo significaba que Enzo se encontraba bien y todavía en suelo italiano, sino que seguía acordándose de ella.

Turbada por las emociones, esperó a que su madre y sus hermanas se durmieran y comenzó a escribir. Sin darse cuenta, una sonrisa se apoderó de su rostro. Dejó claro que todos se encontraban bien y que la boda, por el momento, se celebraría más adelante, aunque sin fecha establecida. Sin embargo, sabía que no podía comunicarle al resto acerca de la carta que ella había recibido —Guido enloquecería—, por lo que le pidió a Enzo que escribiera una nueva carta, esta vez dirigida a Matilde o cualquiera de sus hermanas, obviando la que ya había enviado.

Al día siguiente, ella se encargó de llevar las cartas a la puerta de la finca, donde las recogía un anciano que se ganaba unas pocas liras a cambio de llevarlas hasta Sorrento.

Días después tuvo lugar la conversación entre Guido y ella, aquella en la que le comunicó su deseo de postergar la boda utilizando la guerra como pretexto.

Cuando todos conocieron la decisión de Francesca, se instaló un ambiente extraño en la finca de los Costa. Todos a excepción de la propia Francesca tenían intereses en que se celebrara el enlace y la unión de las dos familias se materializara. Para Matilde, que no olvidaba las palabras de su hija al recuperar la consciencia, se trataba de un asunto de responsabilidad y hasta de honor. No le preocupaba que su opinión estuviese cada vez más cercana de la de Virgilia. Una vez cerrada la tienda y con la fabricación de licor detenida, la estancia de las Rinaldi en Sorrento dependía únicamente de sus escasos ahorros y de la generosidad de Guido.

CAPÍTULO 29

MARZO DE 1941

Bianca paseaba con Lucrecia por los límites de la finca. No mucho antes, estos estaban delimitados por una valla de madera o en su ausencia por un surco de tierra. Pero ante la amenaza de la guerra, Guido había ordenado levantar un muro que cercara toda la finca. Su hermana le había planteado la cuestión, en el caso de que los británicos los invadieran, de si iba a atrincherarse en ella como si se tratara de un señor feudal. Guido se tomó fatal la ironía de su hermana.

—¡Lo hago por el bien de todos nosotros! ¡Que no se te olvide! —le gritó.

Hasta el momento no habían vuelto a designar fecha para el enlace y eso había mermado el ya agrio humor de Guido. De hecho, la relación entre la joven pareja pasaba por horas bajas. Aun así, todos daban por hecho que la boda se acabaría celebrando tarde o temprano.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Bianca a Lucrecia mientras paseaban cerca de la monstruosa construcción que Guido había encargado. Un muro de ladrillos que aislaba la finca más todavía, que impedía ver la belleza del golfo de Nápoles, que parecía encerrar entre sus muros un aire cada vez más irrespirable.

Lucrecia encogió los hombros. La joven llevaba el cabello recogido en una cola. Pese a que estaban a mediados de marzo, la primavera parecía ser empujada por el verano con un aire cálido que templaba el ambiente. Bianca sonrió ante su gesto, sin quitarle los ojos de encima.

—Mi hermana se casará con tu hermano. Tan solo tienen que ponerse de acuerdo. Puede que ambos estén un poco sobrepasados por todo lo que ha ocurrido en los últimos meses. La muerte de Donato, la guerra, el accidente de Amancio, la marcha de Enzo. Todo está cambiando y puede que demasiado rápido.

—Tienes razón —dijo Bianca.

Sus pasos las llevaron hasta una zona donde, debido a lo escarpado del terreno, fue imposible alzar más que unas cuantas hileras de ladrillos. En aquella zona, el muro les llegaba a la altura de la cintura. Hasta un niño de cuatro años podría saltarlo sin problema.

—¿Y esto? —preguntó Lucrecia divertida.

—¡La defensa inquebrantable ante los británicos! ¡El quebradero de cabeza de Churchill! —exclamó Bianca antes de que ambas rieran a carcajadas.

Aquella extensión ridícula de muro, apenas un par de metros escondidos en el terreno escarpado y oculto entre los matorrales. Los trabajadores que Guido había contratado para que levantaran el muro no se habían exprimido los sesos y quedaba claro que él tampoco lo había revisado. Era ese tipo de cosas, esa desgana y esa manera incompleta de hacerlas lo que le hacía preguntarse a su hermana cómo había podido liquidar las deudas y amasar fortuna de nuevo. Ni siquiera la guerra parecía afectar sus negocios, en los cuales no les dejaba inmiscuirse. Estos pensamientos provocaron que desapareciera la sonrisa de su rostro. Lucrecia se percató.

—¿Qué te ocurre? —preguntó mientras se sentaba en el mismo muro que había sido motivo de sus carcajadas.

—Nada. Cosas mías.

—Es tu hermano, ¿verdad? —insistió Lucrecia.

Bianca ladeó la cabeza.

—Pasa demasiado tiempo con ese Pietro. No me da buena espina.

—A mí tampoco me cae bien —dijo Lucrecia.

Bianca se sorprendió de su bisoñez. Lucrecia estaba versada en temas políticos, en socialismo y hasta en historia, pero su excesiva confianza en los libros y su desprecio por la experiencia reducían sus posibilidades de ver lo que sucedía a su alrededor.

—Es un cretino —afirmó Bianca asomándose al muro como si se tratara de un mirador. Más allá se veía varios de los senderos que surcaban las serranías de Sorrento. Pese a que era cerca del mediodía, no se veía ni una sola persona. El tiempo parecía haberse

detenido—. Por cierto, ¿sabes algo de ese hombre que trabajaba con tu padre?

—¿De Mauro Baricchio?

—Ese mismo. Te escribió un par de veces, ¿no? —preguntó Bianca. Su interés certero sorprendió a Lucrecia.

Mauro compartía las ideas de su padre y tras la muerte de este, se había carteado con ella en un par de ocasiones para rebatir asuntos de política nacional o acerca de los grupúsculos socialistas clandestinos de Nápoles.

—La última vez que me escribió fue antes de que Italia se uniera a la guerra. Puede que lo hayan llamado a filas o que lo hayan arrestado. ¿Por qué me preguntas por él?

Bianca respiró hondo y volvió a repasar con la mirada a su alrededor. Seguían estando solas.

—Hace unos días *Voce* estuvo aquí —susurró. Lucrecia abrió los ojos de par en par y los clavó en ella.

—¿Lo viste? ¿Hablaste con él?

Bianca le pidió que mantuviera la calma.

—¿Recuerdas cuando hablamos de la quinta columna con la que los socialistas pretendían derribar el gobierno de Mussolini?

Lucrecia asintió en silencio.

—Ya ha empezado. Se están organizando.

El canto lejano de una cigarra les hizo mirar alertadas a su alrededor. De repente, sospechaban hasta de los árboles cercanos, como si estos escucharan cada una de sus palabras.

—Van a acabar con el *Duce.*



Pese al silencio y la quietud que dominaban sus gestos, Francesca estaba histérica, presa de una angustia permanente que la mantenía en una constante intranquilidad. Respiró hondo y procuró serenarse. Todo estaba bien; todo permanecía igual. ¿No?

Guido había ido en su busca para mantener una conversación con ella, al parecer de vital importancia. Seguramente estaría

relacionado con la boda, pensó Francesca, pero no las tenía todas consigo.

Había intercambiado varias cartas con Enzo, a quien se le había ocurrido enviar las que iba dirigida a ella a la casa de Santina Parisi, la madre de Amancio. A Francesca le pareció una idea estupenda, pues sabía que Guido se tomaría muy mal su correspondencia con Enzo. Sin embargo, la manera en la que le había pedido que conversaran le preocupaba. ¿Acaso los había descubierto? La artimaña de que Enzo enviara las cartas a casa de Santina era mucho peor que el propio contenido de las cartas.

La verdad era esa. No se trataban de cartas de amor ni nada por el estilo. Tan solo se contaba lo que sucedía en el día a día de cada uno. A Francesca le gustaba leer las anécdotas del campo de entrenamiento y Enzo se sentía mejor al cerciorarse de que la vida en la finca de los Costa seguía igual; ni siquiera la guerra podía perturbarla. Aunque había otra cosa, otro dato que Enzo esperaba en cada carta de Francesca: la boda. Desde la distancia, en aquel campamento de instrucción del norte de Italia, Enzo trataba de encontrar la explicación a por qué no se habían casado todavía. Una sonrisilla tomaba sus labios según la explicación que le pasara por la cabeza.

Francesca intuía algo de esto, pero no podía hacerse una idea de los verdaderos pensamientos de Enzo. Después de todo, él fue quien fue dejando morir su relación con esa actitud apática y gris. Además, ella estaba comprometida con Guido; la idea de casarse con él seguía en pie. ¿Por qué entonces se escribía a escondidas con Enzo? ¿Qué explicación podía darle a ese pequeño detalle?

Rápidamente luchó contra esos pensamientos. «Esa es la voz del demonio», le diría su tía Virgilia señalándola con el dedo.

Pero las sospechas acerca de lo que podía saber Guido persistían. Tal y como acordaron, Enzo comenzó a enviar cartas a la residencia de los Costa, concretamente dirigidas a Matilde, aunque escritas de tal manera que resultaba evidente que cualquiera podía leerla. En ellas Enzo relataba su día a día en el campamento, aunque no se extendía más de una página.

Todos se arremolinaban en torno las primeras cartas de Enzo, como si se tratara de un tesoro, de una pieza exótica y reveladora que fuera a cambiar sus vidas para siempre. A excepción de Guido y de Pietro, las demás le tenían un gran cariño a Enzo y querían saber de él. Especialmente, Vania, que incluso tuvo un encontrón con Lucrecia al empujarla para ver la carta con sus propios ojos. Matilde tuvo que intervenir para que ambas hermanas dejaran de discutir, virtud que Vania parecía poseer y manejar con suma facilidad. Comparaba a su hija menor con un puñal sin mango, donde el acero afilado quedaba al descubierto: no podías empuñarlo sin cortarte.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de Matilde fue la tibia reacción de Francesca. Todavía recordaba cuando esta recuperó la conciencia llamando a Enzo, suplicando por que la acompañara en aquel momento en el que su vida parecía depender de un hilo. Era por eso que esperaba que su hija estuviese ansiosa por saber de Enzo, pero no fue así. Matilde no sabía si estaba fingiendo o haciendo gala de un envidiable poder sobre sí misma.

—Oh, Enzo, ¡qué ganas de volver a verte! —exclamó Vania con las manos en su pecho. Su hija no escondía sus sentimientos hacia el primo de Guido. No solo no lo ocultaba, sino que alardeaba de ellos como si quisiera dejar clara su posición y que Enzo, de regresar, sería únicamente para ella. Matilde estaba sorprendida de lo que aquella carta le estaba revelando acerca de sus hijas.

—Al menos no está en el frente. Es muy afortunado. Todos sabemos lo mucho que nuestras tropas están sufriendo en África —dijo Virgilia.

—Y en Grecia —añadió Lucrecia. Su madre la miró con cierto reproche. No era el momento de teñir la conversación con tintes políticos personales. Tal y como temía, Bianca siguió el juego de su hija.

—La guerra es siempre un error. El *Duce* está aprendiendo la lección —comentó la hija de Donato.

—Déjenlo ya. Lo importante es que Enzo está bien y que continúa aquí, en Italia. Puede que, si tiene suerte, se licencie antes de partir al frente —expuso Matilde.

—¡Dios te oiga! —exclamó Vania. Sin embargo, la atención de Matilde estaba centrada en Francesca. Creyó ver una sonrisa comedida en sus labios. Estaba fingiendo. La angustia le invadió.

De inmediato, Vania se ofreció para escribir la carta de respuesta, poniéndose de inmediato manos a la obra. Lucrecia y Matilde se ofrecieron para ayudarla, pero desistieron después de comprobar la tozudez de Vania. Ella se centraba exclusivamente en ella, relatándole sus días en la finca como si se tratara de su enamorado, sin dedicar ni una sola línea a nadie más que a ella.

—Será mejor que escribamos otra carta nosotras —indicó Matilde cuando dejaron a solas a Vania—. Después meteremos ambas en el sobre. Es lo mejor.

—Me parece bien, mamá —manifestó Lucrecia. Matilde asintió.

—¿Quieres ayudarnos, Francesca?

Su hija se sorprendió por la pregunta. De nuevo vio algo extraño en los ojos de su madre, una intención oculta que no le gustaba ni un pelo.

—Se lo dejo a ustedes. A Lucrecia se le dan mejor las palabras —contestó antes de marcharse rápidamente, como un animalillo asustado por algún ruido amenazante.

Habían transcurrido varios meses desde ese momento, pero la sensación de incomodidad y de peligro seguía oscilando alrededor de Francesca. A eso se sumaba la manera en la que Guido le habían pedido que hablaran.

—Francesca.

La voz de Guido le pilló desprevenida. Salió de su ensoñación y lo buscó con la mirada, como si quisiera cerciorarse de que aquello era la vida real y no un mal sueño.

—Disculpa, Guido. Estaba pensando.

Se fijó en el breve lamento que pasó por su rostro. Una queja, más bien.

—¿Qué te preocupa? —dijo él sentándose junto a ella. Ambos se encontraban en el porche de la casa, a la sombra rasgada de una parra que aguardaba los meses de más calor para mostrar todo su vigor.

—Mucho y nada a la vez —contestó Francesca, siendo consciente de la estupidez de su respuesta. Por ello se empezó a reír.

—Las mujeres son un jeroglífico cuando lo desean —declaró Guido con tono de broma. Por primera vez en semanas, la tensión disminuyó entre ambos. Sin embargo, tras las risas, se extendió el silencio y sus miradas se perdieron el horizonte. Más allá del muro se vislumbraban los destellos del mar bajo el sol de la mañana.

—No quiero presionarte. Sé que son tiempos difíciles, pero ¿has pensado en la boda? —preguntó Guido.

Francesca agachó el rostro y suspiró. No tenía sentido retrasar ese momento. Era consciente de que ya había tensado la situación y que, de negarse de nuevo, Guido podía romper el compromiso. No solo significaría que no se casarían, sino que seguramente las obligarían a abandonar la finca de inmediato. Bianca se opondría, pero eso no lo impediría. No había sido necesario que su madre le advirtiera del riesgo que corrían con sus constantes negativas; era lo suficientemente inteligente como para entenderlo por sí misma.

—Puede que después de verano. Tal y como dijimos la primera vez —dijo Francesca despreciando el esfuerzo que le supuso pronunciar esas palabras. Guido la observó boquiabierto.

—¿De verdad? Yo pensaba lo mismo. ¿A finales de agosto?

—O en septiembre. Es una buena fecha. Esperemos que la guerra no se inmiscuya en nuestros planes —advirtió Francesca con una media sonrisa. Guido sujetó sus manos y las besó con dulzura.

—Poco me importa la guerra si finalmente podemos unir nuestros caminos ante Dios —dijo Guido incorporándose. Enseguida, la joven pareja fue a dar la noticia de que la boda tendría lugar a finales de verano. Matilde fue la primera en darles la enhorabuena, seguida de Virgilia, las cuales parecían tener más ganas de boda que los propios novios.

Poco a poco, el entusiasmo fue propagándose y finalmente corrió el vino para celebrarlo. El alcohol templó los ánimos, favoreció la locuacidad y, por unas horas, les hizo olvidarse de la triste realidad que se ceñía sobre gran parte de Europa y que había llegado a Nápoles en forma de aviones británicos que soltaban sus bombas de muerte sobre la ciudad.

—Seguramente tendrá que ser una boda más íntima, pero no me importa en absoluto —señaló Guido. Pietro, su inseparable amigo, levantó la copa de vino.

—Alabadas sean tus palabras. Además, puede que para entonces la guerra haya terminado. Soy de los que piensan que las cosas suceden cuando deben suceder, ni antes ni después —dijo Pietro mientras su lengua se aturullaba a causa del alcohol. El joven bebía con un ritmo endiablado.

—Dios quiera que todo vaya bien —agregó Virgilia a la par que se santiguaba.

—Irá bien —aseguró Matilde.

Entonces, pillando a todos por sorpresa, Vania participó en la conversación.

—Esperemos que Enzo esté sano y salvo. Puede que ya esté luchando en el frente.

Todos la miraron y se hizo el silencio.

—Él escogió luchar por su país, Vania —dijo Guido, al que el alcohol comenzaba a afectarle.

—Es muy valiente. El hombre más valiente que he conocido —insistió Vania con un toque infantil. Guido rechinó los dientes, pero se contuvo. Matilde procuró quitar hierro al asunto.

—Cada uno labra su destino. Esperemos que el de Enzo le lleve a buen recaudo —aseveró mientras se levantaba y se preparaba para cambiar drásticamente el tema de conversación—. Ahora, mi estómago tiene hambre y estoy segura de que el de alguno más también. ¿Me equivoco, Pietro?

El joven asintió con un cigarrillo en los labios.

—¡Por Dios que estoy hambriento! Este vino está bueno, pero abre el estómago mejor que una navaja.

Matilde forzó una carcajada. Era un día para celebrar.

—No hay más que hablar. Ayúdame, Virgilia. Preparemos algo de comer. A veces nos olvidamos de que los jóvenes tienen hambre a cada instante.

—Qué razón tienes —respondió su cuñada.

—Vania, ven también con nosotras —pidió Matilde.

Lucrecia se incorporó y Bianca le imitó justo después.

—Ayudaremos también. No quiero que el vino se me suba a la cabeza —dijo Lucrecia.

Así, Francesca, Guido y Pietro se quedaron a solas en el porche.

—Bueno, ahora sí que podemos decir que comienza la cuenta atrás, ¿no es así? —comentó Pietro mientras sujetaba la copa a escasos centímetros de sus labios. Francesca asintió, pero Guido el que contestó, tomándola de la mano.

—Esta vez nada podrá evitar que nos casemos. —Francesca sintió el leve apretón de Guido en su mano como una amenaza, una advertencia velada que le avisaba de que transcurrido esos cuatro meses se convertiría en su esposa. Ella sonrió con dulzura, disimulando su aprensión y vértigo respecto a la cuenta atrás que se había iniciado en ese momento. Tenía poco tiempo para dejar de cartearse con Enzo.

Capítulo 30

ABRIL 1941

Francesca estaba convencida de que su relación epistolar con Enzo pasaba totalmente desapercibida. De hecho, la única persona que podía ponerles en un compromiso era Santina, pero sentía tal afecto por Enzo que se refería a él como si se tratara de su propio hijo. No. El secreto estaba a salvo.

Aunque no todo era tan sencillo. Había un momento, un paso arriesgado que debía acometer. Cada pocos días debía realizar una visita a Santina, la cual le entregaba la carta —si la hubiera— o le decía que volviera otro día. La mayoría de las veces, la mujer preparaba un poco de café y conversaban acerca de cualquier cosa. Nunca, en ninguna de las ocasiones que Francesca fue hasta su casa, le preguntó por el contenido de las cartas, como si estas no existiesen. Esto hacía que Francesca sintiese más cariño todavía por ella y la relación entre ambas fue evolucionando. La joven la ayudaba con las tareas, le llevaba comida e incluso le conseguía medicinas si era necesario. A Guido no le hacía gracia y constantemente hacía alusión al atropello de Amancio para convencer a Francesca de que visitar a Santina no era una buena idea. No obstante, fue inútil.

Francesca se sentía cómoda en la casa de Santina. De alguna manera se aislaba de su vida y se centraba en las cosas pequeñas del momento; la boda, la guerra y todo se desvanecía hasta desaparecer por completo.

Una mañana de mayo, Francesca se preparaba para visitar a Santina. Hacía ya casi una semana que no había recibido ninguna carta de Enzo y empezaba a estar preocupada. Cuando salió de su habitación se topó con su hermana Lucrecia, que leía tranquilamente bajo la claridad de la ventana. Era uno de esos libros prohibidos que tenía su padre.

—¿Vas a ver a Santina? —preguntó Lucrecia sin levantar la mirada de la hoja.

—Voy a hacerle un poco de compañía.

—¿Cómo está? Me gustaría acompañarte, pero apenas conozco a esa mujer. No quiero incomodarla.

Francesca intentó disimular después de escuchar las palabras de Lucrecia. Nadie podía acompañarla.

—No te preocupes. Es un poco huraña, aunque después de todo lo que ha sufrido, no se le puede reprochar nada.

—¿Es verdad lo del taller? —preguntó Lucrecia, refiriéndose al taller donde trabajaba Santina, cerca del puerto. Tras el bombardeo de la ciudad quedó totalmente destruido y fallecieron, entre otros empleados, el dueño de la empresa. Santina se salvó porque iba de camino.

—Sí. La desgracia se ha cebado con ella —dijo Francesca con un gesto con el que pretendía dejar claro que tenía que marcharse. Se sintió aliviada cuando al fin salió de casa y comenzó a alejarse. Pero en cuanto bordeó el cerro se encontró con Vania y Pietro. El joven, presa de un gran aburrimiento, optó por entretenerse talando uno de los limoneros y Vania le hacía compañía mientras tanto. Francesca se había fijado como en las últimas semanas su hermana y Pietro intimaban cada vez más. Tenía la sensación de que eran muy parecidos, más de lo que cualquiera podía pensar.

—¡La prometida del señor Costa! —exclamó Pietro al verla.

Otro misterio para Francesca era el motivo por el cual Pietro Fontana vivía de manera permanente en la finca. Tenía entendido que su familia era de Nápoles, pero no se le vio muy preocupado con los bombardeos. Ella le preguntó al respecto, pero todo lo que le dijo fue que su familia se había marchado a Suiza antes de que Italia se uniera a la guerra. Supuestamente, él se había quedado para controlar los negocios de su padre.

—Buenos días —dijo Francesca sin intención de detenerse.

—Mamá te estaba buscando —informó Vania. Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. La leve brisa hacía bailar su falda, dejando sus piernas al descubierto de manera caprichosa. Su hermana pequeña había cambiado mucho. Los últimos rastros de su niñez desaparecieron y su cuerpo lucía las curvas propias de una mujer joven. Era un poco más baja que Francesca, pero el aspecto de ambas seguía siendo bastante parecido. Francesca tenía la

sensación de que cada día se parecía más a ella, como si la persiguiera.

—¿Sabes por qué? —preguntó Francesca.

—No me lo ha dicho. Está en la cocina con la tita.

La casualidad quiso que, en ese instante, Bianca apareciera al otro lado de los limoneros. Seguramente iba a buscar a Lucrecia. Las dos pasaban juntas la mayor parte del tiempo.

—Hola —dijo Bianca. En su mano derecha sujetaba una bolsa de tela.

Pietro la saludó con un ademán y ella ni siquiera lo miró. No escondían el rechazo que sentía el uno por el otro. La fanfarronería de Pietro chocaba de lleno con la oratoria y la escasa paciencia de Bianca.

—Lucrecia está en casa, ¿verdad? —preguntó. Pese a la calma que aparentaba, Francesca se fijó en la urgencia de su mirada.

—La he dejado leyendo —contestó Francesca. Bianca se despidió rápidamente y continuó su camino. Cuando se alejó lo suficiente como para que no la escuchara, Vania comentó:

—Es un bicho raro.

Francesca clavó los ojos en ella.

—No hables de esa manera y si lo haces, al menos, que no pueda oírte.

Vania miró fríamente a su hermana. Después se incorporó bruscamente y se alejó sin decir nada.

—Vaya humor —bromeó el napolitano. Francesca lo miró muy seria.

—Porque es una niña, Pietro. Espero que no se te olvide que mi hermana es todavía una niña.

Dicho esto, continuó su camino. Pietro le gritó algo, pero no le prestó atención. Sabía que siempre tenía que decir la última palabra, era superior a él. Cambió sus planes y en vez de dirigirse directamente a la casa de Santina, puso rumbo a la cocina.

¿Qué querría su madre?



El sol brillaba con fuerza y el canto lejano e invisible de las cigarras añadía más calidez al ambiente, como si se tratara del ingrediente secreto que convierte una mañana soleada en una mañana tórrida.

Bianca y Lucrecia estaban sentadas en un reborde de la Tumba de las Sirenas, en el punto exacto en el que solo podían ser vistas por los pájaros, mientras que ellas disfrutaban del paisaje del golfo de Nápoles. Bianca había traído una botella de limonada y un poco de queso, que protegían del sol bajo un escuálido arbusto. Las dos leían una pequeña nota de papel arrugado. Igualmente, en su otra mano, Bianca sujetaba un mechero.

—Me lo entregó *Voce* cerca del muro de Adriano —dijo Bianca.

Lucrecia sonrió levemente, aunque la situación no daba para muchas risas. Bianca le había dado ese nombre a la parte del muro que apenas se alzaba un metro, satirizando con el muro con el que el emperador romano Adriano levantó en la antigua Britania. Ahora podría decirse que los ingleses se estaban tomando la revancha.

—Tener esta nota puede hacer que nos fusilen —susurró Lucrecia. Su rostro brillaba a causa del sudor.

—Lo sé, pero quería enseñártela antes. Te dije que se estaban movilizando.

Lucrecia leyó la nota de nuevo. Un primer grupo de comunistas iba a agruparse en Matese para iniciar labores de sabotaje. En la nota se pedía a todos aquellos que quisieran librar a Italia de la lacra del fascismo que se unieran a la lucha.

Acto seguido extendió el papel y le hizo un gesto a Bianca para que lo prendiera con el mechero. El fuego lo consumió en pocos segundos y todo lo que quedó de él fueron cenizas que el viento esparció hasta hacerlas desaparecer.

—¿Qué estás pensando? —dijo Bianca al cabo de unos segundos. Miraba a Lucrecia fijamente. El sol incidía directamente sobre ella y su rostro empezaba a enrojecer por el calor.

—En que los que vayan a Matese serán unos héroes —respondió Lucrecia—. Pienso que debería ir yo también, casi me siento obligada a ello. Tantos años leyendo acerca del socialismo y ahora me limito a esperar que todo cambie por sí solo —suspiró—. Encima hace un calor de mil demonios

Bianca soltó una carcajada mientras Lucrecia se abanicaba con ambas manos.

—Ya te he dicho mi opinión al respecto. Detesto al *Duce*, pero no creo que sea el mejor momento. Desestabilizar al país solo conllevará más muertes y… —En ese instante los labios de Bianca fueron incapaces de articular palabra. Molesta por el calor, Lucrecia se había remangado la falda hasta la altura de sus muslos y Bianca la observaba totalmente obnubilada, como si fuera presa de un hechizo.

—¿Y qué? —dijo Lucrecia, que tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Bianca volvió a la realidad, aunque sin quitar los ojos de las piernas de Lucrecia. Algo desconocido, placentero e intenso se había despertado en su interior.

—…es complicado.

—¿El qué es complicado? —preguntó Lucrecia. La amistad entre ellas era tal que no sentía apuro alguno. En cambio, tiró de su camisa hacia abajo y dejó al descubierto sus hombros, haciendo que Bianca se estremeciera de nuevo.

—La guerra…

Bianca hablaba sin sentido alguno. Se limitaba a pronunciar unas palabras tras otras mientras sus ojos seguían fijos en la piel reluciente de Lucrecia.

—Por cierto, ¿por qué el *Voce* tiró la nota dentro de la finca? —preguntó Lucrecia. Bianca agradeció poder centrar sus pensamientos en una única respuesta.

—Saben cómo pensamos. Hasta hemos mantenido correspondencia con ellos hace muchos meses y eso les hace creer que estamos dispuestas a cualquier cosa. No me malinterpretes, apoyo la causa socialista, pero sigo insistiendo en que no es el momento.

Lucrecia giró el cuello hacia ella y abrió los ojos de repente. Bianca la miraba fijo, con ese era el sentimiento oculto que había brotado de repente en su interior. La deseaba de la misma manera que los hombres y las mujeres se atraen. Aquella revelación la turbó.

—¿No irías a Matese? —dijo Lucrecia.

Bianca sintió como su corazón latía a toda velocidad.

—En estos momentos no creo que sirva de nada. Sin armas serán insignificantes y el *Duce* los aplastará. Así que, si se te pasa por la cabeza marcharte a escondidas, dímelo y te pegaré un tiro yo misma.

Lucrecia se quedó perpleja hasta que la expresión de Bianca se relajó y ambas comenzaron a reírse.



TAL Y COMO LE había dicho su hermana pequeña, Francesca encontró a su madre y a su tía en la cocina. Las dos estaban atareadas: una cortaba pimientos verdes en finas tiras y la otra pelaba patatas. Pese al dinero de Guido, cada vez era más complicado aprovisionarse de alimentos. Por el momento abundaban las patatas, los pimientos, los huevos y los garbanzos.

—Pensaba ir a buscarte —dijo Matilde soltando el cuchillo y enjuagándose las manos en la pileta.

—Iba a visitar a Santina. ¿Qué sucede?

Su madre la tranquilizó y le hizo un gesto con la cabeza para que salieran. En ocasiones era más que necesario mantener a Virgilia al margen. Aunque lo negaba, se había convertido en los ojos y los oídos de Guido. No lo hacía adrede, Guido preguntaba y ella respondía, tal y como hiciera con su padre, Donato Costa.

Francesca repasó rápidamente sus últimas visitas a Santina, las cartas que había recibido de Enzo y las que ella había escrito.

—¿Cómo está la señora Parisi? —preguntó Matilde mientras secaba sus manos con un paño.

—Dice que se aprende a vivir con el dolor.

Matilde hizo un gesto condescendiente, pero enseguida su mirada adquirió esa característica tan especial que llamaba la atención de Francesca. Quería averiguar o preguntarle acerca de algo que no se atrevía del todo a plantear.

—¿Qué tenías que decirme? —cuestionó Francesca, mostrando su prisa. Su madre continuaba frotando sus manos con el paño, pese a que ya debían estar más que secas.

—Estamos en mayo, hija. Si Dios quiere, dentro de cuatro meses te convertirás en la esposa de Guido. —Matilde guardó silencio y observó la reacción de su hija. No obstante, esta se mostró calmada y sonriente.

—Lo sé. Fijamos la fecha juntos. ¿Qué sucede?

Matilde comprendió que debía aumentar su apuesta si quería respuestas. Las palabras que su hija susurró cuando recuperó la consciencia y su indiferencia a las cartas de Enzo que llegaban a la finca resonaban en su cabeza como si se trataran de sirenas antiaéreas.

—Guido me comentó que están teniendo problemas para encontrar tu vestido —dijo al fin.

—La modista que solía trabajar con los Costa falleció en el último bombardeo. Yo le he insistido que lo mejor sería que yo me desplazara a Nápoles o a Amalfi, pero Guido tiene miedo de que se produzca un nuevo bombardeo e insiste en buscarla por su cuenta.

—Sí, eso me ha dicho.

La futilidad de la conversación resultaba evidente para las dos, pero ninguna lo expresó. Cuando Francesca al fin se despidió de su madre y salió de la finca, la preocupación ensombreció su rostro. Su madre sospechaba algo, no sabía ni el qué ni cómo ni por qué, pero lo sentía.

Descartó de inmediato que Santina hubiera hablado más de la cuenta. Desde la muerte de Amancio, se había convertido en una mujer huraña, tan solo con Francesca mantenía una conversación, pero, aun así, su voz sonaba áspera y rugosa, como la de un instrumento que no hubiera sido tocado durante mucho tiempo.

Pero si no había sido Santina, ¿cuál era el origen de las sospechas de su madre?

Frunció el ceño. En ocasiones, su madre iba hasta Sorrento. Decía que iba a ver a las vecinas, o a pasear o comprobar que el local estuviese bien. Hasta ese momento, Francesca no pensó mucho en ello. Pasar tanto tiempo entre los muros de aquella finca resultaba agobiante, ella misma lo había experimentado. Que su madre quisiera despejarse de vez en cuando lo veía normal, pero ¿y si no era eso lo que hacía? ¿Y si de alguna manera su madre había

estado indagando cualquier pista —no se le ocurría cual— acerca de su carteo con Enzo?

Capítulo 31

JULIO DE 1941

Enzo y el resto de sus compañeros estaban en absoluto silencio. La mayoría fumaban con las miradas perdidas, mientras que otros susurraban oraciones y miraban con preocupación hacia el exterior, que no era más una infinita extensión negra en la que cielo y tierra se habían fundido para conformar un paisaje desolador. La negrura solo era interrumpida por destellos lejanos, diminutas y fugaces estelas de color rojizo, de las que provenían golpes sordos. Estaban a pocos minutos de entrar en combate.

En ese momento, el campo de adiestramiento, Italia y lo sucedido los meses pasados les parecían recuerdos de una vida anterior.

—No me falles, pequeño. Llévame hasta Moscú —le dijo Matta a su fusil, mientras revisaba el cargador por sexta vez. Su voz tartamudeaba y sonaba extrañamente gangosa. Enzo casi no podía soportar verlo de esa manera, horrorizado como un niño.

—¿Llevan granadas? —preguntó Darío Conti ajustándose el casco.

Enzo hizo ademán hacia el fondo del camión, donde estaba sentado un joven con una bolsa de tela colgada del hombro.

—Unas doce o quince —dijo el sargento del pelotón, nombrado hacía unas pocas horas, después de que un ataque de artillería ruso acabara con el anterior. El recién estrenado sargento no era otro que Tito Valentini, el gigantón veneciano—. El crío irá en retaguardia.

—¿No hay más? —insistió Darío. Tito negó en silencio. Gran parte del equipo lo habían dejado atrás cuando huyeron para ponerse a salvo del ataque de la artillería. Otra compañía se había quedado en la zona para recogerlo todo y llevarlo hasta el frente.

Enzo respiró profundamente y cerró los ojos. El camión avanzaba lentamente por la bacheada carretera y su cabeza bamboleaba de un lado a otro. Los disparos sonaban cada vez más cerca. Pasó la mano por su pecho y notó el bulto de la carta plegada, la última que escribió y la que no tuvo tiempo de enviar. De la noche a la mañana

les habían avisado que formaban parte del Cuerpo Expedicionario Italiano, que partiría hacia el frente ruso para luchar codo con codo contra los bolcheviques. Sesenta y dos mil hombres aproximadamente. La compañía de Enzo fue de las primeras que movilizaron en el este. Todo sucedió muy deprisa, había caos, nervios. A ello se sumó un largo viaje hacia el frente con jornadas de calor tan intenso que les hacía pensar que se dirigían al mismísimo corazón de África. Avanzaron día y noche dejando atrás pueblos y ciudades arrasadas por la guerra, blindados carbonizados y cadáveres en las cunetas. A medida que se acercaban al frente, aunque todavía a cientos de kilómetros, se encontraron con los primeros alemanes heridos que los miraban con una mezcla de desamparo y tristeza.

En cuanto a la carta, intentó enviarla muchas veces, pero en todas las ocasiones le dijeron que debía esperar a llegar al frente, un frente que en ese instante escuchaba rugir, acercándose como una bestia hambrienta. Y la carta seguía en el bolsillo de su chaqueta. Había tenido cuidado de que el sudor no la destrozara envolviéndola concienzudamente. Esa carta era la más importante de las que escribió a Francesca. Ella le había contado que Matilde se comportaba de manera extraña, que pensaba que la había descubierto, aunque a finales de mayo lo tranquilizó diciendo que debían ser imaginaciones suyas y que todo seguía como siempre. Por entonces, faltaban algo más de tres meses para la boda, que finalmente fijaron para el primer fin de semana de septiembre. Tras junio, hubo dos semanas en las que no intercambiaron ninguna misiva debido a que la compañía de Enzo fue movilizada de manera temporal en Bibbiena debido a la formación de un grupo de partisanos que se habían ocultado en los bosques. Pese a que les dijeron que sería su primer enfrentamiento, los supuestos partisanos no eran más que un grupo de quince jóvenes que ocultaban de las autoridades para evitar servir en el ejército. A su regreso al campo de instrucción, Enzo recibió las dos cartas de Francesca durante su ausencia y otra de Vania.

Enzo era consciente de la fijación que Vania tenía con él. En la carta se preocupaba y le pedía que le escribiera e incluso se ofrecía

a visitarlo en los días de permiso. Sin embargo, los sentimientos de Enzo por Vania eran nulos. Era cierto que lo físico se parecía bastante a Francesca, pero no era más que reflejo de su hermana. Vania le evocaba a la astucia traicionera de una serpiente; no le gustaba. Pese a ello, le contestó en pos de que no le causara problemas a Francesca. En cuanto la despachó, se centró en las cartas de Francesca. En la primera de ellas percibía un tono melancólico y hasta ausente. Le comentaba que todos estaban cooperando con los preparativos de la boda, aunque ella se mostraba cauta y esperaba que la guerra no se entrometiera en sus planes. También le pidió que hiciera cuanto le fuera posible por acompañarla en un día tan especial.

—¡Maldita sea! —gritó el conductor del camión, pisando el freno y deteniendo el vehículo bruscamente. Los soldados, que iban sentados en la parte trasera, salieron disparados hacia delante y chocaron unos con otros. Tito se incorporó rápidamente.

—¡Menudo hijo de puta! —exclamó Matta—. ¡Casi me abro la cabeza!

Enzo hizo un gesto de dolor. El fusil de algún otro le había golpeado en la boca del estómago. Darío se había golpeado con el casco, se había abierto una ceja y un hilillo de sangre caía por su mejilla izquierda. En sus labios sujetaba un cigarrillo partido.

—Los rusos deben estar temblando ante nuestra llegada.

Tito, visiblemente enfadado, bajó del camión y fue en busca del conductor. No obstante, apenas puso sus pies en el suelo, comprobó que toda la columna estaba detenida.

—¡Apaguen las luces! —gritaron desde la distancia—. ¡No fumen!

A Tito no le hizo falta nada más para saber lo que estaba pasando. Volvió sobre sus pasos hasta la parte trasera del camión.

—¡No fumen! Eh, tú —espetó señalando al camión que iba justo tras ellos—. ¡Apaga las luces! ¡Silencio!

—¿Qué sucede? —susurró Matta. Enzo abrió levemente la lona que cubría la parte trasera del camión y señaló al cielo.

—Aviones rusos.

El lejano ronroneo les hizo a todos comprender qué estaba sucediendo. La aviación rusa había acudido en ayuda de su

infantería, la cual debía estar enterada de la columna que se dirigía al frente. El problema era que hasta que los alemanes no enviaran a sus aviones, estaban a merced de los rusos.

—¿Cuántos son? —preguntó Matta.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No se ve nada, joder —respondió Darío mientras miraba hacia el cielo.

De repente, el ronroneo se hizo más presente. Tito, todavía junto a la parte trasera del camión, oteaba el cielo.

—¡Abajo! ¡Salgan del camión!

Rápidamente los soldados bajaron del camión y buscaron refugio a unos metros de la carretera. La orden se extendió por el resto de los camiones cuando la primera bomba estalló. Los primeros camiones de la columna saltaron por los aires en una bola de fuego. Algunos soldados comenzaron a disparar al cielo, desesperados por defenderse.

—¡No disparen! ¡Lo único que están haciendo es revelar nuestra posición!

En la parte trasera de la columna se produjo otra explosión, no muy lejos de donde se encontraba Enzo. Se escucharon los primeros gritos pidiendo auxilio y varios soldados salieron corriendo.

—¡Que no se mueva nadie! —gritó Tito. Él permanecía de pie, dando indicaciones y mirando desafiante hacia el cielo. Otra explosión sacudió la parte delantera de la columna. Si los aviones alemanes no llegaban rápido se iba a producir una masacre.

Enzo agachó la cabeza y se la cubrió con los brazos. Sobre él llovieron pedazos de tierra humeante. Los oídos le zumbaban, permitiéndole tan solo oír un intenso pitido. De repente, sonaron ráfagas de disparos y gritos varios camiones más abajo.

—¡Soldados rusos al otro lado de la carretera! —gritó un oficial cuya figura era iluminada por las llamas de los camiones que ardían —. ¡A la carga! ¡A la carga!

Tito cogió un fusil que había en el suelo y se arrastró bajo el camión para observar al enemigo. Los rusos estaban ocultos entre la hierba y los matorrales. Los habían pillado desprevenidos, acabando con numerosos soldados italianos y provocando el caos en toda la columna. Se arrastró de nuevo hacia detrás y le hizo un gesto a sus

hombres para que se reagruparan junto al camión. Corrían el riesgo de ser atacados por los aviones, pero no les quedaba más remedio. Estaban en una posición ideal para flanquear a los soldados rusos.

—Avanzaremos hasta el otro lado de la carretera y los rodearemos. ¿Entendido? No disparen hasta que hayamos cruzado. Si nos descubren seremos un blanco fácil. ¡En marcha!

Enzo respiró hondo y sujetó su fusil con todas sus fuerzas. Después se puso en pie y siguió a sus compañeros a través de la carretera. La adrenalina le hacía despreciar el peligro, especialmente cuando los rusos comenzaron a disparar hacia ellos. El sonido de las balas al impactar en los cuerpos, el sonido de los huesos al quebrarse, le estremeció el estómago. Sin embargo, una fuerza más poderosa que el deseo de vivir le impulsaba. Pese a los disparos, las explosiones y todo lo que sucedía a su alrededor, seguía sintiendo la carta en su pecho. Esta carecería de sentido si Francesca, en esa segunda carta que le envió cuando él se encontraba en Bibbiena. En ella, Francesca estaba horrorizada ante la posibilidad de que lo hubieran mandado al frente, de que quizás no iba a poder verlo nunca más. «Ahora veo mis sentimientos claros, transparentes como el agua. La turbación de estos meses, la felicidad esquiva y las falsas sonrisas a las que me he visto obligada tienen un motivo. Eres tú, Enzo. Por ello no puedo seguir adelante. Acabo de decirle a Guido que no me parece correcto que nos casemos; le he pedido que esperemos a que termine la guerra. Está fuera de sí. Se ha marchado con Pietro. No estoy actuando de la mejor manera, pero no puedo hacer otra cosa que esperarte. Dímelo, permíteme leerlo de tu puño y letra y no me casaré con Guido».

Se había aprendido esas líneas de memoria y las susurraba varias veces a lo largo del día, como si se tratara de una oración. En ese instante, mientras corría en busca de cobertura, las recitaba y se lamentaba más todavía de no haber podido enviar a Francesca la última carta que le escribió.

Una granada rusa explotó relativamente cerca de Enzo, que se tiró al suelo para protegerse. Entre el polvo y la oscuridad le resultaba complicado saber dónde se encontraba sus compañeros y dónde los rusos. Lo único que tenía claro era que no podía morir, no

hasta que consiguiera enviar la carta y hacerle saber a Francesca que la amaba.

—¡Salid de ahí! ¡Continúen avanzando! —gritó Tito justo antes de que varios disparos le impactaran en el torso. Enzo lo vio desde el suelo, pero si se levantaba acabaría también frito a balazos.

—¡Comunistas de mierda! —gruñó Darío desde alguna parte. Enzo lo escuchó, pero no podía verlo.

Segundos después, Enzo oyó un silbido particular que le hizo retroceder rápidamente.

—¡Morteros! ¡Morteros!

—¡Son nuestros, camaradas! —le dijo un soldado que acababa de llegar a su altura—. Los acaban de montar al otro lado de los camiones. Los aviones soviéticos se han retirado.

Enzo respiró aliviado. Sin el apoyo aéreo, los rusos tenían poco que hacer.

—¿Dónde está el sargento Valentini? ¡Tito Valentini! —preguntó. Enzo señaló hacia el cuerpo sin vida de Tito. Enzo se fijó en que no se trataba de un soldado raso, sino de un oficial.

—Ha caído, señor —dijo antes de disparar varias veces su rifle. El oficial hizo un mohín con los labios.

—¿Su nombre, soldado?

—Enzo, señor.

—Bien, Enzo. Ahora eres el sargento de la compañía. Saca a tus hombres de inmediato. Vamos a arrasar este sitio. Búscame cuando termine la fiesta y te daré los galones. Pregunta por el capitán Barbieri. ¡En marcha!

Enzo reaccionó rápido y comenzó a dar las órdenes para que todos se marcharan. Les indicó que debían regresar al camión. Muchos no sabían de la muerte de Tito, pero acabaron por obedecer cuando vieron la decisión con la que Enzo les daba órdenes. Cuando llegaron al camión hicieron un recuento. De los veinticinco quedaban diecisiete, que por fortuna no estaban malheridos. Entre los fallecidos se encontraban Tito Valentini y el joven que cargaba con las bolsas de granadas.

En los minutos siguientes los morteros italianos barrieron la zona y los rusos se replegaron hacia el pueblo que defendían a varios

kilómetros de distancia. Su misión era detener la columna y lo habían conseguido con creces.

Capítulo 32

SEPTIEMBRE DE 1941

Tal y como acostumbraba, Virgilia se levantó temprano, tras apenas un par de horas de duermevela. Desde que se iniciaran los bombardeos sobre Nápoles, desde que la guerra se hizo presente en sus vidas, los nervios se habían apoderado por completo de ella. Jamás había estado tan delgada. Su rostro afilado estaba secundado por oscuras ojeras que ensombrecían su mirada de manera que, cuando rezaba con el rosario entre sus lánguidos dedos, tenía el aspecto de un demonio condenado que tratara de salvarse del castigo eterno.

Además, no solo la guerra se había apoderado de sus preocupaciones, las últimas decisiones de Francesca le habían provocado una angustia indescriptible. La joven no solo había postergado —otra vez— la fecha de la boda con Guido, sino que había empezado a insinuar que no se casaría hasta una vez terminara la guerra. Aquello, incluso para alguien tan recta como Virgilia, podía esconder un motivo pernicioso, un veneno que podía poner fin a la estancia de las Rinaldi en Sorrento. Virgilia pensaba, cavilaba y en ocasiones acertaba. Ella fue la primera en decir que Enzo siempre sería un incordio en la relación entre Francesca y Guido y los acontecimientos de los últimos meses le daban la razón. ¿Qué motivos tenía su sobrina para retrasar el momento, para huir de él de manera desesperada? ¿Por qué, de repente, quería esperar a que terminara la guerra? Enzo era la denominación común en ambos planteamientos y eso era un problema.

En silencio, movida por su estricta rutina, caminó hasta la cocina y abrió la ventana para que el aire fresco de la mañana irrumpiera en la casa. La casualidad quiso que, en ese preciso momento, Guido y Pietro estacionaran el coche y entraran en la casa. Apestaban a alcohol y tabaco, reían por lo bajo y sus voces graves resonaban en el silencio de la casa. Por un segundo. Virgilia tuvo la intención de pedirles que no hicieran ruido, que Bianca dormía, pero finalmente optó por guardar silencio. Pietro era maleducado cuando bebía y lo

último que deseaba Virgilia era que le faltaran el respeto, como ya había ocurrido en más de una ocasión. Guido era incapaz de controlar a su amigo, pues parecía una marioneta a su lado.

—¡Virgilia! ¡Luz de la mañana! Dime que tienes un poco de café —exclamó Pietro dejándose caer sobre una de las sillas. Lo hizo con tal brusquedad que estuvo a punto de caerse. Guido soltó una carcajada.

—Ahora mismo lo preparo —dijo Virgilia ocultando su resignación.

—Es lo mejor para templar el estómago. Bah, el licor de ese cuchitril era aceite de motor, ¿verdad, Guido?

Este asintió. Estaba apoyado en la encimera, procurando no quedarse dormido.

—¡Eh! ¡Ojos abiertos, compadre! En cuanto calentemos el estómago tenemos que ir a cerrar un nuevo trato.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó Guido.

—El dinero no tiene hora. Mi contacto necesita tus camiones para llevar su mercancía hasta Bari —dijo Pietro poniéndose un cigarrillo en los labios—. Allí embarcarán con destino a Grecia.

El rostro de Guido se tensó de repente. Sea lo que fuera, la mercancía estaba destinada al Ejército Italiano y al llegar a esa conclusión, sin querer, pensó en Enzo y automáticamente, en la decisión de Francesca de no casarse por el momento. Pese a que sabía que era una estupidez, pensamientos se enraizaban en su mente y daban lugar a suposiciones que le hacían resignarse, como si esos pensamientos cobraran realidad más allá de su cabeza.

—¿Qué te pasa? ¿Se te ha revuelto el estómago? —preguntó Pietro. Guido forzó una sonrisa.

—Pensaba acostarme un rato. Eso es lo que me pasa.

—Ya tendrás tiempo de dormir después. Además, quiero que me acompañes a Nápoles. Mi padre quiere que le cuente cómo van las cosas por la ciudad. Está muy preocupado desde los últimos bombardeos.

No escucharon los pasos de Bianca hasta que esta se encontraba en el umbral. Enseguida, Pietro abandonó su postura relajada, como un soldado que advirtiera la presencia de su superior.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenos días, señorita Costa —saludó Virgilia.

—Hola, hermana. ¿Qué haces despierta a estas horas? Es muy temprano.

Bianca miró a su hermano de arriba abajo.

—Supongo que podría preguntarte lo mismo. No es el momento de acostarse.

Pietro se mordió la lengua.

—Salimos a divertirnos. ¿Qué tiene de malo?

—No he dicho que lo tenga —concluyó Bianca situándose junto a Virgilia. Esta le dedicó una mirada compasiva. No quería que los hermanos discutieran de nuevo.

Guido volvió a ponerse de mal humor y resopló.

—No tengo que dar explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, ¿está claro?

Bianca se giró hacia él, observándolo en silencio durante unos segundos, en los cuales procuró averiguar en quién se había convertido su hermano. Pietro, la guerra, las constantes negativas de Francesca a casarse; todo influía en él, al igual que la lluvia que cae llegaba siempre al mar. En el fondo sentía lástima por él.

—Cómo quieras.

La calma de su hermana exasperó más todavía a Guido, que ni siquiera esperó a que el café estuviese listo.

—Vámonos, Pietro. Tenemos cosas que hacer.

—Oh, vamos, Guido, espera un poco. Te vendrá bien tomar algo caliente —dijo Virgilia.

Sin embargo, Guido se marchó sin decir nada más y Pietro lo siguió.

—No deberías tratarlo de esa manera —opinó Virgilia. Bianca la miró sorprendida.

—¿Qué he hecho? ¿Acaso debo quedarme en mi habitación para no molestar a mi hermano? Yo no tengo la culpa de que Francesca haya retrasado la boda.

Virgilia observó duramente a Bianca, reprochándole sus palabras.

—No quería decir eso.

—Pero lo has dicho.

—Pese a ello, eso no justifica que Guido nos trate mal o nos falte el respeto. No voy a reírle las gracias, Virgilia. Ni a él ni al estúpido de su amigo —dijo Bianca antes de marcharse. En poco menos de diez minutos, Virgilia se había vuelto a quedar sola, inmersa en un extraño silencio que hasta parecía zumbar en sus oídos. ¿En qué momento Guido y Bianca se habían convertido en unos desconocidos para ella?

Sin embargo, apenas salió de la cocina, se arrepintió de su brusquedad, pero no pensaba disculparse, aunque no tenía la culpa de nada.

Algo se había despertado en ella aquella calurosa mañana en la Tumba de las Sirenas, cuando Lucrecia dejó al descubierto sus piernas y sus hombros, que relucían bajo el sol como si se trataran del mayor de los tesoros. En ese instante, la admiración y cariño que sentía por Lucrecia se fundió con un deseo pasional, desenfrenado; quería estar con ella, si es que acaso eso existía entre mujeres. Sin embargo, al mismo tiempo, experimentaba un profundo terror, como si se asomara a un precipicio desconocido que le llamaba, le susurraba cantos de sirena irresistibles que le hacían estremecerse.

Había transcurrido un tiempo desde entonces, y aunque no había compartido con nadie lo ocurrido, las sensaciones que experimentó esa mañana seguían presentes en ella, latiendo con la misma fuerza, recreándose en su memoria una y otra vez. Pero a pesar de que no le había comentado nada a Lucrecia, esta sí se había fijado en que Bianca se comportaba de manera diferente. No podía decir exactamente qué había cambiado en ella, pero sí que percibía en su amiga una tensión latente y misteriosa. La confianza que habían adquirido tras meses de amistad parecía haberse convertido en una incógnita. En ocasiones Bianca se mostraba abierta y afable, pero en otras rehuía el contacto; como si dos fuerzas opuestas se enfrentaran.

No obstante, los distintos acontecimientos, la guerra, la decisión de Francesca respecto a la boda y las cartas del *Voce* reclamaron toda la atención de ambas, aprendiendo a coexistir con esa incomodidad latente y silenciosa que había surgido entre ellas.

Eso mismo se interponía entre ellas mientras se dirigían al muro de Adriano, desde donde solían observar la ciudad de Nápoles. El sol de finales de septiembre había perdido la fuerza estival y se asemejaba más al de los tardíos días de la primavera. Hacía calor, pero bajo la sombra de los árboles soplaba un airecillo fresco. El tema de conversación que solía primar entre ellas por aquellos días solía ser siempre el mismo: la guerra lo colmaba todo; era el tronco a partir cual brotaban los demás asuntos.

—Seguimos sin saber nada de Enzo —dijo Lucrecia. Bianca le dedicó una mirada fugaz con la que repasó el perfil de sus labios. Era innato en ella, casi escapaba de su control.

—Eso no quiere decir nada. Si lo han destinado al este, a luchar contra los rusos, no significa que haya muerto. Simplemente puede que no haya tenido la oportunidad de escribir. El frente no debe ser un lugar tranquilo en el que puedas escribir en todo momento —dijo Bianca con cierta brusquedad. La ironía de sus palabras exacerbó a Lucrecia, que clavó su mirada en Bianca.

—¿Por qué me hablas de esa manera? —exclamó. Su reacción dejó sin palabras a Bianca, que palideció—. ¿No tienes nada que decir?

—Yo… no sé —musitó. Entonces fue Lucrecia la que entendió que sucedía algo extraño. Jamás había visto a Bianca quedarse sin palabras.

—¿Qué no sabes?

—No te he hablado mal, Lucrecia. Claro que deseo tener noticias de Enzo.

Lucrecia frunció el ceño. Tenía la sensación de que la conversación no tenía ningún sentido. ¿Acaso pasar tanto tiempo encerradas en la finca les estaba empezando a afectar el juicio? Decidió poner un poco de calma.

—No he dicho lo contrario. Me refería a ti.

De manera irracional, Bianca se sintió atacada.

—¿Qué pasa conmigo? ¡Yo no he hecho nada malo!

Lucrecia frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? —dijo. Sin embargo, ahora era Bianca la que se mostraba indignada.

—A lo mejor eres tú la que se comporta de manera diferente. Da igual. Me voy para no molestarte.

Bianca se giró bruscamente, dispuesta a marcharse, pero justo Lucrecia sujetó con firmeza su mano. Lo que esta sintió cuando la piel de ambas se unió fue comparable con el estallido de un volcán, una fuerza de la naturaleza que no entiende de control ni de medida. Sus ojos, fijos en Lucrecia, se abrieron de par en par. Antes de que esta pudiera reaccionar, Bianca besó sus labios.

No duró más que unos pocos segundos, lo que tardó Lucrecia en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y apartarse.

—¿Qué haces? —dijo mientras se pasaba la manga de la camisa por sus labios.

—Pensaba… ¿Tú no?

—¡Te has vuelto loca! —exclamó Lucrecia retrocediendo un par de pasos. Bianca la miró y sus manos comenzaron a temblar.

—Lucrecia…

—¡No, Bianca! ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

En ese momento Bianca se asemejaba a una niña asustada.

El rostro de Bianca enrojeció y, sin decir nada, se dio la vuelta y se marchó. Lucrecia, todavía en shock por lo que acababa de suceder, se quedó allí, junto al muro, antes de regresar a casa. El resto del día no salió de su habitación, excusándose con un supuesto dolor de barriga.

—Te prepararé una infusión —le dijo su madre después de insistirle para que fuera a almorzar. Pero Lucrecia no quería ver a nadie, especialmente a Bianca. Estaba avergonzada por aquel beso, aquella abominación que había sucedido entre ambas.

Había ciertos límites que Lucrecia no estaba dispuesta a atravesar, por nada del mundo. ¿En qué estaba pensando Bianca? ¿Qué se le había pasado por la cabeza para hacer algo así? Por fortuna, nadie las había visto, pues podían haberse metido en problemas.

Lucrecia no salió de su casa hasta la tarde del día siguiente, cuando la agitación por lo ocurrido se tradujo en un malestar más sereno y hasta en un arrepentimiento por su reacción. Había compartido demasiado tiempo con Bianca como para haber

reaccionado de una manera más adulta. La había besado, en cierta manera le había faltado el respeto, pero era Bianca Costa, a la que conocía desde hacía muchísimos años. Su amistad no podía terminar de aquella manera.

Quería hablar con ella y pedirle explicaciones, quería saber qué la había llevado besarla y…

—¡Bianca! ¿Dónde estás, Bianca?

El grito de su madre interrumpió sus pensamientos. Parecía enfadada y asustada al mismo tiempo. Lo primero que pensó es que alguien —quizás Vania— las había visto en el momento en el que se besaron y se lo habían contado a los demás. Vania parecía tener el don de la oportunidad para esas cosas.

Se incorporó rápidamente de su cama y procuró tener una o varias excusas preparadas ante lo que pudiera suceder cuando los pasos apresurados de su madre llegaran hasta ella. Para cuando Matilde llegó a su habitación, Lucrecia la esperaba simulando calma por su parte.

—Mamá. ¿Qué sucede? —dijo sin alterarse pese a que su madre tenía la frente perlada por el sudor y respiraba de manera agitada. Matilde había ido corriendo hasta allí.

—¿Dónde está?

La pregunta le pilló desprevenida.

—¿Dónde está quién?

Matilde la miró fijamente, confundida por la expresión de su hija.

—No nos hagas perder el tiempo, ¿de acuerdo? Solo di dónde está y si va en serio.

—Te prometo que no sé de lo que me estás hablando —insistió Lucrecia.

Matilde se lamentó en silencio. Estaba casi convencida de que su hija decía la verdad.

—Bianca se ha marchado. Ha dejado una nota.

Lucrecia frunció el ceño y se quedó como una estatua. Una idea se conformaba en su cabeza.

—¿A dónde se ha marchado?

Matilde cogió aire.

—A luchar contra los fascistas.

Capítulo 33

FEBRERO DE 1942

Renato Pugliese estaba consternado. Casi no se reconocía cuando veía su reflejo en el espejo, una figura delgada, consumida y un rostro que parecía desaparecer bajo el sombrero. La vida parecía empeñada en mostrarle todos sus rincones, sus caminos de gloria y sus senderos más oscuros.

La guerra lo cambiaba todo. Antes se consideraba un hombre anclado en el éxito, no rico, pero sí bien posicionado, con contactos y capaz de asegurarse un buen sustento. Quizás se había subestimado o puede, como él pensaba con convicción, que la guerra que estaba teniendo lugar había superado todas las previsiones. Nadie podía imaginarse hacía un par de años que medio mundo estaría ardiendo a causa de la guerra.

Pero eso no era excusa. Sus desgracias solo tenían un culpable y era él mismo. Por fortuna, podía contar con el apoyo de Matilde, a quien esperaba en los arrabales de Sorrento. Aquella tarde había decidido confesarle la verdad acerca de su situación. No era una solicitud expresa de ayuda ni pretendía que ella lo acogiese —pues entre otras cosas sabía que no podía hacerlo—, simplemente era una muestra de la confianza que tenía al respecto.

Esbozó una sonrisa al verla aparecer por el sendero. Mientras la observaba se fijó en que las preocupaciones de los últimos años también habían hecho mella en ella. El comportamiento volátil de Francesca estaba siendo para Matilde una tortura. No se veían desde después de Navidad y desde entonces los problemas no habían hecho más que crecer en la residencia de los Costa. Sin previo aviso, Bianca se había marchado tras dejar una escueta nota en la que decía que iba a luchar contra los fascistas. Esto se sumaba al desplante de Francesca a Guido negándose a establecer una fecha. Por su parte, la marcha de Bianca había sumido a Lucrecia en una especie de depresión que la mentía gran parte del día ausente y sin pronunciar palabra. La única buena noticia era que Enzo había vuelto a enviar cartas con cierta periodicidad. Tal y como había

sospechado, formaba parte del Cuerpo Expedicionario Italiano que se había desplazado hacia el este para apoyar la invasión de la Unión Soviética por parte de Alemania. Estos habían estado a punto de hacerse con Moscú a finales del año pasado.

Matilde, envuelta en un grueso abrigo, se detuvo junto al calabrés, como si dudara de la manera en que tenía que saludarlo. Finalmente, se dieron dos besos.

—¿Cómo va todo por la finca? ¿Están bien?

Ella asintió, aunque no con mucho convencimiento.

—Guido está moviendo cielo y tierra para encontrar a su hermana, pero es como si se hubiera esfumado. ¿Tú has podido averiguar algo?

Renato movió la cabeza de un lado a otro.

—Tienes que comprender que es un tema complicado, tanto para el que pregunta como para quien tiene que dar las respuestas —dijo Renato.

—Lo sé. Jamás te pediría que pusieras en riesgo tu vida. Estoy preocupada por ella y mi hija Lucrecia más todavía. Prácticamente se ha convertido en un fantasma desde la marcha de Bianca. No creo que lo supiera, pues palideció en cuanto le di la noticia; conozco muy bien a mi hija y sé que su reacción fue sincera. Pero sí creo que no le ha pillado del todo por sorpresa, estoy segura de que algo pasó.

El calabrés suspiró y no añadió nada. Si Bianca realmente se había unido a los partisanos que se estaban reagrupando por todo el país, sería muy difícil dar con ella, si es que seguía con vida. Ya se habían llevado a cabo ejecuciones en algunos pueblos.

—Seguiré intentando dar con ella —dijo con palabras vacuas, pero correctas, que sacaron una leve sonrisa a Matilde.

—Eres nuestra mejor baza. Guido dice que está haciendo todo lo posible, pero, si te soy sincera, no sé ni el qué ni cómo lo está haciendo.

Renato asintió y los dos comenzaron a caminar. Junto a ellos pasó un coche con cinco soldados. Los dos los observaron en silencio hasta que desapareció. Era la guerra, cada vez estaba más cerca.

—Había un alemán con ellos —dijo Renato de repente.

—¿Cómo dices? —preguntó Matilde.

—En el coche. Cuatro eran de los nuestros, pero uno era alemán.

Matilde no dijo nada, como si lo dicho por el calabrés fuera intranscendente. Sin embargo, en su silencio pensó que alemanes e italianos luchaban en África y que esta no estaba muy lejos de Sicilia. No entendía nada de estrategia, pero sí estaba convencida de que, si los británicos los echaban de África, tendrían vía libre para dar el salto a Sicilia.

—La entrada de Estados Unidos en la guerra lo va a cambiar todo —dijo Renato mientras ganaba tiempo para reorganizar su discurso. Lo que tenía que decir no era fácil.

—Pase lo que pase, esperemos que sea rápido. Al principio todos decían que la guerra terminaría pronto, pero ya vamos por el tercer año, Renato.

Este asintió y cogió aire mientras procuraba luchar contra la turbación que crecía en su interior. Era el momento. Tenía que ser sincero.

—Matilde…

Esta se detuvo al comprobar el gesto grave y serio del calabrés.

—¿Qué sucede?

—Las cosas no van bien. Presuponía que la guerra afectaría al negocio, pero temo que me ha superado por completo. Desde hace varios meses no hago más que perder dinero. La caída del valor de la lira ha terminado con mis finanzas —dijo con una sonrisa que brotó de sus labios temblorosos.

—¡Qué desgracia!

—Te digo esto porque quizás deba marcharme a Calabria. Allí poseo tierras. Sé que no es el mejor momento, pero puede que deba desprenderme de ellas.

—¿Qué significa eso?

—Puede que pase una temporada antes de que pueda regresar a Sorrento. Ya he pasado malas épocas antes y he sabido resurgir de ellas.

Matilde reaccionó sujetando con fuerza el brazo del calabrés y mirándolo a los ojos.

—¿Cuándo te marchas?
—Mañana por la mañana.



Guido procuró poner en claro sus pensamientos. La resaca incidía en él con un dolor de cabeza agudo y muy molesto, que incluso le hacía entornar los ojos ante la escasa claridad del despacho. Los últimos rayos de sol de la tarde entraban sin apenas fuerza por la ventana. Estaba solo, pues Pietro había ido a reunirse con su padre en Salerno e iba a pasar fuera de la finca un par de días. Pese a que apreciaba a su amigo, agradecía tener un poco de tiempo para sí mismo. Tenía la sensación de que los últimos años habían transcurrido a toda velocidad y solo había tenido tiempo de mantener el equilibrio para no caer al suelo. Ahora estaba más tranquilo. La guerra había reducido drásticamente el negocio e incluso varios de sus camiones estaban guardados en la finca, ocultos con lonas para evitar que un despistado piloto británico los tomara por artillería y los bombardeara. En un primer momento, la guerra, tal y como dijo Pietro, fue una oportunidad para llenarse los bolsillos, pero Guido consideraba que ese tiempo ya había pasado. Las desventajas comenzaban a salpicarlo todo y la gente había dejado de sonreír. En vez de eso, la preocupación, los suspiros y los dobles sentidos abundaban por todas partes, como las moscas que revolotean alrededor de un animal a punto de fallecer.

Sin embargo, no tenía que pensar en Italia o en la guerra para amargarse hasta el tuétano. Una de las causas de su amargura estaba muy cerca de él. Francesca se había cerrado en banda a poner una nueva fecha para la boda. Lo que prometió que no iba a hacer, lo hizo de nuevo. Todavía podía sentir la ira apoderándose de su cuerpo cuando recordaba el momento exacto en el que Francesca le comunicó su decisión.

—Es lo correcto. No podemos casarnos en esta situación. Todavía humean los escombros del último bombardeo de Nápoles —le dijo Francesca.

Guido reflexionó mucho acerca de esas palabras. ¿Acaso lo estaba acusando de ser egoísta? ¿De no pensar en otra cosa que en su propio interés? Estuvo a punto de recordarle que ella, su madre y sus hermanas vivían en la finca gracias a su generosidad, pues no tenía obligación alguna de mantenerlas. Sin embargo, luchó rápidamente contra esos pensamientos. Pese a lo decepcionado que se sentía respecto a Francesca, sus sentimientos por ella seguían siendo los mismos. Estaba enamorado y la atracción que experimentaba hacia ella no lo sentía con ninguna otra mujer. Deseaba poseerla, incluso podía afirmar que aquello se había convertido en una necesidad tan importante como respirar, lo que no tardó en convertirse un arma de doble filo.

Desde la última negativa de Francesca, Guido tardó más de un mes en verse con ella de nuevo a solas. Estaba profundamente decepcionado y, aunque no lo reconocía, celoso del recuerdo de su primo. La decisión de Francesca coincidió con unos meses de incertidumbre acerca de lo que había sido de Enzo, que terminó cuando llegó una carta a mediados de octubre del año anterior. Enzo había sido destinado al frente ruso, donde según los últimos partes, los alemanes avanzaban con paso de hierro. A partir de entonces, las cartas fueron llegando con cuentagotas, lo que indicaba que su primo continuaba con vida.

Estaba perdido en sus reflexiones cuando alguien tocó su puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y al otro lado apareció Vania. Sus ojos oscuros lo buscaron con avidez.

—Estoy ocupado, Vania. ¿Qué es lo que quieres? —dijo Guido. Lo último de lo que tenía ganas era soportar a su futura cuñada.

—Solo venía a preguntarte si deseas algo.

Guido se extrañó ante la pregunta, aunque sabía que Vania podía resultar así de desconcertante. Tenía esa curiosa y extraña habilidad.

—Muchas gracias —contestó Guido moviendo la cabeza de un lado a otro—. Seguro que Virgilia tiene la cena preparada dentro de

poco. Prefiero esperar.

—De acuerdo. Es solo que pasaba por aquí. Por cierto, ¿dónde está Pietro? No lo he visto en todo el día.

Guido esbozó una media sonrisa, imperceptible a ojos de Vania. El interés oculto, maquillado siempre, era otra de las características de la joven.

—Se ha reunido con su padre. Pasará un par de días fuera —dijo Guido centrándose en los documentos que había sobre la mesa—. ¿Y tu hermana Francesca? ¿Está por aquí?

Vania se puso seria.

—Creo que está en casa con Lucrecia. Lamento haberte molestado.

Guido volvió a relajarse cuando la puerta se cerró y se quedó de nuevo a solas. Mientras fingía trabajar con los documentos que había sobre la mesa, vio de nuevo la lista de nombres con los que había contactado para intentar averiguar el paradero de Bianca. Tenía claro que alguien tenía que haberle ayudado a salir de Sorrento, pues de haberlo hecho caminando alguien más la habría visto. Además, se fue después del almuerzo, con la mala fortuna de que nadie reparó en ella hasta que vieron la nota en su habitación.

—Voy a luchar contra los fascistas —dijo Guido en la soledad de su despacho. ¿Tendría consecuencias para él la decisión que había tomado su hermana? Su padre supo mantenerse en el punto exacto, en un difícil equilibrio en el que gozaba de las simpatías de todos. ¿Contaba él con ese comodín? Ni por asomo. Si Bianca Costa era detenida o ejecutada, el prestigio de su familia podría verse comprometido. ¿En qué diablos estaba pensando su hermana?



Como era costumbre, Francesca aguardó hasta bien entrada la madrugada para encender un pequeño candil que tenía en su mesita de noche. Con sumo cuidado, abrió la portezuela metálica, encendió una cerilla y la introdujo para prender el aceite. Lentamente la oscuridad de su habitación perdió intensidad, bañada por la luz

amarillenta y densa del candil. Después, siguiendo su particular ritual, apoyó un libro abierto sobre sus rodillas, de manera que cualquiera que abriera la puerta de golpe pensaría que se habría desvelado y se había puesto a leer. Así estuvo apenas un minuto, cerciorándose de que ningún ruido extraño provenía del otro lado.

Tras comprobar que todo estaba en orden, introdujo su mano bajo el colchón y estiró los dedos hasta palpar un sobre en cuyo interior había un montón de cartas plegadas: las cartas que Enzo le había enviado a la casa de Santina. Buscó la última, que la había recibido hacía apenas una semana, y la abrió con sumo cuidado, procurando que el papel crujiera lo menos posible. Una vez lucía sin dobleces, la posó sobre el libro abierto y comenzó a leerla. La sonrisa brotó de sus labios como un manantial de agua fresca tras las primeras lluvias de la primavera. Ni aun estando a miles de kilómetros, Enzo se olvidaba de ella. «Tú eres la estrella de mis sueños», le decía en la carta. Francesca enrojeció como si lo tuviera delante y por un instante, cerró los ojos e imaginó que sus labios estaban junto a los suyos. Jamás había pensado en Guido de esa manera.

Con esa calidez en torno a su corazón y la esperanza recobrada, pues estaba segura de que Enzo continuaba con vida, Francesca fue entornando sus ojos, cayendo dulcemente en los brazos de Morfeo. Una y otra vez leía las líneas escritas por Enzo, acariciándolas suavemente con la yema de sus dedos hasta que se quedó dormida.

Se despertó horas después, cuando el cielo comenzaba a clarear de una manera tímida, aunque el sol todavía no había brotado en el horizonte. Rápidamente se sobresaltó, pues sabía que algo no iba bien. Era la primera vez que se quedaba dormida con una carta de Enzo al descubierto. De inmediato cerró el libro con el escrito en su interior y se aseguró de que todo en su habitación estaba tal y como ella lo había dispuesto antes de dormirse. Las dudas le asaltaron. Nadie solía entrar en su habitación durante la noche, pero eso no era inconveniente para que Francesca experimentara un temor de que no hubiera sido así. Se fijó en las puertas de su armario; estaban cerradas. Sobre la alfombra que había bajo su cama no advirtió ninguna pisada ni ningún pliegue anómalo.

—Todo está bien —susurró.

Cuando ya parecía que iba a dormir de nuevo, sintió un vahído. La puerta de su habitación estaba ligeramente abierta, apenas un par de centímetros, como si alguien hubiera salido de manera apresurada. ¿Quizás porque ella se había despertado? Aguantó la respiración y afinó el oído. ¿Había alguien al otro lado?

Al cabo de un rato, Francesca volvió a quedarse dormida, sin saber si sus hermanas o su madre habían entrado en la habitación.

Por la mañana, antes de salir, se aseguró de guardar las cartas y borrar cualquier rastro de ellas. Las quitó de debajo del colchón y las guardó detrás del armario. Después respiró hondo y salió. Pese a que ya era media mañana, una densa capa de nubes regalaba un día gris y frío. Sus hermanas y su madre estaban sentadas, terminando de desayunar.

—Buenos días, Francesca. ¿Quieres un poco de café? —dijo su madre. La joven asintió y se sentó junto a sus hermanas. Pese a su aparente tranquilidad, analizaba exhaustivamente cada gesto, cada mirada en busca de cualquier indicio de sospecha sobre ella. No percibía nada, pero su sensación de alerta persistía.

—¿Hay alguna novedad de la guerra? ¿Qué ha dicho el último parte? —preguntó al ser incapaz de quedarse callada. En cualquier otra circunstancia, Lucrecia le hubiera respondido con emoción, informándola de lo que sabía hasta el momento y de su previsión para los días siguientes, además de añadir a su discurso el honor de las tropas soviéticas que luchaban contra los fascistas y los nazis. Seguramente, Matilde la habría reprendido con la mirada o tal vez le hubiera pedido que se callara. Pero eso no sucedió. Desde la partida de Bianca, su hermana se había vuelto callada y mantenía constantemente una mirada pensativa y huidiza.

—Nada de nada —contestó Vania—. Pietro dice que en invierno la guerra se detiene, que se suelen tomar un descanso.

Francesca le dedicó una sonrisa a su hermana pequeña y esta se la devolvió.

—Sí, Guido también me lo ha comentado.

Matilde le entregó a Francesca la taza de café y después miró a ambas.

—No hablemos de la guerra tan temprano —sentenció.

Vania, con la cabeza apoyada sobre sus manos, le dio la razón a su madre.

—Además, tenemos a un informante de primera mano. ¿Habrá llegado otra carta de Enzo?

Francesca clavó sus ojos en su hermana. ¿Por qué había dicho eso? ¿Acaso había sido ella la que había entrado en su habitación? ¿Había visto la carta de Enzo? Preguntárselo directamente quedaba descartado.

—Lo averiguaremos dentro de un rato —dijo Francesca. Se lamentó de que ni su madre ni Lucrecia participaran en la conversación.

—¿Vas a ir hoy a visitar a Santina? —preguntó Vania. La excesiva curiosidad de su hermana le resultaba amenazadora.

—Pues lo más seguro es que sí. La señora Parisi no puede cortar leña por sí sola y quiero echarle una mano. No quiero que pase frío.

Vania esbozó una sonrisa.

—Iré contigo y te ayudaré.

—No es necesario —respondió Francesca bruscamente, provocando que su madre la reprendiera.

—¡Francesca! Deja que tu hermana te acompañe. Quiere ayudarte.

No tenía motivo para negarse ni podía justificar el querer ir a solas a casa de la anciana. No podía dar motivo alguno que les hicieran sospechar de sus recurrentes visitas a la casa de Santina.

—Tienes razón, mamá. Perdona, Vania. En cuanto terminemos de desayunar iremos, ¿de acuerdo?

Vania asintió con una sonrisa comedida. No quería que la acompañara y eso no pasó inadvertido para ella.

CAPÍTULO 34

Lucrecia se aseguró de que nadie iba tras ella. Nadie le había preguntado a dónde se dirigía, pero sabía que su madre estaba preocupada y que en ciertas ocasiones no le quitaba los ojos de encima. Le había preguntado muchas veces qué le pasaba e intentaba indagar si su repentino cambio de actitud estaba relacionado con la marcha de Bianca. Ella decía que no, que estaba preocupada por ella, que era lo normal, pero nada más. Sin embargo, solo ella conocía las verdaderas razones por las cuales se habría convertido en una persona huraña.

Bianca la había besado. Después intentó decirle algo, intentó justificar lo que había hecho, explicárselo, pero ella no le había dado opción. Había comenzado a gritarle hasta que Bianca terminó por marcharse. Ese era el último recuerdo que tenía de ella, su figura alejándose de la residencia de los Costa, humillada y seguramente arrepentida de lo que había hecho.

¿Por qué estaba arrepentida? Había pensado muchas veces en ello. De hecho, ese era el motivo por el cual llevaba muchas semanas abstraída en sí misma, con pensamientos que no parecían tener fin y que la alejaban continuamente de la realidad. Bianca se había convertido en su mejor amiga, en su confidente, en la única persona con la que podía hablar de cualquier cosa sin preocuparse por las consecuencias. ¿Cuántas horas habían pasado conversando acerca de política, de la guerra y de cómo convertir Italia en un país socialista? Pese a lo ocurrido, recordaba esos momentos con

nostalgia, a esas conversaciones eternas con su padre sentada en su regazo. De alguna manera, el recuerdo de ambos se fundió. Bianca le aportaba esa calidez, el recuerdo de su padre y la esperanza de un futuro mejor.

Por eso, cuando supo de su marcha, Lucrecia sintió que la muerte de su padre, el recuerdo de ese dolor volvía a resonar con fuerza en su interior. Sin embargo, a esto se sumó el destino que Bianca había escogido. Se había marchado con los partisanos. Eso era lo que había dejado escrito en la nota de despedida, pero esa información, en las manos incorrectas, era lo mismo. Nadie que no estuviera en contacto con los grupúsculos socialistas. El miedo a las ejecuciones y a los delatores era precisamente lo que los mantenía a salvo. Ni Guido ni siquiera el calabrés podrían dar con ella, al menos que anunciaran públicamente su detención, lo que por el momento no había sucedido.

Habían transcurrido siete meses desde su marcha y en ese tiempo, que para Lucrecia fue como atravesar un largo desierto, pensó en las opciones que tenía para dar con ella. Dejó varias cartas a *Voce* intentando que este le contara algo acerca de Bianca, pero no consiguió ninguna respuesta. Ante esta negativa dejó correr un poco de tiempo para no levantar sospechas. Después, intentó contactar con Mauro Baricchio. Le escribió a varias de las direcciones que tenía anotadas y esperó una vez más la respuesta. Con Mauro mantuvo el contacto durante cierto tiempo y siempre que le escribió, él le contestaba tarde o temprano.

Ese era el motivo por el cual caminaba hacia el muro de Adriano —para Lucrecia aquel nombre había dejado de ser gracioso—, pues ese lugar era el más accesible para que dejaran las cartas que debían pasar desapercibidas.

Era por la tarde y los árboles regalaban largas sombras que se extendían varios metros. En aquel contraste de claro oscuros, Lucrecia se fijó en un resplandor que destacaba sobre el verdor de la zona. Su corazón comenzó a latir más deprisa. Allí había un sobre, semioculto entre la hierba.

En cuanto lo cogió se dio la vuelta y se cercioró de que nadie más la había visto. Después, oculta entre los matorrales, abrió el

sobre. Mauro le había respondido. Sin embargo, la emoción fue decayendo a medida que leía las líneas. Este le contaba que la noticia había llegado a sus oídos, pero que no sabía mucho más. No obstante, le informó de que le escribiría en cuanto averiguara más acerca del paradero de Bianca.

¿Dónde estaría?



Todos se habían reunido en torno a la mesa del salón principal. Había llegado una nueva carta de Enzo en la que les anunciaba que habían retomado su avance hacia el este y que, por el momento, los rusos no hacían más que retroceder. Se apreciaba un tono positivo que se tradujo en sonrisas y la creencia de que pronto la guerra llegaría a su fin. Incluso Pietro se había dejado contagiar por ese positivismo.

—Lo único que tienen los rusos es el invierno y todavía falta mucho para el próximo. A ver qué se inventan esta vez —dijo Pietro, que se centró en Guido, quien se mantenía serio—. Busca una sonrisa, Guido. Ya mismo estaremos celebrando tu boda.

Francesca dio un respingo y miró a Guido con una sonrisa.

—Dios te oiga —comentó Guido con solemnidad.

Enseguida, Virgilia intervino para acabar con el ambiente extraño que se instauró.

—Lo verdaderamente importante es que, por fin, después de tanto tiempo, tenemos buenas noticias y sí, como bien dices, Pietro, puede que esto signifique que la boda pueda celebrarse más pronto que tarde.

—El transcurso de la guerra en los próximos meses será clave —afirmó Lucrecia. Para ella, el fin de la guerra y la derrota soviética la dejaban con sabor agridulce.

Guido, ante el silencio de Francesca, decidió marcharse a su despacho. Matilde le dedicó una mirada reprobatoria a su hija, pero esta la ignoró.

—¿No ha llegado ninguna carta más? —preguntó Vania. Su tía le dijo que no—. ¡Pues no lo entiendo! Le he escrito a Enzo en varias

ocasiones. ¿Por qué no me responde? —exclamó con esa voz aguda que salía de su garganta cada vez que se alteraba y que resultaba tan molesta.

—Quizás te haya respondido. Enzo está muy lejos y las cartas pueden perderse en el camino —dijo Matilde para calmar a su hija, que no entró a razones y comenzó a discutir con ella.

A sus hermanas les sorprendía que su madre le permitiera a Vania hablarle de esa manera. Francesca estuvo a punto de increpar a su hermana y preguntarle por qué le escribía a Enzo. Las palabras casi brotaron de sus labios e incluso Vania se giró hacia ella pensando que iba a hablar.

—¿Qué sucede? —le preguntó su hermana. Francesca se mostró confusa.

—Mamá tiene razón.

Vania frunció el ceño.

—¿Qué sabrás tú? ¿Acaso le has escrito también a Enzo? —Vania dijo estas palabras cargadas de ironía, pero aun así no impidió que Francesca palideciera al instante.

Era imposible, pensó Francesca, a no ser que fuera ella la que abrió la puerta de su habitación aquella noche en la que se quedó dormida con la carta de Enzo a la vista de cualquiera, entre las páginas del libro que fingía leer.

—Soy mayor que tú.

Vania soltó una carcajada.

—Un año y poco. Si me lo dijera Lucrecia no me reiría en tus narices —dijo Vania.

—Pues yo te lo digo ahora. ¡Es suficiente! —gritó Lucrecia. Vania la miró desafiante antes de marcharse. Matilde suspiró y se dejó caer sobre la silla.

—Es una joven complicada. Menudo espectáculo —reconoció Matilde, abochornada por la todavía presencia de Pietro, aunque a este parecía importarle poco y enseguida trató de quitarle importancia a lo sucedido.

—Es la edad, señora. No se lo tome tan a pecho.

Matilde le agradeció sus palabras. La cosa no fue a más y el asunto quedó olvidado a los pocos días, aunque para Francesca no

pasaron inadvertidas las palabras de su hermana: *¿Acaso le has escrito también a Enzo?* Aquello le producía escalofríos. Si Vania llegaba a descubrir que mantenía una relación por carta con Enzo, las consecuencias serían inimaginables. Pese a que podía tratarse de una mera casualidad, Francesca decidió no correr riesgos y esa misma noche se deshizo de todas las cartas. Las rompió en pequeños pedazos y las arrojó a las brasas de la chimenea una vez se aseguró de que el resto dormían tranquilamente. Los diminutos papeles avivaron las llamas, aunque se extinguieron pronto.

—Nadie podrá descubrirnos —susurró Francesca mientras las últimas llamas crepitaban. Ese mismo día, otra carta de Enzo había llegado a casa de Santina. En ella, este, animado por los acontecimientos de la guerra, le insistía a Francesca para que pusiera fin a su relación con Guido. Según él, le habían dicho que para antes de Navidad estarían en casa. Resultaba evidente que Enzo comenzaba a sentir celos de su primo. Debido a esto último, Francesca agradeció levemente que casi un mundo les separara. Pese a que estaba segura de su amor por Enzo, debía actuar con sentido común y no precipitarse. A veces pensaba que lo único que mantenía a ella y a su familia en la finca era su compromiso, por lo que romperlo no era una opción por el momento. Le sabía a mal utilizar a Guido de esa manera, pero tampoco esperaba quedarse en la finca de los Costa una vez regresara Enzo. El único problema, lo único que le atormentaba era que alguien supiese de ello antes de que regresara.

LAS BUENAS NOTICIAS transmitidas por Enzo se convirtieron en motivo de reflexión para Guido. Su primo había mencionado por primera vez el final de la guerra y eso significaba que se avecinaba un nuevo escenario. Cabía la posibilidad de que su primo tuviera la intención de reinstalarse en la finca después de la guerra, aunque confiaba que se embarcara hacia los Estados Unidos como tantas veces había dicho. No obstante, esto no era suficiente para que Guido acabase con el malestar que le torturaba.

—¿Has hablado con tu prometida? —preguntó Pietro mientras tomaban una copa en el despacho. Los bombardeos habían acabado de echar el cierre a los pocos locales que quedaban abiertos. El mundo parecía ensombrecer a cada hora. Guido miró impaciente a su amigo.

—Déjalo ya. No quiero hablar del tema.

El alcohol complicaba el habla de Guido y hacía relucir sus ojos de una manera inquietante.

—Algún día tendrás que hacerlo. Se está riendo de ti.

Guido bebió para no ceder a la provocación de Pietro. Ya lo había pensado antes. Francesca estuvo con Enzo y después con él. ¿Por qué? ¿Qué vio que le hizo cambiar de opinión? Su primo y él eran como el agua y el aceite. No se parecían en nada.

Pietro encendió un cigarrillo y expulsó el humo hacia el techo.

—La cosa está bastante clara, al menos para mí. Después de la muerte de tu padre y del cierre de la tienda, la presencia de esa familia aquí queda en entredicho, ¿no es así? Incluso tu hermana, muy amiga de Lucrecia, se ha marchado. ¿Quién daría la cara por ellas? ¿Virgilia? No, no lo creo. Si ellas siguen aquí es porque tú lo permites y porque estás comprometido con Francesca. ¿Me equivoco?

Guido lo observó de reojo. Pietro tenía razón.

—Mientras dure el compromiso no puedes largarlas porque, ¿cómo vas a poner en la calle a tu futura suegra y a tus futuras cuñadas? ¿Qué clase de hombre serías?

Tenía razón. No quería que la tuviera, pero así lo sentía.

—Francesca… no es así —dijo al fin Guido.

Pietro lo miró condescendiente.

—Si tú lo dices. Por el momento es la mujer con la que quieres compartir el resto de tu vida, así que, como amigo tuyo, la respeto. Pero ya sabes lo que pienso y por ello, si aceptas mi consejo, te diría que dieras un golpe sobre la mesa y establecieras de una vez la fecha de la boda. Inamovible salvo porque lluevan bombas británicas sobre nuestras cabezas.

Guido estaba confuso. En ocasiones Pietro escondía su verdadera intención tras sus palabras, dejándolas para la interpretación de

quien le escuchara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Guido.

Pietro apuró la copa.

—Tienes el poder de decidir quién vive aquí… y quién no. Utilízalo.

Capítulo 35

JUNIO DE 1942

—¡La puta que los parió a todos! —gritó Matta mientras corría en zigzag. Los disparos de los rusos impactaban en la tierra, levantándola como si se trataran de efímeros fantasmas de polvo. Por fin, llegó a la trinchera y pudo resguardarse. Estaba empapado en sudor y tan agitado que no podía hablar.

—Denle sitio. ¡Que le dé el aire! —dijo Darío mientras le ofrecía su cantimplora.

Enzo se acercaba agachado, sorteando a sus hombres, que apenas tenían tiempo para apartarse. A veces debía detenerse y disparar contra los rusos que le presionaban desde sus posiciones, unos cien metros hacia el noreste.

—Esta agua está hirviendo —dijo Matta devolviéndole la cantimplora.

—Maldito milanés. ¿Qué esperabas? Estamos a cuarenta grados —se quejó Darío.

Varios impactos cercanos de mortero hicieron caer sobre ellos un montón de tierra que los cubrió por completo de polvo. Finalmente, Enzo consiguió llegar hasta ellos.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Mi sargento. ¡Qué honor! —exclamó Matta—. ¿Quiere que le limpie la bayoneta?

Se escucharon risas e incluso el propio Enzo lucía una sonrisa en el rostro. Sin embargo, al mismo tiempo sacaba un mapa del bolsillo. Estaba muy arrugado y repleto de anotaciones. Nada más verlo, Matta lo observó fijamente para situarse y señaló hacia un punto en concreto.

—Al otro lado de estos árboles están los rumanos —explicó—. Tienen un blindado, pero está atascado en un cenagal o algo así. Los rusos lo saben y quieren aprovecharse de la situación para destruirlo.

—¿Y por qué no informan por radio? —preguntó Enzo.

—Está cosida a balazos, lo mismo que el operador. La cuestión es que no quieren abandonar el tanque. Ya sabe cómo son esos rumanos. Lo suyo es suyo y lo de los demás, si lo necesitan, también.

Otro impacto de mortero los cubrió de tierra y les hizo agachar la cabeza. Al igual que los italianos, contingentes del ejército rumano apoyaban el avance alemán en la Unión Soviética y no era extraño que los soldados, del mismo bando, pero de diferente cultura, chocaran entre sí. Las órdenes eran avanzar hasta hacerse con un antiguo caserón que los rusos utilizaban como centro de mando en la región.

—Pues aquí no podemos quedarnos —dijo Enzo—. ¿Dónde están exactamente los rusos?

Matta volvió a señalar el mapa.

—Se han hecho fuertes aquí, aprovechando el lecho seco de un arroyo. No he podido ver mucho, pero creo que no tienen más que una ametralladora. Ráfagas cortas y distanciadas; poca munición.

Enzo asintió y se pasó la lengua por sus labios polvorientos. Era cerca del mediodía y él y sus hombres se encontraban bajo un sol abrasador, sin ninguna sombra, cociéndose lentamente. Ni siquiera disponían de agua fresca y eso podía suponer un problema dentro de poco. Necesitaban avanzar y hacerse en una posición más adecuada.

—¿Cómo lo ves?

Matta sonrió. Ese *¿cómo lo ves?* era la pregunta que Enzo le hacía momentos antes de iniciar una carga contra el enemigo. Matta había destacado por ser un buen observador y, sobre todo, por saber comparar las fuerzas propias con las del adversario.

—He podido llegar hasta los rumanos y regresar sin un rasguño. Allí el intercambio de fuego es intenso, pero nada del otro mundo. Por no hablar de la puntería de esos perros.

Enzo asintió a la par que pensaba. Una mala decisión podía causarle un alto número de bajas en algo tan insulso como avanzar apenas cien metros. Tenía a más de treinta hombres bajo su mando. Debía mirar por ellos.

—Llévate a quince hombres hacia allí. Quiero que los rusos piensen que vamos a reforzar la posición de los rumanos, ¿de acuerdo? Cuando se encuentren a medio camino y hayan mordido el anzuelo, nos lanzaremos al ataque, ¿entendido, cabo?

Que se refiriera a él como cabo significaba que las bromas quedaban a un lado. Mattia Bruno había sido ascendido el pasado mayo.

—A sus órdenes, sargento.

—Bien —dijo Enzo—. Me quedo con los mejores tiradores.

—¡Darío, conmigo! —gritó Matta.

Las carcajadas, entre divertidas y nerviosas, se propagaron por la trinchera. Sin embargo, tras un gesto de Enzo, todos los soldados se acercaron para escuchar las órdenes. El plan era bastante sencillo: una distracción por un lado y el ataque real por el otro; flanquear al enemigo sin darle opción a reaccionar. Debían ser rápidos y precisos para evitar bajas innecesarias. Una vez terminó de dar las órdenes, los soldados se desprendieron de todo lo que pudiera estorbarles, cargaron los fusiles e hicieron recuento de munición.

—Cuando quiera, sargento —dijo Matta en cuclillas, encabezando el grupo de soldados que fingiría el apoyo a las posiciones rumanas.

Enzo asintió y comprobó a los que le seguirían a él. Levantó el pulgar y todos asintieron.

—¡A por ellos!

La acción duró poco. En cuanto los rusos se dieron cuenta de la maniobra y de que iban a ser rodeados, tiraron las armas y se rindieron. Estaban agotados, famélicos y escasos de munición. Enzo y sus hombres hallaron a unos cien soldados más esperando a que los apresaran; uno de ellos sujetaba un palo con una camisa blanca en uno de sus extremos. Ante tal cantidad de prisioneros, se vieron obligados a esperar que llegaran más tropas para que se hicieran cargo de ellos, por lo que el avance se retrasó un par de jornadas. Al retomar la marcha, no tardaron mucho en llegar al caserón. Allí encontraron nuevos pelotones soviéticos que se rindieron de

inmediato, por lo que tuvieron que esperar varias jornadas de nuevo. Por suerte, en el caserón había un pozo que los soldados rusos aseguraron que era perfectamente potable. Para demostrar que así era, Enzo obligó a beber a todos los prisioneros que tenía a su cargo. Ninguno enfermó; decían la verdad.

—¿Crees que lo hacen a posta? —le preguntó Matta la primera noche que pasaron en el caserón. Los prisioneros rusos eran alrededor de cien hombres. Los rumanos los custodiaban.

—¿A qué te refieres? —preguntó Enzo.

—A esto, a que se estén rindiendo de esta manera. ¿Cuántos días hemos perdido esperando que se los llevaran?

Enzo frunció el ceño.

—¿Estás insinuando que se están rindiendo para retrasarnos? Perderíamos mucho más tiempo si combatieran, Matta. Fíjate en este caserón y en el granero de más allá. Habría sido un infierno hacerse con él.

—Supongo que tienes razón, mi sargento —ironizó.

—Descansa, cabo. ¿Quién sabe qué nos deparará el horizonte? —dijo Enzo poniéndose un cigarrillo en los labios, centrándose en los resplandores anaranjados que aparecían y desaparecían de manera caprichosa.

Eran las explosiones de la artillería alemana, que castigaban las posiciones rusas; las ablandaban para ellos. Cuando Enzo y sus hombres llegaran, no encontrarían más que paisaje de muerte y desolación. Sin embargo, aquel pensamiento enarboló rápidamente otro más amenazante. ¿Sería siempre igual? ¿Avanzarían kilómetros y kilómetros hacia el este capturando soldados, pueblos y ciudades con la facilidad con la que se quiebra una rama seca? El corazón le decía que no, que eso no iba a durar para siempre.

Una vez a solas fue hacia el interior del caserón, donde había ordenado que dispusieran a los heridos, la radio y todas las armas requisadas. Allí, un médico y un enfermero trabajaban a destajo. No solo había heridos italianos y rumanos, también rusos, que les dedicaban miradas frías y lejanas, como si quisieran saber qué hacían allí, por qué habían ido hasta su tierra para matarlos. Enzo

nunca se acostumbró a sus ojos azules, grisáceos, claros la mayoría, que lo escrutaban con un millón de preguntas.

Dejó atrás a los heridos y se dirigió a una pequeña habitación que había reservada para él. Su camastro no era más que una manta extendida sobre el suelo, pero lo importante para él es que disponía de una mesa y una silla en la que podía sentarse para escribir. Había vuelto a recibir una carta de Vania, que había leído con desgana. Pensaba que no haberle respondido a ninguna de las anteriores era suficiente para que la hermana de Francesca diera por entendido el mensaje de que no estaba interesado en ella. La carta no le decía nada nuevo. Seguía expresando su preocupación y su deseo de volver a verlo, todo escrito de manera desesperada y hasta exigente. Una vez terminó con ella, la dejó a un lado. Quería escribirle otra vez a Francesca, aprovechar la relativa calma en la que se encontraba para insistir en que la quería y que la guerra, de seguir así, terminaría muy pronto. Enzo quería que Francesca asimilase ese mensaje y se mostrara paciente. Por el momento, seguía comprometida con su primo y eso causaba un constante resquemor en él; a medida que pasaba los días alejados de ella, ese sentimiento crecía y en ocasiones, sobre todo por las noches, resultaba insoportable. Imaginar que Guido podía tocar su piel, estar junto a ella o quizás robarle un beso lo frustraba y lo dejaba de mal humor durante horas.

Por ello volvió a pedirle que pusiera fin a su compromiso. Ya se lo había pedido antes, pero estaba dispuesto a hacerlo cuantas veces hiciera falta hasta que le llegara la respuesta de su puño y letra de que, finalmente, Francesca volvía a ser una mujer libre.



La noticia de la caída de Sebastopol en manos Alemanas se celebró con júbilo. Las defensas rusas del sur se estaban desmoronando. Corría el rumor de que la guerra acabaría en pocas semanas; la Unión Soviética estaba a punto de rendirse.

—Por mi santa madre que en Navidad estoy en Milán —dijo Matta.

—Seguramente sea antes, amigo. Llevamos varios días avanzando sin parar. ¡No se ha visto a ningún ruso! —dijo Darío.

En ese momento, varios aviones alemanes pasaron volando a baja altura. Todos se pusieron en pie y los jalearon.

—Esos mosquitos pican de lo lindo —exclamó Matta.

Enzo también estaba allí. Compartía la dicha por las buenas noticias con sus hombres, pero procuraba mantener la sangre fría. El capitán Barbieri le había dado instrucciones. Desde ese mismo día, su unidad formaba parte del 6º regimiento de *Bersaglieri* para ser dirigidos al sur, donde apoyarían el flanco del ejército alemán.

—Tenemos que neutralizar los posibles contrataques soviéticos. Los alemanes avanzan demasiado rápido y cada vez sus flancos están más expuestos —le explicó el capitán.

Pocas horas después, la compañía se puso en marcha, avanzando hacia el este como si pretendieran asir el horizonte con sus propias manos. Una columna interminable de camiones que avanzaba sin detenerse. En esa calma, Enzo inclinó la gorra sobre su frente y cerró los ojos. Pronto huyó de aquel lugar y se vio caminando por el estrecho camino que llevaba hasta la finca de los Costa. Él iba vestido con su uniforme y en sus manos llevaba un ramo de flores frescas. Estaba feliz. Sabía que ella lo estaba esperando.

Capítulo 36

AGOSTO DE 1942

El verano pareció traer consigo un soplo de aire fresco a la finca de los Costa. Influía en ello varios factores. Por un lado, las buenas noticias que provenían de la guerra, tanto en el este de Europa como del norte de África. Esto coincidió con una leve mejoría de la relación entre Francesca y Guido. Pese a que ya había reflexionado acerca de amenazar a su prometida con echar a su madre si se negaba a fijar un día para la boda, había optado por darle otra oportunidad. A pesar de su frustración, seguía deseándola y no quería arriesgarse a perderla; no mientras Enzo continuara con vida y pudiera regresar como un valiente soldado que ha puesto en riesgo su vida por el país.

Los latidos de su corazón se asemejaron al sonido de los tambores de guerra. Incluso podía sentir como su pecho temblaba. En ese instante palideció y una ligera capa de sudor cubrió su frente. Suspirando, sacó un pañuelo para secarse.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Francesca. Guido la miró como si acabara de despertar de una pesadilla.

—Solo pensaba…

Ambos se encontraban en el porche disfrutando de la brisa tibia del amanecer. En las últimas semanas, se habían esforzado por pasar más tiempo juntos. Sin embargo, el tema de la boda había quedado en un segundo plano. Los dos rehuían la cuestión con fingida naturalidad. Virgilia se acercó.

—¿Quieren beber algo? La cena tardará un poco.

—Un poco de vino estaría bien. ¿Tú quieres, Francesca? —preguntó Guido. La joven no solía beber, pero no quiso rechazar su invitación. Virgilia regresó al poco con dos copas de vino y un poco de queso.

—No es bueno beber con el estómago vacío.

—Gracias, tita —respondió Francesca antes de mojar sus labios con el vino. El sabor amargo y fuerte recorrió rápidamente su lengua

y ella hubo de forzar el gesto para que Guido no apreciara su desagrado.

Fingir ya era una constante para ella. Sin pretenderlo, su vida se había convertido en una mentira. Los escritos de Enzo, el silencio de Santina, su indiferencia ante las cartas que llegaban a la residencia de los Costa. Todo esto eran las piezas que conformaban su mentira. Amaba a Enzo, la distancia le había abierto los ojos y desentrañado los nudos de su corazón. No era pocas las veces que se preguntaba cómo se había dejado atrapar por Guido, qué le había ocurrido durante esos meses para creer que sentía algo por él. Pese a que no podía culpar a nadie, se sentía víctima de una tremenda injusticia. ¿Acaso tenía ella la culpa de haber hallado sus sentimientos más sinceros? ¿No se merecía Guido encontrar a una mujer que lo quisiese de verdad?

El silencio entre ambos que ocultaba tales pensamientos permaneció, traicionero, ajeno a la realidad de sus sentimientos. Cruzaron sus miradas y sonrieron. No dijeron nada.

~

Renato Pugliese era incapaz de borrar la sonrisa de su rostro. Por más que lo intentaba, esta mostraba la blancura de su dentadura. Estaba recién afeitado y su piel relucía como si pretendiera mostrarse a tono con su actitud.

—Ha tomado una muy buena decisión. La guerra no durará eternamente, ¿sabe? Pensar en el futuro es la clave. Aunque no es fácil, lo reconozco. ¿Quién tiene ojos para el futuro cuando en el presente resuenan las bombas? Por Dios que no es fácil —dijo Bruno D'amico, un portentoso abogado de la región de Campania. Un hombre de apenas metro cincuenta, regordete, con un vasto bigote y un bastón que no separaba de su mano derecha.

—Tiene razón. Por sus palabras intuyo que los papeles están en regla.

El bigote del señor D'Amico tembló.

—Oh, por supuesto. Todo bien. Esta casa le pertenece desde este preciso momento.

El calabrés asintió satisfecho. Hacía unos meses se encontraba al borde la ruina, pero un golpe de fortuna había puesto fin a aquellos días grises. Muchos estaban al tanto de sus habilidades para tratar con todo tipo de personas y en tiempos de guerra y necesidad, hombres como él era precisamente lo que más se necesitaban. Al poco de su llegada a Calabria lo requirieron para que mediara en varias disputas comerciales, que —milagrosamente— llegaron a buen puerto. En pocas semanas había ganado una buena cantidad de liras, que se sumó a la venta de todas sus propiedades en Calabria. Esta decisión tuvo lugar tras descubrir lo mucho que echaba en falta a Matilde. Su estancia en Calabria se resumía en una soledad insoportable, que se hacía todavía más insufrible a saber que no tenía posibilidad alguna de verla. ¿Qué sentido tenía vivir de esa manera?

—Permítame, señor Pugliese y disculpe mi curiosidad, pero es mi naturaleza. ¿Por qué comprar una casa en Sorrento? Nápoles ya está al lado y como sabrá, ya ha sido bombardeada un par veces.

El calabrés sonrió.

—No me comentó ese detalle cuando me la ofreció.

D' Amico sonrió y golpeó el suelo varias veces con el bastón.

—Ya ha firmado. Supongo que eso reduce los riesgos.

—No se preocupe. No tengo intención de arrepentirme, aunque la RAF ponga esta casa entre sus principales objetivos. Simplemente me gusta Sorrento y llevaba tiempo queriendo instalarme aquí. Además, como usted ha dicho antes, la guerra se acabará algún día, ¿no?

Tras despedirse del abogado, Renato salió de su estrenada propiedad y se encaminó hacia la finca de los Costa. Llevaba muchos meses sin ver a Matilde, sin saber nada de ella y quería darle la noticia en persona. Al mismo tiempo, otra idea flotaba en su cabeza y tomaba forma en silencio, aunque por el momento, no pasaba de ser una mera posibilidad.

Detuvo el coche en la puerta de la finca y realizó caminando el trecho hasta la residencia. Antes de llegar a la puerta, esta se abrió

y Matilde apareció al otro lado del umbral.

—Renato…

—Hola, Matilde —saludó deteniéndose a pocos metros.

Matilde salió corriendo y lo abrazó, olvidándose de que Virgilia se encontraba tras ella. Su figura permaneció quieta en la oscuridad del interior.

—Me alegro mucho de verte. Estaba preocupada por ti —dijo Matilde.

Renato sonrió.

—Pues borra esa preocupación. Todo ha salido bien, mejor de lo esperado.

Matilde estrechó sus manos.

—¿Seguro? ¿Has solucionado todos los problemas?

—Todos y cada uno de ellos —aseguró afable.

Virgilia continuaba observando, sintiendo como la indignación se apoderaba de cada célula de su cuerpo. Aquello era una falta de respeto a la memoria de su hermano.

—Tengo mucho que contarte —dijo señalando hacia el coche—. ¿Puedes acompañarme a Sorrento?

Matilde estaba a punto de contestar que sí. En ese momento no era consciente de que su cuñada avanzaba hacia ellos con la expresión contraída por la indignación. El regreso por sorpresa de Renato la había sacudido. Verlo a través de la ventana caminando hacia la residencia le había hecho estallar de felicidad.

—¡Matilde!

La fría voz de Virgilia provocó que ambos miraran hacia la puerta. sus manos se soltaron rápidamente mientras ella los miraba desafiantes.

—Buenos días, señora —dijo Renato levantándose ligeramente el sombrero.

—Para algunos son mejores que otros.

Matilde agachó la mirada. Estaba siendo consciente de que se había dejado llevar, de que por primera vez en mucho tiempo volvía sentir esa agradable calidez en su interior, que dejó de existir para ella hacía muchos años.

—Lamento las molestias —comentó Renato sin perder la sonrisa —. Solo pasaba por aquí para decirles que me he instalado en Sorrento. De hecho, he firmado la compra hace poco menos de una hora.

—¿De verdad? —preguntó Matilde con los ojos relucientes.

El calabrés asintió.

—Podemos considerarnos vecinos… más o menos.

Pero Virgilia no cambió su actitud.

—Le felicito por su decisión. La vida aquí es apacible, como bien sabe. Por eso le recomiendo que se muestre como el hombre educado que sé que es.

Matilde clavó los ojos en su cuñada con evidente indignación. Era cierto que su reacción había sido desmesurada, pero le resultaba complicado aceptar que ella la juzgara de esa manera. En su mirar, en sus gestos, podía leer claramente lo que pasaba por la cabeza de su cuñada. «¿Ese es el respeto que le tienes a mi difunto hermano, tu esposo y padre de tus hijas?», creía oír. La indignación por ello estuvo cerca de causar un conflicto. El calabrés lo percibió de algún modo e intervino.

—Las buenas costumbres. Sé a lo que se refiere, Virgilia —dijo Renato mientras se ajustaba el sombrero—. No se preocupe. Mi único fin era saludar e informarles de la noticia. Viviendo tan cerca estoy seguro de que nos veremos más.

—Ya lo veremos —espetó Virgilia secamente. Matilde no pudo aguantarlo más y dándole la espalda a su cuñada, respondió:

—Tenlo por seguro, Renato. En estos tiempos es más que necesario tener a los buenos amigos cerca.



Como cabía esperar, la noticia del regreso de Renato se propagó de inmediato por la finca y causó las más variadas reacciones. Guido y Pietro se hicieron muchas preguntas acerca de por qué el calabrés se había instalado en Sorrento, mientras que Francesca y Lucrecia se alegraron enormemente. Sin embargo, Francesca dedujo de

inmediato que debía ser más cuidadosa en lo referente a las cartas de Enzo y extremar las precauciones. En cambio, para Lucrecia aquello era una oportunidad de averiguar qué había sido de Bianca.

Recurrir a Mauro Baricchio, el antiguo compañero de su padre, no había dado sus frutos. Además, no había vuelto a saber de él desde entonces, lo que sin duda no era una buena señal. Cada vez que escuchaba un coche o veía algo anómalo, pensaba que iban a arrestarla y a fusilarla al instante, acusada de traición. Ese estado de nervios permanente influyó en su ya agriado carácter y su aspecto se asimiló a su tía Virgilia. Seguía sintiéndose culpable de la marcha de Bianca y dar con ella se había convertido para ella en una necesidad casi tan acuciante como el respirar. Además, otro factor que jugaba en su contra era el hecho de que apenas salía de la finca, la cual le parecía cada vez más pequeña y agobiante. Llegados a tal punto, le dijo a su hermana Francesca que la avisara la próxima vez que fuera a visitar a Santina. Había tenido una idea.

—Tengo que salir de aquí. Me voy a volver loca —le dijo mientras almorzaban. Francesca procuró dominar su reacción mientras sus hermanas y su madre aguardaban la respuesta.

—Claro. No sé si mañana o pasado, pero te avisaré —respondió finalmente. Vania soltó los cubiertos sobre la mesa de manera brusca.

—¿A ella sí le dejas que te acompañe? —exclamó.

—¡Vania! —gritó Matilde.

—No, mamá. No sé qué le sucede a Francesca conmigo.

Francesca estaba arrinconada. No tenía excusas.

—Puedes acompañarnos si quieres —dijo con un atisbo de simpatía.

—¿Lo ves, Vania? Tu pronto te pierde. Has de controlar tu temperamento. Solo te traerá problemas —advirtió Matilde.

Las miradas de Vania y Francesca se encontraron.

—Lo hace porque no le queda más remedio —dijo la pequeña.

—¡Es suficiente! —insistió Matilde. Retomaron el almuerzo en silencio.

Mientras Francesca esperaba que la sopa se enfriase valoraba los riesgos. Santina había actuado siempre con discreción, pero,

después de todo, sus dos hermanas estarían con ella y en cualquier despiste… No era nada fuera de lo común que Santina confundiera a Francesca con Vania, especialmente si estas se encontraban lejos. El parecido con su hermana resultaba llamativo para aquellos que no estuvieran familiarizados con ellas. Además, había transcurrido más de una semana desde que no recibía ninguna carta de Enzo, lo que significaba que la próxima estaría a punto de llegar.

Al otro día, aquel en el que las tres hermanas iban a visitar a Santina, Francesca estaba de los nervios. Tenía un mal presentimiento, la extraña certeza de que iba a suceder algo malo. Nada más ponerse en marcha, atravesando la finca, sus ojos hicieron realidad sus temores: el soldado con la moto se detuvo frente la puerta de la finca y comenzó a rebuscar en su interior. Sin embargo, en cuanto vio a las tres muchachas acercarse hacia él, se bajó de la motocicleta con una sonrisa.

—Buenos días, señoritas —dijo. Las tres hermanas le saludaron —. Traigo correo desde Rusia. Vuestro soldado es un hombre duro.

Extendió la mano, mostrando dos cartas. Francesca palideció y estuvo a punto de desmayarse. Se había equivocado y en vez de entregarle la carta a Santina, la traía ahí. Estaba tan nerviosa que fue incapaz de moverse.

—Vaya… ¿Dos cartas? —dijo Lucrecia. Vania se puso junto a su hermana.

—¿Para quiénes son? —preguntó.

—Para Matilde y…

—¡Es para mí! —exclamó Vania arrebatándole la carta de las manos. Apenas lo hizo, se marchó corriendo hacia la casa. Francesca respiró aliviada, un largo suspiro que no pasó inadvertido para Lucrecia.

—Gracias —dijo Francesca dedicándole una sonrisa al soldado.

—A mandar, señoritas. Tengo que entregar varias cartas en Piamonte y la carretera es un infierno. Por suerte aquí suelen llegar pocas: aquí y la anciana que vive un poco más abajo.

—¿Santina? —preguntó Lucrecia con el ceño fruncido. Francesca tragó saliva. Afortunadamente, Vania se había marchado.

—Santina Parisi. No hay muchos que reciban cartas por aquí. Antes había más, pero a medida que pasan los días, llegan menos cartas del frente —dicho esto, el soldado montó en la motocicleta y se marchó.

Las dos hermanas abrieron la carta y la leyeron, luego la dejaron en la residencia de los Costa. Enzo afirmaba que estaba bien y que la guerra se decidiría dentro de poco. Insistía mucho en ello, como si quisiera que esa información quedara grabada a fuego en todos aquellos que leyeran la carta. «La guerra terminará pronto; regresaremos a casa por Navidad; los rusos se rinden por millares».

—Me alegro de que Enzo esté bien, pero, al mismo tiempo, me entristece lo que está ocurriendo —dijo Lucrecia cuando ya caminaba con su hermana hacia la casa de Santina.

—¿No quieres que ganemos la guerra? —preguntó Francesca. Su hermana le dedicó una sonrisa.

—Es complicado y difícil de comprender. No quiero que Enzo muera; eso tiene que quedar claro.

—No he insinuado eso —indicó Francesca.

—Renato me dijo una vez que no todo puede aprenderse en los libros. Con el paso del tiempo he aprendido la terrible verdad de esa frase. Ya sabes lo mucho que aprendí de papá. No paro de pensar en cómo habría reaccionado él a todo esto, qué habría hecho.

Francesca reflexionó durante unos segundos.

—Papá era comunista, ¿verdad?

Su hermana la miró sorprendida, aunque continuó caminando como si nada.

—Socialista más bien.

—¿Cómo Bianca?

Lucrecia sintió una punzada de dolor en su interior y sus ojos brillaron ante las primeras lágrimas contenidas. Los remordimientos por la marcha de su amiga seguían torturándola como el primer día.

—Bianca era especial, por así decirlo. Tenía sus propias ideas, sus propias teorías.

En ese instante, Lucrecia fue consciente de que se había referido a Bianca en pasado: *tenía*. En el fondo ni siquiera tenía esperanzas de que siguiera con vida.

Santina las recibió con una sonrisa que no escondía del todo la pena que oscurecía su alma. Expresó su sorpresa por la presencia de Lucrecia y las tres tomaron una limonada mientras conversaban gustosamente. Francesca fue relajándose a medida que transcurría el tiempo y se cercioraba de que su hermana no le había prestado atención a lo dicho por el soldado: aquello de que había entregado otra carta a Santina. Le preocupaba que la curiosidad de su hermana destapara la verdad de su relación con Enzo. Había sido cuidadosa siempre, pero el destino había querido que todo quedara en manos de Lucrecia.

—Me reconforta que se encuentre bien —dijo Lucrecia—. En estos tiempos eso puede considerarse un lujo.

—Nunca he necesitado mucho, pero he de reconocer que esta jovencita ha cuidado de mí con ahínco —comentó Santina acariciando el rostro de Francesca.

—No ha sido para tanto.

—No te quites mérito, jovencita. Has cuidado muy bien de esta anciana.

Pasó un buen rato y Francesca terminó de relajarse. Estaba claro que Lucrecia había pasado por alto aquel detalle. Después de un par de horas, antes del almuerzo, las dos hermanas se despidieron de Santina y regresaron a casa.

—¿Santina tenía otro hijo? —preguntó Lucrecia de repente. Los ojos de Francesca se abrieron de par en par. Quería responder, pero no encontró las palabras, lo que ahondó en su angustia y selló sus labios más todavía—. Era por eso que comentó el soldado acerca de la carta. ¿Crees que se trata de Enzo?

Debía decir algo. Llevaba muchos meses visitando a Santina; no tenía sentido que ella no supiera que también recibía cartas desde el frente.

—Sí. Son de Enzo.

Se encontraban a poca distancia de la entrada de la residencia de los Costa. Justo allí, apareció Pietro, que miraba a un lado y a otro,

con cierta urgencia en sus gestos.

—Ah, Francesca. Guido te estaba buscando. Quiere hablar contigo.

Poco después de que Lucrecia y Francesca dejaran en la residencia de los Costa la carta de Enzo, esta fue leída por Guido. La rabia y la frustración que experimentó le hizo temblar y estrujar la hoja manuscrita entre sus dedos. Quería volver, lo decía bien claro. La intención de Enzo era regresar a Sorrento en cuanto tuviese oportunidad. ¿Por qué? ¿Acaso no huyó después de la muerte de Amancio? ¿Qué le motivaba a regresar?

Enfadado, se encerró en su despacho cerrando la puerta con todas sus fuerzas. El sonido de esta al cerrarse, aquel golpe sordo y estrepitoso era la señal de que nadie podía molestarlo. Solo Pietro fue en su busca después de leer la carta.

—¿Qué sucede?

Guido caminaba de un lado a otro del despacho.

—¿Es que no has leído la maldita carta? El muy desgraciado dice que estará aquí antes de Navidad —exclamó. Pietro trató de mantenerse calmado. Sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Guido.

—Habla claro. ¿Qué es lo que temes?

Guido lo observó de reojo. Reconocer los celos y el temor al regreso de su primo no era sencillo. De hecho, lo consideraba humillante. Pero debía actuar; anteponerse.

—No me fío de Francesca. ¿Cuántas veces ha postergado la boda? La guerra como excusa, ¿acaso no llevamos tres años de guerra?

Pietro reflexionó durante unos segundos.

—¿Crees que lo está esperando? No me extrañaría. Además, mientras tanto tiene a su familia viviendo en la finca a gastos pagados. Me sorprende que hayas tardado tanto en darte cuenta, pero lo celebro igualmente.

Las palabras de su amigo exacerbaron los pensamientos de Guido, que enrojeció de ira y vergüenza. Pietro había descifrado a la perfección su pensamiento, se había metido dentro de su cabeza y había localizado el punto del cual emanaba su sufrimiento.

—La cuestión es qué hacer, Pietro. ¿Qué debo hacer?

Pietro se acercó a su amigo y lo sujetó con firmeza por los hombros.

—Dar un golpe en la mesa, amigo. Acabar con esta situación de una vez por todas. Habla con Francesca y deja claro cuál es tu voluntad. ¿Todavía deseas casarte con esa muchacha?

Guido asintió cabizbajo.

—Pues díselo y también, que no vas a aceptar ni un solo día de retraso.

Guido esbozó una sonrisa nerviosa.

—Las palabras se las lleva el viento. ¿Qué garantías tendré de que no vuelva a negarse transcurrido unas semanas?

Pietro sonrió.

—Porque si no su madre, sus hermanas y ella tendrán que buscar un techo bajo el que cobijarse.

Pietro había convencido a Guido para que hablara con Francesca esa misma mañana. Personalmente, él no tenía nada en contra de ella. Su problema, más bien, radicaba en Matilde y Lucrecia, las únicas que se mostraban abiertamente hostiles a su presencia y que podrían influir en Guido si se diera el caso. Además, la presencia de la primera arrastraba consigo a otro problema llamado Renato Pugliese, del que no habían conseguido librarse del todo. Por si no fuera poco, este había adquirido una propiedad en Sorrento, lo cual significaba que estaba todavía más cerca. Sin embargo, podían desprenderse de todos esos elementos si echaban a las Rinaldi de la finca o si Francesca se casaba con Guido de una vez por todas.

Francesca, centrada en estos pensamientos, llegó al despacho de Guido. Este estaba de pie frente a una de las ventanas. Nada más verla, sonrió, le dio un pulcro beso en la mano y la invitó a sentarse. Pietro los dejó a solas.

—¿Cómo está Santina? —preguntó Guido disimulando su indiferencia. Francesca sintió un escalofrío.

—Está bien —respondió con la mirada perdida. Guido percibió algo extraño en su actitud, pero aun así decidió continuar. Pietro tenía razón: no podía dejarse manipular. Su padre jamás lo hubiera permitido. Obvió su respuesta y buscó las primeras palabras de su discurso.

—Verás, Francesca, he sido paciente durante mucho tiempo. Soy plenamente consciente de que la guerra nos afecta. Por el amor de Dios, vimos Nápoles arder cuando la bombardearon los británicos. La muerte y la destrucción nos rodea constantemente, pero eso no debe hacernos perder el rumbo de nuestras vidas. —Guido se detuvo durante unos segundos y observó a Francesca. La joven estaba quieta y pálida como una estatua—. Ya sabes cuáles son mis sentimientos hacia ti; de la misma manera sabes que pretendo compartir el resto de mi vida contigo. No hay día que no desee que llegue el momento, pero estoy cansado.

—Oh, Guido… —sollozó Francesca antes de romper a llorar. Sin embargo, este se mantuvo imperturbable y ella se percató.

—Quiero que la fecha de la boda esté fijada de aquí a dos semanas. Ese es el plazo. De no ser así, con tristeza, romperé el compromiso, Francesca.

La joven comenzó a llorar sin consuelo. Sin embargo, Guido tragó saliva. Todavía faltaba por decir la parte más difícil, más áspera. Incapaz de mirarla a los ojos, buscó el auxilio de la ventana.

—En el peor de los casos se tendrán que marchar de la finca. —Tragó saliva de nuevo—. Mi generosidad tiene un límite.

Un intenso escalofrío recorrió el cuerpo de Francesca. La tristeza y los remordimientos por cómo se había comportado respecto a Guido dejaban paso a una humillación y a una ira desconocida para ella. No dijo nada. Tan solo se quedó mirando a Guido, que continuaba dándole la espalda. La intensidad de sus ojos se amplificaba a través de sus últimas lágrimas. En silencio, Francesca salió del despacho.

Capítulo 37

SEPTIEMBRE DE 1942

Habían transcurrido casi dos semanas desde que Guido le diera el ultimátum a Francesca; dos semanas en las que el día a día en la finca de los Costa se convirtió en un silencio perpetuo e incómodo. Hubo muchas discusiones, especialmente en la casa que las Rinaldi ocupaban. Para Lucrecia la exigencia de Guido era intolerable y le pedía a su hermana que se olvidara de él; sumidas en un mar de dudas, se encontraban Matilde y la propia Francesca, más preocupadas por el devenir y la grave situación en la que se encontraba el país.

—¿Qué será de nosotras? —repetía Francesca una y otra vez, sin caer en la cuenta de que esa cuestión implicaba que su decisión ya estaba tomada.

Por otro lado, Vania no comprendía que su hermana se estuviera planteando su relación con Guido. Para ella era una oportunidad irrechazable del que además dependía el futuro más inmediato de su familia. ¿No era eso un acto de extremo egoísmo? ¿Es que ni Lucrecia ni su madre lo veían? Vania estaba frenética, totalmente fuera de sí.

—Dios le da pan a quien no tiene boca —gritaba.

La situación en la casa de los Rinaldi estaba a punto de desbordarse. Matilde procuró mediar con Guido. Le dijo que Francesca estaba confundida, pero que sus sentimientos hacia él seguían siendo los mismos que cuando aceptó el compromiso. Guido fue educado con Matilde, pero él justificó su decisión haciendo alusión a lo paciente y comprensivo que se había mostrado en los últimos años.

Ante la indecisión de Francesca, madre e hijas se reunieron. El futuro de ellas estaba en entredicho y la decisión personal de Francesca había dejado de serlo al estar implicadas tanto su madre como sus hermanas. Así, las cuatro se sentaron junto a la mesa del salón de la casa cedida por Donato y que, años después, Guido estaba a punto de arrebatarles.

—Antes de que empecemos me gustaría que no perdiéramos la calma en ningún momento —dijo Matilde, que se comportaba con una desconcertante tranquilidad.

—Francesca debería cumplir con su palabra —expresó Vania de repente, mirando duramente a su hermana. Lucrecia intervino.

—No debería casarse si no quiere.

Vania cruzó los brazos.

—Por esa razón nos da la patada. No cumplimos nuestra palabra.

Enseguida las dos hermanas se enzarzaron en una discusión mientras Francesca y Matilde se mantenían en un segundo plano. La joven miró a su madre y, a través de los gritos y los aspavientos de sus hermanas, movió la cabeza de un lado a otro. Con ese tímido gesto había dejado claro que no quería casarse con Guido. Matilde respiró hondo y estrechó sus manos entre las suyas.

—No te preocupes. Saldremos adelante. —El susurro de Matilde fue suficiente para que Lucrecia y Vania dejaran de discutir y la miraran fijamente, conscientes de que la decisión ya estaba tomada.

—Yo no quería esto —dijo Francesca con lágrimas en los ojos. Su madre se acercó a ella y la abrazó con fuerza mientras besaba su frente. Cuando sus labios rozaron su piel la sintió febril, señal de lo mucho que estaba sufriendo su hija.

—¡Esto es increíble! —dijo Vania golpeando la mesa y levantándose bruscamente.

Apenas se alejó un poco comenzó a llorar, sacudida por un temblor nervioso. Estaba asustada. Matilde sabía que su mundo volvía a derrumbarse de nuevo. Las desgracias habían sido las grandes impulsoras de su juventud. Desde la muerte de su padre a la propia guerra. Todo aquel sufrimiento había modelado su carácter. Matilde no podía culparla del tipo de mujer en que se estaba convirtiendo.

—Estoy contigo, Francesca. Mamá tiene razón. Juntas saldremos adelante —habló Lucrecia.

Matilde asintió.

—La decisión está tomada entonces. Recojan sus cosas lo antes posible. Tengamos el orgullo suficiente para marcharnos antes de que el señor Costa nos lo exija.

«El señor Costa. En apenas dos semanas Guido se ha convertido en el señor Costa», pensó Francesca. La angustia le atenazaba el pecho.

—¿A dónde iremos? —preguntó Vania conteniendo un sollozo.

—Supongo que ahora es el momento de que yo sea sincera con ustedes.

Las palabras de Matilde despertaron la curiosidad de sus hijas. ¿A qué se refería?



Matilde se enorgullecía de conocer muy bien a sus hijas, quizás más incluso de lo que ellas podían pensar. Siempre consideraron a su padre como una persona observadora, analítica y racional. Sus ideales políticos ayudaron también a conformar esa imagen de él, lo que provocó que ellas la vieran siempre como la parte sentimental y cálida. Matilde interpretó bien este papel, pero tras el fallecimiento de su marido, movida por la necesidad, se transformó en una mujer totalmente diferente. Renato Pugliese fue el primero en topar con esa nueva versión de Matilde, que distaba mucho de la que él conoció años antes. Ella optó por no dejarse llevar por el tradicionalismo exacerbado y fanatismo de su cuñada Virgilia. Mientras esta rezaba o clamaba al cielo, Matilde aprendía, observaba y llegaba a nuevas conclusiones, las cuales, a su vez, le permitían hacerse una mejor idea de la realidad en la que les había tocado vivir.

Por todo ello, cuando se enteró del ultimátum que Guido le había dado a su hija y la miró fijamente a los ojos, supo que ella ya había tomado la decisión. También supuso que Lucrecia la apoyaría y que Vania reaccionaría como un basilisco. Eso entraba dentro de lo esperado. Así fue como se lo comentó a Renato días después del ultimátum de Guido.

—Era de esperar. Guido debía estar muy enamorado de Francesca para mostrarse tan paciente —dijo Matilde mientras paseaba con Renato. Este le había insistido para que visitara su

nueva casa en Sorrento, algo que hizo a medias, ya que apenas entró para evitar las habladurías de los vecinos. Quien más quien menos sabía que ella era viuda y Renato soltero—. Todo tiene un límite.

Este la escuchó atentamente y se preocupó ante la situación en la que se encontraba Matilde y sus hijas. Sin embargo, de inmediato una posible solución acudió a su cabeza, brillando como un faro en una noche tempestuosa.

—¿Estás convencida de la decisión de Francesca? Puede que debas apelar a la responsabilidad de tu hija.

Matilde suspiró.

—No voy a obligar a mi hija a casarse con nadie y tampoco la voy a utilizar como moneda de cambio para asegurar mi futuro.

La entereza encandiló a Renato, que no dejaba de sorprenderse de la fuerza que irradiaba aquella mujer.

—Eso significa que dentro de poco no tendrán casa; ni siquiera un techo donde cobijarse.

—He hablado con varias vecinas. Dicen que cerca de Preazzano hay varias casas abandonadas y también en Nápoles, por los muertos debido a los bombardeos. Sé que no es lo más honorable que voy a hacer en mi vida, pero es lo que toca.

Renato se mostró consternado por las palabras de Matilde. No había peor momento para subsistir. El país sufría ya el esfuerzo de guerra y el hambre y la ruina se propagaban como la peste. A esto se sumaba el miedo, la incertidumbre, las represalias del gobierno, las familias rotas. El caldo de cultivo que se estaba originando incitaba a pensar que se aproximaba el desastre.

—Lo siento mucho, Matilde, pero no voy a permitir que malvivan de esa manera. Sería un impresentable si lo permitiera; sería como Guido o ese napolitano estúpido.

Ambos se detuvieron y se observaron en silencio. Eran dos figuras solitarias bajo el apacible sol de la mañana.

—Te lo agradezco, Renato, pero…

—¡Vivan conmigo! Nos inventaremos que somos parientes o lo que sea necesario para evitar las habladurías de la gente —dijo Renato exaltado.

El rostro de Matilde enrojeció.

—¿Cómo puedes proponer algo así? Mis hijas y yo quedaremos señaladas para siempre.

Renato suspiró decepcionado y después miró fijamente a Matilde.

—Cásate conmigo —dijo el calabrés con decisión.

—Has enloquecido.

Matilde retomó la marcha, pero Renato se interpuso.

—Nunca he estado tan cuerdo. No quiero aprovecharme de su situación ni sacar rédito de ningún tipo. Quiero ayudarte y si para ello nos tenemos que casar, que así sea.

—El sacramento del matrimonio…

—¡No hables como Virgilia! —la interrumpió Renato, arrepintiéndose al instante de haberle gritado—. Lo siento mucho.

Matilde asintió con las primeras lágrimas en sus ojos. Fue entonces cuando el miedo y las dudas se desbordaron en su interior, rompiendo a llorar y buscando el hombro del calabrés como consuelo.

—¿Qué vamos a hacer? —sollozó Matilde. A Renato le partió el alma verla tan desconsolada.

—Por favor, reflexiona acerca de mi propuesta. No te pido nada a cambio. Solo quiero que tus hijas y tú tengan un techo bajo el que dormir. Mi casa es grande y dispondrán de toda la intimidad que necesiten.

Matilde sacó una sonrisa entre sus lágrimas.

—¿Cómo vamos a casarnos, Renato? ¿Cómo se lo tomarán mis hijas? ¡Dios Santo! ¿Qué diría Virgilia? Pensarían que me he vendido, como si me tratara de una cualquiera. No, el remedio podría ser mucho peor que la enfermedad.

Sin esperar ni decir nada, Renato la besó. Matilde tuvo el impulso de alejarse, pero este se desvaneció en apenas un segundo. Sin darse cuenta, cerró los ojos y se dejó llevar por un mar de sensaciones por el que pensaba que jamás navegaría de nuevo. Al separar sus labios, se miraron durante unos segundos.

—Llevo queriendo hacer esto mucho tiempo, Matilde.

Ella retrocedió un par de pasos. En su interior estallaba un conflicto que escapaba a su control: el amor y el recuerdo de Tiziano

rechazaba los sentimientos que había sentido al besarse con Renato. De repente, fue consciente de lo que el calabrés se había convertido para ella, de las muchas conversaciones que habían mantenido y eso le provocó un vértigo terrible.

—No puede ser. Es una locura. Me marcho.

El calabrés corrió tras ella.

—Perdóname. He sido un estúpido. Me he dejado llevar.

—¡Por eso querías casarte! ¡Para poseerme cuanto quisieras! No sé cómo no me he dado cuenta —exclamó Matilde.

Renato estaba desconcertado, pero no estaba dispuesto a que Matilde se marchara con esa opinión de él. Intentó cortarle el paso, pero todo lo que consiguió fue tropezar y caer de bruces. Fue tan brusco, que incluso Matilde hizo el amago de preocuparse por él, aunque se arrepintió en el último segundo.

—¡Matilde! —gritó Renato incorporándose. Su traje estaba repleto de hojas secas y demás suciedad. Ella lo ignoró y continuó su camino—. Iré contigo hasta la finca.

—¡No te atrevas!

—Pues detente para que podamos hablar.

Matilde se detuvo y se giró hacia el calabrés. El sombrero ladeado le daba un aspecto cómico.

—Di lo que tengas que decir. —Su repentino cambio de actitud estaba causado únicamente por ese miedo a sentir, por lo que significaba para ella entregarse a otro hombre que no fuera Tiziano. Cuando él murió, Matilde se convenció de que el amor y la pasión se habían marchado con él. Pero Renato le acababa de demostrar que no era así; el mismo hombre que se había ofrecido a casarse con ella para que pudieran disponer de un techo.

—No esconderé mis sentimientos por ti, Matilde. El respeto y el duelo por tu marido me hicieron mostrarme cauto, pero llevo callado muchos años. Uno se cree el amo del mundo, pero no elige sus sentimientos y estos pueden hacerle sentir el hombre más desgraciado del planeta. Quiero dejar claro que el matrimonio entre ambos no implicará nada más; nuestra relación seguirá siendo la misma, si eso es lo que te preocupa. Lo más importante es que no se queden desamparadas.

Matilde asintió y, en silencio, aguardó las ganas de volver a besarlo. El calabrés le había hablado con el corazón, postrándose ante ella. Se merecía que al menos se replanteara su propuesta, aunque le pareciera descabellada.

—Me lo pensaré en estos días.

—Conozco a un sacerdote. En un día lo podemos tener todo organizado.

Durante los dos días siguientes, Matilde vivió en una reflexión continua. Sus hijas pensaron que el motivo de su silencio no era otro que la preocupación por la decisión que pudiera tomar Francesca, pero, aunque era así, era la propuesta de Renato lo que ocupaba sus pensamientos. ¿Qué sentía por él? No lo tenía del todo claro. Cuando evocaba el beso sentía cómo la piel se le erizaba.

Cuando se vio preparada, fue en busca de Renato. Había sopesado todas las opciones y también hablado una vez más con Francesca para ver si había cambiado su opinión respecto a Guido, lo cual no se había producido. Eso significaba que muy pronto deberían marcharse de la finca de los Costa.

—Mi hija no va a aceptar la propuesta de Guido. No me lo ha dicho abiertamente, pero sé que es así. Yo tampoco quiero que mi hija se case de esa manera.

Renato asintió. En ese sentido, estaba de acuerdo con Matilde.

—¿Entonces?

—Nos marcharemos de allí. Creo que Guido espera que Francesca acepte. Si ha sido tan rastrero de utilizarnos, pensará que la obligaremos a aceptar. Pero nada más lejos de la realidad.

Renato se mostró paciente y la dejó hablar. Lo último que deseaba era que Matilde se sintiera tan acorralada como su hija. En el fondo comprendía cómo podía sentirse y no quería perderla, pasara lo que pasara.

—Decidas lo que decidas, te apoyaré. La última vez mencionaste varias casas de Preazzano. Puedo acompañarlas si lo deseas. Quizás podamos llegar a algún tipo de acuerdo para que les alquilen una de las casas.

En los labios de Matilde se dibujó una sonrisa.

—¿Aún sigue en pie tu oferta?

Renato asintió en silencio. En esta ocasión fue Matilde la que avanzó y lo besó delicadamente en los labios.



Matilde les contó a sus hijas su relación a escondidas con el calabrés, si bien matizó o se inventó lo que consideró necesario para que sus hijas comprendieran lo sucedido. Por ello hizo hincapié en los muchos meses en los que estuvo viéndose con Renato, en cómo se había convertido en una persona muy importante para ella. Sin embargo, todo esto quedó en un segundo plano cuando Matilde les dio la noticia, la consecuencia última: su matrimonio con Renato Pugliese.

Las tres hermanas se miraron como si su madre hubiera perdido el juicio.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Lucrecia pese a que lo dicho por su madre no daba pie a dobles sentidos.

—Voy a casarme con Renato Pugliese. Puede que mañana o pasado, todavía no lo sé.

Francesca se incorporó y comenzó a pasear asiéndose el rostro.

—Pero todo lo que nos has contado… quiero decir… ¿Cuándo nos lo ibas a contar? —dijo Vania.

Matilde cogió aire.

—Me temo que los últimos acontecimientos han forzado las cosas. Después de la boda nos instalaremos en la casa de Renato, en la que adquirió en Sorrento.

Francesca tuvo que apoyarse en la pared para evitar caer al suelo. Le fallaban las fuerzas. Su madre no quería que ella se casase con Guido para evitar que las echaran, pero a ella no le había temblado el pulso para hacer exactamente lo mismo.

—Me casaré con Guido —afirmó.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Matilde.

—¡Que no hubiera dado su palabra! —exclamó Vania.

Lucrecia se puso en pie.

—La única verdad es que ninguna debería casarse. Hemos trabajado mucho. Sabemos cómo ganarnos la vida; saldremos adelante.

Matilde procuró calmar la situación. Sin duda, Francesca era la que estaba más afectada. Se sentía culpable de que su madre pudiera acabar en los brazos de Renato sin quererlo.

—¡Silencio! —gritó—. Sé lo que piensan, pero están equivocadas. Renato es un hombre atento que se ha preocupado por nosotras desde que llegamos; nos ayudó con la tienda, nos ayudó con el licor y ahora simplemente no quiere vernos como unas desamparadas. No disponemos de dinero suficiente para comprar una casa y la situación está muy complicada con la guerra, probablemente vaya a peor.

Vania y Francesca callaron, pero Lucrecia se quedó mirando fijamente a su madre.

—¿Por qué no nos dices la verdad?

Matilde se sorprendió de que las palabras de su hija fuesen tan certeras. En el fondo, ella sabía que todo lo que les había contado a sus hijas no era más que un extenso rodeo que le libraba de afirmar que se había enamorado de Renato, que había sido consciente de sus sentimientos cuando él la besó por primera vez y que sentía remordimientos respecto a Tiziano. ¿Cómo iba a reunir el valor para hablarle con tanta claridad a sus hijas? El destino había esperado el momento idóneo para que ella tomara una decisión.

—No es fácil, Lucrecia.

Sus hijas se alertaron tras la respuesta y ver las primeras lágrimas en los ojos de su madre.

—El amor por su padre nunca desaparecerá. No es comparable ni me olvidaré de él jamás. —Después de esto, Lucrecia y Francesca se echaron a los brazos de su madre, sumidas en un llanto de emoción compartido y sincero.

Jamás hubieran podido imaginar que la vida les tuviera deparadas un ramillete de sorpresas que no solo iban a alterar sus vidas para siempre, sino que iban a poner en evidencia su concepción del mundo. No obstante, Vania se mantuvo alejada, en silencio, como si necesitara tiempo para asimilar lo ocurrido.

—Estamos contigo, mamá —dijo Lucrecia. Francesca estaba tan emocionada que no podía hablar.

—No lo entiendo —susurró Vania.

—En un par de años lo harás —señaló Lucrecia. Su hermana la miró con los ojos centelleantes de indignación.

—¿Qué comprenderé? ¿La hipocresía de mamá o la falta de palabra de Francesca? Me da igual lo que diga mamá, si no fuera por la negativa de Francesca, ella no hubiera aceptado casarse con ese oportunista.

—¡Vania! —exclamó Matilde—. No te consiento que hables de esa manera.

—La verdad es molesta, ¿no es…?

La bofetada de Matilde a Vania pilló a todas por sorpresa. Esta se revolvió de inmediato, herida en su orgullo.

—Puedes pegarme cuanto quieras. Eso no cambiará nada.

Lucrecia intervino y consiguió llevarse a su hermana para que la situación no fuera a más. Demasiadas emociones en muy poco tiempo. Matilde y Francesca se quedaron a solas. Ambas procuraban calmarse y cesar en su llanto, pero el torrente de pensamientos que pasaba por su cabeza conseguía el efecto contrario.

—Dime la verdad, mamá. Ahora que estamos solas. No saldrá de aquí —dijo Francesca. Matilde la miró con ternura.

—Lo que siento por Renato es cierto. Quizás si la situación hubiese sido otra, no habría aceptado casarme con él. En ocasiones la vida nos sitúa en encrucijadas en las que tomar una decisión puede resultar más doloroso que aquello que hemos decidido. Parece difícil de comprender, pero es así. Lo que quiero que te quede claro es que me fío mil veces más de Renato que de Guido.

Francesca le agradeció la sinceridad. Por un momento estuvo cerca de contarle que la razón por la que no se casaba con Guido era Enzo; que lo amaba con todo su corazón y que estaba dispuesta a esperar años hasta que él regresara. Esa misma noche, Francesca escribió una nueva carta para Enzo, sin saber que esa y todas las que les escribió después no iban a llegar a su destino. Enzo no iba a leer más cartas, aunque las que él escribió sí que llegaron, con evidente retraso, a la casa de Santina Parisi.

Las Rinaldi abandonaron la residencia de los Costa apenas un rato después de dar la noticia de que Matilde iba a contraer matrimonio con Renato Pugliese. Igualmente, el compromiso entre Francesca y Guido quedó extinto desde entonces.

Capítulo 38

NOVIEMBRE DE 1942

El soldado cogió aire y se asomó lo necesario para ver qué distancia le separaba desde su posición hasta el inicio de un conjunto de casas derruidas que se extendían a lo largo de un centenar de metros. Tan solo tenía que correr hasta allí, donde los escombros y las paredes que todavía en pie le servirían como cobertura. Una vez consiguiera alejarse lo suficiente, quedaría a salvo del fuego enemigo y se enfocaría en dirigirse hacia el oeste; lejos de las tropas soviéticas.

Enzo, que estaba sentado en la trinchera, enterrado bajo un montón de chaquetas y abrigos que les habían quitado a sus compañeros fallecidos, lo observaba. Hacía ya muchos días que sus cuerpos desnudos y congelados habían quedado sepultados por la nieve. De los treinta hombres que tenía bajo su mando, no quedaban más que cinco y, por lo que estaba viendo, uno de ellos estaba a punto de desertar.

El soldado, un joven llamado Giuseppe, sacó una vieja fotografía y la besó. Eran sus padres y sus dos hermanos pequeños. Se la había enseñado a Enzo en más de una ocasión.

—Lo siento, mi sargento —dijo Giuseppe antes de encaramarse por la pared de la trinchera y correr a toda velocidad hacia el grupo de casas. Enzo no se inmutó, tan solo esperó el final. Segundos después, resonaron dos tiros en el silencio y el sonido de un cuerpo cayendo sobre el hielo. Si Giuseppe no había tenido la fortuna de fallecer, se desangraría o lo mataría el frío. Quedaban cuatro hombres, los cuales debían defender una extensión de cientos de metros. Los rusos lo sabían, pero aun así aguardaban.

El capitán Barbieri, poco antes de fallecer a causa de las heridas ocasionadas por el frío, le dijo que los rusos estaban acumulando un considerable número de tropas al otro lado.

—Aquí solo hay muerte, Enzo. Lo saben. Todos lo saben, pero nos dejarán aquí para que muramos.

Enzo se guardó para sí aquel desolador mensaje y lo digirió como pudo. Llevaba varias semanas pasando hambre, sed y frío. Pese a que la nieve lo cubría todo, no podían hacer hogueras para derretirla. Además, el frío convertía la nieve en un hielo casi indestructible.

—Ya está descansando —dijo Matta, el único de sus amigos que todavía quedaba con vida. Él había intentado huir, pero lo alcanzaron en el brazo antes de que echara a correr. Darío Conti falleció a finales de octubre tras un bombardeo soviético.

Enzo permaneció en silencio. Apoyado sobre la pared de tierra y hielo, su mirada estaba fija en el oeste. No hacía mucho tiempo que escribía cartas jactándose de que los rusos estaban prácticamente derrotados y afirmando que para Navidad regresaría a Sorrento. ¿Cuántas veces se lo prometió a Francesca? Los dientes le rechinaban de rabia al recordar cómo le había pedido que pusiera fin al compromiso con su primo Guido. Los celos, aun a tanta distancia y a las fauces de la más terrible de las muertes, seguían prendiendo en su interior. ¿Qué perdía por levantarse y huir corriendo? Quizás él tuviera la suerte que no habían tenido la mayoría de sus hombres.

Matta, a su lado, leyó sus pensamientos en la mirada. Se quitó el cigarro de los labios y le ofreció a Enzo. El aire caliente en los pulmones era un placer en aquellos días fríos y Enzo dio una calada con decisión, dejando el humo en su interior.

—Lo estás pensando, ¿verdad? El oeste.

Enzo asintió sin dejar de mirar hacia el horizonte.

—Podemos morir aquí o mientras regresamos a casa. No tiene sentido que un grupo de hombres estemos defendiendo un frente de centenares de metros.

Matta sacó otro cigarrillo. Casi lo único que no escaseaba en el frente, ya que se los quitaban a los muertos.

—Nos acusarán de traición. Tanto los nuestros como los alemanes.

Los otros dos soldados se acercaron. Eran como fantasmas famélicos cubiertos de abrigos. De alguna manera, los que habían sobrevivido intuían lo que pasaba por la cabeza de sus compañeros.

Después de tanto sufrimiento y tanta muerte, solo se tenían a ellos mismos.

—Una división de los rumanos ha desertado, un poco más al sur. Dicen que los soviéticos les están bombardeando sin parar —contó uno de los soldados. Estaba tan delgado que se asimilaba más a un adolescente que a un adulto.

—El frente se desmorona —dijo Matta—. Esto va a ser una carnicería.

—Al menos no estamos atrapados en Stalingrado. La ciudad se ha convertido en una tumba —añadió Enzo.

Los cuatro sabían que la decisión ya estaba tomada. Tan solo tenían que esperar que Enzo diera la orden. Su sargento había cuidado de ellos en todo momento y el respeto que había fraguado en ellos era muy profundo.

—Abandonar nuestra posición nos convertirá en desertores. Si nos atrapan nos fusilarán de inmediato —señaló Enzo.

—Aquí ya estamos muertos, mi sargento —afirmó uno de los soldados. Enzo le dedicó una sonrisa.

—Esperaremos hasta que anochezca. Entonces, emprenderemos el camino a casa —dijo Enzo. Todos de acuerdo, observaron con más tensión que otros días las posiciones enemigas. Veían a los rusos, equipados con esos abrigos blancos con los que se camuflaban fácilmente en la nieve. Estaban ahí, preparados, esperando una señal para abalanzarse sobre ellos.

Sin embargo, la noche llegó envuelta en una calma absoluta. A lo lejos resonaban los estampidos sordos de los disparos y de las explosiones. En algún sector del frente se combatía o quizás el miedo provocaba que los soldados vaciaran sus cargadores, disparando a sombras o a resquicios oscuros. De hecho, los rusos se aprovechaban de ello. Una vez entrada la noche, para impedir el descanso del enemigo, disparaban varias veces, provocando que los otros disparasen como locos, cegados en la oscuridad, contra un enemigo invisible que recibía pasivamente los disparos. De esta manera, los rusos convertían la noche en un tormento para sus contrincantes. Pero esa noche, por suerte, ningún ruso disparó en el sector que defendían Enzo y sus hombres.

Hicieron acopio de munición y alimentos —ambos escasos— y salieron de sus posiciones arrastrándose, en silencio, amparados por la oscuridad. El primer paso era llegar hasta las casas en ruinas, donde podrían incorporarse y alejarse lo más rápidamente del frente. Mientras se arrastraban, pasaron junto al cadáver, ya congelado, de Giuseppe.

—Descansa, hermano —susurró Matta.

Enzo iba a la cola del grupo. Pese a la oscuridad, comenzaba a vislumbrar los escombros de las casas. Estaban a pocos metros, pero entonces los rusos jugaron una de sus artimañas para mantenerlos en tensión constante. Una bengala de color rojizo iluminó la noche y las siluetas de los cuatro arrastrándose por la nieve quedó revelada al instante. Los gritos rusos fueron el preludio de los disparos. Tenían que correr para salvar sus vidas.

Fueron momentos confusos. La bengala se extinguió y los destellos de los disparos salpicaron la oscuridad. Todo saltaba por los aires, pero los escombros de las casas estaban ahí mismo. Justo cuando Enzo se puso a cubierto, advirtió que su amigo estaba malherido sobre el suelo.

—¡Vete, estúpido! —gritó el milanés.

Enzo intentó llegar hasta él, pero una nueva bengala reveló sus posiciones y los disparos se tornaron certeros.

—¡Vámonos! —gritó uno de los soldados antes de que una bala le atravesase el casco y cayese al suelo sin vida. Enzo se agachó para protegerse tras un muro.

Matta, con un gesto de dolor, se estiró para alcanzar su fusil.

—¡Estoy muerto, joder! ¡Sálvese, mi sargento! —dijo con dolorosa ironía. Después, con un último esfuerzo, apuntó el fusil hacia el lado de los rusos y comenzó a disparar. Apenas pudo disparar tres veces antes de que los rusos se ensañaran con él. Fue entonces cuando Enzo se alejó de allí a toda prisa. Pronto el fulgor de los disparos quedó atrás y la oscuridad volvió a apoderarse de cuanto veían sus ojos. Pero a él no le importaba. La oscuridad era su aliada y en ella se sumergió para desaparecer.

Capítulo 39

ENERO DE 1943

Matilde cerró la ventana y echó las cortinas, ignorando el sinsentido.

—¡Al sótano! ¡Vamos! —dijo Renato después de abrir un portón de madera que se hallaba prácticamente oculto en el suelo del salón. De allí salió un denso olor a humedad y a tierra. Vania movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Jamás! ¡Está lleno de ratas! —gritó la joven. Su temor por los roedores superaba al de los aviones británicos que, en ese mismo instante, bombardeaban la ciudad de Nápoles.

—¡Déjate de niñerías! —espetó su hermana Lucrecia mientras la sujetaba del brazo y bajaba con ella los primeros escalones. Vania se resistió en un primer momento, pero el lejano sonido de las explosiones terminó de convencerla. Francesca iba tras ellas cargando con una cesta de mimbre en la que había puesto varios pedazos de queso y embutido. No hacía muchos días pasaron más de cinco horas escondidas. Quién sabe cuánto tiempo estarían. Matilde siguió a sus hijas, las cuales se afanaban en encender las velas que había repartidas por el sótano. Este era una amplia estancia cavada en la roca hacía cientos o quizás miles de años. Renato les había contado que posiblemente fuera cavada por los primeros cristianos allá por el Imperio romano.

—Los cristianos de la época tenían que esconderse para llevar a cabo sus ritos o para enterrar a sus muertos —les había contado el calabrés. Sin embargo, Matilde le recomendó que no diera más detalles para no asustar a sus hijas. Pero esta tímida introducción fue suficiente para que Vania mirara aquellas paredes oscuras con recelo y pavor, especialmente hacia una especie de corredor que avanzaba unos pocos metros antes de terminar bruscamente por culpa de un derrumbamiento.

—Los vecinos dicen que ese pasillo lleva a todo un intrincado de salas y galerías —les comentaba Renato.

Pero todo eso importaba poco. Los bombardeos ingleses se habían recrudecido desde principio de mes, cebándose con la ciudad de Nápoles y los rumores de un posible ataque aliado en territorio italiano sonaban cada vez con más fuerza. Además, Renato les había contado que la situación de los alemanes en Rusia era crítica.

—Ya le pasó a Napoleón. El mejor soldado de Rusia es el invierno —le explicaba Renato.

En otras circunstancias, Lucrecia le habría replicado añadiendo la firme voluntad del pueblo soviético como elemento primordial en la resistencia a la invasión alemana, poniendo sobre la mesa una amplia exposición de sus pensamientos. Incluso Renato la miró esperando su intervención, pero esta no dijo nada; ni siquiera parecía estar escuchando. Todas sus energías estaban centradas en averiguar dónde se encontraba Bianca. Mauro le había contado que se había alistado a la brigada Garibaldi bajo el nombre de Artemisa, pero eso tampoco le permitía ir preguntando libremente por ahí, pues podía meterse en problemas. Los sabotajes contra el gobierno del *Duce* se habían incrementado de manera exponencial y el descontento comenzaba a estar patente en el día a día. No eran pocos los que decían abiertamente que Mussolini les había metido en una guerra innecesaria que solo les había traído muerte y penurias. Esto le recordó a Bianca una vez más. ¿Pudo hacer algo por evitar su marcha?

Matilde abrió una de las pequeñas ventanas que había en el sótano, una pequeña abertura que daba a una superficie escarpada que conformaba un pequeño barranco. Desde allí podía verse el mar y parte de la ciudad de Nápoles, que en esos momentos se desangraba en grandes columnas de humo mientras los aviones británicos revoloteaban como mosquitos sedientos.

No salieron hasta bien entrada la noche, tras asegurarse de que todo había acabado. Después fueron a la terraza y observaron en silencio como había partes de la ciudad que seguían en llamas.

—Esto es un sinsentido —consoló Renato a Matilde, que lloraba desconsolada.

—¿Cuántos habrán muerto? —preguntó Francesca.

—Esperemos que les avisaran a tiempo —dijo el calabrés—. Hemos tenido la desgracia de acostumbrarnos a los bombardeos e incluso podemos oír los aviones en la lejanía. Seguro que muchos se habrán puesto a salvo.

Matilde sonrió al ver cómo Renato trataba de tranquilizar a sus hijas. Una parte de ella estaba preocupada a cómo reaccionarían ellas al convivir con él. De alguna manera podrían sentir que estaba sustituyendo a su padre y quisieran rechazarlo, pero Matilde no contó con la astucia de su ahora marido. Este se mostró comedido, en ocasiones buscaba la conversación, pero no la forzaba ni tampoco trató de ganar el aprecio de las jóvenes con regalos o favores. Se mostraba predispuesto, pero no desesperado ni insistente. Francesca fue la primera en establecer una relación de más confianza, seguida de Lucrecia. Solo Vania expresaba en ocasiones su malestar y su deseo por regresar a la finca de los Costa, pero su madre confió en que el paso del tiempo acabara por modelar la actitud de la joven.

A la mañana siguiente, apenas salió el sol, Francesca se dirigió a la casa de Santina. Quería comprobar cómo se encontraba después del bombardeo. En los últimos meses su salud se había resentido bastante y cualquier acontecimiento le causaba mareos e incluso desvanecimientos. Pero, más allá de la salud de la anciana, Francesca todavía guardaba la esperanza de que hubiera llegado alguna carta de Enzo. No había recibido ninguna desde octubre.

Al llegar, encontró a la anciana tejiendo junto a un escuálido fuego. Le pidió disculpas por no levantarse a recibirla.

—La humedad se ceba con mis rodillas.

Francesca le dijo que no se preocupara y que iría de inmediato en busca de más leña. Sin perder ni un segundo, salió y comprobó con frustración que el cobertizo de leña de Santina estaba vacío. Por suerte, la anciana le dijo que tenía un hacha escondida en la cocina y con ella fue a picar algo de leña. El frío desapareció al poco, mientras partía una gruesa rama que el viento debía haber arrancado hacía ya algún tiempo. En un primer momento dudó de poder quebrar la madera, pero su motivación aumentó a medida que veía como el hacha se clavaba cada vez más y más. Pasado un rato, las primeras gotas de sudor bajaron por su frente. Estaba tan

inmersa en su labor que no se fijó que Santina la observaba desde la ventana más cercana, apoyada en el alféizar con una agradecida sonrisa.

—¿Se ha podido levantar finalmente? —preguntó Francesca.

—Tendrás que recuperar fuerzas después de tanto trabajo. Cada una hacemos lo que nos es posible.

Francesca asintió y se quedó mirando a la anciana. Antes, cuando llegó, no quiso preguntar por las cartas de Enzo, pues no quería parecer interesada, pero Santina pareció adivinar su pensamiento.

—No he recibido nada, Francesca.

La joven asintió y volvió a lanzar el hacha contra la madera.



Un rato más tarde, Vania tomaba el mismo camino que su hermana había tomado antes, aunque ella pasaría de largo la casa de Santina y continuaría hasta la finca de los Costa. Al igual que Francesca, Vania quería saber si había llegado alguna carta de Enzo.

Sin embargo, las dos hermanas se encontraron en el camino y se observaron con recelo.

—¿Cómo está la anciana? —preguntó Vania con cierto desdén.

—Los bombardeos la ponen muy nerviosa —contestó Francesca mirando a su hermana de arriba abajo—. ¿A dónde vas?

Vania hizo un ademán hacia la dirección en la que se encontraba la residencia de los Costa. Lo hizo con un alarde de superioridad que causó repulsa en Francesca. ¿Por qué su hermana continuaba visitando a Guido y Pietro?

—¿Quieres que le diga algo a Guido de tu parte? —preguntó Vania.

Francesca respiró hondo para mantener la calma.

—Me es suficiente con que me confirmes después que se encuentran todos bien. Saluda a la tita Virgilia de mi parte —dijo antes de reemprender la marcha. Vania la observó con una sonrisa y siguió su camino.

Esta era consciente de que era probable que Enzo hubiera fallecido, pero, aunque le ocasionaba una profunda tristeza, el saber que su hermana tampoco lo volvería a ver equiparaba la balanza.

Entró en la residencia de los Costa y aceleró el paso para escapar del aire frío que soplaba con fuerza. Algunas nubes, o quizás todavía el humo y el polvo del bombardeo, teñían el día de gris, como si en el cielo se alzara un sol famélico. La dejadez había asolado los limoneros que se mostraban sin podar, grotescos como torpes monstruos al son del viento.

—Buenos días, Vania —saludó Virgilia en cuanto vio a su sobrina.

—Buenos días.

—¿Se encuentran bien? Pensaba visitarles esta misma tarde.

—Todas las bombas cayeron en Nápoles.

Virgilia cruzó sus manos como si se dispusiera a rezar.

—¡Santa Madre de Dios! ¡Cuánto sufrimiento! ¡Cuántas almas inocentes arrebatadas de manera cruel!

Sin que ellas lo supieran, Guido salió del despacho en cuanto escuchó la voz de Vania y se acercó lentamente hasta la cocina. Por un instante, desde el pasillo, observó a la pequeña de los Rinaldi. El parecido de Vania a su hermana iba en aumento, aunque, al mismo tiempo, un abismo las separaba. La belleza grácil y perfecta de Francesca era insuperable, como la primera luz del amanecer bañando con dulzura las vidrieras de la catedral de Nápoles. Estos pensamientos le avergonzaron y le hicieron sentirse estúpido. Francesca lo había dejado en la estacada y a medida que pensaba en ello, advertía que era más que probable que ella nunca tuviera la intención de contraer matrimonio. Lo utilizó, lo que sin duda era una muestra más de que él jamás sería como su padre. Sus reflexiones lo llevaron a una insoportable angustia que le hicieron dar unos pasos más.

—Una Rinaldi por aquí. ¿A qué se debe ese honor? —dijo Guido, pese a que las visitas de Vania eran una costumbre.

—Quería saber cómo se encontraban tras el bombardeo —dijo Vania.

—Estamos bien. ¿Y por Sorrento?

—Igual.

—Una buena noticia —manifestó Guido.

—¿Una buena noticia? —exclamó Pietro—. Debe ser la presencia de esta joven.

Enseguida, se acercó a Vania y besó su mano con exagerada cortesía. Virgilia lo miraba con clara indignación, más tras la cara de satisfacción de su sobrina.

—Una buena noticia siempre se merece una celebración, ¿no es cierto? —continuó el napolitano—. ¿Es muy temprano para una copa de vino?

Virgilia estaba a punto de oponerse, pero una mirada de Guido fue suficiente para que guardara silencio y, con resignación, fuera a buscar las copas. En cuanto las tuvieron, los tres se marcharon al despacho de Guido, cerrando la puerta tras ella. Virgilia no podía tolerar que su sobrina estuviera encerrada en una habitación con dos muchachos y en los primeros minutos los interrumpió en un par de ocasiones con las más variopintas excusas, hasta que finalmente Guido le pidió que no les molestara más.

—Cocina bien, pero por Dios si es insistente —comentó Pietro mientras servía el vino.

Vania dio un primer trago que despertó el amargor en su lengua.

—Dime, Vania, ¿cómo les va por Sorrento? He escuchado que Matilde y Renato quieren iniciar de nuevo la producción del licor de limón —preguntó Guido.

Vania dio un nuevo sorbo al vino y Pietro le sirvió un poco más.

—En ello están, pero es complicado con la guerra. Por suerte los negocios de Renato van bien.

Guido dibujó una sonrisa tensa en sus labios. Su desprecio hacia el calabrés desbordaba sus sentidos. Pese a que fue Francesca quien se negó a casarse, Renato apareció al rescate de las Rinaldi, tirando por tierra su amenaza de dejarlas en la calle. A esto se sumaba distintos contratiempos que habían mermado su empresa de transporte. Muchos de sus camiones fueron requisados por el ejército italiano. Pietro le había prometido solucionarlo.

—Buenas noticias… —susurró Guido antes de acabarse la copa de un solo trago.

—¡Vaya! Alguien estaba sediento —dijo Pietro.

—Por cierto, ¿tienen alguna noticia de Enzo? —preguntó Vania. Guido clavó sus ojos en ella.

—No —contestó.

—Después de tanto tiempo sin saber nada de él sería de estúpidos esperar que siga con vida. Los alemanes se desmoronan en el frente ruso y en África. Esto da que pensar. Puede que estén cambiando las tornas —expuso Pietro.

—Eso es lo que pienso yo —dijo Vania. Sin embargo, para Guido sus palabras no pasaron inadvertidas.

Ese *lo que pienso yo* le daba a entender que había alguien en su familia que no pensaba como ella, que todavía albergaba esperanzas de que Enzo continuara su vida.

—¿Quién podría pensar lo contrario?

Vania bebió antes de contestar.

—Mi hermana Francesca —respondió a sabiendas del malestar que podía causarle a Guido.

—Pues no estaría mal que le insistieras en lo contrario. Así lo superará antes.

Continuaron conversando un buen rato, siempre movidos por la hilaridad de Pietro. Al poco el vino comenzó a hacer efecto y las risas coparon el ambiente, al menos por parte de Vania y el napolitano. Sin embargo, Guido se sumió en sus pensamientos, los cuales le iban amargando poco a poco, ensombreciendo su rostro. ¿Necesitaba más pruebas para aceptar que Francesca se había negado a casarse con él por el posible regreso de su primo? Pero no lo entendía. Apenas mostraba interés en las cartas de Enzo, ni lo mencionaba. ¿Estaba fingiendo? ¿Francesca tenía tanta sangre fría para convertir su vida en una mentira y engañar a todos de esa manera? Ella no era así; Vania sí podría hacerlo, pero su hermana no. Algo se le escapaba y eso le enfurecía más todavía.

Angustiado, salió del despacho diciendo que necesitaba tomar el aire, aunque les pidió a Pietro y Vania que se quedaran allí.

—Sigue enamorado de tu hermana —afirmó Pietro cuando se quedaron a solas.

—Mi hermana es una estúpida —dijo Vania animada por el vino —. ¿Qué joven no querría casarse con Guido?

Pietro sonrió y pasó la lengua por sus labios. Después se levantó, se acercó a la chimenea y echó en ella varios troncos pese a que el despacho se encontraba a una temperatura agradable.

—Espero que no te moleste. A veces el vino me da frío.

Vania movió la cabeza de un lado a otro.

—Ahora que lo pienso, puede que fuera Guido el que cometiera un error.

—¿A qué te refieres?

Pietro se acercó a ella, deteniéndose justo detrás.

—Puede que se equivocara de hermana.

Vania enrojeció y agradeció que Pietro no estuviera mirándola a la cara. No obstante, había algo tremendamente poderoso en la sensación de que un hombre la deseara, aunque no fuera más allá que una mera insinuación. Con delicadeza, alzó la mano hasta su hombro y arrastró ligeramente la tela, dejando al descubierto su piel. Casi al mismo momento, escuchó la respiración agitada de Pietro y a sabiendas de que él la estaría observando con sus ojos desbordando deseo, recogió su melena hacia el otro lado.

Sin decir nada, Pietro se inclinó y detuvo sus labios a escasos centímetros del cuello de Vania, que podía sentir su aliento cálido sobre su piel.

—Se equivocó, Vania —susurró Pietro—. La belleza sin pasión es inocua; la belleza escondida se marchita en silencio.

Vania cerró los ojos e inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, mostrando su fino cuello y sus hombros, que eran el preludio de la sensualidad de su pecho. Entonces Pietro posó los labios sobre su piel y la besó con dulzura. La joven se vio arrastrada por un confluir de sensaciones que ahogaron su respiración y la hizo morder sus labios.

—Sé reconocer a una mujer de verdad, Vania.

La joven, fuera de sí, se giró y besó a Pietro.



RENATO, acompañado de Matilde y sus hijas, escuchaban en silencio el último parte de noticias. Los rostros de sorpresa, de preocupación y de esperanza estaban allí representados.

—¿Qué significa esto? —preguntó Matilde una vez terminó el noticiario. El calabrés encendió un cigarrillo y reflexionó antes de contestar.

—Que las cosas van mal, mucho peor de lo que parece. Durante muchos meses no han sido más que rumores, pero la gente ya habla sin miedo. El gobierno del *Duce* se desmorona.

El parte de noticias había informado de que el gobierno italiano había ordenado el regreso de las tropas destinadas en el frente ruso. Las cifras de muertos y heridos superaban la peor de las expectativas. Para Francesca fue un duro golpe, pero también la posibilidad de volver a ver a Enzo si este continuaba con vida. Aun así, no expresó el delicado crepitar de sus esperanzas.

—Esto se suma a la derrota en África. Por primera vez pienso que el *Duce* lo tiene muy complicado. Nos ha llevado a una guerra para la que no estábamos preparados y ahora estamos pagando las consecuencias.

Lucrecia sonrió. Desde la casa de Sorrento le era más fácil comunicarse con socialistas a los que conocía del tiempo en el que la tienda estuvo abierta y las noticias le llegaban con mayor frecuencia. Los partisanos cada vez eran más, contaban con el apoyo de la población y estaban poniendo en problemas al maltrecho ejército italiano. Los problemas del *Duce* no solo provenían del exterior.

—¿Qué te hace gracia, Lucrecia? —preguntó su madre con clara indignación.

—Nada. Solo pensaba.

—Pase lo que pase, son tiempos difíciles. Debemos estar más unidos que nunca —dijo Renato.

La preocupación acerca del futuro más inmediato se convirtió en el día a día de los cinco. Cada vez eran más los rumores que afirmaban que se estaban produciendo revueltas contra Mussolini e incluso combates en las zonas más rurales, donde el poder del gobierno se diluía. En el norte del país era donde se producían la mayoría de incidentes y el relato se iba propagando lentamente,

convirtiéndose en la esperanza de muchos para salir de la penosa situación en la que se encontraban.

Rato después, las tres hermanas salieron para comprobar si alguno de los vecinos necesitaba ayuda tras el bombardeo. Muchos de ellos se habían quedado desamparados después de que sus hijos partieran a la guerra y Matilde insistía mucho para que sus hijas los atendieran. Ella preparaba guisos y sus hijas los repartían entre aquellos que lo necesitasen.

—Ahora que estamos solos me gustaría hablarte de la idea de retomar el licor, Matilde.

—Claro. ¿Cómo lo ves? Según me dijiste es buen momento para adquirir un contrato con los agricultores. Están necesitados de dinero y puede resultarnos beneficioso a largo plazo.

Renato sonrió ante la claridad de ideas de Matilde, aunque se lamentó de que la realidad no fuera siempre tan sencilla.

—Esa es la teoría, pero me temo que, por el momento, toca esperar —dijo el calabrés sintiendo un pellizco en su interior al ver la cara de decepción de Matilde.

—No lo entiendo.

—El caso es que no se trata únicamente de producir el licor. Por mi parte, es un coste perfectamente asumible, pero hablar de la distribución y la posterior venta es un sinsentido. Los bombardeos tienen lugar por todo el país y la ruina se extiende cada día más. No obtendremos los beneficios de años anteriores, si es que ahora lo obtenemos.

Matilde apretó los labios. La explicación del calabrés lo había dejado todo claro.

—Entonces no hay más que hablar. —Sin embargo, Matilde se fijó en que Renato la miraba de una manera extraña, como si estuviera ocultándole algo—. ¿Renato?

Este levantó las manos.

—Vale, me has pillado. Lo que te he dicho es cierto en gran medida, pero puede que sí podamos hacer algo.

—¿El qué? —exclamó Matilde con una sonrisa.

—Se dice que la participación de Italia en la guerra tiene los días contados. De ser así, tendríamos una oportunidad.

—No lo entiendo —dijo Matilde ante la sonrisa misteriosa del calabrés. Este disfrutaba de que sus palabras fueran indescifrables o extremadamente subjetivas.

—Vamos a comenzar la producción del licor. Almacenaremos las botellas en el sótano.

—Pero acabas de decir que no es buen momento —declaró Matilde confusa y asombrada al mismo tiempo.

—Sí, eso es lo que he dicho. Pero de esa manera estaremos preparados para cuando llegue *el* momento. En cuanto Italia firme la paz comenzaremos a vender.

Fuera de sí, Matilde se lanzó a los brazos de Renato, desbordante de alegría. La intención de aquel hombre parecía no ser otra que verla con una sonrisa en los labios. Por un instante, estuvo a punto de decirle que lo amaba, sin embargo, algo en su interior atrapó esas palabras, llevándolas hasta el recuerdo de Tiziano.

—Lo haremos juntos, Matilde.

CAPÍTULO 40

MARZO DE 1943

Francesca cogió aire con todas sus fuerzas y clavó la pala en una pila de escombros que tenía frente a ella. Intentó levantar el enorme cascote, pero finalmente tuvo que desistir y sacar la pala del montón.

—Deja los trozos más grandes para los muchachos —le dijo su madre señalando al grupo de jóvenes que trabajaban un poco más allá, en los restos de una casa derruida. Francesca asintió y volvió a enfrentarse a la montaña de escombros. El sonido de las cientos de palas se asimilaba a los pasos de un ciempiés gigantesco.

—¿Terminaremos de despejar la calle antes de que anochezca? —preguntó Francesca mientras las gotas de sudor se escurrían por su nariz.

—Si no tenemos más interrupciones lo haremos sin problemas —aseguró Matilde, a la que le estaba pasando factura el pesado trabajo.

Los bombardeos sobre Nápoles se habían recrudecido en las últimas semanas y el nivel de destrucción de la ciudad era ya notorio. Pero los daños, la falta de mano de obra y las insurrecciones había obligado al gobierno del *Duce* a tomar la decisión de imponer el trabajo obligatorio para todas las mujeres de Italia. Una medida más que demostraba la decadencia en la que se estaba sumiendo al país. Por otro lado, los ataques aliados eran continuos y daba la sensación de que el ejército italiano no podía hacer nada al respecto.

—¿Qué sentido tiene limpiar todo esto cuando esos cerdos volverán a bombardearnos dentro de un rato? —exclamó Vania.

Pietro había prometido conseguirle un documento especial para librarse de la obligación de limpiar las calles de escombros, pero hasta que llegara ese momento, no le quedaba más remedio que mancharse las manos de polvo.

—Hay muertos, Vania. Cállate de una vez y muestra más respeto —dijo Lucrecia.

En ese instante, a modo de cruel casualidad, una mujer que retiraba escombros no muy lejos de donde se encontraban las Rinaldi, comenzó a gritar. Todos cesaron de cavar y el silencio abrazó por completo los gritos desesperados de la mujer.

—Oh, Dios, están muertos. ¡Están muertos! —gritaba con un tono estridente y desgarrador.

Rápidamente, un grupo conformado por un médico y sus asistentes se desplazó hacia allí. No eran pocos los que habían aparecido con vida bajo los escombros, a salvo en pequeñas bolsas de aire. Al mismo tiempo, se organizó una fila para retirar las piedras de la zona de la manera más rápida posible.

—Es el doctor Lombardi —dijo Francesca cuando vio al anciano encaramado en la cima de unos escombros. Estaba extremadamente delgado y su rostro parecía estar siendo devorado por su gruesa barba. Madre e hijas se juntaron.

El médico, con evidente dificultad, se agachó y observó el lugar en el que la mujer había realizado el macabro hallazgo. Segundos después se incorporó moviendo la cabeza de un lado a otro, decepcionado. Francesca aprovechó el momento para acercarse hasta él.

—¡Doctor Lombardi! ¿Se acuerda de mí?

El anciano la miró dubitativo durante unos segundos antes de sonreír.

—Por supuesto, señorita Rinaldi. Parecía imposible encontrar un motivo para sonreír en un día como hoy, pero usted me ha demostrado lo contrario. Oh, veo que su madre y sus hermanas también están arrimando el hombro. Me alegro de volver a verlas.

—El sentimiento es mutuo, doctor. ¿Cómo se encuentra? Hace mucho tiempo que no sabíamos nada de usted.

Matilde y sus otras dos hijas se acercaron y lo saludaron. El anciano se mostró afectuoso.

—Respondiendo a su pregunta —dijo Aldo Lombardi centrándose en Francesca— nunca se necesita tanto a un médico como en una guerra. He estado en el norte, atendiendo a los heridos que llegaban desde el frente. Después, cuando supe de los continuos bombardeos a Nápoles, decidí regresar a mi tierra.

Al escuchar esto, las palabras brotaron solas de los labios de Francesca.

—¿Es cierto que están regresando los soldados del frente ruso? ¿Sabe algo de Enzo?

Su impetuosidad pilló a su madre y a sus hermanas por sorpresa, especialmente a Vania, que la miraba sin ocultar su desagrado. Matilde también le dedicó una mirada reprobatoria a Francesca.

—Me temo que no sé nada del muchacho. Pese a que el gobierno decretó el regreso de las tropas destinadas en el este, los rusos han capturado a muchos. De hecho, son muy pocos los que han conseguido regresar a Italia —explicó el doctor con gravedad.

Ahí fue cuando Francesca fue consciente de lo lejos que había ido. Esto, sumado a la noticia dada por el doctor Lombardi, le causó una insoportable angustia.

—Se lo agradezco.

—¿Sabe algo más, doctor? En confianza, ¿qué va a suceder? —preguntó Matilde.

—No tengo mucho que contar. La presencia alemana en el norte de Italia es cada vez mayor. Se están construyendo fortificaciones de cara una posible invasión que casi con total garantía provendrá del sur del país.

—¿Del sur? —susurró Lucrecia.

—La situación en África es caótica, señoritas. Cuando alemanes e italianos sean derrotados de manera definitiva, nada impedirá a los aliados asaltar Italia.

Matilde comenzó a llorar mientras sus hijas no parecían ser conscientes del todo de la situación.

—Lamento no tener buenas noticias que comunicar. Ahora tengo que regresar. Me necesitan. ¡Cuídense!



Pese a que era plena noche, todas las luces de la residencia de los Costa estaban apagadas, como también lo estaban la mayoría de las casas de la zona. Tan solo las explosiones que asolaban Nápoles

relucían en la oscuridad, llegando de ellas estampidos sordos. Guido y Pietro observaban aquel nuevo bombardeo desde una de las ventanas mientras que Virgilia, atemorizada, se había escondido en la alacena.

—Esto no pinta nada bien —dijo Pietro—. He escuchado que el otro día lincharon a dos simpatizantes del *Duce*. La gente está muy nerviosa. Buscan culpables o más bien los necesitan.

Guido asintió en silencio. Hacía más de un mes que no salía de la finca, invadido por un miedo silencioso que ocultaba a ojos de su amigo. En aquellos momentos echaba de menos la presencia de su padre, su consejo y su sabiduría. Hubo un tiempo en que creyó encontrar el camino correcto, cuando gracias a Pietro hizo fortuna con el transporte de mercancías. Pero con el paso del tiempo descubrió, con penosa vergüenza, que era Pietro quien se encargaba de que todo saliera bien. Esto se sumaba al fiasco de su relación con Francesca, a la que detestaba y añoraba a partes iguales. Sus sentimientos se habían enraizado hacia unos celos continuos y el deseo de que ningún otro hombre pusiera sus manos en ella. Además, contaba con la ayuda de Vania, quien lo ponía al día de las últimas novedades respecto a Francesca, las cuales no destacaban por nada. Aunque todo cambió después de que esta le contara el ímpetu con el que Francesca se interesó por Enzo cuando coincidieron con el doctor Lombardi.

—Cada día tengo más claro que mi hermana sueña con el regreso de Enzo —le dijo la joven en su última visita a la finca. Guido tuvo que hacer un esfuerzo para no sufrir un ataque de ira.

—No son más que ilusiones vacías. Las probabilidades de que Enzo continúe con vida son ínfimas —afirmó Guido. Después le hizo un gesto a Pietro para que complementara sus palabras. El napolitano asintió mientras observaba sin reparo el cuerpo de Vania, que por entonces ya no tenía secretos para él.

—Mi padre tiene amigos en el ejército. Hace poco le confirmaron que la unidad en la que Enzo servía fue aniquilada allá por noviembre. Hasta el momento no hay constancia de que quedaran supervivientes —dijo Pietro. A Vania le dolió escuchar el penoso desenlace de Enzo, pero una parte de ella se sintió aliviada.

—Es una desgracia —indicó la joven.

—Tal vez deberías decírselo a tu hermana. Así no perderá más el tiempo —comentó Guido con un leve tono de decepción.

—Ten por seguro que se lo diré —afirmó Vania, cumpliendo su palabra horas después.

Las visitas de esta a la finca de los Costa se habían convertido en algo normal, pese a que no contaban con el beneplácito ni de Matilde ni de Renato. No obstante, Vania jugaba bien la carta de su tía Virgilia, a la cual usaba como excusa para visitar el lugar. Por ello, en cuanto tuvo oportunidad, trasladó a su madre y hermanas la información que había obtenido acerca de Enzo. Mientras hablaba, observó fijamente a Francesca.

—Igualmente dicen que la temperatura por allí es tan baja, que las opciones de sobrevivir sin el equipamiento adecuado son mínimas —dijo Vania. Francesca tensó el rostro, pero mantuvo la compostura.

—Qué final más horrible —musitó Matilde mientras se persignaba. Lucrecia cerró los ojos igualmente en señal de duelo.

—Puede que siga con vida —manifestó Francesca. Vania la miró sorprendida.

—Sería poco menos que un milagro —replicó.

—Qué más da lo que sea —declaró Francesca con cierto hastío. Acto seguido se levantó de la mesa.

En aquel momento echó de menos la amplitud de la finca de los Costa y la posibilidad de perderse en aquel mar de limoneros. Sin embargo, la casa de Sorrento no ofrecía esa posibilidad. Allí se sentía bajo la constante mirada de su madre y de Vania. La única escapatoria que tenía era visitar a Santina y con ese pretexto se marchó.

Días después, cuando Vania regresó a la finca de los Costa, le contó a Guido la reacción de su hermana. Este no pudo soportarlo y entró en cólera.

—¡Desgraciados! ¡Ambos! —gritaba mientras daba vueltas por su despacho.

Pietro trató de calmarle.

—Los muertos no deben preocuparte, Guido.

—Ese perro no está muerto. No puedo explicarte por qué estoy tan convencido de eso, pero lo sé —dijo Guido entre dientes.

—Pues permíteme decirte que tu intuición no está muy afinada. Así que relájate.

Vania estaba de pie, confusa y asustada por la reacción de Guido. Sin embargo, una parte de ella se quedó fascinada del tremendo poder que podían adquirir las palabras. Estas podían hacer que una persona enloqueciese, llorara o se viera obligada a realizar cualquier cosa. Guido era el mejor ejemplo de ello.

Pietro se acercó a Vania.

—Querida, ya sabes que debes ahorrarle a tu hermana todo este sufrimiento inútil. Enzo está muerto y cuanto antes lo acepte mucho mejor para todos.

Vania asintió y Pietro se giró hacia su amigo.

—Y tú, no estaría de más que te comportaras con un poco más de raciocinio. Es normal que Francesca no acepte la muerte de Enzo, pero acabará por hacerlo y cuando llegue ese momento, tendrás una nueva oportunidad.

Guido se detuvo. Sus ojos relucían con un brillo intenso.

—Deseas a esa mujer —continuó Pietro— y esos sentimientos te dominan. Te conozco muy bien, amigo. Más de lo que tú piensas.

Guido se sintió abochornado, pero Pietro tenía razón.

—No puedo evitarlo —dijo finalmente.

—Lo sé, Guido, y por eso quiero ayudarte. Al igual que Vania, ¿verdad? —La joven asintió—. ¿Lo ves? Hiciste lo correcto cuando rompiste el compromiso, pero eso no significa que hayas renunciado a Francesca para siempre, ¿verdad? ¡Claro que no! De hecho, eres bastante inteligente, Guido. Es evidente que Francesca está en un momento complicado, seguramente superada por la guerra, desbordada por la tensión. Por eso hiciste bien alejándote de ella. Muy pronto o quizás ya te esté echando de menos. El único inconveniente es Renato, así como Matilde.

Vania tragó saliva y le dio la razón a Pietro con un tímido gesto.

—Pero eso tiene solución; todo, salvo la muerte, tiene solución. Te ganarás el favor de Renato y Matilde —a medida que Pietro hablaba, la sonrisa en el rostro de Guido se extendía—; te mostrarás

como un hombre maduro, renacido e incluso desconocido para ellos. ¿Lo entiendes, Guido?

—Sí. No sé cómo agradecerte lo que haces por mí.

Pietro sonrió y sus labios se asimilaron al perfil de una serpiente.

—Oh, tú me acogiste cuando más lo necesitaba. Si hay alguien que está en deuda, soy yo.

Los dos amigos se estrecharon en un abrazo. Después Pietro se giró hacia Vania.

—Tú, preciosa, ¿sabes lo que tienes que hacer?

—Convencer a mi hermana de la muerte de Enzo.

—Así me gusta.

La noticia corrió por todo Italia. Roma había sido declarada Ciudad Abierta, lo que significaba que la ciudad no sería defendida por tropas alemanas ni italianas en el caso de que Italia fuera invadida por los aliados. De esa manera, los dos bandos acordaban respetar el valor histórico de Roma y que esta no sucumbiera bajo las bombas. No obstante, esto indicaba que la invasión aliada de Italia estaba más próxima que nunca. Los rumores en torno a esto último habían dado a paso a posibles fechas. Muchos decían que en verano, ingleses y americanos estarían desfilando junto al coliseo mientras arrastraban el cadáver del *Duce.*

Además, la presencia de soldados alemanes en Italia iba en aumento. Se construían fortificaciones, baterías antiaéreas o se despejaban los caminos para el posterior transcurso de los tanques. Ya no eran rumores ni suposiciones, el sur se preparaba para la guerra.

El aumento de la presencia militar y el control de las carreteras acabaron por asfixiar los negocios de Guido y, de manera directa, los de Pietro. Este se aprovechaba de la situación de la finca de los Costa para establecer aquel lugar como una parada segura para los camiones de contrabando, aquellos que Guido creía que simplemente transportaban mercancías de un lugar a otro. Por ello, era muy importante que Guido tuviera cierta estabilidad y, sobre

todo, tuviera su mente ocupada en otras cosas. No obstante, la proximidad de Renato Pugliese desconcertaba a Pietro y le preocupaba que comenzara a hacer más preguntas de las necesarias. Había pensado mucho en cómo neutralizar su amenaza, pero el calabrés era precavido y sabía moverse sin llamar la atención. Además, él sabía que la desconfianza de Renato alcanzaba tanto a Guido como a él. Por tanto, si Francesca retomaba su relación con Guido, si la unión entre las dos familias se hacía oficial con el matrimonio de ambos, el calabrés no podría actuar libremente contra su yerno.

—¿Cómo ha oído? —preguntó Pietro cuando Guido regresó a la finca después de pasear hasta Sorrento. Vania había fingido encontrárselo de casualidad y llevarlo hasta su casa.

—Dicen que los comienzos son difíciles, ¿no es así? —dijo Guido dejándose caer sobre un sillón—. Ha sido incómodo. Después de todo, eché a esa familia de la finca, por lo que mi presencia no es muy grata.

—Lo será, Guido. ¿Estaba Renato?

Guido asintió sin darle mucha importancia.

—¿Te ha dicho algo ese bastardo?

—Me ha preguntado por los negocios.

Pietro contuvo su preocupación con una tensa sonrisa.

—¿Nada en particular?

Guido movió la cabeza de un lado a otro.

—Tu padre confió mucho en ese hombre, pero ya sabes que yo tengo mis reservas al respecto. Los tiempos cambian. No lo olvides.

—Tranquilo. Tampoco creo que Renato esté dispuesto a cerrar ningún trato conmigo. Ni yo tampoco lo aceptaría. Poco me importa lo que me pudiera ofrecer.

Pietro sonrió.

—Bien dicho. Ahora lo importante es estar informados de lo que ocurre tanto al sur como en el norte. El *Duce* está prácticamente derrotado y es cuestión de tiempo que todo se desmorone.

CAPÍTULO 41

JULIO DE 1943

Los disparos de las baterías antiaéreas instaladas por los alemanes repiqueteaban constantemente. El cielo nocturno se iluminaba con sus estelas fugaces, que ascendían a toda velocidad hacia el cielo para luego desaparecer. Sin embargo, eso no impedía que las bombas siguieran cayendo sobre Nápoles. El estruendo y el terrorífico espectáculo permitieron a Mauro Baricchio llegar a la casa de Sorrento, donde se había trasladado Lucrecia desde hacía meses, sin llamar la atención. Aun así, debía darse prisa, por ello, decidió aporrear la puerta.

Fue Matilde la que le recibió:

—¡Mauro!

Este sonrió. La fina piel de su rostro dibujó una sonrisa tétrica.

—¿Su hija Lucrecia? Tengo algo para ella.

Matilde clavó sus ojos en él. Ni siquiera recordaba la última vez que había visto a Mauro. ¿Había sido en el funeral de su marido?

—Deja en paz a mi hija. Vas a conseguir que nos maten a todos —le recriminó.

Pero Mauro parecía tener otras preocupaciones más graves que la regañina de Matilde. Por lo que sacó un sobre de su bolsillo y lo puso en la mano de la mujer.

—Un mensaje de Artemisa. Tengo que marcharme. Tengan cuidado. El frente no está muy lejos de aquí —dijo Mauro antes de alejarse y perderse en la oscuridad de la calle. Matilde se quedó con el sobre entre los dedos. Por un momento pensó en deshacerse de él, pero en cuanto cerró la puerta, Lucrecia llegó hasta ella y se lo arrebató de las manos.

—¡Lucrecia! ¿Qué significa esto? —exclamó.

—¿La ha traído Mauro? ¿Dónde está? —preguntó la joven ignorando el tono empleado por su madre.

—Se ha marchado, Lucrecia. ¿Tienes idea de lo que puede ocurrirnos? ¿Has pensado en tus hermanas? —Matilde estaba fuera de sí. Sus gritos alertaron a sus otras dos hijas, que acudieron hasta

la sala. Cuando llegaron, Matilde se vio obligada a no hablar más de la cuenta y las despachó lo más rápido que pudo mientras Lucrecia leía la carta que Mauro le había entregado a su madre. Para cuando terminó, se encontraba a solas con ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó Matilde.

Lucrecia suspiró.

—Ya sabes que Bianca dejó una nota antes de marcharse. ¿La recuerdas?

—Sí, decía que iba a luchar contra los fascistas. No volvimos a saber de ella. ¿Es ella la que ha escrito? ¿Cómo puede saber que ahora vivimos aquí? ¿Acaso has estado escribiéndote con ella todo este tiempo?

—No, por supuesto que no. Es la primera carta que recibo de Bianca en todos estos años —explicó Lucrecia—. Puedes leerla si te apetece. Solo dice que se encuentra bien, luchando por una Italia libre y que lamenta no haber dado señales de vida durante tanto tiempo.

Matilde observó el papel que su hija le mostraba.

—¿Cómo sabe que vivimos aquí? —insistió. Eso era lo que más le preocupaba.

—Mauro hace las veces de mensajero entre los distintos grupos. Él sabía que nos habíamos trasladado.

—¿Has estado escribiéndote con él? —exclamó su madre conteniendo el grito.

Siempre se enorgulleció de la madurez de su hija mientras esta, a escondidas, ponía en riesgo a toda la familia. A la conversación se sumó Renato, que llegó a casa en ese momento y se sorprendió de que no estuvieran refugiadas en el sótano. No obstante, Matilde le contó lo que acababa de suceder y la actitud de su hija. No sabía muy bien qué esperaba de ello, pero lo hizo. Sin decir nada, el calabrés le pidió la carta a Lucrecia y la leyó. Después, encendió una vela y la sujetó sobre la llama hasta que el papel comenzó a arder. Ninguna dijo nada.

—Has intentado dar con ella, ¿verdad? Desde que se marchó. Eran muy amigas —afirmó Renato. Lucrecia se sonrojó al recordar el

beso de Bianca. Ese era el verdadero motivo por el cual su amiga se había marchado.

—Solo quería saber qué había sido de ella.

Renato asintió.

—Ahora ya lo sabes. Mira, Lucrecia, te digo esto como conocido y amigo, ¿de acuerdo? No tomes mis palabras como la regañina de un padre, porque no lo son ni lo pretendo. Pero a partir de ahora debes ser más cuidadosa que nunca. Italia está repleta de alemanes y ellos no son como nosotros. Desconfían hasta de su sombra y no tienen reparo en apretar el gatillo. ¿Lo entiendes?

—Descuida. Esa carta era la respuesta que he estado esperando tanto tiempo. Solo quería saber de ella.

Renato sonrió. Matilde contemplaba la escena orgullosa.

Los bombardeos sobre Nápoles se mantuvieron durante varios días. Los aliados habían comenzado la invasión de Sicilia y preparaban Nápoles para el siguiente bocado. Sin embargo, cuando por fin la calma regresó a los cielos y salieron de casa, una noticia pilló a todos por sorpresa, formando una algarabía a su paso.

—¡El *Duce* ha sido arrestado! ¡El *Duce* ha sido arrestado! —gritó un niño que corría como un loco por las calles de Sorrento seguido de una turba de chiquillos que repetían sus proclamas.

El murmullo, la excitación y las dudas acerca de qué estaba ocurriendo en realidad se propagaron por cada rincón de Italia.

—¡Dios santo! ¿Es cierto, Renato? —preguntó Matilde. Su hija Lucrecia sonreía y hasta derramaba algunas lágrimas de emoción. Francesca y Vania se sumaban a la exaltación de la gente, pero no comprendían del todo la trascendencia de lo que había sucedido.

—Intentaré contactar con algún conocido del norte. ¡Esto es una locura! —exclamó Renato.

Los bombardeos y hasta la guerra parecían haber quedado en un segundo plano. Todo eran gritos, vítores y abrazos. Algunos soldados del ejército italiano se despojaron de sus armas y sus uniformes y se unieron a la celebración. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que algunos comenzaron a señalar a aquellos que habían colaborado abiertamente con el gobierno del *Duce.* La dicha dio paso al odio y la rabia contenida durante tantos meses encontró víctimas sobre las

que cebarse. Algunas familias fueron ejecutadas al instante, pues por todos era sabido su estrecha colaboración con el *Duce*. Ante el horror que se extendía por las calles y la pérdida del sentido común, Renato creyó oportuno regresar a casa.

—¿Qué ocurrirá ahora? ¿Seguimos en guerra? —preguntó Francesca mirando fijamente a su hermana Lucrecia y Vania las observó con atención.

—La verdad es que no tengo ni idea.

Renato trataba de sintonizar la radio, pero solo captaba el sonido de la estática.

—Los bombardeos deben haber acabado con las antenas. —Se lamentó—. En cuanto a tu pregunta, lo más probable es que el nuevo gobierno firme la paz de inmediato. El problema es que tenemos el país repleto de alemanes y no creo que estos cedan tan fácilmente.

Francesca agradeció la respuesta de Renato, pero esta quedó muy lejos de lo que ella deseaba. Confiaba en que, si Italia firmaba la paz, las tropas italianas en el extranjero pudieran regresar de inmediato al país. No entendía de diplomacia ni de cómo funcionaba el mundo en aquel momento, pero sí confiaba en que la paz pudiera traer a Enzo sano y salvo.

Esto la llevó a acordarse de Santina. Era probable que la anciana todavía no supiese de los últimos acontecimientos. De inmediato se preparó para ir a visitarla.

—No es buen momento, Francesca. La gente está muy nerviosa —explicó Matilde.

—Solo quiero asegurarme de que se encuentra bien.

—Tu madre tiene razón —dijo Renato.

—¡Yo la acompañaré! —El ofrecimiento de Vania pilló a todos por sorpresa—. Quiero comprobar cómo están la tita y los demás en la finca. Es el mismo camino que lleva a la casa de Santina, así que iremos juntas. Después pediré a Guido y Pietro que nos acompañen hasta Sorrento.

Francesca forzó una sonrisa de agradecimiento.

—Ya lo ves, mamá. Iremos las dos.

MINUTOS MÁS TARDE, las dos hermanas salieron de casa y se encaminaron hacia el enraizado camino que llevaba hasta la casa de Santina. En un primer momento, el silencio acompañó sus pasos. Había mucho que ver. La noticia del arresto del *Duce* todavía se estaba propagando. Las celebraciones ignoraban el humo que ascendía de las ruinas de Nápoles, como si la guerra formara ya parte del pasado.

—Por fin se le ve el final a esto —comentó Vania.

—El *Duce* había ido demasiado lejos —señaló Francesca, poniendo en su boca palabras que le había oído pronunciar a su hermana Lucrecia.

Vania asintió.

—Es una pena que Enzo no pueda verlo.

Francesca procuró no reaccionar a las palabras de su hermana. Pese a que su compromiso era parte del pasado, ella se sentía obligada a ocultar sus verdaderos sentimientos. Además, en las últimas semanas Guido, siempre acompañado de Vania, había pasado por casa e incluso había llegado a entablar una conversación más o menos relajada con su madre y con Renato. ¿Qué significaba eso? Vania era la única que visitaba asiduamente la finca de los Costa y, por tanto, se había convertido en el único eslabón de información que unía a ambas familias.

—No discuto la información que te facilitó Pietro, pero prefiero mantenerme cauta.

El humo de los bombardeos había fraguado un día grisáceo y, al mismo tiempo extraño, como un atípico atardecer en el que el sol no tuviera del todo claro su destino. Aquel nublado artificial no ponía freno al intenso calor de finales de julio y las dos hermanas comenzaron a sudar desde que dejaron atrás la sombra de las últimas casas. El canto de las cigarras, monótono y pesado, secundaba sus pasos.

—¿Sabes que yo lo amaba con todo mi corazón? —La confesión de Vania pilló por sorpresa a Francesca, que se detuvo de inmediato.

Su hermana estuvo obsesionada con Enzo desde que regresaron a la residencia de los Costa, pero jamás creyó que sus sentimientos profundizaran tanto en ella.

—Lamento lo mucho que debes estar sufriendo. Puede que no hayamos sido del todo justas contigo —dijo Francesca obviando sus sentimientos hacia Enzo. No pretendía discutir con su hermana.

—Estoy acostumbrada, pero eso no es importante ahora. Lo que quiero decirte es que no queda otro remedio que aceptar que ya no está. Fue valiente y luchó por nuestro país y por ello debemos honrarlo, pero también tenemos que aceptar que… en fin, que no volveremos a verlo.

Francesca sintió un escalofrío. Rápidamente se planteó la posibilidad de que sus sentimientos hacia Enzo la hubieran cegado, que ella insistiera en que permanecía con vida cuando todos le decían lo contrario.

—No hay de malo en albergar esperanza, Vania.

Su hermana la miró fijamente y en sus ojos relució algo que Francesca no interpretó precisamente como ternura ni siquiera como cariño. Más bien le recordó al brillo de la hoja de un cuchillo.

—Si tú lo dices.

Retomaron el camino, que se tornó pesado cuando el sendero comenzó a ganar pendiente. Varios camiones, a toda velocidad y repletos de soldados pasaron junto a ellas levantando tras de sí una densa nube de polvo.

—¿A dónde irán? —preguntó Francesca. Sin embargo, Vania no le contestó y al cabo de unos segundos se instauró entre ellas una incomodidad casi tan molesta como el calor.

Por fin, vislumbraron la casa de Santina y a la anciana barriendo junto a la puerta de entrada. Cuando las hermanas ya se encontraban a pocos metros, Santina levantó la cabeza y las observó de una manera extraña. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados. Francesca intuyó que no era capaz de saber quién era una y quién la otra hasta que se encontraban a muy poca distancia.

—Oh, qué alegría verlas. Son muy parecidas para quien no las conoce o para los ojos cansados de una anciana. Sé que tú tienes ese bonito lunar sobre el labio y tu hermana no; es curioso que algo

tan pequeño marque diferencias —le dijo Santina. Francesca no discutía con ella, aunque no le gustaba ni un pelo.

VANIA LA SALUDÓ LEVANTANDO la mano y miró a Francesca antes de continuar su camino hacia la finca de los Costa.

—¿No quieres acompañarme? —le preguntó.

—No creo que sea apropiado, Vania. Saluda a todos de mi parte y transmíteles los mejores deseos.

Cuando Vania se marchó, Francesca y Santina se sentaron a tomar un vaso refrescante de agua con limón.

—Discúlpeme, por culpa de los bombardeos la he dejado desatendida. ¿Cómo se encuentra? ¿Necesita algo?

Santina le quitó importancia al asunto.

—No te martirices. El señorito Costa se ha portado muy bien conmigo. ¿Quién lo iba a decir? Me trajo comida y me abrió las puertas de su casa, aunque opté por quedarme aquí.

Francesca sintió un escalofrío al pensar que Guido hubiera estado en esa casa.

—¿De verdad? ¿Guido?

La anciana asintió.

—Es un buen muchacho. Quizás un poco escuálido, pero de buen fondo.

La joven asintió con una falsa sonrisa. Quería cambiar de tema.

—¿Sigue sin haber noticias? —preguntó Francesca. Santina encogió los hombros.

—Nada por el momento. Hace meses que ese muchacho de la motocicleta no se pasa por aquí.

Francesca agachó la mirada.

—Ha pasado demasiado tiempo, ¿verdad?

Santina apoyó la mano en su hombro.

—¿A qué te refieres?

—A Enzo. Hace mucho que no sabemos nada de él.

—Ah, claro. No hay día que no piense en él. Sí, ha pasado tiempo desde la última vez que recibimos alguna carta suya, pero quiero

pensar que Dios ha cuidado de él de la misma manera que él cuidó de mi hijo. Pese a todo, Dios es bondadoso y agradecido con sus ángeles, porque eso es lo que Enzo significa para mí: un ángel que le dio vida a mi pequeño.

Las lágrimas desbordaron los ojos de Francesca.

—Echamos de menos a Amancio. Nos acordamos mucho de él —dijo la joven con la voz entrecortada. Santina le dedicó una sonrisa.

—La muerte de un hijo es terrible para una madre, es el mayor y más intenso dolor que una persona pueda soportar; un dolor que nada lo puede aplacar, no existen remedios y ni siquiera el paso del tiempo puede con él. Pero ese dolor también enseña. Ahora sé que, cuando llegue el fin, cuando Dios así lo dictaminé, me reuniré de nuevo con mi pequeño. Los ángeles celestiales cuidan de él mientras tanto.

Francesca no pudo contener más el llanto. La serenidad con la que hablaba Santina hacía su relato más sobrecogedor.

—Y aunque no me creas, estoy convencida de que cuando me reúna con mi hijo, Enzo no será uno de esos ángeles que lo guardan, porque su hora no ha llegado todavía.

Francesca abrazó a la anciana.

—Sé que está vivo. No puedo explicarlo, pero de alguna manera lo sé —sollozó la joven.

—Dios habla a través del corazón. Ten fe, Francesca. Jamás pierdas la fe.

CAPÍTULO 42

Guido no daba crédito a lo que Vania acababa de comunicarle. Hacía casi un año que no tenían noticias de Enzo, lo que sumado a la información recabada por Pietro, daba a entender que las posibilidades de que su primo continuara con vida eran mínimas. La razón invitaba a aceptar la muerte de Enzo, pero Francesca no lo veía de esa manera.

—¿Cómo puede seguir pensando así? —exclamó Guido.

—Mi hermana es muy testaruda.

—No pasará página hasta que lo declaren oficialmente muerto o desaparecido —dijo Pietro—, aunque eso, amigo, ahora mismo es el menor de nuestros problemas. Si Francesca sigue esperando a Enzo significa que no se fijará en otro muchacho, lo que nos permite ocuparnos de eso más tarde.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vania.

Guido le hizo un gesto a Pietro para que continuara.

—Mi padre me ha dicho que debemos tener cuidado. El apellido de los Costa se relaciona con el *Duce* y este ha caído en desgracia. Podemos tener problemas en los próximos días. Por ello mi padre nos va a enviar varios hombres de confianza para evitar cualquier problema.

—¿Será suficiente? —preguntó Guido. Su amigo encogió los hombros.

—¿Quién sabe? Seguramente muchos desgraciados aprovechen la situación para ajustar cuentas. Esperemos que nadie tuviera a los

Costa entre ceja y ceja.

Vania reflexionó durante unos segundos.

—¿Por qué no hablan con Lucrecia?

Guido y Pietro se miraron extrañados.

—¿Para qué quieres que hablemos con ella?

Vania se explicó de la mejor manera que pudo. Les contó que había oído que su hermana había mantenido correspondencia con algún socialista, un antiguo compañero de su padre.

—Mi madre le recriminó de que nos ponía en riesgo, aunque eso fue antes de conocer que habían arrestado al *Duce*. Si la situación ha cambiado, tal vez ella pueda informar a sus amigos socialistas de que los Costa no colaboraban con el *Duce*.

Pietro asintió en silencio.

—No es un plan muy ortodoxo, pero puede funcionar, ¿no crees, Pietro?

—El problema es que Lucrecia se digne a ayudarnos. No le caemos muy bien, ¿no?

—Yo los ayudaré. Estoy segura de que encontraremos la manera de convencerla.

El destino quiso que esta oportunidad se diera apenas un rato después, cuando los dos jóvenes se dispusieron a acompañar a Vania hasta la casa de Santina para recoger a Francesca. Guido deseaba hablar con ella de nuevo y mirarla a los ojos.

La sorpresa de Francesca al ver la peculiar compañía de su hermana quedó patente en su rostro. Por eso no quería que Vania la acompañara.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó Pietro desde el sendero. Francesca salía de la casa de Santina en esos momentos. Sin embargo, la atención de la joven se centró desde el primer momento en Guido.

—Santina me ha contado que has estado pendiente de ella en estos días.

El joven asintió con un atisbo de orgullo.

—Es lo mínimo que podía hacer.

—Te lo agradezco —dijo Francesca—. Volvamos a casa, Vania. Se hace tarde.

Francesca dio los primeros pasos, pero su hermana no se movió de su sitio.

—Ellos nos acompañarán. Es lo más seguro.

—No es necesario —sentenció Francesca.

—No es ninguna molestia. Después de todo lo que está ocurriendo es lo mejor —insistió Guido.

Francesca estuvo a punto de decirle que no había tenido inconveniente en dejarlas en la calle meses atrás, pero no quería verse inmersa en una discusión de la que no iban a sacar nada en claro. Aceptó y los cuatro comenzaron a caminar hacia Sorrento. El trayecto fue silencioso en un primer momento, al menos hasta que Pietro lo rompió.

—Hay que reconocer que nuestro rey tiene bemoles. No solo ha dispuesto a Mussolini, sino que, de manera indirecta, se ha opuesto a Hitler.

—Italia nunca estuvo preparada para la guerra. Dicen que los aliados conquistarán Sicilia dentro de poco —afirmó Francesca. Guido se sorprendió de su comentario.

—Por eso es probable que dentro de poco firmemos la paz con los aliados.

—La cuestión será cómo se lo tomará Hitler. No se ve un hombre al que le guste que le traicionen —comentó Pietro.

El silencio ocupó su lugar tras esa conversación forzada.

—¿Cómo les va por Sorrento? —preguntó Guido poniéndose a la misma altura que Francesca. Al mismo tiempo, Vania y Pietro aminoraron el paso como si pretendieran darles más intimidad.

—Estupendamente. —La lacónica respuesta de Francesca no desanimó a Guido.

—Renato es un hombre con recursos y, sobre todo, con contactos. Me alegré mucho por Matilde cuando recibí la noticia de su matrimonio. Virgilia, en cambio, todavía está asimilándolo.

—La manera de pensar de mi tía es complicada, pero seguro que con el tiempo lo comprende.

—Cierto. Incluso estuvo hace unas semanas en Sorrento.

Francesca asintió en silencio. Estaba a punto de girarse hacia Vania con la excusa de comentarle cualquier nimiedad cuando unos

gritos los sorprendieron. Se estaba produciendo un tumulto no muy lejos de allí. Inmediatamente, Pietro y Guido se pusieron frente a ellas.

—¡Dios santo! —exclamó Francesca.

—¡Salgan del camino! —gritó Pietro. Las dos hermanas obedecieron de inmediato y se ocultaron tras un arbusto.

—¿Qué está ocurriendo? —dijo Vania.

Pronto la respuesta se mostró. Más adelante un grupo de exaltados la había tomado contra la casa de un conocido terrateniente, el señor Costello, con la intención de prenderle fuego por haber expresado abiertamente y durante muchos años su apoyo al *Duce*. Sin embargo, la situación se descontroló cuando uno de los hijos del terrateniente pudo salir corriendo y poner en aviso a un destacamento alemán que se aprovisionaba no muy lejos de allí. Estos acudieron de inmediato y abrieron fuego contra los exaltados, lo que a su vez provocó que una patrulla del ejército italiano saliera en defensa de su gente.

POCO A POCO LLEGABAN cada vez más hombres y mujeres dispuestos a enfrentarse a los germanos, que habían disparado indiscriminadamente con los exaltados. Muy pocos portaban fusiles, pero los que no, les arrojaban piedras y trataban de rodearlos.

—Están montando una ametralladora —señaló Pietro, ya con la pistola desenfundada. El combate estaba teniendo lugar justo enfrente de ellos, quedando el camino como tierra de nadie entre los dos bandos.

—Tenemos que llevarlas a casa —dijo Guido mientras miraba a su alrededor estudiando las distintas posibilidades—. Vayamos campo a través.

—Si los alemanes nos ven, harán prácticas de tiro con nosotros —manifestó Guido.

—¡Y si vienen más y nos descubren, nos detendrán! ¡Aprisa!

Guido sujetó con firmeza la mano de Francesca y ambos corrieron a un lado del camino. Los gritos de los alemanes les ponían

los pelos de punta. Apenas comenzaron a correr, sonaron los primeros disparos de la ametralladora alemana, seguida de un sinfín de gritos.

—¡Nos van a matar! —gritó Francesca, que de manera innata apretó con todas sus fuerzas la mano de Guido. Un camión alemán apareció justo en el punto del camino en el que se encontraban, se detuvo y una veintena de soldados se sumaron a la refriega.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Vámonos, Pietro! —ordenó Guido.

Se encontraban a unos doscientos metros cuando los primeros disparos impactaron a escasos centímetros de sus cuerpos.

—¡Nos han visto! —gritó Vania. No obstante, habían ganado una distancia considerable y minutos después los alemanes los tomaron por un objetivo nimio y se centraron en los exaltados.

—¡Ya estamos casi! —dijo Guido.

Minutos después llegaron los cuatro a la casa de Renato y este les abrió la puerta sin hacer preguntas. En cuanto entraron, Vania y Francesca, rotas por el llanto y el miedo, se abrazaron a su madre.

—¿Qué ha pasado? —vociferó Renato mirando duramente a Guido. En sus manos sujetaba una escopeta de caza tan larga como un bastón.

—Los alemanes están sofocando una revuelta a poca distancia de aquí —explicó Guido—. Es una carnicería.

—¿Qué hacían allí? —preguntó Matilde mientras sus dos hijas lloraban en sus hombros.

Vania salió en defensa de los jóvenes.

—¡Si no fuera por ellos, los alemanes nos habrían matado! —balbuceó.

Al cabo de unos minutos, ya con los ánimos más calmados, las dos hijas de Matilde, con la ayuda de Guido y Pietro, le contaron lo sucedido.

—Han sido muy afortunados —dijo Renato—. En cuanto a ustedes, no hay palabras de agradecimiento por lo que han hecho. Se han jugado la vida por ellas.

—Lo volvería a hacer —asintió Guido mirando fijamente a Francesca.

—Gracias —dijo ella.

Guido y Pietro se quedaron varias horas más antes de regresar a la finca, pese a la insistencia de Matilde y sus hijas para que hicieran noche allí. No obstante, durante el tiempo que permanecieron ahí, se dio una situación atípica que rememoraba a la primera etapa de la estancia de las Rinaldi en la residencia de los Costa, aquellos en los que Donato todavía estaba con vida y su enfermedad les hacía albergar alguna esperanza. Estuvieron conversando de manera despreocupada, debatiendo acerca de lo que podría suceder a corto plazo, aunque también hubo momentos joviales mientras jugaban a las cartas para matar el tiempo. Sin embargo, Pietro no olvidó el objetivo último de la visita a la casa del calabrés. Lo sucedido con el señor Costello le podía ocurrir a Guido; un alborotador o la envidia podía provocar que una turba asaltara la finca sin previo aviso. Por ello, necesitaban que se extendiera el mensaje de que Guido Costa era más afín a las ideas socialistas, a la paz y a la libertad. Si conseguían que ese mensaje calara entre los vecinos de la región, al menos tendrían la certeza de que los dejarían tranquilos. En definitiva, necesitaban que Lucrecia fuera el altavoz. Por ello, en el momento más distendido de la espera, Pietro vio su oportunidad.

—Es terrible lo que le ha pasado al señor Costello. Hay demasiada mala sangre en este país.

—Tienes razón —dijo el calabrés—. Pagarán justo por pecadores. Pocos hombres hay más justos y benévolos que el señor Costello.

—Estoy con usted. Habrá que rezar para que los exaltados no la tomen con los Costa.

Pietro dejó caer estas palabras sin más y se limitó a esperar la reacción. Tal y como esperaba, Lucrecia se dio por aludida.

—Nunca oí a nadie decir que Donato Costa fuera un fascista declarado —opinó ella.

—Guido se quedaría más tranquilo si tuviera la certeza de que no iban a aparecer en su busca para ahorcarlo, ¿verdad? —dijo Pietro.

—Hasta donde yo sé, no debería estar preocupado. Las probabilidades…

—Hablar de probabilidades no es hablar de certezas, Renato —habló Pietro con una sonrisa—. Es cierto que algunos vecinos nos

vieron huir de los alemanes, pero ¿esto evitará que alguien señale a este joven inocente con el dedo?

Lucrecia creyó adivinar las intenciones de Pietro.

—Si lo que quiere son certezas, lo mejor que podría hacer Guido es demostrar su posición en este asunto.

Guido la miró sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—Ayuda a quiénes lo necesiten, Guido.

Este y Pietro se miraron fascinados por la idea que les había sugerido Lucrecia. Pasada la medianoche, cuando ambos regresaron a la finca amparados por la oscuridad —los alemanes se habían marchado después de horas de refriegas—, los dos concretaron el plan que la hija mayor de Matilde les había sugerido.

—Mañana irás a hablar con los heridos, con las viudas y los huérfanos —dijo Pietro—. Tienes que demostrar que estás con el pueblo. Mientras tanto yo me encargaré de que todos en la zona sepan que nos enfrentamos a los alemanes y salvamos a dos damiselas en apuros.

Guido asintió con una sonrisa. Más allá de evitar que asaltaran la finca, el principal motivo de su felicidad era recordar el preciso momento en el que Francesca le había dado las gracias. Pero debía ser inteligente y jugar sus cartas en el momento adecuado. Francesca sería suya, estaba convencido.

Capítulo 43

OCTUBRE DE 1943

Los vecinos de Sorrento se agolpaban en la carretera que había varios kilómetros hacia el este, por donde, desde hacía varias horas, avanzaba un importante contingente de tropas británicas y norteamericanas. A diferencia de los alemanes, los soldados aliados iban saludando como si se trataran de héroes, recogiendo las flores que les tiraban o incluso apeándose para besar a alguna joven que ofrecía sus labios sin reparo a los liberadores. Renato junto con Matilde y sus hijas eran también testigos de la llegada de las tropas aliadas para dirigirse a la ciudad de Nápoles, la cual había sido dejada por los alemanes después de cuatro días de enfrentamientos contra la misma población de la ciudad, que se levantó contra la ocupación y el comportamiento desalmado de los alemanes. Todo comenzó el veintisiete de septiembre en el barrio de Vomero, en las colinas. Desde allí se incendió la chispa que acabó por doblegar la presencia alemana en la ciudad. La presión fue tal, que los alemanes aceptaron negociar una salida honrosa antes de verse cercados por los aliados. Estos habían conquistado Sicilia en apenas un mes y se preparaban para continuar su avance hacia el norte.

—¡Saludad! ¡Saludad a los americanos! —gritaba Matilde mientras agitaba sus manos con brío. Aquellos muchachos subidos en jeeps y en tanques habían traído la paz a Italia o, al menos, a una gran parte de ella. Renato, visiblemente emocionado, aplaudía sin cesar, al igual que las hijas de Matilde.

Lucrecia era la que estaba más radiante. En todo momento se escuchaba acerca del pundonor y la valentía con la que los partisanos luchaban contra las tropas alemanas afincadas en Italia y contra los propios italianos que seguían luchando bajo el mando de Mussolini, el cual había sido liberado a finales de septiembre por los alemanes y había fundado en norte del país la República Social Italiana. No obstante, todos sabían que se trataba de un mero títere de Hitler, que trataba de frenar de una manera desesperada el avance de aliados y soviéticos.

—¡A por ellos! ¡Sáquenlos de aquí! —gritó la joven refiriéndose a los soldados alemanes.

Pero, además del final de la guerra, al menos al sur de Italia, Lucrecia estaba feliz por haber recibido hacía pocos días una carta de Artemisa. En ella Bianca le aseguró que sería cuestión de meses que ella regresara a Sorrento: «Poco a poco los soldados italianos fieles a Mussolini abren sus ojos y se dan cuenta del sinsentido de este enfrentamiento. Tengan cuidado con los alemanes», rezaba en una de las líneas de la carta. «Espero que estén bien y que nuestra amistad haya perdurado durante mi ausencia». Lucrecia se había convertido en la felicidad personificada. El fascismo, ese enemigo invisible y todopoderoso contra el que tanto había teorizado y maquinado, se estaba desmoronando.

Cuando regresaron a casa los cinco, emocionados por lo que parecía el fin de la guerra, se sumaron a la exaltación general y pasaron un rato en una plaza donde varios vecinos habían sacado barricas de vino y regalaban tragos a todos los que se acercaran.

Las celebraciones en la plaza se postergaron hasta la caída de la tarde. No obstante, apenas entraron en casa, un agradable sueño las invadió; a todas, excepto a Vania. Esta ya había pasado numerosas tardes bebiendo con Pietro y su cuerpo estaba más acostumbrado al alcohol. Además, apenas tenía sueño, por lo que decidió aguardar un rato para asegurarse de que nadie la escuchaba y visitar la residencia de los Costa. Así, veinte minutos después, Vania salió de casa y emprendió el oscuro camino hacia el monte.

Durante todo el trayecto no se cruzó con nadie y cuando llegó, nada más asomarse a la puerta, distinguió luces y movimiento a través de las ventanas. Sonrió y caminó hacia allí con presteza.

~

Guido tenía un sabor agridulce que le era tan familiar como desagradable. Durante toda su vida, esa felicidad empañada, rasgada por algún inconveniente o circunstancia, le impidió sonreír de manera sincera. En su relación con Francesca, el recuerdo de

Enzo siempre conseguía amargarlo; dedicarse a pintar le producía un ensimismamiento mientras que, el rechazo de su padre lo hacía pedazos; detestaba la soledad, pero no soportaba necesitar a otra persona.

A finales de agosto, Pietro ya le había mencionado que el negocio del transporte no sería lucrativo hasta meses después, cuando todo el país firmara la paz y reunificara. Guido insistió en adquirir otra flota de camiones, pero los precios, le hicieron desechar la idea.

Ante esta negativa, Guido se centró de nuevo en la plantación, aunque la dejadez de los últimos años iba a costarle meses y hasta puede que años de duro trabajo antes de tener resultados. Por ello, aunque había llegado la paz, su felicidad no era completa. Aunque un motivo más que provocaba su malestar, era que hasta el momento no habían tenido confirmación del fallecimiento de Enzo, lo que lo preocupaba cada vez más. En las últimas semanas, mientras se paseaba para ofrecer su ayuda a los demás, escuchó testimonios de muchas familias que tenían a hermanos, maridos e hijos en el frente ruso y les habían notificado sus muertes. ¿Por qué la de Enzo no había llegado? La incertidumbre lo llevó a ponerse en contacto con la burocracia del ejército italiano, facilitando el nombre de Enzo por todas y preguntando si se tenía constancia de su muerte.

—Por el momento no hay constancia del fallecimiento del sargento Enzo Ruspoli. Es todo lo que puedo decirle —le dijo un oficinista. Guido palideció—. Está desaparecido y eso, en estos días es un símil a fallecido o, si me lo permite, hecho prisionero por los rusos. No sabría decirle cuál es mejor destino.

Sin embargo, a Guido se le había quedado grabada una palabra.

—¿Sargento? —preguntó con una sonrisa tensa.

—Fue ascendido al principio de la campaña.

Salvo Pietro, nadie sabía lo que había averiguado, ni siquiera Vania. Imaginar que Enzo regresara como un héroe de guerra le hacía arder las entrañas. No, Guido empezó a creer que la felicidad estaba vetada para él, igual que lo estuvo para su padre, como si el apellido Costa arrastrara consigo una maldición.

—La guerra tiene los días contados —dijo Pietro, regresando a aquella noche en la que Vania caminaba hacia la residencia de los

Costa—. Supongo que tu hermana dejará pronto de luchar contra los fascistas.

Guido percibió cierta ironía en las palabras del napolitano. Hacía tiempo que no pensaba en su hermana Bianca.

—Cualquiera diría que ha sido mi hermana la que ha acabado con el *Duce* —dijo Guido con una falsa sonrisa.

—¿Sabes algo más de ella?

—Lo mismo que tú. Me escribió una carta no hace mucho. Está bien, que es lo importante.

En ese momento, en la puerta sonaron varios golpes. Virgilia apareció al otro lado del umbral.

—¿Ocurre algo? —preguntó Guido.

—Vania está aquí —dijo Virgilia con clara molestia. No le gustaba en absoluto que su sobrina recorriera sola el oscuro camino que separaba la finca de los Costa con la casa de Sorrento.

—¡Hazla pasar de una vez! ¿Así se trata a la familia? —exclamó Pietro incorporándose de un salto. La joven entró en la habitación con una sonrisa y un brillo especial en la mirada. Guido le dedicó una media sonrisa. El parecido a su hermana Francesca lo hería de alguna manera; avivaba sus sentimientos.

—Esta noche estamos de celebración —dijo Pietro—. ¡La guerra se ha terminado!

—En Sorrento todavía hay mucha gente celebrando.

Por la manera de hablar de Vania resultaba evidente que había bebido. Mostraba continuamente una sonrisa bobalicona y sus ojos parecían no encontrar descanso en ninguna parte.

—Hacen bien. Demasiadas penurias —indicó Pietro poniendo una copa en las manos de la joven—. Ahora brindemos. ¡Por los americanos!

Los tres chocaron sus copas y bebieron de ellas. A continuación, se sentaron frente a la chimenea y hablaron con efusividad acerca de lo que podría ocurrir los próximos meses. El fin de la guerra en Europa, la derrota de Hitler… El futuro resultaba incierto pero emocionante al mismo tiempo.

—Supongo que llega el momento de volver a la realidad —dijo Pietro, que como siempre llevaba la voz cantante—. Al menos,

hemos conseguido que no nos tachen de fascistas. Sin duda fue la mejor decisión. Nos vendrá bien en un futuro.

—Mi hermana Lucrecia habló de ustedes. Les dijo a muchos que se habían enfrentado a los alemanes paras salvarnos. ¡Todo el mundo odia a esos perros rubios!

Pietro sonrió.

—Por cierto, ¿tienes alguna novedad de Francesca? —preguntó Guido de repente. Como siempre, este estaba alejado, guardando la distancia, encerrado en sí mismo.

—Estoy segura de que mi hermana te ve de otra manera, especialmente después de lo que sucedió aquel día. Piensa que has cambiado.

—¿Te lo ha dicho?

—Lo he escuchado. No suele hablar del tema a no ser que mi madre le pregunte y no hace mucho las escuché hablar de ti —respondió Vania. Guido intentó contener una sonrisa de satisfacción y casi se muerde los labios por ello.

—Entonces… ¿cuáles son sus pensamientos hacia Enzo? ¿Ha aceptado su muerte? —preguntó Guido al mismo tiempo que lo daba por hecho. Vania bebió de la copa.

—Más bien todo lo contrario. Está convencida de que Enzo puede llegar de un momento a otro. Pidió ayuda a Renato para tratar de averiguar información acerca de él. Este movió sus hilos y nos trasladó la noticia de que la muerte de Enzo todavía no había sido confirmada. Consta como desaparecido, lo cual viene a significar lo mismo.

La esfera nunca terminaba de redondearse. Siempre había una imperfección, una grieta, un surco que impedía que esta adquiriera su forma natural. Después de recuperar la confianza de Francesca, al menos en parte, esta seguía confiando en el regreso de Enzo. ¿Cómo podía un hombre atormentarlo estando muerto o a miles de kilómetros? El gesto de decepción de Guido fue tan evidente que Pietro decidió intervenir.

—Las ilusiones y la esperanza, en exceso, pueden ser más dañinas que el dolor por la pérdida. Cuando alguien muere, lloras, guardas el luto y continúas tu vida. Pero la esperanza mantiene viva

las preocupaciones, el deseo, los recuerdos que seguramente no vayan a cobrar vida de nuevo. Una amalgama de sentimientos entremezclados que con el tiempo destilarán sufrimiento. Debes abrir los ojos de tu hermana, Vania —pidió Pietro.

—He intentado convencerla. En cada oportunidad de la que dispongo saco el tema y afirmó que las posibilidades de que Enzo esté con vida son mínimas.

Guido se desesperó y se miró más allá de la ventana. En el horizonte se veía una carretera surcada por diminutas luces. La columna de los aliados continuaba su avance hacia el norte.

—Insiste. Lo acabará aceptando con el paso del tiempo.

Horas después, Pietro acompañó a Vania hasta Sorrento, aunque no sin antes divertirse en la casa que antes ocupaba Enzo. La pasión con la que la joven se entregaba era para Pietro un irresistible regalo que raras veces podía rechazar.

—¿Cuándo nos visitarás de nuevo? —preguntó Pietro.

Vania sonrió y se levantó la falda lo justo para dejar sus muslos al aire, provocando que este quitara sus ojos de la carretera para mirarlos con descaro.

—Cuando tú quieras que te visite.

—Tienes las puertas abiertas —contestó poniendo la mano sobre la pierna de Vania, acariciando suavemente su piel mientras ascendía hasta su entrepierna—. Hablarás con tu hermana, ¿verdad? ¿Le insistirás en lo de Enzo?

Vania asintió mordiéndose los labios. El placer que experimentaba en aquel momento se mezclaba con una tremenda sensación de poder que emanaba de su cuerpo.

—Le abriré los ojos —susurró.

—Confío en ti. Tú y yo nos lo vamos a pasar muy bien, pequeña.

Las dos manos de Pietro volvieron a posarse sobre el volante. La casa de Renato se encontraba a pocos metros.

CAPÍTULO 44

Renato, Matilde y Lucrecia observaban el centenar de botellas de licor que habían almacenado durante los últimos meses. La temperatura y la humedad hacían del sótano el lugar idóneo para conservarlo en el mejor estado posible.

—¿Cuántas botellas hay? —preguntó Lucrecia. La joven se encontraba más animada, al igual que todos, aunque en ella resultaba más evidente.

—Unas trescientas. No fue fácil conseguirlas ya que toda la producción en las fábricas estaba bajo mínimos —contestó Renato.

—¿Cuándo comenzarán a venderlas? —insistió la joven.

—Probablemente a principios de la próxima primavera. Si todo marcha bien, puede que incluso haya acabado la guerra por entonces —dijo Matilde.

—Dios te oiga —continuó Renato—. Sin embargo, las previsiones son buenas y estoy seguro de que en amplias zonas del sur se habrá recuperado una cierta normalidad.

Lucrecia se sintió confusa. Después de la muerte de su padre, las cosas habían sucedido muy deprisa y prácticamente no le había dado tiempo a pensar en su futuro. Sin embargo, ahora que se vislumbraba el final de la guerra, este comenzó a preocuparle. Su madre ya no se encontraba sola, por lo que ella tenía vía libre para continuar su vida. ¿Cuál era el siguiente paso? ¿Casarse? ¿Formar una familia? No era algo que le atrajese, al menos en ese momento. Intentó en varias ocasiones sacarle la conversación a su madre,

pero, pese a su don de palabra, Lucrecia no había encontrado la manera de hacerlo.

La única persona con la que podía hablar abiertamente de ello era su hermana Francesca. En cuanto tuvo oportunidad le confesó sus preocupaciones acerca del después. Aunque ninguna lo afirmaba, se habían acostumbrado a vivir en la tensión constante de la guerra, un tiempo en el que el presente primaba mucho más que el futuro.

—Yo también he pensado en eso —dijo Francesca. Una parte de ella deseaba abrirse, confesar sus sentimientos por Enzo y el secreto de las cartas que este le había enviado desde el frente.

—No sé si te ocurrirá a ti también, pero no me veo formando una familia, teniendo hijos… Es nuestra obligación, lo sé, pero…

—Pero ¿alguna vez te ha interesado alguien, más allá de una simple amistad? —preguntó Francesca. Lucrecia hizo una mueca.

—La verdad es que sí hay alguien que me ha despertado interés, pero no sé si una vida en conjunto sea para formar una familia.

Francesca se acercó a su hermana con una sonrisa.

—¿Lo conozco? No me imagino quién puede ser. ¿Sabes si corresponde tus sentimientos? —indagó Francesca.

—No es tan así como sentimientos, pero me parece atractivo y tenemos temas en común —respondió Lucrecia. Francesca movió las manos para que continuara—. ¿Te acuerdas del amigo de papá, que se acercó a nosotros en el funeral?

—¿Mauro Baricchio?, sí, lo recuerdo —dijo Francesca entusiasmada—. No es una belleza, pero me parece atractivo toda esa rebeldía que lo envuelve.

Lucrecia la golpeó con una almohada y Francesca comenzó a reír. Estaban en un momento de hermanas, que no tenían desde hacía mucho tiempo, por lo que esta última infló los pulmones con una intensa bocanada y le confesó la realidad que había permanecido oculta durante tanto tiempo. Al principio, las palabras titubearon en sus labios, pero a medida que hablaba, su discurso ganó fuerza. Lucrecia estaba sorprendida, pero de alguna manera, en su fuero interno, siempre supo que Francesca estaba enamorada de Enzo.

—Eso explica muchas cosas —dijo Lucrecia. Sin acordarlo, el tono de voz de ambas bajó hasta convertir sus voces en meros susurros.

—Me di cuenta demasiado tarde. Todavía no entiendo cómo acepté el compromiso con Guido ni como lo mantuve durante tanto tiempo —explicó Francesca con los ojos cargados de lágrimas.

Lucrecia le dio un cálido abrazo.

—Entonces, ¿Enzo sigue con vida? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? —preguntó.

Francesca movió la cabeza de un lado a otro.

—Creo que la última carta la recibí por octubre del año pasado o puede que a principios de noviembre. No sé. Tuve que quemarlas para evitar que me descubrieran. Todo esto sucedió cuando aún estaba comprometida con Guido. Me sentía culpable y me aterraba que se dieran cuenta. Pero pese a todo el tiempo que ha transcurrido, sé que está vivo. No ha podido morir; no después de todo lo que hemos pasado. Enzo regresará y yo lo esperaré, no me importa que transcurran meses o años. —El torrente de sinceridad de Francesca era imparable—. No voy a traicionar al hombre que amo; cueste lo que me cueste.

Lucrecia estrechó las manos de su hermana, que temblaban ligeramente. Su relato era conmovedor, pero también escondía una dolorosa verdad.

—Un año es mucho tiempo, Francesca.

Esta negó en silencio.

—Está vivo. —Las lágrimas caían por sus mejillas.

—Eres una chica inteligente, Francesca. Sabes que las probabilidades de que regrese son muy reducidas —dijo Lucrecia.

—¡Me importan poco esas probabilidades! —gritó tras incorporarse bruscamente.

Pese a su aparente tozudez, la conversación con Lucrecia repercutió bastante en Francesca, quien empezó a valorar la opción, todavía lejana pero ya existente en su razonamiento, de que Enzo había fallecido.

—Pero no es posible. ¡No es posible! —decía Francesca en la soledad de su habitación, recorriendo la estrecha frontera que separaba el amor de la obsesión y de la locura.

A esto se sumaba la insistencia con la que su hermana Vania mencionaba una y otra vez la muerte de Enzo. Incluso sugirió organizar un funeral en su honor para que su alma pudiera descansar en paz, algo que su madre y Renato no lo vieron con malos ojos. En un principio Francesca le rebatía, pero tras la conversación con Lucrecia, su razonamiento entró en un nuevo paradigma. ¿Y si era ella y sus esperanzas eran erróneas? Fueron días oscuros, en los que no encontró respuesta allá donde posara sus pensamientos.

Ya con la situación más tranquila, su madre le permitió que fuera a visitar a Santina. Desde la última visita, aquella en la que una brigada alemana abrió fuego contra unos exaltados, Francesca no había vuelto a visitar a la anciana. Emprendió el camino una mañana, cuando el sol tibio de octubre se alzó en el cielo. Estaba nerviosa o quizás alterada. Desde hacía semanas vivía en una turbación continua que solo la llegada de una carta podía poner fin.

Encontró a Santina sentada en una vieja butaca, con los ojos cerrados, disfrutando del sol que la bañaba. Al verla, Francesca se detuvo y la observó durante unos segundos. Pese a que no había transcurrido mucho desde la última y malograda visita, el rostro de la anciana evidenciaba lo contrario.

—Hola, Santina. ¿Cómo se encuentra? —preguntó la joven acercándose lentamente, con una dulce sonrisa. Esta abrió los ojos, los cuales se posaron en Francesca como si ante ellos se hallase una desconocida.

—Oh, bonita. Ya pensaba que te habías olvidado de esta vieja.

—Eso nunca ocurrirá. Puede estar tranquila. —Francesca se sentó a su lado.

—Dime, ¿es cierto que la guerra se ha terminado? Me lo han explicado muchas veces, pero no me entero de nada.

Francesca le dedicó otra sonrisa y comenzó a relatarle los hechos de las últimas semanas: la revuelta de Nápoles, la retirada de los alemanes, la llegada de los aliados… Santina escuchó atentamente mientras en sus labios se iba dibujando una sonrisa.

—Lo más seguro es que la guerra ya haya acabado por aquí —concluyó Francesca. La mujer juntó sus manos, agradeciendo al cielo

que la guerra formara parte del pasado. Sin embargo, su rostro se puso serio repentinamente, cabeceando de un lado a otro.

—Lo único que me entristece es que Enzo no esté para disfrutar de este momento. Él se lo merecía.

Francesca sintió cómo una pequeña incomodidad crecía en su pecho, teniendo incluso la sensación de que le faltaba el aire.

—¿Por qué habla así de Enzo? —preguntó con un nudo en la garganta. Santina suspiró y le dedicó una media sonrisa.

—Porque el dolor puede cegarnos, Francesca; puede privarnos de ver la realidad. Durante todo este tiempo he permanecido en silencio, recibiendo las cartas de Enzo y entregándotelas sin inmiscuirme, pero ya no puedo hacerlo. Eres una joven preciosa con el mundo a sus pies, ahora que parece que las llamas que lo han consumido durante años comienzan a extinguirse. Sé lo que sientes por Enzo, pero no puedes condenar tu vida a un imposible.

Francesca no estaba preparada para escuchar esas palabras de boca de Santina. Fue hasta allí para buscar consuelo y alimentar sus esperanzas de que Enzo continuara con vida, pero se había encontrado justo lo contrario. Sus labios titubearon y las primeras lágrimas desfilaron por su rostro.

—Reza por su alma y sigue adelante.

—Pero yo lo amo —consiguió decir entre sollozos.

—Yo amaba a mi hijo y su pérdida todavía me duele como el primer día. Créeme cuando te digo que no hay dolor comparable al que siente una madre al enterrar a su hijo, pero tú lo superarás. El sufrimiento que padeces ahora se diluirá cuando encuentres a un hombre que te ame, que te cuide. Debes continuar tu vida. Es lo único que te pido.

Francesca estuvo llorando un buen rato sin consuelo, aceptando por primera vez que no iba a volver a ver a Enzo. Después se despidió de Santina y salió de la casa como si en ella no hubiera aire suficiente. Se sentía febril y todo le daba vueltas como si estuviese mareada. De repente fue consciente de que no quería dirigirse a ninguna parte y vagó por los caminos de la zona. Llegó hasta la residencia de los Costa, deteniéndose en un promontorio desde el que podía contemplar la extensión de la finca y, en ella,

prevaleciendo sobre todo a su alrededor, la Tumba de las Sirenas. ¿Cuántas veces estuvo allí con Enzo? Habían sido los días más felices de su vida y los había dejado escapar.

Al poco de estar allí, escuchó el crujido de la hierba; unos pasos que se acercaban hacia ella. De entre los matorrales surgió Guido, cuya frente relucía por el sudor.

—Sabía que eras tú —dijo. Francesca se secó las lágrimas con presteza y trató de serenarse.

—Tenía ganas de pasear.

Guido frunció el ceño.

—Pues diría que has paseado bastante. Ah, ¿puedes creerte que es la primera vez que subo hasta aquí? Las vistas son preciosas. Diría que el sol brilla con más fuerza desde que los alemanes se han marchado hacia el norte, ¿no te parece?

Francesca asintió.

—Puede que sea porque se han terminado los bombardeos.

Guido sonrió ante sus palabras y, con mucho disimulo, se acercó a ella. Su belleza seguía intacta e incluso tuvo la sensación de que en los últimos meses había madurado, convirtiéndose en una mujer esplendorosa. Su deseo hacia ella despertó como una fiera hambrienta y por su cabeza pasaron oscuros pensamientos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Desde Sorrento hasta aquí hay un paseo. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Un poco de agua?

Francesca no tenía la intención de aceptar, pero de repente se sintió agotada y con los labios resecos.

—Estaría bien —contestó, provocando una amplia sonrisa en Guido.

Ambos caminaron hacia la finca de los Costa. Virgilia se sorprendió de ver allí a su sobrina y tras asegurarse de que se encontraba bien, la abrazó y la besó con cariño. Después les sirvió un poco de agua y los dejó a solas, emocionada con la ligera sospecha de que podía haber una reconciliación entre ambos.

—Las echa de menos —dijo Guido cuando se quedaron a solas.

—Y nosotras. Apenas nos visita.

—Tiene miedo, Francesca. Las personas mayores tienden a asustarse y tu tía ha tenido motivos para ello. Hubo bombardeos que iluminaban la noche como un cruel amanecer.

Francesca asintió mientras bebía un poco de agua. Estaba más tranquila.

—Vania viene mucho por aquí, ¿no es así? —preguntó de repente, con un ligero tono con el que dejaba claro que conocía la respuesta. Guido fue sincero.

—Pietro y ella se han hecho muy amigos —contó Guido con una sonrisa burlona.

—Nunca nos hemos llevado del todo bien, pero es mi hermana. No quiero que le pase nada malo, Guido —dijo ella con dureza.

—¡Jamás lo permitiría! Me sorprende que insinúes tal cosa; Virgilia vive con nosotros. ¿Acaso ella se quedaría de brazos cruzados?

Francesca agachó la mirada.

—No, supongo que no.

Guido se sintió satisfecho. Por primera vez experimentaba una cierta sensación de control sobre Francesca; una especie de poder que le hacía sentirse seguro y con la situación bajo control.

—¿No vas a decirme qué te ocurre? Te conozco mejor de lo que crees.

Francesca miraba fijamente hacia la Tumba de las Sirenas. Por un momento perdió la noción de la realidad y hasta de sus propias palabras.

—He estado con Santina Parisi… —sollozó—. No creo que Enzo vaya a volver.

Guido arqueó las cejas y el peso de su mirada hizo a Francesca darse cuenta del inmenso error que había cometido. Su descuido la había llevado a expresar una conexión entre Enzo y Santina que, a priori, no tenía ningún sentido.

Sin embargo, Guido actuó como si no hubiera escuchado nada extraño.

—Ella le tenía mucho cariño a mi primo Enzo. A veces me siento culpable de su marcha. En el fondo le tenía mucho aprecio —dijo Guido, aumentando el desconcierto de Francesca.

De pequeña había jugado en varias ocasiones al ajedrez con su padre, pero todavía recordaba como los nervios se apoderaban de ella cuando su padre exclamaba «¡Jaque!». En ese instante, frente a Guido, experimentó la misma sensación.

—Por eso mismo. Ayudó mucho a Amancio —afirmó Francesca, que no lograba del todo justificar lo que acababa de decir.

—Muchos buenos hombres han muerto en esta guerra —se lamentó Guido.

La joven asintió y, al hacerlo, Guido tuvo que contener un gesto de alegría. Hacía bastante tiempo que esperaba que llegase el momento en el que ella aceptara la muerte de Enzo; que dejara ir a ese recuerdo que había minado su relación desde la distancia. Era su momento y estaba decidido a aprovecharlo.

—A veces escucho a tu tía rezar por él —insistió Guido. Francesca asintió mientras observaba impasible como la pena se apoderaba de ella de nuevo.

—Todos lo queríamos —dijo ella con un nudo en la garganta.

—Tranquila, Francesca. Vivirá en nuestros corazones… para siempre.

Más tarde, cuando Francesca se marchó, Guido fue de inmediato a darle la noticia a Pietro, que todavía se estaba recuperando de la borrachera de la noche anterior.

—¿De verdad? ¿Y dices que ha sido esa vieja quien la ha convencido? —preguntó este después de que Enzo le pusiera al día.

—Ya sabes lo agradecida que estaba esa mujer con Enzo, pero no importa. Francesca se ha echado a llorar en mis hombros, llora por él, Pietro. Es el duelo por su muerte, pero yo estoy vivo y dispuesto a recuperar lo que me pertenece. Tendrías que haberla visto. Está más bella que nunca.

—Siempre lo fue.

—En un par de días iremos hasta Sorrento. No pararé hasta conseguirla. Es mi único objetivo —sentenció Guido.

CAPÍTULO 45

ENERO DE 1944

Las Navidades quedaron atrás y un nuevo año se puso en marcha. Una ligera bruma cubría el cielo, distorsionando los apáticos rayos de sol y propagando una luz dorada por doquier, como un relucir gastado. Horas antes habían pasado por allí un gran número de aviones, seguramente aliados, en dirección norte. Santina se levantó sobresaltada en plena madrugada, creyendo que de nuevo Nápoles iba a ser bombardeada. En torno a su pecho sintió una presión que se diluyó con el paso de los minutos; lo tomó por miedo. No obstante, los aviones continuaron su rumbo y desaparecieron en el horizonte. La anciana intentó retomar el sueño, pero se sentía acelerada y demasiado nerviosa para dormir. Finalmente, desistió, se sentó frente a la chimenea y observó las llamas hasta quedar en un duermevela que le hizo perder la noción del tiempo.

Cuando abrió los ojos le sorprendió un vago mareo que le impidió incorporarse. Respiró hondo, hizo acopio de fuerzas y ya sí, se levantó. Seguía sintiendo una presión extraña en el pecho, como si estuviera preocupada por alguna cuestión que era incapaz de recordar. No le dio más importancia. El resto de la mañana transcurrió más o menos normal. Como ya era costumbre desde hacía semanas, sabía que Vania la visitaría poco antes del mediodía. Pese a que era amable con ella, percibía en su mirada una ligera sospecha. La pequeña de las Rinaldi iba hasta allí por un motivo concreto que le provocaba animadversión e incluso hastío cuando ella procuraba forzar una conversación. Sin embargo, Santina no se veía con fuerzas para enfrentarse a ella o para sugerirle que no la visitara tan a menudo.

De nuevo, tuvo que sentarse. El malestar que había experimentado a primera hora de la mañana persistía, aunque consideró que todo se debía a la falta de sueño. Permaneció tranquila hasta que el ronroneo familiar de una motocicleta llegó hasta sus oídos. El corazón comenzó a latirle más deprisa. Rápidamente, obviando su malestar, fue hasta la puerta de la casa y

la abrió con urgencia. Al otro lado, vestido con un uniforme caqui, estaba el soldado que durante meses le había traído el correo. Estaba allí de nuevo y en sus manos sujetaba dos o tres cartas.

—Buenos días, señora. ¿Se había olvidado de mí? —dijo el soldado con una agradable sonrisa. Santina fue incapaz de articular palabra—. ¿Se encuentra bien?

La anciana asintió. La presión en el pecho se redobló.

—¿Hay cartas? —preguntó con cierta dificultad.

—Pues sí, señora, aunque me temo que fueron escritas hace meses. Lamento mucho la tardanza, pero ya estará al tanto de las últimas noticias.

El soldado puso las cartas en las manos de la anciana, que las recogió como si se tratara de una limosna. Para cuando el soldado ya se había marchado, Santina permanecía en la puerta, con las cartas en la mano. Su corazón latía más deprisa. De repente, recordó que Vania llegaría de un momento a otro y cerró la puerta. Las observó con un temblor en sus manos. Eran de Enzo.

Comenzó a respirar de manera acelerada. Francesca… ¿cómo podía avisarle? Eso podía dejarlo para más tarde, lo que primaba era esconder las cartas y dejarlas a buen recaudo. El sonido de un coche la hizo estremecerse. No, Vania no iba en auto, sino andando. Pero ¿y si era ella realmente? Fue entonces cuando experimentó un dolor muy intenso en el pecho que le forzó una mueca en los labios. Quiso caminar, esconder las cartas que sus manos engarrotadas por el dolor estaban estrujando, pero fue incapaz de moverse. Intentó respirar y un nuevo abismo de dolor, esta vez a la altura del estómago, le doblegó las rodillas y la hizo caer al suelo. La vista se le nublaba y el dolor se incrementaba o decrecía de manera cruel, como si alguien la estuviera apuñalando y recreándose en su sufrimiento. Finalmente, las fuerzas le abandonaron y la oscuridad se hizo definitiva.

~

Guido afirmaba a Pietro que sería ese año, 1944, cuando Francesca y él se casarían. A su juicio, Francesca había asimilado que Enzo era parte del pasado. Además, sus visitas a Sorrento habían pasado a ser diarias y no tenía impedimento en afirmar que su intención era intentarlo una vez más con ella. Su decisión sorprendió a todos, especialmente a Matilde, que interpretó el cambio de actitud del joven como una muestra inequívoca de su madurez. También tuvo en cuenta los pésimos augurios en torno al destino de Enzo.

En cuanto a la conversación que tuvo Francesca y Guido, donde esta relacionó a Santina y la muerte de Enzo, al parecer no tuvo mayor repercusión, sin embargo, este le preguntó a Vania qué relación mantenía su hermana con la mujer. Vania le contestó que Francesca le hacía compañía, le ayudaba con las tareas y le llevaba comida. Esto no fue nada nuevo para Guido, pero igual le pidió a Vania que visitara a Santina con cierta regularidad.

Como cada semana, Vania, cumpliendo la petición de Guido, fue a la casa de Santina, para ver que todo estuviese en orden. Esta supo qué ocurría algo nada más tocar la puerta y no tener respuesta. Su intuición la puso alerta. Dio un rodeo a la residencia hasta que vio por una de las ventanas el cuerpo inerte sobre el suelo. Al principio se asustó y emitió un grito ahogado, aunque segundos después la contempló con un extraño morbo. Pensó en qué debería hacer. Por una parte, deseaba ser ella la portadora de la noticia, sin embargo, también dudaba de si debía comunicárselo primero a Guido. Estaba a punto de marcharse cuando se fijó que, en sus manos, sujetaba lo que parecían ser unas cartas. Las reconoció de inmediato, pues eran semejantes a las que habían recibido de Enzo. Sin mucha dificultad abrió la ventana y entró en la vivienda. Se acercó al cuerpo de Santina y se fijó en su mirada perdida. Estaba muerta. Después, se agachó y cogió las cartas.

—¡Oh, Dios mío!



En la casa de los Costa el ambiente estaba tenso, Vania había llevado las cartas, sin siquiera abrirlas. Al llegar, Guido, Pietro y Vania se encerraron en el despacho. Minutos después, las últimas tres cartas de Enzo estaban puestas sobre la mesa, como si se trataran de piezas de una cacería. Junto a una de las paredes había restos de cristal de un vaso que Guido había estampado contra el suelo, iracundo tras comprobar la mentira en la que había vivido durante tanto tiempo. Virgilia había acudido inmediatamente después de escuchar el golpe, pero Guido le gritó de mala manera para que se marchase.

—La última carta es de noviembre de 1942, Guido. Hace más de un año que Enzo la escribió. Que hayan llegado hoy no significa que siga con vida —dijo Pietro—. En esta última carta todavía continuaba en el frente, al norte de Stalingrado. Los muertos se cuentan por decenas de miles. Sé razonable.

Guido, con los ojos enrojecidos, se giró hacia él.

—¿Razonable? ¿Después de que esa desagradecida me engañase como un imbécil me pides que sea razonable?

Vania, que estaba presente, no se inmutó. Hasta ese momento, nadie, salvo ellos tres, sabían de la muerte de Santina y pese a que había transcurrido apenas una hora, a Vania comenzaba a pesarle ese macabro secreto. Pietro la observó y entendió que la joven estaba un poco afectada. Le hizo un gesto a Guido para que se calmase, pero este no entraba en razón.

—Enzo le pide constantemente que rompa el compromiso —exclamó Guido señalando a las cartas—. ¡Mi propio primo!

—Seguramente haya fallecido. Entiendo tu indignación…

—¡Esa maldita! —gritó Guido, rojo de ira.

Por primera vez Vania se atrevió a participar en la conversación.

—¿Por qué no te olvidas de ella? No te mereces que una mujer te trate así.

Aquellas palabras implosionaron en la cabeza de Guido, que se sintió estúpido. Una parte de su ser odiaba a Francesca y acabó consumiendo los últimos restos de afecto hacia ella. Pero otra, oscura y sibilina, resurgió; ya lo había pensado antes, cuando se encontró con Francesca más allá de la finca. Ese deseo, carnal y

desinteresado, persistía e incluso crecía. Centrado en esos pensamientos, se acercó a Vania mientras se recreaba en el parecido entre las dos hermanas.

—Porque deseo a Francesca. La deseo y tiene que ser mía, pase lo que pase. ¿Me has entendido?

Vania asintió en silencio, intimidada por cómo los ojos de Guido se posaban en ella. Pietro, incómodo por la actitud de su amigo, insistió en que se calmara.

—Desde la muerte de mi padre han sucedido muchas cosas. Estuvimos cerca de la ruina, pero conseguimos salir adelante. Mi hermana Bianca decidió salvar el mundo por su cuenta, no la culpo, pero fue un acto de egoísmo hacia mí y lo que significa el apellido de los Costa. Por tanto, mi juicio puede considerarse el único correcto. Puedo hacer feliz a Francesca, mucho más que Enzo, en el supuesto caso de que continuara con vida. Esas cartas demuestran su ruindad, capaz de pasar por encima de quien le ayudó cuando más lo necesitaba. ¿Qué clase de hombre sería si permitiera que Francesca acabara en sus brazos? No, jamás me lo perdonaría. Quiero a Francesca y no pienso parar hasta conseguirlo.

Pietro y Vania se miraron.

—Entonces mi hermana puede considerarse afortunada —dijo Vania. Guido le agradeció sus palabras.

—Ahora no podemos permitir que el recuerdo de Enzo se interponga entre nosotros. Pietro, ¿habrá manera de conseguir algún documento que acredite el fallecimiento de mi primo?

Este arqueó las cejas. En los últimos meses habían cambiado tantas cosas que era difícil saber hasta dónde podía llegar la influencia de su padre. Aunque en temas burocráticos, el dinero seguía abriendo todas las puertas.

—Se puede conseguir.

—Pues disponlo todo para tenerlo lo antes posible. Con ese certificado acabaremos de una vez con este tema —decretó Guido. Después se giró hacia Vania—. Tu madre y Renato van a reemprender la venta de licor de un momento a otro, ¿no es así?

La joven asintió.

—Bien. De eso me encargaré yo.

Nunca Guido dispuso con tanta seguridad, consciente de lo que tenía que hacer, cómo y cuándo.

CAPÍTULO 46

MAYO DE 1944

La noticia de la muerte de Santina llegó a Sorrento horas después de la reunión que mantuvieron Vania, Guido y Pietro en la finca de los Costa. Fue la pequeña de las Rinaldi, acompañada por el propio Guido, la que les dio la noticia.

Vania les contó que encontró a la anciana cuando acudió a visitarla y que después, asustada y al borde de un ataque de histeria, fue en busca de Guido. Una vez este la tranquilizó, fueron hasta la casa de Santina y avisaron a las autoridades.

—Pietro se ha quedado con ellos, pero Vania deseaba regresar cuanto antes —dijo Guido con gran dramatismo, sin quitar sus ojos de Francesca, a la que consoló inmediatamente después con un abrazo. Para Francesca fue un golpe demoledor y, de alguna manera, el fin de la única oportunidad para volver a saber de Enzo. Era como si el destino se esforzara por mostrarle que Enzo formaba parte del pasado, que él, Santina y Amancio ya estaban juntos, unidos por la desgracia y la muerte.

Enseguida fueron todos a la casa de la mujer para mostrarle sus respetos, aunque Francesca sufría el silencio de que alguien pudiera encontrar alguna carta extraviada o alguna pista de su correspondencia con Enzo. Ese temor, unido a la pena, se adueñó de su rostro, que se mostraba pálido e inexpresivo. Durante las varias horas que estuvieron en la casa de la difunta, Francesca ni siquiera podía hablar a causa de los nervios.

El funeral se celebró dos días más tarde. A él acudió un pariente lejano de Santina que se hizo responsable de la renta de la casa, por la cual pagaba un alquiler mínimo. Una semana después de su muerte, no había rastro de ella. Sus pocos enseres habían desaparecido y del pariente que acudió al funeral no volvió a saberse más.

Para Francesca fue un duro golpe del que le costó recuperarse y que la llevó a pensar mucho en Enzo. Por otro lado, Guido se ofreció desinteresadamente para ayudar a Renato y Matilde con la venta del

licor. También les ofreció la próxima cosecha de limones por un precio irrisorio a cambio de que ellos se encargaran de la recolección y el transporte de la fruta. Pietro, que no supo de esto hasta una vez ya cerrado el acuerdo, se llevó las manos a la cabeza.

—Pero es la única fuente de ingresos que tienes en este momento, Guido. Deberías ser más prudente a la hora de tomar esas decisiones —le recriminó. No obstante, su amigo estaba cegado y con un único objetivo en mente.

—En los últimos años, he ganado suficiente para permitirme tomar esta clase de decisiones. Lo más importante ahora es conseguir el favor de Matilde y también de Renato.

Este, por tanto, no pudo negarse. Junto con Matilde, sus hijas y algunos trabajadores cosecharon el fruto a finales de marzo y lo guardaron en un almacén que Renato había alquilado para comenzar a producir licor en mayores cantidades. A su vez, contactó con amigos suyos que habían emigrado a los Estados Unidos con el objetivo de poner en el mercado las primeras partidas de licor.

Pero la agudeza de Guido había ido más allá, ya que orquestó su plan con sumo cuidado. Pietro le entregó el certificado que hacía oficial el fallecimiento de Enzo allá por febrero, pero este esperó hasta que todas las Rinaldi estuvieran en la finca para anunciarles la llegada del funesto documento. Lo calculó todo con exactitud e incluso pensó en las palabras que utilizaría para ello.

La oportunidad se dio a finales de abril. Quedaban ya pocos árboles por cosechar. La temperatura agradable y las buenas noticias que llegaban desde el frente había calado en el humor de todos. Además, estar allí, en la finca de los Costa, después de todo lo que había sucedido, era una señal inequívoca de que la vida continuaba y de que el bien, tarde o temprano, siempre renacía. Guido observó la estampa desde la ventana del despacho y sonrió con ironía. Todos daban por oficial la muerte de Enzo e incluso habían celebrado una misa por él, pero faltaba el último toque, el certificado oficial que acabara de una vez con todas las esperanzas que Francesca pudieran aún albergar.

—¿Lo vas a hacer ahora? —preguntó Pietro al ver a su amigo con el documento en las manos.

—Es lo mejor para todos —contestó. Sin embargo, un extraño pensamiento le borró la sonrisa de los labios. Aquello era una farsa. Ni el documento ni todo el tiempo que había transcurrido sin tener noticias de Enzo podía garantizar que este hubiera fallecido. El caos referente a los soldados italianos que lucharon en el frente ruso era conocido por todos. Pese a que Mussolini ordenó el regreso de las tropas, muchos habían caído en manos de los soviéticos y otros habían huido. Con el semblante serio, salió del despacho y para cuando puso sus pies en el exterior y el sol de la primavera cayó sobre sus hombros, su rostro se había transformado por completo.

Enseguida Matilde se percató de que había sucedido algo, al ver el gesto compungido de Guido mientras este avanzaba con un papel en sus manos. El culmen de su dramatismo fue cuando, sin decir nada, mostró el documento como si fuera su mismo corazón lo que sujetaba. De manera disimulada, su atención se centró por completo en Francesca.

No obstante, el certificado de la muerte de Enzo no fue el esperado por Guido, ya que todos, a excepción de Francesca, lo habían dado por evidente. En cuanto a esta última, sintió un arrebato de pena que pudo controlar respirando profundamente y soltando un largo suspiro.

—Rezaremos por su alma una vez más —ordenó Matilde. De manera innata, miró a Francesca. Lucrecia y Vania hicieron lo mismo.

—Es lo mínimo que podemos hacer —dijo Francesca, disimulando que ignoraba la atención que despertaba.

Guido, con los brazos en jarra, cabeceó como si quisiera decir algo y no encontrara las palabras idóneas.

—¡Qué tremenda desgracia! Había pasado mucho tiempo, pero, aun así, en el fondo todos albergábamos esperanzas de que regresara. —Sus palabras hubieran sonado cuanto menos desconcertantes meses atrás, pero la guerra y el cambio que había mostrado sepultaron las diferencias que le separaron de su primo el tiempo previo a su marcha. Nadie, salvo Francesca, parecía acordarse de sus discusiones, sus reproches o la tensión que se

respiraba cuando ambos coincidían. De ser así, nadie le habría dado crédito a las palabras que Guido le había dedicado a su primo.

La confirmación de la muerte de Enzo puso fin al trabajo de aquella jornada. Guido, actuando como el anfitrión de un pomposo velatorio, ordenó a Virgilia que sirviera algo de beber para brindar por su valiente primo.

—Podríamos brindar con el licor de limón —sugirió Vania, haciendo referencia a todo el tiempo que el joven había pasado trabajando en la cosecha. A todos les pareció una buena idea y así hicieron. Guido llevó la voz cantante y tras el brindis, contó anécdotas de cuando ambos eran niños, de lo mucho que se divertían juntos, enterneciendo su propia figura como si pretendiera demostrar que su sufrimiento por la muerte de Enzo recaía exclusivamente en él.

Guido terminó muy satisfecho de cómo había transcurrido la jornada.

—Acabamos de enterrar a mi querido primo —le decía a Pietro una y otra vez, cada vez más achispado por el vino. Renato, Matilde y las demás habían regresado ya a Sorrento—. Pronto Francesca aceptará comprometerse conmigo de nuevo y esta vez, la boda será inmediata.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Acaso han hablado a solas? —preguntó Pietro, que cada vez se sentía más incómodo con su amigo.

Hasta hacía poco lo había manejado a su antojo, aprovechándose de su desesperación por las deudas de la familia. Se había convencido, erróneamente, de que siempre lo tendría comiendo en su mano, pero Guido había sacado a la luz una inteligencia y astucia que parecían haber sido heredadas de su padre. Por ejemplo, si antes se dejaba llevar y bebía siempre animado por Pietro, ahora sabía controlarse o incluso simulaba estar bebiendo cuando en realidad no hacía más que mojarse los labios. En más de una ocasión Pietro se encontró totalmente ebrio mientras Guido estaba fresco como una rosa. «No sé durante cuánto tiempo nos será útil», le había dicho Pietro a su padre, advirtiéndole de que cada vez

resultaba más complicado controlar a Guido. Su plan referente a Francesca, urdido por él, era una muestra más de su independencia.

—Los limones, querido amigo. Podrán fabricar mucho licor, ¿no es así?

Pietro seguía sin comprender y su rostro así lo reflejaba. Guido continuó:

—Mi intención es que el maldito negocio de licor se eche a andar cuanto antes. Realmente lo deseo, porque será entonces cuando alguno de tus amigos, los mismos que se encargaron de Amancio o te protegían en aquella casa en mitad de la nada, incendie el almacén y destruya hasta la última botella. Será un golpe terrible, demoledor; habrán invertido hasta la última lira. En ese momento, pediré la mano de Francesca, a la que no le quedará más remedio que aceptar.

Pietro tragó saliva.

—¿Cuándo planeas que sucederá todo esto?

—A finales de verano. Septiembre es una buena fecha para casarse, ¿no es así? —dijo Guido con una amplia sonrisa. Obviamente, todavía le escocía las muchas veces que Francesca había pospuesto la boda.



Guido tan solo tenía que esperar para que sus planes fueran haciéndose realidad poco a poco, como una semilla que brota introduciendo las primeras raíces en la tierra húmeda. Ante la gran cantidad de limones cosechados, el calabrés optó por rentar un almacén que al mismo tiempo emplearía como destilería y oficina.

—Es una inversión grande —le decía Matilde.

—Saldrá bien, Matilde. Confía en mí —pidió Renato, que mantenía el contacto con los parientes que habían emigrado a los Estados Unidos.

Ellos se estaban encargando de conseguir los documentos necesarios para descargar el licor en Nueva York, mientras que Renato tenía que conseguir los permisos de exportación del gobierno

Italiano, lo que resultaba tremendamente complicado por entonces. El país estaba en guerra, dividido en dos y el funcionamiento de las instituciones era nulo. Sin embargo, un detalle muy curioso es que el calabrés mantuvo en secreto ese punto. Nadie, ni siquiera Matilde, estaba al tanto de la posible venta del licor a los Estados Unidos. El secretismo por parte de Renato se debía a su instinto y a los años de experiencia en el mundo de los negocios. Una de las reglas fundamentales era saber cuándo hablar de más y cuándo hablar menos. Por supuesto, Guido tampoco sabía nada.

CAPÍTULO 47

Miles de kilómetros al norte, concretamente a una improvisada prisión, estaba Bianca y otros partisanos, aprisionados por las tropas del *Duce* y esperaban ser fusilados de un momento a otro.

Al igual que el resto de sus compañeros, ella estaba sentada en el suelo. Hacía rato que había dejado de mirar a Nerón, uno de sus camaradas, que había agonizado durante las últimas horas a causa de las heridas. Los fascistas lo habían dejado morir allí, sin atenderlo, entre horribles dolores, mientras sus amigos y compañeros trataban de hacerle más llevaderos los últimos momentos de su vida. Julio Nantese, que era el verdadero nombre de aquel muchacho, había sido de los primeros en unirse a los partisanos. Su juventud no era impedimento para que luchara con tanto arrojo que rozaba lo temerario. Por eso a Bianca le costaba tanto asimilar que estuviese muerto, con su cara tapada con un pañuelo y un charco de sangre bajo su cuerpo.

—Malditos perros —dijo uno de los camaradas de Bianca. Ella también estaba herida. Una explosión había arrojado una buena cantidad de escombros sobre ella, haciéndola perder el conocimiento. Fue ahí cuando la atraparon. Tuvo suerte de que por su aspecto —pelo cortado al raso— la confundieran con un muchacho, pues había oído lo que los fascistas les hacían a las partisanas que capturaban. No obstante, cuando la encerraron junto con sus compañeros, Bianca no dudó en dar su nombre verdadero, con la mirada desafiante, dispuesta a luchar hasta la muerte antes

de que dejarse violentar por aquellos salvajes. Los soldados se sorprendieron de tener ante ellos a una mujer, pero tras eso, ninguno le prestó más atención y se marcharon. Habían transcurrido cinco horas desde entonces y la primera claridad del día se mostraba en el horizonte.

—Van a fusilarnos —dijo otro joven conocido como Milano.

—Ya veremos —respondió Bianca. A lo lejos, se oían explosiones y ráfagas de ametralladora. Los partisanos seguían presionando y quizás, con suerte, podrían liberarlos. Sin embargo, a medida que transcurría la mañana, el fragor del combate se silenció y el canto de los pájaros lo reemplazó. El combate había terminado.

En el exterior varios coches se detuvieron frente al edificio. El barullo de los soldados llegó de inmediato a los oídos de los apresados.

—Es el pelotón de fusilamiento —dijo Milano arrastrando sus palabras. De inmediato, todos se pusieron de pie como si pretendieran luchar, el último combate de sus vidas. Los soldados fascistas irrumpieron en el interior con gran violencia. Estaban recubiertos de suciedad, exhaustos. El oficial, que lucía de manera tan penosa como sus subordinados, abrió la puerta donde estaban encerrados los partisanos.

—¿Quién es? —le preguntó a sus hombres. Uno de los soldados señaló a Bianca con el fusil. La joven contuvo la respiración. El oficial la miró fijamente.

—¿Cuál es tu nombre?

Bianca no se inmutó y el oficial se exasperó.

—Se lo dijiste a uno de mis hombres no hace mucho. Si te vuelves a negar, haré que maten a estos desgraciados delante de tus narices —amenazó el oficial.

—Bianca Costa.

El oficial no quitó los ojos de ella.

—¿Bianca Costa? ¿De dónde vienes?

El temor a las represalias le hizo guardar silencio de nuevo. El oficial, cansado, sacó una pistola y disparó al cuerpo sin vida de Nerón.

—El próximo tiro irá para ti —dijo apuntándole a la cabeza.

—Vengo de Sorrento —susurró la joven agachando el rostro para ocultar sus lágrimas.

El oficial, satisfecho por la información, guardó el arma y suspiró.

—Ahora atiendan por qué si no siguen las instrucciones al pie de la letra, abriremos fuego, ¿entendido? Ya han muerto demasiados italianos como para que encima continuemos matándonos entre nosotros. Nos vamos a marchar, pero dejaremos las puertas abiertas. Esperen unos minutos, después salgan y diríjanse hacia el sur, ¿ha quedado claro?

Las palabras del oficial pillaron a los partisanos por sorpresa.

—No vamos a huir, fascista —sentenció Milano. El oficial se giró hacia él.

—Si siguen las indicaciones, la guerra para ustedes se ha terminado. Hagan lo que quieran. Tú —dijo señalando a Bianca—, te vienes con nosotros.

La joven no comprendía nada, pero pese a que se negó, nada pudieron hacer sus camaradas por evitar que se la llevasen. Bianca luchó, se resistió, pero al cabo de unos pocos segundos estaba tirada junto a uno de los coches. Si alguno de los soldados se acercaba, ella se revolvía.

—No vamos a hacerte nada —dijo el oficial mientras encendía un cigarrillo. Le ofreció uno a Bianca, pero esta lo rechazó.

—¿Por qué me llevan?

—Eres valiente, eso lo reconozco, aunque seas una… muchacha. Sí, más o menos de la edad de mi hija. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintipocos? En fin, eso no importa ahora. El caso es que mis hombres y yo estamos cansados de esta maldita guerra. En estos momentos hay italianos luchando contra italianos, alemanes luchando contra italianos e italianos luchando contra alemanes y otros italianos. Es una locura. —Dio la última calada al cigarrillo y la tiró al suelo—. Si tus amigos me obedecen, sobrevivirán a la guerra. Mussolini está acabado.

Bianca no comprendía nada. Por primera vez se preguntó si habría ocurrido algo durante los últimos días.

—No sabes nada, ¿verdad? —Se adelantó el oficial como si le hubiera leído la mente—. Roma es de los aliados.

Bianca se quedó boquiabierta, pero el general aún guardaba importantes novedades.

—Seguro que también te alegra saber que los aliados han desembarcado en Francia —dijo el oficial con una desconcertante sonrisa—. En una región llamada Normandía. El ejército alemán no podrá resistir en tantos frentes.

La joven estaba incrédula. Demasiadas buenas noticias en tan poco tiempo.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Bianca.

—Oh, tu familia tiene cierto prestigio. A los oídos de algún superior ha llegado la noticia de que estás aquí, que tu padre era un tal Donato Costa y quiere enviarte a casa. Tus amigos tendrán que buscarse la vida, pero tú tienes plaza en un convoy que partirá hacia el sur en cuanto las cosas se calmen un poco. Mientras tanto, no te preocupes; no correrás peligro. Es un intercambio de prisioneros acordado con los americanos, que son quienes dirigen el cotarro ahora.

Bianca nunca se tomó en serio la posibilidad de regresar a casa hasta ese momento. En su interior despertó la necesidad de ver a Lucrecia de nuevo y de aclararle lo que había sucedido entre ellas. Esto implosionó en su interior con tal intensidad, que no dudó ni por un instante en aceptar la oferta de aquel oficial.

Aquel intercambio de prisioneros del que le había hablado el oficial a Bianca se retrasó durante casi dos meses, durante los cuales esta se prestó a servir como voluntaria en un hospital de campaña.

—Están esperando un grupo de soldados italianos que también van regresando de camino al sur. En cuanto lleguen, partirás con ellos —le informó el oficial días después. Por entonces, Bianca vivía en casa de una familia que estaba encantada de acoger a una jovencita antes de que a un soldado americano.

—¿Los licencian? —preguntó extrañada. La guerra en Italia no estaba para desprenderse de soldados.

—Sirvieron en el frente ruso incluso después de que Mussolini ordenara la repatriación de las tropas. Los alemanes les han permitido volver a casa. No son más que unos cientos. Por su parte, todo soldado que deponga las armas y cruce la frontera es un

soldado menos contra el que luchar, al menos así piensan los americanos —dijo el oficial.

—¿Cuándo llegarán?

El oficial encogió los hombros.

—Ahora mismo están en Venecia, embarcados en un mercante. En cuanto las condiciones sean seguras, navegarán hasta Ancona. Lo más probable es que te reúnas con ellos en Roma y de ahí partan hacia el sur. Mientras tanto, considera esto como unas vacaciones.

CAPÍTULO 48

AGOSTO DE 1944

Francesca entró en casa y con esquiva habilidad evitó todo atisbo de conversación hasta que llegó a su habitación. Una vez allí, cerró la puerta y se refugió en el silencio. El calor y el estado de nervios en el que se encontraba provocaban que su rostro estuviera perlado de sudor. Guido había vuelto a pasar la mañana con ella. Habían ido al mercado, después habían paseado y por último la había acompañado hasta casa. No se había separado ni un centímetro de ella, procurando entablar una conversación continuamente e ignorando las lacónicas respuestas por su parte. Ya no tenía ninguna duda de que Guido tenía la intención de retomar la relación, pero, aunque eso podía más o menos comprenderlo, lo que más le preocupaba era esa sensación de seguridad que transmitía en cada gesto, en cada palabra. Esa seguridad jamás había estado presente en Guido, ¿qué había cambiado? Francesca pensó mucho acerca de ello y llegó a la conclusión de que siempre vio a Enzo como una amenaza. La relación cercana que mantenían cuando ellas llegaron a la finca no tardó en convertirse en rivalidad, pero con la muerte de Enzo, Guido se había librado de él.

Pero eso le provocaba un rechazo inmenso. Además, sus sentimientos por Enzo todavía bullían en su interior y pese a su supuesta muerte, no era capaz de ignorarlos.

Poco después, Guido llegaba a la finca, satisfecho porque todo se estuviera desarrollando según lo había planeado. Ya le había comentado al calabrés la posibilidad de ayudarle a conseguir un comprador para el licor y aunque Renato no le había confirmado nada, Guido confiaba en que terminara aceptando. Mientras tanto, Pietro ya tenía todo preparado para que uno de los hombres que trabajaba para su padre convirtiera en cenizas el almacén. Justo después de que Renato aceptara, Guido volvería a pedir la mano de Francesca. No se mostraría impaciente o disgustado si la joven se negaba. Si eso sucedía, todo el licor fabricado hasta el momento quedaría destruido, Renato con una gran deuda y el futuro de todos

ellos dependiendo de la generosidad de Guido, siempre que Francesca aceptara casarse con él.

Por esos días, Pietro había regresado a Nápoles junto a su familia para reinstalarse y recuperar en medida de lo posible sus antiguos negocios, por lo que Virgilia y Guido se encontraban a solas en la finca. La relación entre ambos también había cambiado mucho. Pese a que Virgilia vivió los últimos años de Donato y su fuerte carácter, Guido le resultaba mucho más insoportable. Siempre creyó que con él las cosas serían diferentes, pero este había asimilado lo peor de su padre junto con las malas costumbres de Pietro, a quien Virgilia detestaba profundamente.

—¿Cómo va, Virgilia? El almuerzo huele de maravilla —dijo Guido. Virgilia no se emocionó. El carácter del joven era volátil, como una veleta en un día ventoso.

—Se lo agradezco. —Había dejado de referirse a él de una manera cercana, lo que para ella era una muestra dramática de su malestar hacia él. Guido ni siquiera se había percatado de ese detalle—. ¿Ha estado con mi sobrina?

—¿Con Francesca? Por supuesto. Puede que este tiempo que hemos estado separados nos haya servido para saber qué es lo que deseamos respecto al futuro. ¿No es una buena noticia?

Virgilia asintió con una sonrisa forzada en los labios. Pocas veces solía mentir de manera tan descabellada y pensaba disculparse ante Dios más tarde. Sin embargo, no quería que Francesca se uniera a Guido; este había cambiado mucho.

—Casi tan buenas como las que no llegan por la radio —dijo la anciana.

Guido levantó las cejas.

—¿De qué han informado en el último parte?

—Dicen que las tropas aliadas están a pocos kilómetros de París. La ciudad está a punto de ser liberada.

—Sí que son buenas noticias —celebró Guido. Para el joven, que estaba convencido de que su futuro iba de la mano de sus cábalas, aquello era positivo.

Tras el almuerzo se retiró a su despacho y valoró distintas opciones de inversión. El final de la guerra se aproximaba y quería

estar preparado para estar operativo cuando el comercio cobrara pulso de nuevo. Estuvo entretenido un buen rato hasta que Virgilia le avisó de la llegada de Vania.

—Vaya… mi futura cuñada. Pietro no ha regresado todavía de Nápoles —le informó sin retirar la mirada de los documentos que tenía sobre la mesa.

Vania, a diferencia de otras ocasiones, se mostró seria. La pequeña de las Rinaldi estaba al tanto de las intenciones de Guido y pese a que le preocupaba el riesgo que corrían todas ellas si Francesca se negaba a casarse, esta vio ese matrimonio como la única opción de encontrar un marido acorde a sus expectativas. Tanto Pietro como Guido le había lisonjeado hasta tal punto que la joven se había convertido en un peón en manos de ambos. Guido la utilizaba para conocer hasta los detalles más íntimos de la vida de Francesca, mientras que Pietro se aprovechaba de su cuerpo con fútiles promesas acerca de su futuro. Esto exacerbó el oportunismo de Vania, que además se alimentaba del hecho de que su hermana mantuvo a escondidas una relación con Enzo mientras ella, como una estúpida, iba alardeando de cada carta que le enviaba; cartas que muy pocas veces fueron respondidas por Enzo. Por ello, la animadversión hacia su hermana se convirtió en un estimulante para confiar plenamente en Guido.

—Hace tiempo mencionaste que deseabas casarte lo antes posible. ¿Cuándo le pedirás la mano a mi hermana?

Guido se sorprendió del tono empleado por Vania.

—¿Desde cuándo te tengo que dar explicaciones?

Vania apretó sus labios hasta que estos palidecieron.

—Porque no quiero que mi hermana siga soltera en el supuesto caso de que Enzo regrese.

Aquellas palabras fueron un puñal para Guido, que se estremeció y dio un golpe en la mesa para dejar claro que no iba a tolerar que Vania le hablase de esa manera.

—¡No quiero oír más estupideces! ¿Acaso Enzo no está muerto? Maldita la hora que ese desgraciado apareció en mi vida —dijo con contundencia. Vania no se achantó.

—Sabes tan bien como yo que el certificado era falso y que hay miles de soldados italianos hechos prisioneros por los rusos —indicó Vania con frialdad.

Guido entró en cólera, pero más allá de la posibilidad de que Enzo continuara con vida, lo que realmente le enfureció fue la facilidad con la que Vania lo había llenado de dudas. Ella lo percibió y aumentó la presión.

—Puede tardar meses o incluso años, pero hay una pequeña posibilidad de que regrese y si no haces nada, te lamentarás el resto de tu vida.

Guido no lo soportó más. Se acercó a Vania y la abofeteó. La joven, impertérrita, se quedó mirándolo fijamente. En ese momento, Guido se sintió excitado ante la imagen de Vania, que tanto le recordaba a la de Francesca. Dejándose llevar, le sujetó el rostro y la besó con violencia, creyendo que sus labios serían también semejantes a los de su hermana. Sin embargo, al no ser así, se separó de ella asqueado y Vania se quedó callada y confusa.

Entre ambos se instauró una tensión anómala.

—¿Eso es lo que querías? Mírate. Ofreciéndote.

Los ojos oscuros de Vania relucieron.

—Te estoy advirtiendo, Guido.

Después, se marchó.

Guido se había sobrevalorado, pues en ese momento, alterado y confuso, echó de menos no tener a su lado a Pietro para pedirle consejo. No tardó mucho en convencerse de que Vania estaba en lo cierto y precipitó sus planes. Al día siguiente pediría la mano de Francesca.

Esa noche no pegó ojo. La impaciencia lo devoraba hasta que finalmente, a las diez de la mañana, se encaminó hacia Sorrento. Pese a que disponía del coche, prefirió caminar para aclarar sus pensamientos. Sintió una punzada de dolor al pasar frente a la antigua casa de Santina, que se había convertido en símbolo de la traición que había sufrido. No obstante, se esforzó por alejar esos pensamientos y mostrarse alegre; estaba punto de pedir la mano de la mujer que tanto deseaba y, según creía, nada podría oponerse a su matrimonio.

Al llegar, se encontró con toda la familia. Aceptó una taza de café y tras una conversación que giró en torno a los últimos acontecimientos de la guerra, le dijo a Matilde que debía tratar un asunto importante. Los dos se retiraron, dejando a los demás intrigados y a Francesca, especialmente preocupada.

—¿Por qué querrá hablar a solas con mamá? —preguntó esta. Vania miró a su hermana con una sonrisa traicionera.

—Tú mejor que nadie deberías saberlo.

Las palabras de su hermana se tradujeron en un miedo irracional y nervioso que difícilmente pudo contener. Enseguida sus hermanas comenzaron a tratar la posibilidad de que Guido pidiera la mano de Francesca.

—Desde luego te debe de querer mucho, Francesca, y más teniendo en cuenta lo que sucedió. Los hombres suelen ser orgullosos —dijo Lucrecia. Esta, conocía pesar de conocer el secreto de Francesca, creyó que en los últimos meses su relación con Guido había renacido. Todos lo pensaban a excepción de ella misma, que había sido atrapada con su propia mentira.

La espera se hizo eterna y hasta Renato parecía nervioso, lo que era cuanto menos extraño. Caminaba de un lado a otro con las manos en los bolsillos.

—Obstinado como su padre. Es la seña de los grandes hombres... o de los dementes —dijo el calabrés, susurrando sus últimas palabras. Francesca dijo para sí misma que estaba más de acuerdo con lo segundo.

Tras veinte minutos, Matilde y Guido regresaron. Matilde pidió a Renato, Vania y Lucrecia que los dejaran a solas.

Francesca aguardaba mientras se sujetaba las manos para no mostrar su temblor. A su parecer, Guido sonreía de manera estúpida.

—Francesca, Guido me ha trasladado su intención de prometerse contigo. Por mi parte, que es el de una madre que desea lo mejor para su hija, no puedo más que dar el visto bueno. Se ha sincerado y me ha expresado, sin la particular vergüenza de los hombres respecto a estos asuntos, cuáles son sus sentimientos hacia ti.

La joven estaba a punto de colapsar pese a que su imagen era la de una estatua marmórea. Después de mucho tiempo, de idas y

venidas, de muertes, de guerra, de bombardeos, volvía a encontrarse en el mismo punto que años atrás.

Ante el silencio de Francesca, Guido tomó la palabra.

—Sé que debí contártelo primero, pero lo he hecho con la mejor intención. Para mí, Francesca, eres la persona más importante del mundo y tu felicidad es lo que llena mi corazón. Debido a cómo sucedieron las cosas la última vez, me he visto obligado a pedir permiso a tu madre, a Matilde, como muestra de amor y respeto.

Francesca miró a su madre, que la observaba con un gesto tierno y nostálgico. Prácticamente la estaba empujando a sus brazos.

—No me lo esperaba… —dijo al fin, simplemente por la imperiosa necesidad de decir algo.

—Comprendo tu sorpresa, pero, ahora que el fin de la guerra se aproxima, no he podido esperar más —añadió Guido—. Sin embargo, tómate tu tiempo, pues…

El chirrido de unos neumáticos y el rugido de un motor pusieron fin a la conversación. Desde la cocina, donde aguardaban las otras dos hijas y Renato, llegaron los gritos de Lucrecia.

—¿Qué sucede? —preguntó Matilde.

Su hija mayor cruzó el salón a toda velocidad y abrió la puerta: Bianca Costa estaba al otro lado.

CAPÍTULO 49

La repercusión fue tremenda. Bianca le había escrito a Lucrecia avisándole de que se encontraba bien, pero eso distaba bastante de volverla a ver. Por ello, Lucrecia se quedó observándola durante unos segundos, asimilando lo que estaba sucediendo y lo cambiada que estaba su amiga. Bianca se había dejado crecer el pelo una vez se retiró del frente y este lucía con una longitud de apenas dos dedos. Su rostro era afilado y estaba repleto de cicatrices, pero, sin duda, lo que más había cambiado era su mirada. A Lucrecia le recordó a la de un animal hambriento que busca su siguiente presa, que debe estar alerta acerca de los peligros del entorno.

—¿Bianca? —dijo Guido desde el salón como si hubiera visto un fantasma.

En ese instante, Lucrecia se echó a los brazos de su amiga, abrazándola con todas sus fuerzas y advirtiendo, con cierto reparo, cómo se le notaban los huesos.

—¡No puedo creer que estés acá! —exclamó Lucrecia mientras las lágrimas de felicidad caían por su rostro.

—¡Lo estoy! ¡Lo estoy!

Aquel brote de felicidad se propagó rápidamente, convirtiendo aquello en un mar de abrazos y lágrimas en el que Bianca era la protagonista sin discusión. Sin embargo, aunque estaba feliz por el regreso de su hermana, aquello era un hecho que no había tenido en cuenta hasta ese preciso momento y que suponía una amenaza para sus planes. Además, de repente, su petición había quedado en

un segundo plano. Ni siquiera Francesca parecía recordar lo que estaba teniendo lugar justo antes de la llegada de Bianca.

—¿Cómo sabías que vivíamos aquí? —preguntó Matilde, aunque la presencia de Virgilia respondió su cuestión.

Bianca había regresado a la finca y una vez allí, se reencontró con Virgilia, que rápidamente la puso al día. Sin pensarlo, Bianca montó en el coche de Guido y condujo hasta Sorrento. Tenía muchas preguntas que hacerle a su hermano, especialmente a lo poco que Virgilia le había contado referente a lo que sucedió entre Francesca y él, pero ya tendría tiempo para ello.

—Esta jovencita es una temeraria —comentó Virgilia mientras se secaba el sudor de la frente.

—En la guerra tienes que conducir deprisa, Virgilia —explicó Bianca, asomando de nuevo su personalidad.

Todos rieron. En pocos minutos se sentaron en la mesa y brindaron por su regreso. Era un jolgorio de risas, recuerdos e historias por parte de Bianca. Sin embargo, en determinados momentos, esta borraba la sonrisa del rostro y se quedaba pensativa, ausente, hasta que volvía a la conversación como si ese particular trance no hubiera tenido lugar. Los demás lo advirtieron, pero guardaron silencio, pues pensaron que había visto muchas cosas, las cuales jamás olvidaría.

—Han muerto muchos inocentes —señaló.

Lucrecia trató de consolarla.

—Lo importante es que estás aquí, con nosotros —opinó la hija mayor de Matilde estrechando sus manos. Ante este gesto, Bianca retiró las manos bruscamente, expresando a su vez un gesto de horror.

—Perdona… —dijo Bianca apenas un segundo después, ante la atónita mirada de los demás.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Matilde.

—Sí, es solo… Es como si viniera de otro mundo. Supongo que tendré que acostumbrarme.

—Cuenta con nosotros. No estarás sola —manifestó Lucrecia, consiguiendo que su amiga le dedicara una sonrisa. Una mirada fue

suficiente para que ambas supieran que no habían olvidado lo que sucedió entre ellas; aquel beso que desencadenó su marcha.

Entonces Matilde, consciente de que Bianca necesitaba un poco de tiempo, tomó las riendas de la conversación y comenzó a poner al día a la recién llegada, aunque contándole todo de manera amena y buscando la complicidad de los demás, que se entregaron a la causa con el fin de que Bianca recuperara la sonrisa.

Pero una vez más, Guido no hacía más que actuar, pues a medida que transcurrían los minutos era cada vez más consciente de lo que significaba el regreso de Bianca. Era evidente que su hermana no era la misma joven que se había marchado años atrás, sin embargo, eso no hacía más que dificultarlo todo. La advertencia de Vania del día anterior se tornaba más amenazante si cabía. ¿Por qué Enzo no podía regresar de la misma manera que lo había hecho su hermana?

—Qué felicidad que hayas regresado, Bianca. Nos sentimos muy afortunados —dijo Matilde cuando la joven se mostraba ya más calmada.

—Tienes razón. Hay familias que han perdido a hermanos, padres, hijos… Nosotros, en cambio, tenemos la suerte de encontrarnos todos sanos y salvos.

Cuando Guido escuchó a su hermana experimentó un intenso escalofrío. Su cara pálida y sudorosa revelaba una sonrisa cadavérica. Tal y como esperaba, Francesca, frunció el ceño ante esas palabras. Esta, a la que acababa de pedir que se casara con él, no había olvidado a Enzo. Eso se sumaba a que su petición hubiera quedado en un segundo plano, como si se tratara de un asunto nimio. La ira lo templó, prometiéndose que haría arder ese maldito almacén hasta los cimientos.

—Enzo no lo consiguió —dijo Virgilia de manera solemne. Bianca se sorprendió y después comprobó con sorpresa que todos reafirmaban lo dicho por la anciana.

—¿Hablan de mi primo Enzo?

—¿De qué otro Enzo íbamos a hablar? —intervino Francesca.

—No sabemos nada de él desde hace dos años aproximadamente —explicó Lucrecia.

Bianca soltó una carcajada que desconcertó al resto y les hizo preocuparse por la salud mental de la recién llegada, aunque esta no tardó mucho en tranquilizarles.

—Se equivocan.

—¿Cómo dices? —dijo Guido con la mandíbula en tensión.

—Enzo está vivo. —Los ojos de Francesca se llenaron de lágrimas, mientras que el resto esperaban expectante que Bianca se explicase. Guido estaba a punto de colapsar.

—¿Estás segura? —preguntó Renato mientras encendía un cigarrillo con emoción.

Bianca asintió y les relató el motivo de su regreso a casa. Al parecer, algún gerifalte de los fascistas conocía a su padre, a Donato Costa, y cuando llegó a sus oídos que una de las prisioneras era su hija, ordenó que se la llevaran inmediatamente del frente y dispusieran cuanto fuera necesario para llevarla de vuelta a casa. El oficial incluso le aseguró que le habían dado la orden de dispararle en un pie para incapacitarla si ella se negaba. Continuó relatándoles que después tuvo que esperar a un convoy de soldados italianos que regresaban a casa después de luchar en el frente ruso, lo que contaba con el beneplácito tanto de los alemanes como de los americanos. Al parecer había cientos esperando cerca de Venecia para poder regresar a casa, pero que los combates que se daban en la zona hacían muy difícil el traslado hacia el sur.

—El caso es que me guardaron una plaza en el primer convoy que se dirigía al sur. Fueron muchas horas de viaje y acabamos conversando acerca de nuestros destinos y lo que habíamos hecho en la guerra. Todos coincidían en la pesadilla que habían vivido en el este, el frío, el hambre, la muerte… Me acordé de Enzo, que también fue destinado al este y pregunté si alguno lo conocía. «¿Cómo has dicho que se llamaba?», me dijo uno de los soldados. «Enzo Ruspoli», contesté. «Sargento de primera, Enzo Ruspoli. Lo dimos por muerto después de que nos replegáramos, pero la fortuna estaba con él. Está vivo». «¿Vivo?», dije. «Sí, vivo. La última vez que lo vi fue hace un par de días. Éramos un grupo grande de soldados italianos. Los alemanes querían enviarnos de nuevo al frente, pero nos negamos. Amenazaron con ejecutarnos, pero finalmente nos

permitieron continuar hacia nuestra tierra. Sin embargo, cuando llegamos a Italia, nos separaron. Nos dijeron que nos bombardearían si éramos vistos por los aviones de reconocimiento aliados y nos repartieron por la región. Ahí fue cuando nos separamos, aunque puede que en este momento esté embarcado y con rumbo a Ancona».

A medida que Bianca relataba la historia, Francesca sonreía más y más. De repente, volvió sobre ella el candor de su juventud y la gracia tan característica de su figura. Era como la flor que rejuvenece con las últimas lluvias de la primavera.

—¿Está vivo? —exclamó Renato—. ¡No puedo creérmelo!

De nuevo abundaron los abrazos y las lágrimas de emoción. Vania clavó su mirada en Guido hasta que consiguió llamar su atención. Su rostro era duro, implacable. Ni siquiera habían transcurrido veinticuatro horas desde la última vez que hablaron y lo peor que podía pasar para ambos, se había producido. Ni siquiera Matilde parecía recordar que Guido había ido hasta allí para pedirle la mano de su hija, lo que hizo que este se sintiera ridiculizado e ignorado. Pero ¿qué podía hacer? Su hermana había regresado y amenazaba el *statu quo* establecido por él después de tantos años, pero, por si no era suficiente, Enzo estaba vivo y de camino a Sorrento.

Estuvieron charlando durante un buen rato, sin embargo, a medida que Bianca se relajaba, el sueño se iba apoderando de ella. Por tanto, llegó el momento de marcharse. Guido esperaba que su petición volviera a ponerse sobre la mesa, pero ni Matilde ni Francesca comentaron nada al respecto. El regreso de Bianca y la noticia de que Enzo estaba con vida había arrasado con todo lo demás.

Guido llevó a su hermana y a Virgilia a la finca, pero les dijo que tenía que partir de urgencia hacia Nápoles por motivos de trabajo. Bianca lo aceptó sin más, mientras que la atención de Virgilia estaba centrada por completo en los cuidados que la señorita Costa pudiera necesitar.

Cuando Guido dejó atrás la finca, pisó el acelerador a fondo y comenzó a gritar, a golpear el volante, a hacer cualquier cosa que le

permitiera sacar la rabia que sentía en su interior. ¿Cómo era posible que, por cuestión de minutos, o tal vez de segundos, hubiera perdido la oportunidad? Pero eso no era nada comparable con el desplante de Matilde, la cual ni se había dignado en mencionar el tema, como si no mereciera la pena dedicarle un segundo ahora que habían recibido la noticia de que Enzo estaba vivo.

—Esto no va a quedar así —repetía Guido. Estaba tan alterado que ni siquiera tenía claro para qué se dirigía a Nápoles. Tardó un poco de dilucidar que necesitaba hablar con Pietro, la única persona en la que podía confiar y la que podía decirle cuál era el siguiente paso. Tardó varias horas en dar con él, pero, finalmente, estaba en su propia casa. Sin embargo, al verlo tan alterado, su amigo le sugirió que se dirigieran a una taberna de las afueras.

—Sirven buen vino y se ha librado de los bombardeos. En estos tiempos no se puede pedir más.

Guido condujo hasta allí y bebió con avidez hasta que el alcohol lo calmó y le permitió exponer lo sucedido más tranquilamente. Pietro escuchó atentamente, sin disimular su sorpresa por el giro de los acontecimientos. Lamentablemente, él también tenía malas noticias para su amigo.

—Tenemos que hacer lo del almacén, Pietro. Los arruinaré y después me ofreceré como el salvador, solo a cambio de Francesca; es mía. ¡Ante los ojos de Dios y de los hombres me pertenece solo a mí!

El napolitano alzó las manos para pedirle que se calmara. Precisamente, su mala noticia estaba relacionada con el plan del almacén.

—Me temo que no es posible hacer eso, Guido. Me han contado que Renato ha cerrado un trato con un pariente de Calabria que emigró a los Estados Unidos.

Guido miró a su amigo con ojos de fuego.

—¿Qué nos importa eso?

Pietro cogió aire.

—Es un juego demasiado peligroso.

Guido seguía sin comprender.

—¿Quieres hablar claro de una vez?

—Renato ha cerrado la venta del licor con un hombre muy poderoso en Nueva York, un tal Umberto Anastasio. Dicen que tiene bajo su mando a decenas de sicarios que han acabado con la vida de cientos de personas. Un pez gordo al que es mejor no incordiar. No estoy dispuesto a correr el riesgo. Si se descubre quién está detrás del incendio, Anastasio lo tomará por una declaración de guerra.

El destino había terminado de cercar a Guido. Vació el vaso de vino y se escanció más, que apenas le duró unos segundos.

—Francesca tiene que ser mía —dijo sin más. Pietro respiró hondo. Fue entonces cuando una idea pasó por su cabeza, el fugaz recuerdo de lo que le sucedió a uno de los hombres que trabajaba con su padre.

—Tengo una idea, es algo bastante arriesgado, pero que te puede servir. Recuerdo que ocurrió hace unos años —comentó Pietro.

—Estoy perdido si quiero lograr mi objetivo, no veo una salida y no me voy a rendir y dejar que ese par se burle de mí. Habla —pidió Guido.

—Uno de los hombres que trabajaba para mi padre se encaprichó de una muchacha. Pero ella era más joven y no le prestaba atención. Un día, se la encontró a solas por la calle. La llevó a un callejón y la forzó. Era un animal, tozudo como un burro y con menos cerebro que un mosquito. Tuvo suerte de que nadie los escuchara. En cuanto a él, supongo que esperaba que la joven no dijera nada por vergüenza, pero no fue así. Se lo contó a su padre y se armó un gran revuelo. Sin embargo, todo se solucionó con el matrimonio. La joven y él se casaron y no se volvió a hablar más de ello. Viven en algún pueblo no muy lejos de aquí. Creo que tienen dos hijos.

Guido abrió los ojos exageradamente. Aquella idea ya había pasado antes por su cabeza, pero nunca había cobrado una forma tan concreta como en aquel día.

—¿Cómo le llaman a eso? El matrimonio reparador o algo por el estilo —continuaba Pietro—. El matrimonio como absolución.

—Pero sería mía… —susurró Guido. El alcohol abarataba sus palabras.

Pietro lo miró con cierta lástima, consciente de la desesperación de su amigo.

—Se tendrían que casar de una vez —dijo Pietro—. Además, ya estuvo prometida contigo. Quién sabe, puede que el deseo sea mutuo.

Guido sonrió. De nuevo todo volvía a cobrar sentido. Esa era la solución. Era consciente de que no era la manera más sutil de proceder, pero la situación lo requería. Francesca sería mucho más feliz con él de lo que sería con Enzo. No tuvo problema para encontrar cientos de razones para seguir adelante. Era su única oportunidad.

CAPÍTULO 50

SEPTIEMBRE DE 1944

El regreso de Bianca supuso un antes y un después, pero sin ella saberlo, había llevado a su hermano a tomar medidas desesperadas para quedarse con Francesca, la cual se había convertido para Guido en un trofeo, el símbolo de su predominio absoluto sobre los demás.

No obstante, Bianca tardó unos cuantos días en habituarse a la nueva realidad y, sobre todo, a que ya no se encontraba bajo la amenaza de entrar en combate en cualquier momento. Parte de ese proceso de adaptación lo vivió mientras esperaba ser trasladada hacia el sur, lo que explicaba que no le llevara tanto tiempo. Virgilia le comentó a Lucrecia que Bianca solía sufrir terribles pesadillas que la despertaban gritando y sumida en un llanto irrefrenable.

—Solo Dios sabrá lo que esos ojos han visto —decía Virgilia.

Sin embargo, si hubo alguien que no se separó de Bianca fue Lucrecia. Desde el primer momento cuidó de ella, la acompañó y le relató cómo habían vivido la guerra. Le sorprendió que la hilaridad de Bianca fuera a menos con el paso de los días, como si los recuerdos se avivaran en su interior y tuviera que combatirlos de la misma manera que tiempo atrás combatía a las tropas de Mussolini. Pero hubo una cuestión que las dos jóvenes obviaron, pues no sabían quién de las dos tenía la potestad de poner el asunto sobre la mesa. Era el beso, aquella declaración de amor por parte de Bianca que la llevó a alistarse como única manera de escapar.

—Todo es diferente —dijo Bianca mientras paseaba con Lucrecia por la finca, como hacían tiempo atrás—. No sé cómo explicarlo. Supongo que es más cosa mía.

—Debes tomarte tu tiempo, Bianca. Hasta estado fuera mucho tiempo y no precisamente de vacaciones.

La joven sonrió.

—Luchando contra los fascistas. El orgullo de pronunciarlo es irrelevante comparado con el sufrimiento del que ha sido testigo. Tanta muerte…

—No pienses en ello. Eso forma parte del pasado —sentenció Lucrecia—. La paz está más cerca que nunca.

—Tienes razón. —Continuaron caminando en silencio—. Lucrecia…

Ambas se detuvieron.

—Quiero pedirte disculpas por lo que ocurrió. Yo…

Lucrecia le estrechó las manos.

—No tienes que disculparte. Mi reacción tampoco fue la debida. Cuando supe que te habías marchado sufrí mucho. Fue por mi culpa. Podrías haber muerto.

—¡No! ¡No! Fue culpa mía. Yo… lo que siento… No debí hacerlo —dijo Bianca.

Lucrecia le sonrió con ternura.

—Eres mi mejor amiga y una de las personas más importantes de mi vida, pero no siento lo mismo. ¿Me comprendes?

Bianca asintió.

—Lo sé. Saber que pese a todo cuento con tu amistad me es suficiente.

Las dos se abrazaron y permanecieron así un buen rato.

—Pensé que habías muerto —se lamentó Lucrecia derramando las primeras lágrimas.

—Lo siento. Lo siento mucho.



HABÍA TRANSCURRIDO una semana desde el regreso de Bianca y continuaban sin tener noticias de Enzo. Francesca estaba cada vez más alterada e incluso había días en las que paseaba sin cesar de un lado a otro por si acaso Enzo había olvidado el camino hasta la finca. Era una idea absurda, pero le reconfortaba más que el quedarse sin hacer nada, esperando como los últimos años.

—Está muy nerviosa —dijo Renato haciendo un ademán hacia la ventana, a través de la cual se veía a Francesca alejándose por la calle con un paso apresurado.

—Ninguno esperábamos que Enzo estuviera vivo —respondió Matilde. El calabrés asintió.

—Guido te pidió su mano, pero no le respondiste.

Matilde suspiró.

—Cualquiera con dos dedos de frente sabría que no es necesario. Además, él se marchó sin mencionar nada al respecto. Puede que Francesca le tuviera cariño en su día, pero estoy segura de que sus sentimientos hacia Enzo son más intensos. No, Guido ha hecho bien en retirarse.

Sin embargo, Guido no se había retirado. Por aquellos días ultimaba los detalles del plan que le iba a permitir que Francesca se convirtiera en su esposa. Todo estaba dispuesto.

—Mi hermana apenas para por casa en estos días. Lo está esperando —le dijo Vania. Sin embargo, a Guido no le importó. Aquello jugaba en su favor. Lo único que podía echarlo todo por la borda era la llegada de Enzo, por lo que tenía que actuar deprisa. Además, Vania estaba dispuesta a hacer lo que fuera, ya que estaba convencida de que Enzo se decantaría por ella. Era su oportunidad para arrebatárselo de una vez a su hermana.

—Tenemos las de ganar en este asunto —explicaba Guido—. Sabemos que Enzo y Francesca se carteaban a escondidas y que Santina era quien recibía las cartas desde el frente. Por tanto, vamos a utilizar el secreto en contra de Francesca. Esa casa está prácticamente abandonada, pero aun así la he rentado para este propósito. Tú, Vania, se lo dirás con cierta discreción a tu hermana y le dirás que todavía quedan cosas de Santina ahí. Francesca intentará mantener el secreto y acudirá de inmediato, donde yo me encargaré de ella. Después de que suceda, quiero que te encargues de dejarle claro que casarse conmigo es la única opción que le queda.

Pese a que Vania era consciente del significado de ese «yo me encargaré de ella», no le importó en absoluto. Pietro y ella habían hecho el amor en numerosas ocasiones y consideraba que no había nada mejor que sentirse amada por un hombre. Francesca estaba a punto de descubrirlo.

—Asegúrate de que venga sola —insistió Guido—. Pietro se asegurará de que nadie nos moleste.

—¿Qué sucederá después? —preguntó Vania.

—Tu hermana y yo nos casaremos —sentenció Guido.

No obstante, este ya había hablado con Pietro. Este había pagado a varios jóvenes para que corrieran la voz de que habían visto a los dos jóvenes en una actitud demasiado cariñosa de camino a la antigua casa de Santina. Dijera lo que dijese Francesca después, todo indicaría que se había dejado llevar por la pasión.

A media mañana del día siguiente, Francesca salió de nuevo a pasear. Quería ir hasta la carretera de acceso a Sorrento, donde aguardaba un buen rato a la espera de algún camión. Vania, siempre atenta de sus pasos, sabía a dónde se dirigía y esperó lo suficiente para que nadie más pudiera unirse a ellas. Fue entonces cuando salió de casa y la siguió hasta la carretera. Después salió a su encuentro caminando tranquilamente. Francesca se sorprendió de verla.

—¿Qué haces por aquí?

—Solo quería saber si había noticias de Enzo —dijo Vania con cierta dulzura.

—Por el momento no. En la radio dicen que los combates son cada vez más al norte. Tal vez por eso tarde tanto —explicó Francesca, ajena al peligro que la acechaba.

—Puede ser… ¿Sabes a quién me he encontrado viniendo hacia aquí? A Pietro. Por lo visto Guido ha comprado la antigua casa donde vivía Santina. Dice que se la cederá a Enzo. ¿No es una muestra de un gran corazón?

Francesca palideció.

—¿Ha comprado la casa? —cuestionó con dificultad.

—Eso me ha dicho. Pero parece que ese pariente suyo apenas se llevó nada. Dice que la casa está repleta de cosas: ropa, libros, cartas, cosas de Amancio…

No debería haber en esa casa nada que probase su relación a escondidas con Enzo, pero, aun así, Francesca experimentó un vértigo tremendo. Su respiración se aceleró y dejó de escuchar a su hermana.

—Creo que debería ir —dijo al cabo de unos minutos. Vania sonrió.

—¿A la casa de Santina?

—Me gustaría quedarme un recuerdo suyo —mintió Francesca mientras se echaba a andar. Vania le dijo que se diera prisa.

Francesca tuvo la sensación de que la antigua casa de Santina se encontraba a miles de kilómetros, pero, finalmente, la vislumbró a un lado del camino. El esfuerzo le había hecho sudar, pero no le importaba. Tenía que asegurarse de que su secreto permanecía oculto, al menos hasta el regreso de Enzo. No quería tener más problemas con Guido.

Poco antes de llegar, Francesca vio a un grupo de niños jugando con una pelota de trapo. Varios de ellos la saludaron e inmediatamente después otros reprendieron a estos como si hubieran hecho algo malo. No obstante, ella les devolvió el saludo antes de encaminarse hacia la puerta de la casa.

A medida que se acercaba se percató de que todo estaba más o menos igual, si acaso la hierba más descuidada y los arbustos salvajes con largas y puntiagudas ramas, pero nada más que le llamara la atención. Le dolía ver cómo la ausencia de Santina había convertido aquel lugar en un sitio desangelado, falto de vida. Para cuando llegó hasta la puerta se fijó en que estaba ligeramente abierta y que del interior provenía una luz amarillenta. Las ventanas debían continuar cerradas.

Abrió la puerta y entró confiando en que Guido no hubiera descubierto ninguna carta que se hubiera podido quedar traspapelada. Las probabilidades eran bajas, pero, aun así, Francesca estaba histérica.

—¿Hola? ¿Guido? —dijo la joven adentrándose en la casa, ignorando el peligro. Había varias lámparas de aceite encendidas que daban una luz muy pobre, pero que le permitieron vislumbrar que la casa estaba prácticamente vacía. ¿Dónde estaban todas las cosas que le había mencionado Vania?

En ese instante, la puerta de la casa se cerró con estrépito y una figura, que Francesca no reconoció en un primer momento, se acercó hacia ella.

—Hola, Francesca.

—Ah, Guido.

Una intensa sensación de peligro recorrió cada célula de la joven. La puerta y las ventanas estaban cerradas. Nadie podía ver lo que sucedía en el interior. Este pensamiento llegó con tal intensidad a la cabeza de Francesca que se estremeció. Al avanzar el joven, la luz amarilla de las lámparas iluminó su figura.

—Mi hermana me dijo que habías comprado la casa.

Guido sonrió. Sus ojos relucían de manera extraña.

—No me diste una respuesta, Francesca.

Esta se sintió incómoda.

—Nos dejamos llevar por las noticias. Apenas he tenido tiempo para pensar en ello —se excusó. El miedo que sentía era real y eso la asustó más todavía.

—Te deseo, Francesca. Desde el primer momento en que te vi y sé que tú sientes lo mismo —dijo Guido avanzando de nuevo hacia ella.

—Necesito más tiempo —pidió ella retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la pared.

—No es eso lo que necesitas. La guerra y las preocupaciones te han confundido —Guido ya se encontraba frente a ella—. Pero el amor lo solucionará todo. Quiero amarte, Francesca. Quiero amarte ahora.

Guido se abalanzó sobre los labios de Francesca, pero esta se revolvió y le dio una bofetada. Él no se inmutó. Francesca intentó empujarlo, pero Guido la llevó hasta el rincón.

—Voy a amarte —susurró él acercando de nuevo sus labios. Francesca estaba decidida a lanzarle otro golpe, pero esta vez los brazos de él se opusieron.

—¡Déjame, estúpido! —gritó. Entonces Guido le golpeó en la sien y Francesca cayó hacia atrás aturdida. Mientras recuperaba el sentido sintió cómo las manos de Guido recorrían su cuerpo y le quitaban la ropa con desenfreno.

—Voy a amarte, Francesca. Voy a darte todo el placer que deseas —repitió Guido. Francesca luchaba contra sus manos para que dejara de quitarle la ropa, momento en el que aprovechó Guido para

besarle con lascivia. A Francesca se le revolvió el estómago y estuvo a punto de vomitar.

—¡Por favor! —suplicó. Las fuerzas comenzaban a fallarle. La piel de sus piernas desnudas percibió el suelo áspero, pero la fuerza de Guido era demasiado para ella—. ¡Suéltame!

Pero Guido se había convertido en un ser irracional, un animal hambriento que saborea por primera vez la sangre de su presa. Entonces Francesca sintió que era su última oportunidad y en un arrebato trató de zafarse. Pero tras un leve forcejeo, sintió un dolor intenso y lacerante que le sacó un grito ahogado.

—Ya eres mía. Ya eres mía —repetía Guido, fuera de sí.

Agotada, Francesca se rindió y tal como decía Guido, fue totalmente suya.



Francesca llegó a su casa horas más tarde, poco antes del almuerzo. Sus hermanas, Renato y Bianca escuchaban el último parte de noticias.

—¡Llegas justo a tiempo! —exclamó Matilde—. Vamos a comer en cuanto oigamos la radio.

Su hija asintió y, como si de un fantasma se tratara, miró a su hermana Vania. La joven la observaba con una media sonrisa triunfante. Su propia hermana la había traicionado. Fue tal el cúmulo de sensaciones y el malestar que Francesca se retiró rápidamente a su habitación, donde estuvo a punto de perder la conciencia.

Sin embargo, Vania llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Francesca no dijo nada, se limitó a observarla mientras lloraba amargamente.

—Te has acostado con Guido —dijo Vania. Francesca comenzó a temblar y se dejó caer sobre la cama. No podía hablar—. ¿Crees que Enzo querrá mirarte cuando sepas lo que has hecho?

Su garganta seguía muda. Se sentía asqueada, humillada, pero lo peor era el dolor que sentía en la entrepierna que le recordaba una y

otra vez que aquello había sido real, que Guido la había violentado y le había faltado el respeto de todas las maneras posibles.

—Límpiate y cámbiate de ropa si quieres —continuó Vania, cuyo gozo era inconmensurable. Por una vez, Guido había cumplido y se había portado como un hombre—. Más te vale que dejes de llorar, ¿o acaso quieres contárselo a mamá?

Francesca movió la cabeza de un lado a otro. Estaba derrotada.

—Bien. Ahora, si eres inteligente, te casarás con Guido. Es lo único que te queda.

Vania salió de la habitación y dejó a su hermana hecha un ovillo sobre la cama. Como pudo, se recompuso, se cambió de ropa y fue a almorzar. Comió poco y achacó su mala cara a que se sentía indispuesta. Jugaba a su favor la todavía novedad de la presencia de Bianca, que acaparaba toda la atención. Eso hizo que ni Lucrecia ni Matilde vieran nada extraño en ella. Eso fue lo que le dio el oxígeno suficiente a Francesca para escapar y refugiarse en soledad. Sin embargo, la pesadilla de Francesca no había hecho más que comenzar, pues la intención de Guido era ir mucho más allá.

Durante los días siguientes apenas pudo probar bocado, dormir se convirtió en sinónimo de las más terribles pesadillas y estar despierta una tortura. Ni siquiera el inminente regreso de Enzo era suficiente para calmar su sufrimiento. A esto se sumaba el silencio ocasionado por la vergüenza. Pese a que había sido Guido quien la había obligado, sentía una pegajosa sensación de culpa de la que no podía desprenderse. Esto, además, se acrecentaba con las reprobatorias miradas que le dedicaba su hermana Vania, que disfrutaba con cierto sadismo de su sufrimiento. Poco a poco, encerrada en sí misma, Francesca fue sintiéndose cada vez más lejos de todo y de todos. La desgracia le había dado la mano y pretendía llevársela consigo.

—¿Sigues con el estómago revuelto? —le preguntó su madre al comprobar que su hija apenas había cenado. La joven negó, pálida y con una ligera capa de sudor sobre la frente. Preocupado, Renato se acercó a ella y alzó la mano para comprobar si tenía fiebre. El calabrés lo hizo con delicadeza. Lucrecia y Bianca estaban presentes y fueron testigos de cómo la intención de Renato fue exactamente

esa: tocar la frente de Francesca. Sin embargo, esta se echó a un lado, se puso de pie y retrocedió con ojos abiertos como platos.

—Francesca… —dijo Renato, cuyo desconcierto era máximo.

—Hija, ¿qué te ocurre? —preguntó Matilde. Bianca y Lucrecia observaban con asombro, aunque para la primera aquella situación era dolorosamente familiar, aunque, al tratarse de Francesca, le costó asimilar lo que estaba ocurriendo. En cuanto a Francesca, respiraba de manera agitada y los miraba como si se tratara de una presa acorralada.

—Solo… tengo que tomar el aire.

Francesca salió de casa y Matilde fue tras ella mientras Renato, todavía confuso, procuraba averiguar qué había sucedido.

—¿Qué he hecho? —le preguntó a Lucrecia y Bianca.

—Creo que todo lo que sucede es que está histérica por el regreso de Enzo. La verdad es que todos esperábamos que ya estuviera aquí.

Bianca encogió los hombros.

—El frente se desplaza cada vez más al norte. Puede que Enzo no haya podido embarcar hacia el sur —contestó, guardándose para sí los pensamientos que se le venían a la cabeza tras ver la reacción de Francesca.

Al cabo de unos minutos, Francesca entró más calmada, aunque su rostro continuaba mostrando una tez cadavérica.

—Lo siento —se disculpó sin levantar la mirada del suelo, mientras con su mano derecha se frotaba continuamente el brazo izquierdo, casi de manera obsesiva. En ese instante, Bianca comprendió por qué la reacción de Francesca le había llamado tanto la atención y se asió al rostro. Aquello no podía ser cierto.

Durante los años que había combatido contra los fascistas había conocido a muchachas que habían sido violadas por los soldados, tanto civiles como camaradas de lucha. En su retina tenía lo que le sucedió a Bella, una joven que fue capturada por una patrulla alemana. Cuando por fin consiguieron liberarla, días más tarde, la joven se había convertido en otra persona. Su sonrisa se había extinguido, su comportamiento era comparable al de un autómata, pero, lo que Bianca no podía olvidar, era el pánico que tenía a que

cualquiera le tocara, aunque fuera un roce nimio e inocente como podía ser al entregarle la escudilla con el rancho o el roce de un brazo con otro en las trincheras. Bella no lo soportaba, perdía la razón y reaccionaba de manera similar a Francesca. Entre otras, Bianca se encargó de cuidar a esas jóvenes hasta que conseguían sobreponerse al trauma. Sin embargo, Bella no lo consiguió y en una refriega se lanzó ella sola contra el enemigo, deseosa de encontrar la muerte y de acabar de una vez con su sufrimiento.

Sin embargo, necesitaba asegurarse antes de lanzar una acusación tan grave. Por ello, al día siguiente, buscó la manera de conversar con Francesca a solas, pero esta no dio pie a ningún tipo de conversación y terminó por desistir.

CAPÍTULO 51

A los pocos días comenzó a circular un rumor, una noticia cuyo origen era por todos desconocido, aunque eso no fue impedimento para que todos lo comentaran. Los padres de los muchachos que jugaban frente a la antigua casa de Santina fueron, sin advertirlo, los que iniciaron las habladurías al comentárselo a sus propios padres. Pero el hecho de que se tratara de niños provocó que cada uno de ello tuviera su propia versión, distorsionando más la realidad y dando lugar a que todo se fuera engrandeciendo de boca en boca.

Matilde fue la primera en escuchar los rumores. Al principio creyó que Guido se había estado divirtiendo con otra joven, pero a poco que les prestó algo de atención dedujo que era de su hija de quien estaban hablando.

Guido estaba satisfecho, o más bien, insistía en sentirse así. Sin embargo, su encuentro, porque él no aceptaba el hecho de que Francesca no lo hubiera disfrutado igual que él, no le trajo más que un gozo físico, un placer efímero que se perdió tan rápido como las hojas del otoño azotadas por la brisa. Además, haber conseguido tener a Francesca a su voluntad había quebrado la adoración que había llegado a sentir por la joven. Hasta ese momento persistía una idea romántica y hasta idealizada de ella en su cabeza. Ella era la princesa, la mujer cuya belleza embotaba sus sentidos, la dulzura personificada, pero tras lo sucedido en la casa de Santina, mientras esos recuerdos bullían en su interior con las imágenes de aquel frenético momento, Francesca se convirtió en una más, equiparable

a Vania u otras mujeres con las Pietro se divertía a cambio de unas pocas liras. Por ello, esto supuso un dilema que de nuevo no sabía cómo afrontar.

—Por aquí todos ya saben el apasionado momento que viviste con Francesca —dijo Pietro. Guido emitió un leve gruñido. Estaba tan ofuscado que ni siquiera le preocupaban las consecuencias de sus actos—. ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? ¿Acaso no te divertiste?

Pero Guido no contestó.

—Bueno, amiguito, al menos ya tienes vía libre para casarte con ella. ¿No es lo que querías? La ley te ampara.

Guido se centró en esto último, pues intuía que Pietro tenía razón. Casarse con Francesca era el siguiente paso.

—¿Has dicho que todos lo saben?

Pietro asintió.

—Después de años de malas noticias, esto es todo una novedad. Las más ancianas ya van clamando por ahí que ambos están obligados a contraer matrimonio.

—¡Obligados!

—Lo que más prima en estos casos es el honor de la joven y si descubren que no fue de mutuo acuerdo, tú podrías ir preso si no te casas con ella —concluyó Pietro—. En fin, mi opinión es que debes dar un paso al frente y aceptarla como esposa. Seguramente en Sorrento ya estén al tanto de la noticia. Tienes que tomar la iniciativa.

En ese instante, Bianca abrió la puerta del despacho. Desde su regreso, había pasado la mayor parte de su tiempo junto con Lucrecia y su familia. Tan solo acudía a la finca para dormir o por si tenía que realizar alguna labor en concreto.

—¿Qué sucede? —preguntó Guido al ver el rostro serio de Bianca. Los rumores habían llegado hasta ella y esta, junto a las conclusiones que había llegado previamente, se horrorizó de que su hermano pudiera haber actuado de esa manera con Francesca.

—Déjanos solos —dijo la joven con la mirada fija en su hermano. Pietro no se inmutó.

—¿Desde cuándo me mandas, bonita? —espetó el napolitano.

—Desde que estás en mi finca y en mi casa. ¡Fuera!

Pietro buscó apoyo en Guido, pero este le hizo un ademán para que se marchara.

—Perra comunista —murmuró Pietro al pasar junto a ella.

Una vez cerró la puerta, con gran estrépito, Bianca se acercó hasta su hermano, el cual se esforzaba por aparentar una calma absoluta.

—¿Por qué te comportas de esa manera?

Sin decir nada, Bianca abofeteó a Guido.

—Eres un desgraciado. Si nuestro padre estuviera vivo, te habría echado de esta casa —exclamó la joven. Guido se incorporó y empujó a su hermana.

—¿Se puede saber qué te pasa? La guerra te ha enloquecido.

Bianca lo señaló.

—No te atrevas a tomarme como una desquiciada. El único que ha perdido la cabeza has sido tú. ¿Cómo has podido hacerle eso a Francesca?

Guido sonrió.

—¿Hacerle qué? Dos personas que se aman y entregan sus cuerpos el uno al otro. Pero qué sabrás tú, que ningún hombre te ha puesto las manos encima, ¿o acaso en la guerra te enseñaron algo más que disparar?

Bianca le abofeteó de nuevo. Estaba tan alterada que las lágrimas estaban a punto de desbordar sus párpados.

—No te conozco.

—Quizás el problema lo tienes tú —dijo Guido dirigiéndose hacia la puerta, decidido a seguir el consejo de Pietro y pedir la mano de Francesca antes de que la situación fuera a más.

—¿A dónde vas? —le preguntó su hermana mientras él se dirigía al coche. Guido no le contestó y se montó junto a Pietro sin que esta tuviera tiempo a reaccionar. Desesperada, pero convencida a contar la verdad, salió corriendo hacia Sorrento.

Matilde escuchó la propuesta de Guido. A su lado estaban sentados Renato y Francesca. Esta miraba fijamente hacia el suelo y apenas participaba en la conversación.

—Lamento mucho el devenir de los acontecimientos, simplemente ocurrió —dijo Guido con calma, a sabiendas de que tenía la situación controlada. Matilde procuraba reaccionar y hacer encajar las piezas dentro de su cabeza, pero el comportamiento de su hija le indicaba que lo que le estaba contando Guido no era del todo cierto. Claro que Francesca estaría abochornada por sus actos, los cuales se habían convertido en la comidilla del lugar, pero, aun así, desconfiaba. El calabrés se limitaba a escuchar y a escudriñar a Guido con su mirada.

—Estoy muy decepcionada con ambos.

—Soy consciente de ello. Por eso estoy aquí. Amo a Francesca y no quiero que su honor quede en duda —dijo Guido. La joven sintió un escalofrío y su cuerpo se sacudió.

—El matrimonio pondría fin a los rumores —apuntó Renato. Matilde asintió y volvió a centrarse en su hija.

—¿No tienes nada que decir?

Francesca movió la cabeza de un lado a otro. La idea de casarse con el hombre que había abusado de ella de manera tan cruel le cortaba la respiración, la asfixiaba de la misma forma que si alguien estuviera estrangulándole en ese momento. Solo una vaga esperanza añadía un poco de luz y esa no era otra que el regreso de Enzo. Bianca les había dicho que continuaba con vida y que estaba a punto de regresar, pero ¿dónde estaba?

Sin embargo, en ese instante, alguien aporreó la puerta de la casa bruscamente, como si intentara derribarla.

—¡Abran la puerta! ¡Guido los está engañando! —Los gritos de Bianca los alertaron. Lucrecia, que se encontraba en su habitación, fue rauda a recibirla ante la sorpresa de los demás. Vania también fue hasta el salón y en apenas unos segundos, todos coincidieron allí.

Bianca estaba exhausta y trataba de recuperar el aliento mientras Guido clavaba sus ojos en ella y la maldecía en silencio.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Renato. Bianca señaló a su hermano.

—Forzó a Francesca. Ella no quería, pero Guido abusó de ella —dijo entre grandes bocanadas de aire. Francesca se ocultó el rostro con las manos y comenzó a llorar.

—Mi hermana está traumatizada. No la escuchen —pidió Guido intentando mantener la calma. Sin embargo, Renato, al que esa versión le resultaba mucho más creíble, encaró al joven.

—¿Es eso cierto?

Pietro, que se había quedado junto al coche, entró en la casa de manera atropellada, lo que causó más confusión. No obstante, Guido se achantó, dio un paso hacia atrás y miró a Francesca.

—¿Es que me vas a dejar que cargue toda la culpa? —le recriminó.

Lucrecia fue a por su hermana y se la llevo rápidamente.

—Vete, Guido —ordenó Matilde—. No vuelvas a aparecer por aquí.

—Bianca está mintiendo. Francesca me dijo que iba a ir a ver a Guido —dijo Vania, creando todavía más confusión. Pietro, que lo percibió, intervino.

—Además, la ley ampara a Guido en el caso de que eso fuera cierto, ¿no es así, Renato?

La pregunta pilló desprevenido al calabrés, aunque Matilde no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—¡Fuera! —gritó señalando hacia la puerta. Aquel desplante enfureció a Guido, que no estaba dispuesto a arrastrarse. Desairado, volvió la cara y se dirigió hacia la puerta.

—Pocas personas he visto tan desagradecidas como ustedes. Les dimos un techo cuando no tenían nada y así me lo pagan —dijo Guido al atravesar el umbral, cuando ya Renato no tenía opciones de alcanzarlo.

Inmediatamente después, Matilde cerró la puerta bruscamente y comenzó a llorar mientras Renato intentaba consolarla. Vania, asqueada, se encerró en su habitación. De nuevo, Guido había sido incapaz de conseguir que su hermana se casara con ella. El único consuelo era que Enzo no había regresado, lo cual les daba tiempo

para pensar en otras opciones, aunque el matrimonio entre Guido y su hermana era ya prácticamente imposible.

Rato después, cuando se calmaron los ánimos, Matilde mantuvo una amplia conversación con Bianca y Lucrecia, donde la primera le expuso, con no poco disgusto, su experiencia y sus planteamientos para llegar a tener la certeza de que Guido había abusado de Francesca. Hubo muchas lágrimas y en ocasiones tuvieron que tomar un respiro antes de continuar, pero, finalmente, Matilde encontró cierto consuelo al haber reaccionado de esa manera con Guido. Renato se unió a la conversación por petición expresa de ella, pues le había llamado la atención lo que Guido había mencionado acerca de la ley y de que Guido podía casarse con su hija pese a lo sucedido.

—Con la ley sobre la mesa, Pietro tiene razón —comentó el calabrés, siempre puesto en asuntos legales—, lo que me hace pensar que no estamos ante un hecho casual si no premeditado. Guido lleva mucho tiempo detrás de Francesca y puede que esta haya sido la manera de conseguirla.

Matilde suspiró. Aunque la ley lo dijera, lo más importante para ella era Francesca. Las habladurías de la gente irían a menos con el paso del tiempo, aunque los rumores decían que la relación había sido consentida y tachaban a su hija de mujer lasciva.

—Ahora tenemos que centrarnos en Francesca y en ayudarla a pasar este trance, ¿de acuerdo? Bianca, por tu experiencia, quiero que estés cerca de ella. Sé que puedes ayudarla.

—Cuenta conmigo, Matilde. Haré todo lo que esté en mi mano. En cuanto a la parte que me concierne, les pido disculpas por la memoria de mi padre. Él jamás lo hubiera permitido —dijo Bianca. Matilde estrechó sus manos y le dedicó una sonrisa.

—No tienes que disculparte de nada.



El paso de los días alivió en cierta medida el sufrimiento de Francesca, especialmente al sentirse arropada por su familia. Uno de

sus grandes temores era que trascendiera lo sucedido en la antigua casa de Santina, donde en otro tiempo fue feliz leyendo con ilusión las cartas de Enzo que le llegaban desde el frente. Todavía tenía pesadillas y se le erizaba la piel cuando Renato, sin intención alguna, rozaba su piel o pasaba junto a ella. Bianca era consciente de los miedos de Francesca, pero consideró a bien no limitar la presencia de Renato con el fin de que fuera superando sus miedos.

Mientras tanto, Matilde le insistió a Renato para que buscaran un nuevo hogar lejos de allí donde poder comenzar de cero. Los primeros cargamentos de licor habían partido rumbo a los Estados Unidos y los beneficios por ello eran abundantes.

—La guerra dificulta hacer ese tipo de gestiones, Matilde.

—Tú compraste la casa —le recriminó.

—Entiendo lo que quieres decir, pero por entonces la guerra no había pasado por aquí. De todas formas, eso no quiere decir que no vaya a intentarlo, pero te advierto que será difícil.

Sin embargo, eso era suficiente para Matilde, que confiaba en que un cambio de aires ayudara a su hija a olvidar lo ocurrido. Estas noticias llegaban con presteza a la finca de los Costa, pues Vania mantenía a Guido informado de cuanto se hablaba o sucedía en Sorrento.

—Así que tu madre quiere marcharse —dijo Guido con ironía.

—Se está volviendo loca. Ese calabrés la tiene en sus manos —comentó Vania sin conocer que había sido su propia madre la que había propuesto el traslado.

—Nunca me cayó bien.

Vania se alertó por la aparente indiferencia del joven.

—¿Es que no piensas hacer nada?

—Tu madre me ha rechazado y Francesca no se ha pronunciado al respecto. Quién sabe lo que deparará el futuro. Dices que Bianca la está ayudando y eso juega a mi favor; es una manera de que las dos familias no pierdan el contacto. No obstante, mantenme informado, ¿está claro? Se te da bien escuchar.

Así hizo Vania. Para no levantar sospechas, redujo la frecuencia con las que visitaba a Guido, salvo que tuviera algo importante que contar, lo cual sucedió a mediados de noviembre. Durante las

semanas anteriores, la tónica general se centró en la guerra, la cual se convirtió en la distracción y la fuente de buenas noticias que tanto necesitaban Matilde y sus hijas. La Alemania de Hitler se estaba desmoronando y cada parte diario informaba de los retrocesos de sus tropas frente a los aliados y a los soviéticos. Por primera vez en cuatro años, el final de la guerra se veía a la vuelta de la esquina. Esto tuvo su efecto inmediato en el ánimo de todos. La guerra había sido larga y, durante mucho tiempo, parecía que esta iba a prolongarse para siempre, como una pesadilla de la que no pudieran despertar.

Pero Francesca no experimentó esa alegría o al menos, no con la misma intensidad que el resto. Su apetito había ido despertando paulatinamente, al igual que el insomnio dio paso a noches de sueño ligero que le hicieron levantarse serena y con la cabeza despejada. Incluso participaba en conversaciones y no rehuía a la presencia de Renato, lo que sin duda era síntoma de que estaba asimilando lo ocurrido.

—Tu hermana está mucho mejor. Es una joven fuerte —le dijo Bianca a Lucrecia mientras esta la acompañaba hasta la finca. Virgilia les había preparado una bandeja de pasta, aprovechando que Guido se había ido unos días a Nápoles con Pietro.

—Estoy muy orgullosa de ella. —Miró más allá de la ventanilla del coche—. Nunca te lo he preguntado: ¿Mi tía está al tanto de lo que sucedió?

Bianca encogió los hombros.

—Yo nunca se lo he comentado y puedo asegurarte de que mi hermano tampoco. ¿Si habrá supuesto algo por lo que ha podido escuchar de nosotros? No lo creo, la verdad. Virgilia es de esa clase de personas cuyo mundo se reduce al pequeño entorno en el que vive, no importa que sea una finca, una casa o una habitación. Ahí se siente segura y, en cierto modo, hasta disfruta la vida. ¿Cuántos años lleva tu tía al servicio de los Costa?

—Muchos años. Desde que era una niña.

—Ahí es precisamente a donde quiero llegar. Virgilia vive aislada. Incluso dentro de la propia residencia, ella se las ingenia para pasar desapercibida, para que nadie altere el mundo de paz en el que vive.

¿Qué derecho tengo yo a arrebatárselo todo contándole lo que ha hecho el desgraciado de mi hermano? ¿A dónde iría? Dinero ha de tener guardado, pero, aunque pudiera comprarse la casa más bonita de Sorrento, estoy segura, no sería feliz.

Lucrecia comprendió el razonamiento de Bianca.

—Podría vivir con nosotros.

Bianca chasqueó los labios.

—¿En Sorrento? Les tiene mucho aprecio, pero no podría vivir bajo el mismo techo que tu madre. Ya ha asimilado su matrimonio con Renato, pero ya sabes cómo es tu tía.

—Sé que en el fondo nunca aceptó que mi madre volviera a casarse, pero, no sé, puede que los años le hayan hecho cambiar.

Un breve intercambio de palabras fue suficiente para que Lucrecia comprobase que su tía seguía aferrada a sus más restrictivos pensamientos. Insinuó en varias ocasiones lo sucedido entre Guido y Francesca, pero ella no hizo ninguna alusión al respecto. Sin embargo, sí que observó con cierta preocupación la relación despreocupada que existía entre las dos jóvenes. El episodio del beso había quedado en el pasado para las dos y ambas habían recuperado la confianza.

Cuando las dos se alejaban, charlando amistosamente, Virgilia percibió con una ligera preocupación la cercanía de sus gestos y, sobre todo, cómo brillaban los ojos de Bianca al mirar a su sobrina. Las dos tenían en común el hecho de que no se les conocía pretendientes ni nada por el estilo.

CAPÍTULO 52

Noviembre trajo consigo un tiempo frío y desapacible, no obstante, para Francesca, aquel mes que tanto había detestado se había convertido en un nuevo renacer. Hacía semanas que no veía a Guido y lo sucedido en la casa de Santina dejó de producirle pesadillas. Además, llegó a oídos de todos que varios muchachos de Sorrento que habían servido en el frente ruso habían regresado a casa y uno de ellos les comentó que, en efecto, Enzo continuaba con vida, que había embarcado y que se encontraba ya en la parte aliada del país.

—Está a cargo de un pequeño destacamento fronterizo, pero lo licenciarán pronto —les comentó el soldado. Esto ayudó a devolver el ánimo a Francesca, que esperaba su llegada de un momento a otro y la posibilidad de empezar de cero. Enzo había mencionado en cantidad de ocasiones el trasladarse a Argentina con su tío Enrique y ella estaba decidida en apoyarlo y partir juntos. Era lo que necesitaba.

Matilde observaba con satisfacción cómo la sonrisa había regresado a los labios de su hija. Igualmente, la inminente llegada de Enzo y cómo Francesca hablaba con emoción de ese momento la convencieron para apoyar a su hija si quería emprender una vida juntos, ya fuera en Italia o al otro lado del océano. Sin embargo, a mediados de noviembre aún no tenían noticias de Enzo y su hija llevaba varios días indispuesta con náuseas y un estado de cansancio permanente que la hacía dormitar la mayor parte del día.

—He avisado al doctor Lombardi. Llevas así muchos días —dijo Matilde. El doctor le aseguró que se pasaría después de comer.

—No era necesario. Seguramente me habré enfriado —comentó Francesca. Su madre le dedicó una media sonrisa que escondía la preocupación que había surgido en ella en los últimos días.

Habían transcurrido dos meses aproximadamente desde aquel fatídico episodio y pese a que su hija no le había contado los pormenores de lo ocurrido, le preocupaba que Guido hubiese consumado el acto hasta el final. Francesca era una mujer joven y seguramente fértil que habría podido quedarse embarazada. Si eso era así, no tendrían forma de negar a Guido que se casase con ella. Eran tal el sinvivir de Matilde, que cuando habló con el doctor Lombardi por la mañana, no dudó en relatarle la verdad de la situación. El anciano doctor escuchó con atención,

—Dices que sus síntomas son las náuseas y un cansancio fuera de lo normal, ¿no es así?

Matilde asintió con pavor. En otras circunstancias no habría consultado a ningún médico.

—Ocurrió en septiembre, ¿verdad?

Matilde asintió de nuevo y el doctor hizo un gesto grave.

—No me hace falta mucho más para comunicarle el diagnóstico. ¿Ha manchado con normalidad?

—Eso no puedo decírselo. Por mi parte puedo decirle que, durante la guerra, mi frecuencia variaba. No sé si podrá serle de ayuda.

—Es posible que debido al estrés y a la gravedad de la situación, Francesca tampoco lo sepa con exactitud, pero le daré mi veredicto esta tarde. Tenía un par de visitas agendadas, no obstante, le daré prioridad.

Matilde contuvo el llanto.

—Si es así, doctor…

Pero este la interrumpió.

—Les tocará tomar una decisión, Matilde, ya que Guido contará con derecho suficiente para contraer matrimonio con la madre de su hijo, pese a las deleznables circunstancias en las que pudo ser concebido. Es todo lo que puedo decirle por el momento. Aunque,

tenga la certeza de que, sea cual sea el diagnóstico, mi discreción será absoluta.

Desde ese momento, Matilde se preparó para lo peor. En las horas que transcurrieron hasta la visita del doctor, trató el asunto con Renato y ambos coincidieron en que lo mantendrían en secreto y lo confiarían todo al regreso de Enzo.

—Si él acepta la nueva situación, podrían marcharse a Argentina. Guido nunca se enteraría —le dijo Renato.

El doctor Lombardi reconoció a Francesca a solas en su habitación, debido a que iban a tratar temas que podrían avergonzar a la muchacha. Al cabo de diez minutos, Aldo salió de la habitación y se encontró a los demás en el salón. Un tímido gesto por su parte fue suficiente para confirmar la peor noticia posible. De inmediato, Matilde comenzó a llorar, mientras que Lucrecia y Vania no comprendían lo que estaba ocurriendo. En otras circunstancias, Matilde habría reprimido sus sentimientos, pero en ese momento le fue imposible.

—¿Francesca se encuentra bien? —preguntó Vania.

—El malestar no le durará mucho —respondió el doctor Lombardi. Antes de marcharse le dijo a Matilde que él no le había dado la noticia a Francesca, pero que su hija sospechaba lo que sucedía.

Cuando ya se hubo marchado, Matilde fue a la habitación de Francesca con una sonrisa forzada y los ojos enrojecidos por el llanto. Su hija también estaba llorando. No hizo falta decir nada más.

—Lo mantendremos en secreto, ¿de acuerdo? —dijo Matilde. Francesca asintió en silencio. La joven sabía perfectamente a qué se arriesgaba.

—No quiero casarme con Guido, mamá. No quiero.

Matilde se estremeció.

—Por eso esto no debe salir de aquí, ¿vale? Todavía tenemos tiempo. Lo solucionaremos.

Sin embargo, quizás debido a la tensión, los síntomas de Francesca empeoraron en los días siguientes. Matilde les quitaba importancia, pero tanto Lucrecia como Vania intuían que estaba sucediendo algo. La primera lo averiguó junto con Bianca, aunque lo

mantuvieron en secreto, conscientes de lo que ello acarrearía para Francesca. Pero para Vania cada vez resultaba más extraño el cómo su hermana, su madre y Renato no le daban importancia a esos malestares. Por ello, siempre astuta, decidió salir de dudas acudiendo a su tía Virgilia, haciendo gala de fingida inocencia. Le comentó que una de sus amigas de Sorrento llevaba varias semanas vomitando continuamente, con sueño y sin apenas poder moverse. Virgilia, agradecida por la curiosidad de la joven y posibilidad de demostrar su sabiduría, se explayó con su sobrina.

—Las causas pueden ser muchas, pero será mejor que ahora sea yo la que te haga una pregunta. ¿Esa jovencita se ha casado hace poco?

La idea tomó forma dentro de la cabeza de Vania.

—En septiembre —mintió. La anciana dejó escapar una sonrisa.

—Entonces, lo más probable es que tu amiga esté en cinta. Todavía recuerdo las vomitonas de tu madre cada vez que se quedó embarazada de cada una de ustedes. Lo pasó muy mal.

Vania abrió los ojos de par en par.

—Está embarazada… —musitó.

—Es lo más seguro. ¡La pasión de los primeros meses de matrimonio! Una nueva alma vendrá a su vida dentro de poco.

Boquiabierta, Vania despachó rápidamente a su tía y regresó a Sorrento. Guido continuaba en Nápoles, por lo que no tenía manera de comunicarle su reciente descubrimiento. Sin embargo, hasta su regreso no hizo otra cosa que fijarse en su hermana, en su vientre que le parecía ligeramente abultado y en cómo todos seguían obviando el asunto.

Por fin, en la última semana de noviembre, Guido regresó a la finca y Vania lo visitó a la primera oportunidad que tuvo.

—¿Otra vez aquí? ¿Ha sucedido algo durante mi ausencia? —preguntó Guido con hastío. Sin embargo, su expresión cambió en cuanto miró a Vania a los ojos.

—Francesca está embarazada.

Pietro, que se encontraba presente, se sorprendió.

—Vaya…

Guido estaba pálido.

—¿Estás segura?

—Completamente. Todos en casa actúan como si no ocurriera nada, pero yo sé que mienten.

—Seguramente no quieren que lo sepas —añadió Pietro—. Ya nada te impide casarte con ella.

—Mi hijo… No permitiré que un Costa se críe como un bastardo —dijo poniéndose en pie. Vania le indicó que tenía más noticias; justo lo que necesitaba para hostigarle a que actuara.

—Un joven nos ha dicho que Enzo ya se encuentra en la zona controlada de los aliados.

—¿Enzo? —exclamó Guido—. Poco me importa ese desgraciado. Francesca lleva a mi hijo. Esta vez no voy a aceptar un no por respuesta.

Vania esbozó una sonrisa. Esta vez su hermana no tendría escapatoria. Aun así, provocó a Guido hasta que este aceptó aclarar la situación esa misma tarde.

Guido fue hasta Sorrento y exigió ver a Francesca mientras afirmaba que estaba al tanto de su embarazo. Matilde y Renato intentaron convencerlo de lo contrario, manteniéndolo en la puerta mientras Pietro gritaba a los cuatro vientos que Francesca estaba embarazada. Desde su habitación, esta escuchó el murmullo, las voces desesperadas de su madre y la exigencia de Guido de verla de inmediato. No tenía escapatoria. Por primera vez fue plenamente consciente de su estado y se llevó las manos al vientre, como si quisiera proteger la vida que crecía en su interior.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se incorporó y salió de su habitación. El silencio se hizo cuando los demás se percataron de su presencia. La joven se asimilaba a un fantasma de tez pálida. Era la primera vez que veía a Guido desde que este intentara casarse con ella. Matilde lloraba de rabia e indignación, mientras que su hermana pequeña, la observaba altiva: estaba claro que ella se lo había comunicado a Guido. Su egoísmo y su obsesión por Enzo la habían convertido en su mayor enemiga. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo no había advertido a su madre de que fue Vania la que le engañó para que fuera hasta la antigua casa de Santina? Pero eso ya no importaba. Vania había vuelto a tomarle la delantera con

su maldad y su indiferencia respecto a su propia familia. El único consuelo que le quedaba a Francesca es que sabía que Enzo jamás se casaría con ella, que sin ella de por medio la volvería a rechazar y Vania enloquecería.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Francesca.

Renato se interpuso entre ella y Guido, pero la joven le indicó que no era necesario.

—Sé en qué estado te encuentras. Esa criatura es un Costa de pleno derecho y como tal ha de criarse —dijo Guido. Bianca, que se encontraba también allí, agachó la mirada, avergonzada de hasta dónde había llegado su hermano—. Además, necesita un padre.

—Por fin lo has conseguido —habló Francesca acercándose a Guido. Era la primera vez que experimentaba una sensación, de extraordinaria firmeza y decisión, y eso lo desconcertó en un primer momento.

—Entonces, ¿aceptas? —Francesca asintió en silencio.

—Lo hago por mi hijo.

Matilde cerró los ojos y abrazó a su hija.

—No podemos hacer nada —le susurró al oído.

—Lo sé, mamá. No te preocupes. Estaremos bien.

Su madre se sorprendió de que, de manera repentina, Francesca había incluido en su vida el bebé que crecía en sus entrañas. Como madre, sabía que ese instinto era poderoso y llevaba a cualquier mujer a que se sacrificara lo indecible.

A partir de entonces, y pese a los intentos de Renato y Matilde, la boda no se postergó más de una semana, ya que Guido se negaba a casarse con una mujer visiblemente embarazada y esperar a que Francesca diera a luz era una opción que ni siquiera se planteara.

El enlace se celebró en un frío mes de noviembre, el mes que, la joven, más detestaba, en un día desapacible, sufriendo náuseas y mareos que apenas le permitieron sacar alguna sonrisa forzada.

Capítulo 53

DICIEMBRE DE 1944

Francesca aceptó desde los primeros instantes de su matrimonio que Guido trataría de imponer su autoridad. Ella se encontraba débil y necesitaba descansar, por lo que optó por no llevarle la contraria y ceder en cuanto le fuera posible para, al menos, vivir el embarazo de manera tranquila. Sin embargo, eso no significaba que Francesca se hubiera vuelto de la noche a la mañana en una esposa sumisa; simplemente necesitaba familiarizarse con el nuevo entorno que le había tocado vivir.

Agradeció como nunca la presencia de su tía Virgilia en la residencia de los Costa y se apoyó mucho en ella para encontrar algo de calidez entre la frialdad de aquellas paredes. Guido era muy distinto del joven con el que estuvo una vez, había exacerbado sus defectos de tal manera que lo habían convertido en una persona irreconocible para Francesca. Era desconfiado, mezquino y continuamente andaba murmurando, como si hablara con alguien que estuviera a escasos centímetros de él.

En cuanto a la relación como marido y mujer, Francesca encontró en el malestar de su embarazo la excusa para librarse de sus obligaciones maritales. Además, observó con cierta perplejidad cómo el rechazo relucía en la mirada de Guido. Lo que antes sentía por ella se había extinguido. Esto no afectó en absoluto a Francesca, pero sí le llamó la atención.

Justo después de la boda, pasaron varias noches en la finca antes de que Guido le diese una noticia que tampoco le pilló por sorpresa.

—Pietro nos ha cedido una casa no muy lejos de aquí. He pensado que sería una forma fantástica para descansar. Pasaremos allí un par de semanas… como mínimo. Puede que tal vez todo el invierno. Ya lo veremos.

—Está bien —respondió Francesca con indiferencia. No le sorprendió en absoluto que Guido le comunicase que pasarían una temporada lejos de Sorrento, casualmente en una casa que les cedía

Pietro. El lugar donde se encontraba la misma no se lo comunicó hasta que pusieron sus pies en ella, al día siguiente. Cuando Francesca vio donde se encontraba aquel recóndito lugar, supo la razón por la que Guido había insistido tanto en trasladarse hasta allí: el regreso de Enzo era inminente y este no tenía muchos motivos para quedarse en Sorrento más allá de retomar su relación con ella. Así se lo había escrito en varias de las cartas que le envió.

Pese a que le dolía no estar para su regreso, se consoló por el hecho de que todos los planes que tenían habían quedado como sueños perdidos e ilusiones rotas. En unos cuantos meses, ella daría a luz y su vida entera se centraría en su hijo. El recuerdo de Enzo viviría con ella para siempre, convirtiéndose en un bello motivo para perderse en ensoñaciones o para divagar acerca de lo que podría haber ocurrido si ella no se hubiese dejado engañar tan fácilmente por su hermana Vania en esa maldita mañana de septiembre.

Otra cosa que Francesca no alcanzaba a entender era el escaso interés que Guido le mostraba. Podía contar con los dedos de sus manos las palabras que intercambiaban a lo largo del día y, de no ser por su tía Virgilia, que los acompañó durante su estancia en esa recóndita casa, Francesca habría pasado los días sin más ocupación que observar el paisaje. En aquellos momentos agradeció el buen trato que siempre mantuvo con su tía, la cual, afortunadamente, le dispensaba toda clase de cuidados y atenciones debido a su estado.

—¿Sigues con náuseas? Pronto irán a menos. Eres igual que tu madre. Los primeros meses de sus embarazos fueron terribles para ella —le contaba su tía.

—La verdad es que hay días en los que me encuentro mejor —dijo Francesca con una leve sonrisa.

—Justo lo que decía. Muy pronto estarás más fresca que una rosa.

A continuación, Virgilia le insistía con las cosas que necesitaría el bebé y Francesca, empleando siempre las mismas palabras, le tranquilizaba afirmando que aún le quedaban bastantes meses de embarazo por delante. Era entonces cuando una sensación agobiante presionaba el pecho de la joven, asfixiada en aquella realidad que parecía repetirse una y otra vez, y que no desaparecía

hasta que se quedaba de nuevo a solas y respiraba profundamente. Francesca se había aferrado a su embarazo y a su futuro hijo para encontrar la valentía y la decisión que necesitaba para seguir adelante, pero había momentos en los que le flaqueaban las fuerzas y el mundo a su alrededor se derrumbaba. Era entonces cuando buscaba la soledad y lloraba en silencio, sin saber exactamente cuál era la causa exacta de su llanto. Miraba por la ventana, justo al punto donde ella intuía que se encontraría el camino hasta Sorrento y se preguntaba si Enzo ya habría regresado, si habría preguntado por ella y cómo habría reaccionado al saber que se había casado con Guido. Cómo deseaba estar allí para decirle que lo amaba y que su matrimonio había sido fruto de la desgracia. Algún día se lo diría, pero, por el momento, no le quedaba más remedio que esperar y confiar en el destino.



La Navidad en casa de Renato fue extraña, como si la felicidad llegara hasta la puerta y decidiese en el último momento alejarse de allí. Todo lo que había sucedido con Francesca y Guido había dejado a Matilde sumida en profundas reflexiones. La preocupación por la salud de su hija se añadía el saber que estaba conviviendo con el hombre que había abusado de ella, que Francesca se había convertido en su esposa y que estaría a merced de sus deseos. ¿En qué momento Guido decidió hacer una cosa tan terrible? ¿Era su culpa por permitirle a Francesca postergar la boda una y otra vez? Estaba claro que eso no justificaba lo que Guido había hecho, pero sí que podía tener relación directa. Estos sentimientos de culpabilidad le afectaron en lo físico, quedándose más delgada y sufriendo continuos catarros.

—No sé qué me pasa este año —dijo mientras pasaba un pañuelo por la nariz.

—Apenas comes, Matilde —le recriminó Renato.

—Tiene razón. Si sigues así habrá que llamar al doctor Lombardi —indicó Lucrecia.

Matilde agradeció la preocupación de su hija con una sonrisa.

—No es para tanto.

—Sí lo es —insistió Lucrecia—. Sé que estás sufriendo por Francesca, igual que todos, pero no puedes dejarte arrastrar por el dolor.

—Me siento como si le hubiésemos fallado —dijo Matilde—. Debí hablar con Vania para que no dijera nada, pero no lo hice. ¡No lo hice!

Renato y Lucrecia se miraron. Los dos tenían claro que Vania no había actuado de manera inocente y que su relación con Guido era cuanto menos extraña. Había una pátina de oscuridad en ese punto sobre la que nadie podía arrojar un poco de luz.

—¿Sabemos dónde están? —preguntó Lucrecia.

—En la carta que nos enviaron no hay ninguna dirección. Ni siquiera en el sobre —respondió Renato—. Lo que sí sabemos es que Virgilia los acompaña. Eso nos tranquiliza, ¿verdad?

Matilde asintió.

—En eso tienes razón. Virgilia nunca permitiría que le ocurriera nada malo.

Sin embargo, pese al intento de levantar el ánimo de Matilde, esta seguía siendo pesimista en torno al futuro más cercano. Otro motivo que tenía para preocuparse fue que antes de marcharse, Guido le entregó un poder firmado a Pietro para que este gestionara sus asuntos mientras Francesca y él estaban fuera. Bianca se enteró de boca del napolitano, que se comunicó con una sonrisa en sus labios. Esto provocó duras discusiones entre ambos y acabó con que Bianca pasara muchas de las noches en casa de Renato, en Sorrento.

—Si mi padre levantara la cabeza —se lamentaba Bianca. Renato comprobó concienzudamente la validez del documento, pero este era perfectamente legal. Lucrecia se volcó en su amiga, diciéndole que tendría oportunidad de solucionar las cosas cuando Guido regresara.

En esta situación convulsa todos tenían problemas de los que preocuparse, lo que posibilitó que Vania actuara a sus anchas. Pietro y ella se encargaban de custodiar la finca durante la ausencia de

Guido y Francesca, creyéndose los dueños en determinados momentos y actuando como si lo fueran.

Sin embargo, todo cambió poco antes de fin de año. Por aquellos días, las noticias que provenían del norte eran similares, día tras día. Los alemanes se negaban a rendirse y poco a poco cedían terreno a un coste altísimo de vidas. Pero, aun así, el final de la guerra estaba más cerca que nunca. Algunos hablaban de principios de año y otros de la primavera, pero todos coincidían en que la guerra no iría más allá de 1945.

Era una mañana fría, de intenso viento y cielo encapotado, que dejaba caer en algunas ocasiones las primeras gotas de una lluvia que no llegaba a producirse. El sol y las nubes ocasionaban un día gris, de sombras inexistentes que hacían del día un ente apático, como si el mismo discurrir del tiempo se hubiera detenido.

Eso debió pensar el hombre que caminaba por un lado del camino. Cuando llegó a la altura de la antigua casa de Santina se detuvo y se quedó observándola un buen rato, como si esperara algo. Tras ello se acercó cuidadosamente y se detuvo a escasos metros de la puerta. No parecía que nadie viviera allí y esa conclusión le hizo lanzar un largo suspiro.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Propiedad privada! ¡Largo! —Sonó al otro lado del camino. Una voz que le resultó familiar—. ¿Es que no me has oído?

Pietro Fontana seguía increpando al desconocido que se había detenido frente a la antigua casa de Santina. Lo último que quería era que algún indeseable aprovechara el momento para instalarse allí. Además, Guido había decidido comprar la casa y Pietro estaba encargado de la gestión del patrimonio durante su ausencia.

—¡Fuera de aquí, bastardo! —insistió Pietro, envalentonado por el revolver que llevaba oculto bajo la solapa de la chaqueta.

Fue entonces cuando el desconocido se giró y lo miró directamente. Pietro se detuvo, boquiabierto, y trató de asimilar lo que sus ojos estaban viendo.

—¿Enzo? —preguntó de la misma manera que si hubiera visto un fantasma.

Era él, aunque mucho más delgado y con el rostro envejecido por la guerra. Sus facciones dulces y juveniles habían dejado paso a una

mirada de hierro, a un rostro marcado con varias cicatrices y una expresión pétrea que no permitía averiguar qué estaba pasando por su cabeza. Sin embargo, su cabello negro y sus ojos azules eran inconfundibles. Sin decir nada, como una estatua que hubiera cobrado vida en ese instante, Enzo se encaminó hacia Pietro.

—Veo que esos rusos no han podido contigo —dijo el napolitano con una sonrisa nerviosa.

—No te veo mal, Pietro —dijo entre dientes—. ¿Dónde está la señora Parisi? ¿Acaso se ha mudado?

Pietro tragó saliva. Enzo había cambiado tanto que era difícil reconocerlo. Sin duda, transmitía el haber estado próximo a la muerte; la mirada de quienes, durante un espacio determinado de tiempo, se han considerado cadáveres con vida, cuerpos sin alma esperando el final.

—La señora Parisi falleció, Enzo. Ahora la casa pertenece a Guido.

Enzo tragó saliva al escuchar el nombre de su primo y durante unos segundos no dijo nada, limitándose a observar el paisaje como un extranjero.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Pietro.

—Supongo que sí.

En ese momento, Vania apareció al otro lado del camino y comenzó a correr en cuanto distinguió la figura de Enzo. Emocionada por su llegada, se echó a sus brazos con tal ímpetu que Enzo estuvo cerca de perder el equilibrio.

—¡No puedo creer que estés aquí! ¡Te he echado de menos!

Pese a que Pietro no sentía por Vania más que una atracción física, no pudo evitar sentirse incómodo y extrañamente celoso. Hasta la fecha, aparte de lo mucho que había expresado la joven sus deseos por reencontrarse con Enzo, él había sido el único hombre para ella, casi la consideraba de su posesión. Sin embargo, a Enzo solo le bastó una pregunta para acabar con el ímpetu de Vania.

—¿Francesca está en la finca?

El rostro de la joven se transformó por completo, como si hubiera sufrido la más dolorosa de las humillaciones. Lanzó una mirada fugaz a Pietro, que asintió levemente. Más allá del poder del que

Pietro disponía para gestionar los negocios de Guido durante su ausencia, el papel de Vania y él era amilanar a Enzo con la noticia del matrimonio. Segundos antes, Vania le habría dado la noticia con tacto, buscando su comprensión y mostrándose como candidata a su amor, pero después de sentirse burlada, los dos tenían sus motivos para ser crueles con Enzo.

—¿Te refieres a la señora Costa? —dijo Pietro con ironía.

Enzo clavó sus ojos en él.

—¿La señora Costa?

—Mi hermana se casó con Guido el mes pasado —explicó Vania con una sonrisa—. Son tan apasionados que Francesca se quedó embarazada antes de contraer matrimonio. ¿Te lo puedes creer?

—Dos locos enamorados, como suele decirse —continuó Pietro, alimentado por la estupefacción de Enzo.

—Han decidido marcharse unas semanas para que nadie los moleste —añadió Francesca. Enzo, como si sus palabras se trataran de disparos, se tambaleó. Estaba pálido, con los ojos muy abiertos y el rostro repleto de dudas. En las últimas cartas que recibió de Francesca, esta le había prometido que lo esperaría, que lo amaba y que Guido no significaba nada para ella.

Vania intuyó los pensamientos que pasaban por su cabeza y continuó:

—Creíamos que habías fallecido. Estuvimos muchos meses sin saber de ti hasta que Bianca nos dijo que habías regresado a Italia. No nos lo podíamos creer.

—¿Bianca?

—Se unió a los partisanos —dijo Pietro aumentando el desconcierto de Enzo—. De vuelta a Sorrento se encontró con varios soldados que habían servido en el frente ruso. Uno de ellos te conocía y le comentó que estabas esperando en el norte para embarcar.

Pese a que Enzo le sorprendió la aventura de Bianca con los partisanos, lo que realmente le apabullaba el corazón era que Francesca decidiera continuar adelante con Guido, pese a que sabía que continuaba con vida. Su ausencia, por lo tanto, no había sido el factor determinante en la decisión de Francesca. Esta conclusión fue

para Enzo como si un puñal al rojo vivo se le clavara en el pecho. No obstante, percibía cierto sadismo tanto en Vania como Pietro. Sus sonrisas, la manera de decir las cosas y hasta la manera en que lo miraban no estaba exenta de alguna intención que escapaba a su comprensión.

—¿Matilde está en la finca? —preguntó. Necesitaba hablar con alguien que no fueran ellos dos. Sin embargo, de nuevo se topó con aquellos rostros prepotentes y sonrientes que disfrutaban de su ignorancia.

—Oh, ya no vivimos en la finca, Enzo. Mi madre se casó con Renato Pugliese, ¿lo recuerdas? —dijo Vania.

—Pues claro que lo recuerdo —respondió ofendido.

—Ahora vivimos en Sorrento. Ven, te llevaré a casa. ¡Qué contentos se van a poner cuando te vean! Qué pena que Francesca no esté aquí. Sé que te tenía mucho aprecio.

Las palabras de Vania seguían torturándolo, pero Enzo aceptó que lo llevara hasta Sorrento. Deseaba hablar con Matilde, con Lucrecia o con cualquier otra persona que no fuese Vania, a la que detestaba profundamente.

No obstante, de camino a casa, Vania le contó los pormenores —la mayoría inventados con esos pequeños embustes imposibles de contestar— de la relación de Francesca y Guido. Enzo lo escuchó todo en silencio mientras fumaba un cigarrillo tras otro y asentía para dejar claro que la estaba escuchando. Cuando al fin llegaron a casa, la sorpresa y el estallido de alegría fue inmenso. Enzo fue acogido con abrazos, lágrimas y apretones de manos cuyo fin no era otro que atestiguar que realmente, después de tanto tiempo, había regresado sano y salvo.

—Eres un héroe, Enzo. Tienes el mayor de mi respeto —le dijo Renato. Matilde, visiblemente emocionada, recordaba a su hija y maldecía al destino por no haberles permitido coincidir. Tenía la certeza de que, si Enzo hubiera regresado antes, puede que incluso después de lo que sucedió en la casa de Santina, su hija no habría terminado en los brazos de Guido.

—¿Qué podemos hacer por ti? ¿Qué necesitas? —preguntó Matilde estrechándole las manos.

—Ver que están bien, ya es suficiente —dijo el joven. Sin embargo, en su mirada resultaba evidente que ansiaba saber qué había sido de Francesca y de si todo lo que le había contado Vania era cierto.

—Es un milagro que los dos estén aquí. ¡Un milagro! —exclamó Lucrecia. Bianca asintió.

—Aunque hayamos combatido en bandos distintos —señaló Bianca. Enzo miró a su prima sorprendido.

—¿De verdad te uniste a los partisanos? —curioseó Enzo procurando disfrutar del momento y dejar las dudas que le asolaban para más adelante. Además, por lo poco que sabía, Francesca había tomado la decisión aun sabiendo que él estaba vivo y que su regreso a Sorrento era inminente. No lo aceptó de primeras, pero sí que le sirvió para mitigar el dolor que experimentaba en ese momento.

Bianca enrojeció. Hasta a ella le resultaba increíble que aquello hubiera tenido su origen en el beso que le dio a Lucrecia. Hablar de esa cuestión se lo hacía recordar. Miró fugazmente a Lucrecia, que, dándose por aludida, esbozó una leve sonrisa.

—Ya me conoces. No podía quedarme con las manos cruzadas mientras nuestro país avanzaba hacia el desastre. Pero no hablemos de mí sino de ti.

Al poco estaban sentados en la mesa. Renato había escanciado el mejor vino del que disponía, así como varios platos de queso y embutido. En un primer momento, Enzo se mostró más lacónico, turbado por los recuerdos y por las noticias que habían recibido de Francesca. Pero a medida que el vino fue haciendo efecto, les contó su odisea para llegar a Italia desde el frente ruso. Según pudo averiguar, su retirada del frente se produjo poco antes de un contraataque soviético que colapsó las líneas alemanas y marcó el inicio fin del predominio alemán en la guerra. Debido a la confusión, Enzo pudo desplazarse hacia el este sin que las autoridades alemanas lo tomaran como un desertor. Al quinto día desde que emprendió la retirada, débil y sin nada que llevarse a la boca, desfalleció y fue auxiliado por un pelotón rumano que también se batía en retirada. Gracias a ellos pudo llegar hasta Sebastopol, donde se vio obligado a unirse a una brigada de reserva italiana

hasta que el *Duce* decretó el regreso a Italia de las tropas destinadas en el frente ruso. Su gran suerte fue encontrarse a cientos de kilómetros del frente, donde las tropas soviéticas hicieron decenas de miles de prisioneros. Exhaustos, consiguieron embarcar con destino a Atenas, donde los alemanes los obligaron de nuevo a conformar una unidad para entrar en combate.

—Allí la mayoría del pelotón desertó y los alemanes nos internaron en un campo de prisioneros. Sin embargo, la situación en Grecia también era complicada para los alemanes y estos nos enviaron a Alemania como mano de obra para las fábricas.

—¿Estuviste en Alemania? —preguntó Lucrecia.

—Bastantes meses hasta que la aviación redujo la fábrica a cenizas y muchos conseguimos escapar y dirigirnos hacia el sur, a Italia. No fue fácil. Murieron muchos camaradas, otros fueron arrestados. Pero tuvimos la suerte llegar al norte poco después de la liberación de Mussolini. Por entonces no sabíamos qué era eso de la República Social Italiana, ni tampoco sabíamos que los aliados avanzaban hacia el norte. El caso es que no sabían qué hacer con nosotros. He de decir que los soldados que todavía estaban a la orden de Mussolini se negaron a ejecutarnos e incluso tuvieron altercados con los alemanes. Finalmente, nos desplazaron a Venecia y nos dijeron que había acordado un intercambio de prisioneros con los americanos.

—Un soldado nos dijo que al llegar a la parte aliada serviste en un puesto fronterizo —dijo Bianca.

—Así es. Los americanos son la autoridad en estos momentos, pero necesitan a los soldados italianos para mantener el control. Además, ofrecían buena paga. Dudo que haya llegado a la finca dinero alguno durante los años que luché en el frente.

—Ni una lira —corroboró Bianca.

—Pues esa es mi historia —dijo antes de apurar el vaso de vino. Sus ojos estaban vidriosos y lejanos—. Durante mucho tiempo estaba convencido de que jamás conseguiría regresar. He visto morir a muchos, pero también he visto cómo la muerte me ha evitado en numerosas ocasiones.

Sus palabras conmovieron al resto, que compartieron el llanto con él a la par que intentaban animarlo. Vania era la que lo hacía con más ímpetu, tocándole en todo momento, pero Enzo apenas le prestaba atención. Al cabo de un rato, la reunión se disgregó y Enzo pidió hablar a solas con Matilde y Lucrecia. Vania, nuevamente ofendida, se marchó sin ocultar su molestia.

—¿Es cierto que Francesca y Guido se han casado y esperan un hijo? —cuestionó sin levantar la mirada del vaso. En la última hora, había bebido una cantidad suficiente de vino como para tumbar a dos o tres hombres. Incluso Renato se había marchado a pasear para serenarse, pues comenzaba a sentirse un poco achispado al tratar de seguir el ritmo del joven.

—Es cierto, Enzo —afirmó Matilde. La duda que persistía en ella era si merecía la pena contarle la verdad acerca de cómo habían concebido a su futuro nieto. Pese a la simpatía que sentía respecto al joven, su deber como madre le pedía ser práctica y no complicar más las cosas. Francesca se había casado con Guido y pronto tendrían un hijo, ¿de qué valía espolear a Enzo con terrible verdad para que se enfrentara a su primo, si es que esa era su intención? Lucrecia, aun movida por la rebeldía propia de su juventud, pensó de la misma manera que su madre.

El joven suspiró y asintió en silencio.

—Me temo entonces que no tengo nada que hacer aquí, salvo ocasionar problemas.

—No digas eso. Sorrento es tu hogar —dijo Matilde con el corazón en un puño.

—Estoy enamorado de Francesca, no me importa decirlo. Después de lo que he vivido lo gritaría a los cuatro vientos si con ello pudiera recuperarla, pero no es así. No puedo más que darles la enhorabuena y desearles una vida feliz.

—Pero ¿qué vas a hacer? ¿A dónde vas a ir? Comprendo que no quieras regresar a la finca, pero puedes vivir con nosotros —ofreció Lucrecia.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—No. Mi tiempo aquí se ha terminado. Ya antes de la guerra pensé en trasladarme a Argentina con mi tío Enrique; vive en al

norte de Buenos Aires y las cosas le van bien. De hecho, si no me marché fue por culpa de la guerra —expuso Enzo con solemnidad.

Matilde asintió con la ternura propia de una madre que ve a su hijo sacrificarse en pos del bienestar común. Quizás si hubiera estado al tanto de la correspondencia que mantuvieron durante la guerra habría pensado diferente.

Enzo pasó dos noches en la casa de Renato y Matilde mientras terminaba de obtener los permisos necesarios para el viaje. Afortunadamente, durante su labor en el puesto fronterizo pudo obtener el pasaporte y una visa de emigración, la cual solo emplearía si la situación en Sorrento le abocaba a ello. Bianca le entregó su certificado de nacimiento —que todavía estaba en su casita de la finca— y Renato le ayudó a conseguir un embarque para un buque estadounidense que cruzaría el Atlántico con soldados licenciados, heridos de guerra y demás personal que no era necesario en los últimos coletazos de la guerra.

Sin embargo, la noticia de su marcha no sentó nada bien a Vania, pues, pese a los desplantes de Enzo, confiaba en que este acabara por decantarse por ella. En varias ocasiones le sugirió la posibilidad de marcharse con él. Enzo le dijo que conseguir los papeles no era nada sencillo y algunas excusas más con las que esperaba que Vania se diera por aludida, pero la joven siguió obcecada. Le pidió ayuda a Pietro para conseguir todos los documentos necesarios y aunque este le dijo que haría toda lo que estuviera en su mano, la verdad fue totalmente opuesta. Pietro no aceptaba de buena gana que Vania estuviese tan obsesionada con Enzo. Era cierto que no sentía nada especial por ella y que su relación se basaba en lo carnal, pero no podía soportar que ella lo ignorara de manera tan repentina. Pietro no estaba acostumbrado al rechazo y precisamente por eso no hizo nada de lo que le prometió a Vania. Cuando Pietro le comunicó que sus documentos llegarían en las próximas semanas —lo cual era otra mentira—, esta entró en cólera y fue en busca de Enzo, que por entonces ya se disponía a partir hacia Nápoles, desde donde embarcaría rumbo a Nueva York y, de ahí, en otro buque con dirección Argentina.

—¿Lo tienes todo? —le preguntó Matilde mientras Enzo ultimaba el escaso bulto de ropa y recuerdos que iba a llevarse consigo. El joven asintió mientras posaba una mano en el bolsillo de la pechera, donde llevaba los papeles necesarios para embarcar. Lucrecia y Bianca lo observaban visiblemente emocionadas, como si se tratara de un niño al que no le queda más remedio que dejar a su familia.

Renato, con un gesto tranquilo, miró el reloj y torció el gesto.

—No debemos retrasarnos mucho más —advirtió.

—Ya lo tengo todo preparado —dijo Enzo echándose la mochila a la espalda. Matilde, con lágrimas en los ojos, le dio un abrazo.

—Cuídate, Enzo, ¿de acuerdo? —pidió Matilde como si se tratara de una orden.

Enzo asintió.

—Muchas gracias por todo —dijo antes de que Matilde le sorprendiera poniéndole un pequeño sobre en la mano—. ¿Qué es esto?

—Son semillas de los limoneros de Sorrento. Plántalos en Argentina y así tendrás un pedacito de nuestra tierra contigo.

El joven sonrió con ternura y le devolvió el abrazo a Matilde. Igualmente, se despidió de Lucrecia y de su prima Bianca, que le repitió en numerosas ocasiones que iría a visitarlo en cuanto le fuera posible.

Estaba a punto de salir de la casa, cuando Vania salió de su habitación cargando una bolsa de viaje. Todos la miraron sorprendidos.

—¿Qué haces, hija? —preguntó Matilde. Sus lágrimas se habían interrumpido de repente.

—Me marcho con Enzo. No puedo dejarlo ir solo.

Sus palabras causaron perplejidad incluso al propio Enzo.

—No puedes venir conmigo —respondió el joven, que empezaba a estar cansado de la insistencia de Vania. Desde su regreso se había convertido en su sombra y solo la certeza de que pronto se marcharía le hizo mostrarse paciente, pero al aparecer con la maleta, Vania había traspasado todos los límites.

—Nada podrá separarnos —expresó Vania, arrastrando su insistencia hasta lo ridículo. Su madre se acercó hasta ella y trató de

calmarla. Le explicó, de la misma manera, que trataría de convencer a un niño caprichoso, que Enzo iba a partir de un barco de la armada de los Estados Unidos.

No obstante, Enzo apenas se detuvo un segundo antes de reanudar la marcha.

—Tal vez más adelante, Vania, pero no ahora. Ya le he dicho a tu madre que les escribiré. ¡Hasta la vista! —Sus últimas palabras las acompañó de un gesto simpático. Renato y Enzo montaron en el coche mientras Bianca, Lucrecia y Matilde lo despedían. Entretanto, Vania continuaba en el interior de la casa, aún sujetando la bolsa de viaje que había preparado de manera apresurada. El cúmulo de sensaciones que bullían en su interior solo tenían una traducción posible: odio. Odiaba a Enzo y odiaba a Francesca por haberlo trastornado de esa manera.

Renato Pugliese fue el último en ver a Enzo pisar suelo italiano. El puerto de Nápoles todavía estaba afectado por los bombardeos, pero los trabajos avanzaban a buen ritmo.

—América, ¿no es así? —preguntó el calabrés. Enzo asintió. Ambos fumaban un cigarrillo a modo de despedida. Parecían ser ajenos al ajetreo de vehículos, personas y mercancías.

—A veces es mejor empezar de cero.

—En eso tienes razón.

Enzo expulsó el humo lentamente.

—¿Se lo dirán a Francesca?

—Por supuesto, Enzo.

La sirena del buque más cercano sonó con estrépito. Enzo tiró el cigarrillo y lo pisó.

—Es hora de embarcar.

CAPÍTULO 54

JULIO DE 1945

La guerra en Europa había terminado y la paz había llegado como un extraño ser del que todos desconfiaban. Después de años de conflicto, de bombardeos y de muerte, el silencio y la calma resultaban desconcertantes. Los alemanes se habían rendido luchando sobre las mismas ruinas de Berlín después de que Hitler se suicidara. Meses antes, Mussolini fue arrestado y ejecutado por los partisanos, poniendo fin a su tiranía sobre el norte de Italia. El mundo despertaba tras una larga pesadilla.

A finales de febrero, Guido consideró a bien regresar a Sorrento. Pietro le había informado acerca de la llegada de Enzo en diciembre y de su marcha casi inmediata a Argentina. Sin embargo, Enzo no quiso correr riesgos y extendió su ausencia de Sorrento hasta que consideró que las probabilidades de que Enzo regresaran fueran mínimas. Pese a que había sido él quien había insistido en aislarse con Francesca por temor a las represalias de su primo, para Guido fue poco menos que una tortura pasar tanto tiempo con Francesca. El amor y el deseo que había experimentado por ella tiempo atrás se había desvanecido, dejando paso al rechazo. Además, a medida que avanzaba el embarazo y el cuerpo de Francesca se iba transformando, la repulsa de Guido iba en aumento.

Por ello, en cuanto regresaron a Sorrento recurrió desesperado a Pietro, a las mujeres que este le presentaba y al alcohol, como si esa fuera la única receta que le permitiera continuar su vida. A su desapego con Francesca tenía que sumarle una sensación confusa y molesta que en ocasiones bullía en su interior, que rara vez podía acallar y que estaba presente en todos sus pensamientos. Guido huía de ella y se negaba a darle un nombre siquiera, como si el hacerlo fuera a darle más poder o incrementara el sufrimiento que le causaba. De habérselo contado a alguien, esa persona le habría dicho que lo que sufría era remordimientos, el peso de su conciencia por cómo había actuado con Francesca. Aquel rechazo no era sino una manera de alejarse de ella y no sentirse más culpable.

Esto conllevó que Francesca se sintiera sola y confusa. Además, a causa de unos recurrentes mareos, el doctor Lombardi le recomendó que pasara encamada la mayor parte del día. Por esas semanas, Bianca estuvo muy atenta a ella. Su madre y su hermana Lucrecia también la visitaban con cierta frecuencia al poco de su regreso, pero pronto Guido mostró su desacuerdo al respecto.

—No sé qué te propones, Guido, pero no te voy a permitir que la sigas tratando de esa manera —le recriminó Bianca después de que su hermano pusiera numerosas trabas a que la propia Matilde visitara a su hija.

—Lo mejor para ella y para mi futuro hijo. ¿Es que no has escuchado al doctor Lombardi? Francesca necesita descanso.

Bianca miraba a su hermano como si delante de sí tuviera a un extraño. Apenas eran las once de la mañana y Guido ya tenía un vaso de whisky en la mano.

—¡Es su madre!

Era imposible convencer a Guido. Sin embargo, cuando Francesca dio a luz, una preciosa niña que nació sana y con buen peso, se mostró más dulce con Francesca. Por esos días, hasta Matilde tuvo la esperanza de que su hija pudiera llegar a ser feliz con Guido, aunque aquella ilusión se desvaneció pronto. Hubo conatos del hombre sensible y cuidadoso que fue una vez, pero pasada la novedad, sus oscuros hábitos regresaron con más fuerza: no era raro ver a Guido con un vaso en la mano o que este pasara varias noches fuera de casa. De hecho, hasta la finca de los Costa llegaron rumores de que Guido se estaba viendo con una joven de una familia adinerada de Nápoles donde, según decían, ni siquiera tenían constancia del matrimonio de Guido.

En cuanto a Francesca, vivía casi aislada en la finca. Su vida entera se centraba en su hija y poco le importaba lo que pudieran decir de su marido o hasta de ella misma. La relación con Guido era inexistente y tan solo coincidían cuando este pasaba a ver a su hija. Entonces, Francesca se ponía en tensión y clavaba sus ojos en él de manera despiadada. Guido, consciente de la hostilidad que despertaba en Francesca, disfrutaba de aquellos momentos, como si

fuera su materialización de su victoria sobre ella. Su voluntad había prevalecido.

—Es una niña preciosa —dijo Guido observando cómo su hija dormitaba en la cuna. Más allá de que se trataba de su propia hija, su carita le resultaba familiar. Reconocía las cejas y la mirada férrea de su padre, mientras la parte inferior del rostro era bastante similar a las Rinaldi.

Francesca observó a su marido, aunque le resultase complicado pensar en él de esa manera. Ella continuaba viendo al Guido joven, inmaduro e influenciable al que los años habían cubierto con una falsa madurez. Todo en él, hasta el gesto más ínfimo, le ocasionaba un rechazo casi insoportable. Tampoco ayudaba su excesiva afición al alcohol y su manera de vivir.

—¿Ya te vas? —le preguntó Francesca, siguiendo la costumbre, como si le forzara a ello.

Guido siempre aguardaba que se retirara el calor más asfixiante del día para trasladarse a Nápoles, costumbre que mantenía desde antes del verano. Había escuchado hablar a Bianca y a Virgilia acerca de lo que su marido hacía en Nápoles. Por su bien se lo ocultaban, aunque ella tampoco hacía preguntas al respecto.

—Pietro me espera.

Francesca no dijo nada y se quedó con su semblante sombrío hasta que Guido se marchó. Después acurrucó a su hija y abrió levemente la ventana para que entrara un poco del frescor de la tarde. A los pocos segundos sonó la puerta y Virgilia apareció con una sincera sonrisa. Desde el nacimiento de Carina, su actitud se había suavizado y sus energías se centraban por completo en cuidar a la pequeña.

—Es un ángel —comentó Virgilia observando a la pequeña.

—Sí. Es cuando cae el calor cuando se queda más relajada —dijo Francesca. Pese a la situación tan complicada en la que se encontraba, observar a su hija era suficiente para sacarle una sonrisa. Virgilia asintió mientras continuaba ensimismada. Fue entonces cuando Francesca le preguntó—: ¿A dónde va Guido?

El rostro de Virgilia se contrajo en una mueca inexpresiva.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero saber a dónde va —repitió Francesca con desconcertante frialdad.

—A Nápoles. Ya sabes que desde que Pietro regresó a la ciudad, le gusta ir a visitarlo muy a menudo —explicó la anciana mientras redoblaba la sábana de la cuna con un gesto nervioso que no pasó inadvertido para Francesca. Justo en ese instante, Bianca entró en la habitación.

—Oh, Bianca, pensaba que estabas en Sorrento —dijo Virgilia, aliviada por su llegada. Sin embargo, esta negó con un ademán y se centró de nuevo en la pequeña Carina.

—He estado en Nápoles. —Después se giró hacia Francesca—. ¿Sabías que el licor de limón se está vendiendo con cierto éxito? Precisamente por eso he estado allí. Renato quiere que me encargue de visitar a sus principales clientes para asegurarnos de que todo va bien.

—Son buenas noticias —indicó Francesca manteniendo su tono gélido. A continuación, mantuvieron una conversación trivial hasta que Virgilia las dejó a solas. Apenas se cerró la puerta, Francesca clavó sus ojos en la hermana de Guido.

—¿Has podido averiguar algo más? —preguntó.

Bianca movió la cabeza de un lado a otro.

—Me temo que no. Lo último que supimos es que se iba con tu tío Enrique, pero no nos ha escrito.

Francesca se lamentó y acto seguido le agradeció su sinceridad a Bianca. Esta fue la primera en contarle lo ocurrido durante su ausencia en Sorrento: el regreso de Enzo y la decisión de este de marcharse de Italia después de saber que Guido y ella se habían casado y esperaban un hijo. Cuando se lo contó, rompió a llorar, con un sentimiento confuso que no llegaba a definirse. Maldecía cada paso que le había llevado hasta la antigua casa de Santina esa mañana de septiembre, pero, al mismo tiempo, se sentía culpable al pensar en su hija, que había sido la consecuencia directa de aquella trampa. Gracias a Carina había conocido una felicidad inimaginable, tan intensa que, incluso sintiéndose una desgraciada junto a Guido, esto resultaba ínfimo en comparación con el amor y el cariño que le despertaba su hija. Por ello, al maldecir el momento en el que Guido

abusó de ella, sentía que esos reproches iban también dirigidos a su hija, lo que la conmovía y le llenaba los ojos de lágrimas.

—No tengas dudas de que te informaré en cuanto sepamos algo de Enzo, ¿de acuerdo?

Francesca le agradeció sus palabras, aunque optó por cambiar de tema para animarse.

—A mediados de agosto, cuando el calor vaya a menos, iré con Carina a Sorrento.

—Tu madre se pondrá muy contenta.

—Las echo de menos…

Bianca suspiró. ¿En qué momento había permitido a su hermano convertir la vida de Francesca en un infierno? Apenas le prestaba atención, pero, de la misma manera, no soportaba la idea de que saliese de la finca y retomase su vida. Un par de visitas a la semana de su madre y de sus hermanas, a lo sumo, y siempre que él estuviera presente. Ella se enfrentó a su hermano durante semanas, discutió y trató de hacerle entrar en razón, pero todo cambió al poco de nacer Carina. Bianca, encolerizada, fue en busca de su hermano después de tener noticias de que le había negado la entrada a la finca a Matilde, alegando que Francesca necesitaba descansar.

—¿De verdad dejaste a Matilde en la puerta? ¡Es la madre de tu esposa! —le recriminó Bianca. Era media mañana y Guido, pese a que ya había comenzado a beber, se encontraba sereno y con la cabeza despejada.

—¿Te habría dolido más si se hubiera tratado de Lucrecia?

Las palabras de su hermano la pillaron desprevenida. Sus ojos se abrieron de manera exagerada y su rostro palideció. Fue una de las pocas veces en la que Bianca no pudo contestar.

—Ahora comprendo porqué ningún hombre se ha acercado a ti. ¡Eres una enferma! —gritó Guido. Bianca, acorralada, comenzó a llorar en silencio—. Sé lo que hiciste con Lucrecia, ¿acaso la amas, hermana? Si nuestro padre estuviera vivo, te encerraría en una habitación para que te pudrieras el resto de tus días —añadió Guido con la satisfacción de ver a su hermana totalmente derrotada—. Si no quieres que todos sepan que eres una degenerada, más te vale

que no vuelvas a contradecir mis decisiones, ¿queda claro? Me sería muy fácil encerrarte en un hospicio por desequilibrada.

Desde ese día, Bianca perdió todo control sobre su hermano. El cómo se había enterado de lo que sucedió entre Lucrecia y ella era todo un misterio. Sin embargo, eso no impedía que temiera a su hermano, al cual creía capaz de hacer cualquier cosa. La propia Lucrecia se vería involucrada y eso no podría perdonárselo jamás.



Guido apuró el último trago de whisky y estiró sus labios con una mueca inexpresiva. Sabía que volvía a acercarse a ese punto tras el cual se quedaría profundamente dormido, anestesiado por el alcohol ingerido durante el día. Se encontraba en una casa de las afueras, un lugar apartado y tranquilo, donde se veía con su amante. La mujer en cuestión era Giulia Esposito, perteneciente a una de las familias más poderosas de Nápoles. Se había conocido en uno de los clubs que solía frecuentar con Pietro e incluso este mismo los había presentado. La conexión entre ambos fue inmediata y Guido encontró en ella toda la pasión que ansiaba.

—Tenías sed —dijo Giulia mientras fumaba un cigarrillo sobre la cama. Tan solo una sábana cubría su cuerpo.

—Me sienta bien —señaló Guido arrastrando sus palabras, con la mirada perdida en ninguna parte.

A menudo sus pensamientos divagaban en torno a su futuro más inmediato. Su relación con Francesca era inexistente, tan solo Carina era el nexo que los unía. ¿El resto de su vida iba a ser así? Lo enfadaba que algo tan efímero como poseerla hubiera desembocado en una especie de prisión. Había conseguido a Francesca, su primo se había marchado y probablemente no volvería a verlo, ¿dónde estaba la dicha que se escondía tras esos deseos que tardaron años en cumplirse?

—Eso no lo dudo —respondió Giulia con una sonrisa. Apagó el cigarrillo en el cenicero y espoleó la sábana invitándolo a mirarla—. Sin embargo, yo sé de algo que te sentará mucho mejor.

Guido esbozó una sonrisa y se acercó a ella.

—¿Es que no quieres acompañarme? —dijo Giulia ante su aparente indecisión. Por un momento no sabía si Guido estaba demasiado borracho o con serias de dudas de encamarse con ella.

—Claro.

Hicieron el amor y después ambos se quedaron dormidos. A la mañana siguiente, cuando la primera claridad del día entró por la ventana, Guido experimentó una punzada de dolor en sus sienes y una corazonada de que algo no iba bien. Movido por este pensamiento, se levantó rápidamente y comenzó a vestirse. A causa de la resaca y la adicción que empezaba a desarrollar, sus manos temblaban ligeramente y tenía el pulso acelerado.

—¿Ya te vas?

—Tengo que regresar a la finca —respondió lacónico mientras se concentraba en ese oscuro presentimiento que iba tomando forma en su interior y que combinaba de manera cruel con su malestar.

—Ah, claro, tu esposa —dijo Giulia con desdén—. Dime, ¿no te lo pasas mejor conmigo?

Guido la observó durante unos segundos y después volvió a centrarse en la ropa.

—No es tan fácil. Tengo una hija.

—Yo sería una madre estupenda.

En ocasiones, Guido no soportaba la frivolidad de Giulia, aunque sí se sentía más conectado con ella y le hubiese gustado que fuera la madre de sus hijos. Pero el funesto matrimonio que lo unía con Francesca, lo hacía imposible.

—No lo dudo —dijo antes despedirse con un beso.

—¿Nos veremos esta noche? —preguntó Giulia.

Guido no respondió.

CAPÍTULO 55

Matilde y Renato estaban revisando las nuevas botellas que les habían enviado. Estas eran de un vidrio de mayor calidad y algo más ligero. Tras la primera partida que enviaron a los Estados Unidos, su contacto al otro lado del océano les dijo que un veinte por ciento de las botellas se habían quebrado durante la travesía. El calabrés, consciente de que era un asunto que requería la máxima atención, se puso manos a la obra y contactó con diversas factorías para conseguir recipientes de calidad que pudieran soportar el viaje.

Es por eso que en la mesa del salón había una decena de botellas de distinto tamaño, grosor y forma.

—Esperemos que estas resistan —dijo Renato con el ceño fruncido.

—Seguro que lo harán. De todas formas, meteremos más relleno en las cajas para asegurarnos —apuntó Matilde.

—Las nuevas son más caras, pero para los clientes del país podemos emplear las antiguas. Así no reduciremos tanto nuestro margen.

El sonido de la puerta los interrumpió. Vania acababa de llegar a casa. Su madre la miró sorprendida.

—¿De dónde vienes tan temprano?

Vania encogió los hombros.

—Me desvelé y salí a pasear antes de que hiciera más calor —respondió con sencillez.

—No te escuché.

—Aún dormían cuando salí —dijo Vania.

Sin detenerse, fue hasta su habitación y cerró la puerta. Después se palpó el bolsillo de su chaqueta y sonrió. Ya estaba todo preparado. Pero faltaba algo más, un pequeño detalle, un lujo que quería darse antes de cerrar el plan que tantos meses llevaba preparando. Por ello, después de un rápido desayuno, se encaminó hacia la finca de los Costa.

Como cada mañana, Virgilia se dispuso a preparar el almuerzo y como Guido apenas pasaba por casa, le preguntaba a Francesca qué le apetecía. Esta, que se encontraba en el porche dando el pecho a Carina, le pidió una antigua receta de su madre: berenjenas rellenas con carne.

—No sé si me saldrán tan buenas como a Matilde —le respondió Virgilia—. Se la enseñó esa vecina griega, ¿verdad?

—Así es, aunque mamá no le ponía tantas especias.

—Lo intentaré, querida.

Se puso manos a la obra. Mientras preparaba la receta, pensó en lo mucho que habían cambiado sus vidas desde que sus sobrinas regresaron a Sorrento. Tenía la firme convicción de que Francesca cometió un error al interesarse en Enzo, ya que eso acabó por afectar la relación de los primos y, en último término, ocasionó que todos se disgregaran. El acierto de sus cábalas reafirmaba su pensamiento y se creía poseedora de una verdad revelada por su fe y su estilo de vida. Sin duda, mientras viviera, tendría que velar por la nueva criatura, para que tomara el camino correcto desde sus primeros pasos.

En esas estaba cuando, de repente, vio a Vania caminar en dirección a la residencia. Portaba una sonrisa en sus labios y por su caminar resultaba evidente que estaba dichosa, como una florecilla en primavera. La saludó desde la ventana y le dijo que su hermana se encontraba en el porche con Carina.

Vania aminoró el paso, aunque el crujido de la tierra bajo sus pies la delató. Francesca se giró rápidamente hacia ella y la miró con

desdén, aunque sorprendida por su presencia. Pese a que su familia no podía visitarla con la frecuencia que deseaban, su hermana Vania apenas había intercambiado un par de palabras con ella tras su regreso. Ignoraba por completo a su hija, lo que la sacaba de quicio. No existían palabras que describieran los sentimientos que su hermana despertaba en ella. En ese momento, dejó a la pequeña Carina en una cesta de mimbre que había sobre la mesa.

—Qué criatura más bella —dijo Vania manteniendo la distancia. Francesca le dio la espalda—. Se parece mucho a su padre.

Francesca pasó por alto la provocación de su hermana. Era sibilina como una víbora.

—¿Qué quieres?

Vania sonrió con más fuerza todavía, consciente del efecto que causaba en su hermana.

—Solo venía a despedirme.

Francesca se giró hacia ella.

—¿A despedirte? —Una idea pasó por su cabeza, pero le resultó estúpida y carente de sentido.

Bianca le ponía al día de los acontecimientos y hasta la fecha nunca le comentó una posible marcha de Vania. Además, tampoco había oído nada de ningún pretendiente ni de una posible boda, ni nada que le hiciese intuir a qué se refería su hermana. La cara de desconcierto de Francesca alimentó la sonrisa de Vania.

—Cada una tenemos que elegir nuestro camino —afirmó Vania, alargando la incertidumbre.

—Si no vas a ser clara, márchate. No tengo nada que hablar contigo.

Vania soltó una leve carcajada.

—¿Así le hablas a tu hermana? Supongo que no vendrás a visitarme —dijo con ironía, provocando que Francesca la mirara como si hubiera enloquecido. De hecho, advirtió que tenía una mirada extraña, hasta relajada, lo que le inquietó de sobremanera.

—¿A visitarte?

Su hermana asintió con una sonrisa. Estaba disfrutando del momento.

—Así es, Francesca. ¿Sabes dónde he estado esta mañana? En el puerto. Dentro de un par de días parte un buque para Argentina. Ya nada se impondrá entre Enzo y yo.

Francesca fue incapaz de decir nada. A la ira que sentía por su hermana se unió la humillación a la que trataba de someterla en ese momento, porque esa era su única intención.

—¿No tienes nada que decir? Tranquila, te comprendo. El caso es que quería darte la noticia. Muy pronto haré a Enzo sentirse el hombre más afortunado del mundo. Él me amará y se dará cuenta de todo lo que estoy dispuesta a hacer por él… después de tanto tiempo podremos ser felices.

Las palabras de Vania hicieron mella en Francesca, pero, al mismo tiempo, tuvieron un efecto inesperado. De repente, y sin conocer el motivo último que lo motivaba, Francesca comenzó a reírse.

—¿Te hace gracia? —cuestionó Vania visiblemente molesta por la reacción de su hermana. Deseaba que sufriera, que gritara y llorara de impotencia.

—Puedes engañarte todo lo que quieras. Enzo no te quiere, jamás te quiso y jamás te querrá. Vas a hacer el ridículo, Vania.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir…?

—¡Claro que no! —la interrumpió Francesca todavía con la sonrisa en los labios—. Enzo te ignoraba, no te consideraba más que una niña caprichosa.

Quizás porque en el fondo sabía que lo que acababa de escuchar era cierto, Vania encaró a su hermana.

—¡Mientes! —gritó sonrojada.

—Te esperaré aquí cuando regreses sola —exclamó Francesca—. Seguramente puedas encamarte con algún marinero.

Vania empujó a Francesca, que, al no esperárselo, salió impulsada hacia atrás, golpeándose con la mesa y despertando a Carina, que comenzó a llorar de inmediato. Francesca se recompuso y atendió a su hija.

—Oh, cariño, tranquila —dijo haciendo el amago de cogerla entre sus brazos. En ese momento, alertada por los gritos, Virgilia salió al porche.

—¿Qué está pasando? —exclamó desde el umbral. Sin embargo, ambas la ignoraron. Vania, fuera de sí, avanzó de nuevo hacia su hermana.

—¡Eso es! ¡Mira el resultado de comportarte como una cualquiera! —le recriminó mientras señalaba al bebé. Sin pensárselo, Francesca la abofeteó con todas sus fuerzas, haciendo que Vania cayera al suelo.

—¡Han perdido la cabeza! —dijo Virgilia agarrando la cesta donde estaba Carina llorando con desesperación, como si percibiera lo que estaba ocurriendo—. ¡Quietas! ¡No voy a repetirlo!

Desde el suelo, Vania se limpió el hilillo de sangre que caía por la comisura de sus labios. El odio desbordaba su mirada.

—¡Calla a esa estúpida niña! —gritó Vania mientras, desde el suelo, pateó una de las sillas, que se volcó y estuvo a punto de caer sobre la cesta.

Para Francesca aquello fue más grave que todo lo que había sucedido hasta ese momento. El ver como Vania había intentado herir a su hija despertó sus instintos más ancestrales y sin dudarlo, se abalanzó sobre su hermana. Vania se revolvió para ganar espacio, pero Francesca la agarró del pelo y tiró de ella.

—¡Aaaah! —gritó Vania antes de revolverse y morder la mano de su hermana. Esta la soltó y ella pudo incorporarse. Alcanzó un pequeño cenicero que había en la mesa y lo lanzó sin criterio. Aunque iba dirigido a Francesca, el cenicero pasó de largo y estuvo más cerca de darle a la cesta de nuevo que a su hermana.

—¡Me destrozaste la vida! —gritó Francesca yendo tras su hermana. Vania se abalanzó sobre ella y ambas se tiraron del pelo, retorciendo sus cuellos de un lado a otro, mientras Virgilia gritaba histérica e intentaba, inútilmente, de calmar a la pequeña Carina.

Las dos hermanas, enzarzadas, dejaron atrás el porche. Los fuertes tirones del cabello y los arañazos las asimilaron a dos seres rabiosos.

—¡Haré que Enzo se olvide de ti! —dijo Vania en un momento que había conseguido reducir a su hermana y llevarla hasta el suelo. Sin embargo, Francesca le lanzó un puñetazo que provocó que Vania saliera despedida hacia atrás y se retorciera de dolor.

Virgilia, cada vez más asustada, no se atrevía a intervenir y clamaba con sus gritos para que parasen.

Francesca se incorporó, pero Vania aprovechó el momento para aferrarse de nuevo a ella. En el nuevo forcejeo se alejaron del jardín y llegaron a la primera fila de limoneros. Ante la impotencia de no poder doblegarla, Vania le mordió en el hombro, provocando que Francesca sacara fuerzas de flaqueza y la empujara con todas sus fuerzas. Vania cayó de espaldas, levantando tras ello una nube densa de polvo. Francesca, a duras penas, se incorporó y se alejó un par de metros para recuperar el aliento. Tan solo el llanto de Carina se imponía al leve rumor de las hojas mecidas por el viento.

—¡Francesca! —gritó Virgilia. La joven se levantó y miró desconcertada hacia el cuerpo inmóvil de su hermana. Pero el sonido de un coche tras ella le llamó la atención. Era Guido y por su rostro desencajado, Francesca supo que había ocurrido algo terrible.

Guido bajó y, sin decir nada, se dirigió hacia el cuerpo inmóvil de Vania. Había llegado a la puerta de la finca en el preciso momento en que esta salió despedida hacia atrás y cayó al suelo para no volver a levantarse.

Vania tenía los ojos abiertos, fijos en las ramas más bajas del limonero o quizás en los resquicios de cielo azul que veían más allá. Su rostro estaba enrojecido y recubierto de sudor, mientras que su boca estaba ligeramente abierta, como si respirara sutilmente. Guido se detuvo junto a ella y, sin saber por qué, se acordó de su padre, como si Vania y él estuvieran de repente unidos de una extraña manera.

—Oh —sollozó Francesca al comprobar la expresión de su hermana. Se dejó caer de rodillas junto a ella y, pese a que su intención era comprobar si reaccionaba, sus manos no quisieron tocarla.

—Está muerta —dijo Guido después de intentar tomarle el pulso en las muñecas.

Una punzada de dolor atravesó el pecho de Francesca, que comenzó a llorar sin consuelo. Tras ella, Virgilia, horrorizada por la escena, lloraba, rezaba y mecía a Carina al mismo tiempo. Guido, extrañamente calmado, se giró hacia su esposa.

—La has matado.

Francesca negó en silencio mientras las lágrimas desfilaban por su rostro.

—Lo he visto, Francesca. ¡La has matado! —gritó.

La joven alzó las manos hacia el cuerpo inerte de su hermana, casi como si le suplicara su perdón, y mientras lo hacía, Guido se marchó hacia la residencia. Se detuvo con Virgilia y cogió a la pequeña Carina entre sus brazos para calmarla.

—¿Está muerta? —sollozó Virgilia. Guido asintió y entró con su hija a la casa. Lo primero que hizo fue telefonear a Pietro y decirle que fuera de inmediato a la finca, que dejara cualquier asunto que tuviera entre manos, pues se trataba de un asunto de máxima urgencia que requería discreción. El napolitano le aseguró que estaría allí en menos de dos horas. Después, Guido salió de nuevo y le entregó el bebé a Virgilia.

—¿Dónde está mi hermana?

Virgilia tardó en contestar hasta que finalmente pudo medio decir que se había marchado temprano para atender unos asuntos y que seguramente almorzaría en Sorrento. Tras eso, Guido montó en su coche y lo desplazó hasta el punto exacto que nadie desde la puerta de la finca pudiera fijarse en el cuerpo de Vania. Por último, cerró la puerta y regresó a donde se encontraba Francesca, que permanecía arrodillada junto a su hermana. Encendió un cigarrillo y se tomó unos segundos para calmarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Tuvo que insistir varias veces para que Francesca contestara.

—Me dijo que se marchaba a Argentina… con Enzo. —Fue todo lo que alcanzó a decir.

No obstante, Guido se hizo una idea. Sabía que Vania no soportaba a su hermana y que los continuos desplantes de Enzo no habían hecho más que alimentar su odio. El que nuevamente Enzo estuviera presente en su vida le hirió el orgullo.

—¿Por eso se pelearon? ¿Por Enzo?

Francesca movió la cabeza de un lado a otro.

—Enloqueció. Estuvo a punto de lastimar a nuestra hija.

Virgilia, que se había acercado cautelosa, asintió mientras estrechaba a Carina en sus brazos. Guido se estremeció al ver a la anciana corroborar las palabras de Francesca. Confuso, se dirigió al porche y se sentó a esperar la llegada de Pietro.

Este llegó más de una hora después y durante todo ese tiempo ni Virgilia ni Francesca se alejaron del cuerpo de Vania. Cuando vio lo sucedido, Pietro palideció e incluso durante unos segundos parecía que iba a derrumbarse. Guido, con un aplomo que no dejaba de sorprender a los demás, incluso en esa situación tan penosa, le puso al corriente de lo sucedido, mientras que Virgilia iba añadiendo detalles según era necesario. La única que permaneció en silencio fue Francesca, que no retiraba la mirada del cuerpo de su hermana.

—Nada la salvará de la cárcel, ¿verdad? —preguntó Guido.

—¡Yo no la he matado! —exclamó Francesca.

Pietro se asió el rostro y con sumo tacto, se acercó al cuerpo de Vania y levantó levemente su cabeza.

—La mala suerte se ha cebado con ella —dijo—. Pero incluso el policía más estúpido dirá que alguien la ha empujado. —Acto seguido miró a Francesca.

Pese a la tragedia, el egoísmo de Guido hizo que todo lo sucedido girara en torno a él. La vida continuaba torturándole, como si le concediera aquello que deseaba, pero con un coste altísimo. Deseaba a Francesca y la consiguió; esa misma mañana se lamentó de tener que compartir el resto de su vida con ella y, horas más tarde, le bastaba una simple llamada para que la encarcelaran. Sin embargo, ¿estaba dispuesto a eso? ¿A vivir con la vergüenza de que su esposa fuera una asesina? ¿Qué impediría a Francesca declarar contra él, incriminarlo, aunque fuera mentira? ¿Tendría que pleitear con el resto de las Rinaldi, que seguramente querrían esclarecer los hechos? A medida que pensaba, veía cómo Francesca no era la única que podía verse afectada. A fin de cuentas, ¿quién era la única persona —aparte de Pietro— que estaba al tanto de lo que le hizo a Francesca? ¿Con quién había mantenido Vania una relación estrecha

los últimos años? ¿Dónde había encontrado la muerte? Toda esa amalgama de coincidencias le obligaban a ser cuidadoso y medir muy bien sus próximos pasos. Puede que, por primera vez, su egoísmo jugara a su favor. Se convertiría en viudo y por fin podría rehacer su vida.

—¿Qué vas a hacer? Estoy dispuesto a ayudarte siempre que me asegures que no me va a salpicar nada —comentó Pietro, nervioso por el silencio de su amigo. Guido comenzaba a visualizar en su cabeza una opción para que todos salieran indemnes, incluida la propia Francesca.

—Tienes que marcharte, Francesca —dijo Guido mirándola fijamente.

—¿Marcharse? —exclamó Pietro—. La culpa recaerá en ti, Guido.

Este negó en silencio y señaló al cuerpo sin vida de Vania.

—Son muy parecidas, ¿verdad? Siempre se lo han dicho.

Francesca lo miró horrorizada. Guido continuó:

—También me has dicho que Vania te comentó que se marchaba a Argentina… con Enzo. Utilizarás su documentación.

—¿Vas a dejar que se marche? —preguntó Pietro.

—Pero Carina…

—Se queda conmigo, Francesca —dijo Guido solemne—. Si no lo aceptas, haré todo lo posible para que te pudras en la cárcel.

Francesca rompió a llorar mientras observaba a su hija dormida en los brazos de Virgilia, refugiada en el porche del sol del mediodía. Hacía un rato, estaba dándole el pecho, agarrando su manita y sintiéndose afortunada de verla crecer. Esperaba con ansia sus primeros pasos, sus primeras palabras. Toda esa ilusión se había esfumado de repente.

—Pero es mi hija… —balbuceó Francesca.

—Tú eliges —dijo Guido. Pietro estaba más tranquilo al comprender cuál era la intención de Guido. Con su hija de por medio, Francesca estaba en sus manos.

—¿Podemos hacer que parezca un accidente? —le preguntó Guido. Pietro asintió y señaló a la Tumba de las Sirenas.

—Una caída desde ahí arriba podría ser fatal —dijo el napolitano.

Ambos se giraron de nuevo hacia Francesca. Mientras tanto, Virgilia rezaba una y otra vez. Un susurro incesante.

—Después de todo, estarás junto a Enzo —apuntó Guido ante la indecisión de Francesca—. Leí algunas de las cartas que te enviaba a casa de Santina, por lo que sé que en el fondo marcharte a Argentina no es ningún castigo. Carina estará bien aquí y tu podrás empezar de cero con mi querido primo. A ti solo te queda la cárcel, pero si prefieres hacerte pasar por Vania tendrías una segunda oportunidad. Queda a tu elección; a mí me es indiferente.

Francesca, sin cesar en el llanto, se incorporó y besó la frente de su hermana.

—Lo siento… Lo siento —dijo rozándole la piel con sus labios. Después se giró hacia Virgilia, que continuaba con Carina en sus brazos. Todavía no se creía que aquello estuviese ocurriendo.

—¿Te marchas? —preguntó Guido. Francesca asintió en silencio, avergonzada al sentir que prefería desaparecer a afrontar las consecuencias de sus actos. Sin embargo, no tenía escapatoria—. Subiremos el cuerpo de Vania a la Tumba de las Sirenas.

Pietro la observó reflexivo y después se dirigió a Guido.

—¿Qué pasa con su familia? Su madre y Lucrecia sabrán que no se trata de Francesca —comunicó señalando a Vania. Guido frunció el ceño y suspiró.

—Tienes razón.

Francesca los observaba como si se tratara de sus verdugos.

—Bajo mi punto de vista el ofrecimiento es justo —concluyó Guido—. Además, así me aseguraré de que tu familia no me ocasiona más problemas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Francesca, superada por la situación.

—Iremos a Sorrento y le contarás a tu madre y a tu hermana lo sucedido, ¿queda claro?

Francesca se estremeció al imaginarse el sufrimiento de su madre.

—No, por favor. Guido…

—Es la única manera si queremos que esto salga bien. Puedes considerarte afortunada después de todo. Ahora, aprovecha el

tiempo que tardemos para despedirte de Carina.

CAPÍTULO 56

Francesca miraba sin cesar a su hija. El miedo que experimentaba por tener que dar tan horrible noticia a su familia no era comparable con el dolor de saber que nunca más tendría a Carina en brazos. No la vería crecer, convirtiéndose para ella en un recuerdo lejano e inexistente. Con delicadeza besó sus mejillas y algunas lágrimas cayeron sobre su delicado rostro.

—Mi pequeña… —susurró. Virgilia, sentada al lado de ella, era un mar de lágrimas—. Mamá te querrá siempre, ¿vale? Volveremos a vernos, eh, princesa. Mamá te quiere mucho, mamá te quiere mucho.

La pequeña Carina, acaso como si entendiera las palabras de su madre, alzó sus diminutas manos y tocó su rostro mientras sus ojos, grandes y oscuros, brillaban.

—Tenemos que irnos —dijo Guido. Su piel relucía a causa del esfuerzo de llevar el cuerpo de Vania hasta la Tumba de las Sirenas, a la par que su rostro expresaba una mezcla de perplejidad y desagrado. Era la primera vez que a Guido se le veía afectado por lo que acababa de ocurrir—. Virgilia se quedará aquí con la niña.

Francesca clavó sus ojos en él.

—¿Es que no voy a regresar?

—No, Francesca. Hasta que descubramos si lo que decía Vania de marcharse a Argentina era cierto permanecerás en una casa de Pietro en Montesarchio, no muy lejos de Nápoles. Ahora vámonos.

Francesca besó de nuevo la frente de su hija y después se acercó hasta Virgilia.

—Cuídala. Pongo su vida en tus manos.

—Dalo por hecho —respondió Virgilia, tremendamente afectada.

Ver cómo cargaban con el cuerpo inerte de Vania le había quedado grabado a fuego en la memoria. No obstante, no sentía rencor hacia Francesca. Ella había visto el forcejeo y lo que le sucedió a Vania le podía haber ocurrido también a ella. «Se ha golpeado la cabeza con un tocón que estaba semienterrado», había dicho Pietro.

Francesca le entregó a Carina, pero incapaz de alejarse hasta que el propio Guido la agarró de la mano y tiró de ella hacia el coche.

—¡Cuídala! ¡Mi pequeña! —comenzó a gritar Francesca. Al montarse en el coche acabó de derrumbarse.

Durante el trayecto a Sorrento le suplicó a Guido quedarse, aunque fuera viviendo escondida, poco le importaba si podía estar cerca de su hija, pero la respuesta de Guido siempre era la misma.

—Si te quedas, acabarás en la cárcel.

Por ello, las súplicas de Francesca fueron a menos a medida que se acercaban a Sorrento. Primero porque no veía opción de convencer a Guido y segundo porque se horrorizaba cada vez más al imaginarse la reacción de su madre. El silencio la invadió y una presión cerró su garganta cuando vio, a lo lejos, la casa de Renato.

APENAS MINUTOS antes de la llegada de Guido y Francesca, Bianca había regresado con Lucrecia de una visita a la destilería donde producían la nueva partida de licor. Las buenas expectativas respecto al negocio hacían que todos estuvieran emocionados y trabajaran con ahínco. Tras el matrimonio entre Guido y Francesca, para evitar depender de él, Renato trató con otros agricultores para conseguir los limones necesarios. Este hecho, puntual, se tradujo en que no hubiera ningún operario cuando las dos hermanas se pelearon con

tan fatales consecuencias, como si todo hubiera sido orquestado para que sucediera.

El sonido de los coches al detenerse frente a la puerta de la casa no pasó inadvertido para Matilde, que de inmediato intuyó qué estaba ocurriendo. Pensó en sus dos hijas, tanto en Francesca como en Vania. Al cabo de unos segundos, la primera tocó la puerta. Renato abrió y se quedó perplejo al ver la estampa de la joven y la presencia seria de Guido y Pietro tras ella.

—¿Qué sucede? —preguntó Matilde, aterrada por la expresión de su hija. El tono de su voz y el sonido de la puerta provocó que Lucrecia y Bianca acudieran de inmediato al salón. La hermana de Guido también reconoció en este un gesto serio y preocupado.

De repente, como si fuera a iniciarse un juicio, Francesca se percató de que era el centro de todas las miradas. A su espalda estaban Pietro y Guido y, frente a ella, su madre, Lucrecia, Bianca y Renato. Mientras buscaba las palabras idóneas, sus labios temblaron, los ojos se le humedecieron y respirar le resultó complicado.

—¿Qué está ocurriendo? —insistió Lucrecia. Matilde, con un gesto grave, miró a su alrededor.

—¿Dónde está Vania? —En su pregunta parecía ir implícita la terrible verdad que Francesca estaba a punto de revelarles. Esta cogió aire y, sintiéndose al borde de un precipicio, comenzó a relatar lo ocurrido. Frases cortas bañadas con lágrimas que fueron recayendo sobre los demás con tremenda dureza e incredulidad. Francesca no se guardó ningún detalle, ni siquiera el motivo por el cual su hermana había ido hasta la finca.

—No sé qué pretendía —sollozaba—, pero todo se descontroló cuando atacó a Carina.

Matilde, a diferencia de Lucrecia, no lloraba, tan solo miraba a su hija con una expresión que Francesca jamás había visto.

—Fue un accidente. Ella cayó… —terminó de decir Francesca, exhausta y temblando.

—Se golpeó la cabeza. Falleció en el acto —apuntó Guido con solemnidad. Renato lo encaró, pero Pietro se interpuso.

—¡Mientes! ¿Qué le has hecho? —gritó el calabrés. En esta ocasión fue Francesca la que salió en defensa de Guido.

—Fue así como ocurrió. Nos estábamos peleando y… le empujé para quitármela de encima. No quería que le pasara nada…

Matilde se acercó a Francesca y estrechó sus manos con dulzura.

—¿Dónde está Vania? —preguntó con un hilo de voz. Francesca agachó el rostro.

—Está muerta, mamá. Está…

Pero Francesca no pudo decir más a causa de la bofetada que le dio su madre. Sin embargo, casi al mismo tiempo, la abrazó con todas sus fuerzas. Esos segundos expresaron a la perfección los sentimientos que Matilde estaba experimentando: amor, tristeza, ira, incomprensión y pena.

—Mi pequeña está muerta —sollozó Matilde con la cabeza apoyada en el hombro de Francesca. Esta, al escuchar que su madre se refería a Vania de la misma manera que ella se refería a Carina, rompió a llorar de nuevo.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó Lucrecia a Guido.

—En la Tumba de las Sirenas —dijo y acto seguido hizo un ademán hacia Francesca. Sin embargo, tuvo que ser él mismo el que continuara—. Vania le dijo a Francesca que se marchaba a Argentina en los próximos días y que lo tenía todo dispuesto. Podemos aprovechar su parecido y que Francesca tenga una segunda oportunidad. Si se queda en Italia, acabará en la cárcel.

Matilde tuvo que tomar asiento. Renato se preocupó por ella, pues parecía que iba a perder el conocimiento en cualquier instante. Lucrecia, que no terminaba de creerse la historia que acababa de escuchar, fue hasta la habitación de su hermana y encontró, en efecto, la documentación, así como el pasaje para el buque. Regresó al salón con todos los documentos en la mano, sorprendida y triste al mismo tiempo.

—Se iba a marchar —dijo entre lágrimas, portando los documentos entre sus manos.

—Francesca puede hacerse pasar por ella —insistió Guido.

—Quiero ver a mi hija —pidió Matilde. Guido estaba preparado para esa reacción.

—Créame que le compadezco, Matilde, pero si nos dirigimos todos a la finca podríamos levantar sospechas.

—¡No me creeré nada hasta que vea a mi hija! —repitió desesperada.

—Que vaya Renato —decretó Bianca. A todos les pareció bien y él, aún sorprendido por la tarea que había recaído sobre sus hombros, se marchó rumbo a la finca.

La espera se prolongó cerca de una hora en la que los pensamientos de los presentes fluyeron en todas direcciones. Francesca pensó que quizás la tardanza de Renato se debía a que Vania solo estaba malherida, que en cualquier momento aparecería por la puerta con su idea de marcharse a Argentina. En la espera se extendió un silencio absoluto, interrumpido tan solo por sollozos y suspiros. Cuando por fin escucharon el coche de Renato detenerse junto a la puerta, se pusieron en pie para recibirlo.

Este entró despacio, cabizbajo y sin saber dónde poner la mirada. De inmediato, Matilde lo encaró, aferrándose con desesperación a la solapa de su chaqueta.

—¿Qué ha pasado? —exclamó. La respuesta fue estrecharla entre sus brazos.

—Es cierto, Matilde. Es cierto.

En ese momento, Matilde soltó un grito ahogado y sus piernas le fallaron. Lucrecia auxilió a su madre a la par que lloraba, al igual que Bianca. Francesca lo observaba todo desde la distancia, devorada por la culpa.

—Virgilia me ha contado lo mismo —dijo Renato a duras penas.

Guido aguardó unos minutos a que la situación se calmase y después, con suma frialdad, se acercó a Matilde, que respiraba con gran agitación. Estrechó sus manos blanquecinas y la miró fijamente a los ojos.

—Ha perdido una hija, Matilde. Si Francesca se queda aquí, la perderá también a ella. Comprendo su dolor, pero hay una oportunidad para no causar más daño.

Renato asintió tras escuchar a Guido.

—Es la única opción —añadió.

Lucrecia desplegó el billete de embarque.

—El barco parte pasado mañana.

Guido asintió.

—Hasta entonces, Pietro mantendrá a Francesca a salvo, lejos de los vecinos o de cualquier otra persona que pudiera reconocerla. Llegado el momento, Francesca embarcará.

Matilde movió la cabeza de arriba abajo. Después, apoyándose en el propio Guido, se incorporó y miró a su hija. Francesca le quitó la mirada y se ocultó el rostro con las manos.

—¿Ni siquiera acudirá al funeral de su hermana? —preguntó. El dolor había distorsionado su realidad.

—Es demasiado arriesgado —respondió Guido. El calabrés reafirmó sus palabras, consciente de que era lo mejor para Francesca y, a su vez, para todos. Lucrecia abrazó a su hermana, que se asimilaba una muñeca de trapo.

—Entonces, ¿qué tendremos que decir? —preguntó Renato.

—Diremos que Francesca sufrió una caída mientras paseaba por la Tumba de las Sirenas. Avisaremos al doctor Lombardi para conseguir los certificados necesarios. Después, Francesca constará como fallecida y ella —señalando a su esposa— utilizará la identidad de Vania.

Una vez estuvo todo acordado, Guido les avisó de que había llegado el momento de la despedida. Francesca se quedó inmóvil mientras que eran los demás los que acudían a ella. Lucrecia le entregó toda la documentación que Vania había conseguido en secreto en los últimos meses y Renato la revisó para corroborar que estuviese todo acorde. La última en acercarse a Francesca fue su madre. Cuando la tuvo delante, se quedó observándola en silencio.

—No quería que pasara nada de esto… —dijo Francesca con una mueca de sufrimiento. Matilde alzó las manos y acarició el rostro de su hija.

—Quiero que sepas que cuidaremos de tu hija. Hoy nos ha tocado perder a las dos.

Francesca apoyó la cabeza en su hombro.

—Lo siento, mamá. Lo siento…

—Sé fuerte, Francesca. Rezaré por ti.

Un último abrazo supuso el adiós definitivo. Francesca se montó en el coche de Pietro y este puso rumbo a Montesarchio, donde la escondería hasta que llegara el momento de embarcar. Los demás, sumidos en la pena y la desolación, pusieron rumbo a la finca de los Costa.

Capítulo 57

BUENOS AIRES, MARZO DE 1946

Vania Rinaldi abrió la ventana y contempló con una ligera sonrisa el cielo despejado que se mostraba ante sus ojos. La ciudad de Buenos Aires bullía de actividad a aquella hora, como un hormiguero frenético de peatones y coches que convivían en perfecta sincronía. Pese a que había instantes en que le recordaba a Nápoles, había algo diferente en la capital argentina.

La joven sacó la mano y palpó el aire para comprobar la temperatura, que por entonces resultaba agradable y templada. Probablemente para el mediodía el sol apretaría más, pero para entonces ella ya estaría trabajando en el restaurante. En el fondo se sentía afortunada de haber conocido en sus primeros días en la capital Argentina a una familia de Palermo que la acogió como una más. Le dieron un trabajo en la cocina de su restaurante italiano y le adelantaron el dinero suficiente para que ella pudiera rentar su propio apartamento. Vania, o Francesca más bien, recordaba aquellos días con cierta nostalgia.

Cuando llegó a Buenos Aires, todavía traumatizada por lo sucedido, intentó en un primer momento encontrar a Enzo, a lo cual destinó el poco dinero que llevaba y gran parte del que ganaba en el restaurante. Era una manera de mitigar el dolor por haber dejado a su hija en Sorrento. Sin embargo, la gran afluencia de inmigrantes en aquellos meses lo convirtió en una odisea en la que Francesca no pudo averiguar nada, pero fue esa misma cantidad de italianos lo que la ayudó a que pudiera comunicarse en italiano, mientras aprendía español.

Pese a que insistió e intentó todo lo que estaba en su mano. El paso de los meses fue convenciéndola de que quizás era el momento de sepultar el pasado para siempre e intentar ser feliz. El recuerdo de su hija y de los últimos momentos que vivió con su madre y su hermana la torturaban pese al transcurso del tiempo. Ella quería olvidar, seguir hacia delante, pero le resultaba imposible.

Mientras caminaba hacia el restaurante, Francesca se mantenía vigilante y escrutaba a todo aquel que le recordara a Enzo. Muchas veces se sobrecogía al ver a un hombre ligeramente parecido, aunque nunca dio con él. Uno de sus últimos intentos había sido unirse a un grupo de italianos que escribían un diario con las últimas noticias que llegaban de Italia. Francesca creía que así tendría más posibilidades de dar con él, pero finalmente acabó por desistir.

—Oh, llegas temprano, Vania —le dijo Gino Pezzani, el dueño del restaurante y cabeza de familia. Este le hablaba en italiano, pues Francesca aún no manejaba bien el español.

Fue Gino quien le entregó el dinero suficiente para rentar un pequeño apartamento. Como acostumbraba, este estaba sentado en una de las mesas, con el periódico en las manos y una pequeña copa de sambuca.

—No tenía nada mejor que hacer —dijo Francesca mientras recogía su melena en una coleta. Después señaló a la copa de sambuca—. Amalia te echará una buena bronca.

—Bah, tonterías. Es lo que necesito para afrontar el día como es debido —afirmó sin levantar la vista del periódico—. ¡No hay que perder las tradiciones!

Desde la cocina del restaurante provenían el ruido metálico de las ollas y los demás utensilios. Amalia, esposa de Gino, ya debía estar preparando las salsas.

—¿Hay muchas reservas para el primer servicio? —preguntó Francesca. Sacó un delantal del bolso y se lo puso allí mismo.

—La mitad del salón o puede que menos. Los miércoles son los peores días de la semana —se lamentó Gino. La joven le dedicó una sonrisa y fue directa a la cocina, donde Amalia y una de sus hijas, María, picaban un buen montón de tomates y pimientos verdes.

—¡Seis manos mejor que cuatro! —dijo Amalia nada más verla. De inmediato, Francesca agarró un cuchillo y se puso manos a la obra. No dejaba de sorprenderle la habilidad de Amalia, cuya destreza con el cuchillo era insuperable.

—Como siempre, cortaremos toda la verdura. Después yo comenzaré a cocinar las salsas. Vania, ¿puedes encargarte de las ensaladas?

—Sin problema —respondió Francesca. Fue entonces cuando se fijó que en una de las mesas de la cocina había unas cuantas botellas de un licor amarillento que le resultaba extrañamente familiar—. ¿Qué es eso?

Amalia levantó la mirada de la tabla.

—Ah, nos lo han dejado hace un rato. Uno de nuestros paisanos se dedica a producir un licor de limón o algo por el estilo, le dicen Limoncello. El caso es que quiere que lo probemos para ofrecérselos a nuestros clientes. Tú eras de Sorrento, ¿no? Allí tienen muy buenos limoneros. Mi abuela siempre lo decía.

Francesca asintió sin quitar sus ojos de las botellas.

—Tumba de las Sirenas —leyó a la par que un escalofrío recorría su cuerpo.

—El nombre es un poco extraño —comentó Amalia—. No me suena a italiano.

Esta continuó hablando, pero Francesca no podía escucharla. Toda su concentración estaba fija en esa botella y en la tremenda casualidad que podía estar dándose en ese momento.

—¿Quién la trajo? —preguntó de repente. Amalia se sorprendió de su brusquedad.

—No sé, Vania, un joven. ¿Por qué no dejas la botella y…?

Pero Francesca volvió a ignorarla. Rápidamente cogió un vaso y vertió en él un poco de licor para bebérselo de un solo trago. En ese ínfimo instante en el que el sabor viajó desde la lengua hasta su cerebro, los recuerdos la desbordaron. De repente no se encontraba en Argentina sino en Sorrento, en la finca de los Costa, en aquellos primeros días tras la muerte de su padre. Era como si realmente se encontrara allí, junto con sus hermanas y el vaso de licor en su mano.

—Oh, Dios mío. —El vaso se resbaló de sus manos y se hizo pedazos contra el suelo.

—¡Vania! —exclamó Amalia. Esta fue a interesarse por Francesca, pero la joven parecía sobrecogida y feliz al mismo tiempo. «Es el mismo licor que hacían ellos; el mismo brebaje imbebible que fabricaban cuando nosotras llegamos a Sorrento», pensaba Francesca, febril.

—¿Quién ha traído las botellas? —insistió. Amalia se asustó.

—Ya te he dicho que fue un joven. Le dejó una tarjeta a Gino. Es lo único que sé.

Sin perder ni un segundo, Francesca salió de la cocina y fue en busca de Gino, que pensando que era su mujer la que venía a reñirle, se puso nervioso y tiró al suelo la copa de sambuca.

—¡Qué demonios! —exclamó.

—¡Las botellas de licor! ¿Quién las trajo? Necesito saberlo —dijo Francesca con desesperación, como si tratara de un loro que hubiera memorizado unas pocas frases.

A Gino le costó unos cuantos segundos averiguar de qué estaba hablando. La insistencia de la joven tampoco se lo ponía fácil.

—Me dijo su nombre, pero no lo recuerdo. El señor Bonestra, el intermediario, es quien puede decirte algo más, pero ¿qué sucede?

Amalia y su hija, que habían salido de la cocina, encogieron los hombros. Francesca sabía que podía estar cometiendo un grave error, que lo más sensato sería esperar a terminar su trabajo y averiguar después quién estaba detrás de aquel licor, pero eso era su lado más racional; su corazón le decía todo lo contrario.

—Tengo que irme. Lo siento mucho, pero he de hacerlo —dijo Francesca quitándose el delantal.

—¡Vania! ¿A dónde vas? ¡Vania! —gritó Amalia desde la puerta, pero nada en el mundo podría detenerla.

Afortunadamente, Francesca llevaba el tiempo suficiente viviendo en Buenos Aires como para saber cómo llegar a la oficina del señor Bonestra. Este era un paisano que había emigrado a Argentina siendo apenas un niño a principios de siglo, lo que le había servido para erigirse como intermediario entre los que llegaban por esos días y los argentinos. Cada vez que el señor Bonestra iba por el restaurante, Francesca se acordaba de Renato, sintiendo nostalgia y recibiéndolo con una amplia sonrisa.

Por fin, después de correr durante más de diez minutos, llegó a la Avenida de Mayo, donde se encontraba la oficina del señor Bonestra. Entró directamente, sin preguntar, ocasionando que el intermediario, que estaba reunido con otro señor, pusiera cara de circunstancia.

—Usted trabaja en el restaurante de Gino, ¿me equivoco? ¿Sucede algo? —preguntó mientras se ponía de pie. Francesca necesitó unos segundos para recuperar el aliento.

—Las botellas de licor de limón. Se las dejaron esta mañana en el restaurante. ¿Quién las fabrica?

El señor Bonestra pidió disculpas al otro hombre, agarró a Francesca del brazo y la sacó del despacho.

—¿Qué numerito es este? —exclamó.

—Solo necesito su nombre. ¿Cómo se llama?

Tal era la desesperación de la joven, que Bonestra comprendió que lo mejor era decírselo y que se marchara lo antes posible.

—Es de un tal Enrique Ruscoli. Ha conseguido la receta de un pariente de Sorrento y ahora está invirtiendo en el licor. Vive en San Genaro, a tres o cuatro horas de aquí. ¡Ahora, largo!

Bonestra cerró la puerta con gran estrépito, pero Francesca no se inmutó. Desde que vio las botellas esperó escuchar el nombre de Enzo en cualquier momento, pero…

—Un momento —dijo Francesca para sí misma—. Enrique Ruspoli.

De nuevo viajó al pasado como si cayera por un agujero en el que las paredes estuviesen recubiertas con sus propios recuerdos: la pelea con su hermana, la boda con Guido, la guerra, la Tumba de las Sirenas…

—El tío de Enzo… ¡El tío de Enzo se llamaba Enrique!

Francesca regresó a su apartamento, hizo acopio de sus ahorros y contrató un chófer para que la llevara inmediatamente hacia San Genaro. Pagó cuanto le pidieron sin importarle si era mucho o poco, partiendo antes del mediodía. Durante el largo trayecto se acordó varias veces de Gino y Amalia. Se sentía mal por haberlos dejado tirados de esa manera, pero la posibilidad de reencontrarse con Enzo era superior a todo lo demás. Ni siquiera pensó en qué haría si él había rehecho su vida o había conocido a otra mujer, sencillamente porque confiaba en que, por una vez, el destino le dispusiera de buena fortuna.

Cuando ya estaban llegando a San Genaro, el chófer le preguntó si quería que la dejara en algún sitio en concreto. En ese momento

Francesca fue consciente de que ni siquiera sabía el lugar exacto al que se dirigía, lo cual podía ser un problema. El sol avanzaba lentamente hacia el amanecer y poco a poco se extendía una luz anaranjada que alargaba las sombras.

—¿Le suena un tal Enrique Ruspoli? —preguntó Francesca.

El chófer, un hombre de unos cincuenta años, calvo y con un grueso bigote, reflexionó durante unos segundos.

—Yo no soy de este lugar, pero si tiene una finca la dejaré en aquella zona de allí —dijo señalando hacia las casas más prominentes del pueblo—. No creo que viva en estas casuchas.

Francesca sonrió y aceptó. Cuando la dejó junto a una de las casas, el chófer le dijo que podía esperarla durante dos horas, pero que transcurrido ese tiempo tendría que regresar.

—Estaré en un bar que hay no muy lejos de aquí. Tan solo siga la carretera y me encontrará, pero recuerde: dos horas como mucho. Si se le hace tarde, hay una pensión un poco más abajo.

—Se lo agradezco —dijo Francesca.

El chófer se alejó y ella se quedó sola frente a las casas que él mismo le había sugerido. Una vez más, su vida y su futuro más inmediato se encontraban en un delicado equilibrio. Sin saber qué hacer, paseó de un lado a otro hasta que le preguntó a una anciana si conocía a un tal Enrique Ruscoli. La mujer le dijo que no lo conocía y se despidió educadamente. Francesca sintió cómo la desesperación crecía en su interior, pero no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente. Se acercó a otra mujer, aunque esta le respondió casi con las mismas palabras que la anciana. No entendía nada. ¿El chófer había oído hablar de él y sus propios vecinos no? Era ridículo.

Vio a una madre que caminaba con su hija de la mano y sintió un doloroso pellizco en su corazón. Ya no faltaba mucho para que su hija cumpliese un año. ¿Habría dado ya sus primeros pasos? ¿La echaría de menos? Aquellas preguntas se trasladaron en lágrimas que desfilaron por sus mejillas mientras las observaba alejarse. Sin embargo, la madre de la criatura se fijó en que estaba llorando y rápidamente se preocupó por ella.

—¿Le ocurre algo?

Francesca se secó las lágrimas y negó con la cabeza.

—Estoy bien. Se lo agradezco. Es solo que me he acordado de mi hija. Está en Italia —respondió Francesca con un español bastante malo.

La mujer sonrió con ternura.

—Extranjera por lo que veo. La compadezco. Seguro que pronto vuelven a estar juntas.

Francesca le agradeció una vez más sus palabras y aprovechó para preguntarle si conocía a Enrique Ruscoli.

—¿El señor Ruscoli? Oh, sí, desde luego. Mi marido trabaja para él. Vive en esa casa de ahí, ¿la ve? La de la fachada azul. Más allá de la casa tiene una pequeña finca donde ha plantado limoneros. En San Genaro ha causado sensación.

—¿Y eso por qué? —preguntó intrigada.

—Según me ha contado mi marido, esos limoneros los ha plantado un sobrino de Enrique con semillas que ha traído desde Italia. No sé si será verdad, pero los más mayores dicen que nunca han visto limoneros como esos y eso que tienen muy poco tiempo de plantados. Crecen como la mala hierba.

El corazón de Francesca latía desbocado. Se despidió de la mujer y de su hija y se dirigió a la casa de la fachada azul. Desde la acera hasta la puerta principal había un sendero de tierra que se extendía como una serpiente de color marrón sobre el césped. Francesca lo atravesó despacio mientras intentaban convencerse de que esta vez lo había encontrado. Casi cinco años después…

El sol, apoyado en el horizonte, regalaba destellos anaranjados que incidían de manera traviesa en los cristales de las ventanas de la casa. Esta lucía elegante pero acogedora al mismo tiempo, como si quien la habitara quisiera dejar claro el valor que aquello tenía para él. Ya estaba frente a la puerta.

Puso sus manos sobre la aldaba y golpeó. Poco a poco el tiempo se iba deteniendo, condensándose a su alrededor. Sonaron pasos al otro lado y el sonido del pomo. Alguien estaba abriendo la puerta.

Al otro lado del umbral, por la posición del sol, que quedaba a la espalda de Francesca, Enzo no pudo distinguir más que una silueta

oscura. Sin embargo, Francesca lo veía como si el sol lo estuviera bendiciendo con su luz.

—Enzo…

El joven afinó la mirada y entonces comprobó que se trataba de Francesca. Su expresión era la de un pecador a las puertas del cielo, humillado por el inmenso perdón que recaía sobre él. El mismísimo Dios había bajado a verlo y se había hecho persona.

—¿Francesca? ¿Eres tú?

La joven asintió mientras apretaba sus labios para contener el llanto.

—Lo soy.

Enzo, confuso, maravillado al mismo tiempo, estrechó sus manos con suavidad.

—Dime que no estoy soñando.

—Esta vez nada nos separará. Te lo prometo.

EPÍLOGO

Argentina, 1996

Ada y Vania se miraban la una a la otra fijamente, como dos pistoleros antes de desenfundar sus armas. La anciana volvió a fijarse en el lunar sobre el labio de la joven y esbozó una sonrisa melancólica que no pasó inadvertida para la periodista.

—¿Cómo se llamaba su hermana? La que falleció tras su marcha a Argentina —preguntó Ada con un hilo de voz.

Las lágrimas rebosaron los ojos de la anciana, pero esta no se inmutó y dejó que estas corrieran por sus mejillas. Ada, nerviosa, apretó sus labios para evitar ceder al llanto.

—Han pasado tantos años… Perdí la esperanza. Perdí el contacto hace mucho tiempo.

Ada se secó las lágrimas con la manga de la camisa y acto seguido, la mujer le tocó la cara de tal forma, que no pudo dejar de mirar el lunar de la joven.

—Mi madre tenía el mismo y mi hermana también.

—No puedo creer que sea cierto —dijo Ada lanzándose a sus brazos. Vania, llorando y riendo al mismo tiempo, la abrazó con todas sus fuerzas. Sin embargo, el llanto se apoderó de ambas. Franco y Violeta, que se encontraban en la habitación contigua, acudieron de inmediato cuando escucharon los sollozos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Violeta al ver a su madre abrazada a la periodista.

En ese momento, la anciana comprendió la difícil tarea que tenía frente a ella. La verdad que había escondido durante tanto tiempo llamaba a su puerta y pedía permiso entrar en sus vidas. Sus hijos, Franco y Violeta, no podían imaginar siquiera lo que aquel abrazo y aquellas lágrimas significaban.

Los tranquilizó diciendo que se encontraba bien y que tenían que hablar de un asunto muy serio. Sus hijos, lejos de calmarse, lanzaron una mirada inquisitiva hacia Ada.

—Esta joven es… su sobrina —dijo Vania después de establecer mentalmente la línea de parentesco. Franco y Violeta dieron un respingo.

—¿Nuestra sobrina? —preguntó Violeta, preocupada ante la posibilidad de que su madre hubiera perdido la cabeza súbitamente. Sin embargo, la anciana asentía.

—Para que fuera nuestra sobrina tendría que ser la hija de un hermano nuestro —dijo Franco.

—De una hermana.

Franco se puso a la altura de su madre.

—Mamá, ¿te encuentras bien? ¿Sabes quién soy?

—¡Pues claro que sé quién eres, Franco! ¡Estoy perfectamente!

Violeta se acercó a su madre.

—¿Cómo te llamas? ¿Recuerdas tu nombre?

La anciana sonrió y miró a Ada, que asintió como si la animara a dar el paso.

—Mi nombre es Francesca Rinaldi.

Sus hijos se echaron las manos a la cabeza e incluso quisieron llamar a una ambulancia, pero poco a poco, tanto Ada como su madre consiguieron explicarse. No les resultó nada sencillo. Era una historia larga y enrevesada que las constantes preguntas de sus hijos interrumpían continuamente. Ellos habían oído en alguna ocasión hablar a sus padres acerca de Francesca, la hermana que falleció en Sorrento, pero apenas sabían nada más. Por ello, a medida que su madre les fue contando la historia, sus hijos fueron convenciéndose de que les estaba diciendo la verdad. Además, Ada confirmaba la historia de Francesca con algunos detalles que le dieron más veracidad a la historia.

—¿Cómo puedes saber todo eso? —le preguntó Violeta a Ada.

—Después de la muerte de mi abuelo Guido, mi tía Bianca me contó la historia y me animó para que tratara de localizarlos. Es mi madre, su hermanastra, la que no sabe nada de todo esto.

Franco se sacudió el rostro. Era demasiada información en tan poco tiempo.

—¿Por eso te desmayaste la primera vez que vino? —preguntó.

—La reconocí nada más verla. Es el vivo retrato de mi hermana Vania. Pero no fingí, simplemente me puse tan nerviosa que me desmayé.

Franco miró entonces a Ada.

—Entonces, tú madre es…

—Su madre es la hija que tuve con Guido antes de venir a Argentina. Después de lo que sucedió con mi hermana Vania no tuve más opción que marcharme y dejarla en Italia. Al poco de casarme con su padre, los dos viajamos a Sorrento con la intención de recuperarla, pero Guido no lo consintió. Pese a cómo actuó conmigo, amaba a su hija y no estaba dispuesto a separarse de ella —explicó la anciana.

—¿Y no hiciste nada? —preguntó Violeta, conmovida por la historia.

—¡No podíamos! Además, Guido se había vuelto a casar y su mujer, aunque me costó asimilarlo, trataba con mucha dulzura a Carina. —Ada le puso la mano en el hombro—. Por su parte, Bianca, mi madre y mi tía Virgilia me aseguraron que cuidarían de ella en todo momento. Yo sugerí visitarla de vez en cuando, no me importaba hacerme pasar por una extraña con tal de verla crecer, pero Guido no cedió. Lo único que he sabido de ella en todos estos años ha sido gracias a las cartas que me enviaba mi madre. Pero después de que esta falleciera, no volví a saber más de ella.

—Mi abuelo era muy estricto en ese aspecto —añadió Ada—. Siempre fue un hombre muy serio. Virgilia decía que se parecía mucho a su padre.

Francesca sonrió. ¿Cuántas veces intentó Guido emular a su padre? Al final, la vida lo había modelado para que así fuera.

—¿La tía Lucrecia lo sabía? —preguntó Franco.

—Por supuesto. Todos lo sabíamos —contestó Francesca—. Lucrecia y Mauro se vinieron a Argentina a visitarnos. Tenían planeado pasar una temporada, pero finalmente acabaron asentándose —después se giró hacia Ada—. Mi hermana y Mauro fallecieron hace unos años, con un mes de diferencia. Nunca tuvieron hijos, pero se dedicaron a la vida social, viajaron mucho.

Violeta abrió los ojos como si acabara de descubrir algo de suma importancia.

—¿Tu madre está viva? —le preguntó a Ada, que asintió con una sonrisa.

—Ella es el motivo de que esté aquí. Empleé muchos meses en encontrarlos. No fue nada fácil. Cuando por fin lo hice, conseguí convencer al director de *Corriere Della Sera*, el diario donde trabajo, para que realizar una serie de reportajes sobre italianos que emigraron a Argentina tras la Segunda Guerra Mundial. Antes de decirle nada a mi madre quería saber si la historia era cierta. Mi madre no sabe la verdad, cree que su verdadera madre murió en el acantilado.

—Mi pequeña… —dijo Francesca con los ojos brillosos, recordando a aquel bebé tierno del que tuvo que despedirse—. Todavía recuerdo cuando la dejé en los brazos de Virgilia. Ocurrió tan rápido.

—Bianca dice que mi madre consiguió con Virgilia lo que ninguna de ustedes pudo. Que pese a sus travesuras era incapaz de regañarla.

Francesca sonrió a la par que aplaudía.

—¿Y Bianca cómo está?

—Ahora mejor, pasó por un periodo bastante malo cuando su amiga Gloria falleció. Vivieron juntas más de treinta años y ambas se dedicaron a consentir a mi madre. Gloria era parte de nuestra familia.

Francesca pensó en que Bianca era una gran amiga, siempre fue buena con Lucrecia y con ella. Le parecía raro que nunca formase una familia.

—Ahora, lo más importante es lo siguiente —interrumpió Ada poniéndose más seria—. Es una decisión importante y que tendrá

repercusión para todos. Sé que mi madre me agradecerá que te haya buscado. Me costará que me crea, pero confío en que mi tía Bianca y yo seamos capaces de contarle la historia como es debido. Si eso es así, trataré de que viaje hasta aquí lo antes posible.

La anciana se puso frenética.

—Si eso ocurriera sería uno de los días más felices de mi vida —afirmó Francesca con las manos juntas sobre su pecho. Ada la abrazó de nuevo.

—Entonces me pondré en marcha. Llamaré al director del periódico y me inventaré cualquier excusa para regresar de inmediato a Italia —dijo Ada. Antes de que pudiera alejarse, Francesca le agarró las manos.

—Quiero que vengan todos. Si es necesario, me haré cargo de todos los gastos.

—¡Mamá! —exclamó Violeta. Pese a que no dudaba de la credibilidad de la historia que acababa de escuchar, no quería que su madre ofreciera dinero de una manera tan desinteresada. ¿Cuántos casos de estafas se habían producido en Argentina aprovechando a familias divididas? No obstante, como si Ada hubiera leído sus pensamientos, esta abrió su libreta y sacó una fotografía que puso en las manos de Francesca.

—Esta fotografía nos la tomamos el día en el que me gradué —dijo la periodista. En la imagen aparecía Ada, muy jovencita acompañada de su madre, de Carina Costa. Francesca puso en sus labios una sonrisa celestial a la par que acariciaba el rostro de su hija. Violeta y Franco observaron la fotografía y se asombraron del parecido de la madre de Ada con la suya.

—Es preciosa —dijo Francesca. Después alzó la mirada y se centró en la joven periodista—. Tengo tantas preguntas que seguramente podrías quedarte aquí durante semanas y, aun así, me seguiría faltando tiempo conocer todo lo que me he perdido. Pero, ahora, Ada, quiero que regreses a Italia cuanto antes. He soñado con este momento desde hace mucho tiempo y tengo miedo de que el destino, que tanto ha jugado conmigo, me lo arrebate en el último suspiro. Estoy sana y me encuentro perfectamente, pero como ya sabes, mi vida me ha deparado muchas sorpresas.

—¿Por qué dices eso mamá? —preguntó Franco—. ¿Qué habría de pasarte?

Francesca sonrió.

—Es solo por quedarme tranquila.

Cuando Ada se marchó y Francesca se quedó a solas con sus hijos, estos se quedaron mirándola con la viva expresión de aquellos que observan a una persona desconocida, como si hasta ese momento hubiera llevado una máscara que hubiera ocultado su verdadera identidad.

En cuanto a Francesca, estaba visiblemente emocionada y nerviosa. Tan rápido se sentaba en una butaca como comenzaba a pasear de un lado a otro. Se detenía frente a la estantería, sacaba un libro y tras un breve vistazo lo colocaba de nuevo en su sitio. Repitió este proceso unas cuantas veces hasta que sus hijos, que parecían comunicarse únicamente con sus miradas, rompieron el silencio.

—¿Por qué no nos dijeron nada? —preguntó Violeta.

Francesca encogió los hombros.

—¿De qué hubiera servido? Habría sido remover el pasado en balde y compartir de manera egoísta unas preocupaciones que no les correspondían.

Franco tenía un gesto grave en el rostro.

—Lo que ese hombre te hizo…

—Ocurrió hace mucho tiempo, lo cual no le resta gravedad, lo sé, pero no es lo importante.

—Si todos sospechaban lo que había sucedido, ¿Por qué permitieron que te casaras con él?

Francesca suspiró.

—No tenía opción. Estaba embarazada y él, por entonces, él tenía el derecho y casi la obligación de casarse con la madre de su hijo. Se llamaba matrimonio reparador y fue legal en Italia hasta el año 1981. ¿Lo pueden creer?

—Eran otros tiempos —dijo Violeta. Incrédula de que algo así fuera legal.

—¿Comprenden ahora por qué decidimos mantenerlo en secreto? Los sufrimientos del pasado pueden afectarnos en el presente, tanto

o más que por entonces. Su padre y yo fuimos muy felices y no teníamos necesidad de enturbiarlo con lo que sucedió.

Sus hijos asintieron al unísono. Su madre tenía razón.

—¿No te preocupó que te arrestaran cuando regresaste a Italia?

—No había razones para ello. Todos fingieron como si hubiera sido yo la que había fallecido. Para todos, Guido enviudó y se casó al poco con una joven de Nápoles con la que se veía mientras yo aún era su esposa. En cuanto a mi madre y mi hermana Lucrecia, formaron parte del acuerdo, por lo que nadie sugirió que todo fuera una farsa —explicó Francesca con la mirada perdida, rememorando aquellos momentos tan amargos y que creía ya parte de su pasado más recóndito.

Violeta le dio un abrazo y después observó los datos de contacto que Ada les había facilitado. Les había prometido que partiría de inmediato hacia Italia y que les avisaría en cuanto hablara con su madre.

Aquel reencuentro, épico y emotivo hasta cotas inimaginables, dependía en última instancia de cómo Carina Costa se tomara la verdad que Ada iba a revelarle y eso era algo que ni siquiera Francesca podía prever. No obstante, esa mera posibilidad hacía que todo el tiempo que había transcurrido desde que la vio por última vez mereciera la pena.

~

Había pasado un mes desde que Ada visitó a Francesca en San Genaro. El tiempo había transcurrido lento y plomizo, como si cada segundo se arrastrara penosamente hasta alcanzar el siguiente. En un primer momento, la anciana se tomó la espera con filosofía, pero a medida que pasaban los días y no tenía noticias de Ada, la impaciencia se fue apoderando de ella.

—¿No ha llamado?

—Por el momento no, mamá —le respondía Violeta.

—¿Han revisado si el teléfono está bien?

—El teléfono funciona perfectamente.

—Seguro que Carina no quiere conocerme —repetía una y otra vez. Ante esta afirmación, sus hijos se mostraban más reservados y no sabían bien qué responderle.

—Puede que el director del periódico la haya obligado a terminar su reportaje. ¿Habrá manera de averiguar si permanece todavía en Argentina?

Esta última teoría también ganaba peso en su cabeza, de manera que durante semanas estuvo irritable, en un estado de nervios permanente al que combatía con una limpieza exhaustiva de su casa. Limpiaba el polvo, barría, fregaba y repetía el proceso sin cesar, quejándose continuamente de una suciedad que solo parecían ver.

—Como sigas así vas a desgastar el suelo —bromeó Franco. Su madre lo miraba de reojo y sin contestar continuaba con su frenética tarea.

Pronto, la tensión y la impaciencia de Francesca se transformaron en desidia y frustración, llegando a valorar la posibilidad de viajar a Italia para buscar a su hija por sí misma. Sus hijos procuraban convencerla de que era una idea arriesgada e incluso temían que su madre decidiera actuar por su cuenta, razón por la que pasaban con ella más tiempo de lo normal.

Fue en ese momento, en el que la esperanza de reencontrarse con Carina pervivía a duras penas, cuando por fin sucedió aquello que tanto esperaba. Francesca, junto con sus hijos, parejas y nietos, se encontraban en casa preparando el almuerzo. Como eran tantos, Francesca solía estar acostumbrada a ver sobre la mesa enormes cantidades de comida, aunque ese día, consideró que sus hijos se habían pasado de la raya.

—¿Es que quieren montar un restaurante? —exclamó cuando vio las bandejas de carne, la lasaña, las ensaladas, los platos de queso y el estofado sobre la mesa.

—Tenemos mucho apetito —dijo su nuera, Martina, mientras sostenía a su hija en brazos.

—Más vale que tengan hueco en la nevera para guardar todo lo que va a sobrar. ¡Esto roza lo indecente!

—Oh, la abuela está hoy un poco cascarrabias —bromeó Violeta.

—¡Pues todavía faltan las empanadas! —exclamó Franco—. Llegarán de un momento a otro.

Francesca no daba crédito.

—¿Empanadas? ¡Se han vuelto locos!

En ese instante sonó el timbre y todos, a excepción de Francesca, se miraron con complicidad. La anciana, que luchaba por colocar de manera adecuada aquella cantidad ingente de comida, los observó perpleja.

—Hablando de las empanadas —dijo Luis, el marido de Violeta.

—¿Es que esperan que vaya yo a abrir?

Franco y Violeta sonrieron.

—Tienes que ir tú, mamá.

—¡Yo no he pedido las empanadas! —insistió.

Violeta se exasperó.

—¿Quieres ir a abrir?

Fue entonces cuando Francesca intuyó lo que estaba ocurriendo. Abrió los ojos sobremanera y miró hacia la puerta. El timbre volvió a sonar.

—Te están esperando —dijo Franco con un gesto afable.

Francesca se tapó la boca con las manos a medida que se acercaba a la entrada. Todo su cuerpo temblaba movida por una energía extraña y maravillosa al mismo tiempo. El resto de su familia la siguió, sonrientes y nerviosos.

La anciana abrió la puerta lentamente, encontrándose al otro lado una mujer de unos cincuenta años. Tras ella, a unos cuantos metros, Francesca reconoció a Ada, que lucía visiblemente emocionada. Sin embargo, la anciana volvió a centrarse en la mujer que tenía justo delante. Su cara, su gesto e incluso su cuerpo eran la viva imagen de ella años atrás.

—Hola… —susurró.

La mujer separó ligeramente los labios, que empezaban a temblar.

—Hola… —contestó.

—La última vez que te vi cabías en mis brazos —señaló Francesca. La mujer asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Ada me lo ha contado todo —dijo Carina estrechándole las manos—. Me lo ha contado todo, mamá.

La sonrisa brotó de los labios de Francesca, que por unos instantes dudó de si abrazar a su hija o no hasta que fue Carina la que lo hizo.

—Te he esperado durante tanto tiempo. Perdóname, te lo suplico. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte —aseguró Carina—. Además, lo único que quiero es recuperar todo el tiempo perdido… mamá.

Francesca rompió a llorar en los brazos de su hija.

Inmediatamente después, como extraños que hubieran descubierto que en realidad se conocían desde hace tiempo, las dos familias se unieron y presentaron derrochando júbilo y alegría. Todos tenían la sensación de que aquel reencuentro era un suceso de justicia que de alguna manera podían experimentar en su interior.

—Este es mi marido Giorgio y a mi hija creo que ya la conoces —dijo señalando a Ada, que le dedicó una sonrisa traviesa que para Francesca fue como ver a su hermana Vania cobrar vida de nuevo.

Sin embargo, había una sorpresa más para Francesca. Detrás de todo, apoyada sobre un bastón, elegante como siempre se encontraba Bianca. Pese a su melena blanquecina, aún refulgía en su mirada la fuerza de su juventud. Las dos se fundieron en un abrazo largo y emotivo.

—Amiga mía —saludó Francesca. Bianca había cuidado a Carina como si se tratara de su hija, algo de lo que estaría eternamente agradecida.

—No sabes la alegría que da ver de nuevo a una Rinaldi —dijo Bianca, que no había perdido sus comentarios suspicaces—. Aunque, en el fondo, siempre he estado cerca de una.

Enseguida todos pasaron al interior de la casa, donde la abundante comida que descansaba sobre la mesa adquirió todo el sentido del mundo para Francesca.

—¿Desde cuándo lo sabían? —preguntó con los brazos en jarra.

Las risas se propagaron por el comedor. Francesca estaba tan sorprendida que no podía parar de sonreír. Sus ojos iban de Carina a

Violeta, a Franco, a Ada, ¡a Bianca! ¿Cómo podía imaginarse que iba a volver a verla?

—Antes de que Ada se marchara le di mi número de teléfono. Ella hizo el viaje para asegurarse de que su madre no sufría en vano, así que pensé en hacer lo mismo —explicó Violeta.

Francesca afinó la mirada.

—Eso quiere decir… ¿Cuándo te llamó?

—Oh, hace semanas —dijo Violeta quitándole importancia al asunto.

—¡Hace semanas! —exclamó la anciana.

—¡La sorpresa fue idea de Ada! —se justificó Violeta. La joven asintió e hizo una leve reverencia.

—Acepto aplausos e incluso estoy dispuesta a firmar autógrafos.

Francesca, que no hacía más que fingir su irritación, estaba cada vez más sorprendida de lo mucho que se parecía a su hermana Vania. Bianca le leyó la mirada y asintió para darle a entender que sabía lo que estaba pasando por su cabeza.

Por fin, se sentaron en la mesa. Francesca se acomodó entre Violeta y Carina, como si quisiera erigirse en nexo de unión entre sus dos hijas, las cuales conversaban como si se conocieran de toda la vida. De hecho, en un momento de abstracción que se prolongó por varios minutos, Francesca los observó en silencio, maravillada por la amplia familia que en ese momento comían entre risas, travesuras de los niños y conversaciones que requerían la participación de uno y otro. Al poco, alzó la mirada y miró una fotografía de Enzo. Si no recordaba mal era de una Navidad: Franco y Violeta no eran más que dos pequeños que estaban colgados de su espalda mientras él trataba de librarse de ellos. Incluso tantos años después, Francesca podía sentir la cámara entre sus manos y hasta escuchar los gritos de sus hijos, entremezclándose con los de sus nietos.

«Lo hemos conseguido, Enzo. Por fin estamos todos juntos», decía Francesca en silencio, mientras los ojos se le tornaban vidriosos de nuevo. De repente y sin ella ser consciente, los demás se fueron callando a medida que se daban cuenta. Bianca, que estaba sentada frente a ella, estiró sus manos y estrechó las suyas, apretándoselas con decisión.

—Estamos contigo, Francesca.

Ella asintió y en ese momento, como si estuviera predispuesto, los brazos de Carina y de Violeta rodearon sus hombros y la anciana terminó de derrumbarse.

—Estamos contigo, mamá —dijo Carina.

—Lo sé.

Ada, que ya experimentaba esa confianza plena que le permitía mostrarse tal y como era, se incorporó de un salto y fue hasta donde se encontraba Francesca.

—¡*Mi nonna*! ¡*Mi bella nonna!* —dijo en italiano, sacándole casi de manera inmediata una sonrisa.

Después del almuerzo y la larga sobremesa que le siguió, Francesca encontró una oportunidad para hablar con Carina a solas. Pese a que todo había quedado claro, todavía tenía cosas que decirle, palabras que necesitaba soltar después de tantos años.

—Salgamos a pasear un poco —dijo Francesca agarrándole del brazo. Los demás supieron que ese momento era de las dos. Así, ambas salieron a la terraza y se internaron entre los limoneros del jardín. Francesca tuvo la sensación de ir hacia atrás en el tiempo y, por un instante, se sintió como si estuviera de nuevo en Sorrento.

—Esto es muy bonito —comentó Carina.

—Pero no tanto como Sorrento, ¿verdad? —preguntó Francesca con una sonrisa.

—Has sido tú la que lo has dicho.

—No se lo digas a Franco y Violeta. Ellos son argentinos de pura cepa, pero yo soy italiana y la tierra me llama a cada segundo.

—La foto que estabas mirando antes, era tu marido, ¿verdad? Enzo.

Francesca asintió.

—El amor de mi vida. Un buen hombre y un padre entrañable. He sido feliz aquí, Carina. Pero no puedo evitar sentirme culpable por ello, porque te dejé allí. Fui incapaz de llevarte conmigo.

Carina se detuvo.

—Lo sé, mamá. Ada y Bianca me lo contaron todo. No puedo echarte nada en cara y no creas que no lo hago por compasión, sino porque no te guardo ningún rencor. Fui feliz con mi padre y mi otra

madre, porque Giulia fue también mi madre y me crio con todo el cariño que pudo darme. Es como si Dios me regalara otra madre. No puedes imaginarte lo afortunada que me siento. En cuanto a mi padre y lo que hizo…

—Eso forma parte del pasado.

—Pero lo hizo —insistió Carina.

—Quédate con lo mejor de él, Carina. Te quería y cuidó de ti. Ese era el verdadero Guido.

Ambas se abrazaron durante unos segundos. Eso era lo que Francesca tanto necesitaba escuchar.

—¿Sabes que tu abuela Matilde le dio semillas a Enzo antes de que viniera a Argentina? Estos limoneros son como los de Sorrento. A veces, los miraba fijamente y me imaginaba que podía verte, que aparecerías correteando entre ellos.

—Ya me tienes aquí, mamá.

Así, después de tantos años, Francesca y Carina se tomaron de la mano y pasearon de nuevo bajo los limoneros de Sorrento.